

**EN EL
PRIMER
CIRCULO**

ALEJANDRO

SOLZHENITZYN

Cuando Virgilio invitó a Dante a recorrer el Infierno, la visita comenzó por el primero de los nueve círculos en que la imaginación del poeta los había dividido. En el primer círculo —el Limbo— estaban los niños inocentes, los patriarcas, y también los grandes sabios y filósofos de la antigüedad. En el primer círculo de la Rusia de Stalin —la cárcel de Mavrino— se alojaron los espíritus más selectos de la ciencia y la técnica soviéticas, Condenados a largas, sucesivas e interminables penas de prisión por el sólo delito de pensar, sus cerebros debían continuar, sin embargo, trabajando materialmente al servicio de la dictadura que los castigaba.

Alejandro Solzenitzin, el más importante escritor ruso contemporáneo, comparable y comparado con Tolstoi y Dostoiewski, al describir la vida de sólo cuatro días en la sharashka de Mavrino, ha compuesto un inmenso y sobrecogedor fresco que expone, con todo realismo y verdad, la tragedia insólita de los penados intelectuales, sometidos al rigor de una cárcel implacable e incoherente.

EN EL PRIMER CÍRCULO es la obra maestra del gran escritor ruso, consagrado a describir y a denunciar los grandes delitos del lesa humanidad y lesa civilización del régimen que oprime a su patria —y a tantas otras desgraciadamente hasta el día de hoy—, Solzenitzin debió sufrir, en carne propia la realidad del primer círculo. El texto que ahora damos a conocer en su versión castellana logró pasar la cortina de hierro. Su publicación ha sido celebrada como uno de los acontecimientos literarios más importantes en el mundo entero.

ÍNDICE DE PERSONAJES

PRINCIPALES

PRESOS

- ADAMSON, Grigori Borisovich (o Borisich), ingeniero.
- BOBININ. Aleksander, ingeniero.
- BULATOV, ingeniero.
- CHELNOV, Vladimir Erastovich, matemático.
- DORONIN. Rostislav (o Ruska) Vadimich, mecánico.
- DYRSIN. Iván Selivanovich, ingeniero.
- EGOROV, Spiridon Danilovich (o Danilich), portero en Mavrino.
- GERASIMOVICH, Illarion Pavlovich, óptico.
- JOROBROV, Ilia Terentevich (o Terentich), ingeniero.
- KAGAN, Isaak Moiseievich, encargado de la sala de acumuladores.
- KONDRASCHIOV-IVANOV, Ippolit Mijailich, pintor.
- MAMURIN, Yakov Ivanovich, ex jefe de Comunicaciones.
- MARKUSCHEV, ingeniero.
- NERZHIN, Gleb (o Glebka, Gliobuschka, Glebchik¹ Vikentievich (o Viketich), matemático.
- POTAPOV. Andrei (o Andriuscha) Andreievich (o Andreich), ingeniero.
- PRIANCHIKOV. Valentín (o Valentulia, o Valka) Martinich, ingeniero radiotécnico.
- RUBÍN. Lev (o Liovka o Levochka) Grigorievich (o Grigorich), filólogo.
- STROMAJA, Artur, mecánico.
- SOLOGDIN. Dmitrii Aleksandrovich (o Aleksandrich), ingeniero.

LIBRE PRESO

- VOLODIN. Innokentii (o Ink) Artemievich (o Artemich), diplomático.

LIBRES

- ABAKUMOV, Viktor Semionovich (o Semionich), ministro de Seguridad.
- BERIA. Lavreintii Pavlich. ministro del Interior, del que depende el de Seguridad.
- DSHUGASCHVILI. Iosif Vissarionovich (Stalin, llamado a veces "el Arador").
- EMINA. Larisa Nikolaievna, dibujante.
- GALAJOV. Dinera, hija del fiscal Makariguin, esposa de Nikolai Galajov.
- GALAJOV. Nikolai (o Kolia) Arkadievich, escritor.
- GERASIMOVICH. Natalia (o Natacha) Pavlovna, esposa de I. O. Gerasimovich.

¹ Obsérvese la abundancia, en ruso, de diminutivos del nombre propio. También se suele abreviar el patronímico (genitivo del nombre de pila del padre). Ha sido precisamente el deseo de facilitar al lector su identificación lo que nos ha inducido a publicar es índice de los personajes principales de la obra. (N. del E.).

- KLIKACHIOV, teniente subsecretario del partido comunista en Mavrino.
- KLIMENTIEV. Iliá Terentevich. teniente coronel.
- LANSKY. Alexei (o Alioscha), crítico literario.
- MAKARIGUIN, Klara (o Klarochka), hija del fiscal Makariguin.
- MAKARIGUIN. Piotr Afanasievich, fiscal.
- MISCHIN, comandante del Ministerio de Seguridad.
- NADELASCHIN. subteniente, vigilante de Mavrino.
- NERZHIN, Nadia, esposa de Gleb Nerzhin.
- OSKOLUPOV. Foma Gurianovich, jefe de sección en el Ministerio de Seguridad.
- POSKREBISCHEV. Aleksander (o Saschka) Nikolaievich, jefe de la secretaría personal de Stalin.
- RADOVIC. Duschan, yugoslavo.
- RIUMIN. Mijaíl (o Minka) Dmítrievich (o Dmitrich), investigador de casos importantes en el Ministerio de Seguridad.
- ROJTMAN, Adam Veniaminovich, comandante.
- SCHAGOV, ex capitán.
- SCHIKIN. comandante del Ministerio de Seguridad.
- SCHUSTERMAN, teniente, guardián en Mavrino.
- SEVASTIANOV. viceministro de Seguridad.
- SHVAKUN. teniente del Ministerio de Seguridad.
- SMOLOSIDOV, teniente.
- STEPANOV. Boris Sergueievich, secretario del partido en Mavrino.
- VITALIEVNA. Serafina (o Simochka), teniente del Ministerio de Seguridad.
- VOLODIN, Dotnara (o Dotty), hija del fiscal Makariguin, esposa de I.A. Volodin.
- YAKONOV, Antón Nikolaievich, coronel de ingenieros.

ÍNDICE

Índice de Personajes principales	4
¿quién es usted?	11
La idea de Dante	18
Una Navidad protestante	25
Boogie-Woogie	33
Una existencia pacífica	41
Un corazón de mujer	49
¡Detente, instante!	57
El quinto año con arneses	64
Los Rosacruces	73
El castillo encantado	82
Tarea Siete	92
Debería haber mentido	103
La luz azul	109
Todos los hombres necesitan una mujer	116
La troika de mentirosos	125
A propósito de agua hervida para el té	139
Sivka-Burka	146
El aniversario del “amo”	152
El lenguaje un instrumento de producción	166
¡Devuelvenos la pena de muerte, Iosif Vissarionovich!	176
Vejez	196
La fosa atrae	203
La iglesia del martir Nikita	212
Aserrando leña	224
La tarea del tenientecito	243
La tarea del teniente coronel	255
Un perplejo robot	267
Cómo remendar calcetines	276
Remontando vuelo hacia el techo	290
Rayitas de multas	301
Voces impresas	312

Besarse esta prohibido	321
Fonoscopia	327
La campana muda	334
Se infiel	346
Esto es facil de decir: afuera a la taiga	354
La visita	364
Otra visita	375
Entre los jóvenes	383
la mujer que lavo la escalera	393
Los perros del imperialismo	404
El castillo del Santo Graal	417
El agente doble	430
La vida no es una historia de amor	438
La solterona	457
El fuego y el heno	470
La resurrección de los muertos	478
El Arca	486
La parodia	490
El principe traidor	501
Concluyendo el vigésimo año	512
Insignificancias carcelarias	519
La mesa del banquete	529
La sonrisa del Buda	543
Solo teneis una conciencia	561
La cena de invitados	575
Los dos yernos	588
El reaccionario	602
Como entraron primero en las ciudades	617
Un duelo antirreglamentario	631
Identificarse con el pueblo	645
Spiridon	651
El "criterio" de Spiridon	664
Apretando los puños	672
Dotty	680
La espada afilada de acero de Damasco	683
Templos Civicos	696

<u>La cosmopolita sin raíces</u>	703
<u>Lunes al amanecer</u>	713
<u>El barril en el patio</u>	728
<u>Su profesión favorita</u>	733
<u>Un secretario liberado de dudas</u>	745
<u>Dos ingenieros</u>	758
<u>Ciento cuarenta y siete rublos</u>	772
<u>Adoctrinamiento en el optimismo</u>	789
<u>El rey de los informantes</u>	799
<u>En cuanto a fusilar</u>	805
<u>El alumno de Epicuro</u>	820
<u>Esa no es mi especialidad</u>	827
<u>En la fuente de la ciencia</u>	838
<u>No, tú no</u>	850
<u>Abandonad toda esperanza los que aquí entráis</u>	864
<u>Para siempre</u>	877
<u>El segundo aliento</u>	896
<u>La mañana de la ejecución de los Streltzi</u>	914
<u>¡Adiós, scharaschka!</u>	921
<u>Carne</u>	938

Título del original ruso:

B PERBOM KRYGY

Traducción de M. C.

Revisión de IRINA ASTRAU

Ilustró la tapa FRANCISCO F. DEL CARRIL

Copyright (c) Alexander Solzhenitsyn

Izdavace: Marija Cudina, Leonid Sejka & Slobodan masic,
Beograd

1° EDICIÓN Julio de 1969

2° IMPRESIÓN Setiembre de 1969

3° IMPRESIÓN Octubre de 1970

EDITADO E IMPRESO EN LA ARGENTINA

Queda hecho el depósito que previene la ley número 11.723 (c) EMECÉ

EDITORES, S.A. - Buenos Aires, 1969.

EN EL PRIMER CIRCULO

ALEJANDRO SOLYENITZIN

¿QUIÉN ES USTED?

Las agujas afligranadas indicaban las cuatro y cinco.

A la luz ya mortecina de aquel día de diciembre, la esfera de bronce del reloj parecía casi negra en el estante.

La ventana, alta y de doble cuerpo, que nacía del mismo piso, abría el ojo en alguna parte hacia el animado ajetreo de la calle, donde los porteros apartaban a paladas la nieve de color marrón sucio que ya estaba barrota bajo los pies de los transeúntes, a pesar de haber caído recientemente.

Con la mirada fija en la escena, pero la mente bien lejos de ella, el Consejero de Estado de segundo rango Innokenty Volodin, apoyado en el marco de la ventana, silbaba algo prolongado y agudo, mientras sus dedos hojeaban las páginas brillantes y multicolores de una revista extranjera. Pero no veía lo que había en ella.

El Consejero de Estado de segundo rango, Innokenty Volodin, cuya jerarquía correspondía a la de teniente coronel en el servicio diplomático, era alto y estilizado. Sin uniforme, vestido con un traje de una tela escurridiza, parecía más un joven despreocupado y mundano que un funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores. Ya era hora de encender las luces de la oficina, o de marcharse a casa, pero Innokenty no hizo ni lo uno ni lo otro.

Las cuatro de la tarde no significaban la finalización de un día de trabajo, sino de la parte diurna más corta de la jornada laboral. Ahora todos irían a sus casas a cenar y a dormir un rato, hasta que más tarde,

a partir de las diez, miles y miles de ventanas en sesenta y cinco ministerios de Moscú se encenderían de nuevo. Un solo hombre, protegido por una docena de paredes, como en una fortaleza, sufría de insomnio, y había ordenado a todo el personal oficial de Moscú a guardar vigilia con él hasta las tres o cuatro de la madrugada. Conociendo los hábitos nocturnos del Soberano, las seis decenas de ministros permanecían en vela, alertas como colegiales a la expectativa de ser requeridos. Para mantenerse despiertos ponían en pie de guerra a sus secretarios privados, y éstos enloquecían a los jefes de sección. Los encargados de los ficheros, subidos en escaleras, se concentraban en sus catálogos, los empleados de archivo corrían por los pasillos, nerviosas secretarías rompían las puntas de sus lápices.

Hoy mismo, en la víspera de la Navidad occidental, hacía dos días que las embajadas permanecían tranquilas, paralizadas, con sus teléfonos en silencio. En este mismo instante su personal estaría probablemente reuniéndose alrededor de los árboles de Navidad. Había trabajo nocturno en sus propios ministerios. Algunos jugarían al ajedrez, otros contarían historias, o dormirían en sillas poltronas; pero siempre habría trabajo.

Los dedos nerviosos de Volodin hojeaban la revista, ágil y distraídamente, mientras en su interior aparecía una sensación de miedo, quemándole un poquito, y luego de apaciguarse, se enfriaba.

¡Cómo recordaba Innokenty desde su infancia precisamente el nombre del doctor Dobroumov! Entonces no era una celebridad, ni lo mandaban al extranjero con delegaciones; ni siquiera se lo conocía como científico, sino simplemente como un facultativo que salía a hacer visitas médicas. La madre de Innokenty se enfermaba a menudo y siempre trataba de llamar a Dobroumov. Le tenía mucha fe. En cuanto llegaba y se despojaba de su gorra de piel de foca en el

vestíbulo, por el departamento se extendía una atmósfera de bienestar, de calma, de seguridad. Nunca permanecía menos de media hora en la cabecera de la cama. Averiguaba acerca de todas sus dolencias, y luego, como si le produjera gran satisfacción, examinaba a la paciente, recetándole lo que la curaría. Al retirarse, nunca pasaba cerca del muchacho sin hacerle alguna pregunta y sin detenerse para oír la contestación, como si esperase seriamente oír algo inteligente. El médico ya encanecía entonces. ¿Cómo estaría ahora?

Innokenty arrojó la revista y encogiéndose, caminó por la habitación. ¿Debería telefonar o no?

Si se hubiese tratado de algún otro profesor de medicina que no hubiese conocido personalmente, Innokenty no habría pensado siquiera en prevenirle, pero, ¡siendo Dobroumov!

¿Habría una posibilidad de identificar a una persona hablando por un teléfono público, si colgaba inmediatamente, sin perder tiempo y desaparecía? ¿Sería posible reconocer una voz ahogada en el teléfono? A ciencia cierta no existía una técnica al respecto.

Se dirigió a su escritorio. Todavía podía distinguir a la luz del atardecer la primera carilla de las instrucciones de su nueva designación. Debía irse antes del día primero de año, el miércoles o el jueves. Era más lógico esperar. Era más razonable esperar.

¡Demonios! Un escalofrío sacudió sus hombros tan poco acostumbrados a semejantes cargas. Hubiera sido mejor no haberse enterado; no haber sabido nada, jamás haberse enterado.

Tomó las instrucciones y todo lo demás de su escritorio y lo llevó a la caja fuerte.

¿Cómo podía alguien condenar lo que Dobroumov había prometido? Mostraba la generosidad de un hombre de talento. El

talento es siempre consciente de su propia riqueza y no tiene inconveniente en ser compartido.

Pero la inquietud de Innokenty aumentó, se recostó contra la caja fuerte, la cabeza gacha, y permaneció allí con los ojos cerrados.

Luego, súbitamente, como si estuviese dejando escapar su última posibilidad, dejando de telefonar al garaje por su auto y de cerrar el tintero, Innokenty salió de la oficina y cerró la puerta, entregando la llave al ordenanza de turno al otro extremo del corredor. Se puso su sencillo sobretodo y precipitóse escaleras abajo, casi a la carrera, adelantándose al personal permanente del edificio, a sus dorados galones y pasamanerías. Corrió hacia afuera, hacia el crudo crepúsculo, encontrando un alivio al hacerlo.

Sus zapatos de estilo francés se hundieron en la nieve mojada y sucia.

Pasando el monumento a Vorovsky, en el semicerrado patio del ministerio, Innokenty miró hacia arriba y tembló. Percibió un distinto significado en el edificio nuevo del Bolshaya Lubyanka, que miraba hacia la calle Furkasovsky, y se estremeció. Este edificio gris negruzco de nueve pisos era un acorazado: sus dieciocho pilares a estribor parecían dieciocho cañones. El barquito solitario y frágil, que era Innokenty, se sintió atraído hacia la proa del pesado pero veloz navio, a través de la pequeña plaza.

Giró, como para salvarse, hacia la derecha, bajando por Kuznestsy Most. Allí, apretado contra el cordón de la vereda, había un taxi próximo a arrancar. Innokenty se metió en él y ordenó al chófer continuar por Kuznestsy Most y doblar hacia la derecha bajo las luces recién encendidas de Petrovka.

Todavía dudaba, preguntándose dónde podría telefonar sin tener a alguien fuera de la cabina golpeándole el vidrio con una

moneda. Pero buscar una cabina quieta y aislada, resultaría aún más evidente. ¿No sería mejor encontrar alguna, justo en la mitad del tumulto, con tal que estuviese contra la pared ? Decidió también que era estúpido estar vagando con un chófer de taxi como testigo. Hundió la mano en el bolsillo en busca de una moneda de quince kopeks. Pero todo carecía ya de importancia. Durante los últimos minutos Innokenty había experimentado una gran calma. Se dio cuenta con gran claridad de que no tenía otra alternativa. Tal vez fuese peligroso o no, pero si no lo hacía. . .

No es posible permanecer siendo un ser humano: si se tiene excesiva prudencia.

Enfrentando las luces del tráfico, en Okhotny Ryad, sus dedos descubrieron dos monedas de quince kopeks. ¡Buen augurio!

Pasaron por el edificio de la Universidad, e Innokenty ordenó al chófer tomar hacia la derecha. Llegaron al Arbat velozmente. Innokenty dio al chófer dos billetes sin pedir cambio y cruzó la plaza a pie esforzándose por mantener un paso medido y lento. El Arbat todo estaba ya encendido. Filas de espectadores frente al cine esperaban para ver "El amor de una bailarina". La letra roja "M" en la estación del subterráneo estaba casi oculta por la niebla gris. Una mujer con aspecto de gitana vendía ramas de mimosa amarilla.

¡Trata de hacerlo lo antes posible! ¡Dilo lo más breve posible y cuelga inmediatamente! Entonces el peligro será mínimo. Innokenty siguió adelante. Una muchacha le echó una mirada al pasar. Y otra.

Una de las cabina telefónicas de madera, fuera de la estación del subterráneo, estaba vacía, pero Innokenty la sorteó y entró en la estación.

Allí había cuatro mas, hundidas en la pared, todas ocupadas. Pero a la izquierda un tipo vulgar ligeramente "en copas" ya cortaba.

No bien salió. Innokenty entró rápidamente, cerrando con cuidado la gruesa puerta de vidrio y, sosteniéndola con una mano, mientras que con la otra, temblando y sin sacarse el guante, insertaba la moneda y discaba el número.

Después de varias llamadas levantaron el auricular en el otro extremo de la línea.

-¿Sí? -contestó una voz, condescendiente e irritada de mujer.

-¿Es la residencia del Profesor Dobroumov?, -preguntó, tratando de cambiar la voz.

- Sí.

-¿Puede llamarlo al aparato, por favor?

-¿Quién quiere hablar con él? -la voz de la mujer era hastiada y perezosa. Probablemente estaría recostada en un diván y no tendría prisa.

-Bueno, la verdad es que. . . Ud. no me conoce, . . . Mire, eso no tiene importancia. Pero para mí es muy urgente. ¡Por favor llame al profesor al aparato!

Demasiadas palabras innecesarias -y todo por esta amabilidad de porquería.

-Pero al profesor no se lo puede incomodar para hablar con cualquier desconocido que llame, -dijo la mujer, ofendiéndose.

Parecía como si fuese a cortar allí mismo.

Del otro lado del vidrio grueso, la gente pasaba rápidamente por la fila de cabinas, adelantándose unos a otros. Ya alguien estaba esperando fuera de la cabina de Innokenty.

-¿Quién es Ud. ? ¿Por qué no puede dar su nombre?

-Soy un amigo. Tengo noticias importantes para, el profesor.

-Y entonces. ¿Por qué tiene miedo de dar su nombre? Ya era hora de que cortara. La gente no debería tener mujeres estúpidas,

- ¿Y quién es usted.?¿Su mujer?

-¿Por qué tengo que contestarle primero? --se enfureció la mujer, -dígame Ud.

Debería cortar la comunicación inmediatamente. Pero el profesor no era el único envuelto en este asunto . . A esta altura, Innokenty estaba encolerizado; ya no pretendía disimular su voz o hablar con calma. Empezó a implorar con excitación por el teléfono. - Óigame, oiga; itengo que prevenirlo de un peligro!

-¿De un peligro? - La voz de la mujer bajó, luego se quebró. Pero no llamó a su marido -ien absoluto! Mayor razón para que no lo llame. A lo mejor no es cierto. ¿Como me puede probar que dice la verdad?

El piso ardía bajo los pies de Innokenty y el negro auricular colgado de su pesada cadena de acero se derretía en su mano.

-Óigame, oiga -gritó desesperadamente-. Cuando el profesor estuvo en París en su reciente viaje prometió a sus colegas franceses que les daría algo. Cierta remedio, y se supone que se los dará dentro de unos días. ¡A extranjeros! ¿Me entiende;" ¡No debe haberlo! ¡No debe dar nada a los extranjeros! Podría ser utilizado como una provocación.

-Pero- Se oyó un apagado "click" y después silencio total. No ya el habitual tono o zumbido en la línea. Alguien había cortado la comunicación.

LA IDEA DE DANTE

-¡Nuevos!

-¡Han traído nuevos!

Los prisioneros del campamento formaban fila dentro del corredor principal. Un grupo de zeks de Mavrino, algunos de ellos yendo a cenar; otros que ya lo habían hecho en el primer turno, se juntaban alrededor de los primeros.

-¿De dónde, camaradas?

-Amigos, ¿de dónde vienen?

-¿Y qué tienen todos ustedes en el pecho y en las gorras ?, ¿qué clase de marcas son esas?

-Allí estaban nuestros números, -dijo uno de los recién llegados.

-En nuestras espaldas y también en nuestras rodillas. Cuando nos mandaron salir del campo los arrancaron de la ropa.

-¿Qué quieren decir con números?

-Señores -dijo Valentine Pryanchikov-, ¿puedo preguntar en qué época vivimos? -Se dirigió a su amigo Lev Rubín-. Números sobre seres humanos, Lev Grigorich, permítame que le pregunte si es lo que usted llama progreso.

-Valentulya, no arme escándalo -dijo Rubin-. Vaya y búsquese la comida.

-Pero, ¿cómo es posible poder comer si los seres humanos andan por ahí con números en las gorras? ¡Es el Apocalipsis!

-Amigos -dijo otro zek de Mavrino-. Dan nueve atados de Belomors por la segunda mitad de diciembre. Tienen suerte.

-¿Usted quiere decir Belomor -Yavas o Belomor- Dukats?

-La mitad de cada una.

-¡Reptiles!, ahogándonos con Dukats. Voy a quejarme al ministro. Se lo juro.

-Y ¿qué clase de ropa es ésta? -preguntó el recién llegado que había hablado primero-. ¿Por qué están todos ustedes vestidos como paracaidistas?

-Es el uniforme que nos hace usar ahora los carroñas; nos están apretando el torniquete. Antes entregaban trajes de lana y sobretodos de paño.

Más zeks de Mavrino vinieron desde el comedor.

-Miren, nuevos.

-Vamos camaradas, basta de comportarse como si nunca hubieran visto prisioneros. ¡Están entorpeciendo todo el corredor!

-Pero. ¡Qué veo! Dof Dneprovsky. ¿Dónde has estado durante todo este tiempo Dof? Te busqué por toda Viena en el "45" ¡por toda la condenada ciudad!

-Todos harapientos y barbudos, ¿de qué Campo, amigos?

-De diferentes. De Rechlag.

-Dubrovlag.

-¿Cómo es que he estado haciendo tiempo durante más de ocho años y no he oído nada de ellos?

-Son campos nuevos. Campos especiales. Se formaron el año pasado, en el 48. Hubo una directiva de Stalin para reforzar la retaguardia.

-¿La retaguardia de quién?

-Justo a la entrada del Prater de Viena me pescaron y, al vagón de policía.

-Un momento, Mitenka, oigamos a los nuevos.

-No, ¡afuera para la caminata!, ¡afuera para la caminata! ¡Afuera al aire fresco! Es el reglamento -aunque haya terremotos- Lev va a interrogar a los nuevos, no se preocupe.

-¡Segundo turno! ¡Comida!

-Ozerlag, Luglag, Steplag, Peschanlag.

-Se creería que hubiera en la M.V.D. algún poeta no reconocido todavía del tamaño de Pushkin. No tiene inspiración para un poema, ni siquiera para un verso; solamente le da nombres poéticos a los campos de concentración.

-Ja!, ¡ja!, ¡ja! Eso es muy gracioso, señores, muy gracioso -dijo Pryanchikov, ¡En qué época estamos viviendo!

- ¡Tranquilo, Valentulya!

-Discúlpeme, -un recién llegado le preguntó a Rubin-. ¿Cómo se llama usted?

-Lev Grigorich.

-Usted ¿es ingeniero también?

-No, no soy ingeniero, soy filólogo.

-¿Filólogo? ¡Hasta tienen filólogos aquí!

-Más vale preguntar a quién no tienen aquí en la *sharashka**, -dijo Rubin. Tenemos matemáticos, físicos, químicos, ingenieros radioeléctricos, ingenieros telefonistas, artistas, traductores, diseñadores y aun un geólogo que entró por equivocación.

-Y, ¿qué hace?

-No le va tan mal, se consiguió ocupación en el laboratorio de fotografía.

* Reclusión para técnicos y científicos especializados.

-¡Lev, usted pretende ser un materialista pero constantemente atiborra, a la gente con espiritualidad -dijo Valentine Pryanchikov-. Oigan, amigos. Cuando los lleven al comedor, va a haber treinta platos puestos en la última mesa cerca de la ventana. Llénense la barriga, pero no exploten!

-Muchísimas gracias, pero ¿por qué privarse?

-De nada. ¿Quién come arenques de Mezen y sémola hoy día? Es una vulgaridad.

-¿Qué? ¿Sémola vulgar? ¡Hace cinco años que no prueba sémola!

-Es probable que sea *magara*.

-*Magara*, ¡está loco! Que intenten darnos *magara*; se la tiraremos en la cara.

-Y ¿qué tal es la comida en los campos de tránsito ahora ?

-En el campo de tránsito de Chelyabinsk.

-¿Chelyabinsk viejo o Chelyabinsk nuevo?

-Su pregunta indica que es usted un conocedor. En el nuevo.

-¿Qué tal es eso hoy día? ¿Todavía le prohíben a uno usar los retretes y les hacen usar baldes como letrinas y acarrearlos desde el tercer piso?

-Todavía.

-Usted dijo *sharashka*. ¿Qué quiere decir *sharashka*?

Y, ¿cuánto pan les dan aquí?

-¿Quién no ha comido todavía? -Segundo turno.

-Pan blanco -cuatrocientos gramos- y el pan negro está sobre la mesa.

-Discúlpeme, ¿cómo sobre la mesa?

-Así no más, sobre la mesa, cortado en rebanadas. Si se quiere, se toma, Si no se quiere, no se toma.

-Si, pero por esa manteca y ese atado de Belomors tenemos que rompernos las espaldas durante doce y catorce horas al día.

-¡Eso no es romperse la espalda! Usted no se rompe la espalda si está sentado en un escritorio. El que se rompe la espalda es el tipo que empuña una pica.

-¡Al diablo con eso! Estamos sentados en este *sharashka* como si estuviésemos en una ciénaga, cortados de la vida. ¿Oyen, señores? Dicen que han liquidado los ladrones y carteristas y aún en Krasnaya Presnya no rondan más.

-La manteca asignada a los profesores es cuarenta gramos y para los ingenieros, veinte gramos. A cada uno se le exprime al máximo y se le da de lo que se dispone.

-Entonces ¿usted trabajó en Dneprostroi?

-Sí, trabajé con Winter, y estoy trabajando gracias a Dneprogges.

-¿Qué quiere decir con éso?

-Bueno, fue así: lo vendí a los alemanes.

-¿Dneprogges? ¡Pero lo hicieron estallar! ¡Y qué! se los vendí destruido en el acto.

-Sinceramente es como un viento fresco ¡campos de tránsito! ¡coches de Stolypin! ¡Campos! ¡Actividad! ¡Oh, simplemente desplazarse a Sovetzkaya Gavan!

-¡Y volver, Valentulya, y volver!

-¡Si tiene razón! y volver más rápido todavía, desde luego.

-Usted sabe, Lev Grigerich, un recién venido le decía a Rubín, la cabeza me está dando vueltas de golpe por el cambio. Tengo cincuenta y dos años. Me he repuesto de enfermedades mortales. Me he casado con mujeres bonitas. He tenido hijos. He recibido premios académicos. Pero nunca he recibido tantas bendiciones de felicidad como hoy. ¿Dónde he aterrizado? ¿No me llevarían a aguas congeladas

mañana? Cuarenta gramos de manteca. Pan negro -sobre la mesa-. ¡No prohíben los libros! ¡Usted puede afeitarse! Sólo los guardias no apalean a los zeks. ¿Qué clase de día extraordinario es éste? ¿Qué clase de cúspide resplandeciente? ¿Tal vez me haya muerto? ¿Tal vez sea esto un sueño? Quizá esté yo en el paraíso.

-No, mi estimado señor -dijo Rubin-. Usted está, como lo estuvo previamente, en el infierno. Pero ha sido levantado a su mejor y más alto círculo, el primer círculo. Usted pregunta ¿qué es un sharashka? Digamos, el concepto de una sharashka ya lo pensó Dante. Recuerde que Dante se mesó los cabellos tratando de decidirse dónde poner los sabios de los tiempos antiguos. Era un deber cristiano arrojar a los paganos al infierno.

Pero la conciencia renacentista no podía reconciliarse con la idea de que a hombres sabios se los amontonase con toda clase de pecadores y condenados a torturas físicas.

Entonces Dante imaginó un lugar especial para ponerlos en el infierno. Si usted me permite... Es el Cuarto Canto y dice así:

Un castillo encontramos. . .

-¡Mire aquí los viejos arcos!

*...rodeado con siete muros de soberbia altura,
de un hermoso arroyuelo circundado. . .*

-Usted vino aquí en el *Negra María*, por eso no vio las puertas.

*...Vi cuatro grandes sombras por delante,
que ni dolor mostraban ni alegría.*

*“ . . . quiénes tienen tal honra, y ¿en qué nombre
de las almas la vida así se parte?”*

-¡Ah!, Lev Grigorich, usted es demasiado poeta -dijo Valentina Pryanchikov. Le voy a explicar de la manera más accesible al camarada lo que es la *sharashka*. Usted solamente necesita recordar el recorte del diario que dice: "Se ha comprobado que el alto rendimiento de lana de una oveja depende del cuidado y de la alimentación que se le da al animal".

UNA NAVIDAD PROTESTANTE

El árbol de Navidad consistía en una ramita de pino insertada en la ranura de un banco. Una guirnalda de pequeñas luces multicolores sobre los cables cubiertos de un plástico color lechoso y doblemente enrollados, descendía hasta una batería en el piso. El banco estaba en un rincón del cuarto, entre cuchetas dobles y uno de los colchones de la cucheta alta protegía todo el rincón y el pequeño árbol de Navidad, de las brillantes luces del techo.

Seis hombres vestidos con gruesos *over-all* azul oscuro se hallaban de pie junto al árbol; escuchando, con las cabezas gachas, mientras uno de ellos, cetrino, de cara enjuta: Max Richtman, recitaba una oración protestante de Navidad.

No había nadie más en la amplia habitación, abarrotada de cuchetas dobles unidas entre sí. Después de la comida y de una hora de caminata, todo el mundo se había retirado a su trabajo nocturno.

Max terminó la oración y los seis tomaron asiento. Cinco de ellos estaban llenos de agridulces recuerdos de su patria. Su querida, bien ordenada Alemania, debajo de cuyos techos de pizarra, esta fiesta, la más importante del año, era tan luminosa y conmovedora. El sexto del grupo, un hombre grandote, con la espesa barba negra de un profeta bíblico, era judío y comunista.

El destino de Lev Rubín se había entrelazado con Alemania, tanto con ramas de paz como con varillas de guerra.

En tiempo de paz fue un filólogo especializado en lenguas germanas, conversaba en perfecto *Hochdeutsch* y podía, cuando la

ocasión lo requería, saltar a los dialectos del medio alto y antiguo alto germano.

Podía recordar cualquier escritor germano que hubiera sido publicado como si hubiese gozado de su amistad personal. Podía hablar de ciudades de poca importancia sobre el Rin, como si a menudo hubiese caminado por sus bien regados y sombreados senderos

Pero había estado únicamente en Prusia y sólo durante la guerra.

Había sido mayor del Soviet en la "Sección para la desintegración de las fuerzas armadas enemigas". Del campo de prisioneros de guerra elegía alemanes que querían ayudarlo. Los sacaba de ahí y los mantenía, sin privaciones en una escuela especial. A algunos los hacía pasar a través del frente con explosivos de trinitrotolueno, marcos falsos, documentación falsa y falsos papeles de identificación del ejército. Podían volar puentes y merodear hasta sus casas para divertirse, hasta que los agarrasen. Con otros discutía sobre Goethe y Schiller y panfletos de propaganda, persuadiendo a los hermanos combatientes por medio de altoparlantes, de volver sus armas contra Hitler. Y más aún, con otros, cruzó la frontera y copó lugares estratégicos puramente a fuerza de persuasión, salvando así batallones soviéticos.

Pero no había sido capaz de convertir alemanes sin convertirse él, en uno de ellos, sin llegar a amarlos y desde el día de su derrota, sin sentir lástima por ellos. Por esta razón Rubin había sido arrestado. Enemigos, en su propia administración, lo acusaban de agitar, después de la ofensiva de enero de 1945, contra "sangre por sangre y muerte por muerte".

Los cargos eran verdaderos y no los desmentía. Sin embargo, la situación era inconmensurablemente más complicada de lo que se podía escribir en los diarios o de lo que fue escrito en su acta de condena.

Se habían empujado dos mesas de luz contra el banco sobre el cual se hallaba el árbol de Navidad, para hacer una mesa de comedor. Comenzaron disfrutando productos envasados de la gastropomía (a los zeks de la sharashka se les permitía encargar a almacenes moscovitas y pagar con los fondos de sus cuentas bancadas) con café tibio, y torta casera. Se inició una discusión seria; Max fue conduciéndola con firmeza hacia temas pacíficos: costumbres de los paisanos, cuentos emotivos de Nochebuena. Alfredo, que usaba anteojos -un estudiante vienes de física que no había podido completar sus estudios- conversaba en forma muy entretenida en su acento austríaco. Gustavo, un joven de la *Hitlerjugend*, que había sido tomado prisionero una semana después que terminara la guerra, permanecía sentado allí, con su cara mofletuda, sus rosadas orejas transparentes, como las de un lechón, miraba como hipnotizado, con sus ojos bien abiertos, las luces del árbol, atreviéndose apenas a participar en la conversación de los mayores.

No obstante, la conversación derivó hacia la guerra. Alguien recordó la Navidad de 1944, cinco años antes, cuando cada alemán se enorgullecía en la ofensiva de Ardenas y como en la antigüedad, los vencidos perseguían a los vencedores. Recordaban cómo, en esa víspera de Navidad, Alemania había escuchado a Goebbels.

Rubin, tirando de las cerdas de su barba negra e hirsuta, lo confirmaba. Él recordaba ese discurso, había sido efectivo, Goebbels había hablado con profunda angustia, como si hubiese asumido

personalmente las cargas que oprimían a Alemania. Posiblemente presentía ya su propio fin.

SS Obersturmbannführer Reinhold Zimmel, cuyo largo cuerpo apenas tenía cabida entre la mesa y la cucheta doble, no apreció la refinada cortesía de Rubin. Le resultaba intolerable pensar que este judío osara juzgar a Goebbels. Jamás se hubiera dignado sentarse en la misma mesa, de haber tenido la fuerza de voluntad de renunciar a pasar la Nochebuena con sus compañeros. Pero todos los otros alemanes habían insistido que Rubin estuviese allí, pues, para la diminuta colonia germana, nacida al azar dentro de la jaula de oro de la *sharashka*, en el corazón de este, frío y salvaje, para ellos, país, la única persona comprensible a mano era este mayor del ejército enemigo que se había pasado durante toda la guerra difundiendo la destrucción y la discordia entre ellos. Sólo podía él, interpretar y contarles las maneras y costumbres de allí, aconsejándoles cómo comportarse y traduciéndoles del ruso, las últimas noticias internacionales.

En un esfuerzo por decirle algo, lo más irritante posible a Rubin, Zimmel declaró que habían habido cientos de inflamados oradores por todo el Reich. Sería interesante saber -agregó-, por qué los bolcheviques preferían leer solamente esos discursos, que estaban preparados y aprobados de antemano.

La acusación era aun más hiriente por el hecho de ser justa. Y uno en realidad no podía explicar las razones históricas á este enemigo y asesino. Rubin experimentó hacia Zimmel una creciente repulsión. Lo recordó cómo había llegado a la *sharashka* después de muchos años de haber estado en la prisión de Butyrskaya, usando un crujiente sacón de cuero que todavía tenía resabios de su insignia civil de SS, habiendo sido la SS civil su peor rama. Ni siquiera la prisión

pudo borrar la expresión de crueldad de la cara de Zimmel. La marca del verdugo estaba allí grabada. Para Rubin, la presencia de Zimmel en esta comida era francamente desagradable pero, todos los restantes habían insistido en ello y él los compadeció al verlos solos y tristes; por eso consideró que no podía empañar esta fiesta con una negativa. Aplacando su furia, Rubín citó en alemán, el consejo de Pushkin de tratar de no emitir juicios superiores a la altura de la caña de sus botas.

Max, alarmado, se apresuró a disipar el conflicto que se avecinaba. Contó que bajo la tutela de Lev, ya podía leer a Pushkin en ruso, sílaba tras sílaba. Preguntó a Reinhold ¿por qué había comido torta sin crema batida? Y a Lev ¿dónde había estado esa víspera de Navidad?

Reinhold se sirvió crema batida y Lev relató que había estado en su *bunker* en la cabeza de puente de Narew cerca de Rozan.

Y, mientras los cinco alemanes recordaban su desgarrada y pisoteada Alemania, adornándola con los más brillantes colores de su alma, Rubín también recordó de pronto la cabeza de puente de Narew y la selva mojada alrededor del lago Ilmen.

Las lamparitas coloreadas se reflejaban en los cálidos ojos humanos.

Se le preguntó a Rubin acerca de las últimas noticias, pero tuvo vergüenza de contar lo que había sucedido en diciembre. Después de todo, no podría comportarse como un informador apolítico y abandonar la esperanza de reeducar esta gente. Y no podía tratar de explicarles que en esta era compleja, la verdad socialista progresa en curvas y en forma distorsionada. Por eso había que seleccionar para ellos y la historia, (como él subconscientemente seleccionaba

para sí) solamente esos acontecimientos corrientes que indicaban el camino principal, dejando de lado aquello que puede oscurecerlo.

Pero ese especial diciembre, aparte de las conversaciones soviético chinas, que habían estado arrastrándose, y del setenta aniversario del Líder del Pueblo, nada positivo había ocurrido.

Y contarle a los alemanes sobre el juicio de Traicho Kostov donde toda la farsa del tribunal había sido una grosera comedia, donde a los corresponsales se les había entregado, a las cansadas, una confesión escrita falsa y atribuida a Kostov, hubiese sido vergonzoso y de muy poco hubiera servido para fines de adoctrinamiento.

Entonces, Rubin hizo hincapié en el triunfo histórico de los comunistas chinos.

Max escuchaba a Rubin y asentía con la cabeza. Sus ojos oscuros eran inocentes. Era leal a Rubin, pero desde el bloqueo de Berlín, había tenido sus dudas sobre la información que, Rubin les daba, Rubin no sabía que Max, arriesgando su cabeza en su propio laboratorio de microondas, a veces armaba, escuchaba y otra vez desmontaba un diminuto receptor, que en nada se parecía a tal. Con él, podía oír hasta Colonia, a la B.B.C. en alemán, y él no solamente sabía acerca de Traicho Kostov y su denuncia ante un tribunal abierto de confesiones falsas arrancadas durante un interrogatorio; sino también acerca de los planes de la Alianza del Atlántico Norte y las novedades económicas de Alemania Occidental. Todo esto, por supuesto, se lo retransmitía a los otros alemanes.

Y todos ellos asentían con sus cabezas a Rubin.

De todos modos, era ya hora que Rubin se retirase. Después de todo, él no estaba excluido de su trabajo nocturno. Rubin ponderó la torta y el estudiante vienes, halagado, aceptó la ponderación. Rubin se excusó. Los alemanes insistieron, en la medida en que la buena

educación lo exigía, que se quedara y luego lo dejaron ir. Después se prepararon para cantar villancicos en voz baja.

Rubín salió al corredor llevando un diccionario mongol-finlandés y un volumen de Hemingway en inglés.

El corredor era ancho, con una rústica puerta provisoria. No tenía ventanas y se iluminaba con electricidad de día y de noche. Era el mismo corredor en el cual Rubin, junto con otros reclusos curiosos, una hora antes, había interrogado a los nuevos zeks del campamento. Una puerta que daba a la escalera interior, se abría hacia este corredor, como también otras puertas que daban a varias celdas-habitaciones. Eran habitaciones porque no tenían cerrojos y también eran celdas porque las puertas tenían ventanitas de vidrio que hacían de mirillas. Estas mirillas nunca fueron usadas por los guardias, pero habían sido colocadas, como siempre se hacía en las prisiones verdaderas, de acuerdo a los estatutos de prisiones, pues en los papeles oficiales a la *sharashka* se la consideraba una "prisión especial".

A través de una de estas mirillas, se podía ver otra celebración de Navidad: la colectividad de letones había pedido permiso para la fiesta.

El resto de los zeks estaba trabajando y Rubin temió ser detenido y enviado al mayor Shikin para explicar su ausencia. Amplias puertas dobles franqueaban la entrada y salida del corredor. Una de ellas era de paneles de madera y tenía un arco en la parte superior en el que estuvo el altar de la capilla, de una casa de campo. Ahora también era una celda-habitación. La otra puerta estaba cerrada con llave y recubierta de arriba a abajo con una plancha de acero. A esta puerta los reclusos le habían puesto por nombre "la Puerta Santa".

Rubin se acercó a esta puerta de hierro y golpeó en su ventanita. Desde el otro lado, la cara inmóvil y atenta de un guardia se apretó contra el vidrio.

La llave giró apagadamente en la cerradura; este guardia resultó ser indiferente.

Rubin emergió en la parte superior de la escalera principal del viejo edificio; ésta se dividía en dos, juntándose luego, cruzó el vestíbulo de mármol, caminando entre dos antiguos faroles en desuso, de hierro forjado. En este piso entró en el corredor del laboratorio y abrió de un empujón la puerta donde estaba escrita la palabra: ACÚSTICA.

BOOGIE-WOOGIE

El laboratorio de acústica era una habitación amplia de techos altos, con varias ventanas.

Estaba desordenada y abarrotada de instrumentos electrónicos sobre repisas, brillantes mostradores de aluminio, bancos para montajes, nuevas cabinas plegables de madera de una fábrica moscovita, y cómodos escritorios que fueron botín de guerra.

Arriba, grandes bombitas en tulipas esmeriladas arrojaban una luz blanca y agradable.

En un rincón apartado de la habitación, sin llegar al cielorraso, se hallaba una cabina aislante de acústica. Parecía terminada sólo en parte. Por fuera había sido forrada con arpillera clavada sobre paja. Su puerta gruesa, pero hueca como las pesas de los payasos de circo, estaba abierta en ese momento y la cortina de lana que la recubría, había sido corrida para aerear la cabina. Al lado, hileras de tapones de bronce brillaban sobre la negra faz de bakelita del tablero principal.

Cerca de la cabina, pero dándole la espalda, una muchacha menuda y frágil, de expresión austera, con los hombros angostos cubiertos por un chal de pelo de cabra, se hallaba sentada en un escritorio.

Toda la gente en la habitación, diez o más, eran hombres, todos vestidos con los mismos *over-all* azul oscuro. Iluminados por las luces del techo y por flexibles lámparas adicionales, trabajaban; caminaban de un lado al otro, martillaban, soldaban o estaban sentados en los bancos de montaje y escritorios.

Desde distintos lugares, tres diferentes receptores de radio de fabricación casera, sin cajas, y colocados sobre cualquier pie de aluminio, emitían ritmos de jazz, un concierto de piano o cantos típicos del Este.

Rubín lentamente cruzó el laboratorio hacia su escritorio, llevando en la mano el diccionario mongol-finlandés y su Hemingway. Se veían migas de torta sobre su ondulada barba negra.

Aunque los over-all distribuidos a los prisioneros eran idénticamente confeccionados, se llevaban de diferentes maneras. Al de Rubin, se le había arrancado un botón, el cinturón estaba flojo y las arrugas del género caían sobre su estómago. Lo contrario le sucedía a un joven con abundante pelo castaño, que en ese momento le cerraba el paso a Rubin; llevaba exactamente el mismo over-all como si fuese un dandy. Tenía el cinturón azul bien ceñido con hebillas alrededor de su angosta cintura y usaba una camisa de seda azul, desteñida por los frecuentes lavados, que cerraba con una vistosa corbata. El joven bloqueó el costado del corredor por donde Rubin intentaba pasar; blandía en la mano derecha un soldador de hierro candente y había colocado su pie izquierdo sobre una silla. Apoyado en su rodilla, concentraba su atención en un diseño de radio de un ejemplar de la revista *Wireless Engmeer* cantando al mismo tiempo:

Boogie-woogie, boogie-woogie

iSamba! iSamba!

iBoogie! woogie, boogie-woogie

iSamba! iSamba!

Rubin no podía pasar y se detuvo allí por un momento con una falsa expresión de mansedumbre. El joven no parecía percatarse.

-Valentulya -dijo Rubin- ¿no podría usted mover un poquito su pie trasero? Valentín, sin levantar la cabeza, contestó marcando enérgicamente las frases.

-¡Lev Grigorich! ¡Apártese usted! ¡Arranque sus garras! ¿Por qué viene aquí de noche? ¿Qué tiene que hacer aquí? -Miró a Rubín con ojos claros y jóvenes cargados de asombro-. ¿Para qué diablos necesitamos filólogos aquí? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! -articulaba- Después de todo no es ingeniero, ¡qué vergüenza!

Plegando cómicamente sus labios carnosos y abriendo unos ojos enormes, Rubin ceceó: -¡Hijo mío! hay toda clase de ingenieros. Algunos de ellos se han hecho una sólida carrera vendiendo bebidas gaseosas.

-¡Yo no! Soy un ingeniero de primer orden. Piénselo bien, hombrecito -le contestó Valentín ácidamente, dejando su soldador contra la pared y enderezándose.

Tenía la mirada limpia de la juventud; la vida no había empañado su cara. Sus movimientos eran como los de un cachorro. Costaba creer que se había graduado en un instituto antes de la guerra, que fue prisionero de guerra de Alemania, que vivió luego en Europa y que ahora cumplía el quinto año de prisión en su propio país.

Rubín suspiró. -Sin una expresa recomendación de Bélgica la administración no puede...

-¡De qué recomendación me está hablando! -las cejas de Pryan-chikov se levantaron- ¡ja! ¡ja! ¡ja! Usted está divagando. ¡Amo locamente a las mujeres!

La joven austera cerca de ellos no pudo evitar una sonrisa.

Otro recluso que estaba contra una ventana cerca del pasillo por donde Rubin trataba de pasar, dejó su trabajo y escuchó a Valentín con aprobación.

-Solo teóricamente, parecería -contestó Rubin con expresión aburrida y como masticando.

-¡Y adoro gastar dinero!

-Pero no tiene, nada.

--Bueno, ¿entonces cómo puedo ser un mal ingeniero! Piense: para poder querer a mujeres -y siempre distintas- necesito mucho dinero; lo tengo que ganar. Y para hacerlo, como ingeniero tengo que ser brillante en mi campo. Y ¿cómo puedo hacerlo si no estoy realmente fascinado con mi carrera? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ha empaldecido!

Una total convicción brillaba en la cara alargada de Valentín, levantada desafiante hacia Rubín.

-¡Aja! -exclamó el zek próximo a la ventana, cuyo escritorio estaba enfrente del de la joven- Lev, ven y oye lo bien que he captado la voz de Valentulya, tiene el sonido de una campana. Eso lo voy a escribir en mi informe: como una campana. Una voz así se puede reconocer en cualquier teléfono; a pesar de las interferencias.

Y abrió una gran hoja cuadriculada en la cual se veían columnas de nombres, seguidas de voces clasificadas en forma de árbol.

-¡Qué clase de estupidez es ésa! -dijo Valentín desechando el comentario y tomando su soldador que empezó a humear, se incorporó.

El corredor se despojó y Rubín caminó hacia su silla, deteniéndose frente a la hoja donde las voces estaban clasificadas.

Él y su amigo Gleb Nerzhin la observaron en silencio.

-Hemos progresado, Gleb -dijo-. En combinación con "la palabra visible" vamos a tener un buen arma. Pronto podremos comprender

de qué depende una voz en el teléfono. -Hizo un movimiento brusco:-
¿Qué tocan en la radio?

El sonido de la música de jazz era más intenso en la habitación, pero una ondulante melodía producida por las burbujas de un piano se oía a través de un receptor casero, colocado sobre el antepecho de la ventana; una línea melódica que brillaba y desaparecía.

Nerzhin contestó: -Es un milagro; es la sonata 17 en Re menor de Beethoven. Por alguna razón, nunca. . . “escucha, escucha”.

Los dos se arrimaron más cerca del receptor pero la música de jazz interfería terriblemente.

-Valentín -dijo Gleb-, ¡Por favor! déjanos oír! Ten consideración.

-Ya he demostrado tener consideración -refunfuñó Valentín-, les hice el receptor; ahora voy a desoldar la bobina y nunca más la van a encontrar.

La pequeña joven arqueó sus cejas severas y dijo; ¡Valentín Martynich! Realmente, es imposible oír tres radios al mismo tiempo. Apague la suya, si le han pedido.

-La radio de Valentín en ese momento estaba tocando "un slow-fox"; y a la joven, secretamente, le gustaba mucho.

-Serafina Vitalyevna. ¡Es monstruoso! -tomó el respaldo de una silla y gesticuló como si estuviese hablando desde un estrado-. ¿Cómo puede una persona sana y normal no gozar del vital y vigorizante jazz? Todos ustedes se han corrompido por la influencia de antiguallas. ¿Es qué realmente nunca han bailado el "tango azul"? ¿Nunca han visto la revista de Arkady Raikin? No saben lo mejor que puede crear el hombre. Peor que peor, nunca han estado en Europa. ¿Dónde pueden haber aprendido a vivir? Les advierto muy, muy seriamente, qué tienen que enamorarse de alguien. -Espetó esta pieza oratoria desde detrás de la silla, sin darse cuenta de la amargura que trasuntaban los

labios de la joven. Alguien- *idependça!* Luces guiñando en la noche. El frú-frú de ropa elegante.

-¡Se ha salido de la órbita, otra vez! -acotó Rubín preocupado. De manera que tenemos que emplear la fuerza.

Y detrás de la espalda de Valentín apagó la jazz, él mismo.

Valentín se volvió, herido -Lev Grigorich, ¿quién le dio el derecho de hacer eso?

Frunció el ceño y trató de parecer amenazante. La melodía liberada de la sonata 17 se elevó fluyendo en toda su pureza, compitiendo solamente ahora con la tercera radio, del otro lado del rincón.

Toda el cuerpo de Rubín se aflojó. Toda su cara era, unos ojos pardos rendidos y una barba moteada con migas de torta.

-Ingeniero Pryanchikov. ¿Todavía se preocupa por la Carta del Atlántico? ¿Ha escrita usted su testamento? ¿A quién quiere usted dejar sus chinelas?

La cara de Pryanchikov se volvió seria al instante. Miró a Rubín en los ojos y le dijo pausadamente: -Oiga, ¡qué diablos! me está volviendo loco. Un hombre debería tener cierta libertad en la prisión.

Uno de los obreros lo llamó y él se retiró sombrío.

Rubín se instaló silenciosamente en su sillón, de espaldas contra la espalda de Gleb, dispuesto a escuchar la música. Pero la sedante melodía se apagó inesperadamente como un discurso se apaga en la mitad de una palabra. Y ese fue el final, sencillo y nada pomposo de la Sonata diecisiete.

Rubín emitió unas malas palabras, comprensibles solamente para Gleb.

-Deletréelas, no puedo oírte -dijo Gleb-, dándole todavía la espalda.

-Esa es mi suerte, te lo aseguro -dijo Rubín roncamente, sin volverse- Ahí tienes, he perdido la sonata, y no la he oído nunca.

-Pero eres desorganizado, ¿cuántas veces te lo he machacado? - declaró su amigo. Un minuto antes, cuando estaba registrando la voz de Pryanchikov, había estado lleno de entusiasmo, ahora se había vuelto indiferente y triste-. Y la sonata era muy, muy buena. ¿Por qué no tiene un nombre como las otras? "La sonata fulgurante" ¿No estaría bien? Todo en ella fulgura, lo bueno y lo malo, lo triste y lo alegre, de la misma manera como lo es en la vida. Y no tiene fin. . . exactamente como en la vida. Así debería llamarse la Sonata *Ut in Vita*. Y ¿dónde has estado?

-Con los alemanes. Estuvimos festejando la Navidad -dijo Rubín sonriendo irónicamente.

Hablaban de espaldas, sin verse, las nuca casi tocándose.

-Un buen hombre -Gleb reflexionó un instante-: Me gusta tu actitud hacia ellos. Pasar horas enseñándole ruso a Max. Sin embargo tienes todas las razones para odiarlos.

-¿Odiarlos? No, pero mi anterior amor hacia ellos, ha sido desde luego un poco oscurecido. Aun al apolítico y suave Max. ¿No comparte él también, cierta responsabilidad con los verdugos? Después de todo, no hizo nada para detenerlos.

-Exactamente como nosotros, ahora mismo no hacemos nada para detener a Abakumov o Shishkin-Myshkin.

-Oye, Gleb, de una vez por todas. No soy más judío de lo que soy ruso y no soy más ruso de lo que soy ciudadano del mundo.

-¡Bien dicho! ¡Ciudadano del mundo! suena puro y nada sanguinario.

-En otras palabras, cosmopolita. Tuvieron razón al ponernos en la prisión.

-Por supuesto que tuvieron razón. Aunque tu siempre estás tratando de probarle lo contrario al Soviet Supremo.

La radio sobre el antepecho de la ventana anunciaba que leería la lista diaria del Concurso de Producción, en treinta segundos.

Durante el transcurso de estos treinta segundos, Gleb Nerzhin deliberadamente giró la perilla con toda calma, apagando el ronco croar del locutor. Su cara estaba grisácea.

Valetín Pryanchikov estaba en ese momento absorbido en un nuevo problema. Calculando qué cantidad de amplificaciones usar, cantaba para sí, distraídamente, en voz alta:

Boogie-woogie, boogie-woogie

¡Samba, samba!

UNA EXISTENCIA PACIFICA

Nerzhin tenía la misma edad de Valentine Pryanchikov, pero parecía mayor. Su pelo rubio no era, ni fino, ni gris pero habían ya muchas, muchas arrugas profundas en su cara contraída, había guirnaldas de ellas alrededor de sus ojos, en las comisuras de sus labios, profundos surcos en su frente. Su piel parecía marchita por la falta, de aire fresco.

Pero lo que más lo envejecía era la parquedad de sus movimientos, esta parquedad sabia con la cual la naturaleza sostiene la fuerza de un prisionero que se consume con el régimen de un campo de concentración. Ciertamente en la relativa libertad de la *sharashka*, donde la dieta incluía carne y la energía no se consumía en labor física, no había necesidad real para parquedad de movimientos, pero Nerzhin comprendió la naturaleza incierta de su sentencia a prisión y practicaba esa restricción de esfuerzo para asegurar se convirtiera en un hábito permanente.

Barricadas de libros y carpetas de archivos se hallaban apilados en su amplio escritorio, aun el espacio del centro que le permitía trabajar, estaba cubierto de biblioratos, textos escritos a máquina, libros rusos, extranjeros y revistas -todas ellas abiertas- cualquier persona candida vería en ese caos el resultado de un huracán de pensamiento científico.

Pero en realidad, era todo una fachada falsa. Nerzhin arreglaba sus cosas todas las noches, por si los jefes aparecían.

La verdad es que no miraban lo que tenía delante de sí. Había corrido la clara cortina de seda y miraba por la ventana hacia la oscuridad. Más allá de la profundidad de la noche, las diversas luces de Moscú se encendían y toda la ciudad, oculta detrás de una colina, brillaba como un enorme pilar de luz, pálido y difuso que convertía al cielo en marrón oscuro.

La silla especial de Nerzhin, con un respaldo a resorte que cedía confortablemente a cualquier movimiento; su escritorio, con tapa corrediza, de modelo no fabricado en la Unión Soviética y su confortable ubicación cerca de una ventana mirando al sur -hubiera indicado a cualquier conocedor de la historia de la *sharashka* de Mavrino, que Nerzhin era uno de sus miembros fundadores.

La *sharashka* tomaba su nombre del vecino pueblo de Mavrino, que había sido absorbido, hacía tiempo, por los límites de la ciudad de Moscú. La *sharashka* se había establecido una tarde de julio hacía poco más de tres años. Se habían traído quince zeks de campos de concentración y ubicado en una vieja casona en el suburbio de Moscú, rodeándolos de alambres de púa. A las *sharashkas* de ese tiempo, se las llamaba ahora "el período Krylov" y se los recordaba como una "época pastoril".

Entonces, se podía caminar libremente durante el atardecer por lo que luego se transformó en la "zona"; recostarse sobre el pasto cubierto de rocío, al que, contra todas las reglas de prisiones, no se lo cortaba; (el pasto tenía que cortarse hasta la raíz para que los zeks no se deslizaran hasta los alambres de púa); y observar o bien las eternas estrellas o la transitoria transpiración de Zhvakun, el sargento de turno en su tarea nocturna, mientras robaba leños de la obra de reparaciones y los pasaba haciéndolos rodar debajo de los alambres de púa, hacía su casa para usarlos como combustible.

Nadie en la *sharashka* de entonces sabía qué campo de esfuerzo científico sería ese. Se los mantenía ocupados desembalando una enorme cantidad de cajones enviados en dos trenes de carga. . .Juntando sillas confortables y escritorio. . . seleccionando aparatos rotos y pasados de moda para telefonía, comunicaciones de radio de alta frecuencia y acústica. Resultó que los mejores aparatos y documentos de los últimos instrumentos de investigación, habían sido robados o destruidos por los alemanes mientras el capitán de M.V.D, que había sido enviado para embalar los equipos alemanes y destinarlos a Moscú; había saqueado los alrededores de Berlín para amueblar mejor su departamento moscovita y el de sus superiores. (Entendía mucho de muebles pero no sabía nada del idioma alemán o de radiofonía).

Desde entonces se había cortado el pasto. Las puertas para salir al paseo se abrían solamente al sonido del timbre. La *sharashka* había pasado de la jurisdicción de Beria a Abakumov y se lo hacía trabajar en comunicaciones telefónicas secretas. Esta función específica debería haber durado un año pero se había estirado a dos, haciéndose más amplia, confusa y englobando proyecciones cada vez mayores. Y aquí, en el escritorio de Rubín y Nerzhin, se había llegado a la altura de identificar voces en él teléfono, hasta establecer la particularidad que hace característica a cada voz humana.

Parecería que nadie se había dedicado a este estudio anteriormente. De todos modos no pudieron encontrar ninguna monografía al respecto. Se les había asignado medio año para el trabajo y después otro medio año; pero habían progresado muy poco y ahora el tiempo urgía.

Consciente de esta desagradable urgencia, Rubin se quejó. -Por alguna razón no tengo el menor deseo de trabajar hoy.

-Es asombroso -refunfuñó Nerzhin. ¿Será que después de haber estado peleando durante cuatro años y haber estado solo cinco en la prisión; estás cansado ya? Consigúete unas vacaciones pagas en Crimea.

Permanecieron silenciosos.

-¿Estás ocupado en algo personal?

-Aja.

-Y ¿quién va ha hacer el trabajo sobre las voces?

-:Para serte franco, contaba contigo.

-¡Qué coincidencia! Y yo contigo.

-Eres un inconsciente. ¿Cuánto material has sacado de la Biblioteca Lenin con pretexto de ese trabajo?; -discursos de abogados famosos, las *Memorias* de Koni; *Un actor se prepara* de Stanislavsky. Y perdiste toda vergüenza con tu búsqueda de *La princesa Turandot*. ¿Qué otro zek en el país de GULAG puede jactarse de tal selección de libros?

Rubin colocó sus gruesos labios en forma de trompa, dando a su cara una expresión cómicamente tonta. -¡Qué gracioso!, leí todos esos libros, aun *La Princesa Turandot* con alguien más, también durante horas de trabajo. ¿No fue contigo?

-Sí, fue conmigo; y debería estar trabajando y trabajando, también hoy. Pero dos cosas me han sacado de mi rutina. En primer lugar he estado muy preocupado con los pisos de parquet.

-¿Qué pisos de parquet?

-En las puertas de Kaluga, en el departamento MVD, él redondo, con la torre. Nuestro campo lo estaba construyendo en 1945, yo trabajaba como aprendiz, poniendo parquets de madera. Acabo de saber hoy que Roitman está viviendo en esa misma casa. Desde entonces estoy preocupado por lo que fue mi especialidad, si tú

prefieres, por mi prestigio. ¿Crujen mis pisos o no? Después de todo si crujen, quiere decir que son pisos de mala calidad. Y aquí me tienes, no pudiendo corregirlos.

-Sí, eso podría llegar a ser una pesadilla.

-Exactamente. Y la segunda cosa: ¿No es de mal gusto tener que trabajar los sábados a la noche cuando se sabe que el domingo va a ser día franco solamente para los empleados libres.

Rubin suspiró. -Aun en este momento los empleados libres se han ido a sitios de diversión. Desde luego, es abiertamente juego sucio.

-Pero, ¿eligen los sitios apropiados?

-¿Le sacan más satisfacción a la vida que nosotros? Esa es la verdadera pregunta. Con la cautela habitual de los prisioneros, hablaban bajo, aun Serafina Vitalyevna, sentada del otro lado de Nerzhin, no podía oírlos.

Dieron media vuelta, y de espaldas al resto de la habitación enfrentaron la ventana y las luces de la zona prohibida; la torre de control cuya presencia podía adivinarse solamente en la oscuridad, las luces separadas de los distantes invernáculos y el apenas visible, blancuzco pilar de luz de Moscú.

Nerzhin, aunque matemático, no desconocía la lingüística y desde que el sonido de la lengua rusa se había convertido en proyecto de investigación en el Instituto Científico de Investigación de Mavrino, compartía su trabajo con el único filólogo que había allí: Rubin. Durante dos años habían estado sentados, espalda con espalda, durante doce horas diarias. Al comenzar su relación, descubrieron que ambos habían sido soldados en la línea de fronteras, que habían estado juntos en el frente Noroeste y en el frente Beloruso; ambos poseían una buena colección de condecoraciones de guerra; ambos

habían sido arrestados en el frente el mismo mes y por la misma unidad SMERSH bajo las medidas del mismo *universalmente aplicable* punto diez -en otras palabras, educación, propiedad o situación material-. Y ambos habían recibido un término de diez años (la verdad es que todos recibían lo mismo). Había una diferencia solamente de seis años entre ellos y de un grado en el escalafón militar. Nerzhin había sido capitán. Resultó además, que antes de la guerra, Nerzhin pudo haber asistido a alguna de las conferencias del asistente a profesor Rubin.

Miraron hacia la oscuridad.

Rubín dijo tristemente: --De todos modos, eres intelectualmente deficiente. Éso me preocupa.

-Pero yo no estoy tratando, de comprender las cosas; hay mucha inteligencia en el mundo, pero no hay mucha que valga.

-Aquí tienes un buen libro para leer.

-¿Hemingway?; ¿es otro sobre los pobres toros confundidos?

-No.

-¿Leones perseguidos? ¡En absoluto!

-Oye, si puedo comprender a la gente ¿por qué preocuparme de los toros ?

-Tienes que leerlo.

-No tengo que hacer nada por nadie, acuérdate que ya he pagado todas mis deudas, como nuestro amigo Spiridon dice.

-¡Pobre tipo!

-¡Léelo! es uno de los mejores libros del siglo veinte.

-Y ¿va a revelarme lo que cada uno necesita comprender? ¿Ha descubierto qué hace confundir a la gente?

-Es un escritor inteligente, moralmente bueno, de honestidad sin fronteras, un soldado, cazador, pescador, borracho, mujeriego;

desprecia toda falsedad con franqueza y tranquilidad, simple, muy humano, con la inocencia del genio.

-¡Oh. basta! -rió Nerzhin-. Me estás llenando los oídos con tu jerga. He vivido durante treinta años sin Hemingway, y me las voy a arreglar para seguir algunos más. Primero traté de meterme a Chapek, después Fallada. Hasta ahora, mi vida ha sido desgarrada sin esto ya; ¡no quiero desmembrarme tanto! Déjame por lo menos, encontrar alguna dirección.

Y volvió a su escritorio.

Rubin suspiró. Todavía no estaba con ánimo de trabajar.

Miró el mapa de China apoyado contra un estante de su escritorio. Había cortado este mapa de un diario, pegándolo sobre un cartón. Durante todo el año anterior había marcado con lápiz rojo el avance del ejército comunista; ahora, después de la victoria total, lo había dejado allí adelante, para que en sus momentos de depresión y fatiga pudiera levantar su ánimo.

Pero hoy la tristeza roía a Rubin, y aun la masa roja de la China victoriosa no podía vencerla.

Nerzhin, pensativo, chupando la punta de su lapicera plástica, escribió con su letra fina como si lo hiciera, no con una pluma sino con la punta de una aguja en una hoja muy pequeña, enterrada entre su "camouflage" de libros y biblioratos:

Recuerdo un pasaje de Marx (si pudiese encontrarlo) donde dice que tal vez el proletario victorioso pueda seguir sin expropiar a los paisanos prósperos. Esto significa que vio alguna forma económica de incluir a todos los paisanos en el nuevo sistema social. Pajan en 1929, por supuesto, no buscó estas salidas. ¿Cuándo buscó alguna vez algo inteligente o que valiera la pena? ¿Por qué un carnicero pretendía ser terapeuta?

El amplio laboratorio de acústica sonaba con su propia existencia pacífica todos los días. El motor del torno zumbaba. Se gritaban órdenes: "¡Prendan eso!" "¡Apaguen eso!" Por la radio, se oía música sentimental. Alguien llamaba a gritos por el tubo 6k7.

Aprovechando un momento en que nadie la veía, Serafina Vitalyevna observaba fijamente a Nerzhin quien estaba todavía escribiendo con su microscópica letra.

Shikin, el oficial mayor de seguridad, le había ordenado que observara a ese prisionero.

UN CORAZÓN DE MUJER

Serafina Vitalyevna era tan pequeña que resultaba difícil no llamarla "Simochka". Llevaba una blusa de hilo y un abrigado chal alrededor de sus hombros, y era teniente en el MGB del ministerio de Seguridad Social.

Todos los empleados libres de este edificio eran oficiales del MGB.

Los empleados libres, de acuerdo a la Constitución stalinista, tenían gran cantidad de derechos, entre ellos el de trabajar. De todos modos, este derecho estaba limitado a ocho horas diarias y también el hecho de no tener trabajo creativo hacía que vigilaran a los zeks. A los zeks, para compensarles el no tener ningún derecho, gozaban un mayor derecho a trabajar doce horas diarias. Los empleados libres rotaban por períodos de trabajo en cada uno de los laboratorios, para que los zeks pudieran ser supervisados a toda hora, incluyendo el intervalo de la comida desde las dieciocho hasta las veintitrés.

Simochka estaba ahora en su tarea nocturna. En el Laboratorio de Acústica esta mujer, con aspecto de pájaro, era el único representante de la autoridad y el único ejecutivo presente.

Según las reglas, tenía que vigilar que los zeks trabajaran y no haraganearan, que no usaran el laboratorio para fabricar armas o minar el local o construir túneles, y no utilizaran esa cantidad de piezas de radio para fabricar una comunicación con la Casa Blanca. A las once menos diez tenía que recolectar todos los documentos super-

secretos, colocarlos en la gran caja fuerte y luego sellar la puerta del laboratorio.

Hacía solamente medio año que Simochka había completado el curso en el Instituto de Ingeniería y Comunicaciones; y había sido destinada por su intachable ficha de seguridad, a este tan secreto instituto científico de investigación; el cual por razones de seguridad, había sido denominado con un número, pero los prisioneros en su jerga irreverente llamaban la *sharashka*. Los empleados libres aceptados aquí eran de mayor categoría, se les pagaba sueldos más altos que a los ingenieros. Se les pagaba por su grado, por su uniforme y todo lo que se les exigía era dedicación y vigilancia.

El hecho de que nadie le exigiera sobre sus conocimientos en su terreno específico, significaba una gran suerte para Simochka. No solamente ella sino muchas de sus amigas, se habían graduado en el instituto sabiendo bastante poco. Había muchas razones para ello. Las jóvenes venían de colegios secundarios con muy poca base en matemáticas y física. Habían aprendido en los años superiores que en las reuniones de consejeros de la facultad el director había amonestado a los profesores por los aplazados y aunque el alumno no estudiase nada, tenía que recibir diploma. En el instituto, cuando encontraban tiempo para sentarse a estudiar, cursaban las matemáticas y radiotecnología como atravesando un incomprensible e infranqueable bosque de pinos. Pero generalmente no encontraban tiempo. Cada otoño, durante un mes o más, se llevaba a los estudiantes a recoger papas en las granjas colectivas. Por esta razón, tenían que asistir a conferencias de ocho y diez horas diarias durante el resto del año, no dándoles tiempo de estudiar. Los lunes a la tarde había adoctrinamiento político. Una vez por semana, una reunión específica era obligatoria. Después también había que hacer trabajo

social útil; imprimir boletines, organizar conciertos, y era necesario también ayudar en sus hogares, comprar, lavar, vestirse. ¿Y el cine? ¿Y el teatro? ¿Y el club? Si una chica no se divertía y bailaba un poco durante sus años de estudiante, ¿cuándo lo haría después? Para sus exámenes Simochka y sus amigas hicieron copias que escondieron en ese lugar de ropa femenina negada a los hombres; y durante los exámenes, sacaban las que necesitaban y alisándolas las hacían pasar como trabajo de examen.

Los examinadores podían, desde luego, muy fácilmente descubrir la ignorancia de las estudiantes, pero ellos mismos estaban sobrecargados con reuniones, asambleas, variedad de planes e informes al decano y al rector. Les resultaba muy difícil tener que asistir a examen una segunda vez. Además, cuando sus estudiantes no aprobaban, a los examinadores se los amonestaba como si los aplazos fueran productos fallados de una producción en serie -según la muy conocida teoría: no hay malos alumnos, solamente malos profesores-. De ahí, los examinadores no trataban de confundir a los estudiantes, al contrario, trataban de ayudarlos a través del examen para obtener rápidamente el mejor resultado posible. A medida que los cursos estaban por finalizar, Shimochka y sus amigas se dieron cuenta, no sin cierta tristeza, que no les gustaba su profesión, en una palabra, que les parecía un aburrimiento. Pero ya era demasiado tarde. Simochka temblaba ante la idea de trabajar en ella.

Después fue destinada a Mavrino. Se alegraba que no le hubiesen adjudicado ninguna investigación independiente. Pero aun cualquiera, menos frágil y pequeña que ella, se hubiera amedrentado de cruzar la zona prohibida de este aislado castillo en Moscú; donde

una guardia especial y personal supervisor vigilaban a importantes criminales de estado.

A diez graduados del Instituto de Comunicaciones se les dieron las instrucciones al mismo tiempo. Se les dijo, al respecto, que este trabajo era peor que la guerra; que habían caído en un pozo de víboras, donde el menor movimiento imprudente podía ser fatal. Se les dijo que encontrarían aquí la resaca de la raza humana, gente que no merecía hablar el idioma ruso que lamentablemente dominaban. Se les advirtió que esta gente era especialmente peligrosa porque no mostraban abiertamente sus colmillos de lobo, porque constantemente usaban una máscara de cortesía y buena educación. Si hubiera que preguntarles acerca de sus crímenes -lo cual estaba prohibido categóricamente- intentarían con mentiras inteligentes, retratarse como víctimas inocentes. Se les señaló que las muchachas, como miembros del Komsomol, no debían volcar su odio en estas víboras sino demostrarles una amabilidad exterior -sin entrar en ninguna discusión no referente al trabajo, sin hacerles ninguna comisión afuera- y que, a la primera violación o sospecha de violación o posibilidad de sospecha de violación de estas reglas tendrían que apurarse con una confesión al oficial de seguridad, el mayor Shikin.

El mayor Shikin, que se daba importancia a sí mismo, era bajo, trigüeño, con el pelo canoso recortado sobre su cabeza grande y los pies pequeños, en los que usaba zapatos de tamaño de niño. Se le ocurría, dijo en esta ocasión, que mientras para él como para dicha persona de experiencia, la naturaleza interior de reptil, de estos malhechores era perfectamente clara; podría haber entre tantas jóvenes sin experiencia, cómo eran las recién llegadas, una, cuyo corazón humanitario titubeara y pudiera ser culpable de alguna infracción, como por ejemplo darle a los prisioneros un libro de la

biblioteca de los empleados libres. Ni siquiera mencionó el despachar una carta afuera (pues cualquier carta dirigida a Marya o Tanya significaba obviamente un envío a algún centro de espionaje extranjero). Si alguna de estas jóvenes presenciaba la caída de alguna de sus amigas, tenía que ayudar a su camarada, esto es, denunciar lo que había sucedido al mayor Shikin.

Finalmente, el mayor no ocultó que la relación con los prisioneros, era castigada por el Código Criminal, y que el Código Criminal, como todos sabían, era elástico. Incluía hasta veinticinco años de trabajos forzados.

Era imposible no temblar imaginando el negro futuro que les esperaba. Algunas muchachas sintieron que las lágrimas le subían a los ojos. Pero la desconfianza ya se había sembrado entre ellas y dejando la sesión de instrucciones, no hablaron de lo que habían oído, sino de cosas intrascendentes.

Entre viva y muerta de miedo, Simochka siguió al ingeniero mayor Roitman al laboratorio de Acústica y durante el primer momento quiso cerrar los ojos como en una caída.

Medio año había transcurrido desde entonces, y algo raro le había sucedido a Simochka. No era que sus convicciones acerca de las negras confabulaciones del imperialismo, hubieran disminuido. Todavía le parecía fácil creer que los prisioneros que trabajaban en todas las otras habitaciones eran criminales sanguinarios. Pero cada día, cuando se encontraba con los doce zeks en el Laboratorio de Acústica, sombríos e indiferentes a la libertad, a su propio destino, a su plazo de diez y veinticinco años; todos ellos: científicos, ingenieros, técnicos, importándoles solamente su trabajo aunque no fuera propio, aunque no significara nada para ellos y no les produjera un centavo como sueldo ni un ápice de gloria, trataba en vano de ver en ellos esos

terribles bandidos internacionales, tan bien identificados en las películas, tan hábilmente atrapados por el contraespionaje.

Entre ellos Simochka no experimentaba temor. No podía sentir ningún odio hacia ellos. Esta gente despertaba en ella solamente un gran respeto, con sus varias habilidades y conocimientos, su entereza en sobrellevar al infortunio. Y aunque su sentido del deber se lo pedía, aunque el amor por su país exigía que informara al oficial de seguridad los pecados de comisión y omisión, Simochka, por razones que no comprendía, empezó a encontrar esa tarea execrable e imposible.

Era particularmente imposible en el caso de su vecino más cercano y compañero de trabajo, Gleb Nerzhin, que se sentaba enfrentándola a través de dos escritorios.

Hacía un tiempo que Simochka trabajaba junto a él, bajo su dirección, llevando a cabo experimentos en articulación vocal. En la *sharashka* de Mavrino era necesario controlar la fidelidad con la cual las características vocales eran transmitidas por varios circuitos telefónicos. Aun con todos los nuevos instrumentos, no había todavía medidor con el cual medir la calidad de la transmisión de la palabra. Se podía llegar a controlar las distorsiones, solamente, si una persona leía sílabas aisladas, palabras y frases por un tubo, de un lado del circuito y el oyente del otro lado, trataba de calibrar el porcentaje de errores durante la transmisión. Estos experimentos se llamaban experimentos sobre articulación.

Nerzhin se ocupaba de la programación matemática de estos experimentos. Avanzaban con éxito y Nerzhin había escrito una monografía en tres tomos sobre su metodología. Cuando él y Simochka estaban sobrecargados de trabajo, Nerzhin decidía qué era de necesidad inmediata y qué podía demorar, todo esto con una gran

seguridad. En esos momentos su cara se rejuvenecía. Y Simochka imaginaba la guerra como la había visto en películas; veía a Nerzhin en uniforme de capitán, su pelo rubio al viento entre el humo de la explosiones, gritando la orden ¡fuego!

Nerzhin se sentía obligado a trabajar activamente y habiendo hecho el trabajo asignado podía desentenderse de toda actividad. Una vez le había dicho a Simochka: -Soy activo porque odio la actividad. -¿Y qué le gusta? -ella había preguntado tímidamente-, la contemplación, fue la respuesta. Y la verdad era que cuando el torbellino de trabajo pasaba, permanecía sentado durante horas, apenas cambiando de posición. Su piel se tornaba gris, vieja y aparecían arrugas. ¿Dónde se había ido su seguridad? Se volvía lento e indeciso. Pensaba mucho antes de escribir esas anotaciones chiquitas como hechas con agujas, que Simochka todavía veía sobre su escritorio entre los libros de consulta y las monografías. Ella también notaba que él las deslizaba a la izquierda del escritorio, pero no en el cajón. Simochka ardía de curiosidad por saber qué escribía y a quién. Nerzhin, sin saberlo, se había transformado en un objeto de simpatía y admiración.

La vida de Simochka como mujer, hasta entonces, había resultado muy desgraciada. No era bonita. Su cara estropeada por una nariz que resultaba demasiado larga. Su pelo era ralo y agarrado en la nuca con un nudo pequeño. No era solamente pequeña -lo cual puede hacer hermosa a una mujer- sino excesivamente pequeña; se asemejaba más a una escolar de séptimo grado que a una mujer. De todos modos, era muy formal y nada inclinada a la diversión y a la ligereza, y esto también la hacía poco atractiva hacia los jóvenes. A los veinticinco años, nadie la había cortejado, nadie la había abrazado, nadie la había besado.

Pero hacía poco tiempo, justo un mes antes, algo se había descompuesto en el micrófono de la cabina y Nerzhin la había llamado para arreglarlo. Ella apareció con un destornillador en la mano y en la silenciosa, sofocante y pequeña cabina; repleta por ellos dos, se inclinó hacia el micrófono que Nerzhin examinaba. Sin darse cuenta su mejilla tocó la suya. Lo tocó y casi muere ahí mismo. ¿Qué sucedería ahora? Debería haberse retirado, pero permaneció mirando estúpidamente al micrófono. Así trascurrió el más largo y aterrante minuto de su vida -sus mejillas ardían unidas, pero no se retiró. De repente él le tomó la cabeza y besó sus labios. El cuerpo de Simochka se derritió de gozosa debilidad. No dijo nada en ese instante sobre Komsomols o el país; solamente: -la puerta no está cerrada.

Una cortina liviana azul oscura, moviéndose hacia adelante y atrás los separaba del bullicioso día; de la gente caminando por ahí, conversando, que bien podían haberla corrido en cualquier momento.

El prisionero Nerzhin no arriesgaba más que diez días en una celda de castigo. La joven arriesgaba toda su seguridad, su carrera, tal vez la libertad misma. Pero no tenía fuerzas de apartarse de las manos que sostenían su cabeza.

Por primera vez en su vida, un hombre la había besado.

Se podría decir esto: una cadena de acero astutamente forjada, se quebró en el eslabón forjado en el corazón de una mujer.

¡DETENTE, INSTANTE!

-¿De quién es esa pelada que está atrás mío?

-Muchacho, también estoy en ánimo poético. Charlemos.

-En principio estoy ocupado.

-Ocupado -ipavadas! Estoy en un estado, Gleb. Estaba sentado junto al árbol de Navidad y dije algo acerca de mi cabina en la cabeza de puente al norte de Pulutsk y de repente estaba en el frente otra vez! El frente entero se me vino encima, tan vivido, tan lacerante Oye - aún la guerra puede transformarse en buenos recuerdos, ¿no?

-No deberías permitirlo. La ética taoísta dice: -Las armas son instrumentos de desgracia, no de nobleza. El hombre sabio conquista sin quererlo.

-¿Qué es esto? Has saltado del escepticismo al taoísmo?

-Nada definitivo todavía.

-Primero recuerdo lo mejor de mi Fritz -cómo inventábamos los lemas para los folletos que representaban: una madre abrazando sus hijos... nuestra rubia Margarita llorando-- ésa era nuestra obra de arte. Tenía un texto en verso.

-Ya sé. Recogí uno de ellos.

-Recuerdo cómo durante las tardes tranquilas salíamos en camiones sonoros al frente.

-Y entre los tangos emotivos, trataban de persuadir a sus hermanos soldados que levantaran las armas contra Hitler. Salíamos de nuestras trincheras también a escuchar. Pero los argumentos eran, más bien, simplotes.

-¿Qué quieres decir? Después de todo tomamos Graudenz y Elbing sin disparar un tiro.

-Pero eso ya era 1945.

-¡La gota de agua horada la roca! ¿Alguna vez te conté de Milka? Era una estudiante del Instituto de Lenguas Extranjeras, graduada en 1941 y se le designó inmediatamente a nuestra sección como traductora. Una ñatita, de movimientos rápidos.

-Espera, ¿era ella la que fue contigo a recibir la rendición de una fortaleza?

-Sí, era terriblemente vanidosa, y le encantaba que elogiaran su trabajo (¡qué Dios te amparara si te atrevías a hacerle una observación!). Y le gustaba que la propusieran para condecoraciones. ¿Te acuerdas del frente Noroeste más allá del río Lovat, entre Rakhmits y Novo-Svinukhovo al sur de Podtsepozhiva? Hay un bosque allí.

-Hay más de un bosque allí. ¿De aquella margen del río Redya o de ésta?

-De ésta.

-Sí, lo sé.

-Bueno, ella y yo pasábamos todo el día ambulando por el bosque.

Era primavera -ni siquiera primavera, marzo todavía-. Cruzábamos los charcos con nuestras botas de felpa, la cabeza debajo de la gorra de piel mojada por el calor. Ese eterno olor del despertar de la primavera. Vagábamos como seres enamorados por la primera vez, como recién casados. ¿Por qué con una mujer nueva experimentas todo el proceso, justo desde el principio? ¡como un muchacho! ¡Ese bosque interminable! El humo de los diseminados refugios donde una batería de setenta y seis se hallaba en un claro. Nos manteníamos apartados de ellos. Ambulábamos así, hasta el

anochecer húmedo y rosado. Me volvió loco todo el día; luego, cuando oscureció, encontramos un arsenal vacío.

-¿A la vista?

-Sí, ¿te acuerdas? Se construyeron muchos ese año, como refugios para animales salvajes.

-Tierra mojada. No se podía cavar hondo.

-Sí. Adentro había agujas de pino sobre el suelo, olor a resina de los troncos, humo de la lumbre -no había cocina, tenías que calentarte en el fuego. Había un agujero en el techo. Absolutamente nada de luz, desde luego. El fuego arrojaba sombras sobre las vigas. ¿Qué tal Gleb? ¡Algo de vida!

-Siempre he notado que hay una muchacha inocente en un cuento de prisión; todos incluyéndome, esperan ardientemente que para el fin del cuento, no vaya a seguir siendo inocente. Para los zeks ese es el punto principal de un cuento. Hay una búsqueda de justicia terrestre en eso, ¿no te parece? El ciego tiene que asegurarse por aquellos que ven, que el cielo permanece azul todavía, y el pasto verde. El zek tiene que creer que todavía hay mujeres, reales, vivas, adorables, en el mundo y que se dan a individuos con suerte. Esa es la noche que tú recuerdas -un enamorado en un refugio humeante, y nadie apuntándolo. ¡Guerra, infierno! Esa misma noche tu mujer guardaba sus cupones de azúcar para caramelos, todos pegoteados y mezclados con papel, pensando cómo dividirlos entre tus hijas para qué les durara todo un mes. Y en la prisión de Butyrskaya en la celda 73.

En un segundo piso, sobre un angosto corredor.

-Exactamente. El joven moscovita, profesor de historia Razvodovsky que acababa de ser arrestado y nunca había estado en el frente, probaba inteligentemente, convincentemente y con gran

entusiasmo, utilizando preceptos históricos, sociales y éticos, que había un buen lado en la guerra. Y había muchachos desesperados en esa celda que habían peleado en todos lados, en todos los ejércitos - casi se comen al profesor vivo. Furiosos dijeron: No, no hay una sola migaja de bien en ella. Yo oía y me callaba la boca. Razvodovsky tenía buenos argumentos. Por momentos creí que tenía razón y además, por momentos, mis recuerdos eran buenos. Pero no me animé a discutir con los soldados. Cualquiera que fuese la razón que tenía para estar de acuerdo con ese profesor civil; era lo mismo que me diferenciaba - oficial de artillería de R.G.K. -de la infantería. Lev, después de todo, en el frente, a no ser por la toma de esas fortalezas fuiste un fracaso total. Después de todo, nunca tuviste que quedarte definitivamente en una línea de batalla de la cual te podrías retirar solamente al precio de tu cabeza. Yo fui en parte un fracaso también porque no participé en ningún ataque y tampoco llevé a éste a mis hombres. Además nuestros recuerdos nos juegan sucio y nos ocultan lo que fue terrible.

-Sí, yo no digo.

-Lo agradable flota en la superficie. -Pero cuando en una picada el bombardero Junker casi me destroza cerca de Orel- no recuerdo ninguna satisfacción interior. No Lev, la única guerra buena es aquella que está lejos.

-Bueno, yo no estoy diciendo que sea buena, pero que lo que uno recuerda es bueno.

-Seguramente, y tendremos buenos recuerdos de los campos de concentración algún día. Aun de los campos de tránsito.

-¿Los campos de tránsito? ¿Gorky? ¿Kirov? ¡No!

-Eso es porque en los cuarteles te sacaron tus cosas, y no puedes ser objetivo. Pero algunos lo pasaban bien, aún ahí -los que controlaban la alimentación y los que se ocupaban de los baños;

algunos también podían tener relaciones con prostitutas y estarán contando a quién les quiera oír, que no hay mejor lugar en el mundo que un campo de tránsito. Después de todo, el verdadero concepto de la felicidad es condicionado, es una ficción.

-La naturaleza transitoria o irreal de un concepto, está implícita en su mismo nombre. La palabra felicidad es un derivado de otra que quiere decir: esta hora, este momento.

-No, querido profesor, perdóneme. Lea a Vladimir Dahl. -Felicidad viene de una palabra que quiere decir: su destino, su porción, aquello a lo cual uno ha podido aferrarse en la vida. La sabia etimología nos da una versión muy mezquina de la felicidad.

-¡Un momento!, mi explicación viene de Dahl también.

-¡Asombroso!, también la mía.

-A esta palabra se la debería investigar en todos los idiomas. Lo voy a apuntar.

-Maniático.

-Lo oigo de un tonto, te voy a decir algo sobre filología comparativa.

-Por ejemplo, como todo se deriva de la palabra "mano" -como diría Marr.

-Al diablo. -Oye. ¿Has leído la segunda parte de Fausto?

-Mejor preguntar si leí la primera parte. Todos dicen que es el trabajo de un genio, pero nadie lo lee. Lo conocen por Gounod.

-No, la primera parte no es nada difícil:

Nada tengo que decir del sol y el mundo.

Solamente veo los tormentos del hombre.

-Me gusta eso.

-O:

*Lo que necesitamos no lo sabemos
y lo que sabemos no lo necesitamos.*

-Extraordinario.

-La segunda parte es pesada, lo admito; pero aún así, ¡qué idea, hay allí! ¿Conoces el pacto entre Fausto y Mefistófeles? Mefistófeles va a recibir el alma de Fausto solamente cuando Fausto diga: "¡Oh, instante, detente! ¡eres tan hermoso!". Cualquier cosa que Mefistófeles le ofrezca á Fausto -la vuelta a su juventud, el amor de Margarita, una victoria fácil sobre su rival, riquezas ilimitadas, conocimientos sobre los secretos de la existencia- nada puede forzar esta última exclamación del pecho de Fausto. Los años pasan, Mefistófeles se ha cansado de perseguir a este ser insaciable. Ve que es imposible hacer feliz a un ser humano, quiere abandonar su esfuerzo estéril. Fausto que ha envejecido una segunda vez y está ciego, ordena a Mefistófeles que le consiga miles de obreros para abrir canales y secar pantanos. En su dos veces envejecido cerebro, (para el cínico Mefistófeles nublado y chocho) brilla una gran idea: Hacer feliz a la humanidad. A una señal de Mefistófeles los servidores del infierno aparecerán -los lémures- y comenzarán a cavar la tumba: de Fausto. Mefistófeles quiere enterrarlo para desembarazarse de él, sin esperanzas ya de su alma. Fausto oye el ruido de muchas palas al cavar. ¿Qué es eso? -pregunta-. Mefistófeles sigue fiel a su espíritu burlón; le dice que han secado los pantanos. Nuestros críticos gozan interpretando este momento en un sentido social optimista; porque él cree haberle hecho un gran servicio a la humanidad y porque esta idea le trae una gran felicidad, Fausto puede solamente decir -¡Oh instante,

detente, eres tan hermoso! Si uno lo analiza. ¿No se estaba riendo Goethe de las ilusiones que minan la felicidad humana?.

En realidad, no había hecho absolutamente ningún servicio a la humanidad. Fausto pronuncia esta tan esperada frase sacramental, a un paso de la tumba, totalmente engañado y probablemente loco del todo y los lémures inmediatamente lo entierran en la fosa. ¿Qué es eso? ¿Un himno a la felicidad o una burla?

-Oh, Lev; -amigo-, me gusta tal cual eres en este momento, cuando discutes con el corazón y hablas inteligentemente y no tratas de ponerle etiquetas injuriosas a las cosas.

-¡Siniestro descendiente de Pirro! Nunca imaginé que te daba un placer. Pero oye: en una de mis conferencias anteriores a la guerra, y eran muy audaces para su época, -sobre la base de esa cita de Fausto, desarrollé la elegíaca idea sobre la inexistencia de la felicidad, la cual es o inalcanzable o ilusoria. Entonces un estudiante me entregó una nota escrita sobre un pedazo de papel, arrancado de una libreta:-. Pero yo estoy enamorado, y soy feliz! ¿Cómo se contesta eso?

-¿Qué contestaste?

-¿Qué puedes contestar?

EL QUINTO AÑO CON ARNESES

Estaban tan absorbidos en la conversación que no oyeron más el ruido del laboratorio ni la radio insistente en el apartado rincón; una vez más Nerzhin giró su silla de espaldas al laboratorio. Rubín dio vuelta su sillón y descansó su barba sobre los brazos cruzados.

Nerzhin hablaba con fervor, como un hombre impartiendo pensamientos que ha madurado durante largo tiempo.

-Cuando era libre y leía libros donde gente sabia consideraba el significado de la vida o la naturaleza de la felicidad, comprendía muy poco esos pasajes, los daba por sentado, se supone que los sabios piensan; es su profesión. ¿Pero el significado de la vida? Vivimos; esto es su significado, ¿la felicidad? Cuando las cosas andan muy bien, bueno es la felicidad, todo el mundo sabe eso. ¡Bendita sea la prisión! Me dio la oportunidad de pensar. Para poder comprender la naturaleza de la felicidad tenemos que analizar la saciedad. ¿Te acuerdas de Lubyanka y el contraespionaje? ¿Te acuerdas de esa cebada aguachenta y la sopa de avena sin una gota de gordura? ¿Puedes decir que la comías? No.

Comulgabas con ella, la tomabas como a un sacramento. Como el prana de los yoguis. La comías despacio, la comías de la punta de su cuchara de madera, la comías completamente absorbido en el proceso de alimentación, en el pensar en la comida- y se extendía por tu cuerpo como néctar. Temblabas ante la dulzura que emanaban esos granitos recocidos y el roñoso líquido en el cual flotaban. Y después -

casi sin alimentarte:-- seguías viviendo seis meses, doce meses ¿Puedes comprender la grosería de devorar un bife como este?

Rubín no podía soportar oír a otros durante largo rato. En cada conversación era él quien impartía los tesoros de inspiración que llevaba dentro. Iba a interrumpir, pero Nerzhin lo tomó con sus cinco dedos de su *over-all* y lo sacudió para impedirle hablar.

-En nuestros pobres cueros y de nuestros miserables camaradas, aprendemos la naturaleza de la saciedad. La saciedad no depende para nada de *cuánto* comemos, pero de *cómo* comemos. Lo mismo sucede con, la felicidad, exactamente lo mismo. Levushka, la felicidad no depende de cuantas bendiciones externas le hemos arrancado a la vida. Depende solamente de nuestra actitud hacia ellas. Hay un dicho sobre esto en la ética taoista: -Aquel que sea capaz de contentarse, siempre será satisfecho.

Rubín hizo una mueca irónica -Eres un ecléctico. Arrancas plumas brillantes de todos lados y las entremezclas en tu cola.

Nerzhin sacudió la cabeza. El pelo le cubrió la frente. El tema le interesaba y en ese momento parecía de 18 años.

-No trates de mezclar las cosas, Levka. Esa no es la forma de hacerlo. No saco mis conclusiones de la filosofía que he leído, pero sí, de los cuentos que he oído de gente de carne y hueso, en la prisión. Y después, cuando tengo que formular mis propias conclusiones, ¿por qué tengo que descubrir América por segunda vez? En el planeta de la filosofía, todos los países han sido descubiertos hace tiempo. Hojeando los filósofos de la antigüedad, encuentro allí mis más nuevos descubrimientos --¡No interrumpas!- Iba a darte un ejemplo. Si en un campo de concentración -más aun en una *sharashka*- se produjera un milagro; como un domingo no laborable o franco, ese día el alma se deshelaría. Y aunque nada en mi situación externa hubiese

mejorado, sin embargo, el yugo de la prisión se me habría aliviado un poco; y si tuviese una verdadera conversación y leyese una página sincera; estaría en la cúspide de la ola. No habré llevado una vida "verdadera", pero lo habría olvidado. Estaría liviano, suspendido, tirado allí en mi cucheta alta, mirando al cielorraso. Muy cercano tal vez, liso, el yeso de mala calidad. Y temblando con el gozo total de la existencia me dormiría en perfecta beatitud. Ningún presidente, ningún primer ministro podría dormir tan satisfecho con su domingo.

Rubín sonrió benignamente. Esta sonrisa trasuntaba asentimiento y un matiz de condescendencia hacia su alucinado amigo.

-¿Y qué dicen los grandes libros de los Vedas de eso? -preguntó sacando los labios como una trompa. Lo que dicen los libros Vedas no lo sé -contestó firmemente Nerzhin-, pero los libros de Sankhya dicen "Para aquellos que comprenden, la felicidad humana es el sufrimiento". -Indudablemente tienes todo preparado -musitó en su barba Rubín -¿Lo sacaste de Mitiay?

-Tal vez. ¿Idealismo? ¿Metafísica? ¿sí? Sigue y pega etiquetas, ¡barba hirsuta! ¡Oye! La felicidad de la victoria incesante, la felicidad del éxito y de la saciedad total, **eso** es sufrimiento! Eso es la muerte espiritual, una clase de interminable dolor moral. No son los filósofos del Vedanta o del Sankhya, pero soy yo personalmente, Gleb Nerzhin, un prisionero con arneses en su quinto año, el que se ha elevado al estado de crecimiento donde lo malo empieza a aparecer como bueno. Yo personalmente sostengo la teoría, que la gente no sabe por qué está luchando. Se desgasta en esfuerzos sin sentido, por un puñado de bien y muere sin haberse dado cuenta de sus riquezas espirituales. Cuando Lev Tolstoy soñaba con ser encarcelado razonaba como un hombre clarividente, con una vida espiritual sana.

Rubín rio. Reía a menudo cuando categóricamente rechazaba en una discusión, los puntos de vista de su contrincante.

-¡Toma nota, muchacho! Hablas con la inmadurez de una mente joven. Prefieres tu experiencia personal a la experiencia colectiva de la humanidad. Te ha envenenado el olor a letrina de la charla de los prisioneros, y quieres ver el mundo a través de esa niebla. Si nuestras vidas se han ido al tacho porque nuestros destinos no han resultado, ¿por qué los hombres tienen que cambiar sus convicciones?

-Y tú, ¿estás orgulloso de mantener tus convicciones?

-¡Sí! *Hier stebe ich! Ich kann nicht anders.*

-¡Cabeza dura! Esa es la metafísica, en vez de aprender aquí, en la prisión, en lugar de absorber la vida real.

-¿Qué vida? ¿El amargo veneno del fracaso?

-Te has puesto una venda en los ojos a propósito, taponándote los oídos, asumiendo una postura y ¿llamas a eso inteligencia? Según tu criterio, la inteligencia es negar el crecimiento.

-La inteligencia es objetividad.

-¿Tú -objetivo?

-Absolutamente -declaró Rubin con dignidad.

-En mi vida he conocido una persona con tan poca objetividad como tú.

-Saca la cabeza fuera de la avena, mira las cosas en su perspectiva histórica. No debería citarme, lo sé, pero:

La vida de una mariposa dura sólo un momento.

Un roble florece durante cien años.

La ley natural -¿entiendes el significado de ese término? Inevitable, condicionado; la ley natural-. Todo sigue su inevitable curso y es inútil indagar cualquier clase de escepticismo podrido.

-No creas Levka que me resulta fácil. Mi escepticismo es tal vez, un tinglado al borde del camino donde me puedo sentar hasta que pasa el mal tiempo. Pero el escepticismo es una forma de liberar la mente dogmática; allí está su valor.

-¿Dogmática? ¡Eres estúpido!

-¿Cómo voy a ser dogmático? -los grandes ojos cálidos de Rubin lo miraban con reproche- soy la misma clase de prisionero que tú. De la clase 1945. Y cuatro años en el frente, una esquirra de granada en mi costado y cinco años de prisión hace que vea las cosas como tú. Lo que debe ser, debe ser. El estado no puede existir sin un sistema penal bien organizado.

-No quiero oír eso, no lo acepto.

-Desde luego. Ahí va el escepticismo ¡Sonido de pífano y de tambor! ¡Qué clase de Sextus Empiricus tenemos aquí! ¿Por qué estás tan afectado? ¿Es esa la manera de ser un escéptico de verdad? Se supone que un escéptico se abstiene de juzgar; se supone que es imperturbable.

-Sí, tienes razón -dijo Gleb desalentado agarrándose la cabeza-. Sueño con refrenarme. Solamente trato de tener. . . pensamientos elevados. Pero las circunstancias me sobrepasan y me mareo y peleo contra ellas, ultrajado.

-¡Pensamientos elevados! Y me atacas porque en Dzherzkazgan no hay agua suficiente para beber.

-Te deberían mandar allí, degenerado. Eres el único entre nosotros que cree que el Pajan tiene razón, que su método es normal y necesario. Si te destinaran a Dzherzkazgan, muy pronto cantarías otra cantilena.

-¡Oye, oye! -ahora era Rubin el que tomaba a Nezhin por su *overall*.

-¡Es el hombre más grande! algún día entenderás. Es el Robespierre y el Napoleón de nuestra revolución amalgamados en uno solo. Tiene sabiduría, tiene realmente sabiduría. Ve mucho más allá de lo que tú puedes ver.

-Deberías creer lo que ven tus propios ojos -interrumpió Nerzhin-. Oye, cuando yo era chico, empecé a leer sus libros después de haber leído a Lenin y no pude leerlos. Después de un estilo directo, ardiente, preciso; de golpe apareció una insípida papilla de sémola. Cada una de sus ideas es tosca, estúpida, ni siquiera se da cuenta que siempre deja de lado lo que es importante.

¿Descubriste todo eso cuando eras chico ?

-Cuando estaba en los años superiores. ¿No me crees? Bueno, tampoco el juez de instrucción que el expuso el caso en mi contra. Toda esa pretensión, la condescendencia didáctica de sus proclamas me indignan. Cree seriamente que es más inteligente que cualquier ruso. . .

-¡Pero es!

-i. . .y que nos hace feliz dejándonos admirarlo!

Embalados en esta discusión, los amigos se descuidaron y su conversación podía, ahora, ser oída por Simochka; durante un rato había estado observando a Nerzhin con severa desaprobación. Estaba dolida, no solamente por el hecho que él no aprovechara que estaba de turno, sino que ni siquiera mirara en esa dirección.

-Estás equivocado -principalmente porque te estás metiendo en un terreno en el cual no sabes nada. Eres matemático y no tienes verdaderos conocimientos de historia o filosofía; entonces: ¿cómo te atreves a llegar a esta conclusión ?

-Óyeme, basta ya de esas leyendas de gente que ha descubierto el neutrino y pesado Beta Sirius sin haberlos visto; son tan infantiles

que no se pueden orientar en los simples problemas de la existencia humana, No tenemos elección. Si tus historiadores no se atienen a la historia, ¿qué nos queda por hacer a nosotros, matemáticos y técnicos? Veo quién se gana los premios y quién gana los salarios académicos. No escriben historia, lamen con la lengua un lugar conocido. Entonces nosotros, la *intelligentsia* científica, tenemos que estudiar historia.

-Vamos, qué dramático suena.

-Y lo que es más, nuestro acercamiento es técnico y los métodos matemáticos no son tan malos. La historia se beneficiaría con algo de ellos.

En el escritorio vacío del ingeniero mayor Roitman del jefe de laboratorio de Acústica, sonó el teléfono interno del instituto. Simochka se levantó a contestar.

-.. ¡Sí! Entonces el juez de instrucción del juicio previo no creyó que mi estudio sobre materialismo dialéctico fue lo que me llevó al sumario en la Sección 58 -Párrafo 10-. No conocía la vida real, lo admito. Siempre he estado sumergido en los libros, pero comparo esos dos estilos una y otra vez, esos dos métodos de discusión y en los textos.

-¡Gleb Vikentich!

-En los textos descubro errores, distorsiones, simplificaciones torpes -¡Y aquí estoy!

-¡Gleb Vikentich!

-¿Sí? -dijo Nerzhin. Dándose cuenta que se lo llamaba, se apartó de Rubín.

-¿No oía? ¿Sonaba el teléfono? Simochka se dirigió a él severamente. Estaba junto a su escritorio, frunciendo el ceño, cruzada

de brazos, los hombros cubiertos con el chal marrón de pelo de cabra.

-Antón Nikolayevich quiere verlo en su oficina.

-¿Ah sí? -En la cara de Nerzhin el entusiasmo de la discusión se había borrado y le habían aparecido arrugas. -Muy bien, gracias, Serafina Vitalyevna. Oyes, Levka, es Antón ¿Por qué será? . . .

Una citación en la oficina del jefe del instituto a las diez, un sábado a la noche, era un acontecimiento extraordinario. Aunque Simochka trató de mantener una apariencia de indiferencia oficial, su mirada, Nerzhin se percató, expresaba alarma.

Rubín miró a su amigo con inquietud; fue como si nunca hubiese tenido explosiones de amargura. Cuando sus ojos no se trasformaban, por el calor de la discusión, eran casi femeninos en su dulzura.

-No me gusta cuando los agentes superiores se interesan por nosotros decretó, "no construyas tu casa cerca del palacio del príncipe".

-Pero no lo hacemos. Nuestra tarea es secundaria: Ciertas voces...

-Y ahora Antón va a estar atrás nuestro. Nos costará un infierno las memorias de Stanislavsky y los discursos de famosos abogados -rió Rubin-. O tal vez es sobre articulación en la TAREA SIETE.

-Bueno, los resultados del proyecto ya han sido entregados y no hay caso de retroceder. Por si acaso, si no vuelvo...

-No seas sonso.

-¿Por qué? sonso. Así es la vida. . . Quema eso, ya sabes dónde. Cerró estrepitosamente la tapa corrediza de su escritorio, le dio la llave a Rubin y se retiró con el andar pausado de un prisionero en su quinto año de arneses que nunca se apura porque imagina que le espera lo peor.

LOS ROSACRUCES

Nerzhin subió por la ancha escalera alfombrada de rojo bajo los candelabros de bronce y el techo artesonado. Estaba desierta por la hora. Cuando se cruzó con el oficial de turno en el teléfono hizo un esfuerzo por caminar despreocupadamente y golpeó la puerta del jefe del instituto, coronel de ingenieros del Servicio de Seguridad del Estado, Antón Nikolavevich Yakonov. La oficina era espaciosa, ancha, alfombrada, amueblada con sillones, divanes. En el centro había una larga mesa de conferencias cubierta con un género azul fuerte. En un rincón, el escritorio de madera y un sillón de Yakonov. Nerzhin había visto este lujo muy pocas veces, más en reuniones que estando solo.

El coronel de ingenieros Yakonov pasaba las cincuenta pero seguía todavía en su juventud. Alto, la cara ligeramente empolvada después de afeitarse; usaba lentes con bordes de oro y había en él, la blanda apariencia de un príncipe Obolensky o Dolgorukov. Sus movimientos majestuosos lo distinguían de los otros jefes en el ministerio.

-Tome asiento, Gleb Vikentich - dijo expansivamente, acurrucándose en su sillón desmesurado, mientras jugueteaba con un ancho lápiz rojo sobre la superficie marrón de su escritorio.

El uso del primer nombre y patronímico, indicaba cortesía y buena voluntad, aunque no le costara mayor esfuerzo al coronel de ingenieros ya que, debajo del vidrio de su escritorio, había una lista de reclusos con sus primeros nombres y patronímicos. (Alguien que no supiera esto se sorprendería de la memoria de Yakonov). Nerzhin lo

saludó silenciosamente, sin ponerse en la posición de firme y tampoco sin gesticular con las manos, se sentó expectante cerca de una hermosa mesa barnizada. La voz de Yakonov tronaba con naturalidad. Uno se preguntaba por qué este gran señor no poseía el vicio rebuscado de pronunciar las "erres".

-Usted sabe Gleb Vikentich, hace media hora tuve ocasión de acordarme de usted. Me preguntaba qué lo habría llevado al Laboratorio de Acústica, a. . . Roitman.

Yakonov pronunció el nombre en una forma deliberadamente despreciativa, ni tomándose el trabajo de llamarlo mayor, aun delante de un subordinado. Las malas relaciones entre el jefe del instituto y su primer delegado habían llegado a un punto donde no se consideraba necesario ocultarlas.

Nerzhin se puso tenso. Intuyó que la entrevista tomaba ya un mal rumbo. Se había manifestado la misma ironía en sus labios, ni gruesos ni delgados de la boca grande, cuando le había dicho a Nerzhin, unos días antes; que aunque él, Nerzhin, fuera objetivo acerca de los resultados del trabajo sobre articulación pero su actitud hacia la TAREA SIETE, no era el trato que se da a un muerto querido sino el que se da al cadáver de un borracho desconocido encontrado bajo la verja de Mavrino.

La TAREA SIETE era el caballo favorito de Yakonov, pero el trabajo allí andaba mal -. . . por supuesto valoro mucho sus éxitos personales en la técnica de la articulación. . . (Se estaba burlando de él).

-... y siento tanto que su original monografía fuese publicada en una edición pequeña, privándolo de la gloria de ser reconocido como un George Fletcher ruso.

(Se burlaba descaradamente).

-De todos modos, me gustaría poder extraer más "rendimiento", como dicen los anglosajones, de su trabajo. Después de todo, usted sabe que a pesar de toda mi consideración por las ciencias abstractas, soy un práctico hombre de negocios.

-El coronel de ingenieros Yakonov tenía un puesto importante, pero no estaba tan cerca del Líder de las Naciones como para tener que disfrazar su inteligencia o abstenerse de tener opiniones personales.

-Bueno, de todas maneras le voy a preguntar francamente: ¿qué está usted haciendo en el Laboratorio de Acústica, en este preciso instante?

No pudo haber preguntado nada más cruel. Yakonov no tenía tiempo de estar en todo; de haberlo tenido, bien lo hubiera sabido.

-¿Por qué diablos se está preocupando por ese trabajo de locos "Stir", "Smir"? Usted, un matemático, un universitario. -Dése vuelta.

Nerzhin se dio vuelta y luego se puso de pie. Había una tercera persona en la oficina. Un hombre de aspecto modesto, vestido de negro con ropa civil, se levantó de un diván y se acercó a Nerzhin. Sus anteojos redondos brillaban por la luz generosa del techo. Nerzhin reconoció a Petr Trofimovich Verenyov, asistente de profesor en su propia universidad, antes de la guerra.

Pero, acostumbrado al hábito adquirido en la prisión, Nerzhin no dijo nada y no hizo ningún movimiento. Imaginó que la persona que tenía delante era también un recluso, y temía hacerle algún daño si se apuraba con una señal de reconocimiento. Verenyov sonrió, él también parecía incómodo. -La voz de Yakonov tronaba tranquilizadora:

-Verdaderamente, hay un envidiable despliegue de reserva entre la secta de los matemáticos. Toda mi vida he considerado a los

matemáticos como rosacruces de alguna especie y siempre lamenté no tener la oportunidad de haber sido iniciado en sus secretos. Por favor, pónganse cómodos. Dense la mano y siéntense como en sus casas; los dejo por media hora para que recuerden tiempos idos y también para permitirle al Profesor Verenyov explicarle la tarea que se nos ha asignado.

Yakonov se levantó de su enorme sillón -sus charreteras, azul y plata, acentuaban la imponente masa de su cuerpo pesado y se dirigió ágilmente y con soltura hacia la puerta. Cuando Verenyov y Nerzhin se dieron la mano, estaban solos.

Este hombre pálido cuyos anteojos brillaban con el reflejo de la luz, fue para el prisionero Nerzhin, un fantasma que volvía ilegalmente de un mundo olvidado. Entre ese mundo y el mundo de hoy, habían trascurrido selvas bajo el lago Ilmen; colinas y cañadas de Orel; arenas y pantanos de Belorusia; granjas polacas generosas; tejas de las ciudades alemanas. En un período de nueve años que los separaba, se interponían resplandecientes celdas desnudas; como "cajas" y cámaras de la Bolshaya Lubyanka; grises, apestosas prisiones de tránsito; sofocantes compartimientos de transportes "Stolypín"; el viento cortante de la estepa sobre los hambrientos zeks que temblaban de frío. Todo esto, hacía imposible recobrar los sentimientos que había experimentado cuando escribía las funciones de una variable independiente, sobre la blanda superficie de un pizarrón de linóleo.

¿Por qué Nerzhin se sentía inquieto?

Ambos se sentaron y encendieron cigarrillos, separados por una pequeña mesa barnizada.

Este no era el primer encuentro de Verenyov con uno de sus antiguos estudiantes de la universidad de Moscú o de R- donde antes de la guerra, durante luchas entre escuelas teóricas, se lo mandaba a

poner las cosas en orden. Pero para él, también había elementos fuera de lo común en ese encuentro; lo aislado de ese instituto en los suburbios de Moscú, envuelto en una niebla de secreto y adornado con alambres de púa; los extraños *over-all* azul-oscuro en vez de ropa común...

Inesperadamente, Nerzhin, el más joven de los dos, el fracasado sin título académico, hizo la pregunta, los pliegues alrededor de su boca, muy tenso. .. Y el mayor contestaba tímido, como si tuviera vergüenza de su historia personal como científico. Evacuación en tiempo de guerra, re-evacuación, tres años de trabajo con K-, una disertación sobre topología matemática. Nerzhin, distraído al punto de ser descortés, no lo seguía; no le preguntó el tema de su disertación en esa ciencia seca en la cual, él había participado una vez. Sintió lástima por Veroynov. Cantidades resueltas, cantidades no resueltas, cantidades desconocidas. ¡Topología! ¡La estratosfera del pensamiento humano! En el siglo veinticuatro posiblemente será útil a alguien, pero por ahora. . . por ahora...

No tengo nada que decir del sol y el mundo

Veo solamente los tormentos del hombre

¿Cómo había Vereyov entrado en esta organización? ¿Por qué había dejado la universidad? Bueno, había sido nombrado en ella. ¿Y no se podía negar? Sí, se podía negar. Pero... los salarios son dobles. ¿Tiene hijos?...

Por casualidad empezaron a recordar la lista de estudiantes de la clase de Nerzhin que, como él, habían rendido los exámenes el día que empezó la guerra. Los más talentosos habían muerto, o habían quedado mentalmente alterados. Eran de esa clase de personas que siempre avanza, que no se detienen a sí mismas; en cuanto a los otros, los mediocres, estaban ahora completando su trabajo de

postgraduados o ya tenían nombramientos como conferencistas en las instituciones de alta educación. ¿Y nuestro orgullo y gozo Dmitri Dmitrich Goryainov-Siajovscoi?

Goryainov-Siajovscoi. El pequeño anciano desaliñado en su profunda vejez, con la chaqueta de corderoy negra manchada de tiza, que a veces guardaba el trapo del pizarrón en el bolsillo en vez del pañuelo. Era una leyenda viviente, fabricada de una cantidad de chistes sobre profesores distraídos. Había sido el alma de la Universidad Imperial de Varsovia, se fue a la ciudad industrial de R- en 1915, como quien se muda a un cementerio. Medio siglo de trabajo científico le valieron telegramas de felicitación de Milwaukee, Ciudad del Cabo, Yokohama. Y después sufrió la purga por los intereses de "rejuvenecimiento" del personal. Fue a Moscú y volvió con una nota de Kalinin: "No toquen a este viejo." Corría el rumor que el padre de Kalinin había sido siervo del padre de este profesor.

Entonces no lo tocaron. No lo tocaron a tal punto que los demás temían por él. Podía escribir un diario de investigaciones sobre ciencias naturales, probando en forma matemática la existencia de Dios. O en una conferencia pública sobre su adorado Newton, emitir detrás de sus bigotes amarillos. "Me acaban de pasar una nota: Marx escribió que Newton era un materialista y usted dice que era un idealista; yo contesto: Marx estaba equivocado. Newton, como todos los grandes científicos, creía en Dios".

Tratar de tomar notas durante sus conferencias era terrible. Las taquígrafas se desesperaban. Como tenía las piernas débiles, sentado junto al pizarrón, la espalda al auditorio, escribía con la mano derecha mientras borraba con la izquierda, murmurando constantemente. Era imposible entender sus ideas mientras se oían sus conferencias, pero cuando Nerzhin, trabajando con uno de sus compañeros, pudo

apuntar lo que se dijo y reconstruirlo esa noche, ambos se conmovieron interiormente como con la luminosidad de una noche estrellada.

Bueno, ¿qué le había pasado? Cuando R- fue bombardeada, el viejo sufrió un desequilibrio mental y se lo evacuó a Kirghizia medio muerto. Después había vuelto, pero aparentemente no estaba más en la universidad sino en el Instituto Pedagógico. ¿Vivía? Sí, vivía. Sorprendente. El tiempo vuela y sin embargo, no.

¿Pero por qué? en resumidas cuentas, había sido arrestado Nerzhin. Nerzhin ¿Por qué en resumidas cuentas? Por mi modo de pensar Petr Trofimovich, -En el Japón hay una ley bajo la cual una persona puede ser juzgada por sus ideas no expresadas.

-¡En el Japón! Pero nosotros no tenemos esa ley.

-Claro que sí. Se llama Sección 58 Párrafo ro.

Nerzhin oyó a medias la explicación de Verenyov acerca del propósito de juntarlos, Verenyov había sido mandado a Mavrino a intensificar y sistematizar el trabajo criptográfico en clave. Se necesitaban matemáticos, muchos matemáticos, y Verenyov estaba encantado de saber que tenía a mano a su propio alumno cuyas perspectivas habían sido tan brillantes.

Nerzhin hacía preguntas específicas. Petr Trofimovich, acalorándose por el fervor matemático, explicaba el problema y le decía qué pruebas se debían hacer y qué fórmulas dejarse de lado. Pero Nerzhin pensaba en esas hojitas de papel cubiertas con su letra pequeña, esas notas que pudo escribir tan serenamente detrás de sus biblioratos bajo la mirada veladamente enamorada de Simochka, y el murmullo benévolo de Rubín al oído. Esas hojitas de papel, eran la primera prueba de madurez de sus treinta años.

Desde luego, hubiera sido más de desear, adquirir la madurez en su propio terreno. ¿Por qué? uno podría preguntarse, metía la cabeza en esas fauces de donde los mismos historiadores habían huido hacia épocas más seguras, en el pasado distante. ¿Qué lo impulsaba a asir el enigma del inflado y melancólico gigante, quien, con pestañear solamente haría volar la cabeza de Nerzhin. Mientras decía: *¿por qué te metes en lo que no te importa?* y lo más importante: *¿qué buscas?*

Tenía él entonces que rendirse a los tentáculos de la criptología, catorce horas diarias, sin asuetos, sin intervalos. Con la cabeza abarrotada de teorías de probabilidad, teorías de números, teorías de errores; ¿una mente muerta, un alma seca? ¿Qué le quedaría para pensar? ¿Qué le quedaría para aprender sobre la vida?

Sin embargo, ahí estaba la *sharáshka*. No era un campo de concentración. Carne en la comida; manteca por la mañana; manos sin despellejarse por el trabajo. Dedos sin congelarse. No tener que acostarse sobre tablas, muerto como un leño con sucias sandalias de cáñamo. En la *sharaskka* uno se mete en la cama, entre sábanas blancas que dan una sensación de satisfacción.

Pero ¿por qué vivir toda una vida? ¿Solamente por estar viviendo? ¿Solamente por mantener funcionando el cuerpo? ¡Preciado consuelo! ¿Para qué lo necesitamos si no hay nada más?

Y el buen sentido dijo "Sí" pero el corazón dijo: "¡Retírate, Satanás!"

-Petr Trofimovich, ¿sabe hacer zapatos?

-¿Qué dijo?

-¿Pregunté si me enseñaría a hacer zapatos?

-Perdón, no comprendo.

-Petr Trofimovich, estás viviendo en una caparazón. Yo, al fin y al cabo, terminaré mi condena y partiré hacia la remota taiga al

perpetuo exilio. Yo no sé trabajar con mis manos, entonces ¿cómo viviré? Está lleno de osos. Allí no vamos a necesitar las funciones de Leonardo Eyler por otras tres eras geológicas más.

-¿De qué está hablando, Nerzhin? Como criptógrafo, si el trabajo es satisfactorio, será liberado antes de término, la condena será borrada de su expediente, y le darán un departamento en Moscú.

-Borrarán la condena de mi expediente -gritó Merzhin coléricamente, contrayendo los ojos.

-¿De dónde sacó la idea de que yo quiero esa limosna?

-Trabajaste bien, así que te liberaremos, te perdonaremos. No, Petr Trofimovich, y con su dedo índice golpeó la superficie barnizada de la mesita. Está tomando, las cosas al revés. Que ellos reconozcan primero que no está bien poner presa a la gente por su modo de pensar, y luego *nosotros* decidiremos si los perdonamos.

La puerta se abrió para dejar entrar al majestuoso dignatario con el pince-nez de oro sobre su gruesa nariz.

-¿Y bien, mis Rosacruces, han llegado a un acuerdo?

Nerzhin no se levantó pero miró fijamente a los ojos de Yakonov mientras contestaba. Depende de usted, Antón Nikolayevich pero considero que mi trabajo en el laboratorio de Acústica está incompleto.

Yakonov estaba ahora parado detrás de su escritorio, apoyándose en el vidrio con las articulaciones de sus puños blandos. Sólo aquellos que lo conocían podían haber percibido que estaba enojado.

Dijo. -¡Matemáticas y articulación de palabras! Ustedes han canjeado el néctar de los Dioses por una sopa de lentejas. Adiós.

Y con su grueso lápiz de dos colores escribió en el paño de su escritorio: A Nerzhin borrarlo de la lista.

EL CASTILLO ENCANTADO

Por muchos años -durante la guerra y después- Yakonov estuvo seguro en su puesto como Ingeniero Jefe de la Sección de Equipos Especiales. Llevó con dignidad las charreteras de plata con borde azul cielo y las tres grandes estrellas correspondientes a coronel ingeniero. Su puesto le permitía actuar por encima de toda dirección dentro de un límite considerable; en ocasiones, leyendo un informe erudito ante oyentes importantes, á veces, hablando inteligente y vivazmente con un ingeniero sobre su modelo terminado. En general tenía que mantener la impresión de ser un experto sin tener que responder por nada, y todos los meses recibía unos cuantos miles de rublos. Yakonov presidía el nacimiento de todos los compromisos técnicos de la sección, se ausentaba en los períodos difíciles de sus crecientes dificultades y madurez, y reaparecía para officiar sobre sus negros ataúdes o para coronarlos con la corona dorada de los héroes.

Antón Nikolayevich no era ni tan joven ni tan seguro de sí mismo como para perseguir el brillo ilusorio de una Estrella de Oro o de un premio Stalin, o aferrarse a todas las oportunidades para tomar un proyecto asignado por el ministerio o aun por el Jefe mismo.

Antón Nikolayevich era lo suficientemente experimentado y lo suficientemente viejo como para querer evitar todo el complejo de emociones, alarmas, y ambición intensa.

Manteniendo estos puntos de vista, llevó una existencia bastante cómoda hasta enero de 1948. En aquel enero alguien le sugirió al Padre de los Pueblos Orientales y Occidentales, la idea de crear un

teléfono especial secreto, destinado a su uso exclusivo, un aparato construido de tal manera que nadie pudiera entender sus conversaciones telefónicas aunque fueran intervenidas. Con su augusto dedo, cuya uña estaba amarillenta por la nicotina, el Padre de los Pueblos señaló en el mapa a la unidad Mavrina, que hasta entonces había sido usada para crear pequeños trasceptores para uso policial. Sus históricas palabras en esta ocasión fueron: ¿Para qué necesito esos trasceptores? ¿Para capturar ladrones? ¿A quién le interesa?

Anunció un tiempo límite: el 1º de enero de 1949. Luego reflexionó un momento y dijo "Bueno pueden tener hasta el 1º de mayo".

La tarea tenía suma importancia y prioridad y un tiempo límite particularmente estrecho. En el ministerio consideraron el asunto y seleccionaron a Yakonov para que él solo arrastre la carga encomendada a Mavrino. Yakonov se esforzó en vano en probar que estaba sobrecargado de trabajo y que era inconcebible hacer dos tareas a la vez. El jefe de la sección. Foma Guryanovich Oskolupov, miró fijamente a Yakonov con sus ojos verdes y felinos, y Yakonov recordó la mancha en su prontuario. Estuvo preso 6 años. Entonces optó por callarse.

Desde entonces -hacen casi 2 años- el estudio del ingeniero principal de la Sección en el departamento del ministerio estuvo vacante. El jefe de Ingenieros pasaba día y noche en el instituto suburbano, que estaba coronado por una torre hexagonal que se elevaba por encima de la cúpula donde estaba ubicado el altar de la capilla que fue suprimido.

Al principio había sido agradable dirigir las cosas él mismo: dar portazos en su coche Pobeda, para uso personal, con gesto de hastío, ser mecido en él mientras corría hacia Mavrino, pasar al guarda que se

cuadraba en las puertas envueltas en alambre de púas. Era lindo en primavera cuando todo era tan joven y verde, caminar entre los centenarios tilos de la arboleda de Mavrino rodeado por un séquito de capitanes y mayores. Sus superiores no habían exigido nada de Yakonov aún; sólo interminables planes en borrador y el cumplimiento de las promesas de las "Obligaciones Socialistas." Y el cuerno de la abundancia había vaciado su munificencia en el Instituto Mavrino: piezas de radio importadas y de industria soviética, equipos, mobiliario, una biblioteca técnica de 30.000 ejemplares, de reciente aparición, especialistas recluidos sacados de los campos de concentración, los mejores oficiales de seguridad y supervisores de archivos (siempre "gallitos del lugar" en proyectos secretos), y finalmente un férreo cuerpo de guardias especiales. Era necesario reparar el viejo edificio y edificar nuevos: un cuartel para el personal de la prisión especial, para talleres experimentales de máquinas, y para la época en que los tilos estuvieran en flor amarilla y perfume dulce, la plañidera y fúnebre conversación de los incapaces alemanes POW en sus túnicas tipo lagarto, se dejaría oír a la sombra de los antiguos gigantes.

Los fascistas haraganes de su cuarto año de prisión de post guerra no tenían deseo alguno de trabajar. A los ojos de los rusos era insoportable verlos descargar ladrillos de los camiones, despacito y cuidadosamente, como si los ladrillos fueran hechos de cristal, pasando cada uno de mano en mano hasta que lo amontonaban en la pila. Mientras instalaban radiadores en las ventanas y rehacían los pisos podridos, los alemanes rondaban por los cuartos super secretos y leían malhumorados las inscripciones alemanas e inglesas sobre los equipos. Cualquier escolar alemán podría haber adivinado qué tipo de laboratorio era aquél. Rubin adelantó todo esto en un informe al

coronel de Ingenieros, y su informe fue muy preciso. Pero era también muy inconveniente para los oficiales jefes de seguridad Shikin y Myshin (conocidos entre los prisioneros, -colectivamente como Shishkin-Myshkin), porque ¿qué se le podía hacer ahora? ¿Iban ellos a denunciar su propio descuido a las altas autoridades? Y ya era demasiado tarde, de cualquier forma, para corregir las cosas, porque los prisioneros de guerra habían sido repatriados y aquellos que fueron a Alemania Occidental, podrían, sí uno se detuviera a pensar, delatar la ubicación del instituto y la disposición de los laboratorios industriales a cualquiera que le interesase. Por lo tanto, sin difundir el informe de Rubín, el *comandante* mayor Shikin insistió en que ningún taller del instituto debía saber los secretos de cualquiera de los otros, tanto como desconocerían las novedades del mercado de la isla de Madagascar. Si oficiales de otras divisiones del mismo ministerio salían a buscar al coronel de Ingenieros por trabajos del ministerio, no le era permitido divulgar la dirección de su instituto; para preservar este inviolable secreto se reunía con ellos en el Lubyanka.

Cuando los alemanes fueron enviados de vuelta a sus hogares, trajeron zeks para reemplazarlos, exactamente como aquéllos de la *sharashka*, salvo que sus ropas estaban sucias y rotas y no recibían pan blanco. Ahora bajo los tilos resonaban las grandes maldiciones del campo de concentración, algunas veces justificadas y otras no, lo que les recordaba a los zeks de la *sharashka* su leal Madre patria, y su propio implacable destino. Los ladrillos fueron arrancados de los camiones como por ráfagas de viento, de modo que casi ninguno quedaba entero. Con un grito de ¡uno, dos, tres arriba! los zeks levantaban una campana de madera terciada hasta el interior del camión. Se encaramaban bajo ella siendo encerrados adentro y conducidos por las calles de Moscú, abrazándose alegremente a las

jóvenes que los injuriaban. Así, cada noche encerrados todos bajo la campana eran llevados a su campamento.

Y así, en este castillo encantado, separado de la capital y de sus mal informados habitantes por una mágica tierra de nadie, estos lémures en sus negras chaquetas acolchadas forjaron cambios fabulosos: un abastecimiento de agua, un sistema de cloacas, calefacción central y canteros de flores.

Mientras tanto esta privilegiada institución estaba creciendo y expandiéndose. El instituto Mavrino tomó bajo su ala otro instituto de investigación más, con personal suficiente que había sido contratado en trabajo similar. Este instituto vino completo, con escritorios, mesas, gabinetes, y archivos de documentos; el tipo de material que se vuelve obsoleto no en años sino en meses, y su jefe, mayor de Ingenieros Roitman, se transformó en el remplazante de Yakonov. Desgraciadamente, el creador, inspirador, y protector del reciente instituto, coronel Yakov Ivanovich Mamurin, el jefe de Comunicaciones Especiales y uno de los más importantes oficiales del gobierno, había desaparecido anteriormente bajo trágicas circunstancias.

Ocurrió, que el Líder de toda Humanidad Progresista habló una vez con la provincia Yañ-mañ y se mostró insatisfecho con los chillidos e interrupciones del teléfono. Lo llamó a Beria y dijo en georgiano: ¡Lavrenty! ¿Qué clase de idiota tienes como jefe de comunicaciones? ¡Despréndete de él!

Así se desembarazaron de Mamurin: es decir, lo encarcelaran en Lubyanka. Se desembarazaron de su persona, pero no sabían qué hacer con él. No hubo ninguna de las habituales directivas subsiguientes; ninguna instrucción sobre si lo sentenciaban, y, si así lo hacían, por qué causa y qué plazo de prisión darle. Si no hubiera sido

uno de los de ellos, le hubieran dado como ellos dicen -25 años adicionales de privación de los derechos civiles- y lo hubieran mandado a Norilsk. Pero, atentos al refrán "Hoy por tí, mañana por mí", sus colegas anteriores lo detuvieron el caso Mamurin, y cuando se convencieron que Stalin lo había olvidado, lo mandaron sin interrogarlo y sin sentencia a la casa de campo suburbana en Mavrino.

Entonces, en una tarde de verano en 1948, trajeron a un nuevo zek a la *sharashka*. Todo en este advenimiento resultaba insólito: el hecho de que había sido traído en un coche de pasajeros y no en el coche policial "Voronok", que estaba acompañado por el mismo jefe de la Sección de la Prisión, y finalmente, que le fue servida su primera comida, cubierta por una servilleta de hilo, en la oficina del jefe de la prisión especial.

Oyeron (supuestamente los zeks no deben oír nada, pero siempre oyen todo) cómo el prisionero recién llegado había dicho que "no le gustaba la salchicha"(?) y cómo el jefe de la sección Prisión lo incitaba amablemente a comer. Un zek yendo camino al doctor para su medicación oyó eso por encima de un tabique. Discutiendo noticias tan interesantes, la población indígena de la *sharaska* llegó a la conclusión que el recién llegado era a pesar de todo un zek, y se durmió satisfecho.

Los historiadores de la *sharashka* nunca comprobaron dónde durmió el recién llegado aquella primera noche. Temprano, a la mañana siguiente, en la ancha pista de mármol donde más tarde no dejaban entrar a los prisioneros, un rudo zek, un desmañado tornero, se topó con él cara a cara.

Y bien, hermano, -dijo dándole un golpe en el pecho-, ¿de dónde eres? ¿Cómo caíste? Siéntate, vamos a fumar.

Pero el recién llegado se apartó del tornero horrorizado y desdeñoso. El tornero miró ferozmente sus ojos blanquecinos, su fino y ralo cabello, y dijo furioso: ¡Eh! tú, reptil del frasco de vidrio, estate más seguro que el diablo que vas a hablarnos después que te encierren con nosotros una noche.

Pero el reptil del frasco de vidrio no fue encerrado en la prisión general. Saliendo del corredor del laboratorio en el tercer piso le encontraron un cuartito que previamente había sido usado como cuarto para revelaciones fotográficas, e introdujeron un catre, una mesa, un ropero, una maceta con flores y un plato térmico eléctrico. Arrancaron el cartón que cubría la ventana clausurada, que miraba no a la luz de Dios sino hacia un descanso de la escalera trasera. Las escaleras daban al norte, así que aun durante el día la luz alcanzaba escasamente la celda del prisionero privilegiado. Por supuesto, los barrotes podían haber sido sacados de la ventana, pero la administración de la prisión, después de algún titubeo decidió por fin dejar los barrotes. Aún aquellos que tenían autoridad no comprendían este asunto confuso y no podían ubicarse en una correcta línea de acción.

Fue entonces que al nuevo prisionero se lo bautizó "El hombre de la máscara de hierro". Por mucho tiempo nadie supo su nombre, nadie podía hablar con él. A través de la ventana los zeks podían verlo sentado en su celda solitaria con su cabeza gacha, o vagando como una pálida sombra entre los tilos en horas en que otros zeks no podían salir afuera. Máscara de Hierro era amarillento y flaco como un zek generalmente se vuelve después de dos buenos años de investigación. Sin embargo, su rechazo irracional por la salchicha descartó esta suposición.

Mucho después, cuando Máscara de Hierro empezó a trabajar en la TAREA SIETE, los zeks se enteraron por los empleados libres que él era el mismo coronel Mamurin quien, como jefe de Comunicaciones Especiales, había prohibido a todos apoyar los talones. Cuando pasaban por su oficina, tenían que caminar en puntas de pies. De lo contrario salía como un rayo enfurecido por la antecámara de su secretario y gritaba. ¿De quién cree que es la oficina por la que pasa taconeando, grosero? ¿Cómo se llama?

Más tarde aún se vio claramente que el sufrimiento de Mamurin en la *sharashka* era en el plano moral. El mundo de los libres lo rechazaba y no quería tener nada que ver con el mundo de los zeks. Al principio en su soledad leía libros todo el tiempo, "obras inmortales" como "La lucha por la Paz" de Panferov y "El Caballero de la Estrella de Oro" de Babayevsky, Sobolev, Nikulin y los versos de Pokofiev y Gribachev. Dentro suyo aconteció una milagrosa transformación: empezó a escribir poesías él mismo. Es muy conocido que la infelicidad y el tormento del alma originan poetas, y los tormentos de Mamurin eran más agudos que los de cualquier otro prisionero. Preso por dos años, sin investigación ni juicio, vivió como había vivido previamente, sólo de acuerdo con las últimas directivas del Partido y, como antes, endiosaba al Maestro Sabio. Mamurin le confesó a Rubin que no era que la comida de la prisión fuera tan fea (se le preparaba una especial), ni era el dolor de estar separado de su familia (una vez al mes lo llevaban secretamente a su propio departamento, donde pasaba la noche); no eran tanto sus primitivas necesidades animales, pero era amargo el haber perdido la confianza de Josif Vissarionovich, era doloroso verse destituido del grado de coronel, degradado y humillado. Era por eso que a la gente como Rubin y como él les

resultaba desmesuradamente más difícil soportar la reclusión que a los deprejuiciados bastardos que los rodeaban.

Rubín era comunista. Pero después de oír las confesiones de su tolega presuntamente ortodoxo y de igual mentalidad, y luego de leer sus poesías, Rubín comenzó a eludir a Mamurin, hasta a esconderse de él, y pasaba su tiempo con los hombres que lo atacaban injustamente pero que compartían su suerte.

En cuanto a Mamurin, se dejaba llevar por un deseo, tan insistente como un dolor de muelas, de justificarse por medio del trabajo. Desgraciadamente, todo su conocimiento sobre comunicaciones, aunque había sido un alto oficial en ese terreno, empezaba y terminaba con sostener un teléfono. Por lo tanto él, personalmente, era incapaz de trabajar; sólo podía dirigir. Pero si le fuera confiada la dirección de este asunto de Mavrino, condenado al fracaso, nunca le devolvería el afecto de El Mejor Amigo de los Obreros de Comunicaciones. Tenía que administrar un proyecto con alguna perspectiva.

Mientras tanto, dos de estos proyectos prometedores estaban tomando forma en el Instituto Mavrino: el Traductor Automático y la TAREA SIETE.

Por alguna razón profundamente arraigada e ilógica, las personas se llevan o no bien entre sí desde la primer mirada. Yakonov y su reemplazante diputado Roitman no se entendían. Todos los meses cada uno se volvía más y más intolerable para con el otro; estando atados al mismo carro por una mano más pesada que la de ellos, no podían zafarse, pero tiraban en diferentes direcciones. Cuando la telefonía secreta comenzaba a ser abordada por medio de dos esquemas experimentales paralelos, Roitman reunió a todos los que pudo para trabajar en los Laboratorios Acústicos sobre el

Traductor Automático, que en ruso era conocido por "el invento del habla artificial". En represalia, Yakonov eligió entre todos los otros grupos y reunió a los más expertos ingenieros y a los mejores equipos importados para la TAREA SIETE -es decir, para Laboratorio Siete.

Los intentos de comenzar otros trabajos fueron destruidos en la desigual batalla.

Mamurin eligió la TAREA SIETE para sí porque no podía convertirse en el subordinado de su propio ex subordinado, Roitman, y también porque el ministerio consideraba conveniente tener una fiera y vigilante mirada sobre el hombro del no Partidario y ligeramente corrupto Yakonov.

A partir de ese día, Yakonov podía estar en el Instituto durante la noche, o no, como le plugiese. El coronel MVD degradado, el solitario prisionero de blancos y febriles ojos, mejillas horriblemente hundidas que reunía en sí a Homero y Gribachev, rehusando comida y bebida, reprimiendo su reciente pasión por la poesía, esclavizado hasta las dos de la madrugada, imponía a los de la TAREA SIETE un día de quince horas laborables. Un horario de trabajo tan conveniente podía existir sólo en la TAREA SIETE porque los empleados libres no tenían que soportar el servicio especial nocturno, puesto que no había necesidad de una vigilancia de seguridad sobre Mamurin.

Cuando Yakonov dejó a Verenyov y a Nerzhin en su oficina, se fue directamente al laboratorio de TAREA SIETE.

TAREA SIETE

Nunca se les dice a los soldados rasos lo que los generales están planeando, pero ellos saben perfectamente bien si han sido desplegados en la línea principal de avanzada o en flanco. Del mismo modo, los trescientos zeks de la *sharashka* de Mavrino estaban acertados en suponer que la TAREA SIETE era el sector crucial.

Nadie en el instituto debía saber el verdadero nombre de TAREA SIETE, pero todos lo sabían. Era el "Laboratorio de Habla Abreviada". "Habla Abreviada" había sido tomado del inglés, y no sólo los ingenieros y traductores, sino también la asamblea y los instaladores, los torneros, y quizá hasta el semisordo carpintero, sabían que la pieza del equipo en cuestión se estaba construyendo siguiendo la línea de los modelos americanos. Pero era una práctica aceptada el pretender que todo era de origen nativo. Por lo tanto las revistas de radio americanas con diagramas y artículos sobre la teoría de la abreviatura, que se vendían en los puestos de libros de Nueva York, estaban aquí numeradas, atadas con cintas, clasificadas, y selladas en cajas fuertes a prueba de fuego, lejos del alcance de los espías americanos.

Abreviatura, amortiguación, compresión de la amplitud, diferenciación electrónica e integración del habla humana normal eran profanación de la ingeniería en comparación a la desmembración de un área de refugio meridional, como Novy Afon o Gurzuf, en pequeños fragmentos de material, relleno con ellos millones de cajas de fósforos, mezclándolas todas, pasándoselas rápidamente a Nerchinsk, clasificándolas y recopilándolas en su nueva ubicación,

para que el resultado no pueda ser diferenciado del original. Una nueva creación de los subtrópicos, el sonido de las olas en la playa, el viento del sur y la luz de la luna.

Lo mismo, usando pequeñas dosis de impulsos eléctricos, había que hacer con el habla, reconstruirla de un modo tal que no sólo todo sería comprensible sino que el Jefe sería capaz de reconocer por la voz, a la persona con quien estaba hablando.

En las *sharaschkas*, aquellas instituciones aterciopeladas donde no penetraba el rechinar de dientes de la lucha por la vida de los campos de concentración, desde tiempo atrás había sido una regla establecida que aquellos zeks más comprometidos en la próspera solución de un problema recibirían todo: -libertad, un pasaporte limpio, un departamento en Moscú; mientras que el resto no recibía nada, ni un solo día menos del plazo, ni cien gramos de vodka en honor a los triunfadores.

No había términos medios.

Entonces los prisioneros que fueron capaces de adquirir esa tenacidad de campo de concentración, gracias a la cual un zek podía al parecer aferrarse con sus uñas a la superficie de un espejo vertical, los prisioneros más tenaces trataron de meterse en el grupo de TAREA SIETE para poder saltar de allí a la libertad.

Así fue cómo entró allí el brutal ingeniero Markhushev, con su cara granujienta y jadeante de avidez por morir por las ideas del coronel de ingenieros Yakonov y otros de la misma especie también entraron allí de ese modo.

Pero el perspicaz Yakonov eligió también hombres para la TAREA SIETE que no trataron de meterse allí. Ese era el caso del ingeniero Amantay Bulatov, un tártaro de Kazan que usaba grandes anteojos enmarcados en carey, una persona recta con una risa

ensordecadora, sentenciado a diez años por haber sido capturado por los alemanes y haberse pasado a los enemigos de pueblo Musa Dzjalil. Esto también ocurría con Andrei Andreyevich Potapov, un especialista en voltajes ultra altos y en la construcción de estaciones de fuerza motriz. Entró a la *sharashka* en Mavrino a causa del error de un empleado ignorante que manejaba las tarjetas en el GULAG. Pero siendo un ingeniero auténtico y un trabajador tesonero, Potapov en seguida encontró su lugar en Mavrino y se volvió ireemplazable en los trabajos que involucraran equipos precisos y complejos de medición de frecuencias de radio.

Otro miembro del grupo era el ingeniero Jorobrov, un gran experto en radio. Había sido destinado a la TAREA SIETE desde el comienzo, cuando aquello era una unidad común. Últimamente se había hastiado de la TAREA SIETE y no acompañaba su ritmo vertiginoso y Mamurin se había cansado de él.

Por fin, sin apiadarse de hombres y caballos, acá el grupo SIETE de Mavrino, fue traído desde Salejard el sombrío recluso e ingeniero genial Alexander Bobynin, proveniente de una brigada de régimen muy rigoso del campamento de trabajos forzados, inmediatamente fue ubicado para la conducción, por encima de todos los demás, había sido arrebatado de las puertas de la muerte, y en caso de éxito sería el primer candidato a la libertad. Entonces se quedaba levantado y trabajaba hasta después de medianoche, pero trabajaba con una dignidad tan altanera que Mamurin le temía. Bobynin era el único en todo el grupo al que no se atrevía a censurar.

El laboratorio de TAREA SIETE era un cuarto similar al Laboratorio de Acústica del piso inferior. Estaba equipado y amueblado como el otro, salvo que no tenía casilla acústica.

Yakonov visitaba el laboratorio TAREA SIETE varias veces al día, y por esa razón su presencia allí no provocaba la agitación que provocaba una visita del jefe principal. Sólo Markrushev y los otros adulones se adelantaban atropellándose y se movían por todos lados con más ansia que nunca. En cambio Potapov, colocaba un medidor de frecuencia en el único lugar abierto de arriba, en los estantes repletos de instrumentos que lo separaban del resto del laboratorio. Hacía su trabajo rápido, sin explosiones frenéticas de esfuerzo, y en este momento estaba haciendo una cigarrera de plástico colorado transparente, con la idea de presentarla como regalo a la mañana siguiente.

Mamurin se levantó para saludar a Yakonov como a un igual. No estaba usando los overoles azul oscuro de todos los zeks, sino un traje de lana caro; sin embargo no conseguía realzar su cara demacrada y su huesuda figura.

Lo que apareció en ese momento sobre su frente color limón y sus exangües y cadavéricos labios fue interpretado por Yakonov como placer: -¡Antón Nikolaich! Hemos regulado a cada decimosexto impulso, y es mucho mejor. Ahora escuche, yo le leeré- "Leer" y "escuchar" era la prueba habitual para definir la calidad de un circuito telefónico. El circuito se alteraba varias veces al día, con la añadidura, o la supresión o reemplazo de una unidad u otra y establecer cada vez una prueba de pronunciación era un procedimiento engorroso, demasiado lento para seguir la marcha de cada nuevo diseño de ideas soñadas por los ingenieros. Además, no había motivos para obtener cifras descorazonantes de un sistema que antes había sido objetivo pero más tarde había sido copado por el protegido de Roitman, Nerzhin.

Dominado, como de costumbre, por un único pensamiento, sin preguntar nada ni explicar nada, Mamurin se retiró a un alejado rincón del cuarto y allí, volviéndose de espaldas, oprimiendo el teléfono contra su mejilla, empezó a leer un diario en el trasmisor. En el otro extremo del circuito, Yakonov se puso un par de audífonos y escuchó. Algo espantoso estaba sucediendo en los audífonos: el sonido de la voz de Mamurin era interrumpido por estallidos de crepitación, rugidos, y chillidos. Pero, como una madre que contempla amorosamente a su horrible prole, Yakonov no sólo no se arrancó los audífonos de sus sobresaltados oídos, sino que escuchó mucho más atentamente, y llegó a la conclusión de que el espantoso ruido parecía menos horrible que el que había oído antes de la comida. El habla de Mamurin no era el lenguaje vivaz y fluido de la conversación, sino que era medido e intencionalmente preciso. Además, estaba leyendo un fragmento sobre la insolencia de los guardias de la frontera yugoslava y el desenfreno del sanguinario verdugo de Yugoslavia, Rankovich, quién había transformado a un país amante de la libertad en una cámara de tortura masiva. Por eso Yakonov adivinaba fácilmente lo que no podía oír, comprendía que lo había adivinado, olvidaba que lo había adivinado y estaba cada vez más convencido que la audición era mejor de lo que había sido antes de la comida.

Quería también un intercambio de ideas con Bobynin. Este último estaba sentado allí cerca, macizo, ancho de hombros, con su cabello rapado como el de un convicto, aunque en la *sharashka* se permitían cortes de pelo de cualquier estilo. No se dio vuelta cuando Yakonov entró en el laboratorio; inclinado sobre la larga cinta del oscilograma, estaba midiendo algo con las puntas de su compás calibrador.

Este Bobynin era uno de los insectos de la creación, un zek insignificante, un miembro de la clase más baja, y Yakonov era un dignatario. Sin embargo Yakonov no podía permitirse interrumpir a Bobynin, por más que quisiera.

Uno puede edificar el Empire State Building, disciplinar la armada prusiana, elevar la jerarquía del estado por encima del trono del Todopoderoso, pero uno no puede superar la inexplicable superioridad espiritual de ciertas personas.

Algunos soldados son temidos por sus comandantes. Hay obreros que cohiben a sus capataces, prisioneros que hacen temblar a sus acusadores. Bobynin sabía esto y hacía uso de este poder en sus tratos con las autoridades.

Cada vez que Yakonov hablaba con él se sorprendía a sí mismo con el cobarde deseo de adular a este zek, de evitar irritarlo. Se enojaba consigo mismo por sentir de ese modo, pero notó que todo el mundo reaccionaba en forma parecida con Bobynin.

Quitándose los audífonos, Yakonov interrumpió a Mamurin: -Es mejor, Yakov Ivanich, ¡definitivamente mejor! Me gustaría que Rubin lo escuchara. Tiene buen oído.

Alguno que fue gratificado por una opinión de Rubin dijo una vez que tenía "buen oído". Inconscientemente esta premisa fue aceptada y creída. Rubin había entrado a la *sharashka* por accidente, y se las había ingeniado para permanecer allí haciendo traducciones. Su oído izquierdo era tan bueno como el de cualquier otra persona, pero su oído derecho se había ensordecido por una contusión en el frente noroeste -un hecho que había tenido que ocultar después de haber sido elogiado por su "buen oído". La reputación de tener "un buen oído" había afirmado su posición, hasta que la reafirmó- más

aún con su obra magna en tres tomos: *El aspecto audio-sintético y electroacústico de la lengua rusa*.

Entonces telefonearon al laboratorio de Acústica para hablar con Rubin. Mientras esperaban escucharon otra vez ellos mismos por décima vez. Markrushev, con las cejas unidas y los ojos tensos de concentración, sostuvo un momento el teléfono y declaró categóricamente que estaba mejor, que estaba mucho mejor. (La idea de regularlo en base a dieciséis impulsos era suya; por eso, aún antes de hacer la readaptación, él sabía que iba a haber mejoría) Dyrsin sonrió de mala gana, apologeticamente, y meneó la cabeza, Bulatov gritó a través del laboratorio que debían reunirse con los expertos del código y readaptarlo en base a treinta y dos. Dos electricistas complacientes tirando de los auriculares en direcciones opuestas mientras cada uno escuchaba con gozosa exuberancia que realmente se había oído más claro.

Bobyenin continuaba midiendo el oscilograma sin levantar la mirada.

La negra manecilla del gran reloj eléctrico de pared saltó a las diez y treinta horas. Pronto terminaría el trabajo en todos los laboratorios salvo TAREA SIETE; las revistas clasificadas serían guardadas bajo llave en cajas fuertes, los zeks volverían a sus dependencias para dormir, y los empleados libres correrían a las paradas de ómnibus, donde pasaban cada vez menos vehículos, en las últimas horas.

Ilya Terentevich Jorobrov, al fondo del laboratorio y fuera de la vista de los jefes, caminó con andar pesado detrás del muro de estantes hacia Potapov. Jorobrov era de Uyatka, y del área más remota, cerca de Kai, tras de la cual se extendía por cientos de millas, a través de bosques y pantanos, una región mucho más grande que

Francia, la tierra de Gulag. Él vio y comprendió más que muchos, pero la necesidad de estar siempre escondiendo sus pensamientos y reprimiendo su sentido de justicia había doblegado su cuerpo, le había dado un aspecto desagradable, marcándole duras líneas en sus labios. Finalmente, en las primeras elecciones de post guerra no lo pudo soportar más y escribió sobre su tarjeta de sufragio crudas y rudas injurias campesinas dirigidas contra el Mayor Genio de los Genios. Era la época en que las casas arruinadas no se reconstruían y los campos no eran sembrados a causa de la escasez de obreros. Pero durante un mes entero varios detectives jóvenes estudiaron la caligrafía de cada votante del distrito y Khorokrov fue arrestado. Salió para el campo de concentración con un ingenuo sentimiento de placer -allí por lo menos podía decir lo que quisiera. Pero los campos generalmente no operaban de esa manera. (Llovían las denuncias de los delatores sobre Khorokrov, y tuvo que callarse).

En la *sharashka* el buen sentido le exigía que se perdiera en la actividad de la tarea común del grupo Siete y que se asegurara, si no de la liberación, por lo menos de una existencia decente. Pero dentro suyo le daban náuseas por todas las injusticias aparte de su propio caso, hasta que alcanzó el punto cuando un hombre ya no quiere vivir más.

Yendo detrás de la pared de estantes de Potapov, se inclinó sobre el escritorio y propuso en voz baja: -Andreich. Es hora de marcharse. Es sábado.

Potapov acababa de colocar una cerradura color rosa a la cigarrera colorada transparente. Ladeó la cabeza admirando su artefacto, y preguntó: -¿Qué te parece, Terentich? -el color combina, ¿no es cierto?

Sin recibir ni aprobación ni desaprobación, Potapov miró a Khorokrov con el interés de una abuela sobre el armazón liso de metal de sus anteojos. -¿Por qué tentar al dragón -dijo-. El tiempo nos está ayudando. Antón se irá y entonces desapareceremos inmediatamente, como el aire ligero.

Tenía su modo de dividir una palabra en sílabas y prolongar cada una de ellas.

Para entonces Rubín estaba en el laboratorio. Ahora, a las once de la noche, habiendo pasado el día de trabajo, Rubín, que de todos modos había estado de un humor lírico la tarde entera, sólo quería volver a la prisión y seguir leyendo a Hemingway. Sin embargo, simulando demostrar gran interés en la calidad del nuevo circuito de la TAREA SIETE, le pidió a Markrushev que leyera, puesto que su alta voz, con un tono básico de ciento sesenta ciclos por segundo, debía de transmitir pobremente. Con esta manera de encarar el asunto, se evidenció como un especialista. Poniéndose los auriculares, Rubín escuchaba y varias veces le daba órdenes a Markrushev para que leyera más fuerte, o más despacio, para que repitiera las frases "Los gordos pescados se escondieron bajo la cubierta" y "vio, saltó, conquistó" -frases pensadas por Rubín para la verificación de combinaciones individuales de sonidos que eran muy conocidas para todos los de la *sharashka*. Finalmente, pronunció el veredicto de que había una tendencia general hacia el mejoramiento: los sonidos de las vocales eran transmitidos notablemente bien, los ruidos dentales un tanto peor; aún estaba preocupado por la fonética de la letra "zh"; y la formación de la consonante tan predominante en el lenguaje eslavo, "vsp". no era transmitida para nada, y requería trabajo.

Hubo un coro de voces, expresando satisfacción por que el circuito estaba mejor. Bobynin levanto la vista del oscilograma y en un

burlesco, y denso tono grave dijo: -¡Idiotéz! Un paso adelante, dos pasos atrás. No hay razón para estar percibiéndolo por conjeturas. Tienen que encontrar un método.

Todos quedaron silenciosos bajo su firme y resuelta mirada.

Detrás de sus estantes, Potapov encoló la cerradura rosa a la cigarrera, usando esencia de pera. Potapov había pasado tres años en campos alemanes de concentración y sobrevivió principalmente por su habilidad sobrehumana para hacer encendedores atractivos, cigarreras, y porta cigarrillos con desechos, sin usar ninguna herramienta.

Nadie se apuró en dejar el trabajo, aunque era la víspera de un domingo "robado".

Khorokrov se enderezó. Poniendo su material clasificado sobre el escritorio de Potapov para ser guardado bajo llave en la caja de seguridad, salió de atrás de los estantes y se encaminó hacia la salida, pasando por el lugar donde estaban todos ellos reunidos alrededor del abreviador.

Mamurin, pálido, miró fijamente para atrás y llamó, -Ilya Terentich. ¿Por qué no lo escucha? En realidad, ¿adonde va?

Khorokrov se dio vuelta lentamente y con una media sonrisa torcida contestó claramente, -Hubiera preferido no mencionarlo en voz alta. Pero si insiste: en este preciso instante me voy al baño o, si prefiere a la letrina-. Si todo marcha bien allí, seguiré hasta la prisión y me acostaré a dormir.

En el silencio que sobrevino, Bobynin, que casi nunca sonreía, se sacudió con fuertes carcajadas.

Era un motín en el barco de guerra.

Mamurin dio un paso adelante como para pegarle a Khorokrov y preguntó chillonamente, -¿Qué quiere decir con dormir. Todo el mundo está trabajando y usted se va a dormir?

Con su mano en el picaporte Khorokrov contestó, casi sobre el límite de su propio dominio, -Sí, justamente eso, ¡dormir! He trabajado las doce horas que la Constitución exige y eso es suficiente.

Estaba a punto de explotar con algo peor que hubiese sido irreparable, pero la puerta se abrió de golpe y el oficial de servicio anunció: -¡Antón Nikolaich! Se lo necesita urgente en el teléfono urbano municipal.

Yakonov se levantó apresuradamente y salió adelante de Khorokrov.

Pronto, Potapov, también, apagó la lámpara de su escritorio, ubicó sus documentos clasificados y los de Khorokrov sobre el escritorio de Bulatov y cojeó inofensivamente hacia la salida. Su pierna derecha renqueaba a causa de un accidente de motocicleta que había tenido antes de la guerra.

El llamado telefónico de Yakonov era del vice-ministro diputado Sevastyanov. Debía estar en el ministerio a media noche. ¡Y esto era la vida!

Yakonov volvió a su oficina, con Verenyov y Nerzhín, despidió a éste último e invitó a Verenyov a que lo acompañara en su coche. Luego se puso su saco y guantes, volvió a su escritorio, y bajo la anotación "Que se lo eche a Nerzhin", agregó: "A Khorokrov también".

DEBERÍA HABER MENTIDO

Cuando Nerzhin, presintiendo vagamente que lo que había hecho no podía ser enmendado, pero aún sin darse cuenta por completo de ello, volvió al laboratorio de Acústica, Rubín se había ido. Todos los demás estaban aún allí. Valentulya, dando golpecitos en el pasillo con un panel sobre el cual estaban montadas decenas de válvulas de radio, volvió sus vivos ojos hacia aquél.

-¡Despacio, joven! -dijo, deteniendo a Nerzhin con su palma en alto, como un policía parando a un auto.- ¿Por qué es que no hay corriente en mi tercer plataforma? -Luego recordó:- Ah, si. ¿por qué fue que lo llamaron? *¿Qu' est que c'est passé?*

-No seas bruto, Valentyne, -dijo Nerzhin, evadiendo la pregunta hoscamente. No podía admitir ante esta sacerdote de su propia ciencia que acababa de repudiar las matemáticas.

-Si tiene problemas, -declaró Valentyne- puedo darle un consejo: ponga músicaailable. Ha leído la cosa en, ... icaramba, no me acuerdo el nombre! Ya sabe, el poeta del cigarrillo entre los dientes. No maneja ni siquiera una pala. Llame a otros.

Mi policía

Protéjame

En la zona reservada

Qué lindo es!

En realidad, ¿qué otra cosa además de músicaailable podríamos pedir nosotros?

Luego Valentyne, sin esperar respuesta, pero ya preocupado con un nuevo pensamiento exclamó: -¡Vadka, enchufe el oscilógrafo!

Mientras se aproximaba a su escritorio, Nerzhin notó que Simochka estaba en estado de alerta. Lo miró abiertamente y sus finas cejas se contrajeron.

-¿Dónde está La Barba, Serafina Vitalyevna?

-Antón Nikolayevich lo citó también en el laboratorio Siete - contestó Simochka en alta voz. Y aún más fuerte para que todos pudieran oír, dijo-: Gleb Vikentich, vamos a revisar las nuevas listas de palabras. Todavía tenemos media hora.

Simochka era una de las encargadas de los ejercicios de pronunciación. La pronunciación de todas ellas estaba evaluada con referencia a una norma de claridad.

-¿Dónde puedo revisarlo en medio de todo este ruido?

-¡Uh! vamos adentro de la casilla. -Miró a Nerzhin significativamente, tomó la lista de palabras escritas en tinta china sobre un papel de dibujo, y entró en la casilla.

Nerzhin la siguió. Cerró tras de sí la puerta hueca de setenta centímetros de ancho y la atrancó, luego se escurrió por la segunda puerta chica, la cerró también, y bajó el visillo. Simochka se colgó de su cuello, parada en punta de pies, y lo besó en los labios.

Levantó a esta frágil joven en sus brazos; el espacio era tan restringido que la punta de sus zapatos chocaron contra la pared y se sentó en la única silla, en frente al micrófono de concierto, acomodándola sobre sus rodillas.

-¿Por qué Antón lo mandó a buscar? ¿Pasa algo malo?

-¿El amplificador no está encendido? ¿No estaremos difundiendo por el parlante?

-¿Qué ocurrió de malo?

-¿Por qué piensas que ocurrió algo?

-Lo presentí en seguida cuando llamaron. Y lo veo en su cara.

-¿Cuántas veces te he pedido que no uses ese "usted" formal?

-Pero, ¿si me es difícil no hacerlo?

-Pero, ¿si yo quiero que lo hagas?

-¿Qué es lo que anduvo mal?

-Sintió el calor de su leve cuerpo sobre sus rodillas; su mejilla estaba apoyada contra la de ella. Una sensación muy extraña para un prisionero. ¿Cuántos años hacía que no estaba tan cerca de una mujer ?

Simochka era asombrosamente ligera, como si sus huesos estuvieran llenos de aire, como si estuviese hecha de cera. Parecía ridículamente liviana, como un pájaro plumoso.

-Bueno, perdiz.. . parece que me iré pronto. Se dio vuelta entre sus brazos y oprimió sus pequeñas manos contra las sienes de él dejando caer el chal de sus hombros.

-¿Adonde?

-¿Qué quieres decir con adonde? Venimos de un infierno. Volvemos de dónde vinimos iel campo de concentración!

-Mi amor, ¿por qué?

Nerzhin miró atentamente, sin comprender, a los dilatados ojos de esta joven fea cuyo amor se había ganado tan inesperadamente. Ella estaba más conmovida por su destino que él mismo.

-Podría haberme quedado -dijo tristemente-. Pero en otro laboratorio. No hubiéramos estado juntos de cualquier manera.

Con todo su pequeño cuerpo se apretó contra él, lo besó, y le preguntó si la quería.

Estas semanas pasadas después del primer beso ¿por qué había eludido a Simochka ? ¿Por qué sentía lástima por su ilusoria felicidad

futura? Era poco probable que encontrara alguien que se casara con ella; caería en las manos de alguien. La muchacha vino a tus brazos por sí misma, asiéndose estrechamente a ti con una desenvoltura aterrizante. ¿Por qué negarse a sí mismo y a ella? Antes de sumergirse dentro del campo de concentración, donde seguramente no habrá oportunidad de esto por muchos años.

Gleb dijo aguadamente: -Sentiré mucho irme así. Me gustaría llevarme conmigo un recuerdo de tú... tú... quiero decir... dejarte con un hijo.

Ella inmediatamente escondió su cara avergonzada y se resistió a sus dedos, que trataban de levantarle la cabeza otra vez.

-Pobrecita mía, por favor no te escondas. Levanta tu cabecita. ¿Por qué no dices algo? ¿No quieres eso?

Levantó su cabeza y desde lo más profundo de su ser dijo: -¡Lo esperaré! ¿Quedan cinco años? Lo esperaré los cinco años. Y cuando lo liberen, ¿volverá a mí?

- Él no le había dicho eso. Ella había distorsionado las cosas, como si él no tuviera esposa. Ella estaba decidida a casarse -la pobre chiquilla de nariz larga.

La esposa de Gleb vivía por allí, en algún lugar de Moscú. En algún lugar de Moscú, pero lo mismo podría haber estado en Marte.

Y además de Simochka sobre sus rodillas y además de su esposa en Marte, también había, ocultos en su escritorio, los resúmenes que le habían costado tanto trabajo, sus primeras notas propias sobre el período post-leninista, las primeras formulaciones que contenían sus más elaborados pensamientos.

Si lo despachaban, en un transporte de la prisión, todas aquellas notas estarían destinadas a las llamas.

Debería haberle mentido ahora. Mentido prometiendo como siempre se promete. Después, cuando se fuera le podría dejar lo que había escrito bajo su custodia.

Pero para esa finalidad no tenía valor para mentir a aquellos ojos, que lo miraban tan esperanzados.

Eludiéndolos, besó los angulosos y pequeños hombros que sus manos habían descubierto debajo de su blusa.

Momentos después dijo titubeante. -Una vez me preguntaste qué es lo que estoy escribiendo todo el tiempo.

-Sí, ¿qué estás escribiendo? -Simochka preguntó con ávida curiosidad, usando el tono familiar por primera vez.

Si ella no lo hubiera interrumpido, si no lo hubiera presionado tan impacientemente, probablemente le hubiera dicho algo allí mismo. Pero había preguntado con una insistencia que lo puso en guardia. Había vivido tantos años en un mundo donde por todas partes estaban tendidos los ingeniosos alambres de las minas, alambres disparadores.

Estos confiados y amantes ojos podrían muy bien estar trabajando para el oficial de seguridad.

Al fin y al cabo, después de todo, ¿cómo fue que empezó todo entre ellos? La primera vez fue ella quien rozó su mejilla con la de él, no él a ella. Podría haber sido una trampa.

-Es algo histórico -dijo- histórico en un sentido general desde los tiempos de Pedro. Pero tiene un gran significado para mí. Sí, seguiré escribiendo hasta que Yakonov me eche. Pero ¿dónde lo dejaré cuando me vaya?

Sospechosamente sus ojos buscaron las profundidades de los de ella.

Simochka sonrió serenamente.

-¿Por qué tienes que preguntar? Dámelo a mí. Yo lo guardaré. Sigue escribiendo, mi amor. -Y luego, escudriñando dentro de él lo que ella quería saber, dijo:- Cuéntame, ¿es muy linda tu esposa?

El teléfono que conectaba la casilla con el laboratorio sonó. Simochka lo levantó sin acercarlo a su boca y apretó el botón para hablar para que lo pudieran oír en el otro extremo de la línea. Sentada allí, ruborizada, sus ropas desaliñadas, empezó a leer la lista de pronunciación en voz apagada y medida: "Dop, fskop, shtap. ¿Sí? Valentine Martynich, un doble diodotriodo. No tenemos un 6G7, pero creo que tenemos un 6G2. Terminaré ahora mismo con la lista de palabras y salgo. Droot, moot, shoot." Soltó el botón para hablar y restregó suavemente su cabeza contra la de Gleb. -Tengo que irme. Se está haciendo tarde. ¡Bueno! déjame ir. Por favor. . .

Pero no había determinación en su voz.

El la abrazó, estrechando aun más fuerte todo su cuerpo contra el suyo.

-¡No te vas a ningún lado! Yo quiero. . . yo. . .

-¡No! Me están esperando. Tengo que cerrar el laboratorio.

-¡Ahora mismo! ¡Aquí! -exigió. Y la besó.

-Hoy no.

-¿Cuándo?

Lo miró sumisa. -El lunes. Seré oficial de servicio otra vez. En lugar de Lyra. Venga aquí durante el intervalo de la comida. Estaremos solos durante toda la hora. Siempre que ese loco de Valentulya no venga aquí a trabajar.

Mientras Gleb destrababa y abría las puertas, Simochka logró abotonarse y peinar sus cabellos, y salió delante de él arrogante y fría.

LA LUZ AZUL

-Voy a arrojar mi zapato a esa lámpara de luz azul, uno de estos días. ¡Me pone nervioso!

-Le vas a errar.

-¿A cinco metros? ¿Cómo voy a errar? Te apuesto la compota de mañana que le puedo acertar!

-Te sacas los zapatos en la litera más baja. Debes agregarle un metro.

-¿Entonces, a seis metros. ¡Esos monstruos! ¿Qué no se les ocurrirá ahora con tal de hacer a un zek desdichado? Me oprime los ojos toda la noche.

-¿La luz azul?

-Sí, la luz azul. La luz ejerce presión, Levedev descubrió eso. Aristip Ivanich, ¿está dormido? Hágame un favor, alcánceme uno de mis zapatos.

-Puedo darle uno de sus zapatos, Yyacheslav Petrovich, pero primero dígame ¿qué es lo que le incomoda de la luz azul?

-Para empezar tiene una longitud de onda corta y por lo tanto más energía, y la energía me hiere los ojos.

-Da una luz suave, y personalmente me recuerda la lámpara azul de icono que usabá mi madre para prender de noche cuando yo era chico.

-¡Mamá! En charreteras azul cielo! Ahí está -yo pregunto:- ¿cómo puede uno otorgar la verdadera democracia al pueblo? He notado que en cualquier celda, la más insignificante controversia -

sobré lavar tazones o barrer el piso- suscita todos los posibles matices de opiniones en conflicto. La libertad será el fin de la humanidad. Desgraciadamente, sólo el garrote puede mostrarles la verdad.

-Sí, -pero no sería mala idea poner un icono de luz aquí. Si esto era antiguamente el altar.

-Un altar no, la cúpula que estaba encima del altar. Agregaron un piso entre medio.

-Dimitri Aleksandrovich, ¿qué está haciendo? Abriendo una ventana en diciembre. ¡Basta de eso!

-Caballeros, es el oxígeno lo que hace inmortal a un zek. Hay veinticuatro hombres en el cuarto, y no hay escarcha ni viento afuera. Estoy abriéndola sólo un tomo de Ehrenburg.

-Abra uno y medio ¡Está sofocante aquí arriba!

-¿Un Ehrenburg a lo ancho o un Ehrenburg a lo largo?

-Un Ehrenburg a lo largo, por supuesto. Calza en el marco perfectamente.

-¡Un tipo se puede volver loco aquí! ¿Dónde está mi capote de Campamento?

-Yo mandaría a todos estos adictos al oxígeno a Oy-Miakon. Para trabajos generales. A sesenta grados bajo cero, doce horas por día, se arrastrarían hasta dentro del establo de las cabras con tal de repararse del frío.

-Por principio, no estoy en contra del oxígeno, pero, ¿por qué siempre tiene que ser oxígeno frío en vez de oxígeno cálido?

-¿Qué diablos pasa aquí? Por qué está oscuro el cuarto? ¿Por qué han apagado la luz blanca tan temprano?

-Valentulya, usted está actuando como un inocente. Usted estaría aún rondando hasta la una. ¿Qué luz necesita a medianoche?

-Y usted un petimetre.

*En el mamelucos azul
está el petimetre arriba de mí
Tengo una lámina de modas enfrente mío
en la zona del campamento
¡Qué bien!*

-¿Tienen el lugar todo lleno de humo otra vez? ¿Por qué fuman todos ustedes? ¡Puf, qué porquería. ..! y la tetera está fría.

-¿Dónde está Lev?

-¿Cómo no está en su cama?

-Hay allí un par de decenas de libros, pero Lev no está.

-Sin duda estará cerca del baño.

-¿Por qué? Al lado.

Allí han atornillado una lámpara blanca, y la cocina calienta la pared. Probablemente está leyendo. Me voy a lavar. ¿Qué le digo?

-Si, i... me tiende un lecho en el suelo para mí y ella se acuesta en la cama. ¡Qué mujer jugosa, jugosa!

-Amigos, por favor. Hablen de alguna otra cosa, no de mujeres. Con nuestra dieta de carne ese es un tema socialmente peligroso.

-Vamos, camaradas, ¡terminen! La campana para apagar las luces sonó hace un largo rato!

-No sólo la campana; creo que se oye el himno.

-En África estuve al servicio de Rommel. Lo malo era que hacía mucho calor y había poca agua.

-En el Océano Ártico hay una isla llamada Majotkim. Majotkin era un piloto del Ártico. Ahora está preso por propaganda anti-soviética.

-Mikhail Kuzmich, ¿para qué está dándose vuelta?

-Tengo derecho a darme vuelta ¿no es así?

-Sí, pero recuerde que cada vueltita allí abajo se siente aquí enormemente amplificada.

-Ivan Ivanovich, usted no conoce los campamentos. Si allí alguien se trepa a una litera para cuatro, tres hombres son bamboleados y luego alguien de la litera de abajo cuelga una cortina, mete adentro a una mujer y empieza. . . Es un terremoto. Pero la gente duerme de todos modos.

-Grigori Borisovich, ¿cuándo entró por primera vez a una *sharashka*?

-Estaba pensando en poner un pentodo allí y un pequeño reóstato.

-Era una persona independiente y cuidadosa. Cuando se sacaba los zapatos de noche, no los dejaba en el piso, se los ponía bajo su cabeza.

-En aquellos tiempos uno no dejaba nada en el piso.

-Yo estaba en Auschwitz, era horrible: te llevaban derecho al crematorio desde la estación, tocando música.

-La pesca allí era maravillosa, por lo menos era algo, y también la casa. En otoño se podía salir por una hora y tenías faisanes dando vueltas arriba tuyo por todos lados. Si ibas a los cañaverales, había jabalíes, y afuera en los campos, liebres.

-Todas estas *sharashkas* fueron comenzadas en 1930 cuando sentenciaron a los ingenieros de la "Promparty" con el cargo de conspirar con los británicos, y luego decidieron ver cuánto trabajo producirían en la prisión. El ingeniero principal de la primer *sharashka* era Leonid Konstantinovich Ramzin. El experimento fue un éxito. Fuera de la prisión era imposible tener dos grandes ingenieros o dos científicos en un mismo grupo de diseño. Se

pelearían por conseguir el nombre, la fama, el premio Stalin, e invariablemente uno lo desplazaría al otro por la fuerza. Por eso es que fuera de la prisión todas las oficinas de diseño están constituidas por un grupo descolorido que rodea a un director brillante. Pero ¿en una *sharashka*? Ni el dinero ni la fama amenaza a nadie. Nikolai Nikolaich recibe medio vaso de crema agria y Petr Pretrovich recibe la misma ración. Una docena de osos académicos viven juntos pacíficamente en una guarida porque no tienen otro sitio donde ir. Juegan al ajedrez, fuman, luego se aburren. ¿Qué tal si inventamos algo? Vamos fue así creado mucho. Esa es la idea básica de la *sharashka*.

-¡Amigos, hay novedades! A Bobynin se lo han llevado a algún lado.

-Valentulya, basta de chillar o te ahogo con mi almohada!

-¿A dónde, Valentulya?

-¿Cómo se lo llevaron?

-Vino el segundo lugarteniente; le dijo que se pusiera su sobretodo y su gorra.

-Con sus pertenencias.

-Sin sus pertenencias.

-Probablemente fue llamado por los superiores,

-¿Por Oskolupov?

-Oskolupov hubiera venido aquí él mismo. Piensa en alguien más alto.

-El té está frío, ¡qué vulgaridad!

-Valentulya, usted está siempre haciendo sonar su cuchara contra su vaso después del toque de apagar las luces y estoy harto de eso.

-¿Cómo pretende que disuelva el azúcar?

-Silenciosamente.

-Sólo las catástrofes cósmicas ocurren silenciosamente porque el sonido no se trasmite en el espacio exterior. Si una nueva estrella estallase detrás nuestro, no la oiríamos nunca. Ruska, se te está cayendo la frazada, ¿por qué está colgando sobre el borde? ¿Estás dormido? ¿Sabes que nuestro sol es una nueva estrella, y que la tierra está condenada a perecer en un futuro próximo?

-No quiero creerlo. Soy joven y quiero vivir.

-Ja, ja, qué primitivo... ¡qué frío está el té! ic'est le mot! él quiere vivir.

-Valentulya, ¿adonde lo llevaron a Bobynin?

-Qué se yo. Tal vez a Stalin.

-¿Y qué haría usted, Valentulya, si lo llevaron a Stalin?

-Yo, ijo, jo! le diría todas mis quejas de principio a fin. . .

-Por ejemplo ¿cuál?

-Bueno, todas, todas. *Par excellence*, por qué tenemos que vivir sin mujeres. Eso limita nuestras posibilidades creativas.

-¡Pryanchikov, cállese! Todos se han ido a dormir hace rato, ¿Qué es este griterío?

-¿Pero si no quiero dormir?

-Amigos, ¿quién está fumando? escondan sus cigarrillos. El segundo teniente se aproxima.

-¿Qué está haciendo esta carroña aquí ? No tropieces, teniente segundo ciudadano, puede quebrarse su nariz.

-¡Pryanchikov!

-¿Qué?

-¿Dónde está? ¿Todavía no duerme?

-Sí, estoy dormido.

-¡Vístase, vamos, vístase, póngase su sobretodo y gorra!

-¿Con mis pertenencias?

-Sin ellas. Rápido. El coche está esperando.

-¿Voy con Bobynin?

-Él ya se ha ido. Hay otro coche para usted.

-¿Qué clase de coche, segundo teniente, un coche policial?

-Más rápido, más rápido. No, es un Pobeda.

-¿Quién me mandó llamar?

-Vamos Pryanchikov ¿por qué tengo que explicarle todo? Yo mismo no lo sé. Más ligero.

-Valentulya, usted dígales a ellos.

-Cuénteles sobre nuestros privilegios de visita. ¿Por qué diablos a los prisioneros del artículo cincuenta y ocho se les permite visitas sólo una vez por año ?

-Cuénteles sobre nuestras caminatas afuera.

-Y cartas.

-Y sobre nuestra vestimenta.

-¡Rot front, amigos! ¡Ja, Ja! Adiós.

-¡Camarada segundo teniente! ¿Dónde está por fin Pryanchikov?

-Ya viene, camarada comandante. ¡Aquí está! Pegúeles por todo, Valentulya, no sea tímido.

-Corren como perros esta noche.

-¿Qué pasó?

-Esto nunca ocurrió antes.

-Tal vez haya una guerra. Los están arrastrando afuera para fusilarlos.

-¡No seas tonto! ¿Quién se va a molestar por nosotros de uno en uno? Si hubiera guerra, nos liquidarían a todos de golpe o infectarían nuestra kasha con alguna peste.

-Muy bien amigos, es hora de dormir! Ya nos enteraremos mañana.

-Solía ocurrir en 1939, y en 1940 Beria lo citó a Boris Petrovich Stechkin de la *sharashka*. El no era del tipo de los que vuelven con las manos vacías. O bien el jefe de la prisión sería cambiado o les permitirían más tiempo para caminatas afuera. Stechkin nunca pudo resistir ese sistema de coimas, esas distintas categorías de ración, cuando un, académico recibe huevos y crema agria, un profesor cuarenta gramos de manteca, y los vulgares burros de trabajo la mitad de eso. Era un buen hombre Boris Petrovich -Dios lo tenga en su gloria.

-Murió.

-No, lo soltaron. Le dieron un premio Stalin.

TODOS LOS HOMBRES NECESITAN UNA MUJER

Después la voz tediosa y mesurada de Adamson, que estaba en su segundo período, quedó en silencio. Había estado en *sharashkas* durante su primer período, también. Todavía se susurraba en algunas partes una historia incompleta. Alguien estaba roncando fuerte, y por momentos en forma explosiva.

La bombita de luz azul ubicada dentro del arco circular, arriba de las puertas dobles, proyectaba su pálida luz sobre una docena de literas de dos pisos colocadas en forma de abanico en el gran cuarto semicircular. Este cuarto, indudablemente, el único de ese tipo en Moscú, tenía sus buenos doce pasos de diámetro. Arriba había una

amplia cúpula sobrepuesta por una torre hexagonal, y en la cúpula había cinco graciosas ventanas circulares. Las ventanas de la pared exterior tenían enrejado carecían de bozales, y durante el día uno podía ver a través de la carretera, un descuidado parque tipo bosque. Desde allí, en las tardes de verano uno oía las excitantes y molestas canciones de las chicas sin hombres de los suburbios de Moscú.

Recostado en la litera superior al lado de la ventana central, Nerzhin no estaba dormido, ni siquiera trataba de dormir. Debajo de él el ingeniero Potapov hacía rato que estaba durmiendo con el sueño sereno de un hombre que trabaja fuerte. Sobre las literas superiores cerca de él estaban, a su izquierda, al otro lado del pasillo, Zemelya, el especialista en vacío, de cara redonda, tendido confiadamente y respirando en forma profunda, a su derecha, sobre la litera pegada contra la suya, Ruska Doronin, uno de los zeks más jóvenes de la *sharáshka*, se agitaba insomne. Abajo de Zemelya, la litera de Pyranchicov estaba vacía.

Ahora, que podía reflexionar sobre la conversación en la oficina de Yakonov, Nerzhin comprendió todo más claramente. Su negativa a participar en el grupo criptográfico no era un mero incidente sino un punto crucial en toda su vida. Se resolvería ciertamente, muy pronto quizá, en un largo y arduo viaje a Siberia o al Ártico, hacia la muerte o hacia una difícil victoria sobre la muerte.

Quería pensar sobre este repentino intervalo de su vida. ¿Qué había logrado hacer durante estos tres años de tregua en la *sharashka*? ¿Había templado suficientemente su carácter antes de este nuevo salto hacia el abismo del campo de concentración?

Ocurría que al día siguiente sería el trigésimo primer cumpleaños de Gleb. (Por supuesto que no tenía coraje de recordarles

a sus amigos la fecha). ¿Sería ésto la mitad de su vida, casi el final de ella, o sólo el comienzo ?

Sus pensamientos se volvieron confusos. No podía mantener su mente en cosas esenciales. Por un lado le sobrevino un sentimiento de debilidad; al fin y al cabo no era demasiado tarde para corregir las cosas y consentir en incorporarse a la Criptografía. Sintió otra vez el dolor de los largos once meses sin ver a su esposa. ¿Le permitirían verla antes de partir?

Y finalmente dentro suyo revivió el astuto, rápido, tosco sujeto que había nacido tiempo atrás en el chicuelo que había cola en las panaderías durante el Primer Plan Quinquenal. Esta tenaz personalidad interior ya estaba preparada para las incontables revisiones "shmon" que lo esperaban -al dejar Mavrino, en el centro de recepción en Butyrki; en Krasnaya Preshya- y pensaba cómo esconder trozos de mina de lápiz rota en su chaqueta forrada, cómo pasar de contrabando sus viejas ropas de trabajo fuera de la *sharáshka* puesto que para un zek que trabaja cada capa suplementaria es preciosa, ¿cómo probar que la cuchara de té de aluminio que había conservado durante todo su término era suya y no robada de la *sharashka*, que eran casi iguales ?

Estaba impaciente por levantarse, y con la luz de la bombita azul, empezar a prepararse, reempacar, preparar sus escondites.

Mientras tanto Ruska Doronin seguía cambiando bruscamente de posición. Primero se acostaba sobre su estómago con la cabeza bajo la almohada y tiraba de la frazada hacia arriba destapándose los pies. Luego se daba vuelta sobre sus espaldas arrojando su frazada y dejando expuestas la sábana blanca de arriba y la sábana oscurecida de abajo. (Después de cada baño cambiaban una de las dos sábanas, pero en diciembre la *sharashka* se había excedido en su cuota de

jabón, y todos los baños habían sido suspendidos). De repente se sentó y poniendo la almohada contra la cabecera de la cama de hierro se recostó sobre ella. Sobre el borde del colchón abrió un tomo de la Historia de Roma de Mommsen. Notando que Nerzhin no estaba dormido sino mirando fijo a la lámpara, Ruska preguntó en un susurro ronco -¿Gleb, tienes un cigarrillo ? Dame uno.

Ruska normalmente no fumaba. Nerzhin estiró su mano hasta el fondo del bolsillo de su mameluco que estaba colgado en el respaldo de la litera, sacó dos cigarrillos, y los prendieron.

Ruska fumaba concentrado, sin mirarlo a Nerzhin. Bajo una nube suelta de cabello moreno, su cara era atractiva aún en la mortecina luz de la lámpara azul. Siempre estaba cambiando: a veces ingenua e infantil, a veces la de un inspirado embustero -usa esto -dijo Nerzhin, dándole un paquete vacío de cigarrillos "Belomor" para usarlo como cenicero.

Empezaron a echar sus cenizas en él.

Ruska había estado en la *sharashka* desde el verano, y a Nerzhin le había gustado a primera vista. Ruska le despertaba su instinto protector.

Pero resultó que aunque Ruska tenía sólo veintitrés años de edad (y le habían dado una condena completa de veinticinco años) no necesitaba protección en lo más mínimo. Tanto su carácter como su enfoque del mundo había sido formado por una corta pero tormentosa vida -no tanto por sus dos semanas en la Universidad de Moscú o sus dos semanas en la Universidad de Leningrado-, como por sus dos años de vivir con pasaportes falsificados mientras estaba en la lista de toda la U.R.S.S. de criminales buscados (a Gleb le habían contado este secreto celosamente guardado), seguidos por dos años de cárcel -con una comprensión instantánea había dominado las enmarañadas leyes

de lobo de GULAG-, estaba siempre en guardia, hablaba candidamente con muy pocos, e impresionaba a todos los demás como infantilmente franco. Fuera de eso, era enérgico y trataba de hacer mucho en poco tiempo; la lectura era también una de sus ocupaciones.

Gleb, insatisfecho con sus desordenados y mezquinos pensamientos y no sintiendo ganas de dormir, susurró en el silencio del cuarto -Escúchame, ¿cómo te está saliendo tu teoría sobre los ciclos? Habían discutido esta teoría no hacía mucho, y Ruska había buscado confirmación en Mommsen.

Ruska se dio vuelta al oír el susurro pero lo miró sin comprender. Su ceño se frunció en el esfuerzo por entender lo que le preguntaban.

-Digo, que ¿cómo va tu teoría sobre cambios cíclicos?

Ruska suspiró profundamente y la tensión desapareció de su cara junto con el bullicioso pensamiento que lo había absorbido cuando estaba fumando. Se dejó caer sobre un codo, echó la colilla apagada en el paquete vacío que Nerzhin le había dado y dijo desganadamente, -Todo me aburre, los libros y las teorías, ambas cosas.

Nuevamente se quedaron en silencio. Nerzhin estaba por darse vuelta para el otro lado cuando repentinamente Ruska se rió y comenzó a susurrar dejándose llevar gradualmente y hablando más rápido.

La historia es tan monótona que es repulsiva para leer. Cuanto más noble y honrado es un hombre más vilmente lo tratan sus compatriotas. El cónsul Spurius Cassius Vecellinus quería darle tierras al pueblo, y éste lo condenó a muerte. Spulius Maelius quería alimentar a los hambrientos, con pan y fue ejecutado porque alegaron que buscaba el trono. El cónsul Marcus Maelius, que despertó con el

graznido de los legendarios gansos y salvó el Capitolio, fue ejecutado por traidor. ¿Entonces? -se rió-. Y el gran Aníbal sin el cual nunca hubiéramos sabido el nombre de Cartago, fue exiliado por esa insignificante Cartago, confiscaron sus propiedades y su casa fue arrasada. Todo esto ocurrió antes. Pusieron preso a Gnaeus Naevius para que no escribiera más comedias liberales y valerosas. Y los etolianos declararon una falsa amnistía para inducir a los emigrados a volver y asesinarlos. También en los tiempos romanos descubrieron la verdad, luego olvidada, de que es antieconómico dejar que un esclavo pase hambre, aquél tiene que ser alimentado. Toda la historia es una continua pestilencia. No hay verdad y no hay ilusión. No hay dónde apelar ni dónde ir.

En la mortecina luz azul el estremecimiento del escepticismo sobre labios tan jóvenes era particularmente inquietante.

Nerzhin mismo había sembrado estos pensamientos en Ruska, pero ahora que Ruska los expresaba, sintió el deseo de protestar. Entre sus más antiguos camaradas, Gleb estaba habituado a ser el inconoclasta, pero se sentía responsable por los prisioneros más jóvenes.

-Quiero prevenirte, Ruska -replicó Nerzhin muy despacio, reclinándose más cerca del oído de su vecino- que por más inteligentes y absolutos que sean los métodos del escepticismo o agnosticismo o del pesimismo, debes comprender que por su misma naturaleza nos predestinan a una pérdida de la voluntad. No pueden realmente influenciar la conducta humana porque la gente no puede estarse quieta. Y eso significa que no pueden renunciar a los sistemas que afirman algo, que los intima a avanzar en alguna dirección.

¿Aunque sea adentro de un pantano? ¿Sólo por seguir adelante?
-preguntó Ruska irritado.

-Aunque sea eso. ¿Quién diablos sabe? -titubeó Gleb.

-Mira, yo personalmente creo que la gente necesita seriamente del escepticismo. Se necesita para romper los escollos. Para atorar las gargantas de los fanáticos. Pero el escepticismo nunca puede proporcionar una base sólida para los pies de un hombre. Y quizá, después de todo, nosotros necesitamos una base sólida.

-Dame otro cigarrillo -dijo Ruska-. Fumó nerviosamente. "Qué gran cosa fue que la MGB no me diera oportunidad para estudiar", dijo en un susurro claro, un tanto fuerte. "Hubiera terminado con la Universidad y quizá hasta hubiera llegado a un nivel de graduado; todo el proceso idiota. Me hubiera convertido en un científico. Podría haber escrito un libróte grueso. Podría haber hecho investigación sobre los primeros distritos administrativos de Novgorod enfocada desde algún octogésimo tercero punto de vista, o sobre la guerra de César con los Helvéticos. ¡Cuántas culturas que hay en el mundo! E idiomas, y países. ¡Cuánta gente inteligente hay en cada país y más aún, cuántos libros inteligentes! -y ¿qué necio los va a leer a todos? Cómo fue que dijiste: "Cualquier cosa que piensen los grandes cerebros, a costa de grandes esfuerzos, eventualmente aparece, ante cerebros aún superiores, como algo fantasmal. ¿Era eso?"

-¡Muy bien! contestó Nerzhin acusadoramente. "Estás perdiendo de vista todo lo sólido, todas las metas. Uno puede ciertamente dudar, uno está obligado a dudar. ¿Pero acaso no es también necesario amar algo?"

-¡Sí, sí, amar! Ruska lo reprochó con un triunfal y ronco susurro. "Amar pero -ino a la historia ni a la teoría, sino a una mujer! Se inclinó sobre la litera de Nerzhin y lo asió del codo. ¿De qué nos han privado en realidad, dime? ¿Del derecho de ir a reuniones o de suscribirnos a bonos del estado? La única manera en que el Pajan

podía herirnos realmente era en privarnos de mujeres. Y lo hizo. ¡Durante veinticinco años! ¡Perro! ¿Quién puede imaginar -y se golpeó el pecho con el puño- lo que una mujer significa para un prisionero?

-¡Ten cuidado de no terminar loco! dijo Nerzhin, tratando de defenderse, pero una súbita oleada creció dentro suyo ante el pensamiento de Simochka y su promesa para el lunes a la noche. "Líbrate de esa idea" -dijo. "Te va a oscurecer tu cerebro. Un complejo freudiano-. ¿Cómo diablos le dicen? Sublimación es la respuesta. Desvía tu energía hacia otras cosas. Reconcéntrate en filosofía -no necesitarás pan ni agua ni las caricias de una mujer para eso.

(¡Pero el lunes! Lo que los matrimonios felices dan por sentado excita el tormento de la lujuria en un prisionero).

-Mi cerebro ya está nublado. No me dormiré hasta la mañana. Una mujer. ¡Todo el mundo necesita una mujer! Tenerla temblorosa en tus brazos. Y -ah, ¡qué infierno!- Ruska tiró su cigarrillo aún encendido sobre la frazada sin darse cuenta y se volvió bruscamente, se dejó caer sobre su estómago y tiró de la frazada hasta cubrir su cabeza.

Nerzhin logró agarrar el cigarrillo cuando estaba por rodar de la litera hacia Potapov que se hallaba abajo, y lo apagó. ¡Sí! Sólo trascurrirían dos días más, y luego Simochka. En seguida se imaginó en detalle cómo ocurriría todo pasado mañana; luego con un estremecimiento echó de su mente el lacerante y dulce pensamiento que entorpecía su razón. Se inclinó sobre el oído de Ruska.

-Ruska, ¿y tú? ¿Tienes alguna?

-¡Sí, tengo!-susurró Ruska atormentado-, acostándose de espaldas y abrazando su almohada. Resolló dentro de ella, y el calor de la almohada y todo el ardor de su juventud, se tornaban en esterilidad y en marchitarse dentro de la prisión. Todo excitaba al cuerpo joven e

inhibido que clamaba por liberarse y no encontraba la salida. Dijo -sí, tengo-, y quería creer que había una mujer, pero lo que había pasado era sólo ilusorio. No había ningún beso, ni siquiera una promesa. Era solamente una mujer que lo había escuchado aquella noche con ojos de conmiseración y admiración mientras le contaba sobre su vida, y en la mirada de esa chica, Ruska se vio por primera vez como un héroe cuya historia era extraordinaria. Aún no había ocurrido nada entre ellos, y al mismo tiempo había ocurrido algo que le daba derecho a decir que "tenía una mujer".

Levantando apenas la frazada, Ruska contestó desde la oscuridad -Shhh... Clara.

-¿Clara? ¿La hija del fiscal?

LA TROIKA DE MENTIROSO

El jefe de la sección Cero-Uno estaba completando su informe al ministro Abakumov.

Alto, con cabello negro peinado hacia atrás, usando las charreteras de las tres estrellas de un comisario general de segundo grado, Abakumov autoritariamente plantó sus codos sobre su gran escritorio. Era pesado pero no gordo -tenía conciencia de su buena figura y jugaba tenis para conservarla-. Sus ojos eran los de un hombre que no se deja tomar por tonto; revelaban agilidad, suspicacia, y un rápido ingenio. Corregía al jefe de la sección donde fuese necesario y éste último se apresuraba a tomar notas.

La oficina de Abakumov, aunque no enorme, era un cuarto fuera de lo común. Había una chimenea de mármol, dejada desde los tiempos anteriores, que no se usaba y un alto espejo de pared. El cielorraso era alto con una moldura de yeso, una araña, y una pintura de cupidos y ninfas que se perseguían mutuamente. (El ministro había dejado la pintura como estaba, salvo la parte verde, que había sido repintada porque era un color que no toleraba). Había una puerta-balcón, clavada invierno y verano, y grandes ventanales, que no se abrían nunca; daban hacia la plaza. Había relojes: uno de pie con una esfera preciosa, uno fluorescente con una figurilla que tocaba las horas, y un reloj eléctrico de ferrocarril en la pared. Estos relojes mostraban horas diferentes pero Abakumov siempre sabía qué hora era porque tenía, además, dos relojes de oro sobre su persona, un reloj pulsera en su velluda muñeca y un reloj en su bolsillo.

Las oficinas en este edificio crecían de tamaño según el rango de sus ocupantes. Crecían los escritorios. Crecían las mesas para conferencias con sus tapetes de terciopelo. Pero más que todo crecían los retratos del Gran Generalísimo. Al igual que en las oficinas de los jueces de instrucción su retrato lo mostraba mucho más grande que su tamaño natural. Y en la oficina de Abakumov el Más genial Estrategista de Todos los Tiempos y Pueblos estaba retratado sobre una tela de cinco metros de altura, todo el largo desde sus botas hasta su gorra con visera de mariscal, resplandeciente con todas sus órdenes y condecoraciones. (De hecho, él nunca usó estos honores, muchos de los cuales se los había adjudicado él mismo, o los había recibido de presidentes extranjeros y de potentados). Sólo las condecoraciones yugoslavas habían sido cuidadosamente despintadas.

Sin embargo, como para confirmar la insuficiencia de este retrato de cinco metros de altura, y reconocer la necesidad de ser inspirado a cada momento por la vista del Mejor Amigo del Servicio de Contraespionaje, Abakumov también conservaba un retrato de Stalin sobre su escritorio.

Sobre otra pared colgaba un retrato cuadrado de buen tamaño de una almibarada persona de pince-nez que era el superior directo de Abakumov -Beria.

Cuando el jefe de la sección Cero-Uno se fue, el viceministro Sebastyanov, el comandante general Oskolupov, el jefe de la sección Técnica Especial y el ingeniero principal de esa sección, coronel de ingenieros Yakonov, aparecieron en la puerta. Demostrando sus respetos por el propietario de la oficina, avanzaron en fila india, en orden de prioridad, siguiendo el patrón de la alfombra, casi pisándose los talones -y sólo los pasos de Sebastyanov eran audibles.

Un viejo enjuto de traje gris, cuyo cabello cortado al rape mostraba entremezclados matices canosos, entre los diez reemplazantes del ministro sólo Sebastyanov era un civil. Su responsabilidad no era ni operativa ni investigadora; estaba a cargo de las comunicaciones y otras tecnologías de precisión. Así es que sufría menos las cóleras del ministro en las reuniones y en las órdenes que recibía, y estaba menos tenso en esa oficina. Se sentó en seguida en un acolchado sillón frente al escritorio.

Oskolupov estaba entonces a la cabeza del archivo. Yakonov estaba de pie directamente detrás de él como para ocultar su majestuoso porte.

Abakumov miró a Oskolupov -a quien había visto quizá tres veces en su vida- y presintió algo amable en él; Oskolupov, también tenía tendencia a ser corpulento. Su cuello hacía reventar su túnica, y su mentón, ahora obsequiosamente metido hacia adentro, era doble. Su rolliza cara era la cara simple y honesta de un hombre de acción, no la recóndita cara de un intelectual satisfecho de sí mismo. Mirando de soslayo a Yakonov sobre el hombro de Oskolupov, Abakumov preguntó, usando el pronombre familiar "¿Quién eres tú?"

-¿Yo? -Oskolupov se inclinó hacia adelante, afligido por no haber sido reconocido.

-¿Yo? -Yakinov se adelantó un poquito también. Mantenía hacia adentro lo mejor que podía, su panza desafiante y blanda que crecía y crecía a pesar de todos sus esfuerzos, y ni un solo pensamiento se mostraba en sus grandes ojos azules cuando se presentó.

-Tú y tú -bufó el ministro afirmativamente-. El proyecto de Mavrino, ¿es suyo? Muy bien, siéntese. Se sentaron.

El ministro levantó un cortapapel hecho de plástico color rubí, se rascó con él detrás de su oreja y dijo -Muy bien, ¿cuánto tiempo

hace que me están engañando? ¿Dos años? De acuerdo con el plan ustedes tenían quince meses. ¿Cuándo van a estar listos los dos teléfonos? Y agregó amenazadoramente: -No mientan. No me gustan las mentiras.

Esta era exactamente la pregunta para la cual los tres altos funcionarios mentirosos se venían preparando desde el momento en que se enteraron que fueron citados todos juntos. Oskolupov comenzó, como lo habían convenido. Habló como si sus cuadrados hombros estuvieran reforzando sus palabras, y miró extasiadamente a los ojos del omnipotente ministro: -¡camarada ministro! ¡Camarada coronel general! Permítame asegurarle que el personal de la sección no va a escatimar esfuerzos.

La cara de Abakumov expresó sorpresa. ¿Dónde cree que estamos, en una conferencia? ¿Qué pretende que haga con sus esfuerzos, guardarlos en mi trasero? Le estoy preguntando: ¿Qué fecha? Y tomó su lapicera fuente de punta de oro y señaló a su agenda de compromisos semanales.

En ese momento, como estaba convenido, Yakonov habló; su solo tono y su voz baja subrayaban el hecho de que estaba hablando como un técnico especialista y no como un administrador. -Camarada ministro en el transcurso de la frecuencia hasta los dos mil cuatrocientos ciclos, dada en un nivel medio de transmisión de cero punto nueve.

-¡Ciclos, ciclos! Cero punto ciclo cero -eso es exactamente lo que está produciendo. ¡Al diablo, para qué necesito yo tu cero punto! Quiero los dos teléfonos; ¿dos unidades completas cuándo las tendré? y bien.

Pasó la mirada por los tres. Ahora le tocaba hablar a Sevastyanov

-despacio, deslizando su mano sobre su corto y grisáceo cabello-.

-Por favor permítanos saber lo que está pensando, Victor Semyonovich. Doble vía de conversación cuando aún no tenemos códigos absolutos.

-¿Por qué está tratando de dejarme como un idiota? ¿Qué quiere decir sin códigos absolutos? -El ministro lo miró en forma penetrante. Quince años antes, cuando ni Abakumov ni ningún otro hubiera podido soñar con convertirse en ministro, cuando él era un NKVD ordinario, un rollizo y fornido joven, de piernas y brazos largos; cuatro años de educación primaria habían sido suficientes para él. Se promovía a sí mismo sólo por medio del yudo y su única instrucción formal era la del gimnasio del club Dynamo de Deportes.

Luego, durante los años que vieron el reemplazo y la expansión del personal investigador, resultó que Abakumov dirigía interrogatorios en forma efectiva. Sus largos brazos eran una ventaja cuando llegaba el momento de destrozarle la cara a la gente. Su gran carrera estaba en camino. Después de siete años llegó a ser jefe de la agencia de contraespionaje SMERSH, y ahora era un ministro. Y no pocas veces en todo este largo ascenso sintió algunas deficiencias en su propia educación. Se manejaba a sí mismo de un modo tal, mismo en este puesto tope, que sus subordinados no podían burlarse de él.

En ese instante Abakumov se enojó y levantó su puño crispado como un guijarro sobre su escritorio. Mientras lo hacía, las altas puertas se abrieron, y un hombre bajo, semejante a un pequeño querubín, con un agradable color rosado en sus mejillas entró en el cuarto sin golpear -Mikhail Dmitriyevich Ryumin. El ministerio entero lo llamaba "Minka" pero muy rara vez en su cara.

Se movió tan silenciosamente como un gato; mientras se aproximaba, abarcó de un vistazo a los hombres que se hallaban,

sentados allí. Le estrechó la mano a Sevastyanov, que se levantó; se fue al extremo del escritorio de Abakumov e, inclinándose hacia el ministro, sus gruesas y pequeñas manos golpeando el borde del escritorio, murmuró pensativo:

-Escucha Víctor Semyonovich. Si vamos a dedicarnos a semejantes problemas, deberíamos encomendárselos a Sevastyanov. ¿Por qué habríamos de alimentarlos para nada? ¿No pueden realmente identificar una voz de una cinta magnética? ¡Échelos a patadas si no pueden!

Y sonrió tan dulcemente como si estuviera convidando a una niña con chocolate. Miró a los tres representantes de la sección, cariñosamente.

Durante muchos años Ryumin había vivido completamente ignorado; era él contador de la Unión de Cooperativas de los Consumidores en la provincia de Arkangel. De rosadas mejillas y regordete, con labios finos e indignados, acosaba a sus tenedores de libros con cuanto comentario desagradable se le ocurría, chupaba los caramelos que compartía con el agente expedidor, hablaba diplomáticamente con los chóferes, arrogantemente con los cocheros, y ponía a tiempo documentos precisos sobre el escritorio del presidente.

Durante la guerra lo llevaron a la armada y lo hicieron interrogador de una sección especial. Le gustaba el trabajo, y en seguida estaba arreglando un caso contra un periodista totalmente inocente, junto con la Armada del Norte. Pero coordinó el caso con tal crudeza y tan descaradamente, que la oficina del fiscal, que normalmente no interfería en el trabajo de los órganos de seguridad, denunció el asunto a Abakumov. El pequeño interrogador SMERSH de la Flota del Norte, fue llevado hasta Abakumov para ser

reprendido. Entró tímidamente a la oficina esperando lo peor. La puerta se cerró. Cuando se abrió una hora después, Ryumin emergió con aire de importancia -había sido recién designado para el aparato central de SMERSH como interrogador principal para casos especiales. A partir de entonces, su estrella seguía elevándose constantemente.

-Yo me ocuparé de ellos, Mikhail Dmitriyevich, créame. Me ocuparé tan bien de ellos que nadie podrá juntar sus huesos. -contestó Abakumov, mirando amenazadoramente a, cada uno de los tres.

Los tres bajaron sus ojos culpablemente. Pero no entiendo lo que tú quieres. ¿Cómo se puede conocer por teléfono la voz de un hombre desconocido ?

-Les voy a dar una cinta con la conversación grabada. Pueden oír y compararla.

Pero ¿tú has arrestado alguno?

-Por supuesto. -Ryumin sonrió dulcemente-. Agarramos a cuatro sospechosos cerca de la estación de subterráneo Arbet.

Pero una sombra cruzó por su cara. Sabía que los sospechosos habían sido prendidos demasiado tarde, que no eran los culpables. Sin embargo, una vez que habían sido arrestados, no serían ya puestos en libertad. En realidad, podría ser necesario fijar el caso en uno de ellos -para que no quedara sin solución.

El fastidio irritaba la voz insinuante de Ryumin: Puedo hacerles grabar la mitad de las voces del ministerio de Relaciones Exteriores si quieren. Pero no es necesario. Sólo seis o siete personas deber ser elegidas -los únicos del ministerio que podrían haber sabido sobre eso.

-Bueno, ¡arréstelos a todos, perros! ¿Por qué andar engañando? preguntó Abakumov indignado. ¡Siete personas! ¡Tenemos un país grande, no se los echará de menos!

-No puede hacer eso, Víctor Semyonovich -objetó sensatamente Ryumin-. Es un ministerio, no la industria de la alimentación, y perderemos todas las pistas en esa forma. Lo sabrán en las embajadas, se pondrán en estado de alerta. En este caso tenemos que averiguar exactamente quién fue. Y lo antes posible.

-Hmm -pensó Abakumov en voz alta-. Comparando una grabación con la otra. Sí, algún día tendremos que dominar también esa técnica. Sevastyanov ¿puede usted hacerlo?

-Todavía no comprendo de qué se trata, Víctor Semyonovich.

-¿Qué es lo que hay que comprender? Nada absolutamente. Algún bastardo, algún cerdo. Probablemente un diplomático; de lo contrario ¿cómo podría haberlo sabido? telefoneó a algún profesor hoy. No recuerdo su nombre.

-Dobroumov, -sugirió Ryumin.

-Sí, Dobroumov. Un doctor. Bueno, en resumen, acaba de volver de un viaje por Francia, y mientras estaba allí prometió mandarles, hijo de perra, uno de sus nuevos medicamentos -una cuestión de intercambio de experiencia, dijo el bastardo. ¡Nunca se le ocurrió pensar en la prioridad de los descubrimientos! Y en realidad queremos que les dé ese medicamento, y agarrarlo en el acto y luego hacer de ello una gran cuestión política, sobre adulación de los poderes extranjeros. Entonces algún roñoso cerdo telefona al profesor y le dice que no les dé el medicamento. Vamos a arrestar al profesor y labrar, de cualquier forma, nuestro caso contra él, pero está estropeando en parte. Y bien, ¿qué me dicen? Averigüe quién fue y será bien visto.

Sevastyanov evitando a Oskolupov miró a Yakonov, quien hizo frente a su mirada, levantando apenas sus cejas. Estaba tratando de decir que esto era un nuevo arte; la investigación no había sido

corroborada y tenían ya suficientes problemas como para dedicarse también a ésto. Sevastyanov era lo suficientemente inteligente como para comprender tanto el movimiento de cejas de Yakonov como la entera situación. Estaba dispuesto a sacar el asunto a medias y perderlo.

Pero Foma Guryanovich Oskolupov tenía sus propias ideas sobre su trabajo. No deseaba ser un mero figurón como jefe de Sección. Desde que fue designado, se convenció del sentido de su propio valor y creía firmemente que era el amo de todos los problemas y que podía resolverlos mejor que ningún otro, de lo contrario nunca lo hubieran designado. Y aunque en su época no había siquiera completado siete años de escuela, ahora no hubiera admitido que alguno de sus subordinados pudiera entender el trabajo mejor que él, excepto en los detalles por supuesto, en los diagramas, donde era cuestión de conocimientos técnicos. No hacía mucho, había estado en cierto sanatorio de primera clase, vestido de civil, haciéndose pasar por profesor en electrónica. Allí encontró a un escritor muy conocido, y éste no podía quitarle los ojos de encima a Foma Guyanovich; se pasaba apuntando notas en su libreta y afirmando que basaría en él el retrato de un científico contemporáneo. Después de eso, Foma supo de una vez por todas que él era un científico.

De pronto percibió el problema, avanzando instantáneamente en su investigación.

¡Camarada ministro! ¡podemos hacerlo!

Sevastyanov lo miró asombrado. ¿Dónde?, ¿en que laboratorio?

-En el laboratorio de teléfonos de Mavrino, por supuesto. Hablaron por teléfono, ¿no es así?

-Pero Mavrino está ocupado en otro problema más importante.

-Eso no importa. Encontraremos la gente; tenemos trescientas personas allí, ¿por qué no habremos de encontrarlos?

Y clavó los ojos en el ministro con una mirada dispuesta, Abakumov no llegó a sonreír, pero una vez más su cara expresó una especie de aprecio por el general. Así era como él mismo había sido en su camino de ascenso, dispuesto de todo corazón a cortar en tiras a cualquiera que le ordenaran. Una persona más joven, que se le parezca a uno resulta siempre simpático.

-¡Bravo! -dijo-. Esa es la forma de hablar: los intereses del estado primero y todo el resto después. ¿Correcto?

-¡Perfectamente correcto, camarada ministro! ¡perfectamente, camarada coronel general!

Ryumin, al parecer, no estaba para nada sorprendido, ni parecía apreciar la dedicación desinteresada de Oskolupov. Mirando a Sevastyanov, dijo: será contactado a la mañana.

Intercambió miradas con Abakumov y salió silenciosamente.

El ministro se mondó sus dientes con una uña, tratando de alcanzar un trozo de carne introducido allí desde la comida.

-Y entonces -¿Cuándo? Me has estado estirando el plazo- el primero de agosto, luego las fiestas de noviembre, después las de año nuevo. ¿Y bien?

Posó sus ojos sobre Yakonov, forzándolo a contestar.

Yakonov parecía estar molesto por la posición de su cuello, lo movió un poco hacia la derecha, luego un poco hacia la izquierda, levantó su vista hacia el ministro con su mirada fría y azul y miró hacia abajo nuevamente.

Yakonov sabía que era muy talentoso; Yakonov sabía qué personas aún más talentosas que él, que se concentran en su trabajo catorce horas por día, sin un día libre -en todo el año, también estaban

sudando sobre aquél maldito aparato. Y científicos extranjeros, que publicaban los detalles de sus inventos en revistas fácilmente asequibles, también estaban comprometidos en el trabajo sobre el artefacto. Yakonov conocía las mil dificultades que tuvieron que ser superadas y sin embargo eran sólo al comienzo, a través de las cuales, como nadadores en el mar, sus ingenieros se estaban abriendo camino. Dentro de seis días el último plazo trascurriría, el último de todos los últimos plazos que le habían suplicado a este pedazo de carne con uniforme. Pero se habían embaucado en esta sucesión de estúpidos plazos porque los "corifeos" de ciencias desde el principio habían establecido un año de tiempo límite para una tarea de diez años.

En la oficina de Savastyanov habían convenido pedir diez días de postergación. Prometer dos teléfonos para el diez de enero; eso era lo que el ministro diputado insistía. Eso era lo que Oskolupov quería. Calcularon que podían presentar algo que, aunque imperfecto, estaría por lo menos recién pintado. Y mientras todo el asunto pasaba por ensayos para probar su absoluta capacidad para codificar, el trabajo del laboratorio continuaría y entonces podrían pedir más tiempo para completarlo y perfeccionarlo.

Pero Yakonov sabía que los objetos inanimados no responden a plazos humanos,- que aun el primero de enero el aparato no emitiría habla humana sino sólo un murmullo. Y lo que le ocurrió a Mamurin inevitablemente le pasaría a Yakonov. El Patrón lo llamaría a Beria y le preguntaría: ¿qué tonto entregó esta máquina? ¡Desembarácese de él! Y Yakonov se trasformaría en el mejor de los casos en una Máscara de Hierro, y quizá sólo en un vulgar zek otra vez.

Bajo la mirada del ministro, sintiendo la soga alrededor del cuello, Yakonov superó su despreciable miedo y, tan

involuntariamente como el que aspira aire dentro de sus pulmones, dijo con voz ronca, "¡Dénos un mes más! ¡Un mes más! ¡Hasta el primero de febrero!"

Miró a Abakumov con los ojos suplicantes de un perro.

Las personas talentosas a veces son injustas con los demás. Abakumov era más hábil de lo que Yakonov había pensado, pero a causa de una larga inactividad la mente del ministro se había vuelto inútil. A través de toda su carrera había perdido, cada vez que trataba de pensar, y ganaba cuando actuaba por celo. Entonces Abakumov cargaba su mente lo menos posible.

Comprendía que ni seis días ni un mes contribuirían en algo cuando ya habían trascurrido dos años. Pero para él esta troika de mentirosos tenía la culpa. Sevastyanov, Oskolupov y Yakonov eran personalmente responsables. Si era tan difícil entonces ¿por qué cuando se hicieron cargo de la asignación, veintitrés meses antes, habían convenido en un año? ¿Por qué no habían pedido tres? Ahora se había olvidado que en esa época los había apurado despiadadamente. Si se hubieran mantenido firmes ante Abakumov desde el principio, él se hubiera mantenido firme contra Stalin y hubiera convenido en dos años de plazo para luego estirarlo a tres años.

Pero era tan grande el miedo que les habían infundido en sus largos años de subordinación, que ni siquiera uno de ellos, antes o ahora, hubiera tenido el coraje de hacer frente a sus superiores.

El propio Abakumov actuaba según el dicho vulgar "dejar un poco de margen" y en sus transacciones con Stalin siempre agregaba un par de meses extra como reserva. Así era como se presentaban las cosas ahora. A Stalin le prometieron un teléfono para el primero de

marzo; entonces, en el peor de los casos, les podría dar un mes más - siempre que fuera realmente un mes.

Tomando otra vez su lapicera fuente, Abakumov dijo, tan sólo:

"¿Qué entiende usted por un mes? Un verdadero mes, o ¿está mintiendo de nuevo?"

-¡Exactamente un mes! ¡Exactamente! Oskolupov rebotó de alegría por el feliz vuelco de los acontecimientos, tal como si ansiara ir derecho de la oficina a Mavrino y tomar él mismo un soldador.

Con un rasgueo de su lapicera, Abakumov escribió en el calendario de su escritorio.

-¡Ahí está! Lo dejamos para el veintiuno de enero, el aniversario de la muerte de Lenin, y todos ustedes recibirán un premio Stalin. ¿Va a estar listo, Sevastyanov?

-¡Oskolupov! ¡Está en juego su cabeza! ¿Va a estar listo?

-Sí, camarada comisario general. Lo único que hay que hacer es... -¿Y tú? ¿Sabes lo que estás arriesgando? ¿Va a estar listo?

Manteniendo su coraje, Yakonov insistió, -¡Un mes!- el primero de febrero.

--Y ¿si no está listo para el primero? Coronel, cuide sus palabras, está mintiendo.

Por supuesto que Yakonov estaba mintiendo, y por supuesto que debió de haber pedido dos meses. Pero ya estaba dicho.

-Va a estar, camarada comisario general, prometió tristemente.

-Bueno, acuérdate bien, yo no te obligué a decirlo. Puedo perdonar todo menos el engaño. ¡Vayanse!

Salieron aliviados, todavía en fila, uno detrás del otro, bajando los ojos ante el retrato de cinco metros de altura de Stalin.

Pero se estaban alegrando demasiado pronto. No sabían que el ministro les había tendido una trampa.

En cuanto salieron se anunció otra persona:

-¡Ingeniero Pryanchikov!

A PROPOSITO DEL AGUA HERVIDA PARA EL TÉ

Esa noche, bajo la orden de Abakumov comunicada por Sevasyanov, se había citado primero a Yakonov, Luego, dos mensajes secretos fueron telefoneados al Instituto Mavrino durante un intervalo de quince minutos; ordenando primero que el zek Bobynin y luego el zek Pryanchicov fuesen llevados al ministerio. Se los condujo á Bobynin y a Pryanchicov en automóviles separados y se los dejó en diferentes habitaciones para prevenir cualquier entendimiento entre ellos.

Era poco probable, sin embargo, que Pryanchicov fuera capaz de un arreglo debido a su sinceridad poco común, la cual muchos sensatos hijos de esa época, consideraban una anormalidad psíquica. En la *sharashka* decían: "Valentulya está fuera de órbita". En este momento, menos aun que nunca, era capaz de tramar algo así. Su alma entera se sacudió por las brillantes luces de Moscú guiñando y reverberando fuera de las ventanas del Pobeda. Abandonando la absoluta oscuridad de los alrededores de Mavrino, era todavía más impresionante emerger en las amplias avenidas deslumbrantes; en la alegre algarabía de la plaza de la estación de ferrocarril y pasar por vidrieras de grandes tiendas iluminadas con neón. Pryanchicov olvidó al chófer, a sus dos escoltas en ropa civil y le pareció que no era aire, sino llamaradas lo que entraba y salía de sus pulmones. No quitaba sus ojos de la ventanilla. Nunca lo habían llevado a Moscú, ni siquiera

de día y ni un solo zek, en toda la historia de la *sharashka* había visto a Moscú de noche.

Justo delante de las puertas de Sretenia, el auto tuvo que detenerse por una multitud que salía de un cine y luego esperar, que cambiaran las luces del tránsito.

Millares de prisioneros imaginan que la vida de libertad sin ellos, se detiene; que no quedan hombres; que las mujeres solitarias se cubren la cabeza con cenizas por un exceso de amor y fidelidad. Y aquí, delante de Pryanchikov se hallaba la bien alimentada, animada, multitud ciudadana -sombrosos, velos, zorros plateados- y el perfume de mujeres al pasar, sobrecargaron sus sentidos tambaleantes; atravesando la escarcha; atravesando el impenetrable cuerpo del auto, como una serie de garrotazos. Podía apenas oír las conversaciones, pero no las palabras; quería golpear con su cabeza el vidrio irrompible y gritarle a las mujeres que era joven, que estaba poseído de ansias, que había estado encerrado en una prisión sin razón alguna. Después de la soledad monacal de la *sharashka*, esto era un cuento de hadas, un fragmento de esa vida elegante que él nunca había tenido la oportunidad de vivir; primero por su pobreza de estudiante, después porque fue un prisionero de guerra y luego por la prisión.

Más tarde, en la sala de espera, Pryanchikov a duras penas podía distinguir las sillas y mesas que allí había; los sentimientos e impresiones que lo invadieron no lo abandonarían fácilmente.

Un teniente coronel joven, atildado, lo invitó a seguirlo. Pryanchikov con su cuello frágil y sus muñecas finas; angosto de hombros, y flaco de piernas, nunca tuvo un aspecto tan insignificante como cuando entró en la oficina, ante cuyo umbral se retiró el oficial que lo conducía.

Era tan amplia que Pryanchikov ni siquiera se dio cuenta inmediatamente que era una oficina -tan grande era el despacho- y que el individuo con charreteras doradas al fondo de la habitación, era su amo. No vio un Stalin de cinco metros de altura detrás de sus espaldas. Moscú y las mujeres de la noche, todavía flotaban delante de sus ojos. Se sentía borracho. Le costaba imaginarse por qué estaba en este vestíbulo, qué clase de vestíbulo era. Y era todavía más ridículo imaginar que en algún lado, en un cuarto semicircular iluminado con una bombita azul -a pesar de haberse terminado la guerra cinco años antes- un vaso a medio servir de té frío, esperaba su regreso.

Sus pies se movieron a través de la enorme alfombra. Era mullida, de lana gruesa, hubiera querido revolcarse en ella. A lo largo del lado derecho del vestíbulo se sucedían una hilera de ventanales, del lado izquierdo pendía un espejo de gran tamaño.

La gente de afuera no se da cuenta del valor de las cosas. Para un zek que se las arregla con un espejito ordinario más pequeño que la palma de su mano y que no siempre lo tiene, es toda una aventura el mirarse en un gran espejo.

Pryanchikov, como atraído por un imán, se detuvo delante de él. Se acercó mucho y examinó con satisfacción su cara limpia y fresca. Ajustó su corbata y el cuello de su camisa azul. Luego comenzó a retroceder despacio, los ojos fijos sobre el mismo en face, luego de tres cuartos, luego de perfil. Después de esto, hizo un paso de baile, se acercó al espejo otra vez y se estudió muy detalladamente. Decidiendo que a pesar de su *over-all* azul, era muy bien proporcionado y elegante; sintiéndose luego de excelente humor, siguió caminando, no porque lo esperara una conversación seria (Pryanchikov se había olvidado completamente de eso) sino porque pensaba continuar su inspección a ese cuarto.

El hombre que podía poner a cualquiera de la mitad del mundo preso, el omnipotente ministro delante del cual, generales y mariscales empalidecían, estaba mirando ahora con curiosidad ese mequetrefe zek azul. Hacía mucho tiempo que no veía de cerca los millones de gente que arrestaba y sentenciaba.

Con el andar de un dandy que pasea, Pryanchikov se acercó al ministro mirándolo interrogativamente, como si no hubiese esperado encontrarlo allí.

-¿Usted es el ingeniero Pryanchikov? -dijo Abakumov buceando entre sus papeles.

-Sí -contestó Valentín distraídamente-, sí.

-¿Usted es el ingeniero principal del grupo? -y otra vez miró entre sus notas- ¿trabajando en un aparato de palabra artificial?

-¿Qué aparato de palabra artificial? -se extrañó Pryanchikov-. ¡Qué disparate! -nadie en nuestro trabajo lo llama así. Le dieron ese nombre en la lucha contra la adulación a las culturas extranjeras. En lugar de Voice in Code lo llamamos el "vo-en-cla." *Voz en clave*.

-¿Pero usted es el ingeniero principal?

-En general sí. ¿Por qué? -Pryanchikov de repente se puso en guardia.

-Siéntese.

Pryanchikov se sentó con gusto, levantándose los apretados pantalones de su over-all.

-Quiero que usted hable con absoluta franqueza, sin miedo de meterse en un lío con sus superiores. -¿Cuándo va estar listo el voencla? Hable francamente. ¿Estará listo dentro de un mes? ¿tal vez dos? Dígame, no tenga miedo.

-¿El voencla?, ¿listo? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Pryanchikov se desternillaba con una risa joven y sonora que nunca se había oído antes en ese

ambiente. Se dejó caer contra el cuero blando del sillón y levantó las manos. -¿Qué está diciendo? ¿En qué está pensando? Es obvio que usted no comprenda lo que es un "voencla". ¡Se lo voy a explicar!

Saltó de golpe del elástico sillón y se precipitó hacia el escritorio de Abakumov.

-¿Tiene un papel? Sí, aquí hay uno -arrancó una hoja de un limpio block, aferró la lapicera del ministro, color de carne roja, y comenzó rápida y torpemente a dibujar una onda sinusoidal.

Abakumov no estaba asustado -había tanta sinceridad infantil y espontaneidad en la voz de este extraño ingeniero, y en todos sus movimientos, que sobrellevó este asalto mirando con curiosidad a Pryanchikov sin oír lo que decía.

-Debo decirle que una voz humana contiene muchas armonías -Pryanchikov casi se atora en su deseo urgente de decir todo lo más ligero posible. -Y la idea del "voencla" es de reproducir artificialmente la voz humana- ¡demonios! ¿Cómo puede escribir con esta lapicera de porquería? -reproducirla simulando, si no. todas, por lo menos las armonías básicas, cada una enviada por un transmisor individual. Bueno, usted está al tanto, por supuesto, de las coordenadas cartesianas -cualquier colegial las conoce- y las series de Fourier.

-Un momento -dijo Abakumov controlándose-. Dígame solamente una cosa: ¿Cuándo va estar listo? ¿cuándo?

-¿Listo? Hum. -No he pensado mucho en eso. Ahora a Pryanchikov ya no le sacudían más sus impresiones de la capital nocturna sino su entusiasmo por su adorado trabajo y una vez más le era difícil detenerse. "La cosa es así; el problema se facilita si queremos hacer más grueso el timbre de la voz. En ese caso, el número de unidades."

-Sí, pero ¿para qué fecha? ¿Qué fecha? ¿El primero de marzo? ¿el primero de abril?

-¡Qué ocurrencia! ¿Abril? Sin contar el trabajo de criptografía, estaremos listos en, digamos. . . cuatro, cinco meses, no antes. ¿Y qué efecto tendrá el cifrar y el descifrar de los impulsos? Después de todo, eso introduce más distorsiones. Bueno, no tratemos de adivinar - insistía a Abakumov, tirándole de la manga. Le voy a explicar todo, ahora usted va a comprender y estar de acuerdo; por el interés del trabajo en sí, no se lo debería apurar.

Pero Abakumov, con su mirada fija en las líneas, sin sentido, ondulantes del diagrama, ya había apretado el timbre en el escritorio.

El mismo atildado teniente coronel apareció e invitó a Pryanchikov a retirarse.

Pryanchikov obedeció. Su boca medio abierta, denotaba su confusión. Se sentía especialmente desilusionado pues no había terminado de explicar todo. Después, cerca de la salida, de golpe, se dio cuenta con quién había estado hablando. Hizo un esfuerzo. Recordó que los muchachos le pedían que se quejara, que tratara de conseguir algo. . . Al llegar a la puerta se dio vuelta y abruptamente volvió.

-¡Sí, oiga! Me olvidé completamente de decirle.

Pero el teniente coronel le bloqueó el camino y lo obligó a seguir; el hombre del escritorio no lo oía. En ese breve instante embarazoso todas las ilegalidades, todos los abusos perversos de las prisiones, desaparecieron de la mente de Pryanchikov ocupada desde mucho únicamente en diagramas de radio y esquemas técnicos. Recordando una sola cosa gritó: ¡Oiga! A propósito del agua caliente para el té. Volvemos del trabajo tarde de noche ¡y no hay agua hervida! ¡No podemos tomar té!

-¿No hay agua hervida? -preguntó el jefe que parecía un general.
Muy bien, vamos a arreglar eso.

SIVKA - BURKA

Bobynin entró vestido con el mismo *over-all* azul. Era un hombre grande, su pelo rojo cortado a la manera de los convictos.

Demostró tanto interés en los muebles de la oficina como si fuese allí cien veces al día. Entró directamente y se sentó sin saludar al ministro. Se ubicó en uno de los confortables sillones cerca del escritorio de éste y se sonó la nariz deliberadamente en un, no-tan-blanco pañuelo; lavado por él mismo durante su último baño.

Abakumov, un tanto confundido por la frivolidad de Pryanchikov, a quien no tomó en serio, se regocijó que Bobynin fuese más imponente. No le gritó ¡párese! Al contrario, imaginando que no comprendía las diferencias de jerarquía y que no había adivinado, por la hilera de puertas, dónde estaba, le preguntó casi pacíficamente - ¿Por qué se sentó sin permiso?

Bobynin, mirando de soslayo al ministro, seguía limpiándose la nariz con la ayuda de su pañuelo. Contestó con voz distraída. -Bueno, usted sabe, hay un proverbio chino: "Es mejor estar de pie que caminar, es mejor sentarse que estar de pie y lo mejor de todo es acostarse".

-Pero, ¿usted sabe quién soy yo?

Apoyando confortablemente los codos sobre los brazos de la silla elegida, Bobynin miró directamente a Abakumov y aventuró perezosamente una adivinanza: -Bueno, ¿quién? Alguien como el mariscal Goering ?

-¿Cómo quién?

-El mariscal Goering. Una vez visitó la fábrica de aviación cerca de Halle, donde yo tenía que trabajar. Todos los generales locales caminaban en puntas de pie, pero yo ni siquiera miré en esa dirección. Él miró y miró y después siguió.

Algo semejante a una sonrisa se insinuó en la cara de Abakumov, pero frunció el ceño ante ese prisionero increíblemente descarado. La tensión lo hizo pestañear y preguntó:

-¿Cómo? ¿Usted no ve ninguna diferencia entre nosotros?

-¿Entre usted y él? o ¿entre nosotros!

La voz de Bobynin resonaba como un golpe sobre un hierro fundido.

-Entre nosotros dos, está bien claro: usted me necesita y yo no lo necesito a usted.

También Abakumov tenía una voz que podía sonar como un trueno, y sabía cómo usarla para intimidar a la gente. Pero en ese momento sintió que era inútil y hasta que podía resultar indigno el gritar. Comprendió que su prisionero no era fácil.

Le advirtió, -Oiga, recluso, no se desmande porque yo sea accesible con usted. ..

-Si hubiera sido usted rudo conmigo, ni siquiera le hubiera dirigido la palabra, ciudadano Ministro. Grite a sus coroneles y generales. Ellos tienen demasiado cosas que temen perder.

-En tal caso nosotros le habiéramos hecho hablar.

-¡Se equivoca, ciudadano Ministro! Los duros ojos de Bobynin brillaron con odio. ¡No tengo nada, me entiende, nada! Usted no puede poner sus manos sobre mi mujer ni mi hijo, una bomba ya lo hizo antes. Mis padres están ya muertos. Todo cuanto poseo sobre la tierra es mi pañuelo, mi abrigo y mi ropa interior no tienen botones

-hizo la demostración descubriéndose el pecho- por orden del gobierno. Ustedes se han apoderado de mi libertad hace mucho, y no tienen poder para devolvérmela porque no la tienen ustedes tampoco. Tengo cuarenta y dos años, y ustedes me han encajado tanto como veinticinco. He estado ya en trabajos forzados, he llevado números en la frente y en el pecho, esposado, con perros de policía, en una brigada de régimen riguroso. ¿Qué otra cosa hay con la que puedan amenazarme ? ¿De qué pueden privarme? ¿De mi trabajo como ingeniero? ¡Perderían más que yo! Me voy a fumar un rato.

Abakumov abrió una caja de Troikas especiales y se la tendió a Bobynin.

-Sírvese de éstos.

-¡Gracias!, pero no cambio de marca. Esos me hacen toser. -Y tomó un Belomor de su propia cigarrera.- Entienda de una vez, ustedes son poderosos en tanto que no le hayan quitado *todo* a la gente. Porque la persona a quien le hayan quitado *todo*, ya no está en poder de ustedes. Es libre otra vez.

Bobynin quedó callado, concentrado en el humo de su cigarrillo. Gozaba molestando al ministro, sentado en un asiento tan confortable. Sólo sentía haberse tenido que privarse del cigarrillo de lujo, para producir efecto.

El ministro revisó sus papeles. -Ingeniero Bobynin. ¿Es usted el ingeniero que maneja el interruptor?

-Sí.

-Le pido que me conteste con absoluta precisión: ¿cuándo estará listo para ser usado?

Bobynin alzó sus espesas cejas oscuras.

-¡Esto es algo nuevo! ¿No hay alguien más importante que yo para hacerle esta pregunta?

-Yo deseo saberlo por usted personalmente. ¿Estará listo para febrero ?

-¿Para febrero? ¡Usted bromea! Si fuera cuestión de hacer a las cachetadas algo con gran apuro para arrepentirse después -bueno entonces- en medio año. Para una codificación exactamente ajustada, no tengo la menor idea. Tal vez un año.

Abakumov estaba aturdido. Recordaba, el temblor impaciente y enojado del bigote del "Amo", y se sentía enfermo, al recordar la promesa que había hecho él, basado en lo que Sevastyanov había dicho. Tenía la penosa sensación de una persona que hubiese ido a curarse de un resfrío de cabeza y se encontraba con que tenía cáncer nasofaríngeo.

El ministro apoyó su cabeza en ambas manos y dijo con una voz constreñida, -Boby nin, le pido que pese cuidadosamente sus palabras. Si eso se puede apresurar ¿qué hay que hacer?

-No se puede apresurar.

-¿Pero por qué? ¿Cuál es la razón? ¿A quién debe culparse? Dígame, no tenga miedo! Dígame quién es el responsable, y no importa qué charreteras lleve: se las sacaré.

Boby nin miraba el cielorraso, donde jugueteaban las ninfas de la Compañía de Seguros "Rossiya".

-Si así resultan dos y medio a tres años, se indignaba el ministro -y iel término que les fue dado era de un año!

Boby nin estalló. -¿Qué quiere decir dieron un término? ¿Qué se figura usted que es la ciencia? ¡Tú, corcel mago, construyeme un palacio por la mañana! y por la mañana se tiene el palacio. ¿Y qué, si el problema ha sido planteado incorrectamente de entrada? ¿Y qué, si un nuevo fenómeno se presenta? ¡Un término! No se le ocurre que además de dar órdenes, usted necesita gente calma, bien alimentada, y

libre para hacer el trabajo, sin esta atmósfera de sospecha. Por ejemplo, arrastramos un pequeño torno de un lado a otro, y sucede de pronto que estando en nuestras manos o después, su base se rompe. ¡Sólo el diablo sabe por qué se rompe! Pero cuesta treinta rublos soldarla. Y el m. . . de torno es una pieza de ciento cincuenta años., no tiene motor, está impulsado por una polea, y por causa de este accidente el mayor Shikin, oficial de seguridad, ha estado investigando a cada uno e interrogándonos durante dos semanas buscando alguien a quien colgarle un segundo término por sabotaje. Esto es el oficial de seguridad del instituto, un parásito, y hay otro en la prisión y todo cuanto saben es sacar de quicio a la gente con sus informes y problemas. ¿Para qué diablos necesitamos todas estas oficinas de seguridad? Al final todos dicen que están trabajando en un teléfono secreto para Stalin, que Stalin personalmente está presionando para ello. Ni siquiera en una operación como ésta ustedes pueden asegurarnos un material suplementario. Faltan los condensadores necesarios, los tubos son de mala calidad o no tenemos suficientes oscilógrafos. ¡Qué miseria! ¡Qué vergüenza! ¿A quién hay que culpar? Y ¿piensan ustedes en la gente? Todos ellos trabajan doce y hasta dieciséis horas por día, y ustedes alimenten solamente a los ingenieros y jefes con carne y a los demás les dan los huesos que quedan. ¿Por qué no permiten a los condenados por el artículo 58 que los visiten sus familiares? Las visitas están fijadas una vez por mes, y ustedes sólo las permiten una vez al año. ¿Ayuda esto a la moral? ¿Tal vez no tengan suficientes coches celulares para transportar a los prisioneros? ¿O plata para pagar a los guardias para que trabajen en sus días de salida? ¡El régimen! ¡El régimen! les perturbe las cabezas, el régimen los saca de quicio! El domingo se nos solía permitir pasear todo un día; ahora está prohibido. ¿Por qué? ¿Así se trabaja más? ¿Qué creen que hacen;

juntan la crema sobre la m...? Hacer que la gente se sofoque por falta de aire fresco no hace andar más ligero las cosas. Pero ¿de qué sirve hablar? Ahí está usted, ¿por qué me convocó a la noche? ¿No hay bastante tiempo durante el día? Después de todo yo tengo que trabajar mañana. Necesito dormir. Bobynin se puso de pie, derecho, colérico, grande.

Resoplando pesadamente, Abakumov se tenía contra el borde del escritorio.

Era la una y veinte. Una hora después, a las dos y media, Abakumov debía presentar su informe a Stalin en su casa de Kuntsevo.

-Si este ingeniero dice la verdad, ¿cómo salir ahora del apuro?
Stalin no perdona. . .

Pero despachando a Bobynin se acordó de esta "troika de mentirosos" de la sección Técnica Especial. Una furia oscura le quemó los ojos.

Tocó el timbre para hacerlos volver.

EL ANIVERSARIO DEL "AMO"

El cuarto era pequeño y bajo. Tenía dos puertas y ninguna ventana, pero el aire era fresco y agradable. (Un ingeniero especial estaba a cargo de su circulación y pureza). La mayor parte de la habitación estaba ocupada por una otomana baja, oscura, con una almohada con flores. Dos luces gemelas con pantallas rosa pálido iluminaban desde la pared.

En la otomana estaba reclinado un hombre cuya efigie había sido esculpida en piedra, pintada al aceite, a la acuarela, al *gouache* y a la sepia; dibujado en carbonilla y cal; modelado en cemento, arena, cerámica, granos de trigo, granos de soya, esculpido en marfil, en el césped, bordado en alfombras, dibujado en el cielo por las escuadrillas de aviones en formación, fotografiado en el cinematógrafo. . . como ningún otro hombre lo fue durante los tres millones de años de la corteza terrestre.

Yacía allí con los pies en alto, calzado con suaves botas caucasicas semejantes a medias gruesas. Llevaba chaqueta de servicio con cuatro grandes bolsillos, dos sobre el pecho, dos a los lados; una de las tantas chaquetas viejas que él había usado durante la guerra civil y que cambió por el uniforme de mariscal solamente después de Stalingrado.

El nombre de este hombre llenaba los diarios del mundo, pregonado por millares de locutores en ciento de lenguajes, voceado por los oradores al comienzo y al final de los discursos, vociferado por

las tiernas voces de los "pioneros" y proclamado obligatoriamente por arzobispos. El nombre de este hombre ardía en los labios reseco de los prisioneros de guerra, en las encías hinchadas de los reclusos de los campos de concentración. Se le había dado a multitud de ciudades y barrios, calles y boulevares, universidades, escuelas, sanatorios, cadenas de montañas, canales, fábricas, minas, estados y granjas colectivas, barcos, rompehielos, barcos pesqueros, talleres de zapateros, casas-cunas -un grupo de periodistas de Moscú había propuesto que se le diese también al Volga y a la Luna.

Y era solamente un pequeño viejo con un disecado doble mentón, (que nunca se mostraba en sus retratos), una boca a través de la cual se filtraba el olor de la hoja de tabaco turco, y dedos grasosos que dejaban su marca sobre los libros. No se había sentido demasiado bien ayer ni hoy. A pesar del aire tibio, sentía escalofríos en la espalda, y se cubría con una manta de pelo de camello.

No tenía prisa por ir a ninguna parte, y hojeaba con gran satisfacción un pequeño libro encuadernado en color marrón. Miraba las fotografías con interés y aquí y allí leía el texto, que casi conocía de memoria; pasaba y daba vuelta las páginas. El libro se prestaba a ello pues cabía en un bolsillo del sobretodo. Podía acompañar a la gente a todas partes. Tenía doscientas cincuenta páginas, impreso en grandes letras, de tal manera, que aun una persona vieja y a medias letrada pudiese leer sin esfuerzo. Su título estaba impreso en oro: *Iosif Vissarionovich Stalin: pequeña biografía*.

Las honestas y elementales palabras del libro actuaban sobre el corazón humano con serenidad inevitable: Su genio estratégico, su videncia genial. Su poderosa voluntad. Su voluntad de acero. Desde 1918 en que llegó prácticamente a convertirse en reemplazante de Lenin. (Si, si, de tal manera habían sucedido las cosas). El jefe de la

revolución encontró en el frente de batalla confusión e incertidumbre. Las indicaciones de Stalin formaron la base del plan operativo "Frunse"... (cierto, cierto) Fue nuestra gran suerte que en los días difíciles de la Guerra Patria hubiésemos sido comandados por la sabiduría de un líder experimentado -El Gran Stalin- (No cabe duda de que fuimos afortunados). Todo se hizo pedazos contra el poder de la lógica de Stalin, la claridad de cristal de su mente. (Sin falsa modestia, esto era la verdad). Su amor por el pueblo. Su sensibilidad para los otros. Su rechazo a toda pomposidad. Su sorprendente modestia. (Modestia -si- también esto era verdad). Muy bien. Dicen que este librito se vende muy bien. Se habían impreso cinco millones de ejemplares de esta segunda edición, algo poco para este país muy poblado. La tercera edición sería de diez millones, quizá de veinte. Se vendería directamente en las fábricas, escuelas, granjas colectivas.

Sintió algo de náuseas, puso el libro a un lado, tomó una fruta pelada de *fejúá* de una mesa redonda y la mordió. Al chuparla la náusea desapareció y un sabor agradable con algo de iodeína le quedó ten la boca.

Se dio cuenta, pero tuvo miedo de admitirlo, que su salud empeoraba y empeoraba cada mes. Tenía lagunas en la memoria. La náusea lo atormentaba constantemente. No sentía un dolor fijo, pero horas de debilidad desagradable lo ataban a su cama. Ni siquiera el sueño ayudaba; se despertaba apenas refrescaba y casi exhausto, con la misma presión en la cabeza, que cuando estaba recostado, sin deseos de moverse.

¡En el Cáucaso un hombre de setenta era todavía joven! ¡Sobre la montaña, sobre el caballo, sobre una mujer! ¡Y él había sido tan sano! ¡...tan sano!... ¡Había estado seguro de vivir hasta los noventa! ¿Qué le había ocurrido? En los últimos años Stalin no podía gozar de

su mayor placer en la vida, la buena comida. El jugo de naranja le ponía la boca rara, el caviar le daba dentera, y comía con torpe indiferencia hasta el cordero de Georgia con especias, que le era prohibido. No conseguía tampoco el antiguo placer del vino, sus proezas terminaban en opacas jaquecas. Hasta el pensamiento en mujeres le era repugnante.

Habiéndose establecido a sí mismo un límite de vida a los noventa, Stalin pensó tristemente en el hecho de que aquellos años no le aportarían ningún gozo personal, sino que simplemente debería padecer otros veinte años en nombre de la humanidad.

Un médico se lo había prevenido... (fue fusilado luego). Los estetoscopios temblaban en las manos de los más famosos médicos de Moscú. Nadie le prescribía inyecciones. (Él mismo había ordenado que se suprimiesen las inyecciones). Electroterapia de alta frecuencia y "mucho fruta". ¡Hablarle a un hombre del Cáucaso acerca de fruta! Mordió de nuevo y entrecerró los ojos.

Hacía tres días que había sido su glorioso septuagésimo quinto aniversario. Lo había celebrado en secuencias. La tarde del día veinte Traicho Kostov había sido golpeado a muerte. Los festejos no pudieron comenzar realmente sino cuando sus ojos de perro se volvieron vidriosos. El veintiuno fueron las ceremonias de la celebración en el teatro Bolshoi, y Mao Tse-Tung, Ibarruri y otros camaradas hablaron. A esto siguió un gran banquete. Después hubo otro más íntimo. Se bebieron viejos vinos de bodegas españolas. Debió beber con cautela, y todo el tiempo se pasó escudriñando la sorna en los rostros enrojecidos en torno suyo. Después, él y Lavrenty bebieron vino de Kakhe-tinskoye y cantaron cantos de Georgia. El veintidós hubo una gran recepción diplomática. El veintitrés se vio a sí mismo

retratado en la pantalla en la segunda parte de *La batalla de Stalin*, de Virta y en el "*Inolvidable 1919*" de Vishnevsky.

Aunque lo aburrían, le gustaban mucho ambos trabajos. (Un premio Stalin para los dos). En la actualidad su papel en la Guerra Civil así como en la Gran Guerra era descrito más seguidamente y con más agudeza. Se veía claramente qué gran hombre era ya entonces. Su propia memoria le decía cuan a menudo había él contenido y corregido el arrebatado y la excesiva confianza de Lenin. Vishnevsky había estado bien poniendo en su boca: "Cada trabajador tiene derecho de decir lo que piensa. Algún día pondremos este párrafo en la Constitución". ¿Qué quería decir? Quería decir que mientras defendía Petrogrado de Yudenich, Stalin ya pensaba acerca de una constitución democrática futura. En aquel tiempo esto se llamaba "la dictadura del proletariado", pero eso no tenía importancia, ¡era verdad, era fuerte!

Aquella noche con el Amigo, en el escenario de Virta, estaba bien escrita. Aun cuando un tal Amigo leal no le quedase a Stalin, por la perfidia y constante insinceridad del pueblo. (Además, nunca en toda su vida había tenido ese Amigo. ¡Tal como las cosas habían sucedido, nunca lo hubo!). Pero mirando la escena de Virta en la pantalla, Stalin había sentido contraérsele la garganta y subírsele las lágrimas a los ojos (¡que gran artista!) pensando toda la noche en ese recto, generoso amigo, al que podía transmitirle cuanto pensaba.

No había que preocuparse. El pueblo por lo común ama a su Líder, lo comprende y lo ama, esto era verdad. Tanto más, que pudo verlo en los diarios y en el cine, y a través del despliegue de obsequios. Su cumpleaños se había convertido en una fecha nacional, y hacía bien saberlo. ¡Cuántos saludos habían llegado! De instituciones, fábricas, organizaciones, ciudadanos. *Pravda* le había pedido autorización para

publicar dos columnas en cada ocasión. Bien podía estirarlo por varios años, lo que no era una mala idea. Los regalos habían cubierto diez salas del Museo de la Revolución. Para no privar de su vista a los moscovitas durante las horas del día, Stalin fue a verlos por la noche. La obra de miles y miles de maestros grabadores, los objetos más finos sobre la tierra, se alineaban recostados, parados o colgados delante de él. Pero allí también sintió la misma indiferencia, la misma falta de interés. ¿Qué podían importarle todos esos obsequios? Pronto se sintió hartado. Además, el lugar mismo despertó algo desagradable en su memoria, como ocurría a menudo últimamente sin que pudiera alejarlo, ni asirlo; de lo único que estaba consciente era de su sensación amarga. Recorrió los tres salones y no eligió nada. Se detuvo delante del gran equipo de TV que tenía grabadas las palabras: "Al Gran Stalin, de los Chequistas" (Realizado en Mavrino, era único, el mayor equipo de televisión fabricado en U.R.S.S.) Entonces se dio vuelta y salió.

De este modo había trascurrido el ilustre cumpleaños, pero no había habido sentimiento de plenitud en la celebración.

Algo dentro del pecho turbaba a Stalin, algo que tenía que ver con el Museo, sin que pudiera aclarar qué era.

El pueblo lo amaba, era verdad, pero el pueblo mismo tenía muchos defectos. ¿Cómo podía corregirse esto? ¡Cuánto más rápido hubiera podido ser construido el comunismo de no ser por, los desalmados burócratas! ¡De los dignatarios presuntuosos...! De no ser la debilidad en la organización de adoctrinamiento de las masas. Por la "marcha a la deriva" en la educación del Partido. Por el ritmo flojo de la construcción, las demoras en la producción, la mala calidad de los productos de fabricación masiva, los malos planeamientos, la apatía por la introducción de nuevas técnicas y equipos, el rechazo de

la gente joven a iniciarse en las áreas distantes, las pérdidas de granos en el campo, el desperdicio de los aprovisionamientos, los robos en los almacenes balanceados por los encargados, los sabotajes de los prisioneros, la liberalidad de la policía, el abuso en la caja de construcción, la insolencia de los especuladores, los rezongos de las amas de casa, la corrupción de los niños, la charlatanería en los tranvías, la estrechez de criterio en la "crítica" literaria, las tendencias retorcidas en la cinematografía.

No, el pueblo era todavía demasiado deficiente.

¿Qué lo había hecho retroceder en el 41? ¡Al fin de cuentas, se le había ordenado mantenerse hasta morir! ¿Por qué no lo hizo? ¿Quién retrocedió entonces si no fue el pueblo?

Al recordar 1941, Stalin no podía evitar hacer memoria de su propia debilidad, su rápida e innecesaria salida de Moscú en octubre. No había huido, desde luego. Porque al partir dejó hombres responsables, dándoles orden absoluta de defender la capital hasta la última gota de sangre. Desgraciadamente aquellos verdaderos camaradas fallaron, y él mismo debió regresar de nuevo, a defender la capital por sí mismo.

Por lo tanto, envió a prisión a cada uno de los que se acordaban del pánico del 16 de octubre. Pero se castigó él también, además, firme en el desfile de la parada militar de noviembre.

Aquel momento de su vida fue como cuando cayó en un pozo de hielo durante su exilio en Turukhanask: hielo y desesperación, pero una vez fuera, hielo y desesperación se habían convertido en fuerza. No era una broma realizar un desfile militar con el enemigo a las puertas.

¿Pero era fácil acaso ser el Más Grande entre los Grandes?

Exhausto por la inacción, involuntariamente Stalin caía en pensamientos depresivos. No prestaba la menor atención a nada en ese particular momento.

Cerró los ojos, y quedó tendido, en tanto que recuerdos inconexos de su vida pasada le volvían a la cabeza. Por alguna razón ignorada, además, no era los buenos sino los malos y deprimentes. Si se acordaba de su lugar de nacimiento, Gori, no eran las hermosas colinas verdes ni las orillas del Medzhuda y del Liakhva, sino lo que había odiado allí, lo que le había impedido regresar, así fuera por una hora siquiera al hogar. Si volvía su pensamiento a 1917, era para recordar cómo apareció Lenin con sus tercas doctrinas, y volver a oír lo que había sucedido, su risa cuando Stalin le propuso formar un partido legal para vivir en paz con el gobierno Provisional. Más de una vez se habían reído de él, pero ¿por qué era la práctica de siempre descargar todo cuanto era difícil y receloso sobre él? Se reían de él pero el 6 de julio fue a él y no a otro, a quien enviaron del palacio de Kshesinskaya a la Fortaleza de Petropavlovsk para que convenciera a los marineros a que rindieran la fortaleza a Kerensky y se retiraran a Kronstad Grisha Zanoviev habría sido apedrado por aquéllos. Había que saber cómo hablar al pueblo ruso. Recordaba 1920, de nuevo, cómo Tuthachevsky, apretando los labios había gritado que era por culpa de Stalin que no se había tomado Warsaw. Pronto dejó de gritar el mocososo...

Nunca en su vida las cosas habían sido fáciles. Nunca había podido trabajar porque siempre le habían salido gentes que lo interfirieron.

Cuando alguien era quitado de en medio, otro venía a tomar su lugar.

Oyó cuatro débiles golpes en la puerta, ni siquiera golpes, apenas un suave roce, como si un perro la rasguñara.

Stalin movió el pestillo junto a su cama, el control remoto de la cerradura giró y la puerta sin cortinas se abrió apenas. Carecía de cortina pues Stalin no gustaba de cortinados, tapicerías, ni de nada donde alguien pudiera esconderse. Se abrió lo suficiente, sin embargo, como para dejar pasar un perro; pero en lugar de éste, en la parte superior apareció la joven cabeza rapada de Poskrebyshev, con su permanente expresión de honesta devoción y de absoluta complicidad.

Preocupado por la salud del Amo, observó a Stalin echado y cubierto a medias por la manta de pelo de camello, pero no le preguntó directamente por su salud (Se pretendía que era excelente). Dijo reposadamente: -Los Sarionich, Abakumov estará aquí a las dos y media. ¿Lo quiere recibir? ¿O no?

Iosif Vissarionovich desabotonó su bolsillo y sacó su reloj con cadena. (Como la gente antigua de pueblo, no usaba reloj pulsera).

No eran todavía las dos de la mañana.

No se sentía con ánimo como para cambiarse de ropa e ir a su oficina. Pero tampoco podía relajar la disciplina. Si aflojaba las riendas por poco que fuera, ellos se darían cuenta inmediatamente.

-Veremos, -contestó débilmente y con desgano-. No sé.

-Bien, dejémoslo venir. ¡Puede esperar! -dijo Poskrebyshev y asintió tres veces más. (Enfatizando su aparente puerilidad afirmaba su posición.) Después echó una nueva ojeada sobre su Amo con más atención-. ¿Qué ordena usted, los Sarionich?

Stalin miró con tristeza a aquella criatura, que ¡ay de él! no podía ser un amigo tampoco, a causa de su evidente obsecuencia.

-Veté ahora, Sashka, -le dijo entre los bigotes.

Poskrebyshev asintió una vez más, sacó su cabeza y cerró la puerta con cuidado.

Iosif Vissarionovich colocó el pestillo de control remoto en su lugar y, recogiendo la manta en torno de él, se volvió del otro lado.

Entonces vio en la mesa baja junto a la otomana, un libro en una edición barata con tapa en rojo y negro.

Inmediatamente recordó lo que tenía escondido dentro del pecho, lo que lo quemaba, lo que le había echado a perder su cumpleaños: la persona que interfería todavía y que no podía ser abatida -¡Tito, Tito!

¿Qué había sucedido? ¿Cómo había podido equivocarse con esa alma de escorpión? ¡Los años 1936 y 1937 habían sido tan gloriosos! ¡Tantas cabezas hasta entonces intocables habían caído y él había dejado escapar de sus manos a Tito!

Con un gruñido Stalin sacó la pierna fuera del lecho. Se sentó y se llevó las manos a su hirsuta, agrisada cabeza, donde podía verse el comienzo de la calvicie. Frustración, humillación de vejaciones pasadas se apoderaron de él. Como un héroe legendario. Stalin se había pasado toda su vida cortando las cabezas siempre crecientes de la hidra. Había dado cuenta de una montaña de enemigos durante su vida. Y tropezó en una raíz.

Iosif había tropezado en Iosif.

Kerensky, que todavía vivía en alguna parte, no molestaba a Stalin en lo más mínimo. Por otra parte por lo que hacía a Stalin, Nicolás II o Kolcha podían volver de sus tumbas -no sentía ninguna enemistad personal contra ellos- eran abiertamente sus enemigos, no andaban dando vueltas en torno para ofrecer ningún socialismo propio, nuevo y mejor.

¿Un socialismo mejor? ¿De otra manera que el de Stalin? ¡Moco de pavo! ¿Quién podía construir un socialismo *sin Stalin*?

No era cuestión de que Tito tuviese éxito. Nada podía salir de lo que estaba haciendo de cualquier manera. Stalin miraba a Tito del modo con que un viejo médico de campaña, que ha destripado incontables estómagos, cortado innumerables miembros, en grutas sin chimeneas a en planchas a lo largo de corredores, mira al pequeño médico interno con guardapolvo blanco.

Las obras compiladas de Lenin habían sido cambiadas tres veces y aquella del fundador dos. Hacía mucho que dormían todos los que habían disentido, mencionados en viejas notas al pie, los que habían pensado en construir un socialismo de *otro modo*. Y entonces, hasta cuando ni en la selva del norte podían oírse críticas ni dudas, Tito hizo su aparición detrás del maderamen con su teólogo-dogmático Kardel, para declarar que las cosas debían ser hechas de *manera diferente*.

Entonces y allí, Stalin se dio cuenta que su corazón golpeaba más ligero, que su vista había disminuido, que sentía desagradables espasmos en su cuerpo.

El ritmo de su respiración se alteró. Se frotó la cara y se tiró de los bigotes. No podía rendirse. Si lo hacía, Tito le arrebataría toda paz, lo que le quedaba de apetito, su último sueño.

Cuando sus ojos se despejaron, una vez más se dio cuenta del libro rojo y negro. El libro no tenía la culpa; Stalin lo alcanzó con satisfacción, colocó la almohada detrás de su cuerpo y se reclinó a medias de nuevo.

Era una copia de la edición multimillonaria preparada en diez idiomas europeos de *Tito, el Mariscal traidor* por Renaud de Jouvenel (Un autor aparentemente fuera de la lucha, un francés objetivo y con un nombre aristocrático, además). Stalin ya había leído

cuidadosamente el libro hacía algunos días, pero como todo libro que agrada, no quería dejarlo. ¡Cuántos ojos se abrirían sobre ese ególatra, cruel, cobarde, pérfido, horrible tirano! ¡Ese abominable traidor! Hasta los comunistas del Oeste habían sido confundidos por él. ¡Hasta ese viejo tonto francés de André Marty -hasta él- tendrá que ser echado del Partido por defender a Tito!

Ojeó el libro por encima. Sí, ahí lo tenía. Ahora el pueblo no podría seguir glorificando a Tito como un héroe: el cobarde, por dos veces había querido rendirse a los alemanes, pero el jefe del Estado Mayor, Arso Jovanovich, lo había obligado a permanecer como Comandante en Jefe. El noble Arso fue muerto, y Petrichevich, también: "Muerto sólo por amor a Stalin". Siempre alguien mataba lo mejor del pueblo, y con lo peor tenía que acabar Stalin.

Todo estaba allí, todo, que Tito era aparentemente un espía británico, que se sentía orgulloso de su ropa interior con una corona real bordada en ella; cuan repulsivo era físicamente, semejante a Goering, recamado de condecoraciones, luciendo en sus gordos dedos el anillo con el diamante firmado. (¡Cuánta vanidad patética! -alguien totalmente desprovisto de las dotes militares de un conductor).

Era un libro objetivo, importante. ¿No tenía Tito cierta aberración sexual? Sobre eso también debía escribirse.

"El Partido Comunista yugoeslavo es un puñado de asesinos y de espías". "Tito pudo llegar al poder solamente porque lo apoyaron Bela Kun y Traicho Kostov".

¡Kostov! De qué manera ese nombre podría enfurecer a Stalin. La ira le hizo subir la sangre a la cabeza, golpear fuerte con sus botas en el hocico de ese sanguinario. Las cejas grisáceas de Stalin temblaron con un sentimiento de justicia satisfecha.

¡El maldito Kostov, el inmundo bastardo!

¡Es sorprendente cómo retrospectivamente las intrigas de estos miserables se volvían claras!

¡Qué astutamente se habían disfrazado! A Bela Kun lo liquidaron en 1937: pero todavía hace diez días, Kostov difamaba una carta socialista. ¡Cuántos procesos había conducido con éxito Stalin, cuántos enemigos había obligado a rebajarse y confesar todos sus despreciables crímenes! ¡y venía a fracasar en el caso de Kostov! ¡Una desgracia a través del mundo! ¡Con que negra habilidad, había despistado la experiencia de los jueces de instrucción a cuyos pies, se arrastraba para llegar a la sesión pública, y entonces en presencia de los corresponsales extranjeros, repudiarlo todo! ¿Qué había sido de la decencia? ¿Y de la conciencia del Partido? ¿Y de la solidaridad proletaria? ¡Muerto, es verdad, pero después de todo, de qué nos valió su muerte!

Stalin arrojó el libro lejos. No, no podía relajarse ni seguir echado allí. La lucha lo llamaba.

Un país despreocupado podía dormir pero no su padre. Se levantó, pero sin enderezarse del todo. Abrió otra puerta de la habitación (no la que había dado paso a Poskrebyshev), y la cerró detrás suyo. Apenas la atravesó con sus suaves botas entró en un bajo, angosto, retorcido corredor sin ventanas, pasó ante un espejo a través del cuál podía ver la entrada del hall. Volvió a su dormitorio, de techo bajo también, pequeño, sin ventana, con aire acondicionado. Detrás del panel de roble de la pared del dormitorio había un blindaje; del lado de afuera, piedra.

Con la pequeña llave que llevaba en la cintura Stalin abrió la tapa de metal de un decantador y se sirvió un vaso de su licor revigorizador favorito, lo bebió y cerró de nuevo la tapa.

Caminó hacia el espejo. Sus ojos lucían claros, incorruptiblemente adustos. Ni siquiera los primeros ministros podían sostener la mirada de esos ojos. Su apariencia era severa, simple, militar. Llamó a su ordenanza georgiano para vestirse.

Hasta ante sus más íntimos se presentaba como ante la historia. Su voluntad de hierro. Su inflexible voluntad.

EL LENGUAJE, UN INSTRUMENTO DE PRODUCCIÓN

La noche era el tiempo más útil para Stalin.

Su mente desconfiada se desenvolvía con lentitud en la mañana. Con su malhumorada mente mañanera removía a la gente de sus cargos, cortaba los gastos, ordenaba reducir dos o tres ministerios en uno. Con su aguda y suplementaria mente nocturna, decidía aumentar el número de los ministerios dividiéndolos, hacía nuevas designaciones; firmaba nuevos presupuestos y confirmaba recientes nombramientos.

Sus mejores ideas nacían entre medianoche y las cuatro: la manera de cambiar viejos títulos por nuevos, ahorrándose el pago de las rentas; qué sentencias se dictarían por ausentismo en el trabajo; cómo prolongar la jornada laboral y la semana de trabajo; cómo atar permanentemente a los obreros y a los empleados a su labor; el edicto concerniente a trabajos forzados y a la horca; la disolución de la Tercera Internacional; el exilio de los pueblos de traidores a Siberia.

El trasplante de nacionalidades enteras era su mayor contribución teórica y su experimento más atrevido, pero ahora nada más quedaba por hacer. Toda su vida había sido el más aventajado experto dentro del Partido en materia de nacionalidades.

Habían habido muchos otros descollantes edictos suyos. Sin embargo, todavía encontraba un punto débil en la arquitectura total del sistema, y gradualmente un importante nuevo edicto comenzó a

dar vueltas en su cabeza. Todo lo había asegurado de la mejor manera, había detenido toda acción, tapado todos los orificios, doscientos millones fueron ubicados en su lugar, solamente los jóvenes de las granjas colectivas se le habían escapado.

Desde luego las cosas habían andado muy bien en las granjas. Stalin estaba seguro de ello después de ver *Cosacos del Kuban* y leer *Caballero de la estrella dorada*. Ambos autores habían visitado las granjas colectivas. Habían visto e informado sobre lo que vieron, que obviamente era bueno. El mismo Stalin había hablado con granjeros colectivos en los presidiums de los Congresos.

Pero con autocrítica de profundo estadista, probaría aun más que esos escritores. Uno de los secretarios provinciales del Partido (parece que fue fusilado luego) le dijo abruptamente que había un lado sombrío a considerar: los viejos y viejas inscriptos en las granjas colectivas desde 1930, eran trabajadores entusiastas, pero la gente joven (no todos, desde luego, sólo algunos individuos inconscientes) trataban, tan pronto como concluían la escuela, de conseguir por engaño pasaportes para desertar e irse a vagar a la ciudad. Stalin lo escuchó y en su interior comenzó un proceso corrosivo.

¡Educación! Todo aquel negocio de siete años de educación universal, diez de educación universal, con hijos de cocineras concurriendo a las universidades, había producido un revoltijo. Lenin había estado equivocado en ese punto, pero era demasiado pronto todavía para decírselo al pueblo. ¡Cada cocinera, debía ser capaz de manejar el estado! ¡Cómo pudo imaginar tal cosa! Aquellas cocineras no cocinarían el viernes; lo tendrían libre para asistir a las reuniones de los comités ejecutivos provinciales. Una cocinera es una cocinera, y su trabajo es preparar la comida. En cuanto al gobierno del pueblo es una tarea muy encumbrada; eso solamente puede confiarse a un

personal escogido, especializado, acreditado, probado a través de un largo período de muchos años. Y la conducción de este personal solamente podía estar en un solo par de manos, las manos competentes del Líder.

Debía darse un estatuto a las granjas colectivas, que hiciese que como la tierra que les pertenecía a perpetuidad, de la misma manera cada persona nacida en una población dada, se convirtiera automáticamente desde el día de su nacimiento en un miembro de la granja colectiva. Esto se presentaría como un derecho honorífico. Y solamente el presidium del comité ejecutivo del distrito local podría autorizar la partida de alguien, de la granja colectiva.

Inmediatamente se inició una campaña de propaganda en una serie de artículos en los diarios: "Los jóvenes herederos del Granero Granja Colectiva", "Un paso importante en la construcción de la nueva aldea". Los escritores encontrarían sin duda la mejor manera de expresarlo.

Claro, que pareció, como si entre los *derechistas* alguien hubiere advertido que este problema surgiría (Tales *derechistas* nunca existieron realmente, Stalin fue quien por sí mismo agrupó con este rótulo a cierta gente de manera de poder terminar con ellos de un solo golpe).

Por alguna razón sucedía siempre que los oponentes aniquilados acababan por tener razón respecto a algo. Fascinado por sus pensamientos hostiles, Stalin, alerta, oía sus voces desde más allá de la tumba.

Pero aunque aquel edicto era urgente, como lo eran también todos los que su mente había madurado, al entrar ese día a su despacho, Stalin se sentía arrastrado hacia algo más elevado.

En el fondo de sus ocho décadas no tenía derecho para dejarlo más tiempo de lado.

Parecería que todo lo posible había sido hecho para asegurarle inmortalidad. Pero a Stalin le parecía que sus contemporáneos, aunque lo llamaran el Sabio de los Sabios, no lo admiraban tanto como él merecía, que sus arrebatos eran superficiales, que no comprendían la profundidad de su genio.

Un pensamiento lo carcomía últimamente: llevar a cabo otro desafío científico que dejara indeleble su contribución a otras ciencias que la filosofía y la historia. Tal contribución podía ser hecha sin duda a la biología, pero él había encomendado esta labor a Lysenko, aquel honesto y enérgico hombre del pueblo; pero la matemática o al menos la física, era más atractiva para Stalin. Nunca pudo leer sin envidia la discusión acerca del cero y el menos uno al cuadrado de *Las Dialécticas de la Naturaleza*.

No importa cuan a menudo ojeara el texto de Kiselev, *Algebra* y la Física de *Sokolov* para clases avanzadas; de ningún modo pudo encontrar inspiración apropiada.

Una idea feliz, pero en un campo completamente diferente, la lingüística; le dio el caso reciente del profesor Chicobava de Tiflis. Chicobava había escrito una, en apariencia herejía antimarxista, con motivo de afirmar que el lenguaje no era para nada una superestructura, sino simplemente lenguaje. Es decir, ni burgués, ni proletario, sino sólo idioma nacional y había tenido la osadía de adjudicar estas mismas difamaciones al mismo Marr.

Ya que ambos, Marr y Chikobava, eran georgianos, una inmediata respuesta apareció en el diario de la Universidad Georgiana, de la que un grisáceo ejemplar en rústica impreso en las características del alfabeto georgiano, tenía en ese momento al frente

Stalin. Algunos discípulos de Marr atacaron al insolente estudioso. Lo único que podía hacer después de tales acusaciones, era sentarse y aguardar que la MGB golpeará a sus puertas a medianoche. Se sugería además que Chikobava era un agente del imperialismo americano.

Nada podía salvar a Chikobava si Stalin no tomaba el teléfono y le otorgaba la vida. Lo dejaría vivir y, él mismo le daría a los pensamientos provincianos de ese hombre simple, una exposición inmortal y un desarrollo brillante.

Habría impresionado más en verdad la refutación de la contrarevolucionaria teoría de la relatividad, por ejemplo, o de la teoría de las ondas mecánicas, pero a causa de los asuntos de estado no tenía tiempo. La filología era, no obstante lo que seguía a la gramática y Stalin había puesto siempre la gramática en un mismo nivel con las matemáticas.

Podía escribir esto con viveza, con expresividad, (ya estaba sentado escribiendo): "Cualquier lenguaje de las naciones que tomemos del Soviet: Rusia, Ucrania, Belorussian, Uzbek, Kazakhstan, Georgia, Armenia, Estonia, Latvia, Lituania, Moldavia, Tatar, Azerbaidzhanian, Bakir, Turcomania" (demonio, con los años cada vez le era más difícil enumerar cosas.) ¿Pero era esto necesario? En la medida en que se metía dentro de la cabeza del lector efectivamente se debilitaba su impulso por objetar -"es claro para cualquiera que"-, ¡Bien; entonces anota algo que sea claro para todos!

¿Pero, qué es claro?, nada está claro. ¿Cómo ellos dicen "Siete millas se apilan hacia el cielo ¿y es selva lo mismo?"

Economía, esta es la base. Fenómeno social, esta es la superestructura. Y no hay tercer elemento. Aun con sus experiencias de la vida Stalin reconocía que nada podía lograr sin un tercer elemento. Por ejemplo, puede usted tener países neutrales. (Pero no

pueblo neutral, por supuesto). Suponiendo que en los años veinte alguien hubiera dicho desde la plataforma del *speaker*: "Cualquiera que no esté con nosotros no está necesariamente contra nosotros", hubiera sido echado del podio y del partido. Pero esto se desvía de esta manera. Esto es dialéctica.

Era la misma cosa ahora. Stalin había pensado acerca del ensayo de Chikobava impresionado por una idea que nunca se le había ocurrido: si el lenguaje era una superestructura, ¿por qué no cambiaba con cada época? ¿Y si no era una superestructura, qué era? ¿Una base? ¿Un modo de producción?

Hablando con propiedad, es algo así como que: los modos de producción consisten en fuerzas productivas y relaciones productivas. Llamar al lenguaje una *relación* es imposible. ¿Querría esto decir que el lenguaje es una fuerza productiva? Pero la fuerza productiva incluye el instrumento de producción, los medios de producción y pueblo. Pero aunque el pueblo habla el lenguaje, el lenguaje no es el pueblo. Sólo el demonio entiende -estaba en un punto muerto.

Para ser del todo honesto, habría que reconocer que el lenguaje es un instrumento de producción semejante a -bueno, como tornos, vías, correo-. Puesto que es también modo de comunicación después de todo.

Pero si se pone la tesis de este modo, declarando que el lenguaje es una forma de producción, empezarán a burlarse. No en nuestro país, por supuesto.

Y no había de quien aconsejarse; él solo sobre la tierra era el verdadero filósofo. Si alguien como Kant estuviese vivo al menos, o Spinoza, aunque aquél era un burgués... ¿Le telefonaría a Beria? Pero Beria no entendía nada.

Bueno, debería andar con cautela: "En este aspecto el lenguaje, que difiere en principio de las estructuras, no resulta distinguible, sin embargo, de los instrumentos de producción, digamos de las máquinas, que son indiferentes a las clases sociales como el lenguaje".

-Indiferente a las clases -esto no podía haber sido dicho antes. Colocó un punto después de esta sentencia. Puso sus manos detrás de su cabeza, bostezó y se aflojó. No había ido muy lejos pero ya estaba cansado.

Stalin se paró y caminó en torno a su pequeño y favorito estudio nocturno. Se acercó a una ventana pequeñita con dos hojas de vidrio amarillento a prueba de balas, con un espacio en el medio, provisto de una corriente de alta tensión. Afuera había un pequeño reparo en forma de jardín, donde solamente por la mañana venía el jardinero a arreglarlo vigilado por un guardián. Durante días nadie ponía los pies allí.

Más allá de los vidrios a prueba de balas estaba la niebla del jardín. Ni tierra ni universo eran visibles.

La mitad de éste estaba, sin embargo, encerrado dentro de su pecho, y esta mitad era armoniosa y clara. Solamente la otra mitad -realidad objetiva- se retorció en la niebla universal.

Pero aquí, en su cuidado y fortificado despacho nocturno, Stalin no temía aquella segunda mitad en lo más mínimo; sentía dentro suyo el poder de torcerla, de darla vuelta como se le diese la gana. Unicamente cuando se veía obligado a poner el pie dentro de esta realidad objetiva -cuando por ejemplo, tenía que asistir a un banquete en la Sala de las Columnas, atravesar con sus pies el temible espacio entre el automóvil y la puerta, ascender con sus pies por las escaleras y atravesar el inmenso *foyer* entre dos filas de arrebatados, reverentes, pero no por ello menos numerosos invitados -en esos momentos

Stalin podía sentirse mal, totalmente indefenso, sin saber siquiera cómo usar sus manos, incapaces desde hacía mucho de ninguna defensa real. Las colocó sobre su estómago y sonrió. Ellas podían pensar que el Omnipotente se sonreía a favor de ellas, pero sonreía porque estaba asustado.

Era él quien había descripto el espacio como la condición básica para la existencia de la materia. Pero habiéndose convertido en amo de una sexta parte de la sustancia terrestre, había comenzado a temer al espacio. Eso era lo bueno de su despacho nocturno: que no tenía *espacio*.

Stalin cerró la hoja de acero y lentamente volvió a su escritorio. Era tarde para trabajar, hasta para el gran Corifeo, pero tragó una pildora y se sentó de nuevo.

Las cosas nunca trabajaban por sí solas para él; por lo tanto, debía esforzarse en trabajar él mismo. Las generaciones venideras lo apreciarían.

¿Cómo aconteció que hubiese un opresivo régimen Arakcheyev en filología? Todos temían decir una sola palabra en contra de Marr ¡Qué pueblo extraño y tímido era! Se le podía enseñar democracia y se podía hasta mascar las cosas para que ellos sólo tuvieran que tragarlas y ellos volverían hacia otro lado las cabezas.

Todo dependía de él, de Stalin; también aquí, todo dependía de él. Inspirado escribió algunas frases:

-La superestructura fue creada en las bases con motivo de....

-El lenguaje fue creado con motivo de. . .

Su cara gris amarronada, picada de viruelas, con su prominente nariz -inclinada sobre la hoja de papel- no veía al teológico ángel medieval que sonreía sobre su hombro.

Aquel Lafargue -todos los teorizadores son lo mismo- hablaba de "Una súbita revolución en el lenguaje entre 1789 y 1794". ¿Qué revolución fue aquélla? Era el idioma francés antes y siguió siendo el idioma francés. "Uno debe decir en general para los camaradas a quienes fascinan las explosiones, que la ley de transición por explosión de una vieja cualidad a una cualidad nueva no solamente es inaplicable a la historia del desarrollo lingüístico, sino que muy raramente a otro fenómeno humano".

Stalin se echó hacia atrás y releyó. Estaba bien expresado. Los propagandistas tendrían que elucidar totalmente el punto: que todas las revoluciones deben detenerse en un cierto momento y que el desarrollo hacia adelante procede por evolución. Y que hasta puede suceder, que la cantidad no se desenvuelve en calidad. Pero esto quedaba para otra vez.

-¿Raramente? No; esto podía resultar embarazoso. Stalin tachó "raramente" y escribió "no siempre". ¿Cuál sería el ejemplo apropiado?

-Nos movemos desde una estructura burguesa campesino-individual (¡Acababa de surgir un nuevo término y qué bueno!) hacia la de una granja colectiva socialista.

Y poniendo por fin punto a esta sentencia, pensó e intercaló la palabra "estructura". Este era su estilo favorito, otro golpe sobre el clavo ya introducido en la pared. La repetición de todas estas palabras hacía más comprensible cualquier párrafo. Inspirado escribió:

-Resultó posible realizar esto con éxito porque fue una revolución *desde lo alto*, porque la revolución fue llevada a cabo a iniciativa de una autoridad ya existente.

Stalin hizo una mueca. ¡Stop? Esto había salido pobre. ¿No haría ello aparecer como si la iniciativa de la colectivización hubiese partido de los granjeros colectivos?

Un golpe suave se oyó en la puerta. Stalin apretó el botón que liberaba el pestillo. En el umbral apareció Sashka con su cara de *clown* castigado y contento de ser castigado.

-¡Los Sarionich, preguntó cariñosamente con voz apenas perceptible,

¿desea usted que mande a Abakumov a casa o lo dejo que espere un poco más?

-¡Oh, sí! Abakumov. -Llevado por su trabajo creador Stalin se había olvidado completamente de él.

Bostezó, se sentía cansado. La pasión por la investigación se había encendido en él por breve tiempo y se había extinguido; además, su último párrafo no había sido logrado.

-Muy bien. Llámelo.

Y desde su escritorio sacó otro frasco idéntico con tapa de metal, lo abrió con la llave que llevaba en la cintura, y bebió una copa.

Tenía que ser constantemente, constantemente, un águila de la montaña.

¡DEVUÉLVENOS LA PENA DE MUERTE, IOSIF VISSARIONOVICH!

Pocos había que se animasen a llamarlo Sashka en vez de Alexandr Nikolayevich, pero mucho menos quienes se lo dijeren en su cara. "Poskrebyshev llama" significaba "Llama el amo". "Poskrebyshev ordena" significaba "El ordena". Alejandro Nikolayevich Poskrebyshev había sido jefe de la secretaría personal de Stalin por más de quince años. Era mucho tiempo y todos los que no lo habían estudiado de cerca tenían derecho a estar sorprendidos de que tuviese todavía la cabeza sobre los hombros. Pero el secreto era simple. Este veterinario de Penza era ordenanza de alma metódica y esta era la simple razón que le aseguraba su puesto. Aun cuando había sido designado teniente general, miembro del Comité Central, y jefe de la Sección Especial para la vigilancia de los miembros del Comité Central, se seguía considerando una nulidad ante el Amo, riendo con jactancia apenas entre los dientes dondequiera que sé chocasen los vasos cuando se brindaba por su nativa aldea de Soplíki. La intuición de Stalin nunca detectó duda u oposición en Poskrebyshev. Su apellido se justificaba: cuando lo hornearon no "rasparon" toda la masa de la olla y quedó incompleto en cuanto a cualidades de mente y carácter cuando se lo amasó.

Pero al tratar con subordinados, ese pobre cortesano medio calvo con aire de simplón adquiría enorme arrogancia. A los de rango inferior les hablaba en el teléfono con voz apenas audible: era

necesario pegar la cabeza en el auricular para entenderlo. Se podía en todo momento bromear con él acerca de tonterías, pero nadie podía preguntarle por casualidad: -¿Cómo anda todo por allá hoy? (Ni siquiera la hija del Amo podía no descubrir cómo *andaba todo*.)

Cuando ella llamaba, solamente decía "¿Hay movimiento?" o "¿No hay movimiento?", de acuerdo a si podían oírse o no los pasos del Amo.

Esta noche Poskrebyshev dijo a Abakumov-Iosif Vissarionovich está trabajando. Tal vez no lo recibirá. Pero ordenó: va a recibirlo. Dijo que lo esperara.

Tomó el portafolio de Abakumov, lo hizo pasar a la sala de recibo y lo abandonó. De tal manera, Abakumov no le preguntó lo que más deseaba saber en el mundo: de qué humor estaba el Amo ese día. Permaneció solo en la sala, con el corazón golpeándole pesadamente.

Ese fuerte, rudo, decisivo hombre, se mantenía rígido, llena de miedo, cada vez que debía dar su informe a Stalin, como los ciudadanos durante las olas de arresto cuando oían en la noche el sonido de los pasos en las escaleras. Primero sus oídos se helaban de miedo y después comenzaban a arder. Abakumov estaba cada vez más temeroso de que el fuego de sus orejas no despertara las sospechas del Amo.

Stalin se ponía desconfiado por la menor cosa. Por ejemplo, no le gustaba que nadie en su presencia se pusiera las manos en los bolsillos. Por eso Abakumov trasladó las tres lapiceras fuentes de su bolsillo interior a su bolsillo sobre el pecho, para tenerlas listas para escribir las instrucciones.

Las instrucciones diarias del Estado de Seguridad venían a través de Beria, de quien Abakumov recibía la mayor parte de las órdenes. Pero una vez al mes el Gobernante Supremo deseaba tener

por sí mismo la impresión personal del hombre en quien confiaba la seguridad del sistema que regía.

Esas largas horas de audiencia eran un alto precio a pagar por el poder, o sea la autoridad que Abakumov detentaba. Vivía y gozaba solamente entre cita y cita. Cuando el momento se aproximaba, se hundía todo dentro de él, sus orejas se helaban. Entregaba su portafolio antes de entrar, sin saber nunca si lo volvería a recibir; en la puerta de la oficina agachaba la cabeza como un buey sin saber si volvería a enderezarla de nuevo en algún momento.

Stalin aterrizzaba, porque un error en su presencia podía ser el error de la vida que desatase la explosión, irreversible en su efecto. Stalin aterrizzaba porque no atendía excusas, ni acusaba, sus ojos amarillos de tigre simplemente brillaban, su párpado inferior se cerraba hacia arriba un poco -entonces dentro de él, pasaba la sentencia, que el hombre condenado ignoraba; se iba en paz, era arrestado a la noche y fusilado por la mañana.

El silencio y el pequeño temblor del párpado inferior eran lo peor de todo. Si Stalin te arrojaba algo pesado o puntiagudo, si taconeaba con su bota en tu pie, si te escupía o te soplaba la ceniza caliente de la pipa en tu cara, este enojo no era definitivo, este enojo pasaba. Si estaba rudo e insultante, aunque usara las más profanas blasfemias, Abakumov se regocijaba: quería decir que el Amo todavía esperaba enderezarlo y seguiría trabajando con él.

Desde luego, Abakumov comprendía ahora que en su entusiasmo celoso él había ascendido demasiado alto. Haber permanecido más abajo habría sido menos peligroso. Stalin hablaba tranquilo, benévolaente, manteniendo una buena distancia con él. Pero no había manera de retirarse una vez que se entablaba intimidad con él.

La única cosa que quedaba era esperar la muerte. La propia, o... Y las cosas sucedían de manera tan inexorable que en presencia de Stalin, Abakumov siempre tenía pavor de que algo se hubiese descubierto.

Antes de todo esto tenía que temblar para que no se descubriera la historia de su enriquecimiento en Alemania.

Al final de la guerra, Abakumov había sido cabeza del SMERSH, y del servicio de contraespionaje en todos los frentes, y toda la armada estaba bajo su dirección. Había sido un período de saqueo sin restricción, que había durado hasta hacía poco. Para asegurar un efectivo golpe final contra Alemania, Stalin adoptó la práctica de Hitler de permitir enviar los botines a los hogares desde el frente. La decisión estaba basada sobre la naturaleza del soldado, sobre lo que él mismo habría sentido siendo soldado: era hermoso luchar por el honor del país -y mucho más luchar por Stalin- pero para arriesgar la vida en un tiempo aterrador, cuando el final de la guerra estaba al alcance de la mano, se necesitaba un poderoso incentivo. Específicamente, se permitía a cada soldado enviar a su casa cinco kilos de botín por mes, diez kilos a cada oficial y dieciséis kilos a cada general. (Este arreglo resultaba justo, puesto que la mochila del soldado no debía pesar demasiado, durante la campaña; en cambio un general siempre tenía automóvil.) SMERSH estaba en mejor situación. Fuera del alcance de las bombas no era blanco para los aeroplanos enemigos. Estaba siempre en un área, detrás de las líneas, donde ya no había lucha pero donde no llegaron aún los inspectores del ministerio de Finanzas. Estos oficiales estaban encerrados en una nube de secretos. Nadie osaba verificar lo que trasportaban en sus coches sellados, lo que sacaban de las propiedades confiscadas que se guardaban bajo la custodia de centinelas. Camiones, trenes y

aeroplanos trasportaban la riqueza de los oficiales de SMERSH. Los tenientes, si no eran tontos, podían salir con miles, los coroneles con cientos de miles. Abakumov con millones.

Es verdad que él sabía que todo el oro, aun el depositado en un banco de Suiza no lo hubiera salvado si caía de su puesto de ministro, Está claro que la fortuna no ayudaría mucho a un ministro decapitado. Sin embargo era superior a sus fuerzas quedarse mirando cómo se hacían ricos sus subordinados mientras él nada tomaba. Así envió un destacamento especial después de otro de cazadores de fortuna. Ni siquiera pudo renunciar a llevarse dos valijas llenas de tiradores para hombres. Parecía hipnotizado. Pero sus tesoros de nibelungo no le servían de nada a Abakumov y lo exponían en cambio, ocasionándole un miedo constante. Nadie que supiera algo habría ido a informar al omnipotente ministro, y al mismo tiempo cualquier accidente podía sacar a luz todo y destruirlo. Había sido un tonto al tomarlo, pero era ya demasiado tarde ahora.

Habiendo llegado a las 2.30, a las 3.10 seguía yendo y viniendo por la sala de espera, con su grande, limpia libreta, sintiéndose débil por dentro, con miedo. Sus orejas comenzaban a arder. Por encima de todo, lo hubiese aliviado que Stalin estuviera trabajando y no lo recibiese. Abakumov se aterrorizó al ser llamado por el teléfono secreto. En ese momento no sabía qué mentira contar.

La pesada puerta se abrió a medias. Poskrebyshv entró en silencio, casi en punta de pie y le hizo seña. Abakumov lo siguió, tratando de no descargar todo su peso sobre sus pies. Desapareció tras la siguiente puerta, que estaba sólo medio abierta, sosteniendo sus manijas de bronce pulido para que no se abriese demasiado. En el umbral dijo: -¡Buenas noches Iosif Vissarionovich! ¿Puedo entrar ?

Tembló; no había aclarado su garganta a tiempo y su voz sonó en falsete, no bastante leal.

Stalin llevaba una chaqueta con botones lustrosos y varias hileras de medallas con cintas; estaba sentado, escribiendo sobre su mesa. Terminó su párrafo y solamente entonces miró con la malicia de un buho a su visitante. No dijo nada.

Mal signo. No había dicho una palabra. Volvió a escribir de nuevo.

Abakumov cerró la puerta detrás de él, pero no se animó a avanzar antes de que un gesto o una seña lo invitara a hacerlo. Quedó de pie con sus largos brazos caídos, apenas separados del cuerpo, con una respetuosa sonrisa en sus labios carnosos. Sus orejas ardían.

Abakumov había estado en ambos despachos del Líder, el oficial de día y el pequeño de noche.

El gran despacho de día en el piso superior era soleado y tenía ventanas comunes. Las estanterías ostentaban reunidas todo el pensamiento y la cultura del mundo, encuadrada en colores. En las altas y espaciosas paredes colgaban los retratos favoritos del Líder, en su uniforme de invierno, de Generalísimo, en traje de Mariscal, de verano. Habían divanes, sillones, y otras muchas sillas, para la recepción de las delegaciones extranjeras, para las conferencias. Allí es donde Stalin era fotografiado.

Aquí en el despacho nocturno no habían pinturas ni decoraciones, y las ventanas eran pequeñas. Cuatro estanterías bajas estaban colocadas contra los paneles de roble de las paredes, y un escritorio retirado de una de ellas. Había también un combinado en un rincón, cerca de una biblioteca, con discos. A Stalin le gustaba escuchar sus antiguos discursos, de noche.

Abakumov se inclinó sumisamente y aguardó.

Stalin siguió escribiendo. Escribía con la conciencia de que cada palabra suya pertenecía a la historia. Su lámpara de escritorio iluminaba el papel; la luz indirecta de arriba era débil. No escribía todo el tiempo. Se apartaba, inclinándose de un lado hacia el suelo o mirando con desagrado a Abakumov, como si fuese a escuchar algo que no sonase en la habitación:

¿Cómo había logrado esa manera de comandar, desarrollar la importancia imperceptible de un movimiento? ¿Nunca había el pequeño Koba (como Stalin había sido llamado en el Caucaso) movido sus dedos, sus brazos, alzado sus cejas, y clavado la vista exactamente de esa misma manera? Pero entonces nadie se asustaba, nadie infería de esos gestos un sentido pavoroso. Fue solamente después de que un número de nuca agujereadas por las balas alcanzaron cierta cifra que el pueblo comenzó a ver en esos mismos pequeños gestos una indicación, una advertencia una amenaza, una orden. Y al darse cuenta de lo que los otros notaban, Stalin comenzó a observarse a sí mismo y a ellos también. Vio en sus gestos, en sus muecas, lo que la amenaza interior significaba y comenzó conscientemente a trabajar en ello y llegó a ser mejor aún y a impresionar a los que estaban en torno suyo más fuertemente.

Por fin, Stalin miró severamente a Abakumov y, gesticulando con su pipa, le indicó dónde sentarse.

Temblando y aliviado, Abakumov cruzó la habitación y se sentó - pero solamente en el borde del asiento- de manera de poder levantarse con más facilidad.

-¿Y bien?, preguntó Stalin, buscando entre sus papeles. ¡El momento había llegado! Ahora él debía tomar la iniciativa y no perderla. Abakumov aclaró su garganta y habló rápidamente, en un tono extasiado. (Más tarde se maldeciría por su gárrulo servilismo en

el despacho de Stalin y por sus inmoderadas promesas, pero algo siempre sucedía de manera que cuanto más hostil fuese la actitud del Omnipotente, más irrefrenable fuese Abakumov en sus aseveraciones, para hundirse más y más).

El invariable ornamento de los informes nocturnos de Abakumov, que los hacía atractivos para Stalin, era la revelación de algún importante grupo hostil. Sin tal grupo para identificar y desbaratar -uno nuevo cada vez- Abakumov no hacía ningún informe. Hoy había preparado un caso contra un grupo de la Academia Militar de Frunze, y podía perder mucho tiempo en detalles.

Comenzó por informar sobre el venturoso desarrollo -sin saber él mismo, si era ilusorio o real- del complot para asesinar a Tito. Anunció que una bomba de tiempo sería colocada a bordo del *yacht* de Tito antes de que saliera hacia las islas Brioni.

Stalin levantó la cabeza, se puso la pipa apagada entre los labios, y aspiró bocanadas una o dos veces. No hizo otro movimiento que demostrara interés para nada; pero Abakumov que había llegado a sondear a su jefe un poco, sintió no obstante que había dado en el blanco.

-¿Y Rankovich? -preguntó Stalin.

-¡Oh, sí! -El movimiento había sido calculado para que Rankovich, Kardel y Mosa Pijade -toda la claqué- volasen por el aire ¡juntos! Estimamos que no puede tener lugar más allá de esta primavera. (Se suponía que toda la tripulación del *yacht* perecería en la explosión también, pero el ministro no mencionó este detalle, y el Mejor Amigo de los Marineros no hizo cuestión de ello tampoco).

¿Pero en qué pensaba chupando su pipa fría, mirando en blanco hacia el ministro sobre la pendiente de su nariz?

No importaba, desde luego, que el partido que él gobernaba hubiese repudiado los actos individuales de terror. Ni que él hubiese surgido del terror. Mientras chupaba su pipa y miraba a aquel camarada de rojas mejillas, bien alimentado, joven, calvo, con las orejas coloradas, Stalin estaba pensando en lo que siempre pensaba cuando veía a sus poderosos, agraciados subordinados.

Su primer pensamiento era: ¿hasta donde puede ser creído? y el segundo: ¿no ha llegado el momento de que esta persona sea liquidada? Stalin sabía todo acerca de la secreta fortuna de Abakumov. Pero no tenía apuro en castigarlo. A Stalin le agradaba el hecho de que Abakumov fuese la clase de persona que era. La gente ávida de dinero era fácil de gobernar. Ante todo, Stalin estaba cansado de la gente que permanecía pobre, como Bukharin. Él no entendía sus motivos.

Pero no podía confiar aún en ese comprensible Abakumov. La desconfianza era el rasgo determinante de Iosif Vissarionovich. Desconfianza era su visión del mundo.

No confiaba ni en su madre. Y no tenía confianza en Dios ante quien había inclinado la frente hasta el suelo durante once años de su juventud. Más tarde, no confiaría ni en sus camaradas miembros del Partido, especialmente aquellos que hablaban bien. No confiaba en sus compañeros de exilio. No confiaba en los campesinos que esparcían los granos, y que cosechaban lo producido, a menos que fuesen obligados y que su trabajo fuese regularmente controlado. No confiaba en la labor de los trabajadores a menos que normas de trabajo fuesen establecidas para ello. No confiaba en que la *intelligenza* cometiese sabotaje. No confiaba en que los soldados y generales luchasen sin la amenaza de penas, fusiles y máquinas a su zaga. No confiaba en sus íntimos. No confiaba en sus mujeres, ni en

sus amantes. No confiaba en sus hijos. Y siempre resultaba que tenía razón.

Había confiado en una sola persona, sólo una, en una vida llena de desconfianzas. Una persona tan decisiva en amistad como en enemistad. Sólo una entre tantos; mientras el mundo entero lo observaba, dándose vuelta le ofreció su amistad. Y Stalin confió.

Aquel hombre era Adolfo Hitler.

Stalin había contemplado con malicioso deleite cómo Hitler sometía a Polonia, Francia, Bélgica, y sus aeroplanos ennegrecían el cielo sobre Inglaterra. Molotov regresó asustado de Berlín. Sus oficiales del servicio secreto informaron que Hitler estaba reuniendo sus fuerzas para una guerra en el Este. Hess voló a Inglaterra. Churchill advirtió a Stalin del ataque. Todas las grullas en las aspas de Belorrussia y los álamos de Galitzia gritaban la guerra. Las mujeres en los mercados predecían la guerra día a día. Solo Stalin, permanecía sereno y despreocupado.

Había creído en Hitler.

Casi, casi perdió la cabeza por esta fe.

De tal modo, ahora, una vez por todas, desconfiaba de todos.

Abakumov podía haberle respondido amargamente a esa desconfianza, pero no se animaba. Había sido un error de parte de Stalin salirse de la pista, haber emplazado a aquel cabeza dura de Petro Popivoda, por ejemplo, y hablar acerca de los artículos de los diarios que atacaban a Tito. Nunca debió dar vueltas, justamente sobre la base de sus cuestionarios de seguridad, aquellos buenos camaradas que Abakumov había juntado para cazar al oso. Debía hablar con ellos y confiarse en ellos. Ahora, desde luego, sólo el diablo podía decir qué pasaría con el plan de asesinato. Toda aquella falta de efectividad enojaba a Abakumov.

Pero él conocía a su amo. Nunca se debía servir a Stalin plenamente nunca, nunca más de la mitad. Él no toleraba que se negasen a seguir sus órdenes, pero odiaba un rendimiento total porque veía en ello un atentado a su propia condición de insustituible. Nadie fuera de él podía ser capaz de hacer algo perfecto.

De tal modo, cuando parecía estar erguido en su montura, Abakumov estaba empujando con la mitad de su fuerza y, así hacían todos los otros.

Exactamente, así como el rey Midas convertía todo en oro, Stalin lo volvía mediocridad.

Pero hoy le parecía a Abakumov, al adelantarse con su informe, que el rostro de Stalin se aclaró. Y después de explicarle con todos los detalles la propuesta explosión, el ministro saltó con apuro sobre la Academia Frunze para pasar a la Academia Teológica y daba vueltas y vueltas evitando la cuestión del teléfono, tratando de no mirar al del escritorio para no atraer la atención del Líder sobre él.

¡Pero Stalin recordaba! En ese mismo momento recordaba algo, y debía ser el teléfono. Su entrecejo se frunció en profundas arrugas y el cartílago de su gran nariz se puso tirante. Fijó sus ojos sombríos sobre Abakumov (el ministro intentó asumir una mirada recta, honesta) pero no podía recordar. El desvaído pensamiento se alejó. Las arrugas de su entrecejo se desvanecieron solas.

Stalin suspiró, tomó su pipa y la encendió.

-¡Ah, sí!, dijo en la primera bocanada de humo, recordando otra cosa, no el pensamiento importante que se le había escapado.

-¿Ha sido arrestado Gomulka?

Recientemente Gomulka había sido removido de sus cargos oficiales, e instantáneamente caía en el abismo.

-¡Sí, lo ha sido!, dijo Abakumov aliviado, levantándose a medias de su silla. (El hecho le había sido informado a Stalin). El arresto de la gente era el trabajo más fácil que su ministro podía transmitirle.

Apretando un botón sobre su escritorio, Stalin encendió la luz. Las lámparas de las paredes brillaron. Se levantó de su escritorio, y humeante la pipa, comenzó a caminar. Abakumov comprendió que su informe estaba terminado, que nuevas instrucciones le serían dictadas. Abrió su gran libreta sobre sus rodillas, sacó una pluma fuente y se preparó a escribir. Al Líder le agradaba que se escribiesen sus palabras.

Pero Stalin se encaminó hacia el combinado y volvió, fumando sin decir palabra, como si se hubiese olvidado por completo de Abakumov. Su rostro gris, picado de viruela, se frunció en un esfuerzo torturado por recordar. Al pasar junto a Abakumov, el ministro vio que los hombros del Líder estaban encorvados hacia adelante, haciéndole aparecer todavía más corto, muy pequeño. Y aunque usualmente se prohibía tales reflexiones allí, no tanto porque ellas pudieran ser leídas por alguna clase de instrumento oculto en las paredes -Abakumov pensó que el Padre del Pueblo no iba a vivir diez años más, que se iba a morir- Abakumov deseó que eso ocurriera pronto. A todos los íntimos le parecía que cuando él muriese, una vida fácil, libre, comenzaría.

Stalin estaba deprimido por esa laguna en su memoria. Su mente estaba rehusándose a servirlo. Al salir del dormitorio había pensado sobre lo que deseaba preguntar a Abakumov, y ahora lo había olvidado. En su impotencia no sabía a qué parte de su cerebro ordenarle recordar.

De pronto levantó la cabeza y miró fijo a la pared. Algo le vino a la memoria, no aquello que quería recordar ahora, sino algo que había

sido incapaz de recordar dos días antes, en el Museo de la Revolución, algo muy desagradable.

Algo que había ocurrido en 1937, el vigésimo aniversario de la Revolución, cuando se hicieron tantas reinterpretaciones de la historia. Había decidido revisar las exhibiciones del Museo para estar seguro de que no había, de que no tenían nada equivocado. En una de las salas -la misma en que hoy estaba el enorme equipo de TV- había visto al entrar dos grandes retratos de Zheliabov y Perovskaia en lo alto de la pared. Sus rostros sin temor, sus miradas indomables, gritaban a todos los que entraban: "¡Maten al tirano!"

Stalin, se sintió vencido por las miradas de los revolucionarios, como si dos flechas atravesaran su garganta.

Se echó atrás, ahogándose con estertor y tosiendo, agitaba el dedo señalando los retratos.

Fueron quitados inmediatamente.

Al mismo tiempo, las primeras reliquias de la Revolución - los fragmentos del coche de Alejandro II- fueron sacados del Palacio Kshesinskaya.

Desde aquel mismo día, Stalin ordenó que se construyeran refugios y departamentos para él en varios lugares. Perdió su gusto por la densa proximidad de la ciudad, y se instaló en esa casa de los suburbios, esa oficina de techos bajos cerca del cuarto de trabajo de su guardia personal.

Y cuantas más vidas tomaba, más se sentía oprimido por el constante terror por sí mismo. Introdujo muchos perfeccionamientos en el sistema de guardia, tales como el anuncio de quien iba a entrar de turno, debía darse solamente una hora antes de que los hombres tomaran su puesto, mezclando soldados de distintas unidades en cada grupo. De ese modo se encontraban por primera vez, cuando entraban

en función y solo por un día, de manera que no tenían ocasión de completarse. Construyó esa casa como un laberinto para atrapar ratas, con tres círculos de cercas y puertas que no estuvieran en fila una con la otra. -Tenía varios dormitorios, y ordenaba qué cama debía tenderse, recién cuando se retiraba.

Estos arreglos no le parecían signos de cobardía, sino simplemente una actitud razonable. Su persona no tenía precio para la historia de la humanidad. Otros, no obstante no lo entendían. Para no quedar demasiado en evidencia, prescribió similares medidas para todos los *pequeños* líderes de la capital y de las provincias: les prohibió ir al toilette sin acompañarse por los guardias, Ordenándoles viajar en uno de los tres automóviles idénticos que se movían en fila.

En su despacho nocturno, recordando los retratos, se detuvo en la mitad del cuarto, se volvió hacia Abakumov y le dijo, moviendo su pipa en el aire -Y, ¿qué ha hecho usted acerca de la seguridad para los ejecutivos del Partido?

Moviendo la cabeza de un lado al otro, miró con malevolencia al ministro.

Con su libreta abierta, Abakumov estaba erguido en su silla, de cara al Líder -no se paró sabiendo que Stalin apreciaba la inmovilidad en aquellos a quienes hablaba- y con toda diligencia comenzó a hablar sobre cosas que nunca había tenido la intención de mencionar. Una respuesta inmediata era esencial en una entrevista con Stalin; él interpretaba cualquier clase de hesitación como una confirmación de pensamientos malvados.

-Iosif Vissarionovich, comenzó Abakumov con voz temblorosa, y ofendida. Todos sus ministros existimos, solo para que usted, Iosif Vissarionovich pueda trabajar sin ser perturbado, pueda pensar y guiar el país.

Stalin había dicho "seguridad para los ejecutivos del Partido" pero Abakumov sabía que solamente quería una respuesta acerca de él.

-Cada día conduzco represiones, hago arrestos, investigo casos.

Con la cabeza estirada como un cuervo con cuello torcido, Stalin lo miraba de cerca. Escucha, -le preguntó- ¿Qué hay de eso? ¿Hay todavía casos de terrorismo? ¿No han parado?

Abakumov asintió amargamente -querría poder decir que no hay casos de terrorismo, pero los hay. Apenas los olfateamos los damos vueltas lo mismo en los fondos de las cocinas, que en los mercados.

Stalin cerró un ojo; la satisfacción era visible en el otro.

-Eso está bien, asintió. Así que usted está trabajando.

¡Pero Iosif Vissarionovich,! -dijo Abakumov-, incapaz de permanecer sentado más tiempo delante de su Líder. Se puso de pie sin estirar totalmente sus piernas. ¡Pero Iosif Vissarionovich!, no dejamos a los casos alcanzar un nivel de consumación. Los pescamos en el momento de la concepción, en plena intención, usando "El punto 19."

-Bien, bien -dijo Stalin, y con pacífico gesto dio a entender a Abakumov que se sentara. (Todo lo que él necesitaba era tener ese esqueleto como torreón sobre él) ¿Así que usted cree que hay todavía insatisfacción en el pueblo?

De nuevo Abakumov gesticuló y respondió con pesar: -Sí, Iosif Vissarionovich. Existe todavía un cierto porcentaje. . .

(¡Pobre de él si hubiera dicho no! ¿Para que existía en tal caso su ministerio?

-Tiene razón, asintió Stalin. Y esto significa que tienes que hacer un trabajo para Seguridad del Estado. Algunos me dicen que no hay más insatisfechos, que todos los que votan sí en las elecciones están

satisfechos. Stalin sonrió con ironía. -¡Esto es ceguera política! ¡El enemigo puede votar, sí, pero puede irse a ocultar en su escondrijo y seguir insatisfecho! ¿Cinco por ciento, dijo usted? ¿U ocho tal vez?

Stalin estaba particularmente orgulloso de su poder de penetración, de su capacidad de autocrítica, de su inmunidad para el elogio.

-Sí, Iosif Vissarionovich, confirmó Abakumov, eso es exacto, cinco por ciento, tal vez siete.

Stalin continuaba su trayectoria por la oficina, en círculos alrededor del escritorio.

-Es culpa mía, Iosif Vissarionovich, añadió Abakumov; claramente, se daba cuenta de que sus orejas se estaban helando de nuevo. -No puedo ser complaciente.

Stalin apenas golpeó su pipa, contra el cenicero -¿Y qué hay del humor de la gente joven?

Las preguntas se sucedían a las preguntas como cuchillos y todo lo que esto buscaba era un error. Si se contestaba "Bien", eso hubiera querido decir ceguera política; si "Mal",- era que no se creía en el futuro. Abakumov hizo un gesto expresivo con las manos y no dijo nada.

Stalin no esperó respuesta. Con convicción, dijo, golpeando su pipa: -Debemos prestar más atención a la gente joven. Tenemos que ser particularmente intolerantes con las faltas de la gente joven.

Abakumov se rehizo y comenzó a escribir.

Stalin estaba fascinado por sus propios pensamientos; sus ojos llameaban con fulgor de tigre. Llenó su pipa una vez más, la encendió, y de nuevo, con insistencia, continuó su paseo.

-Debemos intensificar nuestra vigilancia sobre los estudiantes. Necesitamos desarraigar, no sólo a los individuos, sino grupos

enteros. Tenemos que sacar ventaja de las completas medidas de castigo que las leyes nos permiten -veinticinco años, no diez; diez años suenan a colegio, no a prisión. Se le pueden dar diez a un escolar. No a quien tiene pelos en la cara. ¡Veinticinco! ¡Son jóvenes, sobrevivirán!

Abakumov escribía concentradamente. El primer mecanismo de una larga serie había comenzado a trabajar.

- ¡Es tiempo ya de que se ponga fin a las cómodas condiciones de sanatorio en las cárceles, políticas! Beria me ha contado que las encomiendas con alimentos siguen permitiéndose en la cárcel. ¿Es verdad esto ?

-¡Lo pararemos! ¡Prohibiremos esto! Abakumov lo dijo con dolor en la voz mientras seguía escribiendo. Es un error nuestro, Iosif Vissarionovich. Perdónenos. (Esto era de verdad un error. Pudo adivinarlo él mismo). Stalin se plantó frente a él con las piernas separadas.

-¿Cuántas veces debo explicar la misma cosa? ¡Es necesario que lo entiendan de una vez por todas!

Hablaba sin enojo. En sus ojos suavizados se veía confianza en Abakumov -entendería, aprendería- Abakumov no podía recordar cuándo Stalin le había hablado tan simple, tan benignamente. El sentimiento de miedo lo abandonó completamente. Su cerebro trabajaba como de ordinario el de una persona cualquiera. Y el problema que desde hacía mucho lo perturbaba, como un hueso atravesado en la garganta, encontraba ahora expresión.

Reanimado su rostro, Abakumov dijo -¡Comprendemos, Iosif Vissarionovich !

Prosiguió hablando esta vez el ministro -¡Comprendemos: la lucha de clase se intensificará! ¡Mayor razón, Iosif Vissarionovich, para que usted contemple la situación, nuestras manos están atadas

por la abolición de la pena de muerte. Nos hemos estado dando con la cabeza contra la pared durante dos años y medio. En este momento no tenemos forma legal para procesar a alguien a quien debemos fusilar. Significa que la sentencia deba darse escrita en dos versiones diferentes. Entonces cuando pagamos a los ejecutores -no hay manera de poner en claro a qué imputar sus salarios, a qué departamento y esto termina por producir una gran confusión en la contabilidad. No hay manera de espantar a nadie con la pena en los campos. ¡Lo que se necesita es la pena capital! *¡Devuélvanos la pena capital Iosif Vissarionovich!* Abakumov rogaba con toda su alma, poniendo sus manos sobre su pecho, y mirando esperanzado el atezado rostro del Líder.

Y el rostro de Stalin parecía sonreír, apenas sonreír. Su tosco bigote tembló imperceptiblemente.

-Lo sé -dijo despacio-, comprensivamente. He pensado en ello.

¡Asombroso! Sabía todo, pensaba en todo aun antes de que le fuera preguntado. Como una deidad que ondea, se anticipaba al pensamiento de la gente.

Un día de estos reimplantaré el castigo de la pena capital, dijo caviloso, mirando a lo lejos, como si estuviese contemplando los años del futuro. Será una buena medida educacional.

¡Como podía evitar el pensar en esta medida! Más que nadie había sufrido durante los últimos dos años por haber cedido al impulso de fanfarronear ante el Oeste, engañándose a sí mismo con la creencia de que el pueblo no era totalmente depravado.

Este había sido siempre su rasgo distintivo como hombre de estado y como militar: ni destitución, ni ostracismo, ni asilo de insanos, ni prisión perpetua para quien fuera reconocido como peligroso. La muerte era lo único que tenía sentido válido para ajustar

las cuentas. Y cuando su párpado inferior se movía, la sentencia que brillaba en sus ojos, era siempre la misma: *muerte*.

En su escala no había castigo menor.

Desde la brillante distancia en que estaba ubicado, Stalin clavó sus ojos en Abakumov, y súbitamente ellos se estrecharon astutamente.

-¿No temes ser tú el primer fusilado?

Él apenas dijo "fusilado", dejándolo flotar en la caída de su voz como algo que debe sospecharse.

Pero la palabra irrumpió en Abakumov como escarcha invernal. El Más Próximo y el Más Querido estaba de pie fuera del alcance de Abakumov y observaba y leía cada rasgo del ministro para ver cómo tomaba su broma.

No osando ni levantarse ni permanecer sentado, Abakumov, a medias parado sobre sus piernas encogidas, temblorosas por la tensión.

-¡Si lo merezco, Iosif Vissarionovich!.....¡Si es necesario.....!

Stalin lo contempló larga, penetrantemente. En este momento debatía en silencio su segundo pensamiento obligatorio acerca de un íntimo: ¿no había llegado el momento de dar cuenta de él ?

Jugaba desde hacía mucho con esta vieja llave de la popularidad: estimular primero a los verdugos, y entonces a tiempo, repudiar el celo inmoderado. Había hecho esto muchas veces y siempre con éxito. Inevitablemente llegaría el momento en que sería necesario arrojar a Abakumov dentro del mismo foso.

-¡Correcto! -dijo Stalin con una sonrisa de buena voluntad, como aprobando su rápida sensatez. Cuando lo merezcas, te fusilaremos.

Se movió hacia Abakumov y se sentó de nuevo, pensativo por un momento, y después se puso a hablar más calurosamente de lo que

nunca le había oído el ministro del Estado de Seguridad. -Tendrás mucho tarea pronto, Abakumov. Debemos tomar las mismas medidas que en 1937. Antes de una gran guerra se hace necesaria una purga.

-Pero, Iosif Vissarionovich, osó contradecir Abakumov, ¿cree usted que no arrestamos gente ahora?

-Tú llamas arrestar a esto, ya verás. Cuando llegue la guerra, arrestaremos todavía más gente en otros lugares. Refuerza tu organización: ¡Empleados, sueldos. . . no les rehusaré nada!

Después lo dejó retirarse en paz: -Muy bien, vete.

Abakumov no sabía sí caminaba o volaba a través de la sala de espera para recuperar su portafolio de manos de Poskrebyshev. No solamente podría vivir otro mes más, sino que tal vez esto significaba el comienzo de una nueva era en sus relaciones con el Amo.

En realidad, hubo la amenaza de que sería fusilado, pero esto después de todo, era una broma.

VEJEZ

El Inmortal caminaba por su despacho nocturno, excitado por grandes pensamientos. Una clase de música interior surgía en él, como una enorme orquesta que ejecutara música de marcha.

¿Gente descontenta? Muy bien. Siempre hubo gente descontenta y siempre la habrá.

Pero pasando revista en su mente a la no tan compleja historia del mundo, Stalin comprendió que con el tiempo el pueblo olvidaría todo lo malo, y no solamente lo olvidaría sino que hasta lo recordaría como algo bueno. El pueblo entero era como la reina Ana, la viuda de Ricardo III, de Shakespeare. Su arrebató era corto, su voluntad inconstante, su memoria débil -siempre feliz de someterse por entero al victorioso.

Por eso debía vivir hasta los noventa, porque la batalla no había concluido todavía, la construcción estaba sin terminar y no había quién lo reemplazase.

Para empeñarse y vencer la última guerra mundial. Para exterminar como a ratas la democracia social del Oeste y después todas las otras que estuvieran todavía en el mundo sin derrotar. Entonces, naturalmente, se recogerían los frutos de la productividad del trabajo y se resolverían los variados problemas económicos. Solamente, él, Stalin, conocía la senda por donde se conduciría la humanidad a la felicidad; solamente él sabía cómo empujarla a que se

enfrentase con la dicha como al perrito ciego hacia el bol de leche. - ¡Aquí está, bebe!

¿Y después?

Hubo un hombre de veras -Bonaparte-. No hizo caso de las lamentaciones de los jacobinos -se declaró emperador- y lo fue.

Nada había de malo en la palabra "emperador". Simplemente quería decir "comandante", "jefe".

¿Cómo sonaría Emperador del Planeta? ¿Emperador de la Tierra? No existía la menor contradicción entre el significado de ésta y la palabra Comunismo mundial.

(Paseaba y paseaba y la orquesta seguía sonando).

Entonces, tal vez encontrarán un remedio para volverlo inmortal por lo menos. ¿No a él?... no llegarían a tiempo.

¿Cómo podría él abandonar la humanidad? ¿A cargo de quién? Ellos lo confundirían todo de nuevo. Bien, perfectamente. Habría más monumentos para él. Más y mayores. La tecnología ayudaría para entonces lo que podría llamarse adoctrinamiento a través de los monumentos. Que se erigiese un monumento en el monte Kasbek o en el pico del Monte Elbrus, de tal manera que su cabeza pudiera estar siempre por encima de las nubes y así podría morir tranquilo. El Mayor de todos los Grandes, sin igual sobre la historia de la tierra.

De pronto se detuvo.

- ¿-Más allá? ¿Más alto? Desde luego que él no tenía par, pero si allá. . . más arriba. . .

(De nuevo volvió a pasear de un lado a otro pero despacio).

Todo el tiempo, este punto sin solución daba vueltas en la mente de Stalin. De hecho, nada había de vago en ello. Hacía mucho que había sido probado, lo que hacía falta probar y desechado lo que estorba. Se había comprobado que el universo es infinito. Se había

comprobado que era imposible probar que Cristo hubiese existido. Se había comprobado que todas las curas milagrosas, espíritus, profecías y transferencias de pensamiento eran consejos de viejas.

Pero la materia de nuestra alma, lo que amamos y a lo que nos acostumbraron, se forma en la juventud, nunca después. Memorias de la niñez volvían ahora con poderosa vida a Iosif.

Hasta la edad de diecinueve años había crecido en el culto del Viejo y Nuevo Testamento, de la vida de los santos y la historia de la Iglesia. Había ayudado a celebrar las liturgias, cantado en el coro; solía cantar *Ahora estás perdonado*, de Strokin. Todavía podía cantarlo sin equivocarse. ¡Cuántas veces en el curso de once años de escuela y en el seminario, se había aproximado a los iconos y los había contemplado en sus ojos misteriosos! Deseaba aquella fotografía incluida en la biografía de su aniversario: graduado-de-la-escuela-eclesiástica-Djugashvili, en casaca gris de cuello cerrado; sombrío adolescente de rostro ovalado, exhausto de rogar, con los cabellos largos, severamente partidos, en preparación para su ordenación, humildemente untado con el aceite de lámparas y peinado sobre las orejas; solamente sus ojos y cejas tirantes daban alguna señal de que aquel obediente pupilo pudiese llegar a metropolitano.

Este mismo inspector de la iglesia Abakadze, que había despedido a Djugashvili del seminario, permaneció intocable por orden de Stalin. Dejen al viejo vivir su vida afuera.

Y cuando el 3 de julio de 1941, frente al micrófono, con su garganta reseca endurecida por el temor y las lágrimas de propia conmiseración (pues su corazón no era inmune a la piedad), no fue por casualidad que la palabra hermano estalló en sus labios. Ni Lenin ni ningún otro líder habrían pensado pronunciarla.

Sus labios decían lo que habían aprendido a decir en su juventud.

Sí, en aquellos días de julio había quizá orado dentro de sí, como algunos ateos se persignaban involuntariamente cuando caían las bombas.

En años recientes casi agradecía que la Iglesia lo proclamase en sus plegarias El Líder Elegido de Dios. Era esa la razón de que sostuviese el Centro de Iglesia Ortodoxa Rusa de Zagorsk con los fondos del Kremlin. Stalin no dio la bienvenida a ningún ministro de ningún gran poder en la forma en que recibió a su dócil, decrepito Patriarca. Iba a su encuentro hasta las puertas externas, y lo conducía a la mesa del brazo. Había pensado en hallar una pequeña estancia en alguna parte, para regalarle al Patriarca, como antes solía hacerse para los que rezan por el responsa del alma.

En general, Stalin se daba cuenta de que tenía una cierta predisposición no solamente hacia la Ortodoxia sino hacia otros elementos y palabras asociadas con la de aquel viejo mundo del que provenía y al que, como obligado por su trabajo, había estado destruyendo durante años.

En los años treinta, por razones políticas había resucitado la palabra "patria", que no había sido usada durante quince años hasta parecer casi un término vergonzoso. Sin embargo, con los años, él había llegado a disfrutar diciendo: "Rusia" y "patria". Había llegado a serle muy agradable el pueblo ruso -aquel pueblo que nunca lo traicionó, que estuvo hambriento por tantos años, tantos como fueron necesarios; que calmamente partió a la guerra, al campo, soportando toda clase de penalidades, sin rebelarse nunca. Después de la victoria, Stalin había dicho con completa sinceridad que el pueblo poseía una mente clara, un carácter constante y paciencia.

Con los años, él mismo había deseado más y más, ser reconocido como ruso.

Encontraba placer hasta en las palabras que evocaban la vida de antaño: no debía decirse "cabeza de escuela" sino "directores"; no "cuerpo de mando" sino "cuerpo de oficiales"; no comité Central Ejecutivo de Toda Rusia sino Soviet Supremo; ("Supremo" era una palabra muy hermosa).

Los oficiales debían tener "ordenanzas". Las alumnas de la escuela superior debían estudiar separadas de los muchachos, llevar delantales y pagar la enseñanza. El pueblo del Soviet debía tener un día de reposo, como los cristianos, el domingo y no cualquier fecha impersonal. No debía reconocerse sino el matrimonio legal, como era el caso bajo el zar, aun cuando él había pasado un duro tiempo a causa de ello en aquellos días. No importaba qué pensara Engels acerca de esto en el fondo del mar.

Estaba bien que fuese aquí, en su despecho, donde por primera vez ensayase con entera satisfacción las charreteras de la vieja Rusia.

Al final del análisis, nada había de vergonzoso en una corona, el más alto signo de distinción. Después que todo había sido dicho, quedaba todavía algo sano en el mundo sostenido con firmeza durante trescientos años. ¿Por qué no tomar prestado lo mejor de ello?

Aunque la rendición de Port Arthur no podía sino alegrarlo cuando estaba en el exilio escapando de la provincia de Irkutsk, no estuvo equivocado al decir después de la rendición de Japón en 1945, que Port Arthur había sido una mancha en su orgullo y en el de otros rusos más ancianos. ¡Sí, sí, ancianos rusos! Stalin a veces daba en sentir, que después de todo, no era cuestión de suerte que él se hubiera establecido como cabeza de su país, puesto que había conquistado su corazón -él y no todos aquellos famosos gritones

talmudistas de barba puntiaguda, con nada positivo en ellos. Allí estaban, juntos, allí en aquellas estanterías todos los que fueron ahogados, fusilados, pisoteados en campos de concentración hasta convertirse en abono, envenenados, quemados, muertos en catástrofes automovilísticas y suicidados, erradicados, por encima del anateme, apócrifos, por ahora alineados todos aquí. Cada noche le ofrecían sus páginas, chocaban sus pequeñas barbas, retorcían sus manos, le escupían a la cara, le gritaban roncós desde aquellos estantes: ¡Te lo advertimos! ¡Tendrías que haberlo hecho de otro modo!

No se necesita mucha inteligencia para buscar pulgas ajenas ...¡ahora se sabe por qué están acá!

He aquí por qué Stalin los había reunido, tan acertadamente a todos, de manera de ser más malévolos cuando de noche tomaba sus decisiones.

La invisible orquesta interior con la que marchaba le siguió marcando el paso; se apagó.

Sus piernas comenzaron a dolerle; le pareció como si fuese a perder el uso de ellas. De la cintura para abajo, había comenzado a no sentir las a veces.

El dueño de la mitad del mundo, vestido con uniforme de generalísimo, corría despacio sus dedos a lo largo de los estantes, pasando revista a sus enemigos. Al volverse del último, vio el teléfono sobre su escritorio.

Algo se le había ido escapando de la memoria toda la noche como el rastro de la cola de una serpiente.

Había querido preguntar a Abakumov algo. ¿Había sido arrestado Gomulka? ¡Lo tenía por fin! Restregándose las botas, hizo su camino hasta el escritorio, tomó la pluma, y escribió en su calendario: "Teléfono Secreto".

Ellos le habían dicho qué habían reunido la mejor gente, que tenían todo el equipo necesario, que cada uno estaba entusiasmado, ¿por qué no terminaban entonces? Abakumov, el descarado, había estado sentado allí, durante una larga hora, el muy perro, sin decir una palabra acerca de ello. Así es como eran todos, en todas las organizaciones -cada uno trataba de engañar al Líder-. ¿Cómo podía uno fiarse en ellos? ¿Cómo no trabajar de noche?

Se quedó inmóvil y se sentó, no en su sillón sino en una silla pequeña cerca del escritorio.

El lado izquierdo de su cabeza parecía estar endurecido en la sien y golpear en aquella dirección. Su cadena de pensamientos se desintegraba. Con mirada turbia recorrió toda la habitación, viendo apenas las paredes.

Sintiéndose viejo como un perro. Un viejo sin amigos, un viejo sin amor, un viejo sin fe. Un viejo sin deseo.

No necesitaba ya ni siquiera a su querida hija; a ella le estaba permitido verlo solamente los días de fiesta.

Aquella sensación de memoria huidiza, de cabeza ida, de la soledad avanzando como parálisis, lo llenó de impotente terror.

La muerte casi había hecho su nido en él y él se rehusaba a creerlo.

LA FOSA ATRAE

Cuando el coronel ingeniero Yakonov abandonó al ministro por la puerta de entrada sobre la calle Dzherzhinsky, que rodea la proa de mármol negro del edificio entre las columnas de Kurkasovsky, no reconoció su propio "Pobeda" estacionado allí y casi abrió y se introdujo en otro.

La neblina se había mantenido muy densa toda la noche. La nieve que comenzaba a caer temprano en la mañana se había derretido y en ese momento, cesó: Justo ahora, antes de amanecer, la neblina se arrastraba por el suelo, y el agua del deshielo estaba apenas cubierta por una frágil capa de escarcha. Se estaba poniendo muy frío.

Aunque eran casi las cinco de la tarde, el cielo estaba completamente oscuro.

Un estudiante universitario de primer año, (que había estado parado conversando con una muchacha durante toda la noche en la puerta de entrada), miró con envidia a Yakonov al verlo entrar en el coche. El estudiante suspiró, pensando cuánto tiempo tendría que esperar para tener uno él. No solamente no había llevado nunca a su chica a pasear en auto, sino que la única vez que había sido transportado a cualquier parte se había tratado de la parte trasera de un camión que iba para la cosecha a una granja colectiva.

Pero él no conocía al hombre a quien envidiaba.

El chófer de Yakonov le preguntó: ¿A casa?

Yakonov tomó su reloj de bolsillo en la palma de la mano, sin entender la hora.

-¿A casa?, -preguntó el chófer.

Yakonov lo contempló con una mirada salvaje.

-¿Qué?... ¡No! ..

-¿A Mavrino? -preguntó el conductor, sorprendido. Aunque había estado esperando cubierto con un grueso saco de lana, estaba temblando y deseaba irse a dormir.

-No, -contestó el coronel ingeniero, colocando su mano sobre el corazón.

El conductor se dio vuelta y miró el rostro de su amo a la débil luz de un farol de la calle que entraba por la ventanilla empañada. No era el mismo hombre. Los labios de Yakonov -siempre tan fuerte y altivamente apretados- temblaban sin que lo pudiera evitar.

Inexplicablemente seguía con el reloj en la palma de la mano.

Aunque el conductor había estado aguardando desde medianoche, y se sentía enojado con el coronel, lanzando maldiciones entre las solapas de su saco mientras recordaba todas las malas acciones de Yakonov durante los dos años transcurridos, arrancó al azar sin preguntar nada más. Despacio su rabia lo fue abandonando.

Era tan tarde como para ser temprano en la mañana. De cuando en cuando encontraban un automóvil solitario en las calles desiertas de la capital. No había policía, ni ladrones, ni a quienes robar. Pronto saldrían los trolleybuses.

El conductor seguía echando ojeadas al coronel; debía decidir adonde ir, después de todo. Conducía hacia la puerta de Myasnitsky a lo largo de Sretensky y del boulevard Rozhrestvensky, en la esquina de Trubny, dobló por Neglinnaya. Pero no podía seguir dando vueltas así toda la mañana.

Yakonov miraba hacia adelante, completamente distraído, con los ojos fijos, sin ver.

Vivía en Bolshaya Serpukhovka. El conductor, calculando que la vista de los alrededores le sugeriría al coronel que se dirigía a su casa, decidió atravesar el río hacia Zamoskvarechye.

Bajó por Okhotny Ryad, dio vuelta en Manege, y volvió a través del yarmo, de la vacía Plaza Roja.

Las almenas de las paredes del Kremlin y las copas de los abetos junto a él, estaban manchadas con hielo. El asfalto estaba gris y resbaladizo. La niebla parecía querer desaparecer debajo de las ruedas.

Estaban casi a 200 metros de la pared, de las almenas, de los centinelas detrás de las cuales -como podían imaginarse- el Mayor Hombre sobre la tierra estaba terminando su solitaria noche. Pero ellos pasaron sin siquiera pensar en él.

Mientras dejaban atrás la Catedral de San Basilio y daban vuelta por el muelle del río Moscú, el conductor disminuyendo la marcha preguntó: -¿Quiere usted ir a su casa, camarada coronel?

Allí era precisamente adonde debería ir. Probablemente las noches que le quedaban por pasar en su casa eran menos que los dedos de sus manos. Pero lo mismo que un perro sale a morir solo, Yakonov debía irse a cualquier parte menos a su casa, con su familia.

El "Pobeda" se detuvo. Levantando las puntas de su grueso saco de piel mientras salía dijo al conductor: -Sí, hermano, vaya a su casa a dormir. Yo llegaré a la mía solo.

A veces llamaba "hermano" al conductor, pero había tal acento en su voz que esta vez parecía que le estuviera diciendo adiós para siempre.

Una sábana de niebla cubría el río Moscú desde la punta del muelle. Sin abotonarse el saco, y con su alto gorro de coronel echado a un lado, Yakonov, resbalando, siguió su camino por el muelle.

El conductor deseó llamarlo, seguir junto a él, pero pensó para sí. Con un rango como el suyo no irá sin duda a tirarse al río. Se dio vuelta y se dirigió a su casa.

Yakonov bajó por un largo ensanche del muelle donde no hay intersecciones de calles, una especie de juntura de madera sin fin a su izquierda, con el río a su derecha. Caminó en medio del asfalto, con la vista fija en las luces distantes de la calle. Cuando se hubo alejado una cierta distancia, sintió que su solitario paseo fúnebre le estaba dando la simple satisfacción que no había experimentado en mucho tiempo.

Cuando fue citado por segunda vez por el ministro, la situación ya no tenía remedio. Sintió como si el universo se le hubiera desplomado. Abakumov se había enfurecido como una bestia enloquecida. Lo había golpeado en los pies, persiguiéndole por toda la pieza, insultándole, escupiéndole, extraviado, y, con toda la intención de hacerlo sufrir, golpeó a Yakonov en su suave y blanca nariz, que comenzó a sangrar.

Había declarado que Sevastyanov sería degradado de su rango al de teniente y enviado a los bosques del Ártico. Rebajó a Oskólupov a guardia ordinario de nuevo, para servir en la cárcel de Butyrskaya, donde había iniciado su carrera en 1925. Y Yakonov, por engaño y sabotaje, sería arrestado y enviado con *over-hall* azul al TAREA SIETE bajo órdenes de Bobynin, para trabajar en el interruptor con sus propias manos.

Entonces, tomando aliento, le dio otra oportunidad, la última: 22 de enero, el día del funeral de Lenin.

La grande insípida oficina oscilaba ante los ojos de Yakonov. Trató de secar su nariz con un pañuelo. Permaneciendo en pie, indefenso ante Abakumov, pensando en los tres seres humanos con quienes solía pasar no más de una hora al día, pero por quienes había

trepado y luchado y agradado al dictador durante todo el resto de sus horas de vigilia: sus dos hijos, de ocho y nueve años, y su mujer, Varyusha, lo más querido para él porque tan tarde se había casado con ella. A la edad de treinta y seis años, justo enseguida de abandonar el lugar adonde el puño de acero del ministro acababa de enviarlo de nuevo.

Entonces Sevastyanov llevó a Oskolupov y a Yakonov a su oficina y los amenazó con ponerlos detrás de rejas; él no toleraría ser rebajado y enviado al Ártico.

Después de esto fue Oskolupov quién se llevó a Yakonov a su oficina y allí estableció con perfecta claridad que había conectado por fin la pasada prisión de Yakonov con su sabotaje actual.

Yakonov se acercó a la alta baranda del puente a través del río Moscú. No intentó dar la vuelta ni trepar a él, sino que caminó por debajo a través de un viaducto por dónde estaba patrullando un policía.

Sospechoso, el policía contemplaba al extraño borracho con anteojos y alto gorro de piel de coronel.

Era el lugar donde el río Yauza se derrama en el Moscú. Yakonov cruzó el puente bajo, tratando de darse cuenta dónde estaba.

Un juego mortal había comenzado, y su fin estaba próximo. Yakonov lo sabía, sentía ya, aquel insensato, insoportable empuje de cuando la gente está cansada y enloquecida por la arbitrariedad, crispada, en el límite de lo imposible. Fue un estrujón. .. más fuerte... más. . . más todavía.... un ascenso extra... una labor competitiva. .. llenar una meta más rápido... Cuando las cosas se hacen de esta manera, las casas no se tienen en pie, los puentes saltan, las construcciones se derrumban, la cosecha se pudre, raíces podridas o las semillas crecen del todo. Pero hasta que no asoma la gran verdad

de que no se puede pedir el superhombre a un ser humano, aquellos atrapados en el vértigo no tienen más remedio que seguir en él a menos de caer enfermos, cogidos y heridos en el engranaje, tener un accidente e ir entonces al hospital o al sanatorio.

Siempre, hasta ahora, Yakonov se había arreglado para trepar con agilidad librándose de las situaciones irrevocablemente fracasadas por el apresuramiento dentro de otras que fueran más calmas y más asentadas en las etapas tempranas.

Pero esta vez, esta única vez, sintió que no podía salir. Resultaba imposible apurar de esta manera la instalación del teléfono secreto. No había escapatoria alguna.

Era muy tarde para declararse enfermo.

Estaba parado cerca de la baranda y miraba abajo. La neblina estaba sobre el hielo, sin ocultarlo, directamente debajo de donde éste se derretía; Yakonov podía ver el agujero negro del agua que se movía.

La fosa oscura del pasado -la prisión, abierta de nuevo delante de él- lo atraía.

Yakonov consideraba los seis años que había pasado allí una desgracia enloquecedora, una plaga, una vergüenza, el mayor fracaso de su vida.

Hecho prisionero en 1932 cuando era un joven ingeniero en radio, que había sido enviado por dos veces a un puesto en el extranjero (fue por causa de esos nombramientos en el extranjero que lo habían arrestado).

Estuvo entre los primeros zeks, quienes de acuerdo con el concepto de Dante componían una de las primeras *sharashkas*.

¡Cómo deseaba olvidar su prisión pasada! Y hacer que otros lo olvidaran, además. Y hacer que el destino lo olvidara. Cómo se había

mantenido lejos de quienes le recordaran aquel tiempo desdichado, que lo había conocido como un prisionero.

Bruscamente retrocedió, cortó a través del muelle y comenzó a trepar el risco cuesta arriba. Un buen trecho de riel orillaba la valla del proyecto de otra nueva construcción; estaba acolchonado con hielo pero no era muy resbaladizo.

Solamente el fichero central de la MGB sabía ahora y entonces que los ex-zeks se ocultaban en uniformes MGB. Dos, además de Yakonov, estaban en el Instituto Mavrino.

Yakonov cuidadosamente los evitaba, tratando de no mantener conversación con ellos, excepto en cosas de trabajo y nunca se quedaba con ellos solo en la oficina, para que nadie se hiciese una falsa idea.

Uno de ellos -Kmyazhmetsky, un químico, profesor de setenta años, estudiante favorito de Mendelejev- había completado su término de diez años. Entonces y en vista de una larga lista de méritos científicos, fue enviado a Mavrino como empleado libre y trabajó allí durante tres años después de la guerra, hasta que el latigazo del silbante decreto de "Reforzamiento de la Retaguardia" lo derribó. Una vez, a la tarde, fue citado por teléfono ante el ministro y no regresó. Yakonov lo recordaba descendiendo las escaleras alfombradas de rojo del instituto, moviendo su plateada cabeza temblorosa, sin comprender todavía por qué lo citaban por "media hora". Mientras detrás de él, en lo alto de la galería que llevaba a la escalera, un oficial de seguridad de la Shikin se valía de su cortaplumas para arrancar la fotografía de la lista de honor del boletín del tablero.

El segundo fue Altynnov. No era un científico famoso, sino simplemente un hombre de empresa. Después de su primer término se había mostrado reticente, caviloso, con la desconfianza cerril típica

de la tribu de los detenidos. Tan pronto como el Decreto "Reforzamiento de la Retaguardia" comenzó a hacer sus primeras barridas por los barrios, que formaban anillo en torno de la capital, Altynnov simuló desarreglos cardíacos y fue admitido en una clínica de enfermedades del corazón. Lo simuló tan de verdad y por tan largo tiempo que los médicos no tuvieron más esperanza de salvarlo. Sus amigos cesaron sus cuchicheos, comprendiendo que su corazón gastado por tantos años de astucia, simplemente no daba más.

De este modo, Yakonov, ya predestinado desde el año anterior por haber sido un zek, estaba ahora doblemente sentenciado como saboteador.

La fosa llamaba a sus hijos de regreso.

Yakonov hizo su camino hacia arriba del lote libre, sin darse cuenta de dónde iba, ni notar la pendiente. Finalmente, falto de aliento tuvo que detenerse. Sus piernas estaban cansadas, sus tobillos tensos de hacer fuerza por lo desigual del suelo.

Desde el alto lugar que había escalado, miró entonces en torno de él, con ojos que recién percibían lo que miraban, y trató de hacer cuentas acerca de dónde estaba.

En la hora desde que dejó su coche, la noche se había vuelto mucho más fría; y casi había pasado. La niebla desaparecía. El suelo bajo sus pies estaba salpicado de pedazos de ladrillos y vidrios rotos, había un galpón o una casilla inclinada cerca de él. Más abajo estaba la valla a lo largo de la cual había caminado rodeando la gran área donde las construcciones no habían sido iniciadas. Aunque no nevaba, todo aparecía blancuzco por la escarcha.

Aquella colina tan próxima al centro de la capital, sugería una extraña desolación. Blancos peldaños ascendían, siete primero; después se detenían para recomenzar.

Algún sombrío recuerdo hizo temblar a Yakonov a la vista de esos peldaños blancos sobre la colina. Perplejo ascendió entonces por ellas, luego por el montículo de escoria asentada, y otra vez por los peldaños, hacia adelante. Ellos conducían a una construcción, confusamente delineada en la oscuridad, una construcción de forma extraña, que parecía en ruinas y al mismo tiempo entera. ¿Eran ruinas de los bombardeos? Pero no habían quedado tales ruinas en Moscú. Otras fuerzas las habían visitado en aquel lugar. ¿Qué otra fuerza los llevó a este estado de destrucción?

Un descanso de piedra separaba cada tramo. Y ahora unos grandes fragmentos obstruían la subida. Los peldaños llevaban a un edificio en pendiente como la entrada de una iglesia.

Terminaban allí en las puertas de hierro, cerradas, completamente hundidas hasta lo hondo como por una costra de pedregullo.

¡Ahora sí! El recuerdo atravesó a Yakonov como un relámpago. Miró alrededor. El río, la línea ondulante de las luces, herían desde muy abajo, esta extraña franja familiar que desaparecía bajo el puente para proseguir más allá hacia el Kremlin.

¿Y el campanario? No estaba. ¿Y aquella columna de piedra? ¿qué había quedado de todo aquello?

Los ojos grises de Yakonov se agrandaron. Miró de soslayo. Se sentó lentamente sobre los fragmentos de piedra que se amontonaban en desorden delante del pórtico.

Veintidós años antes, él se había sentado en ese mismo lugar con una joven llamada Agniya.

LA IGLESIA DEL MÁRTIR NIKITA

Pronunció en voz alta su nombre -Agniya- fue como una bocanada de aire fresco, sensaciones olvidadas desde hacía mucho tiempo, que habían conmovido en mitad de su edad su cuerpo bien alimentado.

Tenía veintiséis años y ella veintiuno.

Esta muchacha parecía no pertenecer a esta tierra. Fue su desgracia ser superior y exigente en grado mayor al que permite al hombre vivir. A veces sus cejas y las ventanas de su nariz latían como alas al hablar. Nadie se había dirigido nunca tan severamente a Yakonov, nadie, le había vituperado más duramente por actos que a él le parecían comunes, y que ella, asombrosamente, consideraba bajos e inferiores. Y cuanto más defectos hallaba en Antón, más se ligaba él a ella. Era algo muy extraño. Solamente se le podía discutir con gran cautela. Era tan frágil que podía quedar exhausta con sólo escalar una colina, una carrera, y hasta con una conversación animada. Era fácil ofenderla.

No obstante encontraba fuerzas para caminar por el bosque día a día aunque, cosa bastante curiosa, aquella muchacha de ciudad nunca llevaba consigo libros. Los libros la hubieran distraído de la floresta. Ella simplemente vagaba por allí, y se quedaba sentada estudiando los secretos del bosque. Cuando Antón la acompañaba, se sentía ensimismado ante sus observaciones: -¿por qué la vara de abedul se inclinaba hacia la tierra? ¿por qué en el bosque las hojas cambiaban de color al caer la tarde?- Por sí solo no se daba cuenta de

estas cosas; el bosque era el bosque, el aire era delicioso y allí todas las cosas eran verdes. Ella evitaba siempre describir la naturaleza a la manera de Turgueniev, cuya superficialidad la ofendía.

-Arroyo del bosque -así la llamaba Yakonov en el verano de 1927, que pasaron en las villas vecinas. Salían y regresaban juntos y todos los tomaban por novios.

Pero las cosas sucedieron de manera muy diferente.

Agniya no era ni linda ni fea. Su rostro era cambiante: podía mostrarse encantadora y sonriente, o podía estar con la cara larga, cansada, inatractiva. Era más alta de lo común, esbelta y frágil; su andar era tan ágil que parecía que no tocaba la tierra casi. Y aunque Antón tenía ya experiencia, y valoraba la carne en el cuerpo de una mujer, Agniya lo atraía con algo diferente, no con su cuerpo. Y estaba seguro que también podía gustarle como mujer, que ella florecería.

Pero, en tanto que se mostraba contenta de pasar los largos días de verano con Antón, caminando sonriente, millas en lo más hondo del bosque, echándose a su lado sobre la hierba, solamente con violencia le dejó que tomara su brazo. Cuando él lo hizo le preguntó:

-¿Y esto por qué? -y trató de desasirse. Y no era porque la embarazasen la presencia de otras gentes, porque cuando se aproximaban a un grupo, como concesión a su vanidad, caminaba complaciente del brazo de él. Diciéndose a sí misma que estaba enamorado, un día decidió confesarle su amor, cayendo a sus pies sobre la hierba. -¡Qué tristeza! -dijo ella-, siento que te voy a decepcionar. No puedo contestarte. Yo no siento nada. Es por eso que no deseo seguir viviendo. Eres inteligente y maravilloso, y sería feliz, pero no deseo vivir.

Habló de este modo pero, cada mañana lo esperaba mirando cuidadosamente si se producía algún cambio en su rostro o en su actitud.

Habló de este modo, pero dijo cosas distintas también: -Hay un montón de muchachas en Moscú. En el otoño encontrarás una que sea hermosa, y dejarás de sentirte enamorado de mí.

Le permitió que la abrazara y hasta que la besara, pero cuando lo hizo, los labios de ella y sus manos quedaron muertas.

-¡Qué difícil es! -se lamentaba-. Yo creía que el amor era como la llegada de un ángel de fuego. Tú me amas y nunca encontraré alguien que más me agrade, y sin embargo, esto no me hace feliz. No deseo vivir de manera alguna.

Algo infantil había detrás de ella. Temía los misterios que ligan al hombre y a la mujer en el matrimonio y con voz caída, ahogada, preguntaba -¿No podríamos suprimirlo? -Antón le respondía excitado -¡Pero esto no es lo más importante después de todo! Es solamente algo que acompaña la comisión espiritual. Entonces por la primera vez sus labios se movieron débilmente en un beso, y dijo -Gracias. De otro modo ¿cómo, podría alguien desear vivir sin amor ? Pienso que empiezo a quererte. Trato realmente de hacerlo.

Aquel mismo otoño estaban hablando una tarde temprano a lo largo de las calles de Taganka, cuando dijo Agniya en un silbido de voz, muy difícil de oír con el ruido de la ciudad -¿Te gustaría que te enseñase uno de los lugares más hermosos de Moscú?

Lo condujo sobre un vallado que rodeaba una pequeña iglesia de ladrillo, pintada de blanco y rojo, cuyo santuario, con su altar mayor, estaba escondido en una tortuosa callejuela sin nombre. Dentro del vallado había solamente un estrecho camino que rodeaba la pequeña iglesia para procesión de la cruz, apenas del ancho necesario para que

el sacerdote y el diácono pudieran caminar uno al lado del otro. A través de las altas ventanas de la nave podían verse, muy en el fondo, las apacibles llamas de las velas del altar y las lámparas de color del icono. De un lado, dentro del vallado, crecía un ancho y viejo roble, más alto que la iglesia. Sus ramas, casi amarillas, sobrepasaban la cúpula y el lado de la calle, dando la impresión de que la iglesia fuera más pequeñita aún.

-Esta es la iglesia del Mártir Nikita -dijo Agniya.

-Pero no es el sitio más hermoso de Moscú.

-Espera un poco.

Lo condujo a través de la puerta al patio de piso de piedra que estaba cubierto de hojas amarillas y naranjas. A la sombra del viejo roble había un campanario en forma de tienda de campaña. La torre y una pequeña casa adosada a la iglesia tapaban casi el sol ya poniente. Las dobles puertas de hierro del vestíbulo norte estaban abiertas y una anciana mendiga parada allí se santiguó en medio de los cantos de vísperas que salían de adentro.

-Esta iglesia fue famosa por su belleza y su esplendor, -le susurró Agniya, poniendo su hombro muy próximo del suyo.

-¿De qué siglo es?

-¿Para qué quieres saber el siglo? ¿No es maravillosa?

-Muy hermosa, sin duda, pero no...

-Entonces imira! -dijo Agniya, soltándose de su brazo y tomándolo de la mano Agniya lo llevó rápidamente a la puerta mayor. Salieron fuera de la sombra a una zona de luz del sol poniente, y se sentaron sobre el parapeto bajo de piedra, donde terminaba la muralla.

Antón recuperó su respiración. Era como si hubieran emergido súbitamente de la populosa ciudad sobre una altura con ancha vista

abierta a la distancia. Una larga escalera de piedra blanca salía fuera del pórtico y se abría en muchos radios sobre la tierra; hacia abajo de la colina, sobre el río Moscú. El río parecía llamear en el atardecer. Sobre la izquierda el Zamoskvorechye irradiaba enceguecedores reflejos amarillos desde los vidrios de sus ventanas, y debajo, a casi un pie, la negra chimenea de la planta de la Usina Eléctrica de Moscú arrojaba humo sobre el cielo del poniente. En el río Moscú desembocaba el brillante Yauza; más allá, a la derecha del ensanche, el Hospital Foundling; y detrás se alzaba el agudo contorno del Kremlin. Más allá todavía, las cinco cúpulas de oro de la Catedral de Cristo Salvador, llameaban al sol.

En aquella claridad dorada, Agniya, con un chal amarillo sobre los hombros, pareciendo dorada ella también, se sentó mirando al sol.

-¡Sí, esto es Moscú! -dijo entusiasmado Antón.

-¡Qué bien elegían los antiguos rusos los lugares para las iglesias y los monasterios! -dijo Agniya, con voz quebrada. -He viajado por el Volga, y más allá de Oka. En todas partes han construido en los sitios más majestuosos.

-Sí, esto es Moscú, -repitió Antón.

-Pero está desapareciendo, Antón, -dijo Agniya-, ¡Moscú está desapareciendo!

-¿Qué quieres decir con desapareciendo? Eso no tiene sentido.

-Ellos van a echar esta iglesia abajo. -insistió Agniya.

-¿De dónde sabes que van a echarla abajo? -dijo él enojándose.

-Es un monumento arquitectural, ellos lo dejarán. Miró hacia la pequeña torre en forma de tienda, donde las ramas del roble casi tocaban la campana.

-¡Ellos la echarán abajo! -predijo Agniya con convicción, sentada como inmóvil con su chal amarillo en la luz amarillenta.

No solamente su familia no había criado a Agniya creyente, sino que en el pasado, cuando se estaba obligado a ir a la iglesia; su madre y su abuela no iban, ni observaban ningún rito, no tomaron la comunión, eran arrogantes con los sacerdotes y ridiculizaban la religión, porque había aceptado con tanta facilidad la servidumbre. Su abuela, madre y tía tenían sus propias creencias; estaban siempre del lado de los que fuesen oprimidos, arrestados, perseguidos por las autoridades. Su abuela, evidentemente era conocida por todos los revolucionarios de Moscú, porque les dio asilo en su casa y los ayudó en todas las formas que pudo. Sus hijas ayudaron escondiendo a fugitivos de la Social Revolucionaria y de la Social Demócrata. La pequeña Agniya estaba siempre del lado del conejo que debía ser cazado, o del caballo que era castigado. Al crecer, se volvió, con sorpresa de sus mayores, hacia la iglesia, puesto que se suponía que era perseguida.

Hubiera ella comenzado por allí a creer en Dios o se hubiera obligado a sí misma a creer; de todos modos insistía en que era innoble esquivar a la iglesia, y con horror de su madre y de su abuela comenzó a asistir a los oficios y poco a poco a penetrarse de ellos.

-¿De dónde sacas que persiguen a la iglesia? -le preguntó asombrado Yakonov. Nadie les impide que hagan sonar sus campanas; pueden cocinar su pan de la Comunión de la manera que les plazca; tienen sus procesiones con la Cruz, solamente nada tienen que ver con asuntos civiles ni con la educación.

-Desde luego que se la persigue, -objetaba Agniya-, siempre con reposo y suavemente. Si hablan contra la iglesia fuera de ella, publican lo que se les da la gana contra ella y no le permiten defenderse, cuando hacen el inventario fraguado de las propiedades religiosas y exilian a los sacerdotes, ¿eso no es persecución?

-¿Dónde has visto tú que se los exilie?

-No en las calles, por cierto.

-Aunque fueran perseguidos, -insistía Yakonov-, eso querría decir que habrían sido perseguidos por diez años. Y ¿cuánto tiempo persiguió la Iglesia? ¡Diez centurias!

-Yo no vivía entonces, -decía Agniya sacudiendo sus estrechos hombros. En cambio vivo ahora, y veo lo que ocurre durante mi propia vida.

-¡Pero tú debes conocer tu historia! ¡La ignorancia no es una excusa! ¿Nunca se te ocurrió pensar cómo se manejó la Iglesia para sobrevivir 250 años del yugo tártaro?

-Eso podría significar que la fe se hacía más honda, aventuró ella, ¿O era la ortodoxia espiritualmente más fuerte que el Islam?, -preguntó sin afirmar.

-¡Eres una fantasiosa! ¿Nuestro país fue siempre cristiano en su alma? ¿Piensas realmente que durante los mil años de existencia de la Iglesia, el pueblo de verdad perdonó a sus opresores? ¿O que ellos aman a aquellos que nos odiaban? Nuestra iglesia duró porque después de la invasión Metropolitana, Cirilo, antes que ningún otro ruso, vino y se inclinó ante el Khan y le pidió protección para el clero. ¡Fue con la espada tártara que el clero ruso protegió sus tierras, sus siervos, y sus servicios religiosos! Y de hecho, el Metropolitano Cirilo estaba en lo cierto, era un político realista. Esto era justamente lo que tenía que hacer. Esta es la única manera de vencer.

Cuando Agniya era presionada, no discutía. Miró a su novio con nuevo asombro.

-Así fue como todos aquellos hermosos templos con sus espléndidas ubicaciones fueron construidas, -gritó Yakonov. -Y los cismáticos fueron quemados vivos. Y los miembros de las sectas que

disentían, torturados hasta morir. ¡Así que tú has encontrado quien tenga piedad, de la iglesia perseguida!.

Se sentó junto a ella sobre la tibia piedra del parapeto calentada por el sol.

-De todos modos eres injusta con los bolcheviques. No te has tomado el trabajo de leer sus libros más importantes. Ellos tienen gran respeto por la cultura del mundo. Consideran que nadie debe tener poder arbitrario sobre otra persona, creen en el reino de la razón. ¡La cosa más importante es que ellos están por la igualdad! ¡Imagínala: universal, completa, absoluta igualdad! Nadie tendrá privilegios que otros no tengan, nadie ventajas en rentas o en estatus. ¿Puede una sociedad ser mejor que ésta? ¿Es que esto no vale realmente todos los sacrificios?

Aparte de lo deseable que fuese esta sociedad, el nivel social de Antón hacía esencial para él unirse a ello tan pronto y tan efectivamente como fuese posible, mientras no fuese demasiado tarde.

-Y estas afectaciones van solamente a bloquear tu camino hacia el instituto de cualquier modo. ¿De qué te servirán tus protestas? ¿Qué puedes hacer acerca de esto?

-¿Qué ha hecho siempre una mujer? Ella enroscó sus hermosas trenzas -lucía trenzas en un tiempo en que nadie las llevaba, cuando todas usaban el cabello corto. Las llevaba solamente porque era lo contrario aunque no le hubieran sentado. Una le cayó sobre la espalda, la otra sobre el pecho.

-Una mujer no puede hacer otras cosas que cuidar al hombre para que él realice grandes cosas. Aun una mujer como Natacha Rostov. Por esto no la puedo soportar.

- ¿Por qué? -preguntó sorprendido Yakonov,

-¡Por qué no le permitió a Pierre unirse a los decembristas! -Y su voz se quebró de nuevo.

-Bueno, ella estaba hecha para dar tales sorpresas.

El diáfano chal amarillo se deslizó de sus hombros y quedó colgado de sus brazos como un par de finas alas doradas.

Con sus dos manos Yakonov la tomó por los codos como si temiera rompérselos.

-¿Y tú lo hubieras dejado ir?

-Sí, -dijo sencillamente Agniya.

Él mismo no podía pensar en ninguna gran hazaña para la cual necesitara el permiso de Agniya. Su vida era muy activa, su trabajo interesante y él los impulsaba cada vez más arriba.

Delante de ellos pasaban los marineros que salían retrasados de las embarcaciones. Se persignaron en la puerta abierta de la iglesia. Entraron en el atrio. Los hombres se despojaron de sus capas. Parecía que hubieran muchos menos hombres que mujeres, y nadie joven.

-¿No tienes miedo de que te vean cerca de una iglesia? -preguntó Agniya sin intención, pero resultando intencionada al mismo tiempo.

Aquellos eran años en que ser visto cerca de una iglesia por algunos camaradas podía resultar peligroso. Yakonov encontró que era ponerse muy en evidencia.

-Ten cuidado, Agniya, -le dijo cautelosamente comenzando a irritarse. Debe reconocerse lo que es nuevo a tiempo antes de que sea demasiado tarde, pues cualquiera que falle al hacerlo quedará infaliblemente atrás. Eres atraída por la iglesia porque esto da aliento a tu indiferencia por la vida. Una vez por todas, debes despertar y obligarte a interesarte en algo, aunque no sea sino por el proceso de la vida misma.

Agniya levantó la cabeza, y su mano luciendo el anillo de oro de Yakonov cayó apenas. Su cuerpo infantil pareció huesudo y terriblemente delgado.

-Sí, sí, -dijo con un hilo de voz-. Admito que a veces es muy duro para mí vivir. No lo deseo. El mundo no necesita de gente como yo.

Él mismo se sentía roto por dentro. ¡Ella hacía todo lo posible para matar su atracción por él! El coraje de Antón para llevar adelante su compromiso y casarse con Agniya se debilitaba.

Ella lo miró con una mirada de curiosidad, sin sonreír.

-Con todo es fea, -pensó Antón.

-Fama y éxito te aguardan con toda seguridad y prosperidad final, -le dijo tristemente-, pero *¿serás feliz Antón?* Ten cuidado. La gente que se interesa en el *proceso* pierde. .. pierde. .. ¿Pero, qué puedo decirte? Sus dedos marcaban su esfuerzo por hallar las palabras y el tormento de su búsqueda se ponía de manifiesto en lo penoso de su imperceptible sonrisa. -Allí las campanas terminaron de sonar, y no volverán; allí estaba toda la música. ¿No lo comprendes?

Lo convenció de que entrara. Bajo los arcos macizos de una galería cuyas pequeñas ventanas se alzaban al estilo de la antigua Rusia, la iglesia rumoreaba. Un arco bajo abierto sobre la galería conducía a la nave, a través de las estrechas ventanas de la cúpula, el sol poniente llenaba la iglesia de luz, haciendo brillar el dorado de los iconos y de la imagen de mosaicos del Señor de los anfitriones.

Habían pocos fieles. Agniya puso la delgada vela en el candelabro de bronce y, apenas persignándose, quedó austeramente de pie, con las manos juntas sobre el pecho casi sin persignarse, mirando fijamente a lo lejos, en la entrada. La baja luz del atardecer y el brillo naranja de los candelabros devolvían vida y calidez a sus mejillas. Eran dos días antes del nacimiento de la Madre de Dios, y

una larga letanía se cantó en alabanza de ella. La letanía era infinitamente elocuente, los atributos y elogios de la virgen María corrían como un torrente, y por primera vez Yakonov comprendió el éxtasis poético de la plegaria. Ninguna pedante iglesia desalmada había escrito aquellas letanías, sino algún gran poeta desconocido, algún prisionero en un monasterio, conmovido, no por la lujuria de un cuerpo de mujer, sino por un arrebató más alto del que ella puede arrancar de nosotros.

Yakonov despertó de su sueño. Estaba sentado en el pórtico de la iglesia del mártir Nikita sobre un montón de fragmentos confusos, ensuciando su saco de piel.

Sin ningún motivo razonable había bordeado la torre en forma de tienda de campaña y las escaleras que descendían al río. Era increíble que aquel atardecer de diciembre estuviera desfalleciendo sobre, las mismas yardas de tierra de Moscú donde ellos habían estado aquella tarde soleada. La vista desde la colina era igualmente distante y las riberas del río marcadas por las luces eran exactamente las mismas.

Pronto, después de aquella tarde, él había salido para su misión en el extranjero. Al regreso le habían dado un artículo periodístico para escribir -o más bien para firmar- acerca de la desintegración del oeste, de su sociedad, de su moralidad, de su cultura, acerca de la pobre condición de su inteligencia y de la imposibilidad de su ciencia de producir algún progreso. No era la completa verdad, pero no era tampoco una total mentira. Los hechos existían, aunque había otros factores también. La hesitación de Yakonov podía haber despertado sospechas, dañado su reputación. Después de todo, ¿a quién heriría aquel artículo?

El artículo se publicó.

Agniya le devolvió su anillo por correo, envuelto en un pedazo de papel sobre el cual estaba escrito: "Para el Metropolitano Cirilo".

Él sintió alivio.

...Se levantó y, en pie, tan derecho como podía, se asomó a una de las pequeñas ventanas con rejas de la galería.

Olía a ladrillo, tosco, frío y húmedo. Lo que había adentro era indefinido: un montón de piedras rotas y basura.

Yakonov se alejó de la ventana; el latido de su corazón se hacía más lento y se recostó contra el marco de la mohosa puerta que no se había abierto desde hacía muchos años.

De nuevo el frío pesado de la amenaza de Abakumov lo conmovió.

Yakonov estaba en la cima de su poder visible. Había alcanzado el alto rango de un poderoso ministerio. Era inteligente, talentoso -y considerado como tal-. Su amorosa mujer lo esperaba en su hogar. Sus queridos niños dormían en sus pequeños lechos. Tenía un excelente departamento en un antiguo edificio de Moscú. Habitaciones con cielorraso y balcón, su salario mensual se calculaba en miles. Un coche Pobeda para su uso, que no hacía sino esperar su llamado. Sin embargo, estaba recostado con sus brazos apoyados sobre piedras muertas, y no quería seguir viviendo. Todo estaba tan sin esperanzas dentro de él que no tenía fuerzas para moverse.

La luz estaba aumentando.

Había una solamente pureza en el festivo aire helado. Abundantes agujas de escarcha rellenaban las anchas raíces del tronco del roble, las cornisas de las casi ruinas de la iglesia, las orejas de sus ventanas, los hilos eléctricos que conducían a la casa próxima, y, por debajo del ensanche el largo cerco circular que rodeaba la construcción del solar de un futuro rascacielo.

ASERRANDO LEÑA

La luz aumentaba.

La capa de agujas de escarcha cubrían no sólo el cerco de la zona y de la pre-zona del área, sino también del alambrado de púa, retorcido en veinte hilos formando sus puntas miles de estrellas y empotrado dentro de una talla de la costa; el techo en pendiente del miradero y los altos muros de maleza de la tierra libre más atrás de los hilos.

Dimitri Sologdin miraba con ojos muy abiertos aquel milagro y sintió delicia al hacerlo. Estaba de pie cerca del caballete para aserrar leña. Llevaba un saco acolchado sobre un overol azul; su cabeza estaba desnuda y sus cabellos mostraban los primeros mechones grises. Era un insignificante esclavo y no tenía derechos. Había sido hecho prisionero hacía ya doce años, pero después de la segunda sentencia, no había final en la prisión para él. La juventud de su mujer se había extinguido en inútil espera. De tal manera, para no ser despedida de su trabajo actual como varias veces ya lo había sido de otros, ella había mentido, diciendo que su marido no existía, terminando toda correspondencia con él. Sologdin no había visto nunca a su único hijo. Su mujer estaba embarazada cuando él fue arrestado. Sologdin había sobrevivido a los bosques de Cherdynnks al norte de los Urales, y a las minas de Vorkuta más allá del Círculo Ártico, y a dos procesos, el primero, que duró medio año y uno el segundo. Había tenido insomnios, agotamiento, pérdida de fluidos corporales. Hacía mucho tiempo que su nombre y su futuro se habían fundido completamente

en el barro. Su propiedad personal era un par de pantalones gastados, guardados ahora en el depósito, en espera de tiempos peores hacia adelante. Como todo dinero, recibía treinta rublos por mes, no en moneda. Podía respirar aire puro sólo a ciertas horas fijas, permitidas por el administrador de la cárcel.

A pesar de todo había una inviolable paz en su alma. Sus ojos brillaban como los de los jóvenes. Su pecho desnudo a la helada se alzaba con la plenitud de la juventud.

Sus músculos, que se habían vuelto como hilos secos durante las etapas de los procesos, se habían desarrollado de nuevo, sólidos y anhelantes por actuar. Por esto voluntariamente y sin ninguna compensación, venía cada mañana a aserrar y hachar leña para el fuego de la cocina de la cárcel.

No obstante, el hacha y la sierra -armas terroríficas en manos de un zek- no le eran confiadas tan simplemente. La administración de la cárcel que obligada por su paga a sospechar perfidia en los actos más inocentes de los zeks, juzgando a los otros por ella misma, no podía creer que una persona quisiese de buena voluntad realizar un trabajo por nada.. Por lo tanto, Sologdin fue sospechado seriamente de preparar una evasión o un levantamiento armado. Una orden se expidió para apostar un guardián a una distancia a cinco pasos, mientras Sologdin trabajaba, de manera que pudiese vigilar cada movimiento que él hiciera y a la vez quedar inalcanzable para ser atacado con el hacha. Había gente capaz para este peligroso trabajo, y la relación en sí -un guardián por trabajador- no pareció extravagante en una administración adoctrinada en los buenos valores morales del GULAG. Pero Sologdin se puso testarudo, lo que no hizo sino aumentar las sospechas. Declaró con intemperancia que no trabajaría en presencia de un guardián personal. Por un tiempo el corte de leña

para el fuego paró. El director de la prisión no podía obligar a trabajar a los zeks -no era un campo y los zeks estaban ocupados en un trabajo intelectual independiente de su jurisdicción-. El problema básico era que los oficiales proyectistas y las oficinas de cuentas no habían tomado las providencias para que el ayudante de cocina hiciera esta clase de trabajo. Por otra parte las empleadas mujeres, libres, que preparaban la comida de los prisioneros, se rehusaban a cortar leña porque no se les pagaba para eso. La administración ensayó el envío de los guardianes que gozaban de descanso para que realizaran este trabajo fuera de hora, interrumpiendo sus juegos de dominó en la sala de guardia. Se trataba de muchachones que habían sido escogidos por su buena salud; sin embargo, en el curso de sus años de servicio en la guardia, evidentemente perdían su habilidad para trabajar -les dolían las espaldas, y el juego de dominó los atraía-. Simplemente parecía que no podían cortar tanta leña como se necesitaba. Y al fin el director de la prisión tuvo que darse por vencido. Sologdin y otros prisioneros que fueron a trabajar con él -a menudo Nerzhin y Rubín- tuvieron permiso para cortar y aserrar sin vigilancia especial. De todos modos podían ser vistos desde la torre de guardia como si estuvieran al alcance de la mano y los oficiales de turno fueron instruidos para que mantuvieran el ojo alerta sobre ellos desde todos los rincones de alrededor.

Cuando la oscuridad se disipaba y las luces de las lámparas se apagaban con la luz del día, el conserje Spiridon aparecía en torno del edificio; llevando un saco verde y un gorro de piel con grandes orejas que parecían brotar de él. El conserje también era un zek, pero estaba bajo las órdenes del instituto de administración y no de la prisión. Solamente para evitar una disputa era que él afilaba el hacha y la sierra para la administración de la prisión. Cuando él se aproximó,

Sologdin se dio cuenta de que llevaba consigo la sierra que faltaba de su lugar.

A cualquier hora entre el despertar y el apagarse de las luces, Spiridon Yegorov caminaba sin escolta por el patio, custodiado por las ametralladoras. La administración había decidido dar este atrevido paso porque Spiridon era absolutamente ciego de un ojo y con solamente un treinta por ciento de visión en el otro. Aunque se suponía que había tres porteros en la *sharashka* según el cuadro de organización, desde que el patio consistía en varios patios conectados sobre un área total de casi dos hectáreas, Spiridon, que no lo sabía, cargaba con todo el trabajo y no lo pasaba mal. El mayor problema era que él comía allí, no menos de un kilo y medio de pan negro por día, pues se podía comer tanto pan como se quisiera, y los muchachos le dejaban además su kasha. Obviamente Spiridon había aumentado de peso y había mejorado de aspecto desde los tiempos de Sev Urallag, desde sus tres inviernos de leñador y sus tres primaveras de jangadas cuando acarreaba en brazos muchos miles de leños.

-¡Eh, Spiridon! -gritó Sologdin impaciente.

-¿Qué?

El móvil rostro de Spiridon, con sus bigotes rojizos, sus ojos grises, cejas y piel rojiza, a menudo tomaba una expresión de atención complaciente cuando alguien le hablaba como ahora. Sologdin no sabía que esta demostración de atención complaciente de parte de Spiridon era una señal de burla.

-¿Cómo qué? ¿Esa sierra no corta?

-¿Por qué no habría de cortar? -preguntó Spiridon sorprendido-. ¡Se ha quejado usted mucho este invierno! ¡Bueno, hagamos una demostración !

Y le pasó una de las manijas de la sierra.

Comenzaron a aserrar. Una o dos veces la hoja saltó del otro lado de la canaleta como si no quisiera calzar en ella, después mordió y agarró.

-La está agarrando muy fuerte, advirtió cautelosamente Spiridon. Tome la manija con tres dedos, como una lapicera y déjela andar donde quiera ir, con suavidad... Esta es la manera. Cuando vaya hacia usted, no la tiree.

Cada uno saboreaba su superioridad sobre el otro. Sologdin porque conocía mecánica teórica, resistencia de materiales, y muchos otros puntos científicos; Spiridon porque todas las cosas materiales le obedecían a él. Pero si Sologdin no escondía su condescendencia hacia el portero, Spiridon ocultaba la suya al ingeniero.

Aun cortando por el centro el grueso leño, la sierra no saltó, se puso a zigzaguear, a lo largo, salpicando el amarillo aserrín del pino sobre ambos hombres.

Sologdin se rió: -¡Eres un trabajador maravilloso, Spiridon! me confundes; has afilado la sierra ayer, y ¡lo demuestras!

Spiridon satisfecho, cantaba siguiendo el ritmo de la sierra: "come, come, mastica finito. Ella misma no lo traga, lo da a los otros".

Y con un golpe, rompió el leño antes de que estuviera completamente aserrado.

-No la afilé nada, -dijo, mostrando el filo de la sierra al ingeniero-. Mire usted los dientes. Son los mismos de ayer.

Sologdin examinó los dientes y efectivamente no encontró marcas frescas. Pero el pillo le había hecho algo a la sierra.

-Bien, Spiridon, sigamos aserrando un poco más.

-No, dijo Spiridon poniendo sus manos detrás. Estoy muerto de cansado. Todo lo que mis abuelos y bisabuelos no terminaron lo apilaron sobre mí. Y sus amigos estarán llegando.

De todos modos los amigos no vinieron.

Ya era de día. Una alegre mañana helada se encendía detrás. Toda la tierra y hasta las canaletas de los tejados estaban cubiertas de escarcha gris, que coronaba los tilos lejanos en el patio de ejercicios.

-¿Cómo entraste en la *sharashka*, Spiridon? -le preguntó Sologdin, indagando al portero.

En sus muchos años de campo Sologdin había tratado solamente con gente educada, y no suponía encontrar algo de interés hablando con alguien sin cultura.

-Sí, -dijo Spiridon, chasqueando sus labios. Siempre se agrupan juntas las gentes científicas y por casualidad caí acá yo también. Mi ficha dice que soy un soplador de vidrio. Y bien, alguna vez fui realmente un soplador de vidrio, un maestro soplador de vidrio de nuestra fábrica en Bryansk. Fue hace mucho tiempo, y ahora he perdido la vista y la clase de trabajo que hacía allí no tiene nada que ver con lo que hago ahora aquí. Aquí necesitan un soplador de vidrios hábil como Ivan. Nosotros nunca tuvimos uno como él en nuestra fábrica, jamás. Pero ellos me trajeron gracias a esta ficha, de todos modos. Así cuando yo llegué aquí, me miraron para ver qué era, y quisieron mandarme de vuelta, pero gracias al comandante me tomaron como portero.

Nerzhin apareció por una esquina viniendo en dirección del patio de ejercicios y del desolado edificio de un piso del cuartel del cuerpo de campo. Llevaba un saco acolchado sobre su guardapolvo desabotonado y una toalla de la dependencia estatal, (tan corta por eso) que casi le colgaba de un lado del cuello.

-Buenos días, amigos, saludó bruscamente, desvistiéndose mientras caminaba, mostrando su guardapolvo y sacándose afuera la camisa.

-Glebushka, ¿te estás volviendo loco? ¿Dónde ves algo de nieve?

-le preguntó Sologdin mirándolo de soslayo.

-Allá, -replicó Nerzhin sombríamente, encaramándose en el techo del sótano. Allí había una fina capa de lo que podía ser nieve o escarcha, y tomándola a manos llenas, Nerzhin comenzó a frotarse vigorosamente el pecho, la espalda y los costados. Todo el invierno se frotaba con nieve hasta la cintura, aunque si sucedía que los guardias estuvieran cerca, ellos le impedían.

-¡Te está saliendo vapor!, -le dijo Spiridon, sacudiendo la cabeza.

-¿Todavía ninguna carta, Spiridon Danilich? -preguntó Nerzhin.

-¡Sí la hay!

-¿Por qué no me la trajiste para que te la leyera? ¿Todo anda bien?

-Hay una carta pero no la pude conseguir. La serpiente la tiene.

-¿Myashing? ¿No te la quiso dar? Nerzhin detuvo sus masajes.

-Puso mi nombre en la lista pero el comandante me ha hecho alejar del desván en tiempo del despacho del correo. Así, en un momento dado me llegué hasta allí, pero la serpiente había terminado de repartir el correo. Ahora debo esperar hasta el lunes.

-¡Los bastardos! -rugió Nerzhin.

-Por esto es por lo que hay un demonio para juzgar a los curas, -dijo Spiridon con un gesto, mirando del lado de Sologdin, a quien no conocía muy bien.

-Bueno, sigo mi camino.

Y con las orejas de su gorro de piel volándole cómicamente de cada lado como orejas de murciélagos, Spiridon salió en dirección de la casa de guardia donde ningún zek, fuera de él tenía permiso de entrar.

-¡Eh, el hacha, Spiridon! ¿dónde está el hacha? -dijo Sologdin detrás de él.

-El oficial de guardia la traerá, -contestó Spiridon y desapareció.

-Bien, -dijo Nerzhin, con energías secándose el pecho y la espalda con la toalla. No le he gustado a Yakonov. Parece que mi actitud hacia el GRUPO SIETE es la del cadáver de un borrachín en la verja de Mavrino. Además de esto, propuso ayer que yo fuera trasferido al grupo criptográfico, y rehusé.

Sologdin levantó la cabeza y sonrió irónicamente, sus dientes firmes, redondeados, intactos, sin deterioros pero espaciados por los golpes brutales, brillaban entre su acicalado bigote gris rojizo y su barba.

-No estás actuando como un "calculador" sino como un "poeta".

Nerzhin no se sorprendió. Era una de las bien conocidas excentricidades de Sologdin -hablar en lo que él llamaba la lengua de la Máxima Claridad- sin hacer uso de lo que él llamaba "palabras pájaros", o "palabras de derivación extranjera". Era imposible saber cuándo jugaba o cuándo creía en sus rarezas. Con mucha energía, a veces arbitrariamente, a veces groseramente, retorció y daba vueltas, tratando de evitar en su discurso hasta palabras tan esenciales como "ingeniero" y "metal". En sus conversaciones durante el trabajo y con los amos trataba de seguir la misma línea y en ocasiones los hacía esperar hasta que no acertara con la palabra.

Esto habría sido imposible si Sologdin hubiera tratado de congraciarse con la administración, obtener trabajos más importantes, recibir una mejor ración de alimento. Pero justamente, era de otra manera que él hacía su camino. Por todos los medios posibles Sologdin evitaba las atenciones de las autoridades y el estímulo de sus favores.

De tal manera, en la *sharashka*, en medio de los zeks, Sologdin fue reconocido como un cabal excéntrico.

Tenía otras muchas extravagancias. Todo el invierno dormía bajo una ventana, insistía en tenerla abierta cualquiera fuese el frío. Y todavía para completar, estaba ese innecesario trabajo de cortar la leña cada mañana, en lo que había envuelto a Nerzhin y a Rubín. Lo principal era su particularidad de sostener una opinión incoherente sobre todos los temas, por ejemplo que la prostitución era un bien para la moral o que D'Anthés tenía razón en su duelo con Pushkin, opinión que él defendía con inspirado entusiasmo y a veces con éxito hasta cierto grado, brillando sus jóvenes ojos y mostrando en su sonrisa sus espaciados dientes por el rigor del campo.

Era imposible en ocasiones saber si estaba serio o bromeaba. Cuando se lo acusaba de arbitrariedad, reía a carcajadas. -¡Ustedes llevan una vida aburrida, señores! ¡No podemos tener todos los mismos puntos de vista y los mismos cánones! ¿Qué ocurriría? No habrían más discusiones, ni cambio de opiniones. ¡Hasta un perro se hastiaría!

Y usaba supuestamente la palabra "señores" en vez de "camaradas" porque, habiendo estado lejos de la libertad durante doce años, no recordaba cómo eran las cosas *allí*.

En ese mismo momento, Nerzhin, todavía medio desnudo, terminaba de secarse con su toallita.

-Sí, -dijo sin alegría-. Por desgracia, Lev tiene razón. Nunca seré un escéptico. Deseo tener una mano en los acontecimientos.

Se puso su camiseta, que era demasiado pequeña para él, y pasó sus brazos dentro de su over all.

Allí estaba Sologdin en pie, apoyado teatralmente contra el caballete, sus brazos cruzados sobre el pecho.

-Esto está bien, mi amigo. Su "agravada duda" -en el Lenguaje de la Máxima Claridad era la frase usual para decir escepticismo- debe ser abandonada algún día. Tú ya no eres más un muchacho. (Nerzhin era cinco años más joven que Sologdin). -Y debes definirte respecto de la función de lo bueno y de lo malo en la vida humana. Para hacerlo no hay mejor lugar que la prisión.

Las palabras de Sologdin sonaban llenas de entusiasmo, pero Nerzhin no se mostraba dispuesto a entrar en la gran cuestión primordial de lo bueno y de lo malo justo en ese momento. Colgó la húmeda, insuficiente, ordinaria toalla alrededor de su cuello como un echarpe. Encasquetó su gorro de oficial, una reliquia del frente que había llegado ya a abrirse en las costuras, se puso su saco acolchado, y dijo suspirando: -Todo lo que sabemos es que no sabemos nada.

Discípulo de Sócrates alzó la sierra, y ofreció la otra punta a Sologdin.

Se estaban enfriando, y se pusieron a aserrar con empeño. La sierra esparcía el polvo marrón de la corteza. Mordía con menos facilidad que cuando Spiridon la maniobraba, pero no obstante con eficacia. Los amigos habían aserrado juntos muchas mañanas, y el trabajo salía sin mutuas recriminaciones. Aserraban con la particular energía y celo que sobreviene cuando trabajar no es cuestión de necesidad.

Cuando comenzaron el cuarto leño, Sologdin, cuyo rostro se había puesto rojo y brillante, dijo abruptamente: -No agarres el nudo.

Después del cuarto leño, Nerzhin murmuró. -¡Está anudado el bastardo!

Con cada golpe de sierra un aserrín fragante, blanco y amarillo caía sobre los pantalones y los zapatos de los leñadores. El trabajo mesurado les aportaba paz y reordenaba sus pensamientos.

Nerzhin, que se había despertado de mal humor estaba pensando ahora que únicamente el primer año de campo pudo agobiarlo, que ahora tenía otra resistencia, y que despacio, con una comprensión de las profundidades de la vida, saldría una mañana a formar fila con su saco acolchado manchado de yeso o nafta y tenazmente se arrastraría a través de las doce horas diarias -y seguiría durante los cinco años que le quedaban hasta el final de su término-. Cinco años no son diez. Se puede durar cinco.

Pensó, también acerca de Sologdin, cómo había adquirido algo de su serena comprensión de la vida; cómo fue Sologdin quien particularmente había sido el primero en tocarle con el codo para hacerle pensar qué una persona no debería mirar la prisión como un castigo, sino también como una bendición.

Así era como corrían sus pensamientos mientras empujaba la sierra. No podía imaginar que su acompañante, tirando hacia sí la sierra en aquel momento, estaba pensando que la prisión era como una maldición sin remedio de la cual uno debía sin duda escapar un día.

Sologdin meditaba acerca del proyecto de ingeniería que había logrado elevar en total secreto durante los últimos pocos meses y particularmente en las últimas semanas. Eso le prometía la libertad. Pensó en el veredicto sobre su trabajo, que conocería después del almuerzo -no tenía duda de que iría a ser un éxito-. Con una especie de violento orgullo, Sologdin pensó en su cerebro, exhausto por varios años de interrogatorios y tantos de hambre en los campos con la consecuente deficiencia de fósforo, y sin embargo capaz todavía de competir en un problema tan importante. A los cuarenta, a veces los hombres tienen un fresco repunte de vitalidad, especialmente cuando su surplus de energía física no se ha gastado en procrear, sino

transformado, de una misteriosa manera, en fuerza intelectual. Pensó además en la inminente partida de Nerzhin de la *sharashka*, inevitable ahora después de haber hablado tan temerariamente a Yakonov.

Mientras tanto seguían aserrando. Sus cuerpos entraban en calor. Sus caras se encendían. Se quitaron los sacos acolchados que tiraron sobre los troncos, y hubo una pila de leños para el fuego, por obra de su labor, pero todavía no tenían el hacha.

-¿No es bastante? -preguntó Nerzhin-. Hemos cortado más de lo que podemos hachar.

-Descansemos un poco, -asintió Sologdin, dejando caer la sierra con un golpe que hizo sonar su hoja cortante.

Ambos se sacaron los gorros. Un vapor se levantó de los espesos cabellos de Nerzhin y de los ralos de Sologdin. Respiraban profundamente. El aire parecía haber penetrado en los más recónditos rincones de sus cuerpos.

-Pero si te envían ahora al campo, -preguntó Sologdin-. ¿Qué pasaría con tu trabajo sobre los tiempos existentes? (Con ello quería significar, sobre historia).

-¿Cuál es la diferencia? Después de todo no me he deteriorado aquí tampoco. Mantener una singular línea sobre la que escribo me hace tan culpable para el calabozo aquí, como afuera. No tengo acceso a una biblioteca, y no se me permitirá entrar en un archivo mientras viva. Si estás hablando de papel fresco, entonces puedo encontrar un pino o un abedul en la selva del norte. Donde ningún espía podrá nunca arrebatarme mi ventaja, la pena que he sentido dentro de mí y que he podido ver en otros es más que suficiente para iluminar mis especulaciones sobre la historia. ¿Qué piensas tú de ello?

-¡Magnífico! -exclamó Sologdin absorbiendo densamente las palabras-. En esa primaria esfera en la que se desarrolla el pensamiento.

-Esfera es una palabra pájaro, -le recordó Nerzhin.

-Pido disculpas, -dijo Sologdin-. Ves qué poco inventivo soy. En esa *bola primaria* -llevó la mano a su cabeza- la fuerza inicial de un pensamiento determina el éxito de cualquier causa. Lo mismo que un árbol vivo, sólo da frutos si se le permite desarrollarse naturalmente. Los libros y las opiniones ajenas son como tijeras que cortan la vida del pensamiento. Se debe llegar al pensamiento por uno mismo. Más tarde uno puede verificarlo en un libro. Tú has madurado grandemente. Tú has... madurado. Nunca lo esperé.

Se había enfriado. Sologdin tomó su gorro del extremo del caballete y se lo puso. Nerzhin se puso el suyo también. Estaba halagado, pero no permitiría que el halago se le subiera a la cabeza.

Sologdin volvió a hablar.

-Y ahora, Glebchik, que tu partida puede ser súbita, debo apurarme por hacerte ver algunas de mis reglas. Pueden volverse útiles para ti. Obviamente, me estorba ser duro de lengua y simple de mente.. .

Esto era típico de Sologdin. Antes de exponer una idea brillante siempre comenzaba por desprestigiarse.

-Y tu débil memoria, -dijo Nerzhin, ayudándolo, -y sobre todo el hecho de que eres tú una frágil vasija llena de errores.

-Sí, sí, es esto lo que quería decir, -prosiguió Sologdin, descubriendo sus redondos dientes con una sonrisa-. De tal manera, consciente de mis imperfecciones, he trabajado en el curso de muchos años ciertas reglas que juntan mi voluntad como una argolla de acero. Estas reglas son como una *revisión general de las aproximaciones*

para trabajar. (Metodología, era una de las maneras en que Nerzhin trasladaba usualmente esto, del Lenguaje de la Máxima Claridad al Lenguaje de la Claridad aparente). -Los caminos hacia la creación de la unidad de un trabajo son: solidaridad de propósito del ejecutor con su trabajo.

Levantó su saco acolchado.

Veía que pronto llegaría el momento de abandonar el trabajo para ir a hacer la inspección matinal. Lejos, frente al estado mayor del cuartel general, en lo más profundo de los mágicamente blanqueados tilos de Mavrino, podían verse a los prisioneros haciendo su paseo de la mañana. Entre las medio rectas y agachadas figuras estaba el alto, erecto Kondrashev Ivanov, el artista de cincuenta años. Podía ver también, cómo Lev Rubín, que había dormido demasiado, estaba tratando ahora de salir para cortar leña del bosque. Pero el guardián no le permitía pasar, era demasiado tarde.

-Mira, es Lev con su barba despeinada. Sonrieron.

-Así pues si tú quieres, cada mañana te enseñaré algunas de mis reglas.

-Por supuesto, Dmitri, comienza ahora mismo. Nerzhin se sentó sobre la pila de leños. Sologdin se sentó inconfortablemente sobre el caballete.

-Bueno, por ejemplo, cómo hacer frente a las dificultades.

-No perder el ánimo.

-Esto no es suficiente.

Sologdin miró por encima de Nerzhin la zona de gruesos arbustos todos cubiertos de escarcha apenas perfilados por el gentil, rosado del este. El sol parecía indeciso entre mostrarse o no. El rostro de Sologdin, hundido y reclinado, con su roja, grisácea, pequeña barba

rizada y cortos bigotes, revelaba alguna antigua calidad rusa, que recordaba a Alejandro Nevsky.

-¿Cómo enfrentar las dificultades? -declaró de nuevo-. En la región de lo desconocido las dificultades deben considerarse como un *tesoro oculto*. Usualmente, cuanto más difícil mejor. No es tan valioso si las dificultades provienen de tu propia lucha interior. Pero cuando las dificultades surgen de una creciente resistencia objetiva, ¡entonces es *maravilloso*!

El rosado poniente brillaba ahora en el rostro sonrosado de Alejandro Nevsky, como si las radiaciones de las maravillosas dificultades convergieran con el sol.

-El más importante campo de la investigación es: la mayor resistencia externa en presencia de la más pequeña resistencia interna. Los fracasos deben ser considerados como una necesidad para una posterior aplicación de esfuerzo y concentración del poder de la voluntad. Y si un esfuerzo sustancial ya ha sido realizado, los fracasos son más regocijantes. Esto quiere decir que nuestra palanca ha golpeado en la caja de acero que guarda el tesoro. Sobrepasar las dificultades es lo más valioso, porque en el fracaso el terreno de la persona que realiza la tarea gana lugar en proporción con la dificultad que combate.

-¡Muy bueno! ¡Fuerte! -respondía Nerzhin desde la pila de leños.

Las sombras dibujadas por la luz, se habían movido entre los arbustos y eran apagadas ahora por grandes nubes grises.-

Como levantando sus ojos de una página que hubiera estado leyendo en voz alta, Sologdin miró abstraídamente desde abajo a Nerzhin.

-Ahora escucha: La regla, de la pulgada final. ¡La región de la pulgada final! En el lenguaje de la Máxima Claridad esto es lo

inmediatamente claro. El trabajo ha sido casi completo, la meta casi lograda, todo parece completamente correcto y las dificultades superadas. Pero la calidad de la cosa no es del todo correcta. Se necesitan toques finales, tal vez más búsqueda. En aquel momento de fatiga y de autosatisfacción es especialmente tentador dejar el trabajo sin haber logrado la cúspide de la calidad. El trabajo en el área de la pulgada final es muy, muy complejo y también particularmente valioso, porque se ejecuta por los medios más perfectos. De hecho, la regla de la Pulgada Final consiste en esto: no eludir el trabajo crucial. No renunciar y posponerlo, porque los pensamientos de la persona que lo realiza se alejarían de la región de la Pulgada Final. Y no hay que preocuparse por el tiempo gastado en ello, sabiendo que los propósitos de uno reposan, no en el hecho de completar las cosas más ligero, sino en el logro de la perfección.

-¡Muy bien! -susurró Nerzhin.

En una voz completamente diferente, groseramente burlona, Sologdin dijo: -¿Bien, dónde ha estado usted teniente primero? Yo -no lo reconozco. ¿Por qué ha traído tan tarde el hacha? No hay tiempo para hachar la leña.

El teniente primero Nadelashin con su cara de luna había sido sargento hasta hacía poco tiempo. Cuando se lo hizo oficial, los zeks de la *sharashka*, que tenían cálidos sentimientos hacia él, lo rebautizaron "tenientecíto".

Apresurándose, con menudos pasos y resoplando cómicamente, trasportó el hacha con una sonrisa culpable, y replicó vivamente: -¡Le imploro Sologdin, corte un poco de leña! No hay nada con qué cocinar.

Usted no se da cuenta de cuánto trabajo debo hacer, sin incluirle a usted.

-¿Qué?-rió Nerzhin. *¿Trabajo?* Teniente primero, ¿Es que usted *trabaja* ?

El oficial de turno volvió su cara de luna hacia Nerzhin. Una arruga se marcaba en su frente mientras recitaba de memoria: -El trabajo vence la resistencia. Cuando camino ligero, venzo la resistencia del aire, y por lo tanto estoy trabajando. Deseaba permanecer imperturbable, pero una sonrisa le iluminaba la cara cuando Sologdin y Nerzhin estallaron con una amigable carcajada en el aire helado. -Bueno, pues, hachemos algo de leña.

Desviándose regresó con su andar menudo afuera del edificio de la prisión especial, donde en ese momento, el elegante, vigoroso tipo de cabeza del teniente coronel Klimentiev, apareció con él, luciendo su levita de oficial.

-Gleb, -dijo Sologdin, con sorpresa--. ¿Me engañan mis ojos? ¿Es Klimentiadis ? ¿Por qué Klimentiadis en día domingo?

Aquel año los diarios escribían mucho acerca de los prisioneros políticos en Grecia, quienes enviaban telegramas desde sus celdas a todos los parlamentos y a las Naciones Unidas acerca de sus sufrimientos. En la *sharashka*, donde los prisioneros no podían siquiera enviar una postal a sus mujeres, para no mencionar parlamentos extranjeros, había una manía en rehacer los apellidos de las autoridades de la prisión en forma griega: Myshinopulo, Klimentiadis, Shikinidi, etc.

-¿No lo sabías realmente? Seis hombres han obtenido privilegio de visitas.

Recordando el hecho, el espíritu de Nerzhin, que había estado brillante toda la mañana, de nuevo se inundó de amargura. Casi un año había pasado desde que por última vez le permitieron a su mujer visitar la prisión, y hacía ocho meses que había solicitado un nuevo

permiso. Habían varias razones para esto, pero una en particular; para proteger el nivel de estudio de su mujer en la universidad, no usaba la dirección de su dormitorio de estudiante sino que dirigía sus cartas a "poste restante". Y las autoridades no deseaban enviar cartas a "poste restante".

Nerzhin, a causa de su intensa vida interior, estaba libre de envidia; ni los salarios ni las comidas extra de los otros más meritorios zeks lo perturbaban. Pero su sensación de que alguien fuera bien tratado en materia de privilegios de visitas, el hecho de que a una persona se le permitieran visitas de afuera cada dos meses, cuando su esbelta y vulnerable mujer suspiraba peregrinando en vano en torno de las paredes de la fortaleza, enterarse de esto, lo atormentaba.

Además ese día era su cumpleaños.

-¿Salen ? -preguntó Sologdin con la misma amarga envidia. A los soplonos los llevan cada mes. Pero yo no veré nunca a mi Ninochka...

Sologdin nunca usaba la expresión "hasta el final de mi término" porque tenía más que conciencia del hecho de que aquel término no podía no tener fin. Vio a Klimentiev, que había estado parado con Nadelashin, entrar en el edificio central.

De pronto habló rápidamente: -¡Mira Gleb! tu mujer conoce a la mía. Si ellos te permiten su visita, pide a Nadya que trate de encontrar a Ninochka y que le diga tres cosas, nada más de mi parte. Miró hacia arriba al cielo. -"¡Él la ama a ella!" "¡Él cree en ella!" "¡Él espera!"

-¿De que estás hablando?; me han rehusado -dijo Nerzhin molesto, ensayando la manera de cortar un pedazo de leña.

-¡Pero, mira!

Nerzhin se dio vuelta. El "tenientecito" caminaba hacia ellos, y cuando estaba todavía a alguna distancia, lo llamó con el dedo.

Dejando caer el hacha y golpeando sobre la sierra, que retumbó sobre la tierra, Gleb corrió como un chiquillo.

Sologdin miró al teniente primero conducir a Nerzhin dentro del edificio principal; entonces colocó la pieza de madera parada sobre un extremo y la golpeó tan violentamente que no solamente la rompió en dos sino que hundió el hacha en la tierra.

Pero, el hacha era de propiedad estatal

LA TAREA DEL TENIENTECITO

La definición de trabajo en el libro de texto, según había sido citado por el teniente primero Nadelashin, era de hecho aplicable a su tarea. Aunque él trabajaba solamente doce horas de cada cuarenta y ocho, se trataba de un trabajo de mucho ajetreo, que involucraba muchas corridas escalera arriba y escalera abajo, además de ser de gran responsabilidad.

Había tenido un período particularmente trabajoso la noche previa. No bien se había hecho cargo a las nueve de la noche y después de haber comprobado que los 281 prisioneros estaban presentes y de haber dado cuenta de ello, los despidió hacia sus trabajos de la noche, puesto de guardia (en los descansos de las escaleras, los corredores del cuerpo del edificio, patrullas bajo las ventanas de la prisión especial); comenzó la tarea de alimentar y albergar a los nuevos recién venidos, cuando fue llamado a requerimiento del mayor Myshin, el oficial de seguridad de la prisión, que todavía no se había ido a su casa.

Nadelashin era una persona inusual, no solamente entre los carceleros -o como eran llamados ahora "trabajadores de la prisión"- sino entre sus compatriotas en general. En una tierra donde cada dos personas han pasado por el campo, líneas del frente, escuelas de blasfemias, donde los juramentos más locos eran usados comúnmente no sólo por los borrachos en presencia de niños (y por los niños en sus juegos); no solamente en los autobuses suburbanos, sino a veces hasta en la conversación de corazón a corazón -especialmente en los interrogatorios-; Nadelashin, no solamente no sabía cómo usar el

juramento de la madre, pero ni siquiera palabras como "diablo" y "bastardo". Cuando estaba encolerizado solamente usaba un término de condenación "¡Que te cornee el toro!" y hasta esto lo pronunciaba en voz baja.

De tal modo, habiéndose dicho "¡Que te cornee el toro!" se apresuró a ver al mayor. El mayor Myshin, oficial de seguridad de la prisión -a quien Bobynin había muy injustamente calificado de parásito- un gordo sin salud, de rostro violáceo que había permanecido en su tarea esa noche de sábado, a causa de circunstancias extraordinarias, dio sus instrucciones a Nadelashin:

"Verifique si comenzó la celebración de la Navidad germana y la letona".

"Haga la lista por grupos de quienes celebran la Navidad".

"Anote personalmente, y tenga además la anotación regular del chequeo de guardia en sus diez minutos de ronda, si han bebido vino, si están cavando túneles de huida, de qué hablan, y --lo que es más importante- si divulgan o no propaganda antisoviética".

"Si se encuentran posibles desviaciones del régimen de prisión que se termine con este ultrajante ritual religioso".

A Nadelashin no le habían dicho "haga terminar" sino "trate de hacer terminar". Una pacífica celebración no estaba prohibida explícitamente, pero el corazón del camarada Myshin no podía soportar la idea de esto.

El teniente primero Nadelashin, con su cara de luna plácida, le recordó al mayor que los idiomas alemán y letón no eran conocidos por él ni sus carceleros (no todos sabían ruso).

Myshin recordaba que en cuatro años de servicio como comisario de una compañía de guardia en un campo de prisioneros

alemanes él mismo había aprendido solamente tres palabras: "Halt" "Zuruk" y "Weg". De tal modo que abrevió sus instrucciones.

Habiendo oído las órdenes y saludado torpemente (de cuando en cuando estaba obligado a realizar ejercicios militares), Nadelashin salió a asignar su ubicación a los prisioneros recién llegados -habían recibido una lista del oficial de seguridad indicándole a quién poner en cual cuarto y sobre qué litera. (Myshin, al planear la distribución de los dormitorios, instalaba entre ellos a sus informantes. Sabía que la franqueza en las conversaciones se desliza, no en medio de la agitación del trabajo diario, sino justamente a la hora de dormir, y que las observaciones penosas y amargas se hacen por la mañana, razón por la que era particularmente útil observar a la gente cuando estaba en la cama).

Nadelashin entraba sistemáticamente en cada habitación donde se celebraba la Navidad, alegando que debía averiguar el voltaje de las lamparitas que colgaban allí. Después enviaba a los guardias otra vez. Escribió el nombre de cada uno en una lista.

El mayor Myshin lo citó de nuevo y Nadelashin le pasó la pequeña lista. Myshin estaba particularmente interesado en el hecho de que Rubín hubiera estado con los germanos. Por lo tanto entraba en la lista.

Había llegado el momento de cambiar la guardia, y una discusión se produjo entre dos, sobre cuál había estado de turno más tiempo, y cuál debía quedarse más por lo tanto.

Venía después la orden de "apagar las luces", la discusión nocturna con Pryanchikov sobre hervir el agua para el té, una inspección de todos los cuartos, apagar la luz blanca y encender la azul. El mayor Myshin volvió a llamar a Nadelashin de nuevo. Todavía no se había ido a su casa; lo que pasaba en realidad era que su mujer

estaba enferma y no se sentía con ánimo de oírla quejarse toda la noche. El mayor Myshin estaba sentado en su sillón, y mantenía a Nadelashin parado mientras lo interrogaba: ¿Con quién, de acuerdo a sus observaciones, andaba Rubin ?, y si no se había hablado la semana pasada, desafiadamente acerca de la administración de la prisión o se había puesto a vociferar pedidos en nombre de la gente.

Nadelashin ocupaba un lugar particular entre los colegas que estaban a cargo del movimiento de guardia. Lo reprendían mucho y frecuentemente. Su bondad natural fue impedimento durante mucho tiempo para su trabajo en la policía. De no haberse adaptado, hace tiempo que habría sido despedido o encarcelado. Nadelashin nunca era rudo con los prisioneros. Les sonreía con honesta buena voluntad, y era indulgente en pequeños detalles cada vez que podía permitirse serlo. Por esto los prisioneros lo querían. Nunca se quejaron de él. Nunca lo maldijeron. Ni titubeaban en hablar francamente delante suyo, él era un buen observador, de buen oído y casi letrado, y para recordar lo escribía todo en una libreta especial. Informaba del contenido de esta libreta a sus superiores, compensando sus otras faltas en el servicio.

Y así hizo esta vez. Tomó su pequeña libreta e informó al mayor que el 17 de diciembre los prisioneros agrupados regresaban del almuerzo por el corredor y Nadelashin los seguía. Los prisioneros murmuraban que el día siguiente a pesar de ser domingo, no podrían obtener pases de los jefes de seguridad y que Rubin les había dicho: ¿Cuándo van ustedes a entender, muchachos, que nunca moverán a piedad a estas ratas? ¿Dijo él a estas ratas? -preguntó resplandeciente de alegría.

-Eso es lo que dijo, confirmaba Nadelashin con candida sonrisa en su cara de luna.

Myshin abrió el informe y añadió una nota. Ordenó además a Nadelashin redactar uno por su parte en forma de denuncia individual.

El mayor Myshin odiaba a Rubin y estaba coleccionando evidencias perjudiciales contra él. Cuando recién vino a Mavrino y supo que Rubín, comunista de la primera hora, bravuconeaba sobre que él seguía siendo comunista de corazón, a pesar de la prisión, Myshin lo llamó para conversar acerca de la vida en general y de trabajar juntos en particular. Pero no pudo llegar a un entendimiento. Myshin pasó el asunto a Rubin exactamente de la manera en que se suponía que debía hacerse en una sesión de instrucción:

-Si es usted soviético, ayúdenos.

-Si usted no nos ayuda, no es usted soviético.

-Si usted no es soviético, entonces es usted antisoviético y merece un término adicional.

Pero Rubin le preguntó: -¿Cómo se supone que debe escribir las denuncias, con tinta o con lápiz?

-Bueno, sería mejor con tinta -aconsejó Myshin.

-Sí, pero usted ve, yo he demostrado ya mi devoción a las autoridades del Soviet con sangre, y no necesito demostrarlas con tinta.

De tal manera Rubin mostró al mayor su deshonestidad e hipocresía.

El mayor lo llamó una vez más. En esa ocasión Rubin se excusó diciendo -cosa que era obviamente una falsa manera de esquivar- que la confianza política le había sido retirada puesto que estaba prisionero y mientras continuase estándolo, él no cooperaría con la oficialidad de seguridad.

Desde entonces Myshin recogía cuanto podía contra Rubin.

La conversación de Myshin con el teniente primero estaba desarrollándose, cuando un coche de pasajeros del ministerio de Seguridad del Estado llegó de pronto por Bobynin. Sacando ventaja de una circunstancia tan favorable para su carrera, Myshin rápidamente se puso su chaqueta y salió a revolotear en torno del coche. Invitó al oficial recién llegado a entrar para tomar calor, y dirigió su atención hacia el hecho de que estaba trabajando de noche. Mareó a Nadelashin dándole una serie de pequeñas órdenes; como buena medida preguntó a Bobynin si estaba bastante abrigado. (Deliberadamente Bobynin no se había puesto el hermoso saco que le entregaron para esta ocasión, sino su casaca roja de campo).

Inmediatamente después de la partida de Bobynin, Pryanchikov había sido citado. Ahora el mayor ciertamente no podía irse a su casa. Mientras esperaba para ver a quién otro debía citar y en qué momento los ya llamados regresarían, el mayor anotó cuáles de los guardias de servicio estaban con tiempo libre, (estos estaban jugando al dominó). Procedió a interrogarlos sobre historia del partido pues él era responsable de su nivel político. Aunque los guardias eran considerados como estando de servicio, si no tenían tarea, usualmente a esa hora podían dormir. Pero a ellos en ese momento les gustaba jugar al dominó, de manera que respondieron a las preguntas del mayor con una justificable falta de interés. Sus respuestas eran defectuosas además. No solamente esos guerreros confundían por qué fue correcto separarse después del Segundo Congreso y unirse cuando el Cuarto Congreso, sino que hasta dijeron que Plekhanov había sido el ministro zarista responsable del fusilamiento de los trabajadores el 9 de junio de 1905. Myshin reprendió a Nadelashin por todo esto.

En ese punto Bobynin y Pryanchikov, que habían regresado juntos y en el mismo coche, se rehusaron a contar nada al mayor y se

fueron a dormir. Despechado y aún más alarmado, el mayor regresó a su casa en ese mismo coche, para no caminar. Los autobuses no corrían ya a esa hora.

Los guardias que estaban libres renegaban contra el mayor y se preparaban para irse a dormir; Nadelashin también deseaba hacerlo, pero no le estaba destinado eso. El teléfono sonó. El llamado venía de la sala de guardia exterior, los responsables de las torres de vigilancia que rodeaban al instituto de Mavrino. Los jefes de vigilancia informaron con inquietud que desde la torre de guardia ubicada en la esquina sudeste, se había telefoneado diciendo que parecía haberse visto claramente a alguien escondido entre los arbustos en medio de la niebla, arrastrándose hacia el alambrado de púa que rodeaba el contorno, quien, asustado por la alarma del guardia, había corrido hacia dentro, al fondo del patio.

El jefe de vigilancia informó que inmediatamente alarmaría a los cuarteles del regimiento y escribió un informe sobre el extraordinario incidente; entretanto pidió al oficial de turno de la prisión especial que revisara el patio.

Aunque Nadelashin estaba firmemente convencido que la guardia había visto visiones, que los prisioneros estaban seguros bajo llave detrás de las puertas de acero y de las viejas y gruesas paredes de cuatro ladrillos, el hecho de que el jefe de guardia hubiese escrito un informe exigía de su parte una actitud enérgica y otro correspondiente informe. Despertó por lo tanto a la guardia que dormía, haciendo sonar la alarma y los condujo con su linterna "murciélago" a través del gran patio cubierto de espesa niebla. Una vez hecho esto recorrió todas las celdas. No quiso encender las luces blancas -para que no hubieran quejas- pero como no podía ver suficientemente bien la luz azul, se golpeó fuertemente la rodilla contra la esquina de una litera.

Finalmente verificó por cabeza a cada prisionero al rayo de luz de su linterna, y contó 281.

Regresó entonces a la oficina y escribió con letra clara y pulso firme que revelaban la limpieza de su ser interior, un informe de lo que había tenido lugar, dirigido al teniente coronel Klimentiev, jefe de la prisión especial.

Entretanto se hizo de mañana. Hora de revisar la cocina, abrir los gabinetes y sonar el despertador.

Esta fue la manera en que el teniente primero Nadelashin pasó su noche, y tenía razón de sobra para decir a Nerzhin que no comía su pan regalado. Nadelashin estaba bien sobre los treinta, aunque parecía más joven a causa de la frescura de su limpio rostro imberbe.

El padre de Nadelashin y su abuelo habían sido sastres, no de hechura de categoría sino para gente de modestos medios. Daban vuelta la ropa con buena voluntad, la acomodaban y cuando se lo requerían, lo hacían mientras el interesado esperaba. Desearon que el muchacho siguiera sus pasos. Desde la niñez le había sentado este trabajo fácil y gentil para el que ellos lo preparaban haciéndole ver cómo se hacían las cosas y ayudar en ellas. Pero de pronto se puso fin a la Nueva Política Económica. A su padre se le asignó un impuesto: lo pagó. Dos días después de eso, con total desenvoltura se le asignó uno más, y otro triple impuesto. Su padre hizo pedazos la licencia, quitó el anuncio y se puso a trabajar en una fábrica. El hijo pronto fue incorporado al ejército. Y de allí ingresó en el cuerpo de M.V.D. Después fue trasladado a la prisión.

No servía con brillo. En el curso de catorce años de servicio otros guardias, tres o cinco camaradas de ellos, lo sobrepasaron uno después del otro. Algunos ascendieron a capitán, mientras él sólo

había recibido su comisión y su única estrella un mes atrás, y así mismo, apenas.

Nadelashin comprendía mucho más de lo que nunca hablaba. Comprendía, por ejemplo, que muchos de los prisioneros, que no tenían derechos humanos, pertenecían a un nivel muy superior al suyo. Además de esto, imaginando a los otros de acuerdo a su propia imagen. Nadelashin no podía descubrir en los prisioneros sanguinarios criminales de acuerdo a como eran descritos en las sesiones de adoctrinamiento político.

Con mucha más exactitud de lo que recordaba la definición de trabajo del curso de física de su escuela de trabajo, recordaba cada curvatura de los cinco corredores del Gran Lubyanka y el interior de cada una de sus 110 celdas. De acuerdo a los reglamentos de Lubyanka, los guardias cambiaban cada dos horas, yendo de una parte del corredor a la otra, como precaución para que no llegaran a conocer a los prisioneros, de manera de no ser influidos o sobornados por ellos. (Los guardias estaban muy bien pagados)._Se suponía que cada guardia miraba los calabozos cada tres minutos. Nadelashin, con su excepcional memoria fisionómica, sentía que podía recordar a cada prisionero desde que comenzó su servicio de prisión en 1935 a 1947, cuando fue trasferido a Mavrino. Había allí líderes famosos, lo mismo que oficiales ordinarios del frente, como Nerzhin. Pensaba que podía reconocer a cualquiera de ellos en la calle con cualquier clase de ropa, con la sola excepción de que nunca los encontraría en la calle.

Porque no había regreso de *aquel* mundo a este mundo. Solamente aquí en Mavrino era donde él encontró algunos de sus viejos reclusos -obviamente sin permitir que ellos se dieran cuenta de que los reconocía-. Los recordaba entumecidos por el insomnio forzoso en los boxes de un metro cuadrado bajo la luz enceguecedora;

cortando con un hilo su ración de cuatrocientos gramos de pan medio crudo; enterrados en los hermosos libros que abundaban en la prisión; saliendo en fila de a uno a lavarse; con las manos a la espalda cuando eran llamados para los interrogatorios; enfrascados en conversaciones que se hacían más animadas en la media hora antes de irse a dormir; echados bajo la luz brillante o en las noches de invierno, con las manos fuera de las cobijas envueltas en una toalla para abrirlas; el reglamento obligaba que a quien tuviera las manos bajo las cobijas se lo despertara y se lo obligara a sacarlas fuera.

Más que nada, a Nadelashin le gustaba escuchar las discusiones y las conversaciones de los profesores, académicos de barbas grises, sacerdotes, antiguos bolcheviques, generales y extranjeros cómicos. Era su deber escucharlos, pero lo hacía, también, por su sola satisfacción. Hubiera preferido escuchar esas historias desde el principio hasta el fin: cómo algunos habían vivido previamente y por qué habían sido arrestados. Pero por culpa de sus obligaciones nunca podía. Lo asombraba que en los meses de horror en que se quebraban sus vidas, se decidían sus destinos, aquellas gentes encontrasen coraje para no hablar de sus sufrimientos sino acerca de cualquier cosa que les pasase por la mente: artistas italianos, las costumbres de las abejas, la caza de lobos, cómo un tipo Le Corbousier construye casas aunque no construía para ellos.

Una vez se le ocurrió a Nadelashin oír una conversación que le interesó especialmente. Sentado en la parte de atrás de un coche celular "Varanok", acompañaba a dos prisioneros encerrados dentro bajo llave. Se los trasportaba de Bolshaya Lubyanka a Sukhanov "dacha" como se lo llamaba -una endiablada prisión fuera de Moscú- de donde muchos iban a la tumba, otros al manicomio y muy pocos retornaban a Lubyanka. Nadelashin no había trabajado nunca allí,

pero sabía que la comida era administrada con tortura refinada. No se les daba a los prisioneros el alimento ordinario, la comida pesada, de cualquier otra parte, sino que se les daba una alimentación sabrosa, ligera, de sanatorio. La tortura estaba en las porciones. Medio platillo de caldo, una octava parte de albóndiga, dos tiritas de papas fritas. Esto no los alimentaba -solamente les recordaba lo que habían perdido-. Era mucho más desesperante que un bol de sopa aguada, y los ayudaba a perder la razón.

Se trataba de dos prisioneros del "Varanov" que se trasladaban no separados sino juntos por alguna razón especial. Al principio Nadelashin no escuchaba lo que ellos hablaban a causa del ruido del motor. Pero algo anduvo mal en él y el conductor tuvo que salir por un rato dejando al oficial sentado al frente. Nadelashin pudo oír entonces la tranquila conversación de los prisioneros a través de las rendijas de la puerta de atrás. Reñían a propósito de deliberar sobre el gobierno y el zar, pero no del actual gobierno ni de Stalin. Discutían sobre Pedro el Grande. ;Qué había hecho él con ellos? Lo estaban criticando de todas las formas posibles. Uno de ellos lo criticaba, entre otras cosas, por haber eliminado el traje nacional privando a la gente de individualidad. Enumeraban en detalle, con un conocimiento extraordinario del tema, qué ropas usaban, qué apariencia tenían y en qué circunstancia se las ponían. Decían, que todavía ahora no era tarde para revivir ciertas vestimentas, que podrían todavía ser deseables y confortables combinados con las ropas actuales, sin copiar ciegamente a París. El otro prisionero bromeó -cómo podían bromear todavía- que para esto se necesitarían dos hombres: un sastre brillante capaz de ordenar el conjunto y un tenor de moda que se fotografiara luciéndolo. De tal modo pronto toda Rusia lo adoptaría.

La conversación era particularmente interesante para Nadelashin puesto que el oficio de sastre era todavía su pasión secreta. Después de sus períodos de tarea en los corredores supercargados de locuras, se calmaba con el ruido de las telas, la suave flexibilidad de los pliegues, la bondad de este trabajo.

Cosía ropas para sus hijos, cortaba vestidos para su mujer, trajes para él. Pero lo guardaba en secreto.

El oficio de sastre era considerado una ocupación inconveniente dentro del servicio militar.

LA TAREA DEL TENIENTE CORONEL

El teniente coronel Klimentiev tenía el cabello lacio, negro y brillante como ala de cuervo, que llevaba alisado con raya a un lado; su bigote redondeado parecía tratado con pomada. No le había crecido barriga, y a los cuarenta y cinco se mantenía como un joven, bien plantado militar. Nunca sonreía mientras estaba en su trabajo, lo que intensificaba el sombrío malhumor del rostro.

A pesar de ser domingo llegó más temprano de lo usual. Cortó a través del patio de ejercicios mientras los prisioneros se paseaban alrededor, pescó la infracción con una sola ojeada. Pera como hubiera sido inferior a su rango el interferir, entró en los cuarteles del edificio y, todavía sobre los peldaños, ordenó a Nadelashin que llamase al prisionero Nerzhin y que volviese después. Al cruzar el patio, el teniente coronel había notado que algunos prisioneros habían intentado alejarse con rapidez mientras otros lentamente se daban vuelta para no tener que saludarlo. Klimentiev observaba fríamente, pero no estaba ofendido. Sabía que eso era sugerido solamente en parte por desagrado hacia su posición, pero mucho más por la timidez entre los camaradas, el miedo de aparecer servil. Casi todos los prisioneros se conducían amigablemente cuando eran llamados solos a su oficina. Algunos hasta trataban de ganar su favor. Habían diferentes clases de gente detrás de las rejas, de distinto valor. Hacía mucho que Klimentiev se había dado cuenta de ello. Respetando su orgullo insistía invariablemente sobre su derecho de ser estricto.

Pensaba que una prisión, no se podía manejar con una disciplina deteriorada sino que exigía un racional orden militar.

Abrió su oficina, que estaba caliente. Los radiadores exhalaban un desagradable olor a pintura quemada. El teniente coronel abrió las ventanas, se quitó el sobretodo, se sentó engrillado en su chaqueta y examinó la superficie de su escritorio. La hoja de sábado de su calendario no había sido dada vuelta, y una nota estaba escrita sobre ella:

-¿Árbol de Navidad?

Desde su oficina semivacía, donde los únicos instrumentos de producción eran un armario de hierro que contenía el prontuario de los prisioneros, una media docena de sillas, un teléfono y un timbre, el teniente coronel Klimentiev sin ningún elemento a la vista - supervisaba el visible movimiento de 281 vidas y el servicio de 50 guardias.

A pesar de haber llegado en día domingo -a cambio de lo cual tendría un día libre durante la semana- y de haber llegado media hora antes, Klimentiev no perdió su acostumbrada ecuanimidad y control.

El teniente primero Nadelashin estaba parado angustiado frente a él. Un disco rojo aparecía en cada una de sus mejillas. Se sentía temeroso del teniente coronel, aun cuando Klimentiev ignoraba sus múltiples errores en su legajo personal. Ridículo, con su cara redonda, para nada de corte militar, Nadelashin inútilmente trataba de estar "firme".

Informó que aquella noche de labor todo había trascurrido en perfecto orden, sin violaciones del reglamento, salvo dos incidentes extraordinarios. Sobre uno de ellos tenía redactado un informe. Puso éste sobre un rincón del escritorio, que se deslizó resbalando bajo los intrincados arcos de una silla distante. Nadelashin corrió tras él y lo

volvió a poner sobre el escritorio. El segundo incidente extraordinario era la citación de los prisioneros Bobynin y Pryanchikov al ministerio de Seguridad del Estado.

El teniente coronel frunció sus cejas y preguntó detalles acerca de las circunstancias de la citación y del retorno de los prisioneros. La nueva, era desde luego desagradable y alarmante. Ser la cabeza de la prisión especial era estar sentado siempre sobre la boca de un volcán, justo siempre bajo la nariz del ministro. Este no era campo alejado en el bosque, donde el jefe podía tener un harén y un bufón y llevar a cabo sus sentencias como un señor feudal. Aquí había que observar la carta de la ley, marchar sobre la cuerda floja de las regulaciones, y no dar escape a una gota de fastidio personal o de clemencia. Pero esa era la clase de persona que era Klimentiev de todos modos. No pensaba que Bobynin ni Pryanchikov la noche anterior hubiesen encontrado nada ilegal de qué quejarse acerca del comportamiento de él. Como resultado de su larga experiencia en el servicio, no temía ser calumniado por los prisioneros. La calumnia vendría más fácilmente de sus colegas.

Dio una ojeada al informe de Nadelashin y se dio cuenta de que toda la cosa carecía de sentido. Conservaba a Nadelashin justamente porque era letrado y cumplidor.

¡Pero cuántos defectos tenía! Él teniente coronel comenzó a reprimirlo. Recordaba en detalle qué omisiones habían habido en el curso de su pasado período de tarea. Se había soltado a los zeks para el trabajo matinal dos minutos más tarde; muchos de sus camastros estaban mal tendidos; Nadelashin había fallado en demostrar la debida firmeza al no hacer volver a estos prisioneros y ordenarles que rehicieran sus lechos. Ya se le había hablado sobre esto en su momento. Pero no importaba cuan a menudo uno hablara a

Nadelashin; era como golpear la cabeza contra una piedra. ¿Y qué había ocurrido durante el período de ejercicios de la mañana? El joven Doronin había estado parado sobre el límite mismo del área de ejercicio, mirando fijamente el área de más allá, hacia afuera del invernáculo, que después de todo era un área de quebrada tierra, con una pequeña pendiente, muy conveniente para huir. Y la sentencia de Doronin era de veinticinco años; en sus antecedentes se incluía falsificación de documentos, fue buscado por la policía dos años. Nadie en el destacamento le había dicho a Doronin que siguiese su ronda sin detenerse. ¿Y adonde había ido Gerasimovich? Había salido como si nada en dirección a la tienda de máquinas detrás de los tilos. ¿Y cuál era el crimen de Gerasimovich? Gerasimovich estaba en su segundo término -había sido mandado a la cárcel por el artículo 58, IA, Sección 19-. En otras palabras, intento de traición a la patria. No había llegado es verdad a cometerla, pero había sido incapaz de probar que cuando llegó a Leningrado durante los primeros días de la guerra, no era para esperar ahí a los alemanes. ¿Había olvidado Nadelashin que era obligatorio estudiar y conocer a los prisioneros, ya fuera por observación directa o por sus fichas personales? Finalmente, ¿qué clase de apariencia ofrecía el mismo Nadelashin? Su camisa de campo no estaba tirante -Nadelashin la estiró hacia abajo-. La estrella de su gorro, estaba torcida -Nadelashin la corrigió-. Saludaba como una mujer campesina. No era de extrañar, pues, que los prisioneros hicieran sus lechos incorrectamente cuando Nadelashin estaba de servicio. Camas mal hechas eran una brecha peligrosa en la disciplina de una prisión. Camas mal hechas hoy y mañana se rehusarían a trabajar.

El teniente coronel procedió después a dar sus órdenes. Los guardias designados a acompañar a los prisioneros en sus días de

visita se reunirían en el tercer cuarto para recibir instrucciones.. Que se dejase a Nerzhin en el corredor entretanto. Nadelashin fue despedido.

Salió hecho pedazos. Sinceramente se arrepentía cada vez que oía a sus superiores. Reconocía la justicia de sus acusaciones y reprensiones y se prometía no repetir sus faltas. Pero su trabajo proseguía y de nuevo debía chocar contra la voluntad de docenas de prisioneros, todos presionándolo en diferentes direcciones, rogando cada uno su pedacito de libertad, que Nadelashin no podía rehusarles, esperando que esas cosas pasarían inadvertidas.

Klimentiev tomó su pluma y cruzó la nota "Árbol de Navidad" sobre el calendario de su escritorio. Había tomado su decisión ayer.

Nunca hubo "Árbol de Navidad" en las prisiones especiales. Klimentiev no pudo recordar tal milagro. Pero los prisioneros, aquellos que hacían peso, habían pedido con insistencia que hubiese un Árbol de Navidad aquel año. Y Klimentiev había comenzado a pensar: ¿Por qué razón, después de todo, no permitirlo? Era obvio que nada malo podía resultar de un árbol; no iba a haber un incendio - justamente aquí donde todos eran profesores de ingeniería eléctrica-. Y era muy importante que en vísperas de Año Nuevo, cuando todos los empleados libres salían para disfrutar de un tiempo feliz en Moscú, se les concediera algo moderado aquí también. Sabía que las vísperas de fiesta eran las más difíciles para los prisioneros; siempre había alguno capaz de hacer algo desesperado o insensato. Por eso la noche antes había telefoneado a la administración de la prisión -a la que estaba directamente subordinado- y había discutido el Árbol de Navidad. Existía una prohibición en las leyes de la prisión sobre los instrumentos musicales, pero no pudieron encontrar nada acerca de los árboles de Año Nuevo. Por lo tanto, no lo aprobaban oficialmente,

ni lo prohibían formalmente. Largos e infalibles servicios dejaban constancia y otorgaban autoridad a los actos del teniente coronel Klimentiev. Klimentiev ya había decidido esa noche, en la escalera del subterráneo, camino de su casa, permitir de una vez por todas, que hubiese Árbol de Navidad.

Entrando en el subterráneo había pensado en sí mismo con satisfacción; después de todo, era inteligente, una persona de negocios y no un cerrado burocrático; más aún, una persona bondadosa; los prisioneros nunca apreciarían esto ni sabrían quién había deseado permitirles el árbol de Año Nuevo y quién no.

Por alguna razón Klimentiev se sintió tan bueno acerca de su decisión que se olvidó de abrirse camino con los otros moscovitas y tuvo que tomar justo el último coche antes de que se cerraran las puertas automáticas. No intentó abalanzarse a ningún asiento sino que se tomó de la agarradera niquelada y se puso a reflexionar sobre su imagen reflejada en los gratos vidrios de la ventanilla contra la oscuridad del túnel que hacían pedazos los interminables tubos y cables. Después su mirada se trasladó a una joven sentada cerca. Estaba vestida cuidadosamente pero sin lujo, con un saco negro imitando caracul y un gorro del mismo material. Una pequeña y repleta valija necesaire estaba sobre sus rodillas. Mirándola, Klimentiev pensó que tenía un rostro agradable, pero cansado y una mirada poco común en una mujer joven, falta de interés en todo cuanto la rodeaba.

En ese mismo momento la mujer lo miró, y sus miradas se cruzaron sin expresión por el tiempo exacto en que pueden dos pasajeros mirarse uno al otro. En ese instante la mirada de la mujer se volvió alerta, como si una pregunta inquietante e incierta la atravesara. Klimentiev trató de ubicar esa cara como asunto de rutina

profesional; recordó de quién era, y fue incapaz de ocultar el hecho de que la reconociese. Ella se dio cuenta de su duda y evidentemente vio confirmada la suya.

Era la mujer del prisionero Nerzhin. Klimentiev la había visto durante su visita a la prisión de Taganka.

Ella frunció el entrecejo, apartó los ojos, y de nuevo los volvió a Klimentiev. Él hizo como que miraba fijo dentro del túnel, pero con el rabo del ojo sentía que ella lo observaba. De pronto, dejó su asiento con determinación y vino hacia él, que se vio forzado a hacerle frente.

A pesar de haberse levantado con tanta decisión, después de hacerlo perdió su desenvoltura y el equilibrio relativo con que dentro de un subterráneo se viaja con un pesado maletín; parecía quererle ofrecer su asiento. Sobre ella pesaba el desdichado destino de todas las mujeres de presos políticos. Es decir, las esposas, de los *enemigos del pueblo*. No importaba a quién ellas suplicasen, adonde pudiesen ir, una vez que su desgraciado matrimonio se conocía, era como si arrastrasen detrás de ellas la imborrable vergüenza de los maridos. A los ojos de cada uno parecían compartir la carga de vergüenza de las negras maldades de aquél a quien alguna vez confiaron su destino. Las mujeres comenzaban a sentir que eran realmente culpables, cosa que sus maridos -los *enemigos del pueblo*- acostumbrados a la situación, no sentían.

Parada junto a él, de manera que pudiera oír sus palabras, a pesar del ruido del tren, la mujer le preguntó: -camarada teniente coronel ¡perdóneme! ¿es usted. . . superior de mi marido? ¿o me equivoco?

Durante sus muchos años de servicio como oficial de la prisión toda clase de mujeres se habían parado delante de él, sin que viera nada de particular en sus apariencias tímidas y obsecuentes. Pero aquí

en el subterráneo, aunque ella hablaba con mucho cuidado, esta mujer rogando delante de él, ante los ojos de todos, resultaba impropio.

-¿Usted. .. por qué se ha puesto de pie? Siéntese, siéntese, le dijo confundido, tratando de tomarla por el codo para hacerla sentar.

-No, no, esto no tiene importancia, dijo la mujer, apartándose algo y mirando al teniente coronel con insistente mirada, casi fanática.

-¡Dígame porque no han habido visitas en todo un año! ¿Por qué no puedo verlo? ¡Cuándo podré? ¡Dígamelo!

Era como si un grano de arena hubiese golpeado otro grano de arena a cuarenta pasos. La semana antes, la administración de la prisión del M.G.B. había enviado el permiso al zek Nerzhin, entre otros, para visitar a su mujer el domingo, 25 de diciembre de 1949, en la prisión Lefortovo. Pero junto con este permiso llegó el anuncio de la prohibición de enviar el aviso a "poste restante" como lo pidió el recluso.

Nerzhin había sido llamado en su momento y se le había preguntado acerca de la verdadera dirección de su mujer.

Murmuró que no la conocía. Klimentiev estaba bien aleccionado sobre los estatutos de la prisión para no revelar nunca la verdad a los prisioneros y no esperaba mayor honestidad de ellos. Nerzhin desde luego, conocía la dirección de su mujer, pero no quería decirla, y era claro que no quería decirla por la misma razón que la administración de la prisión no permitía el envío a "poste restante". Los anuncios de las visitas próximas se hacían por tarjetas postales: "Le ha sido permitido una visita con su marido en tal y tal prisión". No sólo eso sino que la dirección de la esposa se registraba en M.G.B. El ministerio hacía cuanto podía para que tan pocas mujeres como fuese posible pudieran obtener aquellas tarjetas; los vecinos debían estar al tanto de cuanto se refería a las mujeres de los enemigos del pueblo;

tales mujeres debían quedar en descubierto, aisladas, de la opinión sana de la población que las rodeaba, que era precisamente lo que las esposas temían. La mujer de Nerzhin hasta usaba un nombre diferente últimamente. Obviamente se ocultaba de la M.G.B., Klimentiev le había dicho a Nerzhin en su momento que eso quería decir que no habría visita. Y no envió el anuncio.

Y ahora su mujer estaba parada de manera tan molesta delante de él, mientras la gente en torno los miraba en silencio.

-No les está permitido usar "poste restante", le dijo en voz lo suficientemente alta como para que lo oyera solamente ella en el ruido del coche; -usted tiene que dar una dirección.

-¡Pero yo me voy! -los ojos de la mujer estaban transformados por la animación-. ¡Me voy muy pronto! y no tengo dirección permanente.

Mentía a ojos vista.

Klimentiev pensó bajarse en la primer parada -y en el caso de que ella lo siguiera- explicarle a la entrada del subterráneo, donde siempre había menos gente, que esa molesta conversación era inadmisible.

La mujer del enemigo del pueblo parecía haber olvidado su irreparable culpa. Miraba fijo en los ojos al teniente coronel con una mirada seca, ardiente, suplicante, alucinada. Klimentiev estaba sorprendido con esa mirada. ¿Qué fuerza, se preguntaba a sí mismo, la obligaba tan terca y desesperadamente hacia una persona que no vería durante años y que sólo podía destruir toda su vida?

Me es muy necesario, aseguraba con ojos muy abiertos, que habían visto el titubeo en su cara.

Klimentiev recordó el papel que tenía en su caja fuerte de la prisión especial. Afirmando "El reforzamiento de la Retaguardia" se asestaba un nuevo golpe a los parientes que declinaban dar sus

direcciones. El mayor Myshin había propuesto que el contenido del papel fuera anunciado a los prisioneros el lunes. Si esa mujer no veía a su marido mañana, si ella insistía en rehusarse a dar su dirección, no volvería a verlo en el futuro. Si él le hablara sobre la visita de mañana, ahora, aunque la notificación no hubiera sido formalmente enviada, y no hubiese sido registrada en el libro, ella podría venir a Lefortovo como por casualidad.

El tren se estaba deteniendo.

Todos aquellos pensamientos atravesaban veloces la cabeza del teniente coronel. Sabía que los mayores enemigos de los prisioneros eran los mismos prisioneros. Sabía que el mayor enemigo de cada mujer es la mujer misma. La gente no puede mantenerse callada ni siquiera para su propia salvación. Él ya había manifestado en el curso de su carrera, estúpida benignidad, algunas concesiones y nadie sabría nunca acerca de esto, pero aquellos que fueron favorecidos no supieron guardar el secreto.

No podía demostrar ningún ablandamiento.

Sin embargo, mientras el ronquido del tren aumentaba de volumen al aproximarse a la estación, y entrar en ella y a la vista de sus pálidos mármoles, Klimentiev dijo a la mujer: -Le es permitida la visita. Venga mañana a las 10 a. m. No dijo "Prisión Lefortovo", pues muchos pasajeros ya se apiñaban hacia las puertas parados alrededor de él. ¿Sabe usted donde queda la Pendiente de Lefortovo?

-¡Sí sé! ¡sé! -dijo la mujer asintiendo con gratitud.

Y ahora esos ojos antes secos se llenaron súbitamente de lágrimas.

Esquivando esas lágrimas, aquella gratitud y toda aquella insensatez, Klimentiev salió a la plataforma para cambiarse a otro tren.

Estaba sorprendido de lo que había dicho que haría y se sentía fastidiado consigo mismo.

El teniente coronel dejó a Nerzhin esperando en el corredor de la oficina principal del cuartel a causa de que Nerzhin era un prisionero insolente, que siempre trataba de buscar la manera de salirse de lo que era la ley.

El cálculo del teniente coronel era correcto: Nerzhin, después de estar parado un largo rato en el corredor, no solamente había abandonado toda esperanza de que se le concediese una visita, sino que, acostumbrado como estaba a toda clase de infortunios, esperaba que algo malo le ocurriese.

Por eso fue el más sorprendido al saber que dentro de una hora saldría para una visita. De acuerdo con el alto código de ética de los prisioneros, implantado por cada uno de ellos con el otro, se podía no demostrar alegría ni siquiera satisfacción, sino preguntar con indiferencia a qué hora exactamente se debía estar listo, para salir. Pero el cambio fue tan brusco y la felicidad tan intensa que Nerzhin no pudo contenerse, y, radiante de placer, agradeció al teniente coronel con calor.

El teniente coronel no movió un músculo de su cara.

Inmediatamente salió a impartir las órdenes detalladas a los guardias que estaban designados para la visita.

Las indicaciones incluían una serie de pormenores: recordarles la importancia y el absoluto secreto del "objetivo"; una explicación sobre la incorregibilidad de los criminales del estado que saldrían de visita hoy; su único y obcecado deseo de usar esta entrevista para transmitir secretos de estado en su posesión a través de sus mujeres a los U.S.A. (los guardias no tenían siquiera una idea aproximada de quiénes estaban trabajando entre las paredes de los laboratorios, y era

fácil llenarlos de terror sobre que un pedazo de papel, transmitido desde Mavrino, pudiese destruir todo el país). Después seguía la lista de los posibles lugares secretos donde podían esconderse cosas: en ropas, zapatos y métodos conocidos de ellos. (Las ropas, incidentalmente, eran puesta en circulación una hora antes de las visitas, ropas especiales solamente para ser mostradas). Un período de preguntas y respuestas comprobaban si las instrucciones habían ido bien comprendidas.

Entonces, como último ítem, se daban varios ejemplos del desarrollo que las conversaciones podían tener, cómo se las debía escuchar y cortar si eran sobre algo que no fuese personal y familiar. El teniente coronel Klimentiev conocía los reglamentos y amaba el orden.

UN PERPLEJO ROBOT

En su apuro por ganar el dormitorio de la prisión, Nerzhin casi aplasta al teniente primero Nadelashin en el oscuro corredor. La ordinaria toallita tejida estaba todavía colgando de su cuello bajo su saco acolchado.

Por la asombrosa capacidad humana, todo había cambiado instantáneamente dentro de Nerzhin. Hacía cinco minutos mientras parado en el corredor esperaba, sus treinta años de vida le habían parecido una insignificante y dolorosa cadena de fracasos en la que no había tenido la fuerza de desenvolverse solo. El peor de estos fracasos le parecía ser su partida para la guerra, en seguida de su matrimonio, después su arresto, y la larga separación de su esposa. Claramente veía como una fatalidad, predestinado a ser pisoteado, el amor entre ellos.

Pero vino el anuncio de la visita a mediodía de hoy y sus treinta años de vida aparecieron bajo la luz de un nuevo sol: tensa como la cuerda de un arco; una vida lleva de significado en las cosas grandes y las pequeñas: una vida a grandes saltos de un éxito a otro, donde los pasos inesperados que lo conducían a su meta eran la partida hacia la guerra y su arresto, y la larga separación de su esposa. Visto desde afuera parecía una gran desdicha pero Nerzhin estaba feliz secretamente de su infelicidad. La bebía como agua de primavera. Aquí había aprendido a conocer la gente y los hechos como no hubiera podido en ninguna otra parte sobre la tierra. Y ciertamente no, en la callada, bien alimentada vida doméstica. Desde su juventud, Gleb

Nerzhin había temido más que nada el estancamiento en la vida diaria. Cómo el proverbio decía: *No es el mar el que te ahoga, es el charco.*

¡Estaría con su mujer de nuevo! La unión de sus almas era permanente ¿Una visita ? ¿Y en su cumpleaños ? Y especialmente después de su conversación con Yakonov ayer. Nunca tendría otro visita, así que hoy era más importante que nunca. ¡Sus pensamientos volaban como flechas de fuego: no debía olvidarse de mencionar esto; debía recordar de hablar de aquello, acerca de esto, y acerca de aquello, también!

Corría dentro de la habitación semicircular donde los prisioneros estaban dándose prisa ruidosamente, algunos de regreso del desayuno, algunos camino a lavarse; Valentulya Pryanchikov sentado en ropa interior, después de quitar la frazada sobre su cama, con los brazos extendidos mientras relataba sonriente su conversación de la noche con el jefe nocturno, describiendo cómo más tarde se aclaró que era el ministro. Nerzhin detestaba escuchar a Valentulya. Pero era un delicioso momento de su vida, cuando uno estalla con cantos, cuando cien años parecen demasiado cortos para remodelar todo. Y no podía omitir un desayuno; un prisionero no siempre tiene desayuno. De todos modos, la historia de Valentulya estaba alcanzando su poco glorioso final. La habitación le dictó su veredicto: era *barato y ruin*, puesto que no había hablado a Abakumov acerca de las esenciales necesidades de los prisioneros. Aquél trató de alejarse gritando, pero cinco verdugos voluntarios lo despojaron de sus calzoncillos y en medio de la grito general, vocerío y risas lo persiguieron alrededor de la habitación, golpeándolo con sus cinturones, salpicándolo con té caliente.

En la tarima más baja, a lo largo del camino de pasaje a la ventana central, debajo de la tarima de Nerzhin y a través de la vacía de Valentulya, Andrés Andrevich Potapov estaba tomando su té matinal. Observando el juego general, reía hasta que las lágrimas le subieron a los ojos, salpicándole los anteojos. Antes de que despertaran los demás, la cama de Potapov ya estaba hecha; como un paralelepípedo regular. En ese momento extendió una finísima capa de manteca sobre el pan; no compraba nada en la tienda de la prisión pues trataba de enviar todo el dinero que ganaba a su "vieja". (De acuerdo al standard de la *sharashka* a él se le pagaba una alta suma, 150 rublos al mes, tres veces menos que a una mujer para trabajos domésticos, en libertad; era irremplazable especialista y estaba en los buenos libros de sus jefes).

Nerzhin dejó caer su saco acolchado en la corrida, lo tiró sobre su cama todavía sin tender y, saludando a Potapov pero sin esperar respuesta, corrió a desayunar.

Potapov era el ingeniero que había confesado durante su interrogatorio, y firmado la confesión, y confirmado en su juicio que personalmente había vendido a los-germanos -y muy barato- el ornamento del Plan Quinquenal Stalinista, Dnepreges, la Estación de Poder Hidroeléctrico del Dniéper -aunque había sido demolida cuando él lo vendió a ellos-. Gracias solamente a la merced de una corte muy humana, la sentencia de Potapov por su increíble y sin igual crimen tuvo sólo diez años de prisión, seguidos de la pérdida de sus derechos por cinco años, lo que en el lenguaje de los prisioneros se llamaba "diez, más cinco en los cuernos".

Nadie que hubiera conocido a Potapov en su juventud, y menos todavía el mismo Potapov, hubiera soñado que a los cuarenta y cinco sería arrojado en prisión por *política*. Los amigos de Potapov,

justificadamente lo llamaban un robot. La vida entera de Potapov era su trabajo, y hasta los tres días de fiesta lo aburrían. Solamente había tomado una vacación en su vida, cuando se casó. En los años siguientes, nunca pudo encontrar a nadie que lo reemplazara y voluntariamente renunciaba a sus vacaciones. Cuando hubo escasez de pan, o de vegetales, o azúcar, él apenas se daba cuenta de aquello. Corría un agujero de su cinturón, lo apretaba y continuaba preocupado con la sola cosa en el mundo que le interesaba: transmisión de alto voltaje. A aquellos que no creaban nada con sus manos pero que trabajaban solamente con sus lenguas, Potapov no los miraba siquiera como a gente. Había dirigido todos los cálculos eléctricos en Dneprostroi, se había casado en Dneprostroi, y a la vida de su mujer, como a la suya propia habían alimentado la insaciable hoguera de aquellos años.

En 1941, mientras construían otra estación, Potapov tuvo una excepción de servicio militar. Pero sabiendo que Dneproges, la creación de su juventud, había sido volada, dijo a su mujer: -Katya, después de todo yo debo ir.

Ella le respondió: -Sí, Andryusha, debes.

Y así fue Potapov con sus anteojos menos tres dioptrías, con el cinturón retorcido, una camisa arrugada, con sus insignias de oficial y la funda de su pistola vacía. En el segundo año de esa buena preparación para la guerra no habían todavía bastantes armas para oficiales. Abajo de Kastornoye, en medio del humo del centeno en llamas y del calor de julio, fue tomado prisionero. Escapó, pero no pudo alcanzar su propia línea y fue apresado por segunda vez. Escapó de nuevo, pero en campo abierto fue tomado por tercera vez por un destacamento de paracaidistas (todas las veces sin armas).

Atravesó los canibalistas campos de Novograd-Volynsk y Chenstokhov, donde los prisioneros comían la corteza de los árboles, hierba, y a sus camaradas muertos. De tales campos los germanos de pronto lo llevaron a Berlín, y allí una persona (atento, pero bastardo) que hablaba hermosamente el ruso le preguntó si era posible que fuese él mismo Potapov qué había estado en Dneprostoi. ¿Podía él demostrarlo, dibujando, por ejemplo, el diagrama para el conmutador del generador de allí?

El diagrama ampliamente publicado en todas partes y Potapov, sin hesitar lo dibujó. Habló por sí mismo acerca de ello en su interrogatorio, aunque no se lo había obligado a hacerlo.

Lo que hizo fue calificado en su sumario de "descubrir los secretos de Dneproges".

Aunque el caso contra él no incluía otra prosecución: el ruso desconocido que había por estos medios verificados la identidad de Potapov, le propuso firmara una declaración de estar listo para reconstruir Dneproges -y que inmediatamente sería puesto en libertad- se le dará su ración de comida, dinero, y volvería a su propio y amado trabajo.

Cuando esta atrayente, hoja de papel fue puesta delante de él, un hondo pensamiento cruzó el arrugado rostro del robot. Sin golpear su pecho y sin proferir orgullosas palabras, sin pretender ejercer sus derechos de convertirse en un héroe postumo de la Unión Soviética, modestamente replicó: -Pero ustedes deben comprender que he firmado un juramento. Y si firmo esto. ¿No habría una contradicción?

De este modo, con dulce y antiteatral manera, Potapov escogió la muerte sobre el bienestar. "Muy bien, respetamos sus convicciones", replicó el desconocido ruso y envió de nuevo a Potapov al campo de los caníbales.

Es por eso que el tribunal soviético no juzgó a Potapov y le dio solamente diez años. El ingeniero Markushev, por el contrario, firmó una declaración similar y se puso a trabajar para los germanos. Y la corte le dio los mismos diez años. Esa era la firma de Stalin; aquella ecuanimidad magnífica con amigos y enemigos que lo hacían único en toda la historia humana.

La corte no le aumentó la sentencia a Potapov por haber entrado a Berlín en 1945, en un tanque soviético con sus anteojos rotos y atados sosteniendo un fusil automático.

De tal modo, Potapov salió bastante bien con "diez años, y cinco en los cuernos".

Nerzhin volvió del desayuno, se sacó los zapatos, y subió a su tarima, balanceándose junto con Potapov. Tenía por delante su diaria hazaña acrobática -hacer su cama sin arrugarla, parado desde allí. Pero cuando movió a un lado la almohada, encontró debajo de ella una caja de cigarrillos hecha de plástico transparente color rojo oscuro, bien llena con doce cigarrillos Belomorkanal, entrelazados con una tira de papel donde estaba escrito con letras de imprenta:

Así es como él mató diez años
consumiendo la flor de la vida.

No podía equivocarse. En toda la *sharashka* solamente Potapov combinaba el talento para semejante manualidad con la total memoria de pasajes de *Evgeny Onegrin* que había conservado desde sus días de colegio.

-¡Andreich! -dijo Nerzhin, bajando su cabeza de debajo de la tarima.

Potapov había concluido de beber su té, había abierto el diario y estaba leyéndolo sentado de manera de no deshacer su cama.

-¿Bien, qué es? -murmuró.

-¿Es esto obra de sus manos?

-No sé. Usted lo encontró -trataba de no sonreír.

-¡Andreich! -gritó con pesadez Nerzhin-. ¿Esto es un sueño?

La delicada arruga de astucia aumentaba y se ahondaba en el rostro de Potapov. Ajustándose los anteojos, replicó: -Cuando estaba en Lubyanka con el duque Esterhazy, ambos en una celda, sacando los cubos de la letrina cada día, y él en los días impares, yo le enseñaba el ruso por medio de los *Reglamentos de la Prisión* colgados en las paredes. Para su cumpleaños yo le di tres botones que confeccioné con el pan; a él le cortaron todos y juró que nunca recibió regalo más oportuno de ningún Habsburgo.

De acuerdo a la clasificación vocal, la de Potapov se definía como "desentonada y cascada"

Todavía sobre su tarjeta, Nerzhin miraba cálidamente la cara marcada de surcos de Potapov. Cuando llevaba puesto los anteojos, no representaba más de sus cuarenta y cinco años y hasta tenía apariencia enérgica. Pero cuando se los sacaba, la profunda cavidad oscura de sus ojos le daba el aspecto de una calavera.

-Me confunde, Andreich. Después de todo yo no puedo darle nada semejante. No tengo manos como las suyas. ¿Cómo ha podido acordarse de mi cumpleaños?

-No se preocupe, -replicó Potapov-. ¿Qué otra fecha notable nos queda en la vida? Ambos pestañearon.

-¿Quiere té? -preguntó Potapov-. Tengo una marca especial.

-No Andreich, no necesito té. Voy a salir de visita.

-¡Magnífico! -dijo Potapov complacido-. ¿Con su "vieja"?

-¡Sí!

-Esa es la cosa; Ven Valentulya, no me grite en la oreja.

-¿Qué derecho tiene una persona de burlarse de otra?

-¿Qué hay en el diario, Andreich? -preguntó Nerzhin. Potapov, miró a Nerzhin con sus apagados ojos estrábicos de ucraniano todavía colgado de su tarima:

Las fábulas de la musa británica
molestan el sueño de la doncella.

Más de tres años habían pasado desde que Nerzhin y Potapov se habían encontrado en la prisión de Butyoskaya en una ruidosa, superpoblada celda, casi a oscuras hasta en el mes de julio. Allí, en el segundo verano después de la guerra, la vida de muchas personas diferentes se había cruzado. Recién llegados de Europa pasaron a través de aquella celda, fornidos prisioneros rusos que habían conseguido trocar la prisión germana por una prisión natal; golpeados y crispados presos de los campos, en tránsito desde las cuevas de GULAG al oasis de la *sharashka*. Cuando hubo entrado en la celda, Nerzhin se arrastró a ciegas bajo el tablón de la cama. (Los tablones de la cama eran tan bajos que no se podía pasar bajo ellos con todas las pieles sino arrastrándose apenas sobre el estómago y los codos). Allí sobre el sucio piso de asfalto, con los ojos todavía desacostumbrados a la oscuridad, preguntó jovialmente: -¿Quién es el último, amigos?

Y una voz desentonada y cascada le respondió -Cu-cu. Usted se acuesta detrás de mí.

Día tras día, mientras los prisioneros eran sacados de la celda para ser transportados, ellos se movían bajo los tablones de la cama, "del cubo de la letrina a la ventana"; en la tercera semana retrocedieron "de la ventana al cubo de la letrina"; pero esta vez desde la cima de los tablones camas. Más tarde se movieron de nuevo a través de los catres de madera, a la ventana. De este modo se había

creado esa amistad, a pesar de las diferencias de edad, historia personal y gustos.

Fue entonces, en los últimos meses de deliberación después del juicio, que Potapov admitió a Nerzhin que nunca le hubiera sucedido que la política le preocupara, si los políticos no hubieran empezado a destrozarla.

Fue entonces, bajo la plancha de la cama de la prisión de Butyrskaya, que el robot se volvió perplejo por primera vez, algo que está bien reconocido no ser recomendable para los robots. No, no estaba arrepentido de haber rehusado pan germano, ni los tres años muerto de hambre, los tres años mortales de la prisión germana. Todavía consideraba inadmisibile que los extranjeros juzgasen nuestras dificultades internas.

Pero la chispa de la duda se había encendido en él y había comenzado a arder. De algún modo, no podía comprender por qué se encarcelaba a la gente cuya única culpa era haber construido Dneproges.

CÓMO REMENDAR CALCETINES

A las 8 y 55 había una inspección en los cuartos de la prisión especial. Esta operación, que llevaba horas en los campos, con los zeks de pie en el frío, mandados de un lugar en otro, contados uno a uno, de a cinco, de a cien, a veces por brigada, se hacía rápido y sin sufrimientos aquí en la *sharashka*. Los zeks tomaban el té en sus mesas de noche; dos oficiales de turno, uno que abandonaba la guardia y otro que la tomaba entraban en la habitación; los zeks se paraban (algunos no se ponían en pie); el nuevo oficial atentamente contaba las cabezas; y entonces se daban las instrucciones y se oían con desgano las quejas.

El oficial de turno era él teniente segundo, Shustermann. Alto, de cabellos negros y aunque no exactamente huraño, nunca expresaba ningún sentimiento humano -tal como se suponía que debían conducirse los guardias que tenían práctica avanzada. Él y Nadelashin habían sido enviados a Mavrino de Lubyanka para reforzar la disciplina de la prisión. Algunos de los zeks los recordaban desde Lubyanka: ambos servían al mismo tiempo como guardia de escolta; es decir que tomaban a su cargo un prisionero de cara a la pared, y lo conducían por los famosos peldaños gastados al entrepiso entre el cuarto y el quinto piso, donde se había abierto un pasaje desde la prisión al edificio de interrogatorios. A través de este pasaje habían sido conducidos durante una tercera parte del siglo todos los prisioneros de la prisión: demócratas, socialistas, revolucionarios, anarquistas, monárquicos, octubristas, mencheviques, bolcheviques,

Savinkov, Takubovich, Kutepov, Ramzin, Shulgin, Bukharin, Rykov, Tukhachevsky, profesor Pletnev, académico Vavilov, mariscal de campo Paulus, general Krasnov, los más famosos científicos del mundo y poetas principiantes; los criminales mismos primero, después sus mujeres y sus hijas. Los prisioneros eran llevados al mismo famoso escritorio, donde en un grueso libro de "Registros de destinos" firmaban al pasar en un corte hecho en una placa de metal, sin ver el nombre arriba o debajo del suyo. Después eran conducidos a una escalera a los lados de la cual estaba tendida una red igual a la de los trapecistas de circo, para impedir que los prisioneros intentaran suicidarse arrojándose desde allí. Luego los llevaban a través de innumerables corredores ministeriales, sofocantes por la luz eléctrica y fríos por el brillo dorado de las charreteras de coronel.

No importaba cuan profundamente se hundiesen en aquella primera insondable desesperación; los detenidos pronto anotaban la diferencia entre los dos hombres: Shusterman -cuyo nombre, desde luego, ignoraban entonces- mirándolos, terriblemente ceñudo bajo sus espesas cejas, tomaba al prisionero por el codo como si tuviese garras, y con brutal fuerza lo arrastraba, casi sofocado, escaleras arriba; cara de luna Nadelashin, semejante a un eunuco, caminaba siempre un poco separado del prisionero, sin tocarlo, hablándole amablemente, indicándole por dónde ir.

Shusterman, a pesar de ser más joven, lucía ya tres estrellas sobre sus hombros.

Nadelashin anunció que aquellos que iban de visita deberían presentarse arriba ante las autoridades del cuartel a las diez de la mañana. Como le preguntaran si habría cine aquella tarde, replicó que no habría. Se produjo un débil murmullo de desagrado, pero desde

un rincón Khorobrov respondió: -Y no nos aburran trayendo películas de m... como *Cosacos de Kuban*.

Shusterman se dio vuelta violentamente, para apuntarse mentalmente al que hablaba, y al hacerlo se confundió y volvió a contar de nuevo.

En el silencio, alguno dijo audiblemente pero no como para que se lo pudiera identificar:

-Esto va a su registro personal.

Khorobrov, torciendo su labio superior, contestó: -¡Que se vayan al diablo! Ya han escrito tanto contra mí, que no queda lugar en mi fichero.

El ingeniero Adamson con sus grandes anteojos cuadrados, sentado en la siguiente tarima, preguntó: -Teniente primero, ¿acerca del árbol de Navidad? ¿Lo tendremos o no?

-¡Sí, habrá un árbol de Navidad! -replicó el teniente primero, obviamente contento de anunciar la grata nueva. Vamos a colocarlo acá, en el medio.

-¿Y podemos decorarlo? -dijo Ruska alegremente desde una tarima alta. Estaba sentado allí al estilo turco, un espejo sobre su almohada, cortando su corbata. Dentro de cinco minutos se encontraría con Clara -había visto por la ventana que ella ya había pasado frente al vigía y había entrado en el patio.

-Preguntaremos. No hay instrucciones.

-¿Qué instrucciones necesitan? ¿De que sirve un árbol de Navidad sin adornos? ¡Ja-Ja-Ja!

-Amigos, haremos las decoraciones de todos modos.

-Calma, muchachos. ¿Qué hay acerca de nuestra agua hirviendo?

-¿Querrá, el ministro hacer algo a propósito de esto?

El cuarto sonaba alegre, con las discusiones a propósito del árbol. Los oficiales recién se alejaban cuando Khorobrov ahogó la ensordecedora conversación con su fuerte, y abrupto llamado:

-¿Díganle que guarden el árbol hasta la misa ortodoxa de Navidad, el 7 de enero"! ¡El árbol es para Navidad no para Año Nuevo! El oficial de guardia actuó como si no hubiera oído y salió.

Todos hablaron en seguida. Khorobrov tenía algo en su mente que no había alcanzado a decirle al oficial, y ahora, silencioso, lo expresaba a alguien invisible moviendo su rostro curtido. Nunca antes había celebrado ni Navidad ni Pascua, pero justamente por contrariar había comenzado a hacerlo en la prisión. Por lo menos aquellas fiestas no estaban marcadas por pesquisas intensas o castigos más severos.

Adamson terminó de beber su té. Se quitó sus empañados anteojos con arcos de plástico y dijo a Khorobrov:

-¡Illys Terentich! ¿Has olvidado al segundo mandamiento de los prisioneros? No claves tu cabeza en la pica. Khorobrov miró fijamente a Adamson.

-Aquello fue una orden anticuada de tu "perdida ola" de prisioneros. ¡Pórtense bien, y ellos los matarán a todos!

El reproche era, como suele, ocurrir injusto. Fueron aquellos hombres arrestados con Adamson quienes justamente habían organizado las huelgas en Vorkuta. Pero todo conducía al mismo final de todas maneras. No se podía explicar esto a Khorobrov, precisamente en ése momento y el "mandamiento" había sido inventado por la última ola de prisioneros.

Adamson simplemente se encogió de hombros y dijo: -Si hace usted una escena, lo enviarán lejos a algún campo de trabajos forzados.

-¡Y eso, Grigory Borisich, es lo que yo deseo! Si hay trabajo forzado, es trabajo forzado, al infierno con ellos; por lo menos tendré buenos camaradas. Tal vez no haya informadores allí.

Rubín como siempre llegó tarde, no había tomado su té. Estaba parado cerca de Potapov con su barba despeinada, próximo a la tarima de Nerzhin y hablaba amistosamente a su ocupante.

-¡Feliz cumpleaños, mi joven Montaigne, mi tontuelo!

-Estoy muy emocionado, Levchik, pero para que...

Nerzhin arrodillado en su campo sostenía el cartapacio. Era claramente una labor de prisionero; o sea el más cuidadoso trabajo del mundo, pues los prisioneros nunca se apuran. Tenía pequeños bolsillos en percal borravino, ajustado con botones y con excelente papel adentro. Todo aquel trabajo había sido hecho, desde luego, en tiempo que pertenecía al gobierno.

-además, de todos modos, no lo dejan a usted escribir mucho en la *sharashka* -excepto denuncias.

-Y mis deseos para tí -los gruesos labios de Rubín sobresalían en su cómico gesto- es que su escéptico, ecléctico cerebro fluya con la luz de la verdad.

-Y ¿cuál es la verdad paisano? ¿Puede alguien saber cuál es realmente la verdad... ? -dijo Gleb y suspiró. Su cara rejuvenecida en la espera de la visita, se cubrió de nuevo con centenarias arrugas. Sus rubios cabellos le colgaban de cada lado.

Sobre la siguiente tarima encima de la de Pryanchicov, un calvo y gordo ingeniero, apacible, entrado en años, usaba los últimos segundos de tiempo libre para leer un diario que había obtenido de Potapov. Abriéndolo a todo lo ancho de sus brazos, a veces hacía un gesto y movía ligeramente los labios al leer. Cuando sonó la campanilla en el corredor, dobló la hoja apresuradamente.

-¿Qué infierno es todo esto, diablos? ¿Prosiguen con la idea de dominar el mundo?

Y miró alrededor buscando un lugar conveniente para tirar el diario.

Del otro lado de la habitación, el inmenso Dvoyetyosov, cuyas grandes piernas colgaban de su tarima, preguntó en voz baja:

-¿Y tú, Zemelya? ¿La dominación del mundo no se ha enseñoreado en tí? ¿Acaso no lo ambicionas?

-¿De mí? -respondió Zemelya, sorprendido, como si la pregunta fuera hecha en serio-. No, no, -dijo sonriendo abiertamente-. ¿Para qué diablos habría de necesitarla?

-No lo deseo. -Y rezongando comenzó a descender.

-Bien, en tal caso, descendamos y vamos a trabajar, -dijo Dvoyetyosov, saltando con todo su peso sobre el piso.

La campana volvió a sonar. Llamaba a los prisioneros al trabajo del domingo. Su campanilleo les decía que la inspección había concluido y que la "Puerta Sagrada" de la escalera del instituto había sido abierta; los zeks se apresuraban para salir en apretado grupo.

Ya la mayor parte de ellos estaba afuera. Doronin el primero Sologdin, que había cerrado la ventana mientras los demás tomaban su té, la abrió ahora de nuevo, sujetándola con un volumen de Ehrenburg, y se apuró para alcanzar en el corredor al profesor Chelnov que acababa de abandonar su "celda de profesor". Como siempre, Rubín que no tuvo tiempo de hacer nada esta mañana, apresuradamente ponía lo que no había concluido de comer y de beber en su mesa de luz. (Algo se derramó en ella). Y él se esmeraba con su gibosa, imposible y desarreglada cama, tratando vanamente de tenderla de manera que no lo llamasen para rehacerla más tarde.

Nerzhin se ajustaba su "disfraz". En un tiempo los zeks de la *sharashka* se vestían diariamente con buenos trajes y sobretodos, e iban así vestidos para las visitas, pero en la actualidad sólo se los proveía de overoles oscuros, de tal modo, que los guardias de las torres podían distinguirlos de los empleados libres, en el caso de tener que tirar sobre ellos. La administración de la prisión, los obligaba en su lugar a cambiarse de ropa para las visitas. Ropa que allí se les proveía, confiscada probablemente en los guardarropas privados, a gente a quienes les eran arrebatadas sus propiedades, después de sentenciadas. Algunos zeks gozaban al verse bien vestidos, aunque no fuera sino por breve tiempo; a otros les repelía, y se hubieran sentido felices de haber podido evitar llevar sobre su cuerpo la ropa de un probable cadáver; pero las autoridades de la prisión se rehusaban en absoluto a conducirlos de visita en overols. No se quería que los parientes de los prisioneros tuviesen una mala impresión de la prisión. Y no había nadie con el corazón tan inflexible como para declinar la posibilidad de ver a la persona que amaba. Por lo tanto se cambiaban de ropa.

La habitación semicircular estaba casi vacía. Doce pares de camas de dos pisos en fila, tendidas a la manera de los hospitales, con el borde de la sábana vuelto hacia la vista, de modo de recoger el polvo y ensuciarse más pronto. Este método no podía sino haber sido adoptado por una burocrática cabeza masculina; no cabe duda que ni su mujer lo emplearía en su casa. Pero así es como lo exigía la regla sanitaria de la prisión.

Reinaba un extraño silencio que nadie se preocupó de disipar.

Cuatro personas quedaban todavía en ella: Nerzhin, que se estaba vistiendo, Khorobrov, Adamson y el dibujante calvo.

El dibujante era uno de aquellos tímidos zeks que no obstante los años de prisión no habían podido adquirir la típica insolencia del prisionero. Nunca se hubiera atrevido a permanecer lejos de su trabajo él domingo, sólo que hoy se sentía enfermo y excusado de su tarea por el médico de la prisión. Había tendido sobre su tarima un gran número de zoquetes con agujeros, algo de hilo y un huevo de zurcir casero; y frunciendo su entrecejo trataba de decidir por dónde comenzaría su zurcido.

Grigory Borisovich Adamson, había cumplido ya legítimamente una sentencia de diez años, (sin mencionar seis años de exilio antes), y estaba condenado otros diez más en la "ola de segundos términos". No es que rehusara a trabajar los domingos, pero hacía cuanto podía para no hacerlo. Hubo un tiempo, cuando sus días de Komsomol que no necesitaba ser llevado de la oreja para acompañar a los camaradas que trabajaban en los días libres; pero se sobreentendía que aquellos entusiasmos se adaptaban al espíritu del tiempo -alcanzar la economía en la remodelación: uno o dos años tal vez y todo sería hermoso, los jardines florecerían por todas partes. Ahora Adamson era uno de los pocos allí que habían aguantado en los horrorosos diez años enteros, y sabía que no era un mito, ni un delirio del tribunal, ni una anécdota divertida hasta la primera amnistía general -como lo creían los recién llegados- sino que diez, doce, o quince años de la vida agotadora del hombre. Había aprendido desde hacía mucho, a economizar cada movimiento muscular, a acumular cada minuto posible de reposo, y que lo mejor que se podía hacer un domingo era quedarse inmóvil en la cama.

Sacó el libro que Sologdin había puesto en la ventana y la dejó cerrada, despacio se quitó su overol, y se metió bajo la frazada, cubriéndose con ella, limpió sus anteojos con un pedazo de gamuza, se

puso un caramelo en la boca, arregló su almohada y sacó de debajo del colchón un grueso libro forrado precariamente en papel. Sólo, el mirarlo lo reconfortaba.

Khorobrov, por el contrario, se sentía miserable. Tendido en sombría meditación, sobre la cama, todo vestido, con los zapatos descansando sobre el borde. Por temperamento sufría intensamente y con persistencia las cosas que hacían alzarse de hombros a los demás. Cada sábado, de acuerdo al bien conocido principio de que se hacía voluntariamente, los prisioneros, sin que se les preguntara, eran anotados como voluntarios deseosos de trabajar los domingos, y la lista era sometida a la administración de la prisión. Si las firmas hubieran sido realmente voluntarias, Khorobrov hubiera firmado y habría pasada voluntariamente su domingo libre en su mesa de trabajo. Pero precisamente porque la firma "era una burla desnuda, Khorobrov debía quedarse tendido estúpidamente en el encierro de la prisión.

Un zek de campo podía soñar con andarse en una celda tibia solo el día domingo, pero el zek de la *sharashka*, no tenía dolores de espalda.

No había nada que hacer. Había leído ya todos los diarios de que se podía disponer. Sobre la mesa de luz próxima a su tarima había una pila de libros de la biblioteca de la prisión especial. Uno de ellos era una colección de ensayos periodísticos de escritores reverenciados. Khorobrov abrió uno de Alexie. -No Tolstoi, como irrisoriamente lo llamaba la *sharashka*. Con fecha junio de 1941 leía: "Los soldados germanos, presionados por el terror y la locura, chocaron en la frontera contra una pared de hierro y de fuego. Instantáneamente puso el libro a un lado. En las casas bien amuebladas de Moscú donde aún antes de la guerra habían ya refrigeradores eléctricos, aquellos

gigantes intelectuales se habían inflado en omnipotentes oráculos, aunque no oían sino la radio y no veían otra cosa que sus canteros floreados. Una semi analfabeta de granja colectiva sabía más de la vida que ellos. Los otros libros de la pila eran literarios, pero a Khorobrov su lectura le daba asco. Uno se titulaba *Lejos de nosotros*, éxito del momento, que ahora se leía mucho afuera pero recién habiéndolo empezado Khorobrov sintió náuseas. Era un pastel de carne sin carne, un huevo al que se le había chupado lo de adentro, un pájaro disecado. Hablaba sobre las construcciones proyectadas llevadas a cabo por los zeks, y acerca de los campos, pero en ninguna parte estaban los nombres de los campos ni decía que los trabajadores eran zeks que recibían raciones de prisión y estaban encarcelados en celdas de castigo; que en cambio, ellos los sustituyeron por los jóvenes de la Komsomols donde vivían bien vestidos, bien alimentados y llenos de entusiasmo. Como lector experimentado sentía que el autor sabía, había visto y tocado la verdad, que podía haber sido oficial de seguridad en un campo, pero que mentía con fríos ojos y duros.

El segundo libro era *Obras selectas* del famoso escritor Galakhov, cuya estrella estaba en su cénit. Habiendo reconocido el nombre de Galakhov y esperando algo de él, Khorobrov leyó el libro, pero lo dejó con el sentimiento de que había sido burlado del mismo modo que lo habían burlado con la lista de trabajo voluntario del "domingo". Hasta Galakhov, capaz de escribir bien acerca del amor, se había deslizado a través de una especie de parálisis espiritual a aquella otra manera predominante de escribir, no como si fuese destinado a gente normal sino a simplones sin experiencia, que en su insuficiencia mental agradecerían cualquier clase de esparcimiento. Cuanto fuese capaz de conmover o de impresionar realmente al corazón humano estaba ausente de esos libros. Si la guerra no hubiera sobrevenido, lo

único que hubieran podido hacer era convertirse en panegiristas profesionales. La guerra les despojó el camino para la simple generalizada comprensión de los sentimientos humanos. Pero, ¿también aquí ellos elevaban a la altura de Hamlet toda suerte de fantásticos e imposibles conflictos ? -como aquel miembro del Komsomol que había hecho volar docenas de trenes con municiones detrás de las líneas enemigas, pero que por no tener como miembro buen nivel en ninguna de las organizaciones del Partido, se torturaba de día y de noche por la incertidumbre de no pagar al Komsomol lo que le era debido.

Otro libro estaba también allí sobre la mesa de noche, *Cuentos americanos* de escritores progresistas. Aunque Khorobrov no podía comprobar esas historias con la vida real, la selección era sorprendente. En cada una obligatoriamente se difamaba a América del Norte, venenosamente agrupados, ellos componían un cuadro como de pesadilla que uno llegaba hasta a preguntarse por qué todos los americanos no se fugaron o no se ahorcaron.

¡No había nada para leer!

Khorobrov pensó en fumar. Sacó un cigarrillo y empezó a darlo vuelta entre sus dedos. En el perfecto silencio de la habitación la cubierta de cigarrillo crujía un poco. Quiso fumar allí donde estaba, sin salir, sin sacar sus pies del borde de la cama. Los prisioneros que fuman saben que la única satisfacción real es la que produce el cigarrillo que se fuma mientras se está tendido sobre el propio pedazo de lecho propio, sobre la propia litera, sin apuro, mirando fijamente el techo donde se dibujan las imágenes del irrecuperable pasado y donde flotan las inalcanzables del futuro.

Pero el dibujante calvo no era fumador y le disgustaba el humo. Adamson fumaba, pero tenía la errónea idea, de que debía haber aire

fresco en la habitación. Siendo un sostenedor firme del principio soberano de que la libertad comienza con el respeto de los derechos de los otros, Khorobrov, con una mueca, dejó caer sus piernas sobre el piso y se dirigió hacia la salida. Al hacerlo notó el grueso libro en manos de Adamson y se dio inmediatamente cuenta de que no había un libro así en la biblioteca de la prisión, que aquél venía de afuera, y que nadie pediría un mal libro afuera.

Sin perder su compostura, no preguntó en voz alta, con inocencia: -¿Qué estás leyendo? o -¿Dónde has conseguido eso? -pues Nerzhin hubiera podido oír la respuesta de Adamson. Se fue derecho a Adamson y le dijo en voz baja: -Gregory Borisich, déjame dar un vistazo al título.

-Muy bien, mira, -dijo Adamson con reticencia. Khorobrov abrió la tapa y leyó asombrado: *El conde de Monte cristo*. Silbó.

-Borisich, -preguntó cariñosamente-. ¿Hay alguien después de usted? ¿Tengo alguna probabilidad?

Adamson se sacó los lentes pensativo y le dijo: -Veremos, ¿me quieres cortar el pelo hoy?

A los zeks no les gustaba visitar al barbero Stahanovez. Los que ellos se elegían cortaban sus cabellos para satisfacción personal de sus antojos o fantasías, trabajando despacio porque tenían mucho tiempo por delante.

-¿Cómo podemos conseguir una tijera?

-Se la pediré a Zyablin.

-Muy bien, te cortaré el cabello.

-En la página 128, se puede desmembrar, te la pasaré. Observando que Adamson había leído hasta la página 110, Khorobrov salió al corredor a fumar de mucho mejor humor.

Gleb estaba más que colmado con la idea anticipada de la tremenda fiesta de ver a su mujer. En alguna parte en la residencia de estudiantes en Stromynka, Nadya, también estaba probablemente nerviosa en esta última hora. En tales encuentros los pensamientos suelen dispersarse, uno se olvidaba de lo que quería decir; por eso debería escribirselos en un pedazo de papel, aprendérselos de memoria y destruirlos después, puesto que no se puede llevar el pedazo de papel con uno. Acordándose tan sólo de los ocho puntos, ocho: la posibilidad de su traslado, que las sentencias no terminan con la expiración de las sentencias, que se puede ser exiliado, que. .

Corrió hacia el guardarropa y planchó su pechera. La pechera era una invención de Ruska Doronin, que muchos otros adoptaron. Se trataba de una pieza de algodón blanco, un pedazo de sábana rota en treinta partes -aunque el que la proveía a los cuartos no sabía nada de aquello- que se cosía a un cuello. Aquella pieza era suficiente para cubrir la abertura del overol por donde asomaba la marca negra M.G.B. -Prisión Especial N°-. También tenía dos kilos para atársela atrás. La pieza ayudaba a crear la apariencia de bienestar que todos deseaban. Sin dificultad para ser lavada, servía fielmente los días de semana y de fiesta. Su uso ayudaba a no avergonzarse delante de las trabajadoras libres del instituto.

Una vez en la escalera, Nerzhin trató inútilmente de lustrar sus zapatos gastados con el seco y endurecido betún de alguien.

La prisión no proveía zapatos para los días de visita, puesto que aquellos quedarían bajo la mesa, fuera de la vista.

Cuando volvió al cuarto para afeitarse (las máquinas de afeitar y hasta las navajas estaban permitidas, tal era lo absurdo de las reglas), Khorobrov estaba ya enfrascado en su libro.

El dibujante acaparaba con su multitudinario zurcido parte del piso además de toda su tarima; cortaba y remendaba, marcando el remiendo con lápiz. Desde su almohada, Adamson que miraba de soslayo por encima de su libro, le aconsejaba del modo siguiente:

-El remiendo es efectivo cuando se lo hace a conciencia. Dios nos salve de aproximaciones formales. No te apures. Da puntada después de puntada, cada cosa dos veces. Uno de los mayores errores, es usar un lazo podrido en el borde de un agujero. No economices, no salves las partes malas. Corta alrededor del agujero. ¿Nunca oye usted el nombre Berkalov?

-¿Quién, Berkalov? -No.

-Pero ¿cómo no. . . ? Berkalov era un viejo ingeniero de artillería y el inventor de los cañones BC-3, que usted conoce, con fantástico disparador de velocidad. Allí estaba sentado Berkalov, también un domingo, también en una *sharashka*, zurciendo sus zoquetes. La radio estaba funcionando y decía: "teniente general Berkalov, primer grado del premio Stalin". Después de su arresto era sólo mayor general. ¿Qué hizo ? Siguió zurciendo sus medias, y después se puso a hacer panqueques en una plancha caliente. El guardia llegó, lo insultó, lo sacó fuera, le quitó su ilegal plancha caliente e hizo un informe para el jefe de prisión que significaba tres días de castigo. Y en esto, el jefe de la prisión viene corriendo como un chico de colegio gritando: - ¡Berkalov! ¡Traiga sus cosas! ¡Al Kremlin! ¡Kalinin lo llama! ¡Así es nuestro destino ruso!

REMONTANDO VUELO HACIA EL TECHO

El viejo profesor de matemática, Chelnov, figura familiar en muchas *sharashkas*, que escribía "zek" en vez de "ruso" en el espacio de nacionalidad de los cuestionarios, quien cumpliría sus dieciocho años de prisión en 1950, había aplicado la punta de su lápiz a muchas invenciones técnicas, desde calderas de corriente directa a motor de chorro, y había puesto su alma en alguna de ellas.

Sin embargo el profesor Chelnov afirmaba que esto "de poner el alma" había que emplearlo con cuidado ya que solamente el zek posee un alma inmortal mientras que "los libres" en el ajetreo humano muchas veces no la tienen. Durante la charla amistosa de los zeks por encima de los platos de sopas frías o del vaso caliente de chocolate, Chelnov no ocultaba haberse apropiado de esta idea de Pierre Besujov.

Cuando un soldado francés obstruyó el camino a Pierre, como se sabe, Pierre estalló de risa: "Ja, ¡Ja! el soldado no me dejó pasar. ¿A quién, a mí? No, a mi alma inmortal".

El profesor Chelnov era el único prisionero no obligado a llevar overol o mameluco de uniforme de todo el campo de trabajo. (Este problema había sido resuelto por el mismo Abakumov, con su decisión personal). Las bases principales de éste liberalismo residían en que no era un residente permanente sino transitorio. Había sido un miembro correspondiente de la Academia de Ciencias en el pasado y también director del Instituto de Matemática y estaba a la disposición especial

de Beria y era trasladado a cada *sharashka* o campamento científico donde surgía un problema matemático candente. Cuando lo había resuelto en sus líneas generales y demostrado cómo trabajar y desarrollarlo, era transferido a otra *sharashka*.

Pero el profesor no tomaba ventajas de su libertad en la elección de su ropa como habría hecho alguien llevado por su vanidad. Usaba un traje barato con chaqueta y pantalón cuyos colores no congeniaban; cubría sus pies con botas de fieltro y su cabeza de cabellos ralos y grises, con una caperuza de lana tejida parecida a un gorro de ski o de mujer; y se distinguía particularmente por una manta de lana excéntrica que arrollaba dos veces alrededor de sus hombros y espalda, como si fuera también femenino.

Pero era capaz de llevar su gorro y chal de una manera tan propia que su presencia no parecía absurda sino majestuosa. El largo óvalo de su cara, su perfil agudo, su manera autoritaria de hablar con el administrador de la prisión, como el azul ligero y desvaído de sus ojos, característico de las personas con gran capacidad de abstracción, hacían que Chelnov pareciera Descartes o un matemático del Renacimiento.

Había sido enviado a la *sharashka* Mavrino para trabajar en las bases matemáticas de un código absoluto, es decir, aparatos que con sus revoluciones mecánicas podrían asegurar la inclusión y exclusión de muchos relé de tal manera tendiente a confundir el orden del envío de los impulsos rectangulares del lenguaje deformado que centenares de hombres con centenares de aparatos análogos no podrían descifrar la conversación que atraviesa los cables.

En la oficina de Diseños se llevaba a cabo una investigación parecida para lograr tal código. Todos los dibujantes trabajaban en esto, salvo Sologdin.

Éste había llegado al campo de Inta, desde el lejano Norte, y dejando trasuntar que su memoria había sido debilitada por largas hambrunas y que sus capacidades estaban seriamente dañadas y que nunca habían sido demasiadas por otra parte, logrado así que sólo se le asignaran trabajos secundarios y auxiliares. Pudo jugar esta carta tan sueltamente porque en Inta nunca le habían encomendado trabajos generales sino el específico de un ingeniero, y no temía ser enviado de vuelta allá.

No lo enviaron, en efecto, aunque podrían haberlo hecho, sino que lo dejaron a prueba en su nueva prisión. De este modo, en lugar de hallarse en la corriente principal de la labor donde la tensión el apuro y la nerviosidad prevalecían, había logrado ubicarse en un brazo tranquilo paralelo a la corriente principal. No tenía jerarquía pero tampoco preocupaciones. Era controlado a menudo, pero poseía suficiente tiempo para sí y sin supervisión, secretamente, de noche, por sus propias iniciativas, había comenzado a trabajar y planear y resolver el diseño de un código absoluto.

Consideraba que las grandes ideas sólo nacen en una mente individual. Y en efecto había logrado una solución en los últimos seis meses, que no habían logrado diez ingenieros asignados a la labor, pero constantemente azuzados y vigilados. Hacía dos días Sologdin había entregado su trabajo al profesor Chelnov para que lo revisase, también oficialmente. Y ahora estaba subiendo las escaleras tras el profesor, llevándolo respetuosamente de un brazo, a través de los prisioneros y esperando el veredicto sobre su trabajo.

Pero Chelnov jamás mezclaba trabajo y descanso. En la corta distancia que habían cubierto por los corredores y escaleras no había dicho ni una palabra sobre el tema tan importante para Sologdin, y, por el contrario, le estaba contando con una sonrisa su paseo

matutino con Lev Rubín. Después de haber sido impedido de reunirse con los leñadores de madera, había leído a Chelnov sus poemas sobre un tema bíblico. Había una o dos faltas de ritmo, pero la rima era original y tuvo que admitir que los versos no era malos del todo. La balada relataba cómo Moisés había conducido a los judíos por el desierto durante cuarenta años, en la privación, la sed y el hambre, y cómo la gente se había debilitado hasta el delirio y la rebelión. Pero estaban equivocados y Moisés, acertado, porque sabía que al final llegarían a la Tierra Prometida. Rubin, sin duda, había sufrido ese poema en carne propia y por eso había puesto todo su corazón en su creación.

Chelnov emitió opiniones sobre la materia, Dirigió la atención de Rubin sobre la geografía de la travesía de Moisés. Desde el Nilo a Jerusalén no había más de 400 kilómetros, y eso significaba que aun sí durante el sábado descansaban, no podían tardar más de tres semanas en cubrir la distancia. Por lo tanto se debía suponer que durante los restantes cuarenta años Moisés no los había guiado, sino perdido y hecho vagar por todo el desierto arábigo. Y era exageración.

Chelnov llegó a su cuarto con la llave que le había entregado el guardia cerca de la portería, fuera de la oficina de Yakonov. Solo él y la Máscara de Hierro poseían ese privilegio. (Ningún prisionero tenía el derecho de permanecer un segundo en su lugar de trabajo sin la supervisión de un empleado libre, porque la prudencia dictaba que el prisionero trataría de usar ese segundo sin vigilancia para romper la caja fuerte con documentos secretos, probablemente con un lápiz; fotografiarlos con un botón del pantalón; hacer estallar una bomba atómica y huir hasta la luna).

Chelnov trabajaba en una pieza llamada el Trust de Cerebros, donde no había nada más que un armario y dos mesas desnudas. Se

había decidido -con permiso del ministro, por supuesto- permitirle la entrega personal de la llave al profesor. Desde entonces su gabinete había quitado el sueño al oficial de seguridad Shikin. En las horas que los prisioneros estaban encerrados en la prisión, con una barra doble en la puerta, este camarada bien pago y cuyas horas le pertenecían, se introducía en la sala del profesor, golpeaba las paredes, levantaba sus muebles, revisaba el sucio rincón detrás del armario y ceñudo meneaba su cabeza, sosteniendo el cancerbero que de esos liberalismos nada bueno podía resultar.

Con obtener Chelnov la llave terminaba el asunto. Cuatro o cinco puertas más adelante a lo largo del corredor del tercer piso había un nuevo vigía del Servicio Secreto. Este puesto consistía en una mesa de noche con una silla al lado. En ella una mujer estaba sentada, no una simple fregona que limpia pisos o prepara té -había otras para eso- sino una especializada que revisaba los pases de quienes entraban en la sala de la Sección Ultrasecreta. Los pases impresos en la tipografía del ministerio eran de tres clases: permanentes, semanales y diarios, de acuerdo al sistema pergeñado por el mayor Shikin. (Había sido también su idea construir el corredor sin salida de la Sección Ultrasecreta).

La labor de la revisora no era fácil: la gente entraba sólo raramente, pero tenía prohibido categóricamente tejer medias por los reglamentos y las instrucciones verbales del camarada Shikin. Y la pobre mujer -había dos que se dividían la tarea de las veinticuatro horas a doce cada una- luchaba por no dormirse durante el período de labor. Esta mujer era también un inconveniente para el coronel Yakonov porque le obligaba a firmar pases durante todo el día.

Pero, no obstante, el puesto existía. Y para cubrir sus pagas, en vez de los tres monitores que necesitaba la mesa de organización, sólo había uno llamado Spiridon.

Aunque Chelnov sabía perfectamente bien que la mujer sentada en el puesto se llamaba Marya Ivanovna y aunque ésta admitía cada mañana al profesor de cabellos grises, lo mismo pedía sobresaltada: ¡Su pase!

Chelnov mostraba su tarjeta y Sologdin su papel y seguían avanzando hasta dos puertas más allá. Pasaron el escritorio, abrieron la puerta de vidrio esmerilado hacia la escalera de atrás donde se encontraba el atelier del pintor y luego la pieza personal de la Máscara de Hierro y abrieron por fin la habitación de Chelnov, cerrada, con su llave.

Era un saloncito cómodo con una ventana, que daba al patio de ejercicios y al parque de tilos centenarios encerrados en la zona controlada por el fuego automático. Una abundante helada cubría sus copas majestuosas.

Un cielo blanco abarcaba la tierra con su sombra.

A la izquierda de los tilos, fuera de la zona protegida, había una casa de madera antigua, ya gris por el tiempo y ahora volviéndose poco a poco blanca. Era de dos pisos, con un techo de hierro con la forma de un barco. Allí había vivido el dueño estatal antes de que se construyeran las casas de ladrillos. Más allá se veían los techos de la villa de Mavrino y luego un campo y más lejos a lo largo de la línea de ferrocarril, una nubécula plateada de vapor surgía y ascendía de una locomotora, aunque la misma y los vagones casi no se veían en la brumosa mañana blancuzca.

Pero Sologdin apenas percibió la vista que se extendía delante de él. Aunque invitado a hacerlo, no se sentó siquiera. Tenso y sintiendo

sus firmes y jóvenes piernas sosteniéndolo, se apoyó al costado de la ventana con su vista clavada en los rollos de papel que yacían sobre la mesa de Chelnov.

Éste se sentó sobre un sillón incómodo con un alto respaldo, ajustó su manta alrededor de sus hombros, abrió su cuaderno de notas, tomó un largo lápiz parecido a una lanza, y lo dirigió a Sologdin severamente como apuntándole. El tono banal de su conversación previa desapareció instantáneamente.

Fue como si grandes alas hubiéranse abatido sobre la habitación diminuta. Chelnov habló no más de dos minutos, pero tan concisamente que no se podría hallar una brecha entre sus pensamientos. Eso significaba que Chelnov había hecho más de lo que Sologdin había pedido. Había obtenido una estimación matemática de las posibilidades del diseño propuesto por el joven. El diseño prometía un resultado cercano a lo requerido, por lo menos hasta que pudiese presentarlo a equipos electrónicos puros. Pero era necesario encontrar cómo hacerlo no sensible a los impulsos de baja energía; estimar con precisión el efecto de las fuerzas inerciales mayores en el mecanismo para asegurar la adecuación del *momentum* del volante.

-Y luego... -Chelnov miró a Sologdin con una mirada profunda-, y luego no lo olvide, su código está afirmado en el principio del caos y está bien así, pero una vez determinado el caos, una vez enfriado y petrificado, se convierte siempre en un sistema. Sería mejor perfeccionar una solución por la cual el mismo caos fuera caóticamente modificado.

Aquí el profesor tomó aliento, reflexionó, dobló, la página en dos y calló.

Sologdin cerró sus ojos, como si lo hubiera enceguecido una luz demasiado brillante y quedó de pie allí, sin nada.

Desde la primera palabra del profesor había sentido una ola de calor íntimo. Se apoyó más hacia la ventana porque le pareció que iría a remontar vuelo hacia el techo por su felicidad.

¿Quién había sido antes de su encierro? ¿De qué había sido capaz? ¿Era realmente un ingeniero? Le había importado más lo que parecía a las mujeres que cualquier otra cosa y, de hecho, había sido sentenciado a cinco años por los celos de un adversario.

Y luego había recorrido Butyrskaya, Presnya, Sev Urallag, Ivdellag, Kargopollag.

Había habido una investigación de la Central de interrogaciones y la prisión en un campo socavado en la misma montaña.

Había habido "el jefe político del campo", teniente segundo Kamyshan, quien once meses trató de meterle la segunda condena y otros diez años más. Kamyshan no escatimó darles segundos términos a los reclusos. Reunió en un mismo manojito a todas las sentencias demasiado cortas, y a los que eran conservados en el campo sólo bajo órdenes especiales hasta la terminación de la guerra. Y no se preocupó por las acusaciones y cargos. Alguien había dicho a otro que había vendido al Oeste, un cuadro del museo Hermitage y les dio a ambos diez años más de cárcel.

Además había una mujer, una enfermera, también zeka, de cuyos favores Kamyshan, un rudo, y donjuanesco sabueso, estaba celoso respecto a Sologdin. (Sus celos no eran vanos). Aun ahora Sologdin recordaba a esa enfermera con una gratitud física tal, que no sentía pena ni lástima por haber recibido por su causa la cuota extra de diez años más de castigo.

Kamyshan gustaba golpear a la gente en la boca con un palo hasta romperle los dientes y hacerlos sangrar. Si había cabalgado por

el campo -¡y era un buen jinete!- ese día cambiaba el palo por el rebenque.

Era tiempo de guerra. Aun afuera todo el mundo estaba racionado. ¿Y en el campamento? ¿En la Cueva Montañosa?

Sologdin había aprendido de su primera investigación que lo mejor era no firmar nada. Pero lo mismo tuvo sus diez años más. Lo llevaron directamente del juicio al hospital. Estaba muriéndose. Su cuerpo destinado a la desintegración, se rehusó a tomar pan, sopa o guiso.

Llegó el día en que lo pusieron en una camilla y lo transportaron a la morgue para quebrarle la cabeza con un mazo de madera antes de llevarlo al cementerio. Pero en el último instante se movió. . . y de este momento... de este... ¡oh! fuerza renovadora de la vida!

Tras años de prisión, tras años de trabajo forzado, tras las barracas del personal técnico y de ingenieros, ¿cómo lo consiguió? ¿Cómo sucedió? ¿A quién dirigía este Descartes, gorro de mujer, palabras tan halagadoras ?

Chelnov dobló su hoja de notas en cuatro y luego en ocho dobleces.

-Como ve -dijo- todavía hay mucho trabajo que hacer. Aunque reconozco que su diseño es el mejor propuesto hasta ahora. Le traerá libertad. Y la anulación de su condena.

Por alguna razón Chelnov sonrió. Su sonrisa era aguda y fina. Como toda la forma de su rostro.

Su sonrisa era dirigida a sí mismo. Aunque había hecho mucho más en varias *sharashkas* y en varias ocasiones, más que lo logrado por Sologdin, él mismo no estaba amenazado con la libertad o la anulación de la condena. Porque de hecho nunca lo habían condenado. Hacía mucho tiempo había expresado que el Padre Sabio

era una repugnante serpiente y ya cumplía el décimo octavo año sin condena, sin término y sin esperanza.

Sologdin abrió sus ojos azules brillantes, se enderezó y afirmó algo teatralmente: -¡Vladimir Erastovich! ¡Usted me da seguridad y apoyo! No puedo hallar palabras para agradecer su atención. Estoy en deuda con usted-. Pero una vaga sonrisa ya tocaba sus labios.

Devolviendo el rollo de papeles a Sologdin, el profesor recordó algo: -Debo pedirle disculpas. Me pidió no mostrarle el diagrama a Antón Nicolayevich. Pero entró en mi estudio en mi ausencia y desenrolló mis notas y según su costumbre entendió de qué se trataba y tuve que decirle quién lo había hecho.

Sologdin dejó bruscamente de sonreír y se paralizó.

-¿Es tan importante para usted?-la sorpresa de Chelnov fue acompañada por un movimiento muy ligero de su cara-. Pero, ¿por qué? Un día antes o después. . .

Sologdin mismo tuvo que preguntarse por qué era tan importante. Bajó sus ojos. ¿No había llegado el momento de dar su diagrama a Yakonov ?

-¿Cómo puedo explicárselo, Vladimir Erastovich? ¿No cree que hay aquí una confusión moral? Después de todo no es un puente, una grúa, un torno. Hay muy poca importancia industrial en su hallazgo, pero tiene un significado palaciego. ¡Cuando pienso "en el cliente" que usará el código! ¿Comprende?, lo había hecho sólo para verificar mis fuerzas, para mí mismo.

Miró de nuevo alzando los ojos.

Para sí mismo.

Chelnov sabía de esa clase de trabajo muy bien. Era como reglar el más elevado en jerarquía de la escala de investigación.

-Pero bajo las circunstancias ¿no es quizá un lujo excesivo? -le dijo el profesor mirándolo con sus pálidos y calmos ojos.

Sologdin sonrió: -Discúlpeme, por favor -dijo corrigiéndose-, no tiene importancia. Sólo estaba hablando en voz alta. No se culpe por nada. Le estoy agradecido, muy agradecido.

Respetuosamente estrechó la tierna y débil mano de Chelnov y se fue con el rollo de papeles bajo su brazo.

Había llegado a la habitación como un competidor libre. Y ahora la dejaba como un vencedor cargado de su responsabilidad. No era más dueño de su tiempo, de sus intenciones, o tarea.

Chelnov no se apoyó más contra el respaldo, sino cerró sus ojos, sentado durante largo rato, erecto, con su fino rostro, bajo su caperuza de lana tejida.

RAYITAS DE MULTAS

Todavía regocijándose íntimamente, Sologdin abrió la puerta con excesiva fuerza y entró en la oficina de Diseños. Pero en lugar de la multitud esperaba y la consuetudinaria baraúnda de voces, sólo halló una figura de mujer corpulenta cerca de la ventana.

-¿Está sola, Larisa Nicolayevna? -preguntó Sologdin sorprendido. Y cruzó el cuarto con su paso rápido.

Larisa Nicolayevna Emina, una mujer de treinta años, dibujante, se volvió de la ventana donde estaba su mesa de dibujo y sonrió sobre su hombro al muchacho que se aproximaba,

-¿Dimitri Aleksandrovich ? Y yo que creía aburrirme sola todo el día.

Sus palabras parecían llevar un alto tono sugestivo. Sologdin la miró atentamente y su veloz mirada atrapó su figura vestida con una casaca y pollera tejida de lana verde gruesa. Con paso preciso la sobrepasó y se dirigió hacia el escritorio sin responder. Antes de sentarse hizo una línea vertical pequeña sobre una hoja de papel rosa que había allí. Luego, dando su espalda a Emina tomó un diseño que había llevado y lo ajustó al tablero de dibujo.

La oficina de Diseños era una espaciosa habitación del tercer piso con tres grandes ventanas mirando hacia el sur. Entre los escritorios ordinarios de oficina había una docena de tableros de dibujo, algunos dispuestos verticalmente y otros completamente horizontales. Sologdin quedó cerca de la ventana más alejada, la misma donde estaba sentada Emina. La mesa de diseño estaba

colocada perpendicular y como defendiendo a Sologdin de los jefes y de la puerta de entrada, pero recibía todo el flujo de la luz del día sobre el dibujo pinchado sobre ella.

Por último Sologdin preguntó secamente: -

¿Por qué no hay nadie aquí ?

La melodiosa respuesta fue: -Yo pensaba que usted me lo informaría.

Con un rápido movimiento él se volvió hacia ella y dijo burlón: De mi sólo puede saber donde están los cuatro zeks privados de derecho que trabajan en esta habitación. Uno salió a una visita. Hugo Leonardovich está celebrando la Navidad letona. Yo estoy aquí. E Iván Ivanovich pidió tiempo para secar sus medias y repararlas. El último año logró un record de doce pares: Pero lo que deseo saber es dónde están los dieciséis trabajadores pagos o, en otras palabras, los camaradas que supuestamente son más responsables que nosotros.

Estaba dando el perfil a Emina, quien podía ver la condescendiente sonrisa que Sologdin sugería entre sus mostachos pequeños y precisos y su barba francesa aguzada. Emina lo miró, deleitosamente.

-Cómo ¿no sabe que nuestro mayor arregló anoche con Antón Nicolayevich que hoy tengamos día libre? Por supuesto iyo tuve que ser la encargada de la guardia única!

-¿Un día libre? ¿Por qué?

-Porque es domingo.

-¿Y desde cuándo el domingo es un día libre tan repentinamente ?

-El jefe dijo que no teníamos ningún trabajo urgente para hoy. Sologdin se volvió velozmente hacia Emina.

-¿Que *nosotros* no tenemos trabajo urgente? -casi gritó con ira- ¡Claro, claro! ¡No tenemos trabajo urgente!- Sus labios temblaban de impaciencia -¿y que le parecería si desde mañana arreglase que los dieciséis estuvieran trabajando día y noche sin descanso, copiando y copiando. ¿Les gustaría?

Casi gritó *los dieciséis*.

A pesar de la horrible perspectiva de copiar día y noche, Emina conservó la calma que le quedaba muy bien, por su belleza de tipo quieto. Ese día no había siquiera movido su lápiz ni levantado la hoja que cubría su tablero y se apoyaba cómodamente sobre ella. (Su casaca cerrada enfatizaba la plenitud de sus pechos). Se arrellenó hacia atrás gentilmente y miró a Sologdin con sus ojos grandes y amistosos.

-¡Dios nos libre! ¿Sería capaz de hacer una cosa semejante?

Con una fría mirada Sologdin preguntó: -¿Por qué usa la palabra Dios? Después de todo usted es la esposa de un chekista, de un policía del servicio secreto, ¿no?

-¿Y qué tiene eso que ver? -preguntó Emina sorprendida-. Para la Pascua hacemos los "kulichi". ¿Y qué hay con eso?

-¿Ku-li-chi? *

-Por supuesto.

Sologdin miró hacia abajo a la sentada Emina. El verde de su traje refulgía impertinente. Su casaca y su pollera se pegaban y revelaban su cuerpo carnoso. No estaba abotonada hasta el cuello y el blanco de su blusa de batista asomaba sobre la casaca.

Sologdin trazó otra línea vertical en la hoja rosada y dijo con hostilidad: -Después de todo usted dijo que su marido era un oficial de la policía secreta del Estado, ¿no?

* Pan dulce tradicional

-Ese es mi marido. Pero mi madre y yo somos mujeres, después de todo -comentó Emina con una sonrisa desarmadora. Sus gruesas trenzas rubias rodeaban su cabeza con una corona majestuosa. Sonrió y luego miró como una mujer de aldea, según habría actuado Rimma Tsesarskaya.

Sologdin sin responder, se sentó al bies en su silla como para no ver a Emina y comenzó a estudiar el dibujo pinchado allí.

Todavía estaba bajo el peso de la conversación con Chelnov y sentía una alegría in crescendo y no quería dejar de sentir esa emoción. Con un presentimiento interior, Sologdin consideraba asegurada la insensibilidad de su futura obra a los impulsos de baja energía y la inercia de la rueda libre, aunque sería necesario dejar un amplio margen de seguridad en los cálculos. Sin embargo el último comentario del profesor sobre el caos petrificado lo perturbaba. No significaba que su trabajo era, erróneo, pero sí indicaba cómo difería del ideal. Sentía vagamente que algo no marchaba en su descubrimiento y había una última pulgada equivocada que Chelnov no había percibido y él mismo no lograba atrapar. Era importante, en la afortunada quietud del domingo quieto, determinar cuál era la falla y proceder a corregirla. Solamente entonces podría explicar su trabajo a Yakonov y comenzar a seguir el sendero que lo conduciría fuera de esas paredes espesas.

De modo que realizó un esfuerzo para evadirse de las ideas de Emina y volver al ámbito de las proferidas por el profesor. Emina se había sentado a su lado por un año lo menos, pero nunca habían tenido la posibilidad de hablar un rato largo y nunca de estar solos los dos. Sologdin a veces bromeaba con ella cuando, de acuerdo a su plan predeterminado, se permitía un descanso de cinco minutos. Larisa Nicolayevna lo divertía en su posición subordinada de dibujante,

aunque ella era mujer de una posición social más elevada y él, apenas, un esclavo científico; pero perturbante con su cuerpo floreciente y grande que ponía por delante todo el tiempo.

Sologdin miró su dibujo y Emina continuó moviéndose atrás y adelante sobre sus codos mirándolo fijamente. Su pregunta surgió insólita: -Dimitri Aleksandrovich. ¿Y a usted? ¿Quién le zurce las medias?

Sologdin alzó sus cejas: -¿Mis medias? -respondió preguntando sorprendido aunque sin dejar de mirar su dibujo-. Ivan Ivanovich lleva medias porque aún es nuevo, sólo ha estado en prisión tres años. Las medias no son sino un eructo del así llamado -y aquí casi vaciló porque se encontró obligado a usar una palabra de pájaro *slogan*-capitalismo. Yo no uso medias. Y trazó una línea vertical sobre una hoja de papel blanco.

-¿Y qué es lo que usted usa?

-Está sobrepasando los umbrales de la discreción, Larisa Nicolayevna -dijo Sologdin sin poder impedir una sonrisa-, yo uso el orgullo de nuestra Madre Rusia, peales.

Pronunció esas palabras con deleite.

-Pero son los soldados los que los usan.

-Los soldados y otros dos grupos más: prisioneros y campesinos colectivos.

-Y también hay que remendarlos y lavarlos.

-Se equivoca. ¿Quién lava sus peales? Simplemente se los usa un año sin lavarlos y luego se los tira y se busca otros de la administración.

-¿En serio? ¿De veras? -Emina lo miró casi asustada. Sologdin estalló en una risa juvenil y suelta.

-Hay gente que lo hace así. ¿Y usted cree que podría comprar medias con nuestra paga? Usted sí, es una dibujante del MGB y gana... ¿cuánto gana por mes?

-Mil quinientos rublos.

-¡Diablos! -exclamó Sologdin triunfante:-. ¡Mil quinientos rublos! Y yo como "creador", que significaba en el Lenguaje de Máxima Claridad, un ingeniero, recibo treinta rublos mensuales. No me puedo permitir el lujo de tirar mi dinero en medias, ¿no le parece?

Los ojos de Sologdin tintineaban gozosamente. Lo que había dicho no tenía nada que ver con Emina, pero ésta se ruborizó.

El marido, para decirlo de una vez, era una morsa. Para él, su familia hacía tiempo que no era más que una almohada blanda y para ella, su marido, era apenas otro mueble del hogar. Cuando volvía a casa de su trabajo, tardaba un largo lapso comiendo su cena con gran placer y luego se iba a dormir. Al despertar leía el diario y oía la radio. Siempre estaba vendiendo su radio vieja y comprando otra nueva. Lo único que lo excitaba -y lo llegaba a apasionar- era el fútbol (por su rama de servicio siempre alentaba al Dynamo Sport Club de Moscú). Era tan tonto y monótono, que no despertaba ya una mínima chispa de interés en Larisa. Y sus amigos se placían en contar sus servicios al Estado, jugar a las cartas, beber hasta no poder más y ponerse morados, y tratar de abrazarla cuando estaban borrachos.

Sologdin con sus movimientos ágiles, su rápida cabeza y su lengua aguda, sus salidas inesperadas de la severidad á la ironía, le placía sin el menor esfuerzo aunque ese éxito no le importase demasiado al muchacho.

Se había tornado hacia su diseño y Larisa continuaba mirándolo, sus bigotes, su barbita, sus húmedos y llenos labios. Hubiera deseado sentir su barba rozándole y rayándole la cara.

-Dimitri Aleksandrovich -dijo interrumpiendo de nuevo el silencio- ¿lo molesto?

-Sí, un poco -replicó Sologdin-. La Pulgada Final exigía una concentración suprema. Pero su vecina lo estaba molestando. Se volvió de su mesa de trabajo y por lo tanto hacia Emina y comenzó a sacar papeles insignificantes.

Podía escuchar el ruido pesado del reloj de muñeca de la mujer.

Un grupo de personas pasaba por el corredor aproximándose, hablando en voz baja. Desde el vecino GRUPO SIETE se oyó la voz algo ceceante de Mamurin: -¿Estará listo ese transformador pronto?- Y el grito irritado de Markushev: -No se lo debería haber dado a ellos, Yakov Ivanich.

Larisa apoyó sus manos y en ellas su mentón y continuó mirando cada vez más lánguidamente a Sologdin.

Este leía.

-Cada hora y cada día -susurró ella reverentemente-; se halla preso y estudia así. Es usted una persona muy especial, Dimitri Aleksandrovich.

Pero Sologdin no estaba en condiciones de leer pues había vuelto a levantar la vista y mirarla.

.-¿Y qué tiene que ver que esté preso, Larisa Nicolayevna? Estoy preso desde que tengo veinticinco años y saldré a los cuarenta y dos... aunque no creo que los cumpla aquí. Y quizás me agreguen más. La mayor parte de mi vida la he malgastado en campos de trabajo y mi fuerza se ha desperdiciado. Uno no puede ceder a las circunstancias externas, sería degradante.

-Con usted todo se reduce a un sistema.

-Gasté siete de mis años de campamento extenuándome y realicé mi labor mental sin fósforo ni azúcar. Eso me obligó a una

rutina muy estricta. Libertad o prisión, ¿cuál es la diferencia? Un hombre debe desarrollar una voluntad de poner sujeta sólo a esa razón. Rendir.

Con sus manos manicuradas de color cereza en las uñas pintadas. Emina trató cuidadosa y frustradamente de suavizar y enderezar la esquina doblada del papel. Luego bajó su cabeza hasta sus manos, de modo que la corona de sus espesos cabellos se dirigía hacia él y dijo pensativamente: -Creo deberle una explicación, Dimitri Aleksandrevich.

-¿Por qué?

-Una vez estaba cerca de su escritorio y vi que escribía una carta. Sólo fue por azar, usted sabe cómo suceden esas cosas. Y otra vez.

-¿Volvió a espiar, por pura casualidad?

-Vi que de nuevo había escrito una carta y parecía ser la misma.

-¿De manera que puede decir que era la misma? ¿Y hubo una tercera vez? ¿La hubo, no es cierto?

-De modo, Larisa Nicolayevna que si esto continúa, tendré que prescindir de su trabajo como dibujante. Y lo sentiré, porque no dibuja mal.

-Pero eso fue hace mucho tiempo ya. Usted no ha vuelto a escribir desde entonces.

-¡Pero usted lo comunicó en seguida al mayor Shikinidi!

-¿Por qué Shikinidi?

-Bueno, Shikin. Me denunció.

-¿Cómo puede pensar semejante cosa?

-¡Ni siquiera tengo que pensarla! ¿Me va a decir que el mayor no la instruyó para que espiese mis palabras, acciones y pensamientos? - Sologdin tomó su lápiz y trazó una línea vertical en el papel blanco- ¿Bueno, lo hizo o no? ¡Diga la verdad!

-Sí... lo hice...

-¿Y cuántas denuncias escribió?

-¡Dimitri Aleksandrevich! ¿Me cree capaz de hacerlo? ¿Y contra usted? Por el contrario, escribí la mejor recomendación.

-¡Hmmm!, bueno, quizás la crea por ahora. Pero mi advertencia aún subsiste. Es evidentemente un caso no criminal, de pura curiosidad femenina. La satisfaceré. Era en septiembre. No fueron tres veces sino cinco y estaba escribiendo a mi mujer.

-Eso era lo que quería preguntarse. ¿Tiene una esposa? ¿Lo está esperando? ¿Y le escribe tan largas cartas?

-Sí, tengo una mujer -replicó Sologdin lenta e intencionadamente-, pero es como si no existiese. Ni siquiera puedo escribirle ya cartas. Cuando le escribí no concluí las largas cartas pero las redacté largo tiempo. El arte de escribir cartas, Larisa Nicolayevna, es muy difícil. A menudo escribimos cartas descuidadamente. Y luego nos asombramos que perdemos a nuestros familiares. Mi esposa no me ha visto por muchos años, no ha sentido mi mano. Las cartas son la única relación que he conservado por doce años.

Emina repentinamente se movió hacia delante. Apoyó sus codos sobre el borde de la tabla de Sologdin y apretó sus palmas -en su rostro ruborizado.

-¿Está seguro de poder retenerla? ¿Y para qué, Dimitri, Aleksandrevich, para qué? Han pasado doce años y habrá cinco más, diecisiete en total. La está despojando de su juventud. ¿Por qué? ¡Déjela vivir!

La voz de Sologdin resonó solemne: -Hay una clase especial de mujer, Larisa Nicolayevna. Están las compañeras de los vikings, las Isoldas de rostro ancho con alma de diamante. Usted ha vivido en una prosperidad vacua y no puede conocerlas,

-¡Déjela vivir! -repitió Larisa Nicolayevna- y lo más que pueda, viva usted mismo!

No se podría nunca haber reconocido la majestuosa gran dama que flotaba a través de los halls y escaleras de la *sharashka*. Seguía sentada de la misma manera, inclinada sobre Sologdin y su tabla, respirando audiblemente. Su cara arrebatada era la de una campesina.

Sologdin la miró de reojo y trazó una línea vertical en la hoja rosada.

-Dimitri Aleksandrevich, por semanas he estado muriéndome de ganas de saber qué significan esas marcas verticales. Usted las hace y algunos días después, las cruza. ¿Qué significan?

-Me temo que de nuevo está mostrando su tendencia de espía -tomó la blanca hoja-. Cada vez que uso una palabra sin necesidad, una palabra extranjera, hago una marca. La suma de esas marcas es la medida de mi falta de perfección. No pienso reemplazar la palabra "capitalismo" con el vocablo "gran monetarismo" y la palabra "espía" con el término "guardado bajo observación"; entonces pongo dos marcas, horizontales.

-¿Y en la hoja rosa?

-¿También ha observado que uso una hoja rosada?

-Y la usa más que la blanca. ¿Es otra medida de su falta de perfeccionamiento?

-Sí -Sologdin contestó hesitante-. En la hoja rosa pongo marcas de faltas que usted podría llamar multas y luego me castigo de acuerdo al número de ellas.

-¿Multas? ¿Por qué? -preguntó ella suavemente.

-¿Para qué quiere saberlo?

-¿Para qué -repitió Larisa aun más suave.

-¿No ha notado cuándo las marco ?

No se oía un sonido en la sala y Larisa replicó con una voz apenas mayor que un susurro: -Sí, lo he notado.

Sologdin enrojeció y confesó con rabia: -Pongo una marca en la hoja rosa de cada vez que no puedo soportar su cercanía porque la... deseo.

Una llama escarlata se extendió sobre las mejillas de Larisa y tomó sus orejas y cuello. No se movió del borde de la mesa de dibujo y miró sin miedo al hombre en sus ojos.

Sologdin estaba indignado: -¡Y ahora voy a poner tres marcas al mismo tiempo! Las tendré que pagar largamente. Primero por la imprudencia de sus ojos húmedos y por el hecho que me gustan. Segundo porque su blusa está abierta y al inclinarse puedo ver sus pechos. Y tercero porque deseo besarle el cuello.

-Bueno, pues, béselo -contestó ella fascinada.

-¿Usted está loca? ¡Salga de mi pieza! ¡Déjeme!

Larisa se retiró de la mesa de Sologdin y se irguió abruptamente. Su silla cayó hacia atrás con estruendo.

El volvió hacia el pizarrón de dibujo.

La obsesión con que había luchado durante las mañanas de cortar madera lo ahogaba ahora.

Miró fijamente la mesa y sus dibujos sin lograr verlos ni entender nada.

Repentinamente escuchó un aliento en sus hombros, cercano.

-¡Larisa! -exclamó sobresaltado y tornándose la tocó.

-¿Qué? -preguntó ella sin respiración y muy cerca ya.

-¡Déjeme! Yo estoy. . . voy a cerrar la puerta -dijo Sologdin.

Sin alejarse, ella contestó: -Sí, ciérrela.

VOCES IMPRESAS

Nadie, incluidos los empleados libres, quería trabajar en domingo.

Llegaban al trabajo sin ánimo, sin el apretujamiento de la semana en ómnibus y pensando cómo podrían aguantar sin hacer nada hasta las seis de la tarde.

Pero ese domingo había más barullo que en los días de semana. Alrededor de las diez de la mañana tres automóviles largos y aerodinámicos se acercaron a los portones principales. El guardia de la caseta saludó. Pasaron la guardia y se lanzaron a lo largo de los senderos de grava ya limpios de nieve, pasaron el monitor rojizo Spiridon que los miró entrecerrando los ojos y se aproximaron a la entrada principal del instituto. Oficiales de alto rango con charreteras de oro brillante en sus hombros salieron de los tres autos y sin esperar ser recibidos entraron directamente en las oficinas de Yakonov del tercer piso. Nadie pudo mirarlos muy bien. Algunos de los laboratoristas oyeron el rumor de que el ministro Abakumov mismo había llegado con ocho generales. En otros laboratorios la gente estaba tranquila sin saber el peligro que pendía sobre ellos.

La verdad lo era a medias. Sólo el reemplazante del ministro Sevastyanov había llegado y acompañado de cuatro generales.

Pero algo insólito había pasado. El coronel de ingenieros Yakonov no había llegado aún al trabajo. Él asustado oficial en servicio cerró rápidamente la tapa del escritorio en el que había un libro que estaba leyendo clandestinamente. Llamó a Yakonov e

informó al reemplazante del ministro que éste estaba en su casa con un ataque de corazón pero aun así se dirigía, tras vestirse, a su despacho. Mientras el jefe llegaba, se aproximó el segundo, mayor Roitman, delgado, con talle fino, arreglando el correaje mal puesto del hombro y tropezando del apuro en el camino de entrada (era miope) azuzado por el llamado del departamento de Acústica y presentándose confuso ante los visitantes. No se apuraba sólo porque los reglamentos lo exigían, sino por la oposición intrainstituto que dirigía y porque Yakonov siempre trataba de mantenerlo fuera de las conversaciones con sus superiores. Roitman había leído recientemente el emplazamiento de Pryanchikov con todos sus detalles y trataba de resolver la situación y convencer al comité de alto rango que el estado del codificador -"vo-en-cla" no era tan desesperante como el del selector. Aunque de sólo treinta años, Roitman ya era un laureado con el premio Stalin y ardientemente incluía su laboratorio en la baraúnda de problemas conectados con los intereses de los Más Altos.

Casi diez de los presentes lo escuchaban. Dos entendían algo de su jeringoza técnica y los restantes sólo ponían un aire digno. Cuando hubo terminado su exposición, Roitman fue sustituido por Mamurin que había sido convocado por Oskolupov; tartamudeando de ira defendió el selector como estando *casi* listo para ser lanzado al mundo. Lo defendía con furia. Pero por fin llegó Yakonov con ojos caídos y ojerosos y un rostro tan blanco que casi parecía azul y se sentó cerca de la pared en una silla... La conversación se quebró y se hizo confusa y al cabo nadie tenía la menor idea de cómo salvar la empresa hundida.

Desgraciadamente ese mismo domingo el corazón y la conciencia del instituto, el oficial de seguridad camarada Shikin y el organizador del partido comunista, camarada Stepanov,

respectivamente, habían cedido a una muy natural debilidad. Había decidido no concurrir al trabajo y no presidir el instituto que dirigían en los días de semana. (Su acción era perdonable desde que se sabe que cuando la indoctrinación y la organización de masas ha sido correctamente implementada, la presencia de los líderes es ya innecesaria). La alarma y la conciencia de su repentina responsabilidad asió al oficial de rutina que con algún riesgo personal dejó el teléfono y corrió por los laboratorios susurrando a sus jefes las novedades del arribo de tan importantes huéspedes como para que cada uno redoblase su vigilancia y efectividad. Pero como estaba muy excitado y con apuro por volver a su teléfono, no prestó atención a la puerta cerrada de la oficina de Diseños y también pasó por alto correr al laboratorio de Vacío, donde Clara Makarygira estaba de turno.

Los jefes de laboratorio no hicieron un anuncio general, ya que no se puede en voz alta pedir a la gente que simule trabajar porque han llegado las autoridades. Pero sí podían recorrer todos los escritorios y con un murmullo furtivo advertir a cada individuo.

Todo el instituto esperó sentado la entrada de los dignatarios que quedaron, algunos, en la oficina del jefe mientras otros se dirigían hacia la TAREA SIETE. Solamente Sevastyanov y el mayor Roitman bajaron al departamento de Acústica porque, para sacarse ese nuevo dolor de cabeza, Yakonov había recomendado al departamento como una base conveniente para llevar adelante las instrucciones de Ryumin.

-¿Cómo planea descubrir a esa persona? -preguntó Savastyanov a Roitman en el camino.

Roitman no podía, *pensar*, desde que había sabido la designación sólo cinco minutos antes; era Oskolupov quien había pensado por él la noche anterior, cuando se le encargó esa especial

tarea, sin pensar. Pero en los próximos cinco minutos Roitman ya había decidido cómo actuar.

-Bueno, usted sabe -dijo sin asomo de servilismo llamando al diputado ministro por su patronímico y nombre propio- tenemos un servicio de discursos visibles llamado V.I.R. que nos produce lo que llamamos las "voces impresas" y hay una persona aquí, un cierto Rubín, que lee esos impresos.

-¿Un prisionero?

-Sí, un asistente del profesor de filología. Recientemente lo he tenido ocupado buscando e investigando los trazos individuales del discurso en voces impresas y comparándolos con las voces impresas de los sospechosos.

-Humm, tendremos que lograr la aprobación de Abakumov para usar a ese filólogo -dijo Sevastyanov meneando la cabeza.

-¿Debido a seguridad?

-Sí.

En Acústica todos sabían del arribo del comité pero no podían vencer la atormentadora inercia de la pereza. Por eso simulaban trabajar, revolvían sus cajones con lámparas de radio, examinaban diagramas de las revistas y bostezaban en las ventanas.

Las muchachas entre los empleados libres se habían reunido en un grupito y estaban chismeando y comentando. El ayudante de Roitman las alejó y dispersó. Simochka, afortunadamente para ella, no estaba de turno; le habían dado un día libre para compensar el día extra que había trabajado. Por lo tanto se libró de la angustia de ver a Nerzhin vestido en anticipación de su visita, con la mujer que tenía más derechos sobre él que Simochka.

Nerzhin se sintió como huésped de honor de la celebración. Había ido a Acústica por tercera vez sin tener allí ningún asunto,

simplemente porque estaba nervioso esperando el coche celular que no llegaba. No estaba sentado en su silla sino en el alféizar de la ventana e inhalaba con placer el humo de su cigarro mientras escuchaba a Rubín. Rubín que no había considerado al profesor Chelnov un oidor digno de su balada sobre Moisés, la estaba recitando ahora plácida y fervientemente a Gleb Nerzhin. Rubín no era un poeta. Nunca había tenido la suficiente habilidad para pulir las rimas y trabajar correctamente con los ritmos, pero a veces lograba poemas que eran sentidos con el corazón e inteligentes. Ahora estaba ansioso por oír la opinión de Gleb y recibir su beneplácito.

Rubín no podía vivir sin amigos, se sofocaba sin ellos. La soledad le era tan intolerable que no permitía a sus pensamientos madurar en su cabeza y cuando hallaba media idea se apresuraba a compartirla. Toda su vida había sido rica en amigos, pero al ser arrestado comprendió que sus amigos no eran sus correligionarios y sus correligionarios no eran sus amigos.

De manera que en el departamento de Acústica nadie estaba trabajando realmente, excepto el irredimiblemente alegre y proficuo Pryanchikov que ya había vencido sus impresiones de Moscú y su loco viaje por él y estaba pensando en un nuevo hallazgo para un circuito y canturreando

Bendzi-bendzi-bendzi-bah-ar

Bendzi-bendzi-bendzi-bah-ar.

Justo en ese instante llegaron Sevastyanov y Roitman. Esté decía: -En estas voces impresas el discurso es medido tres veces al mismo tiempo: frecuencia, del tape; tiempo, a lo largo del mismo; y amplitud, por densidad de la imagen. De tal manera cada sonido está determinado tan único y singular que se le puede reconocer fácilmente y todo lo que se ha dicho puede ser leído en el tape.

Tomo a Sevastyanov y lo introdujo en el laboratorio.

-Este aparato lo hemos dibujado en el laboratorio (Roitman mismo había olvidado que lo habían pedido prestado)

-Y aquí -continuó haciendo volver cuidadosamente al reemplazante del ministro hacia la ventana- está el candidato de Ciencias Filológicas, Rubin, la única persona en la Unión Soviética que puede leer un discurso visible.

(Rubin se había levantado y ahora se inclinaba silenciosamente).

Cuando Roitman pronunció las palabras "voces impresas" en la puerta, Rubín y Nerzhin quedaron atónitos. Su trabajo -del cual la gente se había reído hasta entonces- había surgido, de pronto, a la luz del día. Durante los cuarenta y cinco segundos que tomó Roitman para traer a Sevastyanov hasta Rubin, éste y Nerzhin, con la aguda percepción y rápida reacción característica de los zeks, ya habían entendido que se trataba de una demostración de la destreza de Rubin para leer voces impresas y que ese test sólo podía ser leído por alguien autorizado en el micrófono y que el único disponible allí era Nerzhin. También registraron el hecho de que si en realidad Rubin podía leer las voces impresas, también podría cometer un error en testimoniarlo y que no podía permitirse tal error porque podría terminar por saltar de la *sharashka* Mavrino al infierno de algún campo de concentración.

Sin embargo no dijeron ni una palabra y sólo se miraron comprensivamente.

Rubín susurró: -Si lo haces tú y das la frase del test di: la voz impresa posibilita a la gente sorda utilizar el teléfono.

Nerzhin susurró a su vez: -Pero si lo dicen ellos, calcula por los sonidos. Si mi gesto es alisar el cabello, estás bien. Si me arreglo la corbata, te equivocaste.

Y entonces fue cuando Rubin se levantó e inclinó.

Roitman continuó con su voz hesitante y apologética que, aun así uno la escuchaba dándole la espalda, lo traicionaría siempre como persona culta: -Y ahora Lev Grigorich le mostrará lo que puede llegar a hacer.

Uno de los locutores. . . -digamos Gleb Vikentich- irá al gabinete acústico y dirá una frase en el micrófono y el V.I.R. la registrará y Lev Grigofich tratará de leerla.

De pie justo ante el diputado ministro, Nerzhin le dirigió una insolente mirada y le preguntó sutil: -¿Desearía usted pensar una frase?

-¡No, no! -contestó Sevastyanov cortésmente apartando sus ojos-, diga algo usted mismo.

Nerzhin obedientemente tomó una hoja de papel y escribió algo en ella y en el silencio que lo siguió la dio a Sevastyanov de modo que nadie más pudiera leerla, ni siquiera Roitman. "La voz impresa posibilita a la gente sorda utilizar el teléfono".

-¿Es así realmente? -preguntó Sevastyanov asombrado.

-Sí.

-Por favor, léalo.

El V.I.R. rugió y zumbó. Nerzhin entró en el gabinete. Pensó cuan terrible parecía la arpillera que lo rodeaba (por la eterna falta de material en la proveeduría). Se encerró a sí mismo. La máquina comenzó a cloquear y una cinta mojada de dos metros de largo marcada por una infinidad de rayitas y manchas de tinta fue puesta sobre la mesa de escribir.

Todo el laboratorio se detuvo y observó tensionado. Roitman mostraba visiblemente su nerviosismo. Nerzhin salió del gabinete y desde una distancia observó a Rubín con descuidada indiferencia. Todos lo rodeaban y sólo Rubín estaba sentado con su cabeza brillante

y calva. Apiadándose de la impaciencia de los observadores no hizo secreto de su sabiduría y marcó la cinta húmeda aún con su lápiz indeleble que, como siempre, tenía la punta mal sacada y desprolija.

-Usted sabe que ciertos sonidos pueden ser descifrados sin la menor dificultad, por ejemplo, las vocales acentuadas o sonoras. En la segunda palabra el sonido **z** está claramente al final, mientras que en la primera el sonido suave dé la **l**, precede a la vocal **a**. Tenemos **la**, seguida de una palabra, corta que concluye en **z** y debe ser **voz**, pues no hay casi otra, salvo **tez**. Entremos en la tercera palabra que estalla con un sonido inicial seguramente **p** seguido de una suave **r**, porque las hay fuertes. Antes parece una sílaba penetrante como **im**, tendríamos **impr** y como la sigue una **s** suave, seguramente la palabra es **impresa**. **La voz impresa p**, seguida de una rotunda **o** da **po** y sigue la suave **s** y una labiodental que parece **b**, imposible, seguro concluye **lita** y llegamos así a la mitad de la frase: **la voz impresa possibilita**. Y aparece una baja frecuencia y una gutural seguida de la consonante **n**. Veamos: a la **ge....te. possibilita a la gente**; y ahora es fácil ya: **sorda, utilizar.. .el.. .teléfono**. La frase total es: **La voz impresa possibilita a la gente sorda utilizar el teléfono**. ¿Es correcta?

Pidió la lente de aumento a Antonina Valeryanovna aunque no la necesitaba, pero deseaba hacer la demostración completa a pesar que el VIR daba imágenes grandes. Pero se solía hacerlo tradicionalmente, en el campo, para impresionar. Nerzhin se reía íntimamente, ausente, acariciando su cabello y alisándolo a pesar de estar liso ya. Rubín le lanzó una mirada y tomó el magnificante cristal que le habían traído.

La tensión general aumentaba. Nadie sabía si Rubín había acertado, mientras Sevastyanov, atónito, susurraba: -¡Es asombroso, asombroso!

Nadie se dio cuenta que el teniente segundo Shusterman había entrado en la habitación en puntas de pie. No tenía derecho a entrar y se detuvo cerca de la puerta. Obligó a Nerzhin a ausentarse inmediatamente aunque no lo siguió él mismo,- esperando un momento para emplazar a Rubín. Lo quería para que le rehiciese su cama en la manera de regulación. Y no era la primera vez que reclamaba de Rubín esa tarea atormentadora.

Rubín acababa de resolver la frase y parecía haber logrado la traducción confirmada. Roitman exultaba no sólo porque compartía su triunfo sino también porque estaba honestamente complacido con todo éxito del trabajo.

Pero Rubín miró accidentalmente y se encontró con la mirada helada de Shusterman, a pesar de lo cual le devolvió una significativa insinuación silenciosa: -¿A ver si es capaz de hacerlo usted?

Concluyó su revisión y confirmó que la última frase era ***el teléfono***. Así lo afirmó y concluyó: -Estaba bien, esa era la frase.

Sevastyanov no lo podía creer: -Asombroso, discúlpeme ¿cuál es su nombre y patronímico?

-Lev Grigorich.

-Mire Lev Grigorich, ¿puede distinguir voces individuales en las voces impresas?

-Las llamamos el discurso individual tipo. Sí, en efecto, ese es el motivo de nuestra búsqueda.

-Perfecto. Creó que habrá un cargo i-n-t-e-r-esante para usted. Shusterman se retiró en puntas de pie.

BESARSE ESTA PROHIBIDO

La máquina del celular que debía trasportar los prisioneros afuera para sus visitas no estaba en condiciones. Había habido una dilación mientras los llamados telefónicos iban y venían y se conformaban nuevos arreglos y citas. Alrededor de las II, cuando Nerzhin, que fue llamado del laboratorio llegó al lugar, los otros seis que lo iban a acompañar ya estaban allí, listos para la requisación personal. Algunos de ellos todavía eran revisados y otros ya lo habían sido y estaban esperando, algunos apoyados por el pecho en una gran mesa o bien paseando fuera del área de revisión. En el área junto a la pared se hallaba el teniente coronel Klimentiev, pulido y fregado, erecto, limpio, como un guerrero listo para el el desfile. Un fuerte olor de agua de colonia surgía de su bigote nigérrimo y su pelo oscuro.

Con las manos por detrás de su espalda, estaba allí como si no tuviera nada que ver, pero su presencia compelió a los guardias a revisar concienzudamente a los prisioneros.

En la zona de revisión, Nerzhin era recibido por uno de los más maliciosos revisores, dé nombre Krasnogubenky, quien inmediatamente preguntó: -¿Qué tiene en los bolsillos?

Nerzhin ya había superado hacía tiempo esa obsequiosa excitación que los prisioneros nuevos sienten ante los guardias. No se dio el trabajo de contestar y no dio vuelta los bolsillos de su cheviot que era tan nuevo para él. Miró a Krasnogubenky en los ojos y retiró sus manos de su pantalón y saco permitiéndole ver lo que contenían. Después de cinco años de prisión y tras muchas de esas revisiones no

sintió como hubiera sentido un recién venido que eso era una violencia brutal, ya que los sucios dedos se aproximaban palpando cerca de su corazón lacerado. No, nada de eso que se le hiciera a su cuerpo podía nublar su disposición luminosa creciente.

Krasnogubenky abrió la cigarrera que Potapov le había regalado recién, miró en cada uno de los cigarrillos y sus marquillas, para ver si había algo oculto; revisó bajo los fósforos de la cajita; palpó los dobleces del pañuelo y no halló nada más en los bolsillos. Luego recorrió con sus manos todo el cuerpo de Nerzhin, palpando bajo su camisa y casaca para ver que no hubiera nada bajo la tela de ambos o en forros ocultos. Se sentó sobre sus pantorrillas y con las manos en forma de garfio pasó sus palmas arriba y abajo por las piernas, adentro y afuera. Mientras Krasnogubenky actuaba, Nerzhin tuvo tiempo de mirar a su próximo prisionero a revisar y preguntarse por qué estaba tan nervioso. Era un artista del grabado que había descubierto que tenía talento para escribir historias cortas, y las escribió: sobre las experiencias de la prisión en Alemania, sobre encuentros en las celdas, sobre cortes de enjuiciamiento. A través de su esposa había ya transmitido dos o tres de esos relatos al exterior pero, ¿a quién podían ser mostrados? Tenían que ser escondidos; tenían que ser escondidos allí también, dentro de la prisión. Y nadie podía tener la esperanza de sacar lo que hubiera escrito. Pero un viejo amigo de la familia había leído lo que había logrado filtrar al exterior y le había dicho, de nuevo por su esposa, que esa perfección y expresividad eran raras de encontrar aun en Chejov. Esa opinión dio alas al grabador y lo entusiasmó.

Para la visita de ese día había escrito otra historia breve que pensaba era magnífica. Pero en el preciso momento en que iban a revisarlo sentía los pies fríos frente al revisor implacable y

volviéndose, decidió tragarse la hoja de papel hecho un bollito en que había escrito su narración con letra microscópica. Así lo hizo, pero en seguida lo asaltó el remordimiento de haberlo hecho, porque podía haber tenido éxito en cruzar la línea.

Krasnogubenky decía a Nerzhin: -¡Saquése sus zapatos!

Nerzin puso su pié en la silla, desató sus lazos, y pateó su zapato sin mirar adonde aterrizaba. Al hacerlo demostró una media agujereada. El revisor tomó el zapato y lo espulgó hasta quedar satisfecho y depositarlo en el suelo de nuevo. Con el mismo rostro imperturbable como si fuera una cosa que hiciera todos los días, el prisionero pateó igualmente el segundo zapato y reveló una segunda media con una papa. Presumiblemente porque las medias tenían sus grandes agujeros, Krasnogubenky no creyó necesario revisarlas también y no pidió que se las sacara.

Nerzhin se volvió a poner su segundo zapato y el revisor encendió un cigarrillo.

Klimentiev había observado cuando Nerzhin pateaba sus zapatos y estimó que era un deliberado insulto al guardia. Si uno no estaba protegiendo a los vigilantes, los prisioneros toman ventajas sobre la administración. De nuevo se acusó por su generosidad y casi buscó hallar una razón para cancelar la visita de ese tipo despectivo que no sólo no estaba avergonzado de su condición criminal sino que hasta parecía jactarse de ella.

-¡Atención! -gritó de pronto y siete prisioneros y siete guardias se volvieron sorprendidos hacia él-: ustedes conocen los reglamentos: no deben recibir nada de sus visitantes, ni entregarles nada, todo lo que vayan a pasarse entre ustedes debe ser revisado por mí. En sus conversaciones no mencionarán su trabajo, las condiciones del mismo, las de sus vidas aquí, los programas diarios, la ubicación del

instituto. No deberán dar nombres de ninguna clase. Sólo dirán que todo marcha bien y que no necesitan nada.

-¿Y entonces de qué podremos hablar, de política ? -gritó alguien. Klimentiev no se dignó contestar a algo tan absurdo.

-Hablen de sus culpas y de su arrepentimiento -comentó sombrío uno de los prisioneros.

-No pueden hablar de sus juicios porque son secretos. Pregunten por sus familias, sus hijos. Y otra cosa -agregó Klimentiev impertérrito y convencido-: hay una nueva regla: desde hoy está prohibido besarse y darse la mano.

Nerzhin que había quedado indiferente ante la pesquiza y la torpe instrucción, reaccionó vivamente. No le importaban las regulaciones estúpidas porque podía esquivarlas y eran teóricas, pero que le prohibieran besar le hizo sentir una ola oscura, velándole los ojos.

-¡Nos vemos una vez por año! -se sintió gritar roncamente a Klimentiev, quien se volvió satisfecho en su dirección esperando que fuese aún más lejos.

Nerzhin podía casi oír a Klimentiev rugiendo: -Lo quito de la visita.

Se tragó su reacción y calló.

Su visita anunciada a última hora era evidentemente irregular y nada costaba privarlo de ella.

Siempre había alguien que acallaba a quienes trataban de gritar los abusos y reclamar justicia.

Como viejo prisionero supo dominar su furia.

Al no encontrar ninguna rebelión, Klimentiev, precisa y desapasionadamente añadió para ratificarlo: -Si hay un beso, apretón de manos u otra violación cualquiera, la visita termina de inmediato.

-¡Pero mi mujer no lo sabe! ¡Ella quería besarme! -gritó el grabador.

-Sus familiares también serán advertidos.

-Nunca ha habido una regla semejante.

-La hay ahora.

(¡Qué gente más estúpida! Y su indignación es tonta, como si fuera él, el que introdujo esta nueva disposición).

-¿Cuánto tardará la visita?

-Si viene mi madre, ¿la dejarán entrar?

-Las visitas duran treinta minutos. Sólo admitiré a la persona notificada.

-¿Y, mi hija de cinco años?

-Los niños hasta quince años son admitidos con los adultos.

-¿Y de dieciséis ?. ..

-No admitimos. ¿Alguna otra pregunta? Bueno, salgan, vamos.

¡Asombroso! No fueron llevados en el celular sino en un nuevo modelo de ómnibus pequeño de ciudad, de color azul. No como los últimos transportados.

El ómnibus se detuvo delante de la puerta del edificio del cuartel general. Tres guardias, nuevos también, en trajes civiles y con sombreros de fieltro blando, llevando las manos en sus bolsillos (allí tenían las pistolas), entraron primero en el vehículo y tomaron sitio bien apartados uno de los otros. Dos de ellos parecían boxeadores retirados o gangsters. Usaban finos sobretodos.

La helada matinal casi había desaparecido, pero el frío continuaba.

Siete prisioneros entraron en el ómnibus por la puerta delantera y se sentaron.

Cuatro guardias más, uniformados, los siguieron.

El chófer cerró de un portazo y se sentó en su asiento.

El teniente coronel Klimentiev subió a un auto.

FONOSCOPIA

Hacia el mediodía Yakonov no estaba en el confort rutilante ni el silencio aterciopelado de su oficina. Estaba en el GRUPO SIETE, revisando un cotejo entre el código y el "Vo-en-cla". Esa mañana el ambicioso ingeniero Markushev había tenido la idea de combinar los dos estudios en uno, y mucha gente había sido dedicada a ese proyecto, cada una con un propósito calculado. Los únicos que se opusieron fueron Bobynin, Pryanchikov y Roitman, pero nadie les hizo caso.

Había otras cuatro personas sentadas en la oficina de Yakonov: Sevastyanov, que ya había hablado con Abakumov por teléfono, el general Bulbanyuk, el teniente de Mavrino, Smolbsidov y el prisionero Rubín.

El teniente Smolosidov era un hombre pesado. Si uno cree que debe haber algo bueno en toda criatura hubiera sido difícil encontrarlo en su cara sin sonrisa, en la morosa compresión de sus labios gruesos. Su posición en el laboratorio era menor; apenas se alzaba sobre un armador de radios y su salario era el de la más baja trabajadora femenina: menos de 2000 por mes. Es verdad, robaba otros 1000 por mes vendiendo partes de radio en el mercado negro, pero todos sabían que la situación y entradas suyas no se limitaban a esas actividades.

Los empleados libres de la *sharashka* le tenían miedo, aun aquellos que jugaban al voleibol con él. Su cara que nunca había mostrado el menor relumbre de sinceridad era aterradora. La especial

confianza que los altos jefes tenían en él también era aterradora. ¿Dónde vivía? ¿Había tenido algún hogar? ¿Una familia? Jamás visitaba a sus colegas en sus casas ni compartía sus ocios fuera del instituto con nadie. No se sabía nada de su pasado excepto por las condecoraciones de batallas de su pecho y su imprudente vanagloriarse de que durante la guerra un famoso mariscal jamás había dicho una palabra que él, Smolosidov, no hubiera sabido. Cuando se le preguntó cómo había podido suceder eso, respondió que era el operador personal de la radio del mariscal.

La cuestión de qué empleado libre iba a recibir la confianza para tratar con las cintas de registro y de la Muy Secreta Administración, se resolvió terminantemente cuando el general Bulbanyuk que los había traído, dio la orden: Smolosidov.

Éste estaba sentado y colocando la cinta del grabador en una mesa barnizada mientras el general Balbaniuk, cuya cabeza era como una gigantesca patata hipercrecida. con protuberancias por nariz y orejas, dijo: -Usted es un prisionero, Rubín. Pero alguna vez fue un comunista y quizás alguna vez vuelva a serlo.

-Soy un comunista ahora -quiso exclamar Rubín pero sintió la humillación de probarlo a Bulbaniuk.

-De modo que nuestra organización tiene confianza en usted. Va a escuchar un secreto de Estado de esta cinta registrada. Espero nos ayude a encontrar estos canallas, estos cómplices de traidores al país. Buscan nuestros más importantes descubrimientos científicos para transmitirlos a través de las fronteras. Queda descontado que la menor tentativa de revelarlos...

-Sobreentendido -Rubín interrumpió temiendo más que todo eso, que no se le permitiera trabajar en la cinta. Desde hacía mucho tiempo había perdido toda esperanza de éxito personal y vivía la vida

de toda la humanidad como si fuese su propia vida familiar. Esa cinta que no había oído aún, lo interesaba, pues, personalmente.

Smolósidov apretó el botón que lo ponía en acción.

Rubín miró con fijeza intencionadamente la pantalla de la cinta como si buscara en su imagen el rostro de su enemigo personal. Cuando miraba tan fijamente su cara se tendía y volvía cruel. Nunca se podía rogar, misericordia de una persona con tal rostro.

En el silencio de la oficina, sobre un ligero sonido de estática, se oyó el diálogo entre un excitado desconocido y una antigua y flemática dama.

Con cada frase la cara de Rubín perdía su gesto de expresión cruel y se tornaba perpleja. Mi Dios, no era lo que había esperado sino algo incoherente

La cinta llegó a su fin.

Rubín debía decir algo según esperaban sus compañeros, pero no tenía todavía ninguna idea de qué decir.

Necesitaba un poco de tiempo y que no lo mirasen desde todos los ángulos: Encendió un cigarrillo que había sacado dijo: -Tóquenlo de nuevo.

Smolósidov apretó el botón de retornar la cinta. Rubín miró esperanzado sus oscuras manos con sus dedos azulados. Después de todo Smolósidov podía cometer un error y apretar el botón de grabación en vez del de emisión y todo hubiera sido borrado sin dejar trazas. Y Rubín no hubiese tenido que decir nada.

Rubín fumaba, apretando el filtro del cigarrillo entre sus dientes.

Todos callaban.

Smolósidov no se equivocó. Había apretado el botón correcto.

Otra vez oyeron la voz del joven nervioso casi desesperado y la insatisfecha dama murmurante y refunfuñante. Rubín debía

esforzarse en adivinar lo criminal pero estaba obsesionado por esa dama que le parecía poder ver muy fácilmente con sus lujuriosos y teñidos cabellos que hasta probablemente no fueron propios.

Dejó ocultar su cara entre las manos. Lo más bárbaro de todo era que ninguna persona razonable con una mente limpia podía confundir un problema médico con un secreto de Estado. Porque cualquier médico que preguntase la nacionalidad de un paciente para atenderlo no era digno de ser llamado médico de ningún modo. Y este hombre que tuvo la valentía de llamar a un departamento asediado (puede ser que ignorara este peligro) le era muy simpático.

Pero *objetivamente*, objetivamente el hombre que había querido hacer lo que a él le parecía lo correcto, había de hecho "atacado las fuerzas positivas de la historia". Dado el hecho de que la prioridad en los descubrimientos científicos era reconocida como importante y necesaria para el fortalecimiento del *Estado*, cualquiera que lo impide interpone objetivamente su camino al progreso. Y debe ser eliminado.

Además la conversación no era tan simple. La asustada repetición de la palabra "extranjeros". Para darles "algo". Podía significar algo distinto a una medicina. "Medicina" podía ser una palabra codificada. La historia sabía de casos semejantes. ¿Cómo se había comunicado la sublevación a los marineros del Báltico? Con una frase de código: "¡envíennos las regulaciones!" Y eso significó: "envíen un barco de guerra y desembarquen el partido".

La cinta se detuvo, Rubin levantó la cara de sus manos, miró al ceñudo Smolósidov y al tonto y pretensioso Bulbanyuk. Eran repulsivos. Prefería ni mirarlos. Pero allí en esa pequeña encrucijada de la historia eran los únicos que representaban su fuerza positiva.

Uno tenía que superar los sentimientos personales.

Eran carniceros como esos que habían aprisionado a Rubin en la sección Política del ejército porque no soportaban sus talentos y capacidad. Eran tales carniceros como los de la oficina de procuración militar, quienes habían arrojado por cuatro años docenas de protestas de Rubin reclamando su inocencia, en el canasto de basura.

Uno tenía que erguirse sobre la propia fatalidad maldita.

Y sin embargo estos dos eran dignos de ser volados por una granada poderosa allí y en seguida y uno tenía que servirlos y al propio país, su idea de progreso y su bandera.

Rubin aplastó su cigarrillo en el cenicero, tratando de mirar directamente a Sevastyanov que le parecía por el momento una persona decente y diciendo: -Bueno, está bien, lo intentaremos. -tomó aliento y continuó-: Pero si no tienen ningún sospechoso, no podré hallarlo. . . No se pueden registrar todas las conversaciones de Moscú. ¿Con qué voz quieren, que la compare?

Bulbanyuk le aseguró: -Hemos tomado cuatro del teléfono público. Pero probablemente no sea ninguno de ellos. Los he anotado aquí sin su rango y no le mostraré sus posiciones oficiales de modo que no tiene por qué asustarse en acusarlos.

Le dio una hoja de papel de un anotador. Había cinco nombres escritos:

1. Petrov.
2. Syagovity.
3. Volodin.
4. Shchevronok.
5. Zavarzin.

Rubín los leyó y pidió le dejaran la lista.

-No, no -advirtió Sevastyanov con sospecha-; Smolosidov conservará la lista.

Rubín la devolvió. Esa precaución no lo ofendió. Por el contrario, lo divirtió. Como si esos cinco nombres no hubiesen ya quedado grabados en su memoria: Petrov, Syagovity, Volodin, Shchevronok, Zavarzin. Sus largos estudios filológicos ya eran de tal modo parte de él, que ya había anotado al pasar la seimologías de los nombres: syagovity, una persona que salta lejos; shchevronok, una alondra.

-Pido -dijo secamente- que registren las voces de los cinco en el grabador.

-Las tendrá mañana mismo.

Rubín reflexionó un momento y exclamó: -Otra cosa más. Deseo la edad de cada uno -golpeó en la tapa del grabador- y necesitareé esa cinta sin interrupción y la necesitareé mañana mismo.

-El teniente Smolosidov la tendrá. Se les dará a los dos una habitación en la sección Ultrasecreta.

-La están preparando ahora -afirmó Smolosidov.

La experiencia había enseñado a Rubín evitar la peligrosa pregunta ¿cuándo? para impedir que se la repitiesen a él. Sabía que por lo menos tenía una o dos semanas de trabajo con la cinta y que si preguntaba a los jefes cuándo necesitaban le responderían mañana a la mañana. De manera que sólo preguntó: -¿Con quién puedo hablar de este trabajo?

Sevastyanov miró a Bulbanyuk y replicó: -Sólo con el mayor Roitman, Oskolupov y con el mismo ministro.

Bulbanyuk preguntó: -¿Recuerda todas mis advertencias? ¡Repítamelas!

Rubín se puso de pie sin permiso y miró al general como si fuera tan pequeño que fuese difícil de ver.

-Debo irme y ponerme a pensar -dijo sin dirigirse a ninguno en particular.

Nadie objetó nada.

Rubín, pensando profundamente, se retiró de la oficina, pasó por el oficial de servicio y sin darle corte inició la marcha por la alfombra roja de la escalera.

Tenía que incorporar a Nerzhin al nuevo grupo. ¿Cómo trabajar sin las advertencias de otro? El problema iba a ser muy difícil. El trabajo sobre voces sólo había comenzado. Las primeras clasificaciones, la primera nomenclatura.

El temor de la investigación científica cayó sobre él.

Era una nueva ciencia, encontrar un criminal por su voz impresa.

Hasta ahora habían sido identificados por las impresiones digitales y se llamaba dactiloscopia el estudio de los rastros de los dedos. Se había trabajado así por centurias.

La nueva ciencia podría llamarse estudio de las voces -así la habría llamado Sologdin-: FONOSCOPIA. Y todo debía ser creado en pocos días.

Petrov, Syagovity, Volodin, Shchevronok, Zavarzin.

LA CAMPANA MUDA

Sentado en la parte de atrás de un ómnibus, junto a la ventanilla, Nerzhin gozaba del movimiento placentero de la marcha. A su lado iba Illarions Pavlovich Gerasimovich, un físico especializado en óptica, hombre de estrechos hombros, no alto, con una enfática cara de intelectual, y anteojos como dibujaban a los espías en los afiches de propaganda.

-Nerzhin cambiaba impresiones con él-: Creó que he experimentado todo y me he acostumbrado a todo y podría sentarme con el traste desnudo sobre la nieve y aun cuando todo el mundo está asustado cuando lo introducen violentamente en vagones de ganado o el guardia de escolta revisa a golpes mi valija o la rompe, nada me llega ni me conmueve ya. Pero hay una sola cosa en mi corazón que no puedo soportar, que vive y no tiene miras de morir: mi amor por mi mujer. Lo que le concierne no puedo resistirlo. Y tener que verla una sola vez por año y no poder besarla, me es insoportable. Realmente es una canallada.

Gerasimovich juntó sus finas cejas. Parecía trágicas aun cuando trazaba diagramas o pesaba cristales.

-Sólo hay probablemente un camino hacia la invulnerabilidad: matar en uno toda ligadura y renunciar a todos los deseos.

Gerasimovich había estado en la *sharashka* Mavrino sólo unos pocos meses y Nerzhin no había tenido tiempo ni oportunidad de aproximarse a su intimidad ni frecuentarlo. Pero instintivamente le gustó.

No prosiguieron la conversación sino que cayeron en silencio de inmediato. La jornada de una visita era demasiado importante aun en la vida de un prisionero. Era el tiempo en que se revivía la propia alma que había estado durmiendo en un sepulcro. Se levantan los recuerdos que tienen lugar en los días cotidianos. Se acumulaban pensamientos y sentimientos todo el año para gastarlos en esos breves minutos de la unión con alguien cercano.

El ómnibus se detuvo en la entrada. El sargento de la guardia trepó al vehículo y contó los prisioneros que salían, con sus ojos, dos veces. Antes de eso el jefe de la guardia había ya anotado siete cabezas. Luego el sargento revisó bajo el ómnibus que nadie estuviese escondido allí -aun un demonio sin cuerpo que no podría haber estado colgando de los ejes o el diferencial ni un minuto- y luego retornó a la caseta de la guardia. Sólo entonces se abrió el primer, portón y luego el segundo. El ómnibus rodó a través de la línea mágica, sus ruedas cantaron alegremente y sus cubiertas chirriaron a lo largo del camino helado de grava.

Era el secreto profundo del instituto que los zeks de Mavrino debían mantener en esas salidas esporádicas. Porque los visitantes no debían teóricamente saber dónde habitaban sus muertos-vivos, si eran traídos de cientos de kilómetros o desde el Kremlin, de un aeropuerto o de otro mundo. Sólo veían gente bien alimentada y bien vestida con sus blancas manos, gente que había perdido su anterior ganas de charlar y sonreían tristemente y les aseguraban que tenían de todo y no necesitaban nada.

Esas visitas eran casi escenas de las antiguas estelas griegas que representaban al muerto y a sus parientes vivos que le construían un monumento. Pero en las estelas siempre había una delgada línea dividiendo un mundo del otro. Los vivos miraban con emoción al

muerto que miraba hacia el Hades, ni alegre ni triste, con una mirada clara y transparente. Nerzhin volvía la cabeza para ver lo que tan pocas veces tenía la posibilidad de ver: el edificio donde vivía y trabajaba desde afuera, el edificio de ladrillos oscuros con la rústica cúpula esférica sobre su base semicircular de mármol y, aún más alto, la antigua torre hexagonal. De la fachada sureña donde estaban Acústica, Laboratorio Siete, el Departamento de Diseño y la oficina de Yakonov, aparecían las filas de las ventanas que no podían abrirse, mirando, indiferentes y uniformes. Y los residentes suburbanos y moscovitas que venían en los domingos no podían imaginarse cuántos hombres eminentes vivían, con sus pasiones sordas, sus apetencias traicionadas, y cuántos secretos de Estado se coleccionaban, empaquetaban, entremezclaban y se calentaban al rojo vivo en esa solitaria, antigua, suburbana y callada estructura. Aún dentro del edificio el secreto impregnaba todo el lugar. Una sala no sabía nada de la otra. Un vecino no conocía al otro. Los oficiales de seguridad no sabían nada de las mujeres singulares, de aquellas veintidós insensatas mujeres que habían sido admitidas como trabajadoras libres en el sombrío edificio. Y como esas mismas mujeres no sabían nada una de otra, ninguna sabía que todas, a pesar de la espada que colgaba sobre sus cabezas, había logrado una relación secreta dentro, se enamoraron de alguien y lo besaron en secreto o se habían apiadado y lo habían comunicado con su familia. Nadie sabía nada: salvo el cielo y, eventualmente, quizá, la historia.

Gleb Nerzhin abrió su caja de cigarrillos roja oscura y encendió uno con esa especial satisfacción con que un buen cigarrillo puede llenar un momento importante de nuestra vida.

Aunque su pensamiento sobre Nadya era el superior y absorbente, su cuerpo, despertado por la novedad del viaje sólo quería

viajar y viajar. El ómnibus seguía al parecer para siempre por los senderos nevados con marcas negras, pasando el parque blanco por la helada que cubría las ramas de los árboles, pasando los niños cuyas voces no había escuchado Nerzhin aún, según le pareció, desde la iniciación de la guerra. Los soldados y los prisioneros dejan de oír las voces de los niños.

Nadya y Gleb sólo habían vivido juntos un año, un año de correr de lugar en lugar acarreando portafolios. Ambos cursaban el quinto año y eran estudiantes escribiendo pruebas y rindiendo exámenes estatales.

Luego llegó la guerra.

Para entonces y ahora, otras personas, de su misma época tenían niños corriendo sonrientes a su alrededor. Pero ellos no.

Un niño comenzó a correr a través del camino y el chófer debió esquivarlo con una brusca maniobra. El niño asustado se detuvo, puso su manita en un mitón azulado y se lo llevó a la cara enrojecida.

Nerzhin que no había pensado por años en chicos, repentinamente entendió claramente que Stalin lo había robado y que Nadya y él le debían el no tener niños. Aun si su prisión concluyese y si tuvieran niños más adelante y se volvieran a reunir, su mujer tendría treinta y seis años y quizás cuarenta y sería tarde para tener niños. Stalin se los habría robado. Docenas de niños en vestidos de colores estaban patinando por el lago.

El ómnibus giró en una calle apartada y se lanzó sobre el empedrado.

En las descripciones de las prisiones siempre se ha tratado de marcar sus horrores, pero es más terrorífico cuando tal horror no existe, cuando el horror consiste en la gris monotonía de los años trascurridos. En olvidar que tu única vida que te fue dada en esta

tierra está rota. En que estás a punto de perdonar que un cerdo decida sobre ella, y que tus pensamientos están ocupados únicamente en el esfuerzo de apropiarte del mejor pedazo de pan y de recibir después del baño ropa del tamaño adecuado y no deshecha

Uno debe vivir esa experiencia absurda e indignante, no puede imaginársela. Para escribir algo como: "Estaba sentado detrás de las barras en la prisión húmeda", o, "Abran la puerta de la prisión y denme una mozuela de bellos ojos negros", no se necesita estar en la prisión, todo eso es fácil de imaginar. Pero es también rudimentario. Sólo interminables, ininterrumpidos años pueden traer la sensación de la verdadera experiencia de la cárcel.

Nadya había escrito en su carta: "cuando vuelvas..." Pero ese era el verdadero horror: que no habría retorno. No se puede retroceder en el tiempo: es irreversible. Después de catorce años en el frente y en la prisión, probablemente no habría una sola célula de su cuerpo que restase del pasado de libertad. Podría volver. Un nuevo ser, desconocido, saldría llevando el nombre de su esposo y ella vería que ese hombre que había amado, a quien había decidido esperar catorce años por amor, no era el mismo, no existía ya, se había evaporado, molécula a molécula.

Sería bueno si en esa segunda vida pudiera amar al otro. Pero ¿qué pasaría si no fuese así ?

Habían entrado en las callejas de las afueras de Moscú. En Mavrino niebla dispersa en el cielo oscuro de la noche, hacía parecer a Moscú como brillando y relumbrando. Pero allí, otra realidad aparecía, casas de uno o dos pisos, largas y sin reparaciones al día, con su estuco cayéndose a pedazos, sus cercas de madera tambaleantes, su precariedad y suciedad. No se había tocado nada desde el principio de la guerra y los esfuerzos se habían gastado en otras áreas diversas.

Pero en el campo, por ejemplo, de Ryazan a Ruzayevka, ¿qué clase de techos y de casas se podrían encontrar si Moscú estaba tan desesperadamente descuidada?

El ómnibus se abalanzó sobre la ruta y desembocó en la ancha y populosa estación y su plaza, cruzándola. De nuevo aparecieron los ómnibus, troleys, automóviles, gente; la policía llevaba nuevos uniformes brillantes, rojos y violáceos que Nerzhin no había visto nunca antes.

¡Qué incomprensible parecía que Nadya pudiera esperar por él tantos años! Moverse entre esa multitud rumorosa, eternamente corriendo para atrapar algo, sentir los ojos de los hombres en su cuerpo y nunca sentir el corazón conmovido por una ola. Nerzhin imaginó qué hubiese hecho en el caso opuesto: si Nadya estuviera prisionera y él libre. No hubiese quizás resistido un año.

Nunca antes había supuesto que esa muchacha aparentemente débil tenía una determinación granítica. Por largo tiempo había tenido dudas sobre su resistencia, pero ahora sentía que para Nadya ya no era difícil esperar.

Aun antes, en la Prisión de Krasnaya Presnya, tras medio año de interrogaciones, cuando recibió permiso para escribirle una carta, Gleb había escrito con un lápiz roto sobre un papel también roto en pedazos de forma triangular y sin estampilla.

"Mi querida. Me esperaste cuatro años de la guerra, no te enojas por haberme esperado en vano; ahora estaré preso diez años. Toda mi vida recordaré como un sol nuestra corta felicidad, pero ahora sé libre desde este día. No hay necesidad de que arruines tu vida tú también. ¡Cásate!"

Nadya entendió de la carta sólo que él la había dejado de amar y le contestó: "¡Cómo puedes olvidarme, cómo puedes entregarme a otro hombre!"

¡Mujeres! Aun en el frente en la cabecera del puente del Dniéper había logrado llegar a él con una identificación del Ejército Rojo fraguada, con una camisa de hombre que le quedaba grande, expuesta a las interrogaciones y requisas. Había venido para quedarse con su esposo, si podía, hasta el fin de la guerra y si la mataban, quería morir con él y si él se salvaba, salvarse juntos.

En la cabecera de puente que recientemente había sido una trampa de muerte, pero ahora estaba aquietada, cubriéndose de pasto indiferente, ardieron sus días brevísimos de felicidad robada.

Pero el ejército se movió y lanzó al ataque y Nadya debió volverse a casa otra vez con su camisa más larga que ella y con los mismos papeles falsos. Un camión de una tonelada y media la llevó por un atajo de la foresta y ella lo había despedido agitando la mano por un largo rato desde el claro hasta desaparecer.

Cuando el ómnibus se detiene la gente se alinea desordenadamente. Cuando un trolley frena, algunos guardan sus lugares y otros se inclinan hacia delante. En el bulevar Sadovya el pálido ómnibus azul, medio vacío e invitante, pasó la parada regular de los vehículos de pasajeros y se detuvo ante la luz del semáforo. Un atolondrado moscovita corrió hacia él, saltó sobre su plataforma y golpeó la puerta gritando: -¿Va a la costanera Kotelnichesky? ¿A Kotelnichesky?

-No se puede subir -contestó uno de los guardias alejándolo.

Rugiendo de risa, Iván el soplador de vidrio, lo llamó -¡Seguro que va! Es justo donde vamos. ¡Súbase y lo llevaremos! -Iván era un prisionero no político y podía recibir visitas cada mes. Todos los zeks

se rieron. El moscovita no podía entender de qué clase de ómnibus se trataba y por qué no le permitían subir a él.

Pero estaba acostumbrado a prohibiciones frecuentes y bajó de un salto.

Una media docena de pasajeros posibles que se habían arremolinado tras él, también retrocedieron.

El pálido omnibus dobló a la izquierda en el bulevar Sadovya, lo que significaba que no iba hacia Butyrskaya como era usual, sino probablemente a Taganka.

Nerzhin jamás se hubiera separado de su mujer y hubiera usado su vida en una serena labor de resolver integraciones numéricas de ecuaciones diferenciales, si no hubiese nacido en Rusia o hubiese nacido en otra época o si no hubiese sido la persona que era, la clase de persona que era.

Hay una escena en la novela "Noventa y tres", de Víctor Hugo, en que Lantenac, sobre una duna, puede *ver* varias bellas torres con campanas, al mismo tiempo, y cada campana está sonando. Todas las campanas están sonando la alarma, pero un viento fuerte se lleva el sonido y él no puede *escuchar* ninguna.

De la misma manera, por algún extraño sentido inverso, Nerzhin había oído desde la adolescencia una campana muda; gritos, gruñidos, gemidos de los moribundos, llevados por un viento insistente y firme lejos de los oídos humanos. Creció sin leer un solo libro de Mayne Reid, pero a la edad de doce años había abierto el enorme, con el que se podía cubrir, y leyó el proceso a los ingenieros sabotadores. Desde él mismo principio el niño no creyó lo que leía. No sabía por qué -no podía alcanzar sus razones- pero claramente veía que eran todas mentiras. Conocía ingenieros en su familia y amistades y no, podía imaginarlos cometiendo sabotaje.

A los trece y catorce, Gleb no salía a jugar en las calles, cuando había acabado de estudiar, sino que se estaba quieto leyendo los diarios. Conocía a líderes del partido por nombre, sus cargos, los líderes del ejército soviético, los embajadores en cada país, y los embajadores extranjeros destacados en la U.R.S.S. Había leído todos los discursos del Congreso y las memorias de los viejos bolcheviques. Y la historia cambiante del partido y las otras también, siempre confusas y diferentes. En la escuela asimismo, en el cuarto grado; habían sido aleccionados en elementos de economía política y desde el quinto grado, tenían ciencias sociales casi todos los días. Le habían dado a leer: "En memoria de Herzen" y una y otra vez recorrió el viejo volumen de Lenin.

Quizás porque sus oídos eran jóvenes o porque leía más de lo que aparecía en los diarios, claramente percibía lo falso y lo exagerado en la exaltación de un hombre, siempre un mismo hombre. ¿Si él era todo, no significaba que los otros hombres eran nada? Por espíritu de protesta Gleb no pudo admirarlo.

Era nada más que un estudiante de noveno grado en la mañana de diciembre, cuando miró, un diario de pared donde leyó que Kiróv había sido asesinado y de repente, como deslumbrado por una luz, supo que Stalin y ningún otro fue su ejecutor. Porque era el único que podía aprovechar de su muerte. Un sentimiento de soledad acerada lo aprisionó: los otros hombres, adultos, reunidos y hablando a su lado, no entendían esta sencilla verdad.

Después los mismos bolcheviques, que habían hecho toda la revolución y que le habían dedicado todas sus vidas, comenzaron a desaparecer allá por los años de las purgas. Morían por docenas al principio y luego por cientos. Algunos ni esperaban el arresto, y tomaban veneno en sus departamentos. Otros se ahorcaban en sus

casas afuera de la ciudad. Pero la mayoría se dejaban arrestar y aparecían en la corte, e innumerables confesaban y se acusaban en voz alta de las peores vilezas y admitían servir a todos los servicios de inteligencia extranjeras. Era tan absurdo, tan grosero, tan excesivo, que sólo una oreja de elefante pudo dejar de distinguir la mentira.

¿No oía en realidad la gente? Los escritores rusos no se atrevían a continuar la herencia espiritual de Puchkin y Tolstoy y escribían ahora elogios y panegíricos dulzones al tirano entronizado. Los compositores rusos entrenados en el conservatorio de la calle Herzen, dejaban sus himnos serviles ante su pedestal.

Para Gleb Nerzhin la campana muda atronó a través de su entera juventud. Una decisión inviolable creció en él: aprender y comprender. Recorriendo los bulevares de su ciudad natal aprendió y comprendió, en lugar de perseguir muchachas y conquistarlas. Gleb iba soñando en el día en que, resolvería todo y hasta quizá penetraría las paredes donde esa gente se habían envilecido antes de morir lo mismo, ajusticiados. Quizás dentro de esas paredes podría entenderlo.

En ese tiempo no conocía el nombre de la prisión principal ni tampoco que nuestros deseos suelen ser satisfechos si realmente son grandes.

Pasaron años. Todo se realizó en la vida de Gleb, aunque no en una forma fácil o placentera. Fue arrestado y llevado detrás de esas mismas paredes que anhelaba atravesar y conoció a aquellos que aún sobrevivían a las purgas, que habían confesado lo inenarrable y quienes no se asombraban de su perspicacia y aun tenían cien veces más que contarles.

Todo se produjo como había deseado, pero a Nerzhin le costó su trabajo, su tiempo, su vida y su mujer. Cuando una pasión singular

ocupa el alma, suele desplazar a todas las otras. No hay lugar en nosotros para dos pasiones.

...El ómnibus cruzó el puente sobre el Yauza y continuó a lo largo de infinitas, retorcidas y hostiles calles.

Nerzhin dijo al fin: -¿De modo que tampoco nos llevan a Tanganka? ¿Adonde vamos? No comprendo.

Gerasimovich, emergiendo de la misma clase de reflexiones pesimistas, contestó: -Ese es el acceso a Lefortovo; vamos a su prisión.

Se abrieron las puertas para el vehículo que entró en un patio y se detuvo al frente de un edificio de dos pisos junto a la alta cárcel citada. El teniente coronel Klimentiev ya estaba allí de pie, esperándolos, pareciendo más joven sin su capote ni gorra.

Realmente había menos frío aquí. Bajo un denso cielo nublado, un invierno sin viento y neblinoso.

A una señal del teniente coronel, los guardias salieron del ómnibus, se alinearon en una fila y sólo los dos de los asientos de atrás permanecieron con sus pistolas amartilladas. Los prisioneros no tuvieron tiempo de observar la sección principal de la prisión y siguieron al militar hacia adentro. Había un largo y estrecho corredor y a lo largo se abrían siete puertas. El teniente coronel iba adelante y daba sus órdenes decisivamente como en una batalla: -Gerasimovich aquí; en ésta, Nerzhin; en la tercera.. .

Cada prisionero entraba en su puerta indicada.

Klimentiev asignó cada guardia a cada puerta. Nerzhin recibió a uno que parecía un disfrazado.

Todas las habitaciones eran para interrogatorios: las ventanas con barras dejaba pasar apenas la luz; los sillones de los interrogatorios y sus respectivos escritorios estaban de frente a las

ventanas para recibir el prisionero la luz; había una mesita y una silla para la persona a interrogar.

Nerzhin se movió con el sillón más cerca de la puerta y lo colocó allí para su esposa. Tomó la poco comfortable sillita con una rajadura que amenazaba con pellizcarlo. Junto a dicha silla y dicha mesa había soportado hacía un tiempo seis meses de interrogatorios!

La puerta había quedado abierta. Nerzhin oyó los ligeros pasos de su mujer retumbando hacia él por el corredor y su querida voz preguntando: -¿Aquí?

Y entró.

SÉ INFIEL

Cuando el camión, traqueteando, llevaba a Nadya del frente de batalla por sobre raíces de pinos y arena crujiente, Gleb permaneció un buen rato en la trocha hasta que una curva lo tragó y la senda se volvió aún más oscura y más larga. ¿Quién hubiera podido decirles que su separación nunca tendría fin con la guerra y que apenas había comenzado ?

Siempre es difícil esperar a un esposo que vuelve de la guerra, pero mucho más difíciles son los últimos meses antes del final. Los fragmentos de granadas y las balas no dan idea de lo que ha estado peleando un hombre.

Entonces fue cuando las cartas de Gleb dejaron de llegar.

Nadya corría cuando llegaba el cartero. Escribía a su marido a sus compañeros y sus oficiales. Pero todos callaban como las tumbas.

No había una, noche en la primavera de 1945 en que la artillería no rompiese el aire y en que no se tomase una ciudad tras otra: Königsberg, Breslau, Frankfurt, Berlín, Praga.

Pero no llegaba ninguna carta. Sus esperanzas se encogían. Comenzó a sentirse apática y desgana. Pero no podía permitirse ceder o caer en pedazos. Si él estaba vivo y volvía, la habría acusado de perder su tiempo. Se entregaba hasta la extenuación a largos días de trabajo, se preparaba para la licenciatura en química, estudiaba lenguajes extranjeros y materialismo dialéctico y sólo se permitía llorar de noche.

De pronto, por primera vez, el Comando Militar no le pagó a Nedyá la correspondiente parte del salario de Gleb.

Pensó que habría muerto en la batalla.

Luego terminó la guerra. La gente corría por las calles arrebatada de alegría. Algunos disparaban pistoletazos al aire. Todos los altoparlantes de la U.R.S.S. anunciaban la victoria y marchas que recorrían la hambrienta y herida tierra soviética.

No le dijeron que Nerzhin había muerto, sino que se había perdido, qué faltaba.

Y el corazón humano que nunca quiere reconciliarse con algo que no ha sucedido comenzó a inventar fábulas esperanzadas. Quizás él habría sido enviado a una misión de espionaje. Quizás estuviese desempeñando un servicio especial. Una generación criada entre sospechas y secretos, los encuentra incluso donde no están.

El cálido verano sureño estallaba ya, pero no para la posible viuda de Nerzhin.

Siguió como antes estudiando química, lenguas y dialéctica marxista, temerosa de no gustarle más.

Pasaron cuatro meses. Era tiempo para admitir que ese hombre no vivía ya. Entonces llegó un triángulo de papel de la prisión de Krasnaya Presnya: "Mi queridísima. Me han condenado a diez años más."

Los prójimos a ella no podían entenderla. Había sabido que su marido estaba en prisión y se había abierto a la vida y la alegría, brillando. De nuevo no estaba sola en la tierra. Se sentía feliz porque no lo habían condenado a quince y veinticinco años. Sólo es de la tumba de donde no se regresa. La gente a veces volvía de los trabajos forzados.

Si no estaba muerto, si no continuaba esa horrible falta de fe íntima, si sólo continuaban la amenaza y la pesadilla, nueva fuerza podía fluir y fluyó en Nadya. Estaba en Moscú. Eso significaba que ella tenía que radicarse allí y dedicarse a salvarlo. (Se le ocurría que con sólo estar cerca de él ya lo iba a conseguir).

¿Pero cómo llegar allí? Nuestros descendientes nunca imaginarán lo que significaba viajar a cualquier parte en esos tiempos y, sobre todo, a Moscú. En primer lugar exactamente como en la década del treinta, cada ciudadano tenía que probar con documentos por qué no quería quedarse donde estaba, qué necesidad estatal lo impulsaba a cargar con su persona el transporte. Después de lo cual, a veces, lograba un pase para darle el derecho de ponerse en fila en la estación por una semana, dormir en el suelo escupido de la sala de espera o intentar una tímida coima en la puerta de atrás de los expendedores de boletos.

Nadya se arregló para obtener los permisos prácticamente inobtenibles para enrolarse como una estudiante graduada en Moscú. Pagó tres veces el precio del pasaje y viajó por avión a la capital, llevando sobre sus rodillas su libro de texto y portafolios y con botas de fieltro para las forestas del norte, que necesitaría su esposo.

Estaba en esa inspirada cumbre de la vida donde los buenos genios nos ayudan en todo y nos permiten lograrlo todo. La más famosa escuela de graduados en el país la aceptó a pesar de ser una provinciana joven y desconocida y no tener dinero, nombre, ni conexiones, ni haber tirado de ningún hilo.

Todo eso era más fácil que obtener una visita a la prisión de Krasnaya. No permitían visitas. A nadie. Todos los canales de GULAG eran vigilados. Había una corriente de prisioneros que llegaban del Oeste que podía desafiar toda imaginación..

Pero en la sala de guardias rápidamente construida, esperando una respuesta a una de sus súplicas imposibles, Nadya vio una columna de prisioneros que eran conducidos de los portones de madera sin pintar de la prisión a una ribera del río Moskowa. Con una feliz impronta de intuición femenina, Nadya adivinó que Gleb estaba entre ellos.

Eran como doscientas personas. Y todos estaban en ese estado intermedio en que uno dice adiós a sus ropas de hombre libre y adopta la ropa gris negruzca de un zek. Cada uno retenía todavía algo del pasado de su vida previa, como una capa militar con una banda de color, pero ya sin insignia ni galón, botas de cuero que aún no habían sido vendidas por pan o robadas por los reclusos criminales de la prisión, una camisa de seda rota en la espalda. Todos estaban rapados y de una manera u otra se protegían la cabeza del sol veraniego. Todos estaban sin afeitar y eran delgados, muchos cerca de la inanición.

Nadya no necesitó buscar. Sintió que Gleb se hallaba allí y en seguida lo vio: estaba caminando con una camisa de lana con su cuello sin abotonar, con los bordes de los oficiales de artillería, rojos, en sus puños; y en su pecho, las tiras indicadoras de dónde habían estado sus condecoraciones, ahora arrancadas. Caminaba con sus brazos detrás de la espalda como el resto de ellos. No miraba hacia arriba ni al costado ni a los espacios abiertos de la colina soleada, que uno hubiera creído debería atraer la mirada de un prisionero, ni miró a la mujer con paquetes que lo aguardaba conmovida desde un costado de la sala de guardia. En las prisiones de tránsito nadie recibe cartas y no sabía ni sospechaba que Nadya estuviese en Moscú. Tan consumido y demacrado como sus compañeros, su rostro aprobaba lo que le estaba diciendo un camarada más viejo que él que le acompañaba, con su

gran barba gris. Le prestaba mucha atención, concentrado en sus apreciaciones.

Nadya corrió y gritó el nombre de su esposo; pero debido a su diálogo y al ladrido de los perros de policía excitados, no la oyó. Ya sin respiración, Nadya siguió corriendo como para no perder de vista su rostro. Había sido terrible rondar por meses en la oscuridad y las celdas horrorosas. Era un placer tremendo verlo al aire libre cerca de ella. Era una fuente de orgullo que no estuviera vencido. Era emocionante y triste que no estuviera pensando en ella y la hubiera olvidado. Por primera vez sintió pena por sí misma y sospechó que Nerzhin no la había tratado con justicia; que la víctima no era él, sino ella.

Sintió todo eso en un abrir y cerrar de ojos. Los guardias de la escolta le gritaron; los horribles perros entrenados para cazar hombres tiraban de sus cadenas, amenazando soltarse y ladrando, con sus dientes afuera y sus ojos inyectados en sangre. Alejaron a Nadya mientras la columna se estrechaba a lo largo de una rispida pendiente y no dejaba lugar para que ella la flanqueara. Los últimos guardias de la escolta la seguían desde lejos y no permitían que Nadya se acercara ya más, cerrando el espacio prohibido detrás de la fila de zeks. Nadya debió resignarse mientras la columna bajaba de la colina y se perdía detrás de una sólida cerca.

Por la noche, cuando los habitantes de la prisión no podían verlos, arribaban trenes de vagones para ganado y destacamentos de guardias con linternas y perros ladrando y con esporádicos golpes, maldiciones y gritos, encerraban cuarenta prisioneros en un coche y los distribuían por miles en otras prisiones estables. Pechora, Inta, Vorkuta, Sovetskaya Gavan, Norilsk, Irkutsk, Chita, Krasnoyarsk, Novosibirsk, Asia Central, Karaganda, Dzhezkazgan, Pribalkhash,

Irtysk, Tobolsk, Urales, Saratov, Vyatka, Vologda, Perm, Solvychevodsk, Rybinsk, Potminsk, Sukhobezvodninsk y muchos otros campos sin nombre y más pequeños. Otros prisioneros en grupos de cien o doscientos eran llevados durante el día en los camiones a lugares cerca de Moscú como Serebryany Bor, Novy Jerusalen, Pershino, Khovrino, Beskudnikovo, Khimki, Dimitrov, Solnechnogorsk, y por la noche, encerrados en el mismo Moscú, donde detrás de barreras de cercos de madera y alambrado de púa, construían la gran capital.

El destino regaló a Nadya una inesperada pero bien merecida recompensa: Gleb no fue enviado al Ártico sino encarcelado en Moscú mismo, en un pequeño campo de concentración que estaba construyendo una gigantesca casa de departamentos para los cabezas del MVD, un edificio semicircular en los portones de Kaluga.

Cuando Nadya transportada, corrió hacia él para su primera visita, le pareció que ya medio lo habían liberado.

Las lumusinas, a veces con chapas diplomáticas, hacían su viaje por la calle Bolshaya Kaluzhkaya. Los ómnibus y troleys se detenían en los portones del jardín Neskuchny, donde estaba ubicada la sala de guardia del campo, como una entrada ordinaria de un proyecto de construcciones. Más arriba, la edificación pululaba de gente vestida con trajes destrozados y sucios, pero así parecen siempre los albañiles y ninguno de los paseantes sospechaba que fuesen zeks. Y quienes lo sospechaban, se callaban la boca.

Era la época del dinero barato y el pan caro. Nadya economizaba en comida, vendía cosas, y llevaba regalos a su marido. Las autoridades siempre se quedaban con ellos. Pero aun así no permitían visitas frecuentes. Gleb no estaba rindiendo como ellos exigían, su cuota de trabajo.

En las visitas era imposible reconocerlo. Como en todas las personas autosuficientes, la desgracia tenía un tremendo efecto sobre él. Se ablandaba, besaba las manos de su mujer y seguía en sus ojos las chispas. Ya no se sentía en la prisión entonces. La vida del campo de concentración excedía todo lo conocido para los caníbales y las ratas con su crueldad y, ahora sí, lo doblegaba. Pero se había dejado ir conscientemente hasta ese límite tras el cual uno no siente ya piedad por sí mismo y sinceramente y tozudamente, repetía: -¡Querida!, no sabes lo que te está esperando. Me aguardarás uno, tres, aun cinco años, pero cuando más se acerque el final, más ardua será tu espera. Y el último año será el más intolerable. No tenemos niños. No destruyas tu juventud por mí. ¡Déjame! ¡Cásate! Nadya meneaba su cabeza tristemente: -¿Quieres librarte de mí? Los prisioneros vivían en un inconcluso sector de la casa departamental que estaban construyendo. Cuando sus mujeres traían paquetes en el trolleybus, veían dos o tres ventanas de sus dormitorios sobre la cerca y los hombres a su vez se amontonaban en esas ventanas para verlas llegar. A veces se veían también las prostitutas del campamento. Una prostituta había abrazado a "su marido" de campo mientras desde, la ventana le gritaba a su mujer legal: -¡Basta de caminar las calles, so puta! ¡Deja tu paquete y vete! ¡Si te veo otra vez en la sala de guardias te escupo en la cara!

Las primeras elecciones de posguerra para el Soviet Supremo se aproximaban. En Moscú preparábanse enérgicamente para ellas. Era indeseable mantener los detenidos por el artículo 58 en Moscú. Eran buenos trabajadores por supuesto, pero podían ser embarazosos. Y la vigilancia se hacía más débil. De modo que para asustarlos, era bueno mandarlos un poco lejos, por lo menos a algunos. Los rumores amenazantes cruzaban el campo y se deslizaban entre los zeks, de que

pronto habría transporte de prisioneros hacia el norte. Los zeks que conseguían papas, las cocinaban ya para el viaje.

Para proteger a los votantes, todas las visitas al campo fueron prohibidas antes de las elecciones. Nadya envió a Gleb una toalla con una nota cosida adentro que decía:

"Mi amadísimo, no importan los años que pasen o las tormentas que estallen sobre nuestras cabezas (ella amaba expresarse en términos floridos), tu muchacha te será fiel mientras viva. Dicen que tu sección será enviada lejos. Estarás en una región distante, lejos de nuestros encuentros por largos años, lejos de nuestras miradas secretas a través de los alambrados de púa; si alguna diversión puede aliviar tus dificultades en esta vida desesperada, diviértete. Consiento, amado, y aún insisto, seme infiel, toma otra mujer. Después de todo, volverás a mí, ¿no es cierto?"

ESTO ES FÁCIL DE DECIR: AFUERA A LA TAIGA

Sin conocer una décima parte de Moscú, Nadya conocía todas las prisiones y su geografía maligna. Estaban distribuidas a través de toda la capital de modo que en ninguna parte de la ciudad faltase una. Nadya había aprendido gradualmente a conocerlas realizando visitas, llevando presentes, haciendo preguntas. Sabía distinguir la Lubyanka de la Unión de la Lubyanka provincial; había descubierto que había prisiones para interrogatorios llamadas KPZ en cada estación de ferrocarril. Más de una vez había estado en Butyrskaya y en Taganka. Sabía qué tranvías llevaban (aunque no figuraba indicado en el trayecto), cómo ir a Lefortovo o Krasnaya Presnya. Conocía la prisión Paz del Marino, que había sido destruida en 1917 y luego restaurada y por fin fortificada; vivía al lado de ella.

Desde que Gleb había retornado de un campo distante a Moscú y no a otro campo esta vez, sino a una asombrosa clase de institución, una prisión especial donde el alimento era excelente y donde trabajaba en materias científicas, Nadya había comenzado a verle de nuevo de vez en cuando. Las esposas no debían saber dónde estaban sus esposos y por eso cada vez eran llevadas a distintas prisiones.

Las más alegres visitas eran en Taganka. Era una prisión para ladrones y no para presos políticos y sus reglas eran más laxas. Las visitas se realizaban en el club de los guardias donde los carceleros entraban en contacto con las musas, tocando sus acordeones. Los

prisioneros eran llevados a través de las desiertas calles de Kamenshchikov en ómnibus descubiertos. Sus mujeres los aguardaban en las veredas y cada prisionero podía abrazar a su esposa aun antes que el oficial iniciase la visita. Podían quedar cerca de ellas, decir todo lo prohibido por las regulaciones y aun pasarse algo de mano en mano. Las mismas visitas eran conducidas de una manera libre y fácil. Las parejas se sentaban uno junto al otro y había un guardia para vigilar las conversaciones de cuatro parejas.

Butyrskaya, que esencialmente era una suave y feliz prisión también, parecía maligna a las esposas. Los prisioneros que llegaban a ella desde Lubyanka se sentían atraídos inmediatamente por la disciplina relajada general. No había luz enceguecedora en los boxes, se podía caminar por los corredores sin tener la obligación de llevar las manos a la espalda y se podía hablar con voz normal en las celdas y espiar afuera por los "bozales" de las ventanas; descansar en los lechos de tablas durante el día y hasta, a veces, dormir debajo de ellos. Butyrskaya era más liberal en otros aspectos: de noche se podía conservar las manos bajo el propio saco y no le quitaban a uno sus anteojos; permitían fósforos en las celdas y no quitaban el tabaco de los cigarrillos; y cortaban el pan en sólo cuatro partes y no en pequeños trozos solamente.

Las mujeres no sabían de estas indulgencias. Veían una fortaleza con muros de cuatro estaturas humanas, abrazado en un solo bloque por la calle Novoslobodskaya. Veían portones de hierro entre poderosos pilares de cemento y otros portones que se deslizaban silenciosamente operados mecánicamente en forma insólita para dejar entrar y salir al coche celular. Y cuando las mujeres eran admitidas para sus visitas, eran introducidas por paredes de dos metros de

ancho y dejadas entre altos muros circulares que rodeaban la pavorosa torre de Pugachev.

Los zeks comunes veían a sus visitas tras dos verjas. Un guardia caminaba en el espacio entre ellas, como si estuviese en una jaula. Los zeks de alta categoría -los de la *sharashka*- recibían a sus visitantes sentados a lo largo de una gran mesa, bajo la cual un panel sólido impedía que se tocasen con los pies o hicieran otras señales. Al final de la mesa el guardia estaba sentado como una estatua, vigilante, oyendo todas las conversaciones. Pero lo más opresivo era que el marido parecía surgir desde el fondo sombrío de la prisión, emergía durante una media hora de las densas paredes, sonreía como un fantasma, aseguraban a sus mujeres que estaban viviendo bien, que no necesitaban nada y luego volvían a sus celdas.

Esta era la primera vez que Nadya visitaba Lefortivo.

El guardia puso una marca en su lista y apuntó a Nadya en dirección a un edificio de un piso.

En un cuarto desnudo con dos largos bancos y una larga mesa, varias mujeres estaban ya esperando. En la mesa se veían canastos y bolsas para el mercado, sin duda llenas de alimentos. Y aunque los zeks de las *sharashkas* eran bien alimentados para que rindiesen, Nadya se sintió avergonzada que habiendo traído unos pastelitos livianos, ni siquiera podía dar a su esposo algo sabroso una sola vez por año. Había cocinado los pastelitos esa mañana temprano cuando las otras dormían en su dormitorio, con algo de harina que tenía y apenas azúcar y manteca. No había encontrado masitas en la pastelería y de todos modos tenía muy poco dinero para comprarlas si las hubiese habido. Esa visita coincidía con el cumpleaños de Gleb y no tenía nada que traerle como regalo.

Hubiera querido regalarle algún buen libro pero estaba prohibido también. En la última visita le había llevado un libro con poemas de Esenin que había obtenido por milagro. Era la misma edición que había tenido Gleb en el frente y que había desaparecido cuando lo arrestaron. Y Nadya había escrito en la primera página: "Igual que este libro, todo lo que hayas perdido volverá".

Pero el teniente coronel Klimentiev había desgarrado la página en su presencia y se lo había devuelto diciéndole que no se permitía pasar ningún mensaje escrito a los prisioneros. La inscripción debía pasar separadamente por el censor.

Cuando se enteró de esto Gleb le dijo furioso: -No me traigas nunca otro libro.

Cuatro mujeres estaban sentadas alrededor de la mesa, una de ellas era joven, con una niña de tres años. Nadya no las conocía. Las saludó y le contestaron y luego continuaron su animada conversación.

En la pared más lejana una mujer como de treinta y cinco o cuarenta años, con una chaqueta de piel muy vieja, estaba sentada en un banquito aparte de las otras. Llevaba como un pañuelo atado a la cabeza, cuya pelusa se había ido gastando. Estaba sentada con sus brazos cruzados y miraba tensamente al suelo enfrente de ella. Todo su porte expresaba la determinación de ser dejada sola y no querer hablar con nadie. No tenía nada parecido a un regalo en sus manos.

El grupo estaba listo para recibir a Nadya, pero Nadya no tenía ganas de reunirse a ellas. También estaba de un humor especial esa mañana y aproximándose a la mujer aislada le preguntó: -¿Le importa si me siento aquí ?

La mujer la miró. Sus ojos eran totalmente incoloros. No había comprensión en ellos de lo que le preguntaba Nadya. Miró a través, de Nadya.

Ésta se sentó dejando su caracul artificial a su lado y también cayó en silencio.

No quería oír nada ni sentir nada que no fuese Gleb y la conversación que iban a tener; sobre lo que estaba desapareciendo para siempre en el abismo del pasado y el abismo del futuro; de lo que no concernía ni a él ni a ella sino a los dos juntos y a lo que se referían con la palabra lastimada "amor".

Pero no pudo evitar escuchar la conversación de la mesa. Las mujeres estaban discutiendo lo que sus maridos solían comer, lo que había en la mesa las noches y los mediodías y lo a menudo que eran lavadas sus sábanas. ¿Cómo sabían todo eso? ¿Era que gastaban los momentos de oro de sus visitas hablando de eso? Estaban enumerando qué alimentos y cuántos kilos y gramos de cada cosa habían traído consigo. Eran parte de las preocupaciones tenaces femeninas que hacen que una familia sea una familia y que la humanidad siga andando. Pero no era así como Nadya consideraba las cosas. En su lugar pensaba: cuan ultrajante, cuan vulgar, cuan despreciable era cambiar los grandes momentos por semejantes trivialidades. ¿Nunca se les había ocurrido pensar que lo importante era descubrir quién había hecho apresar a sus esposos? Después de todo sus maridos podrían no estar detrás de las rejas y no necesitar de esta comida carcelaria.

Tuvieron que esperar un largo rato. La visita había sido arreglada para las diez de la mañana, pero eran las once y no habían aparecido los zeks.

La séptima visitante, una mujer de cabello gris, arribó sin aliento, más tarde que el resto. Nadya la conocía de una visita previa. Había sido la primera mujer y al mismo tiempo la tercera del grabador y le había contado su historia. Siempre había admirado a su esposo y

lo consideraba un genio. Pero éste le había dicho que se sentía infeliz con ella porque ella tenía un complejo psicológico y la había abandonado con su hijo por otra mujer. Vivió con esta pelirroja por tres años y luego se fue a la guerra. Fue tomado prisionero en seguida, pero vivió en Alemania una vida libre y al parecer allí halló con quién divertirse. Cuando regresó de Alemania fue arrestado en la frontera y condenado a diez años. De Butyrskaya informó a su pelirroja que estaba preso y le pidió que lo visitara. Esta le contestó: -Hubiera sido mejor que me traicionaras a mí y no a tu país. Te hubiese podido perdonar más fácilmente.

Entonces él pidió a su primera mujer que lo visitara y ella comenzó a llevarle regalos y a visitarlo y ahora él le había jurado eterno amor.

Nadya recordaba cómo la esposa del grabador le predijo amargamente que lo mejor para hacer cuando ellos estaban prisioneros, era serles infieles así, cuando salieran las apreciarían, porque si continuaban siempre fieles creerían que nadie las había deseado durante todo ese tiempo y que nadie las prefería, lo que era un desprestigio.

Para entonces la recién llegada había cambiado la conversación de la mesa. Ya estaba hablando de sus dificultades con abogados y los centros judiciales de la calle Nikolsky. Después, en el centro de "consultas modelo". Sus abogados costaban miles de rublos y se los gastaban en los restaurantes de lujo de Moscú, mientras sus clientes quedaban con sus casos exactamente donde los habían iniciado. Pero, de algún modo, al final fueron demasiado lejos y cayeron todos arrestados y tuvieron diez años ellos también y el letrado "modelo" fue removido de la calle Nikolsky. Después en el centro no modelo, los nuevos abogados que habían sido enviados como remplazantes,

comenzaron a tomar millares de rublos y dejaron los casos de sus clientes como ya estaban antes. Los abogados explicaban confidencialmente que los grandes precios eran necesarios porque debían dividirlos con otros. Y era imposible saber si decían la verdad. Quizás no compartían con nadie a pesar de decir que lo hacían, pero ellos hacían entender que el asunto tenía que pasar por muchas manos. Las mujeres indefensas caminaban hacia delante y atrás, frente a las concretas paredes de la ley, como caminaban ante las paredes de seis metros de alto de la prisión Butyrskaya; no tenían alas para volar por sobre ellas y debían inclinarse ante cada puerta que se abriese. Los procedimientos legales detrás de los muros eran para ellas las vueltas clandestinas de una poderosa máquina que, a pesar de la obvia culpa de los acusados y el contraste entre ellos y quienes los habían aprisionado, a veces, como en un juego de lotería, por un milagro, podía salir el número ganador. Y de esa manera las mujeres pagaban a sus abogados no por ganar sino por la ilusión de ganar.

La mujer del grabador creía firmemente que sería recompensada por la suerte. Por lo que decía era evidente que había juntado cuarenta mil rublos por la venta de su habitación y ayuda de sus parientes y que los había entregado todos a sus abogados. Ya había tenido cuatro distintos. Tres pidieron el perdón y habían presentado cinco apelaciones con evidencias. Ella vigilaba la marcha de las apelaciones y le habían prometido tenerla en consideración en varios casos. Conocía por su nombre a todos los fiscales en ejercicio en las tres oficinas principales de fiscalías y aspiraba la atmósfera de los cuartos de recepción de la Corte Suprema y el Soviet Supremo. Como mucha gente confiada, especialmente las mujeres, exageraba el valor de cada detalle promisor y de cada mirada no demasiado hostil.

-Hay que escribir, hay que escribir a todo el mundo -repetía enérgicamente urgiendo a las otras mujeres a seguir su ejemplo-. Nuestros esposos están sufriendo. La libertad no viene sola. Hay que escribir.

Esta historia distrajo a Nadya de su humor y también perturbó su conciencia. Oyendo el inspirado discurso de la mujer del grabador, no se podía evitar creer que se había adelantado a todas y que lograría ciertamente hacer salir a su marido de la prisión y le hacía preguntarse: -¿Por qué no podría hacer yo lo mismo? ¿Por qué he sido menos leal que ella?

Nadya sólo había intentado una vez con la central modelo de consultores legales. Había compuesto una petición con la asistencia de un abogado y le había pagado 2.500 rublos. Aparentemente era demasiado poco. Se ofendió y no hizo nada.

-Sí -decía quietamente y como para sí- ¿hemos hecho todo lo posible? ¿Está limpia nuestra conciencia?

La mujer habladora no la oyó, pero su Vecina se volvió hacia ella repentinamente como si Nadya la hubiese insultado.

-¿Y qué es lo que hay que hacer? -preguntó con un tono hostil-. Todo es una pesadilla. El artículo 58 significa prisión perpetua. El artículo 58 no es para criminales sino para los enemigos. No se puede lograr sacar a nadie ni siquiera con un millón.

Su cara estaba toda exaltada. En su voz había un tono de puro sufrimiento inmitigable.

El corazón de Nadya se abrió a esa mujer vieja. En un tono compasivo por lo suave de sus palabras replicó: -Sugiero sólo que no hacemos todo lo que podemos. Después de todo las mujeres de los decembristas dejaron todo y siguieron a sus esposos sin arrepentimientos o segundos pensamientos. Quizá si no podemos

obtener sus libertades, podríamos lograr que nos exiliaran en su lugar. Consentiría que lo enviaran a la taiga, a cualquier taiga en cualquier parte, en el Ártico, donde nunca hay sol; iría con él dejando todo.

La mujer que tenía el rostro severo de una monja, cuyo pañuelo gris estaba deshilacliado, miró a Nadya con asombro y respeto.

-¿Tiene todavía la fuerza para ir a la taiga? ¡Qué afortunada es! A mí no me queda fuerza para nada ya. Creo que me casaría con cualquier anciano próspero que me aceptase.

Nadya tembló: -¿Y podría dejarlo, dejarlo tras las barras?

La mujer tomó a Nadya por la solapa de su casaca: -Mi querida, era fácil amar a un hombre en el siglo XIX. Las mujeres de los decembristas, ¿cree que realizaron alguna heroicidad? ¿Hubo secciones que las llamaron para llenar cuestionarios personales de seguridad? ¿Tuvieron que ocultar sus matrimonios como si fuesen enfermedades? ¿Para conservar sus empleos, para que sus últimos quinientos rublos por mes no les fueran quitados? ¿Para no ser boicoteadas en el departamento comunal? ¿Para que al ir a buscar agua al patio la gente no las silbase y las llamase enemigas del pueblo? ¿Tuvieron que resistir la presión de sus propias madres y hermanas para que se divorciasen? No, por el contrario, eran seguidas por un murmullo de admiración de la crema de la sociedad. Fueron presentadas graciosamente a los poetas para hacer leyendas de sus vidas. Yendo a Siberia en sus preciosos carruajes, no perdieron ni el derecho de vivir en Moscú, ni sus miserables y últimos nueve metros cuadrados de superficie. No tuvieron que pensar en luchar con marcas negras en sus libretas de trabajo, sin tener siquiera cacerolas ni pan negro en sus cocinas. Es muy fácil decir "¡Vamos a la taiga!" Aparentemente usted no ha esperado todavía lo suficiente.

Su voz estaba a punto de quebrarse. Los ojos de Nadya se llenaron de lágrimas al oír los apasionados argumentos de su vecina.

-Hace ya cinco años que mi marido está preso -dijo, justificándose- y estuvo antes, cinco en el frente.

-No cuente ésos -objetó violentamente la mujer-. Estar en el frente no es lo mismo. Es fácil esperar. Todo el mundo espera. Y usted puede hablar abiertamente. Leer cartas. ¡Pero si se tiene que esperar y además ocultarlo... bueno!

Se detuvo. Comprendió que no tenía que explicárselo a Nadya.

Eran ya las once y media. Por fin, el teniente coronel Klimentiev entró y con él, un sargento gordo y hostil. Éste comenzó a tomar los paquetes, abriéndolos y revisando sus pasteles y partiendo cada torta casera en dos. Rompió los pastelitos de Nadya buscando un mensaje oculto, o dinero, o veneno. Klimentiev coleccionó todos los permisos de visita, registró todos sus nombres en un gran libro y luego se cuadró en estilo militar y declaró:

-¡Atención! ¿Saben todas las reglas? Las visitas duran treinta minutos. No deben dar nada a los prisioneros ni recibir nada de ellos. Está prohibido preguntarles sobre su trabajo, o su vida, o sus programas y horarios. La violación de estas reglas es punible bajo el código criminal. Y sobre todo, desde hoy las visitas no pueden besarse ni darse la mano. En caso de violación, la visita terminará inmediatamente.

Las sumisas mujeres guardaron silencio.

"Gerasimovich, Natalya Pavlovna", leyó el primer nombre.

La vecina de Nadya se levantó y pisando firmemente en sus botas de fieltro de la preguerra entró en el corredor.

LA VISITA

Aunque había llorado mientras esperaba, Nadya tuvo un sentimiento dominical cuando al final la llamaron.

Cuando apareció en la puerta, Nerzhin ya se había levantado y la esperaba sonriendo. Su sonrisa sólo duró un instante, pero ella sintió una repentina felicidad: él permanecía tan próximo como siempre. No había ningún cambio a su respecto.

El individuo de cuello de buey con su traje gris, parecía un gángster retirado cuando se aproximó a la mesa. Su presencia dividía la estrecha pieza evitando que se tocaran los dos.

-Vamos, déjeme por lo menos tomarle la mano -dijo Nerzhin con rabia.

-Es contra las reglas -contestó el guardia, dejando que su pesada mandíbula se abriera apenas lo suficiente para que pasaran las palabras.

Nadya sonrió perpleja y aconsejó a su esposo no argüir. Se sentó en el sillón que había para ella. En algunas partes los resortes estaban saliendo por entre el cuero del asiento. Varias generaciones de interrogadores se habían sentado en ese sillón enviando a cientos de personas a sus sepulcros y luego siguiéndolos a su vez.

-Bueno, feliz cumpleaños -dijo Nadya tratando de animarlo.

-¡Gracias!

-Es una feliz coincidencia que sea hoy.

-Las estrellas.

Estaban acostumbrados a hablarse así.

Nadya trató de olvidar la presencia opresiva del guardia mirándolos. Nerzhin trató de sentarse de tal manera que la silla no lo pinchase demasiado.

La mesita que había estado enfrente de generaciones de presos bajo interrogatorio, estaba ahora entre esposo y esposa.

-Para no hablar más de esto: Yo te traje para comer, unos paste-
litos de los que hace mamá. No pude traerte nada más, lo siento.

-No debías haber traído ni siquiera eso, tontuela. Tenemos todo.

-Pero no tienes pastelitos, ¿no? Y me habías dicho no traer más
libros nunca. ¿Has estado leyendo Esenin?

La cara de Nerzhin se oscureció. Hacía más de un mes alguien
había enviado una denuncia a Shikin sobre Esenin y éste le había
quitado el libro diciendo que estaba prohibido.

Lo estoy leyendo.

Con sólo media hora no valía la pena gastarla en detalles.

Aunque no estaba nada calurosa la habitación, sino más bien
fría, Nadya se desabotonó el cuello de su casaca y la abrió, porque no
sólo quería mostrarle a su esposo su nuevo saco de piel de caracul
artificial -del cual no había dicho nada aún- sino también su nueva
blusa. También esperó que ésta, de color naranja, le diese luz a su
rostro. Temía parecer opaca en esa luz mortecina.

Con una mirada abrasadora, Gleb abarcó a su mujer, su rostro,
su garganta y la abertura sobre sus pechos. Nadya se estremeció bajo
esa mirada, y ese fue el momento más importante de la visita y pareció
erguirse para acercársele.

-Tienes una nueva blusa, muéstrame algo más,

-¿Y mi saco de caracul? -Nadya hizo una mueca mimosa y
ofendida.

-¿Qué hay con él?

-Es nuevo.

-¿De veras? -entendió por fin Gleb-; ¡el saco es nuevo! -Miró los rulos negros de la piel sin saber que era caracul, o si era artificial o auténtica, siendo el último hombre de la tierra capaz de distinguir un saco de quinientos rublos de uno de cinco mil.

Nadya se tiró el saco hacia atrás y él pudo verle su cuello finamente modelado como el de una jovencita, como siempre había sido, y los estrechos hombros que había amado tanto cuando la abrazaba, y bajo la blusa, los pechos que habían perdido un poco de su firmeza a través de los años.

El pensamiento breve y de reproche por la nueva ropa y los nuevos conocidos se trocó en una compasión aguda, viendo ese pecho caído. Comprendió que el avance del coche celular aplastó también su vida.

-Estás delgada -dijo con simpatía-. ¡Debes comer más! ¿No puedes comer mejor?

La mirada de Nadya preguntaba "¿estoy fea?". "Estás tan atractiva como siempre", contestaba la mirada de su preso.

(Aunque esas palabras no estaban prohibidas por el teniente coronel, no podían decirse en la presencia de otro intruso).

-Como bien -mintió ella-, pero mi vida está ocupada, trajinada.

-¿Por qué? Dímelo.

-No, tú primero.

-¿Qué puedo decirte? -sonrió Nerzhin-. Nada.

-Bueno, sabes. ... -comenzó ella con reticencia.

El carnoso guardia estaba de pie a medio metro de la mesa, como un bulldog, mirando a la pareja con un desprecio pétreo.

Ellos debían hallar justo el tono exacto, el alado lenguaje de la alusión inalcanzable para él. Sus fundamentos universitarios le sugirieron el tono.

-¿Y el traje es tuyo?

Entrecerró sus ojos y sacudió cómicamente la cabeza.

-¡Oh, que va a ser mío!, un caso Potemkin; Por tres horas, No dejes, que la esfinge te preocupe.

-No puedo evitarlo -dijo Nadya lastimosamente, como una niña, flirteando, cierta de que seguía gustándole a Nerzhin.

Nadya recordó la conversación previa en la sala de espera.

Nerzhin la tranquilizó: -Ya hemos aprendido a verle el lado humorístico.

Nadya aseguró: -:Nosotras las mujeres, no.

Nerzhin hizo esfuerzos para rozar las rodillas de su mujer con las suyas, pero la barra debajo de la mesa se lo impidió. La mesa tambaleó. Apoyado en sus codos y cerca de su mujer, Gleb dijo con hastío: -Así es siempre, trabas por todas partes.

Su mirada preguntaba: "¿eres mía, sólo mía?"

"Soy la que amas. No soy peor, créeme", los ojos grises de Nadya brillaban al responder en silencio.

-¿Y tu trabajo, qué problemas tienes con él? ¿Sigues siendo una estudiante graduada? No.

-Pero ya presentaste tu tesis.

-Tampoco.

-¿Cómo puede ser?

-Bueno resulta que. . . -comenzó a explicar muy rápido temiendo que pasase el tiempo que quedaba-. Nadie ha hecho una disertación en tres años; las posponen. Por ejemplo, un estudiante tarda dos años preparando su examen final sobre "Problemas de la distribución de

alimentos en las comunidades", y hacen que cambie su tema. ("¿Para qué hablar de eso?: no es importante"). Mi propia disertación está lista e impresa pero le están haciendo varios cambios. ("Lucha contra la adulación" -Pero, ¿cómo explicarle?. . .) -.. .está el problema de las fotocopias y fotografías. ...Y no sé cómo resolverlo. Hay una de dificultades.

- Pero te siguen pagando tu beca, ¿verdad ?

-No.

- ¿Y de qué vives?

- De mi salario.

- De modo que estás trabajando. ¿Y en qué?

- En la universidad.

- ¿De qué?

-Con un cargo suplente y temporario. ¿Comprendes? Mi situación es precaria todo el tiempo. En general estoy como un pájaro en la residencia estudiantil, yo ... en realidad . . .

Nadya miró al guardia. Lo que quería decir era que la policía tenía que haber cancelado su registro en Stromynka, pero luego, por error, lo había renovado por medio año más. El error podía ser descubierto en cualquier momento. Esa era la razón por la que no podía hablar en presencia de un sargento de la policía de inteligencia.

Nadya continuó: - Me han permitido la visita de hoy porque. . . esto fue lo que sucedió. . .

Pero si no podía contarle todo en media hora. . .

- Dímelo más luego. Quiero preguntarte: ¿hay problemas en conexión *conmigo*?

- Algunos muy dificultosos, querido. Querían darme un tema especial que yo no quise aceptar.

- ¿Qué quieres decir con un tema especial?

Ella lo miró indefensa y luego dirigió su mirada hacia el guardia. Su rostro suspicaz parecía estar a punto de ladrar o atacarla, colgado a menos de un metro de Nadya.

Ésta abrió sus manos perpleja; debía tratar de explicarle que en la universidad les exigían llenar detalladamente los nuevos cuestionarios sobre los esposos, los parientes, y los parientes de los parientes. Si uno iba a decir: "mi esposo está sentenciado por el Artículo 58", "no sólo le prohibirían trabajar en la universidad sino que tampoco le permitirían presentar su tesis. Y si mentía y decía: "Mi esposo desapareció en acción", lo mismo tendría que dar su nombre de casada y sería sentenciada por perjurio. Había una tercera posibilidad aún, pero Nadya decidió no decirla todavía ante la mirada inquisitiva de su esposo que la observaba.

Le dijo animadamente: - ¿Sabes que estoy en un grupo musical en la universidad? Me envían a tocar conciertos todo el tiempo. Hace poco toqué en el Hall de las Columnas en la misma noche que Yakov Zak.

Gleb sonrió y meneó la cabeza como si no lo creyera.

- Bueno, era una noche de los gremios, de modo que sucedió por accidente, pero de todos modos. . . Y sabes, ¡qué risa! No me dejaron usar mi mejor vestido diciendo que no era suficiente para presentarse en público. Llamaron a un teatro y me trajeron otro, soberbio, largo hasta los tobillos.

-¿Y después que tocaste te lo dejaron?

-No y en general las muchachas me bromean por mi afición a la música y yo les digo que es mejor estar entusiasmada con una cosa que con una persona.

Nerzhin miró con gratitud a su mujer y luego le expresó con interés: -Háblame un minuto del tema especial;

Nadya bajó sus ojos: -Quería decirte -y no te lo tomes a pecho, *énicht war?*-, una vez insististe que nosotros. . . debíamos divorciarnos... -dijo muy despacio.

(Esa era la tercera posibilidad que había callado y única que le abría el camino a la vida. Por supuesto, no podía escribir en el cuestionario, divorciada, porque los de seguridad lo mismo le preguntarían de quién, y el apellido de su anterior esposo, y su dirección y sus parientes y su fecha de nacimiento, ocupación y direcciones. En cambio ella podría escribir "soltera").

Sí, había habido un tiempo en que él había insistido, pero ahora titubeó. Sólo en ese momento se dio cuenta que el anillo de bodas no estaba en el dedo anular de Nadya.

-Sí, por supuesto -aceptó con gran determinación.

-¿Entonces no estarías contra, eso, si, si tuviese que hacerlo? - Con un gran esfuerzo Nadya lo miró. Sus ojos se ensancharon. Las bellas estrías doradas en ellos se alumbraron con un ruego de perdón y comprensión-. ¡No sería real! -agregó apenas con su aliento sin voz.

-Muy bien. Lo deberías haber hecho hace mucho tiempo - Nerzhin aceptó con una voz de firme convicción aunque no sentía ni firmeza ni convicción algunas. Postergando para después de la entrevista la comprensión de todo lo escuchado.

-Quizás no tenga que hacerlo -decía con voz suplicante, poniéndose su saco sobre los hombros de nuevo. En ese momento pareció muy cansada, casi exhausta-. Quiero que en caso de necesitarlo obligadamente, estés de acuerdo previamente ya. Quizás no tenga que hacerlo.

-¿No, por qué no? Estás en lo cierto. Muy bien. -Nerzhin repetía sin sentir nada ya nada, sus pensamientos, ya buceando en lo más

importante que había pensado decirle:- Es importante querida que no te hagas muchas ilusiones respecto al término de mi condena.

Nerzhin estaba preparado para un segundo término seguido de prisión perpetua, pues había sucedido así para muchos de sus camaradas. No podía mencionarlo en sus cartas y tenía que hablar de eso ahora.

Una expresión de miedo apareció en el rostro de Nadya.

-Un término es una situación condicional -explicaba él, hablando rápido y duramente, acentuando las palabras en las sílabas incorrectas para que el guardia se sintiera confundido y no pudiera seguirlo-. Puede durar siguiendo un espiral. La historia está llena de ejemplos y aun si concluyese milagrosamente no te imagines que volveríamos a nuestra ciudad ni a nuestra vieja manera de vivir. Debes entender una cosa y no olvidarla nunca: no venden boletos para el país del pasado, Lo que más lamento de todo es que no soy un zapatero. Esa habilidad sería útilísima en algunos lugares de Siberia, en Krasnoyarsk, en los bajos de Ankara. Esa es la vida a que debemos prepararnos. ¿Quién necesita allí las fórmulas matemáticas de Euler?

Tuvo éxito: el gángster retirado no comprendió y sólo parpadeó cuando los pensamientos de Nerzhin lo rozaron.

Pero Nerzhin olvidaba que -no, no lo olvidó, no lo *entendió*, como todos dejaban de hacerlo-, que las personas que suelen caminar por la tierra rasa y gris no pueden elevarse de golpe a las cimas heladas de las montañas. No entendió que su mujer aun ahora continuaba como al principio contando metódicamente los días y semanas de su término y condena. Para él su término era una clara y fría infinitud y para ella, era 264 semanas, 61 meses, algo más de cinco años los que faltaban, mucho menos tiempo del ya pasado,

porque había ido a la guerra y no había vuelto a casa desde entonces, aunque la guerra era otra cosa...

Cuando Nerzhin habló, el miedo del rostro de Nadya se tornó horror.

-No, no, -gritó-. No digas eso, querido. (Se había olvidado del guardia y no estaba ya avergonzada de mostrar sus sentimientos).

-¡No me quites mis esperanzas! No quiero creerte. No puede ser. ¿O crees acaso que realmente voy a dejarte?

Su labio superior temblaba, su cara estaba distorsionada y sus ojos expresaban lealtad, sólo lealtad.

-Te creo, Nadushenka, te creo -dijo él con voz cambiada-. Lo comprendo.

Ella cayó en silencio y se echó atrás en su sillón.

En la puerta abierta de la sala apareció el teniente coronel, oscuro, elegante, mirando vigilantemente las tres personas que habían estado reunidas allí. En voz baja llamó al guardia.

El gángster retirado, de mala gana, como si lo hubieran privado del postre, se dirigió hacia el superior que lo llamaba. Cuatro pasos detrás de la espalda de la muchacha, intercambiaron un par de palabras solamente, pero cuando lo hicieron. Nerzhin, bajando su voz, se arregló para preguntar: -¿Conoces a la mujer de Sologdin?

Adiestrada en esa conversación apurada Nadya atinó a responder:

-Sí.

-¿Y dónde vive?

-Sí.

-No le permiten ninguna visita. Dile que. . .

El gángster se volvía ya.

-...que la quiere, la cree, y espera -pronunció Gleb con claridad.

Nadya repitió: -La quiere, la cree, y espera-. Miró insistentemente a su esposo. Lo había estudiado por años, pero de algún modo, ahora, lo veía en un nuevo aspecto.

-Te queda bien -le dijo tristemente.

-¿Qué me queda bien?

-Todo aquí. Todo esto. Estar aquí -dijo ella aclarando su significado con inflexiones en su voz para que el guardia no pudiese entender.

Pero el nuevo halo de Nerzhin no los acercó.

Nadya también estaba posponiendo todo lo que estaba escuchando; así lo podía analizar y pensar después. No sabía lo que habría de emerger de todo esto, pero su corazón pensó en él, preocupado por la debilidad, la enfermedad, los pedidos de ayuda, los llamados, de una mujer que no podía visitar a su marido; y Nadya comprendió que podría esperar otros diez años y acompañarlo enamorada hasta la fatiga.

Pero él estaba sonriendo con la misma autoconfianza que había tenido en Krasnaya Presnya. Siempre había sido autosuficiente. Nunca necesitaba la simpatía de nadie. Incluso podía sentirse confortablemente sentado en esa silla incómoda. Parecía estar mirando alrededor de la pieza con satisfacción, tomando material para sus pensamientos y futuros recuerdos. Parecía estar muy saludable y sus ojos chispeaban. ¿Necesitaba en realidad de la lealtad de una mujer?

Pero Nadya no había tenido tiempo de pensar todo eso aún.

Nerzhin no adivinó qué pensamientos la estaban asaltando.

-Se acabó -dijo Klimentiev reapareciendo.

-¿Ya? -Nadya preguntó sorprendida.

Nerzhin se apresuró tratando de recordar en la lista mental las cosas más importantes que aún faltaban.

-No te sorprendas si me mandan lejos de aquí y si mis cartas no te llegan.

-¿Pueden hacerte eso? ¿Adonde? -gritó Nadya. ¡Tan importante noticia y se la decía recién ahora!

-Sólo Dios lo sabe --decía Gleb alzando sus hombros significativamente.

-¡No me digas que has comenzado a creer en Dios!

No habían hablado de nada.

El sonrió: -Pascal, Newton, Einstein.

-Se le ha dicho de no nombrar a nadie -ladró el guardia-; y basta de hablar ya.

Los dos se levantaron juntos y ahora cuando no había ya peligro de perder la visita, Gleb abrazó y besó a Nadya a través de la mesita, volvió a besarla en su mejilla y en sus labios suaves que había olvidado ya completamente. No tenía esperanzas de permanecer en Moscú un año más como para poder besarla de nuevo. Su voz tembló de ternura:

-En todo haz lo que sea mejor para ti y yo. . . -no pudo concluir.

Se miraron en los ojos ambos.

-¿Qué es esto? --graznó el guardia y arrancó a Nerzhin hacia atrás tomándolo por los hombros-: su visita queda cancelada.

Nerzhin lo separó: -Haga como quiera, cáncélela y vayase al infierno, -rugió con todo su aliento.

Nadya retrocedió hacia la puerta y con los dedos de su mano sin anillos saludó a su esposo dándole el adiós.

Luego desapareció a través de la puerta.

OTRA VISITA

Gerasimovich y su esposa se besaron.

Gerasimovich era bajo, no más alto que su mujer.

Su guardia era un muchachón simple y plácido. No le importó que se besaran. Incluso se sentía embarazado de estar interfiriendo en la entrevista entre ambos. Hubiera deseado volverse hacia la pared y quedarse allí durante la media hora, pero no era posible; Klimentiev había ordenado que todas las siete puertas de los cuartos de interrogatorios quedasen abiertas de manera que él pudiese vigilar a los guardias desde el corredor.

Al teniente coronel tampoco le importaba que sus prisioneros y sus mujeres se besaran. Sabía que no se revelarían ningún secreto de Estado como resultado, pero se preocupaba por sus propios guardias prisioneros, algunos de los cuales eran informantes y podían contar historias, incluso sobre él mismo.

Gerasimovich y su esposa se besaron.

No era la clase de beso que se hubieran dado en su juventud. Este beso robado a las autoridades y al destino era descolorido, insípido e inodoro; el pálido beso que uno puede cambiar con una persona muerta en un sueño.

Se sentaron separados por la mesita con un tablero rugoso de madera terciada usado para los interrogatorios.

Ésta mesita tosca tenía una historia más rica que muchas vidas humanas. Por muchos años la gente se había sentado ante ella

sollozando, estremecidos de terror, luchando con un sueño devastador, hablando con orgullosas palabras de ira, o firmando denuncias que aniquilaban a alguien cercana. Generalmente no se les daba a los prisioneros lápices ni lapiceras y muy rara vez hacían declaraciones escritas a mano. Pero habían dejado marcas en la rispida superficie de la mesa, extrañas, con onduladas o angulosas grafías, que de una misteriosa manera preservaban el subconsciente retorcido de sus almas.

Gerasimovich miró a su mujer.

Su primer pensamiento fue qué poco atractiva era ya. Sus ojos estaban sumidos. Había arrugas en sus ojos y labios. El pellejo de su rostro era flácido. . . y Natasha parecía no prestar ninguna atención ya. Su ropa era de antes de la guerra y hacía tiempo que debería haberla, por lo menos, dado vuelta. La piel del cuello caía chata y raída, y su bufanda era vieja, de los tiempos cuando la compraron con un cupón, en un konsomol sobre el río Amur y la había usado en Leningrado cuando iba al Neva para buscar agua.

Gerasimovich suprimió el pensamiento indigno que surgía desde las profundidades de su ser sobre su fea mujer. Delante de él había una mujer, la única en el mundo que era su mitad. Delante de él estaba una mujer, la única que compartía sus recuerdos. ¿Qué muchacha por más atractiva, fresca y joven, podía no ser una perfecta extranjera para él, con sus propias recolecciones diferentes y quién podía significar más que su mujer para él?

Natasha no tenía ni dieciocho años cuando se conocieron por primera vez en una casa de Srednaya Podyacheskaya, en el puente de Luiny, el día de año nuevo de 1930. Seis días más tarde harían ya veinte años.

Natasha tenía justo diecinueve cuando lo arrestaron la primera vez. Por sabotaje.

Gerasimovich empezó a trabajar como un ingeniero en una época en que la palabra "ingeniero" era casi sinónimo de la palabra "enemigo" y cuando era rutina sospechar de ellos como "saboteadores". Apenas se había graduado del instituto y llevaba lentes para su miopía, que lo hacían parecer exactamente como el intelectual pintado en los carteles de espías de la década del treinta. A quien debía y a quien no saludaba cortésmente en su juventud con una voz muy suave y diciendo perdóneme. En los mitines conservaba un silencio absoluto y se quedaba sentado como una laucha. Y no podía averiguar por qué irritaba tanto a los demás.

Pero a pesar de que trataron de preparar un buen caso contra él, apenas lograron que lo condenaran a tres años. Cuando arribó al río Amur fue dejado sin vigilancia de inmediato. Su novia se le reunió allí y se casaron.

Era rara la noche en que ambos no soñaran con Leningrado. Y estaban listos para volver allí en 1935. Pero nuevas olas de presos comenzaron a llegar en esa dirección

Natalya Pavlovna también observaba a su esposo con atención. Había habido un tiempo en que miraba los cambios de su cara, visto cómo los labios se hacen duros, los ojos se volvían fríos, aun crueles, detrás de sus lentes. Illarion Pavlovich dejó de molestar a la gente y dejó de recitar "con su permiso". Constantemente era reprochado por su pasado. Era echado de un lugar y tomado en otro con trabajos inadecuados para una persona de su educación. Los llevaron de lugar en lugar, pasaron penurias, perdieron una hija y un hijo. Y finalmente decidió arriesgar todo y regresó a Leningrado. Arribaron en junio de 1941.

Allí encontraron aún más difícil que nunca lograr vivir en unas circunstancias tolerables. El cuestionario de seguridad del esposo colgaba de él como una advertencia. Sin embargo el fantasma de laboratorio creció más fuerte que antes por la ardua tarea física que debió tomar por falta de otra cosa mejor. Sobrevivió el trabajo de trincheras penosamente. Con la primera nieve se convirtió ien un sepulturero!

La siniestra profesión era la más solicitada y la más provechosa en la ciudad sitiada. Como un tributo final a los muertos los sobrevivientes daban a los sepultureros sus mendrugos de pan.

Uno no podía comer ese pan sin temblar. Pero Illarion encontró una excusa para sí mismo: "La gente no se apiadó de nosotros; tampoco les tendremos lástima.

La pareja sobrevivió. Pero ya antes del fin del bloqueo, Illarion fue arrestado por *intento* de traicionar su país. En Leningrado muchos fueron arrestados por intento. Después de todo no podían acusar a la gente por traición directamente, si no habían estado en un territorio ocupado.

Natalya miró cuidadosamente a su marido, pero, extrañamente, no encontró trazas de los años dificultosos. Sus ojos miraban con calma inteligencia a través de sus lentes. Sus mejillas no estaban sumidas. No tenía arrugas. Su traje era caro. Su corbata estaba cuidadosamente enlazada.

Parecería que la que estaba prisionera hubiera sido ella.

Y su primer pensamiento poco generoso fue que él estaba viviendo muy bien en esa prisión especial. No era perseguido, estaba ocupado con trabajos científicos, no tenía que pensar en los sufrimientos de su esposa.

Aplastó ese pensamiento de poca piedad.

Preguntó con débil voz: -¿Y cómo andan las cosas?

Y había tenido que esperar doce meses por esa visita, pensar en su marido 360 noches en su fría cama de viuda para luego preguntarle: -¿Y cómo andan las cosas?

Y Gerasimovich cuya vida nunca había sido libre, cuyo mundo había sido el de los convictos en la taiga y los interrogatorios en las celdas y los desiertos y que no gozaba de bienestar en la institución secreta, contestó: -No del todo mal.

Sólo tenían media hora. Los segundos pasaban. Había docenas de preguntas que hacerse y deseos y quejas que comunicarse. Y Natalya Pavlovna preguntó: -¿Cuándo supiste que podía visitarte?

-Anteayer. ¿Y tú?

-El martes. El teniente coronel me preguntó recién si era tu hermana.

--¿Por qué usamos el mismo patronímico?

-Sí.

Cuando se habían ennoviado y cuando más tarde vivieron en el río Amur, siempre los tomaron por hermano y hermana. Había entre ellos un parecido feliz y una íntima semejanza que hacían de ellos una pareja más profunda que la de marido y mujer.

-¿Cómo están las cosas en el trabajo?

-¿Por qué preguntas? -preguntó ella ansiosa-. ¿Lo sabes?

-¿Qué?

El sabía algo, pero no sabía si era lo que ella quería decir. Sabía que afuera las esposas de los prisioneros eran perseguidas. Cada vez más.

Pero ¿cómo iba a saber que el último miércoles su mujer había sido despedida de su puesto porque estaba casada con él? En los últimos tres días, habiendo sido notificado de la próxima visita, ella no

había tratado de lograr un nuevo trabajo. Había esperado este encuentro, como si un milagro pudiese ocurrir y éste pudiera iluminar su vida con una gran luz, mostrándole lo que debía hacer.

Pero, ¿cómo iba él precisamente a darle el consejo adecuado, él que había sido apresado por tantos años y no sabía nada de las modalidades actuales ?

Natalya tenía que decidirse: renegar o no de él...

En esa pieza gris y pobremente calentada, en la sucia luz de la ventana con barras, trascurría la visita y su esperanza en un milagro se extinguía.

Comprendió que en esa escasa media hora no podría comunicar su soledad y sufrimientos a su marido, que se estaba moviendo por sus propios rieles y de su vida establecida. El no hubiera entendido nada de todos modos; ¿para qué preocuparlo?

El guardia se movió hacia un costado de la habitación y examinó la pintura de la pared.

-Hablame de ti -dijo Illarion Pavlovich tomando la mano de su esposa a través de la mesita. En sus ojos relumbraba esa ternura que había ardido por ella en los más crueles meses del bloqueo de Leningrado.

-¡Larik! ¿Hay alguna posibilidad de "descuentos"?

Ella se refería a su vida en el campo del río Amur donde le computaban dos días por cada uno de su condena y su término había sido reducido.

Illarion negó con la cabeza: -¿Cómo voy a lograr reducción? No hacen eso aquí y lo sabes. Sólo si inventase algo grande aquí, entonces te dejan salir antes. Pero el inconveniente es que los inventos -(y miró al guardia vigilante de espaldas)- son, bueno, extremadamente indeseables.

No podía decirlo más claramente.

Tomó las manos de su mujer y las acarició suavemente contra su mejilla.

En el helado Leningrado no había vacilado cuando aceptaba la porción de pan por el sepulcro, de alguien que necesitaría que lo enterraran a él mismo al día siguiente. Pero ahora no podría...

-¿Estás triste sola? ¿Estás muy triste? -le preguntó tiernamente aún acariciando su mano con su mejilla.

-¿Triste? -Ahora su corazón se sobresaltaba porque su visita casi había terminado y ella debería pronto levantarse e irse de Lefortovo sin enriquecerse con nada, por las calles sin alegría de la ladera, sola, sola, sola. Con el embrutecimiento sin propósitos de cada día y cada acción. Con nada dulce ni nada agudo, nada amargo; una vida como algodón gris.

-¡Natalochka! -le estrechaba las manos-. Si tomas en cuenta los años que han pasado de la condena, no nos quedan muchos que esperar ya. Apenas tres años. Sólo tres.

-Sólo tres -interrumpió ella indignada, sintiendo temblar a su voz, sabiendo que perdía el control-. ¡Sólo tres! Para ti, ¡solo! Para ti ser liberado ahora mismo sería indeseable. Vives entre amigos. Estás trabajando en lo que te gusta. No eres presionado por nadie. Yo en cambio he sido despedida y no tengo nada de qué vivir. No me tomarán en ninguna parte. No puedo seguir. No tengo más fuerzas. No puedo sobrevivir un mes más. Lo mejor para mí sería morirme. Mis vecinos me persiguen todo lo que quieren, giraron mi baúl afuera, arrancan mis estantes de la pared, saben que no me atreveré a quejarme a nadie. Saben que pueden hacerme echar de Moscú. He dejado de ir a ver a mi hermana, a mi tía Zhenya; todas se burlan de mí, dicen que no conocen a nadie tan tonta como yo y me urgen a que

me divorcie y me vuelva a casar. ¿Cuándo va a acabar todo esto? Mira cómo estoy de vieja. Tengo sólo treinta y siete años de edad, ¿sabes? En tres años seré una anciana. Llego a casa y no cocino mi cena, no limpio mi cuarto, estoy harta de hacerlo. Caigo sobre la cama y yazgo allí sin fuerzas. Larik, querido mío, por favor haz algo para ser liberado. Tienes una mente brillante. Inventa algo por favor. ¡Sálvame! ¡Sálvame!

No había tenido la intención de decir todo eso. Su corazón estaba roto en pedazos. Acariciando y besando la mano de su esposo, dejó caer su cabeza sobre la áspera mesa, donde ya tantas lágrimas se habían secado; una mesa de lágrimas.

-¡Por favor, cálmese! -dijo el guardia solícito, mirando la puerta abierta.

La cara de Gersimovich se retorció y se heló y sus anteojos brillaron demasiado. Ese llanto había sido oído indebidamente a lo largo y ancho del corredor. El teniente coronel miraba amenazante de pie en el vano de la puerta, fijando su mirada aniquilada en la espalda curvada de la mujer y él mismo cerró la puerta.

Los reglamentos no especificaban que las lágrimas estaban prohibidas, pero, en una interpretación más elevada de la ley, no era el lugar para exhibirlas.

ENTRE LOS JÓVENES

No hay nada complicado al respecto. Se disuelve el cloruro de cal y se aplica con el pincel en el pasaporte: chic-chic. Lo único que hay que saber es cuánto tiempo dejarlo y cuándo quitarlo.

-¿Bien y qué se hace después?

-Se deja secar y no quedan trazas, es limpio y parece nuevo, de modo que escribes el nombre que quieres. Sidorov o Petrushin, nacido en la ciudad de Kriushi.

-¿Y nunca lo agarraron?

-¿Por eso? ¡Clara Petrovna! -o quizás- ¿me permitiría usted, tamaña osadía?

-¿Qué?

-Llamarle Clara, ¿cuándo nadie oiga?

-¡Llámeme así!

-Bueno, le diré; la primera vez que me arrestaron era un inocente e indefenso joven. Pero la segunda vez, ¡ja, ja! Estaba en la lista de toda la Unión Soviética, en los duros años de fines de 1945 hasta el final del 47. Eso significaba que no sólo tenía que falsificar mi pasaporte, mi registro de residencia, sino también mi certificado de trabajo y mi cupón de racionamiento de alimentos y también el documento que me permitía comprar en un comercio determinado. Y además obtenía cupones extras para comprar pan, que vendía y eso me permitía vivir.

-Pero eso está muy mal.

-No he dicho que esté bien. Me forzaron, no lo inventé yo.

-Pero podrías haber trabajado simplemente.

-Trabajando simplemente no da mucho rendimiento. "Del trabajo del justo no se han hecho palacios de piedra." ¿Y de qué hubiera trabajado? No tenía especialidad alguna. No me agarraron pero tenía mis faltas.

En Crimea una muchacha de sección pasaporte... y... no vaya a creer que tuve algo que ver con ella. Me tenía compasión y me reveló el secreto sobre el número de serie de mi pasaporte y de ciertas letras que indicaban que yo había vivido en un territorio ocupado.

-pero no era cierto.

-No, no había sido así, pero el pasaporte no era mío. Por eso tuve que comprar uno nuevo.

-¿Dónde?

-¡Clara! Vivió usted en Tashkent y estuvo en el bazar Tezikov ¿y me pregunta dónde? Me iba a comprar una condecoración de la Bandera Roja pero el tipo que me la vendía me pidió veinte mil rublos más y yo sólo tenía dieciocho y el testarudo insistía en veinte mil o nada.

-¿Pero para qué quería usted una condecoración?

-¿Para qué quiere alguien una condecoración? Para lucirme, como soldado del frente. Si tuviera una cabeza fría como la suya...

-¿De dónde saca la idea de que tengo una cabeza fría?

-Fría, sobria y de un aspecto tan... inteligente.

-¡Oh, vamos!.

.-De veras. Siempre he soñado conocer una muchacha con cabeza fría.

-Si Por qué?

-Porque soy impulsivo y audaz y ella me detendría cuando fuera a hacer tonterías.

-Muy bien continúe usted con su relato, por favor.

-¿Dónde estaba? Sí, cuando salí de la Lubyanka, me sentí casi enfermo de felicidad. Pero algo dentro de mí era como un perro guardián preguntándome ¿qué clase de milagro es éste? ¿Cómo pudo ser? Después de todo nunca han dejado salir a nadie, me lo habían dicho en las celdas: culpable o inocente, te dan diez años y cinco en los cuernos y al campo de concentración.

-¿Qué significa en los cuernos?

-Un "bozal" de cinco años.

-¿Qué significa un "bozal"?

-Mi Dios, qué inculta es usted. Y siendo una hija de fiscal. ¿Por qué no se interesa en lo que hace su padre? Un bozal significa que no se puede morder, en que uno está privado de los derechos civiles, no puede votar o ser electo.

-Espere un segundo, alguien viene.

-¿Dónde? No tema usted, es Zemelya. Siéntase como estaba antes. Por favor. No se aleje. Abra este libro. Estúdiele. Ese mismo. Y entonces comprendí que me habían liberado para continuar vigilándome, para ver con quién me encontraba, dónde iba a ver a norteamericanos y si me iba a su residencia otra vez y supe que así no podría vivir. De modo que los engañé. Dije adiós a mi madre. Dejé mi casa de noche. Y me fui a ver a un viejo amigo. Era el que me había iniciado en todas estas triquiñuelas. Desde entonces buscaron dos años a Rostisav Doronin. Me continué moviendo por todas partes con falsos nombres. Fui a Asia Central, el lago Issyk Kul, Crimea, Moldavia, Armenia, el Lejano Este. Y luego tuve muchas ganas de ver a mi madre, pero no podía volver a casa. Fui a Zagorsk y logré trabajo en una fábrica como una especie de aprendiz que todo el mundo utilizaba, y mamá vino a verme los domingos. Trabajé allí unas

semanas y un día me quedé dormido y falté al trabajo. Me llevaron ante el tribunal.

-¿Se descubrió todo?

-De ninguna manera. Me sentenciaron a tres meses pero bajo mi alias. Estuve en una colonia de trabajo mientras tanto y toda la Unión continuó buscándome por otro lado como Rostislav Doronin. De ojos azules, nariz recta, pelo castaño, una marca de nacimiento en el hombro izquierdo. Les costó sus buenos rublos esa búsqueda. Trabajé gratis mis tres meses, obtuve mi pasaporte del jefe de la cárcel y me fugué al Cáucaso.

-¿De nuevo viajando?

-¿Por qué no?

-¿Y luego qué sucedió?

-¿Cómo me agarraron? Quise estudiar.

-Ve, quiso llevar una vida honesta. Se debe estudiar. Es importante. Es muy noble.

-Creo y temo, Clara, que no siempre es tan noble. Lo descubrí luego en las prisiones y los campos de concentración. Si sus profesores desean ganar sus salarios y tienen miedo de perder sus puestos, ¿cómo se puede aprender algo noble de ellos ? ¿En la Facultad de Humanidades? Después de todo usted estudió en la Facultad de Técnica.

-Se equivoca, estudio Humanidades también.

-Pero ha dejado, ¿verdad?; me contará luego. Sí, debería haber tenido paciencia y esperado la chance de comprar una graduación del colegio, certificada. No hubiera sido difícil lograrla. Pero el descuido es lo que nos mata. Pensé: ¿qué estúpidos podían estar buscando a un muchacho, del que probablemente se habrían olvidado hace mucho

tiempo? De modo que tomé mi viejo certificado propio y lo presenté a la universidad, pero en Leningrado, en el departamento de Geografía.

-¿Pero en Moscú no había estado estudiando historia?

-Me empezó a gustar la geografía después de tanto vagabundear. Era fascinante como el infierno. Uno viaja y mira alrededor: montañas, valles, taigas, el subtrópico. Toda clase de gente diferente. Bueno, ¿y qué pasó? Fui a la universidad una semana cuando me atraparon. Y de nuevo adentro. Ahora me condenaron a veinticinco años y en la tundra, donde nunca había estado. ¡Para que tuviese una nueva experiencia práctica geográfica!

-¿Y puede usted reír de una cosa semejante?

-¿Para qué ponerme a llorar? Si llorase sobre todo, Clara, no me alcanzarían las lágrimas. Y no soy yo solo que siente así. Me enviaron a Vorkuta y ¡qué cantidad de muchachos había allí! Estaban extrayendo carbón. Todo Vorkuta depende de los zeks, todo el Norte. Era el sueño de Thomas Moro cumplido.

-¿Cuál sueño? Perdón, hay tantas cosas que no sé.

-Thomas Moro, el inglés que escribió "Utopía". Tenía la ciencia para admitir que la sociedad siempre requiere varias clases de trabajadores manuales y tareas humillantes. Nadie aceptaría hacerlas voluntariamente. ¿Cómo resolverlo? Moro pensó y halló la solución: obviamente habría gente en una sociedad socialista que desobedecería las órdenes y reglas. Se los destinaría a los trabajos humillantes y especialmente difíciles. De modo que los campos de concentración fueron diseñados según las antiguas ideas de Moro.

-No sé qué pensar. Vivir así en nuestros tiempos: falsear pasaportes, cambiar de ciudades como una hoja al viento. Nunca conocí nadie como usted en mi vida entera.

-Clara, yo no soy así, sólo las circunstancias pueden forzar a uno a ser un demonio. Sabe que la forma en que vivimos determina la forma en que pensamos. Era un muchacho tranquilo, obediente con mi madre; leía "Rayo de luz en el reino de la oscuridad", de Dobrolyubov. Si un policía me llamaba con su dedo delante de mi, mi corazón se quebraba. Uno crece, cae en todo esto imperceptiblemente. ¿Pero qué remedio me quedaba? ¿Quedarme como un conejo esperando qué me cazaran y me liquidaran una segunda vez?

-No sé lo que podría haber hecho, pero ¡qué modo de vivir! Puedo imaginarme qué espantoso debe ser estar siempre fuera de la ley. Es una especie de hombre superfluo. Perseguido por todos.

-Bueno, algunas veces es horrible y otras, no lo es. Porque cuando uno mira alrededor en el bazar Tezikov, después de todo, si un hombre está vendiendo una decoración flamante y el certificado que le corresponde; ¿con quién cree que está trabajando ese hombre? ¿En qué organización? ¿Puede imaginárselo? Óigame, Clara, yo mismo estoy en favor de una vida honesta, pero honesta para todos, ¿entiendes?, para uno y cada cual..

-Pero si todos esperan que el otro la haga, nunca comenzará nadie.

Cada uno debe.

-Cada uno debe, pero no cada uno lo hace. Escuche Clara, se lo voy a explicar más sencillamente. ¿Contra qué se hizo la Revolución? Contra los privilegios. ¿De qué estaba hartos el pueblo ruso? De los privilegios: algunos vestidos de mamelucos y otros con marta sibelina, algunos caminando a pie y otros en carrozas, algunos condicionados a los silbatos de las fábricas y otros engordando en los restaurantes. ¿No es verdad?

-Por supuesto.

-Bien. ¿Y entonces por qué esta gente no elimina los viejos privilegios, sino que se siente atraída por nuevos? ¿Qué decir sobre mí, sobre un muchacho? ¿Es que empezó conmigo? Miré a mis mayores. Miré con cuidado. Vivía en una pequeña ciudad de Kasakhstan y ¿qué fue lo que vi? Las esposas de las autoridades locales nunca iban a los almacenes. Me enviaban a mí a buscar sus cajas de fideos al Primer Secretario del Comité del Distrito del Partido Comunista. Un cajón entero sin abrir. Se puede suponer que no sólo este cajón, ni en este día.

-Sí, ¡es horrible! Eso siempre me pone mal del estómago. ¿Me cree?

-Por supuesto, le creo. ¿Por qué no voy a creerle a una persona y sí creer a un libro que se ha vendido con un millón de copias? Y luego esos privilegios idiotas, rodean a la gente como una plaga. Si un hombre puede comprar cosas en un almacén diferente que el usual, nunca compra en otra parte. Si una persona puede ser tratada en una clínica privada, jamás buscará que la traten en otra. Si una persona puede viajar en su propio auto, jamás buscará hacerlo en otro. Y si hay un lugar privilegiado donde ir en que la gente es aceptada sólo con un pase, la gente tratará de lograr dicho pase de cualquier manera.

-Es verdad y es horrible.

-Si una persona puede construir una cerca a su alrededor, de su propiedad, lo hará. Cuando yo, bastardo, era un chico acostumbraba a trepar por sobre las cercas de los comerciantes y robar manzanas y creía que tenía razón de hacerlo. Ahora pone una alta y sólida cerca que nadie puede sobrepasar, porque le produce placer. ¿Y esta vez también cree que tiene razón para hacerlo?

-Rostislav Vadimich...

-¿Por qué me llama Vadimich? Dígame Rusya.

-Es difícil para mí llamarle así.

-En ese caso me levanto y me voy. Ahí suena la campana para el almuerzo. Soy Rusia para todo el mundo y especialmente para usted. Y no acepto otro nombre.

-¡Bueno, está bien Rusia! Si usted lo quiere no importa demasiado. ¡No soy tonta! Pensé mucho. Debemos luchar contra todo esto. Pero no creo en la forma que lo hace usted.

-En realidad no he luchado nada todavía. Simplemente he llegado a ciertas conclusiones sobre que si alguna vez habrá de haber igualdad, deberá ser para todos y si no la habrá, entonces a la mierda, perdón, no quise.. . Vimos todo esto en nuestra infancia: en la escuela nos dicen bellas palabras, pero no se puede caminar un paso sin empujar, y no se llega a ninguna parte sin untar una mano tendida. De modo que crecemos atrevidos y astutos, *el descaro es nuestra segunda dicha*.

-No, no puede ser así. Se ha hecho ya mucho en nuestra sociedad. Está exagerando. No puede ser así como dice. Ha visto usted mucho y es cierto que ha sufrido demasiado, pero "el descaro es nuestra segunda dicha" no es filosofía de la vida. ¿No puede ser así!

-Rusia, ha sonado la campana de almuerzo, ¿no la ha oído?

-Gracias, Zemelya, vete. Iré en un segundo. ¡Clara! Lo que le he dicho lo he pensado cautamente, solemnemente. Con todo mi corazón me alegraría de vivir diferente, pero si tuviese un solo amigo, con un amigo razonable o una amiga... Si pudiésemos planear juntos cómo vivir la vida en la mejor forma, por el buen sendero. Ni siquiera sé si puedo decirle todo esto a usted.

-Puede.

-¡Con qué confianza dijo eso! Y sin embargo es imposible. Con su origen. Y es de una clase diferente también.

-No crea que mi vida ha sido fácil, no lo crea. Puedo comprenderle.

-Ayer y hoy me miró con tan amistosa mirada que me hizo querer decirle todo esto,-como lo hubiera hecho con alguien muy próximo... De todos modos, es externamente que soy, como una manera de decir, un prisionero de veinticinco años de condena. Si pudiera decirle en qué filo de navaja estoy ahora. Cualquier persona normal moriría de un ataque de corazón. Pero le contaré más tarde. Clara, ahora quiero decirle que tengo una energía volcánica. Veinticinco años no tienen sentido. Es fácil escapar de aquí. Esta misma mañana pensé cómo podría huir de la prisión de Mavrino, El día que mi novia, si es que la tuviera, me dijese: Rusya fúgate, te espero; le juro que en tres meses me escaparía, falsificaría mi pasaporte a la perfección. La llevaría para Chita, Odessa, Veliki Ustyug. Y comenzaríamos una nueva vida, honesta, inteligente, libre.

-¡Oh sí, una linda vida!

¿Sabe cómo dicen los héroes de Chejov siempre? Esto será en veinte años. ¡Oh, en treinta años! ¡O doscientos años! Sólo trabajar todo un día en una construcción y volver cansados a casa, ¡Qué sueños ridículos tuvieron! No estoy bromeando sobre eso. Hablo seriamente. Estoy hablando absolutamente serio acerca de querer estudiar y quiero trabajar además. Pero no totalmente solo. ¡Clara! Mire qué tranquilo es. Nadie está aquí ¿No querría estar en Veliky Ustyug? Esjun monumento de la antigüedad. Yo no he estado allí, todavía.

-¡Que ser sorprendente es usted!

-La busqué en la universidad de Leningrado. No pensaba dónde la encontraría.

-¿A quién?

-Claroshka, una mano de mujer puede esculpir en mí al canalla más grande, al jugador de naipes genial, o al especialista del más alto nivel en vasos etruscos o en rayos cósmicos. ¿Quiere usted que lo sea ?

-¿Va a falsificar un diploma?

-No, realmente lo haré. Lo que me indique usted es cuanto necesito. Yo necesito solamente su cabeza, que mueve usted tan lentamente cuando entra al laboratorio.

LA MUJER QUE LAVÓ LA ESCALERA

El mayor general Piotr Afanasyevich Makarigyn, poseedor del título de graduado en jurisprudencia, había servido largo tiempo como fiscal para casos especiales; en otras palabras, casos cuyo contenido era mejor que la opinión pública no los conociese y que, por lo tanto, se procesaban secretamente. Era un fiscal que si bien no era famoso, se podría decir que no era ordinario. Era implacablemente firme en llevar a cabo sus deberes.

Tenía tres hijas, todas de su primera mujer, quien había sido su compañera durante la Guerra Civil y que había muerto al nacer Clara. Las hermanas habían sido educadas por una madrastra, la que fue lo que se puede llamar una buena madre.

Las hijas fueron llamadas Dinera, que significaba la abreviatura de "Criatura de la nueva era"; y la siguiente, Dótnara, de "Hija del pueblo trabajador", mientras que Clara se llamó simplemente Clara, aunque nadie sabía en la familia qué quería decir ese nombre.

Las hermanas tenían dos años de diferencia entre sí. La del medio, Dotnara, había completado diez años de escuela -ciclo superior- en 1940 y adelantándose a Dinera, se casó un mes antes que ésta, en la primavera de 1941. Era, pues, una niña flexible, con rulos rubios, que se lanzaba a la vida y le encantaba ir a bailar con su novio al hotel Metropol. Su padre no quería que se casase tan joven pero tuvo que soportarlo. Es cierto que su yerno estaba en la carrera de Derecho, graduado en la Escuela Diplomática, y era un brillante joven

con impresionantes antecedentes, hijo de un famoso padre que había perecido en la Guerra Civil. Este yerno se llamaba Innokenty Volodin.

La hermana mayor, Dinera -en tanto que su madre corría a la escuela para ver qué pasaba con sus continuos aplazos en matemática- balanceaba sus piernas sentada en el sofá y leía y releía todo lo que se había escrito desde Homero a Claude Farrère..... Después de terminar la escuela, y no sin la ayuda de su padre, entró en el Instituto Cinematográfico como una estudiante de actriz y en su segundo año se casó con un director conocido, y fue evacuada con él a Alma-Ata; actuó como la heroína en su film, luego lo dejó por "consideraciones creativas", se casó con un general previamente casado, del servicio de abastecimientos, y fue con él hasta el frente, pero al tercer escalón, la mejor zona en tiempo de guerra, donde las granadas de los enemigos no caían y donde las terribles dificultades de la retaguardia no alcanzaban tampoco. Allí conoció un escritor que se había puesto de moda, el corresponsal de guerra del frente, Galokhov, y fue con él a obtener material sobre el heroísmo para los diarios. Devolvió al general a su mujer primera y volvió con el escritor a Moscú. Desde entonces el escritor prosperó. Dinera presidía un salón literario, y tenía la reputación de ser una de las más inteligentes mujeres de Moscú y hasta se escribió un epigrama acerca de ella:

*Me resulta agradable callarme en su presencia
porque no me deja decir una palabra.*

De modo que por ocho años Clara fue la única niña de la casa. Nadie dijo de ella que era bonita y pocas veces fue llamada linda. Pero tenía una cara limpia y sincera, con una cierta fortaleza. Esta firmeza parecía comenzar en alguna parte, cerca de los ángulos de su frente;

había firmeza también en los calmos movimientos de sus manos. Raramente se reía. No le gustaba hablar mucho, pero sí escuchar.

Clara había terminado su noveno año de escuela cuando todo cayó sobre ella al mismo tiempo: los casamientos de sus dos hermanas, el principio de la guerra, su partida con la madrastra hacia Tashkent. (Su padre las había enviado el 25 de junio). Y también la partida de su padre hacia donde estaba el ejército, como fiscal divisional.

Pasaron tres años en Tashkent en la casa de un antiguo amigo de su padre, el ayudante de uno de los principales fiscales de allí. En su quieto, callado, departamento del segundo piso cerca del Club de Oficiales del Distrito Militar. No participaron ni del calor sureño ni del aburrimiento de la ciudad. Muchos hombres fueron tomados del ejército de Tashkent, fueron alistados para el ejército, pero diez veces más llegaron a la ciudad. Aunque cada uno podía probar que su lugar estaba allí y no en el frente, Clara tenía un sentimiento incontrolable de que estaba sumergida en una corriente de cloacas. Implacablemente la eterna ley de la guerra funcionó: aunque la gente que iba al frente iba reluctante, aun los mejores y los más espirituales encontraron allí su camino y por la misma ley de selección inversa, perecieron la mayoría. La cima del espíritu humano y la pureza del heroísmo estaban cinco mil kilómetros más lejos y Clara estaba viviendo entre poco atractivos segundones.

Allí terminó su escuela. Hubo discusiones sobre en qué institutos de educación superior tenía que entrar. Por algunas razones nada la atraía particularmente, ya que aún nada se había definido en ella. Dinera eligió por ella. En cartas y cuando fue a decirle adiós antes de irse al frente, insistió intensamente en que Clara se especializase en literatura.

Y eso fue lo que hizo, aunque sabía desde la escuela que esa clase de literatura la aburría: Gorky estaba bien pero era algo pesado; Mayakovsky era muy correcto pero algo difícil; Saltykov Shchedrin era progresista, pero uno podía morir de bostezando tratando de interpretarlo profundamente; Turguenev estaba limitado a sus ideas de noble; Goncharov estaba asociado con los comienzos del capitalismo ruso; Tolstoi estaba a favor del campesinado patriarcal, (y su profesor no recomendaba la lectura de sus novelas porque eran muy largas y confusas y tergiversaban los claros ensayos escritos sobre ellas). Y luego hicieron revisión de un grupo de autores totalmente desconocidos para todos ellos: Dostoievsky, Stepnyak-Kravchinsky y Sukhovo-Kobylin. Era cierto que no se tenían que acordar ni siquiera de los títulos de sus obras. En toda esta larga procesión sólo Puchkin relumbraba como un sol.

Todos los cursos de literatura de la escuela consistían en un intensivo estudio de lo que estos escritores habían tratado de expresar, cuáles eran sus posiciones, y qué ideas sociales sostenían. Eso se aplicaba a los escritores soviéticos y a los de los países socialistas hermanos: hasta el final continuó incomprendible para Clara y sus condiscípulos porqué esta gente recibía tanta atención. No eran los más inteligentes. Los periodistas y críticos y especialmente los líderes partidarios, eran más sagaces que ellos. A menudo cometían errores, se ponían en contradicciones que aun un alumno podía detectar. Caían en influencias extranjeras. Y uno tenía que escribir ensayos sobre ellos y temblar en cada coma o letra equivocada. Esos vampiros de las almas jóvenes no podían inspirar otro sentimiento que el odio. Los detestaba.

Para Dinera la literatura era una cosa completamente diferente, algo agudo y alegre, y había prometido que la literatura sería así en los

institutos. Para Clara sin embargo, no fue más divertida que en la escuela. Las lecturas eran sobre cartas de la vieja Eslavonia, historias religiosas, las escuelas mitológicas y de historia comparada, y todo era como escribir en el agua. En los grupos de estudio literario hablaban de Louis Aragón y Howard Fasta y la influencia de Gorky en la literatura de Uzbek. Sentada en las lecturas y oyendo a esos grupos, Clara continuaba esperando escuchar algo importante acerca de la vida, sobre Tashkent en tiempo de guerra.

Un hermano de un discípulo del décimo grado, por ejemplo, había sido muerto cuando él y otros muchachos trataban de robar pan de un tren que pasaba. En el corredor del Instituto, Clara tiró un sandwich a medio terminar en un canasto de basura y un estudiante del grupo de estudio de Aragón vino inmediatamente y tomó el sandwich del canasto y limpiándolo cuidadosamente lo guardó en su bolsillo. Una de las estudiantes había llevado a Clara al bazar Tezиков para comprar cosas; era el bazar más grande de Asia Central o quizás de toda la U.R.S.S. La multitud cubría dos manzanas. Había ya muchos lisiados de guerra que cojeaban en muletas, movían los muñones de sus brazos, reptaban sus piernas por el suelo, pedían limosna, decían la fortuna, rogaban y exigían cosas. Clara les daba dinero y su corazón se rompía. Entre la multitud se mezclaban los ofertantes y uno tenía que abrirse paso entre insolentes especuladores, y vendedores de objetos, hombres y mujeres. Nadie parecía sorprenderse y todos aceptar los precios astronómicos, nunca proporcionados con lo que la gente ganaba. Los almacenes de la ciudad podían estar vacíos, pero uno podía comprar cualquier cosa en ese mercado negro. Cualquier cosa para comer, para usar en la parte superior e interior del cuerpo humano. Cualquier cosa. . . incluyendo

goma de mascar americana, pistolas, libros de texto, de magia blanca o negra.

Pero en el instituto nunca mencionaban ese mundo, como si no supieran que existiera. Estudiaban una especie de literatura que trataba de todo sobre la tierra excepto de lo que uno podía ver con sus propios ojos.

Dándose cuenta que en cinco años ella misma, iba a ir a una escuela a enseñar a muchachitas, desagradables ensayos y cazar errores en su puntuación y deletreo, Clara empezó a jugar más y más al tenis. Había buenas canchas en Tashkent.

Así pasó sin desaprovechar el largo y cálido otoño, pero en medio del invierno cayó enferma.

Estuvo así mucho tiempo; todo un año. Estaba en cama en una clínica, luego en su casa, de nuevo en la clínica y de nuevo en casa. Fue examinada por especialistas y profesores que le dieron inyecciones intravenosas e intramusculares; le inyectaron solución salina; le hicieron análisis y trajeron consultores.

En esa época de incertidumbre sobre su futuro y su vida, durante largas noches de insomnio en la oscuridad, durante largos períodos en los hospitales y paseos por sus corredores y cuando el olor y la vista de ellos se le habían hecho ya insoportables, no le quedaba otro remedio que pensar. Encontró en sí una inclinación y aun un talento para una vida complicada e importante ante esta vida. El instituto era una cosa insignificante, una cantidad de conversación inútil.

No tuvo que volver a la Facultad de Literatura. Durante su convalecencia, el frente estaba ya en Bielorrusia. Todos dejaron Tashkent y ellas regresaron a Moscú.

Era extraño. Esos claros pensamientos acerca de la vida que había tenido durante su enfermedad se dispersaban a la luz, en el ruido y el movimiento. Flotaban y se disolvían y Clara no podía resolver cuestiones simples como a qué instituto entrar. Sencillamente quería un lugar donde se habíase menos y se hiciese más. Y eso significaba algo técnico. Pero no quería trabajar con máquinas pesadas y sucias. Por eso entró en el Instituto de Comunicaciones de Ingeniería.

Por falta de advertencia de nuevo se equivocó, pero no lo admitió a nadie, habiendo decidido tozudamente terminar sus estudios y trabajar donde pudiera. Y no era la única allí que estaba por accidente. Era un tiempo en que todos estaban cazando el pájaro azul de la educación superior. Los que no podían entrar en el Instituto de Aviación lo hacían en el de Veterinaria. Los que eran rechazados en los de química tecnológica estudiaban paleontología.

Después de la guerra el padre de Clara tuvo mucho que hacer en el exterior, fue desmovilizado del ejército e inmediatamente recibió un departamento de cinco habitaciones en el nuevo edificio del MVD en el acceso por la ruta de Kaluga. Uno de los primeros días de su regreso, llevó a su mujer e hija a ver el departamento.

Un automóvil los recogió al lado de la verja de hierro de los jardines Neskuchny y se detuvo antes de cruzar el puente sobre el camino de cintura que rodea a Moscú. Era tarde en la mañana de un día de octubre cálido, de un verano tardío prolongado. La madre y la niña usaban trajes crujientes bajo ligeros tapados. El padre llevaba un sobretodo de general, sin abotonar en el pecho, para dejar ver condecoraciones y medallas.

Este edificio de departamentos estaba siendo construido en dos cuartos de círculo de ocho pisos de alto, divididos por la calle Bolshaya

Kaluzhkaya. En ambas Unidades, un ala daba frente a la Bolshaya Kaluzhkaya y otra al camino de cintura. Una torre de dieciséis pisos estaba planeada con un solano en el techo y una estatua de diez metros de la mujer de las granjas colectivas. El andamio estaba aún en el edificio y mucho trabajo de ladrillería, faltaba hacer. Sin embargo, y dada la impaciencia de los dueños, la oficina de construcciones había apurado la entrega a los poseedores, estando la segunda ala por completarse todavía. Era una de las que daba al camino de cintura y consistía en una escalera con departamentos abiertos de cada lado.

La construcción estaba rodeada, como siempre lo están en una calle ajetreada, por una sólida cerca de madera. Las hileras de alambrado de púa en el tope de la cerca y los feos mangrullos de observación no eran notables para los paseantes; y para quienes vivían enfrente, ya eran una vista familiar y tampoco los notaban.

La familia del fiscal cruzó el patio y fue al otro costado del edificio. Allí no había ya alambrado. La Sección terminada ya estaba fuera de la "zona" de trabajo. Más abajo, en la entrada principal, salió a su encuentro un amable capataz y un soldado a quien Clara no prestó atención. Todo había sido completado. Las pinturas se habían secado. Los llamadores de las puertas estaban lustrados. Estaban colocados los números de los departamentos. Los vidrios de las ventanas ya se habían limpiado y sólo quedaba una sucia mujer, cuyo rostro no se veía, que lavaba las escaleras.

-¡Cuidado allí! -gritó el capataz. La mujer se detuvo y se corrió hacia un lado, haciendo lugar a la persona que llegaba hasta ella porque había sólo sitio para uno. No distinguió su rostro porque no levantó la cabeza del balde donde flotaba en agua gris el trapo de piso.

El fiscal pasó.

El capataz pasó.

Y con un remezón de su corta y bella pollera, pasó la mujer del fiscal casi rozando la cara de la fregona.

Y la mujer sin poder soportar más esa seda y ese perfume, continuando agachada, levantó la cabeza para ver si había más gente para pasar.

Su ardiente y despectiva mirada convirtió a Clara en cenizas. Manchada con agua sucia, tenía la cara de una intelectual.

Clara no sólo experimentó la vergüenza que uno siempre siente al pasar junto a una mujer lavando el piso, sino que viendo su pollera raída y su saco manchado de algodón saliendo de sus orillos, agregó a la vergüenza, horror. Se acercó y abrió su cartera. Deseaba vaciarla y dársela al ser humano agachado, pero no se atrevió.

-¡Bueno, pasa! -dijo airada la mujer..

Sosteniendo la falda de su vestido elegante y su saco rojo oscuro, Clara corrió escaleras arriba.

En el departamento nadie estaba lavando el piso, porque era de parquet.

Les gustó el departamento. La madre de Clara dio al capataz algunas instrucciones para alterar la disposición un poco. Estaba disgustada porque en una de las habitaciones el parquet estaba craqueado. El capataz pisó atrás y adelante dos o tres listones y aseguró que haría fijar el piso.

-¿Quiénes están haciendo todo este trabajo ? -preguntó Clara bruscamente.

El capataz superintendente sonrió y no dijo nada. Su padre le contestó: -Prisioneros. ¿Quién si no?

Cuando bajaron la mujer no estaba ya allí. El soldado de afuera también se había ido.

En pocos días se mudaron allí.

Pasaron cuatro años de ese incidente y Clara aún no podía olvidarlo, ni a la mujer fregando las escaleras. Cuando subía al departamento siempre usaba el ascensor; cuando a veces ocasionalmente no andaba, siempre se hacía a un lado cuando llegaba al lugar del encuentro, como si temiese pisar a la fregona. Era raro pero no podía evitarlo.

Desde el primer día de su regreso, su padre no pudo reconocer en Clara de posguerra la pequeña niña que había dejado cuatro años antes. Siempre había mirado a sus dos hermanas mayores como espectaculares pero triviales y asumía que Clara era reflexiva y seria. Pero había llegado a tener toda clase de ideas erradas, a ser reflexiva, pero en el sentido contrario. En alguna parte había encontrado una serie de historias terribles que le gustaba contar en la mesa. Las historias en sí no eran demasiado tremendas, sino que había adquirido la costumbre de generalizar cada caso que no era típico. Después de una de esas historias el viejo fiscal golpeó en la mesa y dejó su silla sin terminar de comer.

Clara no tenía con quién hablar. Año a año vivió con una pila de preguntas sin respuesta.

Una vez, descendiendo las escaleras con su cuñado, no pudo contenerse. Cuando lo dejó a un costado en el lugar donde esquivaba a la invisible fregona, Inokenty lo percibió y le preguntó qué estaba haciendo. Clara dudó, sintiendo que podría parecer loca. Luego le contó.

Siempre sofisticado y burlón, el muchacho oyó su historia pero no se rió. Le tomó ambas manos, su mirada se iluminó y dijo: - Pequeña Clara, ¿empiezas a comprender?

Deseando prolongar ese feliz momento de confidencias, sin moverse del escalón donde había estado la fregona, puso sus manos

enguantadas en el hombro de su cuñado y lo cubrió de preguntas que hacía tiempo tenía entre pecho y espalda.

Innokenty no se apresuró a responder. Abandonando su fachada de cemento, simplemente miró a su cuñada. Y repentinamente dijo: -Y yo tengo una pregunta para ti, Clarita querida. ¿Por qué eras una chiquilla antes de la guerra? ¿Te imaginas con el gusto con que me hubiera casado contigo?.

Clara se ruborizó, se alejó y retiró la mano de su hombro.

Bajaron la escalera.

Sin embargo, ella obligó a Innokenty a responder a sus preguntas.

Esa conversación había tenido lugar el verano pasado y al mismo tiempo Clara estaba llenando cuestionarios. Los antecedentes de su familia eran impecables, sus vidas hasta entonces habían estado iluminadas incluso por la prosperidad, sin mácula de ningún acto desgraciado. El cuestionario fue aprobado y entró por el portón de la guardia misterioso del Instituto de Mavrino, de investigaciones secretas.

LOS PERROS DEL IMPERIALISMO

Clara y otras muchachas que se habían graduado en el Instituto de Comunicaciones pasaron por las sesiones terribles de adoctrinación del mayor Shikin.

Aprendió que estaría trabajando entre los más formidables de todos los espías, los perros del imperialismo mundial.

Clara fue asignada al laboratorio de Vacío. Era el que hacía una cantidad de tubos al vacío para los otros laboratorios. Los tubos electrónicos eran primero sopladados en la salita de soplido de cristal; luego en el laboratorio propiamente dicho, un cuarto grande y oscuro, eran vaciados de aire por tres bombas vacío silbantes. Las bombas como los armarios dividían la sala. Aun durante el día estaba iluminada con luz eléctrica. El piso era de lajas de piedra y había una constante resonancia de la gente que caminaba y de las sillas que eran arrastradas. En cada bomba, un zek especialista en vacío trabajaba arduamente. En otras partes otros zeks estaban sentados en escritorios. Había sólo otros dos empleados libres: una muchacha llamada Támara y el jefe del laboratorio, que llevaba su uniforme de capitán

Clara fue presentada a él en la oficina de Yakonov. Era un judío con un cierto aire de indiferencia, viejo y gordo. Sin ninguna advertencia sobre los peligros que la esperaban, le pidió que lo siguiera. En las escaleras dijo: -Usted no sabe nada ni puede hacer nada, ¿no es cierto?

Me refiero a su profesión.

Clara replicó vagamente. Como si fuera poco el miedo, le faltaba la humillación de demostrar que no sabía nada y que todo el mundo se burlara de ella.

De manera que entró como si hubiese entrado en una jaula de bestias feroces, en el laboratorio habitado por monstruos de mamelucos azules.

Los tres especialistas del vacío caminaban alrededor de sus bombas realmente como fieras encarceladas; tenían que llenar un cometido urgente y era la segunda noche que no lo dejaban dormir. Pero el mediano, un hombre de alrededor de cuarenta años, con un aire cansado, sin afeitado y adormilado, alcanzó a sonreír y decir: - ¡Bueno, bueno, refuerzos !

Todo el miedo de la muchacha desapareció. Había tal simplicidad comunicativa en esa exclamación, que sólo con un gran esfuerzo pudo contener una sonrisa en respuesta.

El más joven, con la bomba más pequeña, también detuvo su labor. Era muy joven y tenía un rostro alegre, ligeramente malicioso, con grandes ojos inocentes. Su mirada a Clara expresó que había sido tomado por sorpresa.

Él más anciano, Dvoyetyosov, de cuya enorme bomba del fondo de la sala salía un rugido particularmente alto, era un hombre alto y desproporcionado, con una panza flaccida. Miraba despectivamente a Clara y desapareció detrás de los gabinetes como para esquivar la vista de tal abominación.

Más tarde Clara supo que era así con todos los empleados libres y que cuando los jefes entraban en las salas producía con su bomba un ruido tal que tenían que gritar para que los oyera. Era de apariencia descuidada y podía llegar con un botón del pantalón colgando o con

un agujero en las medias. Cuando las muchachas estaban presentes comenzaba á rascarse bajo su guardapolvo. Le encantaba decir: -Aquí estoy en casa en mi propio país, ¿por qué tengo que preocuparme?

El especialista de edad media era conocido por los prisioneros, incluso los más jóvenes; simplemente como Zemelya y no se sentía ofendido por eso. Era de esas personas que los psicólogos llaman "naturalezas solares" y en el pueblo decían que siempre estaba con la boca estirada hasta las orejas. Cuando lo miraba en las semanas subsiguientes, Clara, notó que nunca se entristecía por nada de lo que había perdido, ya fuera un lápiz o su vida toda destrozada. Nunca se enojaba por nada ni con nadie, ni se asustaba de nada. Era un buen ingeniero, excepto que era especialista en ingeniería de aviación. Había sido traído a Mavrino por error. No obstante, se había ubicado y no hacía ningún esfuerzo por ser transferido a otra parte, considerando que difícilmente estaría mejor que allí.

En la noche, cuando las bombas eran apagadas, Zemelya gustaba de escuchar relatos y hablar.

-Antes se podía lograr un desayuno por cinco kopecs. Y se podía comprar lo que se quería. A cada paso te ofrecían cosas -sonrió ampliamente-. Y nadie vendía porquerías; se le hubiera escupido en la cara. Botas, eran realmente botas. Duraban diez años si no se las reparaba y quince si se las arreglaba. El cuero de arriba no era recortado como hacen ahora, sino que bajaba hasta el pie. Y había esas, ¿cómo las llamaban? Eran rojas, y con ornamentos; no eran botas, eran como una segunda alma. -Sonrió como si hubiera salido el sol: -O por ejemplo en las estaciones... Se llegaba un minuto antes y se compraba el boleto y encontraba un asiento y siempre había vagones vacíos. Los trenes continuaban saliendo; no economizaban. La vida era fácil, muy fácil, entonces. ..

Durante estos relatos el principal del grupo emergía de un rincón oscuro donde su escritorio estaba escondido de las autoridades. Llegaba lentamente, con su pesado cuerpo bamboleándose de lado a lado, sus manos metidas en sus bolsillos y se quedaba ahí en la mitad de la sala, con sus ojos saltones y sus anteojos cayéndosele de las narices.

-¿De qué estás hablando Zemelya ? ¿Te recuerdas aún ?

-Me acuerdo un poco -decía Zemelya excusándose con una sonrisa.

-Muy malo -decía el viejo meneando su cabeza-. ¡Olvídate! Dedicuémonos a nuestras bombas.

Se quedaba allí un rato más, añorante, mirando por sobre sus anteojos y luego se encaminaba de nuevo lentamente hacia su cubil.

Los deberes de Clara eran sencillos: debía llegar en la mañana un día y quedarse hasta las seis de la tarde; y al día siguiente llegar después de almorzar y quedarse hasta las once de la noche. Se alternaba con Támara. El capitán estaba siempre allí desde la mañana porque los jefes podían necesitarlo durante el día. Nunca iba a la tarde porque no tenía ambición de hacerse valer en el servicio. La tarea de las muchachas era estar al servicio de lo necesario; en otras palabras, vigilar a los prisioneros. Además de esto, "para su propio desarrollo", los jefes les daban trabajos secundarios que no fuesen urgentes. Clara veía a Támara sólo dos horas por día; ésta había trabajado allí por más de un año y se trataba con los presos, no obstante, bastante estrechamente. A Clara hasta le pareció que había traído libros para uno de ellos y subrepticamente se los había prestado. Además de esto, en el mismo instituto, Támara iba a un curso de inglés, grupo en el cual los empleados libres eran estudiantes y los convictos, los profesores, por supuesto, sin pago. Támara tenía una mente rápida y

calmó los temores de Clara de que esas personas podían causarle algún daño temible.

Por último Clara conversó con uno de los presos. No era un criminal político, es cierto, sino uno ordinario, de los cuales había muy pocos en Mavrino. Era Iván el soplador de vidrio que, para su desgracia, era un gran maestro de su arte. Su vieja suegra había dicho de él que era un glorioso artesano y un aún más glorioso borrachón. Había ganado una gran cantidad de dinero y se lo había bebido en su mayor parte, golpeado a su mujer cada vez que se embriagaba y burlándose de sus vecinos. Pero no hubiera pasado nada si sus pasos no se hubieran cruzado con el MGB. Un camarada con aire de autoridad pero sin insignia alguna, lo había llamado y propuesto que trabajase por tres mil rublos al mes. El salario era menor que el que ya ganaba Iván, pero podía ganar más en cada pieza a destajo. Olvidando con quién estaba hablando, le pidió cuatro mil mensuales. El responsable camarada agregó sólo doscientos. Iván se mostró insistente. Lo dejaron ir. El día de pago se emborrachó como una cuba y comenzó a ser demasiado agresivo en el patio. Esta vez la policía, que antes nunca había acudido, apareció rápidamente y lo llevó preso. Al día siguiente le habían iniciado un juicio y dado un año de cárcel. Después de la sentencia lo llevaron al mismo camarada que le había ofrecido un sueldo, quien le explicó que iba a trabajar en el nuevo lugar designado para él, pero ahora sin *ningún* sueldo. Si no le gustaban las nuevas condiciones, podía elegir ir a sacar carbón en el Ártico.

Así fue arrestado Iván y comenzó a soplar tubos catódicos en Mavrino.

Su término de un año estaba por concluir, pero por el hecho de haber sido condenado tenía que ser desterrado de Moscú. Para evitar ser enviado fuera de Moscú por ese antecedente, rogó a la

administración que lo siguiera tomando como trabajador libre, aunque más no fuera con un salario de mil quinientos rublos mensuales.

Aunque nadie en la *sharashka* se molestaría por una historia con un final tan aleccionador y feliz, porque allí había gente que hacía cuarenta años que esperaba a veces en celdas de muerte y otra que había conocido personalmente al Papa y a Albert Einstein, tal su nivel, Clara se sintió chocada por la historia de tan flagrante injusticia. Concluyó, como decía Iván, que "hacen lo que quieren".

Su cabeza que siempre había estado tan imperturbablemente apoyada en sus hombros, se llenó de pronto con sospechas de que entre esa gente de mameluco azul debería haber quienes no eran culpables de nada. Si era así su padre en algún momento ¿no habría también sentenciado a algún inocente?

Poco después fue al teatro Maly, con Alexei Lansky que la cortejaba.

La obra era de Gorky: *Vassa Zheleznova*. Le hizo mala impresión. El auditorio estaba lleno menos de la mitad. Probablemente eso achicó a los actores. Fueron al escenario desganados, como empleados que fingieran trabajar en una institución y estuvieran muy contentos de poder irse. Era una desgracia trabajar en una sala tan vacía. Nada de la función valía la pena de atraer la atención de un adulto. Arruinaron aun la escena de la asombrosamente natural *Pashennaya*. Uno sentía que si en el silencio del auditorio alguien dijese por lo bajo, como en una habitación cualquiera-"¡Bueno amigos, déjense de hacer muecas!", la pieza se hubiera caído al suelo. La humillación de los actores se comunicó a la audiencia. Todos sentían que estaban participando de algo vergonzoso y sentían como un temor de mirarse unos a otros. De

modo que en el entreacto hubo tanto silencio como durante la representación. Las parejas hablaban murmurando a medias o se deslizaban silentes por el foyer. Clara y Lansky también vagabundearon calmosamente durante el primer entreacto y éste pidió disculpas por Gorky y por el teatro. Criticó al artista popular de Zharov que estaba actuando muy mal y aún más criticó la atmósfera burocrática general en el ministerio de Cultura que había minado la confianza del público soviético hacia el teatro realista soviético.

Alexei Lansky tenía un rostro regular y ovalado. Su color era bueno porque hallaba tiempo para practicar deportes. Sus ojos eran calmos e inteligentes y tenía veintisiete años que había usado fundamentalmente en leer. Como candidato a Ciencias Filológicas, un título de graduado que ya poseía, y candidato a miembro de la Unión de Escritores Socialistas Soviéticos y notorio crítico, bajo la benigna protección de Galakhov, Lansky no tanto escribía él como vapuleaba a otros que escribían.

En el segundo entreacto Clara le pidió quedarse en el palco, no había nadie en los próximos o en las plateas bajo ellos. Dijo: -Por eso estoy aburrida de ver a Ostrovsky y Gorky, porque estoy harta de sus exposiciones del poder del dinero, de la persecución familiar cuando un hombre anciano se casa con una mujer más joven; estoy enervada por esta lucha con fantasmas. Hace cincuenta años o cien, vaya y pase, pero no podemos indignarnos con cosas que hace años que han cesado de existir. Nunca se ve una obra de casos que pasen ahora.

-¿Como qué por ejemplo? -Lansky miró a Clara con curiosidad sonriente. No se había equivocado a su respecto. Y él pensaba: esta muchacha quizás no impresione por su apariencia, pero nunca te aburrirás con ella-. ¿Como ser qué?

Clara, tratando de no revelar el secreto de estado y el secreto de su compasión por esta gente le manifestó que ella estaba trabajando con prisioneros que habían sido descriptos como los perros del imperialismo, pero bastaba conocerlos para saber que eran otra cosa muy distinta y mucho mejor. Y una pregunta seguía molestándola y dejó que Lansky la contestara: ¿había inocentes entre ellos o no?

Lansky la escuchó atentamente y contestó con calma: -Por supuesto, los hay. Eso es inevitable en cualquier sistema penal.

-Pero Alexei, eso significa que hacen lo que quieren. Y eso es terrible. Con tierno cuidado, Lansky puso su mano rosada y de dedos largos, sobre el puño de Clara que reposaba sobre el terciopelo rojo.

-No-dijo suave pero convincentemente-, no hacen todo lo que quieren. ¿Quién quiere algo? ¿Quién hace algo? Historias; para tí y para mí alguna vez parece terrible, pero, Clara, es hora de acostumbrarse al hecho de que hay una ley de los grandes números. Y cuanto mayor es la meta de un acontecimiento histórico, mayores las probabilidades del error individual, sea judicial, táctico, ideológico o económico. Nosotros agarramos el proceso sólo en sus bases, en sus formas determinadas, y la cosa esencial es estar convencidos de que el proceso es inevitable y necesario. Sí, alguna vez alguien sufre. No siempre merecido. ¿Qué hay de esos muertos en el frente ? ¿Y de esos que murieron sin sentido en el terremoto de Ashkhabad ? ¿Y las fatalidades del tránsito ? En cuanto el tránsito crece, también lo hace el número de víctimas. La sabiduría yace en aceptar el proceso como se desarrolla, con sus inevitables peldaños de víctimas. Pero Clara meneó la cabeza indignada.

-¿Peldaños? -exclamó como un susurro mientras la campana había llamado ya dos veces y la gente estaba volviendo a entrar en el hall-. La ley de los grandes números debería ser ensayada en ti. Todo

va bien para ti y todo lo dices muy suavemente, pero ¿no ves que no todo es como lo describes?

-¿Significas que somos hipócritas? -Lansky contraatacó, pues le encantaba discutir.

-No, no digo eso. -La tercera campana sonaba, las luces se apagaban. Con una urgencia femenina de tener la última palabra, Clara susurró rápido en sus orejas-: Tú eres sincero, pero siempre que no se modifiquen tus puntos de vista y esquivas hablar con gente que piense diferente. Eliges tus pensamientos de gente que piensa como tú, de libros escritos por gente como tú. En física eso se llama "resonancia" -se apuró a acabar, justo cuando el telón comenzaba a levantarse-.

Comienzas con opiniones modestas, pero se engarzan y llegas a contruir una escala...

Cayó en silencio, lamentando su incomprensible pasión. Había arruinado todo el tercer acto para Lansky como para sí misma.

Cómo suele suceder, la actriz Royek en el tercer acto actuó con claridad meridiana en el papel de hija de Vassa y comenzó a elevar la actuación hasta sus cúspides.

Clara misma falló en darse cuenta que estaba interesada no abstractamente en cierta persona inocente cualquiera que hacía tiempo estaba probablemente trabajando en el Ártico, sino concretamente en el joven especialista del vacío, de ojos azules, con color oro en sus mejillas aun un muchacho, a pesar de sus veintitrés años. Desde el primer encuentro su mirada había revelado su fascinación por Clara, una inconcebible y gozosa fascinación distinta a todo lo que ella había conocido hasta entonces entre sus admiradores de Moscú. Clara no entendió que sus seguidores que vivían en libertad estaban rodeados de mujeres, veían a muchas más bellas que ella, y

conocían sus propios valores, mientras que Ruska había .venido de un campo donde por dos años no había oído el taconeo de un tobillo femenino y Clara, como Támara anteriormente, le había parecido un milagro increíble.

Pero aun en la reclusión de la *sharashka* esa fascinación con Clara no lo obsedía totalmente. Casi todas las noches, bajo las luces eléctricas en el laboratorio oscuro a medias, su juventud vivía su propia plenitud y rápida vida. En ocasiones, escondiéndose de los patronos, construía algo. Estaba estudiando secretamente inglés durante las horas de trabajo. Ahora estaba llamando a sus amigos en los otros laboratorios y urgiéndolos para que lo encontrasen en el corredor. Siempre se movía impetuosamente y siempre, en cada momento, especialmente en ese momento particular, parecía intensamente absorbido en algo supremanente interesante. Y su fascinación por Clara era, precisamente, uno de esos momentos de intensa preocupación interesante.

En toda su actividad no dejaba de preocuparse de su apariencia personal. En el cuello de su mameluco, bajo su corbata multicolor, siempre se veía algo impecable de lino blanco. Clara no sabía que esa era una pechera, otra invención de Rostislav y consistía en una trigésima segunda parte de una sábana del gobierno.

La gente joven que Clara había conocido en libertad siempre había logrado crédito en cargos oficiales, se habían vestido bien, movían y conversaban circunspectos, como para no hacerse notar demasiado. Con Ruska, Clara sintió que se rejuvenecía, y que ella también deseaba ser despreocupada. Secretamente lo veía con creciente simpatía. No creía que él y el amable Zemelya fuesen esos perros peligrosos contra quienes le habían advertido. Deseaba saber más de Ruska, de los hechos malignos por los que había sido

castigado, y si tenía una larga condena que servir. Era claro que no estaba casado. No podía dedicarse a preguntarle las otras cuestiones; imaginaba que debían ser muy penosas desde que le recordarían su abominable pasado que quería olvidar para reformarse.

Pasaron dos meses más. Clara se había acostumbrado a todos ellos. A menudo hablaban en su presencia de toda suerte de tonterías que nada tenían que ver con el trabajo. Ruska esperaba esos momentos durante el período de trabajo nocturno, durante la cena de los presos, cuando Clara estaba sola en el laboratorio. Y siempre, invariablemente, empezaba a hablarle a veces con la excusa que había dejado sus cosas sin hacer, para trabajar con tranquilidad, a solas con ella.

Durante esas noches Clara olvidaba todas las advertencias del oficial de seguridad.

La última noche, de alguna manera, esa intensa conversación había, como un flujo, borrado las barreras convencionales entre ellos.

La juventud no tiene un pasado abominable que eliminar. Tiene sólo una juventud que ha sido destrozada sin ninguna razón y una sed apasionada de aprender y explorar.

El había vivido con su madre en una ciudad cerca de Moscú. Apenas había concluido sus estudios superiores cuando los americanos de la embajada alquilaron una casa en su ciudad. Ruska y sus camaradas eran lo suficientemente descuidados -y también curiosos- como para ir a pescar un par de veces con ellos. Todo había ido aparentemente bien, Ruska entró en la universidad de Moscú, pero lo arrestaron en septiembre. Lo tomaron, secretamente en el camino, de modo que su madre no tuvo idea de dónde había desaparecido. (Ruska explicó a Clara que siempre trataban de arrestar a una persona de manera que no pudiese esconder nada de lo que

llevarse, y no pudiera dar a nadie una señal o palabra clave). (Lo pusieron en Lubyanka. Clara ni siquiera había escuchado el nombre de esa prisión hasta que llegó a Mavrino). Comenzaron los interrogatorios. Querían que confesara las indicaciones que había recibido del Servicio de Inteligencia norteamericano. ¿De qué departamento secreto debía dar información? Ruska era, en sus propias palabras, simplemente un tornero y tardó en comprender y luego lloró. Después sucedió repentinamente un milagro. Ruska fue dejado en libertad, que nadie había nunca alcanzado.

Era en 1945.

Y allí había acabado su historia el día anterior. Toda la noche Clara estuvo obsesa por el relato que él había comenzado. Al día siguiente, olvidándose de los más elementales reglamentos de seguridad y aun los límites de la propiedad, ella se había sentado al lado de Ruska y su bomba murmurante y había reiniciado su conversación.

Para el almuerzo eran amigos, como niños que tomasen mordiscos por turno de una gran manzana. Hasta les parecía extraño, ya que por tantos meses no habían dicho nada. Apenas podían expresar los pensamientos que los llenaban. Interrumpiéndola en su impaciencia por hablar, él había tocado sus manos, y ella no vio nada de malo en eso. Cuando todos salieron a almorzar, dejándolos solos, repentinamente existió un nuevo sentido en el roce de un hombro o en el toque de una mano, y Clara vio sus claros ojos azules deleitándose, en ella.

Ruska, con una voz que escasamente pasaba sus labios, dijo: - Clara, ¿quién sabe cuándo volveremos a estar sentados así? Para mí es un milagro. No lo creo; la adoro. Estoy preparado para morir aquí, ahora-. (Apretó y acarició sus manos). -Clara, quizás estoy destinado a

perder mi vida en prisiones. Hazme feliz, para que dondequiera que esté pueda recordar este momento. ¡Sólo una vez déjame besarte!

Clara se sintió como una diosa que hubiera descendido a la tierra hasta un prisionero. No fue un beso común. Ruska la atrajo hacia sí y la besó con violencia, con el beso de un presidiario torturado por las privaciones. Y ella le respondió.

Quiso besarla otra vez, pero Clara se apartó, aturdida y temblorosa.

-Vete, por favor -dijo. Él vaciló.

-¡Vete por ahora!-ordenó Clara.

Él obedeció. En la puerta se volvió hacia Clara suplicante, lastimosamente, y luego dejó el cuarto. Pronto volvieron todos de almorzar. Clara no se atrevía a mirar a Ruska ni a nadie más. Tenía por dentro un ardiente sentimiento, pero no era vergüenza. Con todo, si era felicidad, no era una felicidad tranquila.

Entonces oyó que les sería permitido a los prisioneros tener un árbol de Año Nuevo.

Permaneció sentada y quieta durante tres horas, moviendo sólo sus dedos; tejía una canastilla de alambres vinílicos coloreados, regalo para el árbol de Año Nuevo.

Iván, el soplador de vidrio, volviendo de su visita, sopló dos graciosos demonios de cristal que parecían llevar fusiles, urdió una jaula con varillas de vidrio, y dentro de ella, con un hilo plateado, colgó una luna de vidrio que hacía un triste retintín.

EL CASTILLO DEL SANTO GRAAL

Durante la mitad del día un cielo bajo y oscuro cubrió Moscú. No hacía frío, pero antes de la hora del almuerzo, cuando los siete prisioneros que volvían salieron del ómnibus azul de ejercicios de la *sharashka*, los primeros copos impacientes volaban.

Justamente uno de esos copos de nieve, una estrella de seis puntas, cayó en la manga del viejo capote militar de Nerzhin, que se había vuelto de color marrón herrumbroso. Se detuvo en el medio del patio y aspiró el aire.

El teniente primero Shusterman, que estaba presente, le advirtió que no era hora de ejercicios y que debía entrar.

No quería entrar. No quería contarle a nadie su visita de hecho, no podía. No quería compartirla con ninguno ni darle a nadie participación en ella. No quería hablar ni escuchar a otros. Quería estar solo y revivir despacio todo lo que había traído consigo, antes de que se desintegrara, antes de que se convirtiera simplemente en un recuerdo.

Pero la soledad era precisamente lo que faltaba en la *sharashka*, como ocurría en todos los campos.

Entrando al edificio para los presos había una puerta especial, una rampa de madera llevaba a un corredor del sótano. Nerzhin se detuvo y consideró dónde podría ir.

Entonces pensó en un lugar.

Fue a la escalera posterior, que ya casi nadie usaba, pasó una pila de sillas rotas y subió hasta el descanso clausurado del tercer piso.

Ese espacio estaba asignado al pintor zek Kondrashev-Ivanov para su estudio. No tenía nada que ver con el trabajo básico de la *sharashka*, pero era mantenido allí en calidad podría decirse, de pintor palaciego. Habían extensos corredores y pasadizos en la sección del Ministerio al cual pertenecía la *sharashka*, que requerían ser decorados con pinturas. Menos extensos, pero más numerosos, eran los departamentos privados del ministro Delegado, de Foma Guryanovich Oskolupov y de otros oficiales próximos a ellos, y era aún más imperativo decorar todos esos departamentos con grandes y bellas pinturas libres de costo.

En verdad, Kondrashev-Ivanov escasamente satisfacía estos requerimientos artísticos. Pintaba grandes cuadros, pero si bien no costaban nada, tampoco eran bonitos. Los clientes que concurrían a su estudio trataban en vano de enseñarle cómo pintar, y con qué colores; después, suspirando, tomaban lo que hubiera. De cualquier manera, una vez colocados en marcos dorados, los cuadros mejoraban.

Al subir, Nerzhin pasó al lado de un gran cuadro terminado y encargado para el corredor de la sección ministerial, con el título "A. S. Popov mostrando al almirante Makarov el primer radiotelégrafo". Luego emprendió el último tramo de escalera y vio en lo alto de la pared un cuadro de seis pies de alto titulado: "El roble mutilado". Éste también estaba terminado, pero ningún cliente había querido llevarse.

Mostraba un roble solitario creciendo por un poder misterioso, en la superficie desnuda de un acantilado, donde una senda peligrosa se enroscaba en torno al despeñadero. ¡Qué huracanes habían soplado allí! ¡Cómo habían curvado ese roble! Y el cielo atrás del árbol y en sus alrededores estaba eternamente tormentoso. Ese cielo nunca pudo haber conocido el sol. Este árbol empecinado y anguloso, con sus

raíces como garras, con sus ramas rotas y torcidas, deformado por el combate con los vientos incansables que trataban de arrancarlo del risco, se negaba a abandonar la batalla y se aferraba peligrosamente a su sitio sobre el abismo.

De la pared de la escalera colgaban telas menores. Otras descansaban en caballetes. La luz provenía de dos ventanas, una hacia el norte, la otra hacia el oeste. La ventanilla de Máscara de Hierro se abría en este descanso, con su reja y su cortina rosa, una ventana a la luz del día no llegaba.

No había nada más, ni siquiera una silla. En vez, había un bloque bajo de madera.

Pese a que la escalera no estaba caldeada y a que la fría humedad la penetraba, la chaqueta acolchada de Kondrashev-Ivanov estaba en el suelo. El artista, con sus brazos y piernas sobresaliendo cómicamente de un mameluco muy chico para él, estaba parado, tieso, alto, erguido, sin incomodarse aparentemente por el frío. Sus grandes anteojos hacían parecer su rostro más largo y severo y quedaban firmemente sujetos detrás de sus orejas y sobre su nariz, siguiendo sus abruptos movimientos. Estaba mirando un punto de una pintura, sosteniendo a un lado el pincel y la paleta.

Al oír pasos sigilosos se volvió.

Las miradas de los dos hombres se encontraron. Cada uno estaba todavía sumergido en sus propios pensamientos.

Al artista no le agradaba recibir una visita. En ese momento necesitaba silencio y soledad.

Aún así, desde otro punto de vista, estaba contento de verlo. Sin la menor hipocresía, con su habitual exceso de entusiasmo, exclamó: ¡Gleb Vikentich! ¡Bienvenido! Y agitó el pincel y la paleta en un gesto de hospitalidad.

La cordialidad es un arma de doble filo para un artista: enriquece su imaginación, pero arruina su día programado.

Nerzhin vaciló tímido en el penúltimo escalón. Dijo casi en un susurró, como si temiera despertar a una tercera persona. -No, no, Hippolyte Mikhailich. Vine, si no tiene inconveniente, sólo para quedarme quieto aquí.

-Ah, sí, sí, por supuesto, -contestó el artista, también quedamente, mirando a su visitante en los ojos, o tal vez recordando qué Nerzhin acababa de ver a su esposa. Se volvió, señalando con su pincel y paleta el bloque de madera.

Recogiendo los faldones de su capote (se las había ingeniado para que éstos no fueran cortados en la prisión), Nerzhin se sentó en el bloque y recostó su espalda contra el pasamano. Aunque sentía fuertes deseos de fumar, no lo hizo.

El artista se concentraba en la pintura.

Ambos callaban.

Los sentimientos que evocaba Nerzhin eran gratamente dolorosos. Una vez más quiso tocar sus dedos con los cuales al decirle adiós, había tocado las manos de su esposa, sus brazos, su cuello, su pelo.

Uno vivía durante años sin aquello para lo cual el hombre fue puesto en la tierra.

Uno podrá conservar la inteligencia que haya tenido, sus convicciones si ha alcanzado la madurez necesaria para poseer alguna y, sobre todo, la capacidad de sacrificio y la preocupación por el bien público. Uno parecería el ciudadano ateniense, el ideal humano. Pero no hay corazón en ello.

El amor de una mujer, del cual uno se ve privado, parece más valioso que cualquier otra cosa en el mundo.

Las simples palabras: "¿Me quieres?" y "Te quiero ¿y tú"? dichas con miradas o con labios susurrantes, llenan el alma de gozo silencioso.

Fue una lástima no haberse decidido a besarla desde el primer momento de su visita, porque ahora no podía obtener por ningún medio ese beso.

Los labios de su mujer no eran como antes. Los sentía débiles. Y qué cansada parecía. Cuan atormentada y perseguida cuando habló de divorcio

Un divorcio legal -¿qué importaba? Gleb no tendría remordimiento en romper el documento oficial.

Pero él había sido suficientemente golpeado por la vida como para saber que los acontecimientos tienen su propia lógica implacable. La gente ni sueña que de sus actos ordinarios se seguirán consecuencias que son lo opuesto a lo que se pretende. Así ocurriría con Nadya. Se divorciaría para evitar persecuciones. Una vez divorciada, ni se daría cuenta al volver a casarse.

De alguna manera, por el último ademán de su mano sin anillo, él había sentido, con el corazón estrujado, que ésta es la forma en que la gente se despide para siempre.

Nerzhin se quedó allí sentado un largo rato en silencio y luego recapacitó. El exceso de alegría que había sentido después de la visita se había apaciguado, desplazado por consideraciones sombrías; sus pensamientos se habían estabilizado, y era otra vez un recluso. -"Te sienta este lugar", -había dicho ella. En otras palabras, la prisión.

Había algo de cierto en ello. A veces no sentía en absoluto haber pasado cinco años prisionero. Esos años habían llegado a significar algo de por sí.

¿Dónde podía uno conocer a la gente mejor que aquí? ¿Qué mejor lugar para reflexionar sobre uno mismo? ¿De cuántas vacilaciones juveniles, de cuántas iniciativas equivocadas, le habían salvado los caminos férreos de la prisión?

Como dijo Espiridon: "Tu voluntad es un tesoro, pero los demonios no le quitan la mirada".

O tomemos este soñador aquí presente, tan poco receptivo a las burlas de la época -¿qué había perdido por permanecer encarcelado? Por supuesto, no podía vagar por los montes y bosques con una caja de pinturas. ¿Y las exposiciones? Nunca pudo haber organizado una; en cincuenta años no había expuesto ni un solo cuadro en una sala respetable. ¿Dinero? Tampoco había recibido nada afuera por sus pinturas. ¿Admiradores de su trabajo? Bueno, los tenía más aquí de los que había tenido allá. ¿Un estudio? En libertad ni siquiera había tenido este frío descanso de la escalera. Había debido vivir y pintar en un mismo sitio: un cuarto angosto y largo como un pasillo. Para tener espacio y poder trabajar, había tenido que poner una silla sobre otra y enrollar el colchón; las visitas le preguntaban si se estaba mudando. Había una sola mesa, y cuando armaba una naturaleza muerta, debía comer de pie con su mujer, hasta que el cuadro quedara concluido.

Durante la guerra no habían óleos para pintar. Debía hacerlo con aceite extraído de las semillas de girasol de sus raciones. Tuvo que emplearse para obtener tarjeta de racionamiento, y fue enviado a una división química militar a hacer retratos de damas distinguidas de las esferas políticas y militares. Se suponía que debía ejecutar diez retratos, pero sólo trabajó en uno, enloqueciendo a la modelo con poses interminables, y no la pintó de la manera en que los oficiales esperaban, de forma que después nadie quiso el retrato, que fue llamado "Moscú 1941".

Sin embargo, el retrato había captado el sentir de 1941. Mostraba una muchacha con el uniforme militar del regimiento de Gases. Su pelo lujurioso era castaño cobrizo y escapaba rebelde de su gorra. Su cabeza estaba echada hacia atrás y sus ojos enloquecidos estaban presenciando algo horrible, algo imborrable. Estaban llenos de lágrimas de ira, pero su cuerpo no estaba relajado por el llanto. Sus manos, tensas y listas para la batalla, sostenían las tiras de su máscara antigás y su uniforme gris oscuro contra el gas de mostaza, plegado en duros dobleces plateados, brillaba como una armadura medieval. La crueldad y la nobleza se unían en el rostro de esta muchacha consagrada a Kaluga Konrmosol, que no era bonita, pero en quien Kondrashev-Ivanov veía a la Doncella de Orleáns.

Uno podía haber pensado que el retrato se parecía al conocido cuadro: "¡No olvidaremos! ¡No perdonaremos!" Sin embargo los asustaba, no lo aceptaban, no lo exhibían en lugar alguno, y durante años permaneció en pie, como una madonna de cólera y venganza, vuelto contra la pared de su cuartucho; allí quedó hasta el día de su arresto.

Ocurrió una vez que un autor desconocido e inédito escribió una novela e invitó a un par de docenas de amigos para que la escucharan. Fue un jueves literario en el estilo del siglo diecinueve. Esta novela le costó a cada uno de los presentes una sentencia de veinticinco años en campos de trabajo correccionales. Kondrashev-Ivanov fue uno de quienes escucharon la novela sediciosa. (Era bisnieto del decembrista Kondrashev, que había estado exiliado durante veinte años y fue visitado en el exilio por una gobernanta francesa que estaba enamorada de él).

Kondrashev-Ivanov no fue realmente a un campo. Después de haber firmado la decisión del Tribunal especial, fue llevado

directamente a Mavrino y puesto a trabajar en su pintura, al ritmo de un cuadro por mes, norma de producción establecida por Oskolupov. En el año último había pintado los cuadros que colgaban allí y otros que habían sido llevados. ¿Y qué diferencia hacía ? Era un hombre de cincuenta años con una condena de veinticinco por delante y no vivía sino que volaba sobre ese tranquilo año de prisión, sin saber si volvería a tener otro igual. No se fijaba en la comida, ni en su vestimenta, ni cuando contaban su cabeza entre los demás.

Trabajaba en varios cuadros, al mismo tiempo, dejando y volviendo a la tela muchas veces. Todavía no había llevado ninguna de ella al nivel que le da a un maestro la sensación de perfección. Ni siquiera estaba seguro de que tal nivel existiera. Las abandonaba cuando dejaba de ver algo en ellas, cuando su ojo podía mejorar cada vez menos, cuando advertía que, en cambio, las estaba estropeando.

Las ponía contra la pared y las cubría. Se desentendía y quedaba distante de ellas, y cuando las volvía a mirar con nuevos ojos, antes de entregarlas para que colgaran para siempre entre el lujo pretensioso, el artista sentía un sentimiento triunfal de despedida. Aun cuando nadie las volviera a ver aun así, él las había pintado.

Atento ahora, Nerzhin empezó a examinar el último cuadro de Kondrashev, una tela con las proporciones del cuadrilátero egipcio, cuatro a cinco. Se titulaba "Arroyo otoñal" o, como el artista la llamaba en privado, "Largo en re menor".

Un arroyo quieto ocupaba el centro de la tela. No parecía estar corriendo en absoluto, y su superficie estaba a punto de congelarse. Donde el arroyo era bajo, su fondo estaba bordado por sombras castañas de hojas caídas. La margen izquierda era un cabo y la derecha se curvaba en la distancia. La primera nieve cubría en manchas ambas riberas y un pasto amarillento brotaba donde ella

estaba derretida. Dos sauces blancos crecían en la costa, intangibles en la humareda y mojados con los copos de nieve derretidos. Pero el foco del cuadro no estaba allí. En segundo plano había un denso bosque de oscuros abetos, delante de los cuales llameaba un rebelde abedul carmesí. Detrás de este fuego tierno y solitario, las centinelas coníferas siempre verdes se erguían aún más melancólicas, apretadas entre sí, apuntando sus agudos picos hacia el cielo. El cielo era irremediabilmente desabrido, y el sol sofocado naufragaba en las nubes manchadas, incapaz de atravesarlas con un solo rayo. Pero ni aun ése era el elemento más importante; más bien lo era el agua estancada del arroyo quieto. Tenía una sensación de ser vertida, una profundidad. Era tenue, trasparente y muy fría. Contenía el término medio entre el otoño y el invierno y alguna otra clase de equilibrio.

El artista estaba concentrado precisamente en este cuadro.

Existe una ley suprema de la actividad creativa que Kondrashev conocía desde largo tiempo atrás. Había tratado de resistirla, pero otra vez se le sometía impotente. Esta ley dice que nada que el artista haya realizado antes tiene valor alguno, ni cuenta para nada ni le sirve de crédito. Sólo la única tela que pinta hoy contiene la esencia de la experiencia total de su vida, marca la cúspide de su habilidad, la piedra de toque de su talento.

i Y tan frecuentemente es un fracaso!

En cada cuadro anterior, justamente cuando estaba por alcanzar el éxito, también había fracasado, pero su desesperación anterior había sido olvidada y ahora éste -el primero que realmente había aprendido a pintar- estaba fracasando también; toda su vida había sido vivida en vano y no tenía talento en absoluto.

El agua del arroyo ciertamente daba la sensación de ser vertida; era fría, profunda y estática, pero todo ello era vano si fallaba en

comunicar la síntesis más alta de la naturaleza. Esta síntesis - comprensión, paz, la unidad de todas las cosas- nunca había sido hallada por Kondrashev consigo mismo, en sus sentimientos más intensos, pero la reconocía en la naturaleza y se inclinaba ante ella. Luego, el agua de su cuadro ¿comunicaba o no esa suprema paz? Quería entenderlo y dudaba de llegar a saberlo alguna vez.

-Sabe, Hippolyte Mikhailich -dijo Nerzhin despacio-, comienzo a estar de acuerdo con usted: todos esos paisajes son Rusia.

-¿No el Cáucaso? -dijo Kondrashev-Ivanov, volviéndose rápidamente. Sus anteojos quedaron en su sitio, como si le estuvieran soldados.

Esta pregunta, aunque no era la más importante, tampoco era desdeñable. Mucha gente interpretaba mal los cuadros de Kondrashev. Sea porque fueran demasiado majestuosos o demasiado exaltados, no parecían retratar a Rusia sino al Cáucaso.

-Bien pueden haber lugares así en Rusia, -admitió Nerzhin. Se paró y caminó, mirando la "Mañana de un día original" y los otros paisajes.

-¡Pero por supuesto! ¡Pero por supuesto!, -insistió el artista-. No sólo pueden existir tales lugares en Rusia, sino que existen. Me gustaría llevarlo a algunos lugares cerca de Moscú sin guardia. Más aún, no puede ser el Cáucaso. Entienda esto: él público ha sido engañado por Levitan. Después de Levitan hemos llegado a considerar nuestra naturaleza rusa como de tono menor, empobrecida, agradable en un sentido modesto. Pero si esa fuera toda nuestra naturaleza, dígame de dónde salieron todos esos rebeldes de nuestra historia: los auto-inmolados, los amotinados, Pedro el Grande, los decembristas, los revolucionarios de la "Voluntad Popular".

-¡Zhelyabov! ¡Lenin! -acordó Nerzhin exaltado-. ¡Es cierto!... Pero Kondrashev no necesitaba aliento. Él también se estaba exaltando. Torció la cabeza y sus anteojos relampaguearon.

-¡Nuestra naturaleza rusa exulta y se enardece, y no se entrega Sumisa ante los cascos de los tártaros!

-Sí, sí -dijo Nerzhin-. Y este roble aquí torcido ¡qué diablos va a ser un roble caucásico! Si aun aquí, en el lugar más iluminado de GULAG, a cada uno de nosotros... -Gesticuló impaciente-. ¿Y en el campo? A cambio de doscientos gramos de pan negro nos piden, no solamente nuestra armonía espiritual, sino también los últimos restos de conciencia.

Kondrashev-Ivanov se irguió en toda su estatura. -¡Jamás! ¡Jamás!- Levantó la mirada, como un hombre conducido al cadalso. - Ningún campo debe quebrar la belleza espiritual de un hombre.

Nerzhin rio fríamente. -Tal vez no debería, pero lo hace. Usted no ha estado aún en un campo, de modo que no juzgue. Usted no sabe cómo nos quiebran allí. La gente entra, y cuando sale -si sale- está irreconociblemente diferente. Es bien sabido que las circunstancias determinan la conciencia.

-¡No! -Kondrashev estiró sus largos brazos, listo en ese momento para combatir con el mundo entero. -¡No! ¡No! ¡No! Eso sería degradante. ¿Para qué vive uno entonces? Y dígame, ¿por qué hay personas que se quieren lealmente cuando están separadas? Después de todo, las circunstancias dictan que deben traicionarse. Y ¿cómo explica usted las diferencias entre la gente que ha caído, en las mismas condiciones, aun en el mismo campo?

Nerzhin conocía la ventaja que le daba su experiencia en comparación con los fantásticos conceptos de este idealista que no envejecía. Con todo, no pudo menos que respetar sus objeciones.

-Un ser humano -continuó Kondrashev-, posee desde su nacimiento una cierta esencia, el núcleo, por así decirlo, de su condición humana. Su "yo"- Todavía es incierto quién forma a quién: si la vida forma al hombre o si el hombre, con su fuerte espíritu, forma su vida. Porque -Kondrashev-Ivanov repentinamente bajó la voz y se inclinó hacia Nerzhin, que otra vez estaba sentado en el bloque- porque tiene algo frente a lo cual se puede medir, algo que puede mirar. Porque tiene en sí una imagen de la perfección que en raros momentos emerge repentinamente ante su mirada espiritual.

Kondrashev se corrió muy cerca de Nerzhin y le preguntó en un susurro de conspirador, con sus anteojos brillando prometedoramente, -¿Se lo muestro?

Esta es la manera en que terminan todas las discusiones con artistas. Ellos tienen su propia lógica.

-Pero por supuesto.

Kondrashev se dirigió a un rincón, sacó una pequeña tela clavada en un marco y la trajo, sosteniéndola con el lado gris despintado hacia Nerzhin.

-¿Sabe algo sobre Parsifal? -le preguntó con voz emocionada.

-¿Algo que ver con Lohengrin?

-Su padre. El guardián del cáliz del Santo Graal.

-¿Hay una ópera de Wagner, no es cierto?

-El momento que yo he retratado no es para ser hallado en Wagner ni en von Eschenbach, sino que es el que me interesa a mí. Cualquiera puede experimentar tal momento cuando ve repentinamente la imagen de la perfección.

Kondrashev cerró los ojos y se mordió los labios. Estaba concentrado.

Nerzhin se preguntó por qué el cuadro que iba a ver sería tan pequeño.

El artista abrió los ojos. -Es sólo un estudio. Un estudio para el cuadro principal de mi vida. Probablemente nunca lo pinte. Este es el momento en que Parsifal ve por primera vez el castillo: ¡El Castillo del Santo Graal!

Colocó el estudio en un caballete delante de Nerzhin, conservando su mirada fija sobre el mismo. Levantó las manos hasta los ojos, como si estuviera protegiéndolos de una luz. Retrocediendo, tropezó con el primer peldaño de la escalera y casi se cae.

El cuadro era el doble de alto que de ancho. Representaba un desfiladero en forma de cuña, entre dos montañas escarpadas. En ambas laderas, derecha e izquierda, había un bosque espeso y ancestral. Heléchos rastreros y arbustos hostiles y feos, habían invadido los riscos. En la parte superior izquierda, desde el bosque, un caballo gris claro llevaba un jinete con casco y capa. El corcel no temía al abismo y acababa de alzar su casco, listo, a la orden del jinete, para retroceder o saltar.

Pero el caballero no miraba el abismo. Perplejo y asombrado, estaba divisando a la distancia, donde un resplandor dorado, viniendo tal vez del sol o de algo más puro que el sol, inundaba el cielo tras un castillo. Éste se erguía en la cumbre de la montaña -que subía roca sobre roca trepando en escalones y torrecillas, visible desde el fondo de la garganta a través de la grieta y en la quebrada entre los riscos, los heléchos y los árboles, apuntando como una aguja al cielo, irreal como tejido de nubes, vibrante y confuso, sin embargo, visible en los detalles de su perfección ultraterrena: el aureolado castillo del Santo Graal.

EL AGENTE DOBLE

Excepto el gordo Gustavo con sus orejas rosadas, Doronin era el zek más joven de la *sharashka*. Todavía aparecían en su cara granos de adolescente. Su naturalidad, su buena suerte, su ligereza, lo hacían querido por todos. En los pocos minutos que la administración concedía para volleyball, Ruska se entregaba al juego de todo corazón. Si los delanteros dejaban pasar la pelota, se zambullía desde atrás para devolverla, aunque se desollara las rodillas. A todos les gustaba su original sobrenombre, Ruska, que demostró ser justificado cuando, después de dos meses en la *sharashka*, su pelo, que había sido rapado en el campo, volvió a crecer enrulado y rubio.

Había sido traído desde un campo de Vorkuta porque figuraba en su registro oficial del GULAG como operario industrial. Pero resultó ser un falso operario y fue prontamente reemplazado por uno verdadero. Dvoyetyosov lo salvó de que lo retornaran al campo y le enseñó a manejar la pequeña bomba al vacío. Como era imitativo, Ruska aprendió pronto. Para él la *sharashka* era como una casa de descanso, y quería quedarse allí. En el campo había tenido que soportar toda clase de adversidades, que ahora relataba con alegre ardor: cómo casi había muerto en una mina húmeda, cómo había simulado fiebre diaria colocando piedras calientes en sus axilas. (Cuando trataron de descubrirlo usando dos termómetros, encontró piedras de tamaños similares, de modo que los termómetros no demostraran una diferencia mayor de una décima).

Pero recordando el pasado con risas -un pasado al cual acudiría una y otra vez en los veinticinco años siguientes- Ruska contó sólo a unos pocos, bajo secreto, su hazaña principal; haber engañado durante dos años a los cazadores nacionales de fugitivos.

Hasta un día de septiembre, Ruska no se destacaba particularmente entre la abigarrada multitud de los habitantes de la *sharashka*. Ese día, con una mirada de conspirador, se fue acercando a veinte de los zeks más influyentes de la *sharashka*, aquellos que representaban lo opinión pública. Comunicó excitado, a cada uno de ellos, que esa mañana el mayor Shikin, el oficial de seguridad, lo había enrolado como delator y que él había aceptado, con idea de hacer uso de tal situación.

Pese al hecho de que el legajo personal de Rostilav Doronin estaba salpicado con cinco apellidos falsos, tildes, letras y signos cifrados indicando que era peligroso, predispuesto a fugarse y debía ser esposado cuando era trasladado de un lugar a otro, el mayor Shikin, deseoso de ampliar su equipo de soplones, había decidido que Doronin, siendo joven, debía ser inestable, que ambicionaba que le fuera permitido quedarse en la *sharashka* y que por consiguiente sería leal al oficial de seguridad.

Secretamente llamado a la oficina de Shikin -primero eran llamados a la secretaría, y les decían, "sí, sí, vaya a ver al mayor Shikin"- estuvo allí tres horas. Durante todo este tiempo, mientras escuchaba las tediosas instrucciones y explicaciones del policía, los ojos agudos de Ruska no sólo estudiaban la cabezota del mayor, con el pelo encanecido a fuerza de recoger denuncias y calumnias, su cara oscura, sus manos pequeñas, sus zapatos infantiles, el juego de escritorio de mármol y las cortinas de seda, sino que también leía, del revés, desde cinco pies de distancia, los títulos de las carpetas y los

papeles bajo el vidrio del escritorio de Shikin, y advertía qué documentos guardaba en la caja fuerte y cuáles conservaba en el escritorio.

Mientras observaba estas cosas, Ruska fijaba sus ojos azules en los del mayor y asentía con la cabeza. Tras esta melancólica inocencia, bullían planes aventurados, pero el oficial de seguridad, acostumbrado a la monotonía gris de la sumisión humana, no podía adivinarlo.

Ruska entendió que Shikin podía devolverlo a Vorkuta si se negaba a convertirse en delator.

Ruska y su generación habían sido enseñados a creer que la "misericordia" era un sentimiento vergonzoso, que la "bondad" era risible y que la "conciencia" era jerga clerical. A la vez les enseñaron que la delación era un deber patriótico, que era lo mejor que podía hacerse para ayudar al denunciado, y que mejoraría la salud social. No es que Ruska estuviera convencido de todo esto, pero algún efecto le había hecho. Para él la cuestión principal no era lo malo o inaceptable de convertirse en un delator, sino adonde podía ésto conducirlo. Enriquecido por una experiencia turbulenta, por muchos choques y violentas discusiones en los presidios, -este joven podía imaginarse todos aquellos archivos siendo abiertos y todos los Shirkins sometidos a Tribunales de infamia.

Se dio cuenta así de que, a la larga sería tan peligroso cooperar con el "policía" como en este momento negarse a hacerlo.

Pero, por encima de tales consideraciones, Ruska tenía pasión por el juego. Mientras leía del revés los interesantes documentos bajo el vidrio del escritorio de Shikin, vibraba previendo la posibilidad de jugar por apuestas arriesgadas. Estaba aburrido de la falta de actividad en la acogedora monotonía de la *sharashka*.

Y cuando, por el afán de hacer parecer todo real, concretó cuánto recibiría en pago, aceptó ansioso.

Cuando Ruska se fue, Shikin, complacido por su propia penetración psicológica, se paseó por su oficina batiendo sus minúsculas palmas una contra otra; un delator tan entusiasta prometía una rica cosecha de denuncias. Por su parte, Ruska, no menos satisfecho, recorría los zeks de confianza confirmándoles que había aceptado ser un soplón por espíritu deportivo y que estudiaría los métodos del oficial de seguridad y revelaría quiénes eran los verdaderos delatores.

Los zeks, aún los más antiguos, no recordaban ningún precedente similar. Recelosamente preguntaron a Ruska por qué arriesgaba el pescuezo jactándose de ello. Él contestó: -Cuando llegue el día en que sea juzgada toda la pandilla, ustedes testificarán en mi favor.

Cada zek que lo supo se lo contó a uno o dos más, y sin embargo nadie denunció a Ruska ante el "policía". Así, cincuenta personas demostraron ser irreprochables.

Este acontecimiento excitó durante largo tiempo a la *sharashka*. Los zeks creyeron en Ruska y siguieron confiando en él, pero, como siempre, los hechos tomaron su propio curso intrínseco. Shikin exigía material, o sea denuncias. Ruska debía darle algo. Ruska recorrió sus confidentes y se quejó: - ¡Señores! Piensen cuánta más información debe existir, puesto que no ha pasado un mes y Shikin ya me presiona duramente. Por favor comprendan mi situación. Denme algún material.

Algunos no quisieron saber nada, otros lo ayudaron. Existía la decisión de terminar con cierta señora que trabajaba allí sólo por

codicia, para agregar algunos rublos a los miles que el marido traía a casa.

Despreciaba a los zeks y había expresado la opinión de que debían ser todos fusilados. Hizo este comentario entre otros empleados libres, pero los zeks pronto se enteraron. Había denunciado personalmente dos zeks, uno por mantener relaciones con una de las chicas y otro por fabricar una valija con materiales del gobierno. Ruska, sin misericordia, la hizo objeto de una falsa denuncia, informando que había despachado cartas para los zeks y robado condensadores de los gabinetes. Aunque no presentó una sola prueba ante Shikin y pese a las protestas del marido, un coronel del MVD, el poder de la denuncia secreta, tan irresistible en nuestro país, surtió su efecto y la señora en cuestión fue despedida y debió partir llorando.

A veces Ruska denunciaba también a los zeks, pero por hechos insignificantes y advirtiéndolos previamente. Después dejó de advertirles y ellos tampoco le preguntaban. Entendían por instinto que seguía informando, pero sobre asuntos que prefería no admitir.

Ruska sufrió así el destino habitual de los agentes dobles. Como antes, nadie lo denunció a él ni al juego que estaba llevando, pero comenzaron a eludirlo. El hecho de que les dijera que Shikin -tenía un programa bajo el vidrio de su escritorio, mostrando las horas en que los soplones podían llegar sin ser citados -lo cual los hubiera dejado en evidencia- no compensaba, en forma alguna, su adherencia a la cofradía de los alcahuetes.

Nerzhin, que simpatizaba con Ruska y admiraba sus intrigas, no sospechaba que era él quien lo había denunciado por poseer un ejemplar de Esenin. Ruska nunca pudo suponer que la pérdida del libro le podía causar tanta pena. Pensó que el libro pertenecía a

Nerzhin, que de todos modos sería descubierto, que nadie se lo quitaría y que en cambio Shikin podía ser atraído hacia otra pista mediante la imputación de que el libro hallado en la valija de Nerzhin probablemente le habría sido entregado por un empleado libre.

Con el gusto dulce salado del beso de Clara todavía en sus labios, Ruska salió al patio. La nieve en los tilos le parecía capullos y sentía el aire tan tibio como en primavera. En sus dos años de secretos rodeos, con todos sus pensamientos juveniles concentrados en burlar a los pesquisas que lo perseguían, nunca había buscado el amor de una mujer. Había entrado virgen a la prisión, y por las noches, tal pensamiento gravitaba sobre él como una pesada carga.

Pero en el patio, la vista de los edificios bajos y largos de la Dirección le recordaron que al día siguiente, en horas del almuerzo, quería montar un espectáculo. Había llegado el momento de anunciarlo; no podía haberlo hecho antes porque el proyecto podía fracasar. Envuelto en la admiración de Clara, que lo hacía sentirse triplemente capaz e inteligente, miró a su alrededor y vio a Rubin y Nerzhin en el límite más lejano del patio de ejercicios, junto a un tilo corpulento, y se dirigió decididamente hacia ellos. Su gorra estaba echada a un lado, y su pelo enrulado expuesto al aire apacible.

Al acercarse a ellos, Rubin se encontraba de espaldas, Nerzhin de frente. Evidentemente no estaban discutiendo temas triviales, porque Nerzhin parecía ceñudo y muy absorto. Mientras Ruska se aproximaba, Nerzhin no lo miró, no cambió su expresión en lo mas mínimo ni interrumpió el ritmo de su conversación; no hizo un gesto, pero era indudable que las palabras que oyó Ruska no era parte de su diálogo.

-En principio, si un compositor escribe demasiado, estoy siempre predispuesto en su contra. Por ejemplo, Mozart compuso

cuarenta y una sinfonías. ¿Es posible producir tanto y evitar obras apresuradas?

No, no confiaban en él. Esas palabras eran, por supuesto, un desvío, y advertían a Rubin que alguien se acercaba, porque se volvió. Viendo a Ruska dijo: -Oiga joven. ¿Qué piensa usted?, ¿son compatibles el genio y la villanía?- Rostislav contempló a Rubin con una mirada directa. Su cara reflejaba pureza y picardía. -En mi opinión no, Lev Grigorich, pero desde hace algún tiempo todos me evitan como si yo reuniera esas dos condiciones. Caballeros, he venido a hacerles una propuesta ¿les gustaría que yo denunciara durante el almuerzo de mañana a todos los Judas en el momento en que reciben sus treinta monedas de plata?

-¿Cómo puedes hacer eso?

-Bueno, ustedes conocen el principio general de una sociedad justa de que todo trabajo debe ser remunerado. Mañana cada Judas recibirá sus monedas de plata por el tercer trimestre del año.

Nerzhin expresó falsa indignación: ¡Qué ineficiencia! ¡Estamos ya en el cuarto trimestre y recién pagan el tercero! ¿Por qué esa demora?

-La lista de pagos debe ser aprobada por muchas instancias-, explicó Ruska en tono apologético. -Yo también recibiré el mío.

-¿Por qué te pagan el tercer trimestre? -preguntó Rubin sorprendido-. Después de todo sólo trabajaste la mitad de él.

-¿Y qué? ¡Me he distinguido! -dijo Ruska mirándolos con una sonrisa conquistadora.

-¿Así nomás, en efectivo?

-No, por Dios. Una orden de pago librada por una persona ficticia para ser depositada en tu cuenta personal. Me preguntaron a nombre de quién debían enviarla. Me dijeron si me gustaría de Ivan

Ivanovich Ivanov. El cliché me desagradó, de modo que pregunté si podía provenir de Klava Kudryavtseva. Después de todo, es agradable pensar que una mujer se ocupa de uno.

-¿Y cuánto te pagan por el tercer trimestre?

-¡Esta es la parte más astuta! De acuerdo con la lista, el delator gana 150 rublos por trimestre. Pero por decoro, el dinero debe ser enviado por correo, y la oficina postal cobra una comisión de tres rublos. Los "policías" son tan tacaños que no agregan nada de sus bolsillos y tan perezosos que tampoco sugieren aumentar en tres rublos la paga de los informantes. Como nadie enviaría por correo una suma tan peculiar, los tres rublos faltantes son la marca de Judas. Mañana durante la hora del almuerzo pueden reunirse todos ustedes ante la dirección del personal y mirar las órdenes de pago de todos los que salen de la oficina de seguridad. Este país debiera llegar a conocer sus alcahuetes, ¿no les parece, caballeros?

LA VIDA NO ES UNA HISTORIA DE AMOR

Mientras los copos dispersos de nieve comenzaron a caer, uno por uno, en la oscura vereda de la calle del Descanso de los Marineros, en cuyos adoquines no quedaban ni rastros de la nieve de dos días anteriores, barrida por las ruedas de los automóviles, las chicas del cuarto 418 de la residencia estudiantil de Stromynka se estaban preparando para la noche del domingo.

La habitación 418 estaba en el tercer piso. Los nueve paneles de su ventanal rectangular miraban a la calle del Descanso de los Marineros. Contra las paredes, a derecha e izquierda, había tres catres en fila, estantes de mimbre con libros y mesas de noche. Dos escritorios ocupaban el centro del cuarto, dejando sólo dos angostos espacios entre ellos y los catres. El más próximo a la ventana era llamado "el escritorio de las tesis" y estaba abarrotado con libros, anotadores, dibujos y pilas de hojas mecanografiadas. En un rincón del mismo Olenka, una cabeza rubia, leía algunas de estas hojas. Algo más lejos estaba la mesa común, en la cual Muza escribía una carta y Lyuda, frente a un espejo, desenrollaba sus rulos. Los catres llegaban hasta cerca de la pared de la puerta, dejando espacio para perchas de un lado y para un lavabo del otro, oculto tras una cortina. Se suponía que las chicas debían lavarse en el fondo del corredor, pero lo encontraban muy frío y poco confortable.

La húngara, Erzhika, estaba recostada leyendo en el catre próximo al lavabo. Tenía puesta una bata que las chicas llamaban "la bandera brasilera". Tenía otras batas seductoras que encantaban a sus compañeras, pero cuando se mostraba en público se vestía con gran sobriedad, como si buscara deliberadamente no llamar la atención. Había tomado esta costumbre durante sus años de actividad secreta en Hungría.

El catre siguiente en la fila pertenecía a Lyuda y estaba en total desorden. Lyuda acababa de levantarse poco antes. La frazada y la sábana andaban por el suelo, en tanto que sobre la almohada estaban cuidadosamente colocados un vestido de seda azul recién planchado y un par de medias. Desde el escritorio Lyuda estaba contando a nadie en especial, porque nadie en especial la escuchaba -cómo la había cortejado un poeta español, sacado de su país cuando niño. Se acordaba con todo detalle del restaurante al cual él la había llevado, la orquesta que allí tocaba, los platos que les habían servido y las bebidas que habían tomado.

Con su mentón descansando en sus puños, pequeños y redondeados, Olenka trataba de leer sin escuchar a Lyuda. Por cierto le podría haber dicho que se callara, pero su difunta madre le había advertido: -Evita la gente peleadora; nunca se sabe hasta dónde puede llegar--. Ya sabían que cuando alguien trataba de detener a Lyuda, sólo conseguía, enardecerla. Lyuda no era realmente una estudiante graduada. Había terminado el Instituto Financiero y había venido a Moscú a seguir cursos de economía política. Provenía de una familia adinerada y aparentemente seguía esos cursos principalmente para divertirse.

Para Olenka los cuentos de Lyuda eran nauseabundos, por cuánto residían exclusivamente en los aspectos frívolos de la vida,

cuyas únicas exigencias eran el dinero, el ocio, y el vacío del alma, y le parecía aún más repulsiva la noción primitiva de Lyuda, de que todo el sentido de la vida consiste en citas y relaciones con hombres.

Olenka creía firmemente que su desafortunada generación de mujeres -había, nacido en 1923- simplemente no, podía permitirse mirar las cosas de esa manera. Aceptar semejante idea significaba colgar toda su vida de una telaraña y pasar cada día esperando que se rompiera o bien descubrir que nunca había estado, unida a nada.

Sin embargo, esta dorada perspectiva acababa justamente de presentarse en la propia vida de Olenka, y sé balanceaba delante de ella como un columpio. Esta noche Olenka debía ir a un concierto con un hombre que le gustaba mucho. La perspectiva estaba allí, si la quería, y podía tomarla con las manos, pero tenía miedo de lanzarse por temor de que pudiera romperse.

Olenka todavía no había empezado a planchar su ropa para esa noche. Estaba terminando su lectura, no por sentido de obligación sino por auténtica fascinación. Estaba leyendo la tercer copia carbónica de un informe mal mecanografiado sobre las excavaciones realizadas ese otoño en Novgorod, después que ella regresó de allí. Se había pasado tarde a los estudios de arqueología, cuando ya comenzaba su quinto año. Quería trabajar en la historia con sus propias manos tanto como fuera posible, y desde la transferencia estaba encantada con su decisión. Ese verano había tenido la suerte de desenterrar una carta escrita en la corteza de un abedul, un documento vivo del siglo XII. En ella, en "su" carta, habían sólo unas pocas palabras. Un marido le escribía a su mujer pidiéndole que enviara a Sashka con dos caballos a un determinado sitio en una determinada fecha. Pero para Olenka esas líneas que ella había desenterrado eran como un sonido de trompeta que partía la tierra, y

eran mucho más importantes que las exaltadas frases de las crónicas. Después de todo, era obvio que esta ama de casa de Novgorod en el siglo XII sabía leer y escribir. ¿Qué clase de mujer habría sido? ¿Y qué tipo de ciudad sería Novgorod en esa época? ¿Quién era Sashka -un hijo, un trabajador? ¿Qué aspecto tendrían los caballos cuando Sashka los guiaba? Esta ordinaria misiva doméstica llevaba más y más a Olenka a las viejas calles de Novgorod. Se le hacía difícil refrenar su imaginación. A veces, aun en el salón de lectura, cerraba los ojos y se imaginaba en una noche de invierno, sin frío ni tormenta, dirigiéndose a Novgorod en un trineo por el camino de Tver, y desde lejos podía ver gran cantidad de fogatas (porque todavía no usaban mechas de madera) soñaba que ella era una muchacha del antiguo Novgorod y que su corazón latía de felicidad de estar de regreso, después de una larga ausencia, en su querida, libre, ruidosa y única ciudad de medio millón de habitantes.

En cuanto a Lyuda, la parte más excitante de su relato no eran los detalles externos de su "affaire" con el poeta. En su pueblo, Voronezh, donde estuvo casada tres meses y después tuvo un buen número de otros hombres, Lyuda siempre consideró que su virginidad había pasado muy pronto. Por eso aquí, desde el comienzo de su relación con el poeta español, había jugado el papel de la casta virgen, actuando como avergonzada y temblorosa ante su menor toque. Cuando el poeta asombrado le rogó su primer beso, ella se había estremecido y pasado del deleite a la desilusión, lo cual le inspiró un poema de veinticuatro líneas, lamentablemente no en ruso.

Muza, demasiado regordeta, tosca y con anteojos, parecía tener más de treinta años. Aunque le parecía incorrecto pedirle a Lyuda que se callara, estaba tratando, mientras seguía el cuento indiscreto y ofensivo, de escribir una carta a sus viejos padres que estaban en una

lejana ciudad de provincia. Su madre y su padre todavía se querían como recién casados y cada mañana, cuando salía a trabajar, su padre se volvía una y otra vez a saludar a su mujer, que lo despedía desde la puerta. La hija los quería de la misma manera. Nadie en el mundo estaba más cerca de ella que sus padres. Le gustaba escribirles con frecuencia, detallándoles sus experiencias.

Pero en este momento estaba fuera de sí. Durante dos días, desde la noche del viernes, algo le había ocurrido a Muza que ensombrecía su cansador trabajo diario sobre Turgenev, el trabajo que había desplazado todo otro interés de su vida. Se sentía como si hubiese sido untada con algo sucio y vergonzoso, algo que no era posible lavar, esconder ni mostrar a nadie y con lo cual tampoco era posible seguir viviendo.

Pasó así. El viernes por la noche, cuando había regresado de la biblioteca y se disponía a acostarse, había sido llamada de abajo, a la administración de la residencia y se le dijo que entrara a un cuarto. Allí estaban sentados dos hombres vestidos de civil, al principio muy educados, presentándose como Nikolai Ivanovich y Sergei Ivanovich. Sin preocuparse porque ya era tarde, la retuvieron una hora, dos horas, tres. Empezaron con preguntas: con quién vivía, con quién trabajaba -aunque lo sabían tan bien como ella. Hablaron sin apuro sobre patriotismo, sobre la obligación social de todos los estudiantes y científicos de no cerrarse en su propia especialidad, sino de servir al pueblo con toda su mente y sus potencialidades. Muza no tenía nada que decir contra esto; era totalmente cierto. Entonces los hermanos Ivanovich le propusieron que los ayudara; esto es, que se reuniera con uno de ellos en esa oficina en determinadas fechas, o en el centro de propaganda política de la universidad, o en el club, o en cualquier

edificio universitario convenido, y allí contestar ciertas preguntas y comunicar sus observaciones.

Así empezó este hecho largo y horrible. Comenzaron a hablarle cada vez más groseramente, gritándole, luego tratándola con insultante familiaridad: ¿Bueno, porque estás tan mal dispuesta? No es una potencia extranjera la que desea reclutarse. ¿Para qué podía servir en un servicio de inteligencia extranjero? Sería la quinta rueda del carro. Entonces declararon que no le permitirían presentar su tesis y que arruinarían su carrera universitaria, porque los estudiantes bobos no eran útiles al país. Ésto la asustó mucho, ya que debía terminar sus estudios en junio y tenía la tesis casi lista. Estaba completamente convencida de que la expulsarían de la escuela para graduados; a ellos no les costaría nada. Entonces sacaron una pistola, se la pasaron uno al otro y, como por casualidad, apuntaron a Muza. Cuando ésta vio la pistola, perdió el miedo. Después de todo, seguir viviendo luego de haber sido expulsada con malos antecedentes era lo peor. A la una de la mañana los Ivanovich la dejaron para que pudiera pensarlo hasta el martes, este martes 27 de diciembre, y le hicieron firmar una obligación de no declarar nada de lo ocurrido.

Le aseguraron que ellos lo sabían todo, de modo que si ella le contaba a alguien su conversación, sería inmediatamente arrestada y condenada sobre la base del documento que acababa de firmar.

¿Por qué desdichada casualidad la habían elegido a ella? Ahora, sentenciada, esperaba el martes. No tenía fuerzas para estudiar. Recordaba aquellos días recientes en los que no podía pensar más que en Turgenev, cuando nadie le oprimía el alma, cuando tontamente no se daba cuenta de su propia felicidad.

Y yo dije, "Ustedes los españoles le dan tanta importancia al honor de una persona, pero desde que me besaste en los labios estoy deshonrada".

La cara atractiva, aunque dura, de la rubia Lyuda, comunicaba la desesperación de una niña violada.

Olenka suspiró ruidosamente y puso el informe a un lado. Deseaba decir algo cortante, pero se contuvo otra vez. En tales momentos su barbilla regordeta, como toda su cara, adquiría líneas firmes. Frunciendo el ceño, se subió a la silla con dificultad -por su baja estatura- alcanzó a enchufar la plancha en el tomacorriente clandestino sobre la lámpara colgante, que no había sido retirado después que Lyuda había terminado su planchado. (Las planchas y los calentadores estaban estrictamente prohibidos en Stromynka. Los comandantes andaban a la caza de enchufes clandestinos y, por supuesto, no existían tomacorrientes en el piso de ninguno de los cuartos).

Durante todo este tiempo, la delegada Erzhika permanecía acostada, leyendo las obras escogidas de Galakhov. Este libro le abría un mundo de altas y brillantes personalidades, un mundo claro y hermoso, donde toda clase de sufrimientos era fácilmente conquistada. Los personajes de Galakhov nunca eran sacudidos por dudas, si servir a la patria o no, si sacrificarse o no. La profundidad e integridad de esta gente sorprendía a Erzhika. Admitía para sí que en sus años de trabajo subversivo en la Hungría de Horthy, ella nunca se hubiera preocupado de no haber pagado sus deudas, como lo hacía el joven "Komsomolet" de Galakhov, que estaba volando trenes en la retaguardia del enemigo.

Dejando el libro y poniéndose de costado, ella también empezó a escuchar a Lyuda. Aquí, en el cuarto 418, había aprendido cosas

sorprendentes y contradictorias. Por ejemplo, un ingeniero que rehusaba ir a un atractivo proyecto en Siberia permanecía en Moscú, vendiendo cerveza, en tanto que otro que había aprobado su tesis no tenía trabajo. (Los ojos de Erzhika se habían dilatado. ¿Realmente existen desocupados en la Unión Soviética?) Asimismo, para estar registrado en Moscú había que dar una gran coima. Pero, después de todo, es un fenómeno momentáneo, ¿no es cierto? -había preguntado- queriendo decir "temporario" y no "momentáneo".

Lyuda estaba terminando su relato sobre el poeta, diciendo que si se casaba con él, no tendría más remedio de fingir ser una virgen, y empezó a explicar cómo se proponía concretar esta superchería en su primera noche.

Una mirada de sufrimiento cruzó la cara de Muza. No pudo contenerse y golpeó la mesa.

-¿Pero cómo puede ser? ¿Cuántas heroínas de la literatura mundial por eso?.

-¡Porque eran tontas! -contestó alegremente Lyuda, complacida porque alguien la escuchaba. Porque ellas mismas se crearon problemas-. ¡Todo es tan simple!

Olenka puso una manta en un extremo de la mesa común y probó la plancha. Su nueva chaqueta marrón grisácea y la pollera haciéndole juego eran todo para ella. Olenka había tenido que subsistir con patatas y "Kasha", y no recordaba un momento, desde el principio de la guerra, en que hubiera tenido realmente suficiente alimento. Si podía pasar en el trolleybus sin pagar los cuarenta kopeks, lo hacía, pero este traje era de primera clase; no había nada en él que no fuere perfecto. No tenía que avergonzarse por ningún detalle. Hubiera sido preferible para ella estropear su propio cuerpo con la plancha, antes que el vestido.

Considerando todos los puntos de vista, Lyuda no sabía si debía casarse con el poeta: -No es miembro de la Unión de Escritores Soviéticos; escribe sólo en español, y no puedo imaginarme cómo andarán las cosas con sus derechos de autor.

Erzhika se asombró tanto que bajó sus pies al piso y se sentó. ¿Qué?

-preguntó-. ¿En la Unión Soviética también uno se casa por interés?

-Te acostumbrarás y comprenderás -dijo Lyuda, sacudiendo su cabeza de lado a lado frente al espejo. Se había quitado los rulos y una profusión de rizos rubios temblaban en su cabeza. Uno solo de ellos hubiera bastado para capturar al joven poeta.

-Chicas, he llegado a la siguiente conclusión -comenzó Erzhika, pero observó la mirada extraña de Muza dirigida al piso, cerca de ella, y levantó rápidamente las piernas, sobre la cama.

-¿Qué?... ¿Pasó corriendo?-gritó alarmada. Las chicas rieron. Nada había pasado corriendo. A veces, en el cuarto 418, aun durante el día, y particularmente de noche, horribles "ratas rusas" pasaban por el suelo, chillando. Durante todos estos años de lucha subterránea contra Horthy, Erzhika no había temido a nada tanto como ahora temía que las ratas saltaran a su catre y corrieran sobre ella. Durante el día, entre las risas de sus amigas, el terror pasaba, pero de noche se arropaba en las mantas por todos lados y sobre su cabeza, jurando que si vivía hasta el día siguiente dejaría Stromynka. Nadya, la química, trajo veneno y lo desparramaron en los rincones. Las ratas se calmaban por un tiempo; luego volvían a sus hazañas. Un par de semanas antes se había producido una crisis. Por supuesto, tuvo que ser Erzhika la que, sacando agua del cubo esa mañana, encontró una pequeña rata ahogada en su taza. Temblando de disgusto y

recordando la carita aguda y pacífica del roedor, Erzhika fue ese mismo día a la Embajada de Hungría y pidió ser trasladada a un departamento separado. La Embajada cursó el pedido al Ministerio de Relaciones Exteriores de la U.R.S.S., el Ministerio de Relaciones Exteriores lo pasó al Ministerio de Estudios Superiores y el Ministerio de Estudios Superiores lo giró al rector de la Universidad, quien dirigió un pedido de informes al Sector Administrativo y Económico; el Sector contestó que no existían departamentos privados y que, hasta ahora no habían existido quejas sobre ratas en Stromynka. La correspondencia siguió su curso inverso a través de las mismas vías. De todos modos, la Embajada le dio a Erzhika esperanzas de conseguir un cuarto.

Ahora Erzhika, abrazando sus rodillas, estaba allí sentada, como un pájaro exótico, con su bandera brasileña.

-Chicas, chicas -dijo en un sonsonete plañidero-, "las quiero tanto, que no las dejaría por nada sino fuera por las ratas".

Esto era sólo parcialmente cierto. Las quería realmente, pero no podía hablarle de su preocupación por el destino de Hungría, aislada en el continente Europeo. Desde el juicio de Lászlo Rajk, algo incomprensible estaba ocurriendo en su tierra. Existían rumores de que los comunistas que habían estado con ellas en los movimientos secretos habían sido arrestados. Un sobrino de Rajk, que también había estado estudiando en la Universidad de Moscú, y otros estudiantes húngaros que estaban con él, habían sido repatriados a Hungría, y nadie había recibido cartas de ellos.

Se oyó un golpe especial a la puerta, que significaba "No escondan la plancha, soy de la casa". Muza se levantó y rengueó hasta la puerta - le dolía la rodilla por reumatismo precoz. Levantó el

picaporte, y Dasha entró apurada. Era una muchacha sólida, con una boca grande y ligeramente torcida.

- Chicas - dijo riendo, sin olvidar de trancar la puerta tras de sí - . Acabo de zafarme de un admirador. ¡Adivinen quién!

- ¿Tienes tantos seguidores? - preguntó Lyuda sorprendida, mientras buscaba algo en su valija.

(Ciertamente, la Universidad se recuperaba de la guerra como de un desmayo. Los hombres en los cursos de graduados eran muy pocos y no todos, parecían verdaderos).

- ¡Un minuto! - gritó Olenka, entrando en el ambiente del juego y levantando una mano. Miró inquisitivamente a Dasha y dejó la plancha parada. ¿Fue "Mandíbulas"?

("Mandíbulas" era un estudiante que había fracasado en dialéctica y materialismo histórico tres veces en un turno y había sido expulsado de la escuela de graduados como un idiota sin remedio).

- El Camarero - exclamó Dasha, quitándose la gorra con orejeras de su cabello espeso y oscuro y colgándola en un gancho - . No se sacó el tapado con cuello de cordero, comprado tres años atrás en un cupón en el centro de distribución de la Universidad y se quedó parada junto a la puerta.

- Yo iba en el tranvía y él subió, rió Dasha: Me reconoció en seguida y me preguntó cuál era mi parada. Bueno, después de todo, no había dónde esconderse. Bajamos juntos: "Usted no trabaja más en ese baño, ¿no? He ido allí muchas veces y nunca estaba".

- Entonces debías haber dicho - La risa de Dasha era contagiosa y envolvió a Olenka como una llama" - . ¡Debías haber dicho. . . debías haber dicho. . . Pero no podía decir lo que quería y, riéndose, se sentó en el catre.

- ¿Qué camarero? ¿Cuál baño? - preguntó Erzhika.

- Debías haber dicho - dijo súbitamente Olenka, pero nuevos accesos de risa la sacudieron. Gesticuló con las manos tratando de comunicar con sus dedos lo que no podía expresar con palabras.

Lyuda reía también, y asimismo Erzhika, que todavía no entendía nada. Hasta la cara severa y rústica de Muza se abrió en una sonrisa. Se quitó los anteojos y los limpió.

-¿Adonde va usted? -había dicho él-. "¿A quién conoce en la residencia estudiantil?" Dasha se ahogaba de risa. "Le dije, conozco a una portera allí, y ella me está tejiendo unos mitones"

-¿Mitones?

-¿Tejiendo?

-¡Pero díganme, quiero saber! ¿Cuál camarero, imploraba Erzhika.

Palmearon en la espalda a Olenka. Esta última reía con mucha facilidad, pero su risa era algo más que una expresión de vitalidad juvenil; también creía que la risa es buena, tanto para la persona que ríe como para quien la oye, y que sólo aquellos que son capaces de reír de todo corazón tienen una capacidad real para vivir.

Se calmaron. La plancha estaba lista y Olenka empezó en seguida a rociar su chaqueta con agua y hábilmente la cubrió con un lienzo blanco.

Dasha se quitó el tapado. Vestida con un sweater gris ajustado y una pollera lisa con cinturón ceñido, se podía ver cómo era de flexible y bien formada, cómo podía trabajar todo el día sin cansancio físico. Retirando la colcha de colores, se sentó cuidadosamente en el borde de la cama, que había sido hecha con religioso cuidado las almohadas ahuecadas, con fundas -de encaje y servilletas bordadas aplicadas en la pared.

Le dijo a Erzhika: Ocurrió en el último otoño, en un período templado, antes de que llegaras tú. Después de todo, ¿dónde se pueden encontrar admiradores? ¿Cómo se pueden hacer amistades? Lyuda me aconsejó caminar por el Parque Sokolniki, pero sola! Dijo que las chicas estropean todo por andar en parejas.

-Es la mejor manera -dijo Lyuda-. Estaba limpiando cuidadosamente una mancha de su zapato. No es común ver una chica sola y, naturalmente, los hombres quieren abordarla.

-Así que eso fue lo que hice, continuó Dasha, pero ahora sin alegría en su voz. Caminé y luego me senté. Miré los árboles y, en efecto, un buen mozo se sentó a mi lado. ¿Quién era? Resultó ser un camarero de bar. Tuve vergüenza de decirle que yo era una estudiante graduada. Una, "mujer intelectual" es un horror para un hombre.

-¡Vamos, no digas eso! Adonde te llevará, tal actitud -objetó en seguida Olenka, molesta.

Todo estaba aquí tan vacío en el despertar de la férrea catástrofe de la guerra. Los pozos más negros abrían sus bocas donde hombres de la edad de ellas, o cinco, diez o quince años mayores, debían haber estado caminando y sonriendo. Esta frase grosera e insensata, pensada por algún desconocido: "mujer intelectual", resultaba imposible disfrutar del último rayo de luz que les quedaba, que las comunicaba con ellos y que las guiaba hacia adelante.

-.. .y le dije que trabajaba de cajera en una casa de baños. Me siguió para saber en cuál y en qué desvío. A gatas pude escaparme...

Dasha había perdido toda su animación. Sus ojos oscuros parecían angustiados.

Había estudiado todo el día en la Biblioteca Lenin, después había comido una cena insípida e insatisfactoria en el comedor y

volvió aburrida a su casa, hacia una noche de domingo que no prometía nada.

Hubo una época, durante las clases, en una espaciosa escuela de troncos en su pueblo, en que le gustaba ser una estudiante aplicada. También se alegraba de usar el Instituto como una razón para obtener pasaporte y registrarse en la ciudad. Pero ahora iba siendo mayor y había estudiado ininterrumpidamente durante dieciocho años. Estudiar le producía jaquecas. ¿Y por qué estudiaba, al final ? La felicidad para una mujer era simple: tener un bebe; pero no había con quién tenerlo, ni para quién tenerlo.

Pensativa, en el cuarto ahora silencioso, Dasha expresó su frase favorita: "No, chicas, la vida no es una historia de amor".

Es cierto que en su Estación de Maquinaria y Tractores había un agrónomo que le escribía constantemente a Dasha pidiéndole que se casara con él. Pero ella estaba a punto de graduarse y todo el pueblo diría, "¿Para qué estudió esta chica -para casarse con un agrónomo? Cualquier muchacha de la granja hubiera sido igualmente buena para él". Pero, por otra parte, Dasha sentía que aun como candidata de ciencias no podía pisar firme en la sociedad a la cual aspiraba a pertenecer; no poseía la vivacidad, ni la despreocupación que poseía la descarada Lyuda.

Mirándola a los ojos, dijo Dasha, "Lyuda, te aconsejo que te laves los pies".

Lyuda se miró los pies. "¿Te parece?"

Pero el agua sólo podía ser entibiada en el calentador, (que estaba ahora escondido), y la plancha ocupaba el enchufe clandestino.

Dasha quería borrar su tristeza con alguna clase de trabajo. Recordó que había comprado ropa interior de una medida que no era

la suya, pero había que aprovechar cuando era posible conseguirla. La sacó ahora y empezó a arreglarla.

Estaban todas calladas. El escritorio se bamboleaba bajo la plancha. Muza se encontraba verdaderamente en su carta, pero no salía bien. Releyó las últimas frases. Cambió una palabra. Retocó varias letras poco claras. ¡No, la carta no resultaba! Era una mentira y sus padres lo sentirían de inmediato. Comprenderían que las cosas iban mal para su hija y que algo espantoso había pasado. Se preguntarían por qué Muza no lo decía abiertamente, por qué estaba mintiendo por primera vez.

Si hubiera estado sola en el cuarto, Muza habría estallado en sollozos. Hubiera llorado fuerte, y tal vez eso habría mejorado las cosas. Pero, en las presentes circunstancias, tiró la pluma y hundió la cabeza en las manos, escondiendo el rostro. ¡Así son las cosas! La decisión de su vida entera y nadie para conversarla, nadie para pedirle ayuda.

El martes debía, pues, enfrentarse de nuevo con esos dos hombres envalentonados, con sus frases hechas, capaces de cualquier cosa. Así debe ser la manera en que un fragmento de granada penetra en el cuerpo -extraño, acerado, pareciendo mucho más grande de lo que es. Qué bueno sería vivir sin ese fragmento de acero en el pecho, pero ahora ya no podía ser quitado; todo había terminado, porque ellos no cederían y ella tampoco claudicaría. No claudicaría porque no podría juzgar las calidades humanas de Hamlet y don Quijote recordando que era una soplona, que tenía un nombre clave como "Margarita", o algo así, y que debía reunir información contra estas chicas o contra su propio profesor.

Muza trató de enjugar, sus lágrimas disimuladamente.

Olenka, por fin, había terminado de planchar la pollera. Ahora le tocaba a la blusa crema con botones rosados.

-¿Dónde está Nadya? -preguntó Dasha.

Nadie contestó. Nadie sabía.

Pero Dasha, mientras cosía, estaba decidida a hablar sobre Nadya. "¿Cuánto tiempo puede seguir así una mujer? Está bien; él había desaparecido en acción, pero hacía cinco años que había terminado la guerra. Ya era tiempo de terminar, ¿no? De mirar a la vida".

-¿Qué dices?, ¿Qué dices? -exclamó Muza con dolor, alzando las manos-. Las anchas mangas de su vestido gris a cuadros se deslizaron hasta sus codos, mostrando sus brazos flaccidos y blancos. "¡Esa es la única forma de amar! El verdadero amor va más allá de la tumba".

Los labios llenos y húmedos de Olenka expresaban desaprobación.

-¿Más allá de la tumba? Esa es una idea trascendental, Muza. Uno puede conservar agradecimiento y tiernos recuerdos -¿pero amor?

-Durante la guerra, -interrumpió Erzhika-, mucho gente fue llevada lejos, a ultramar. Tal vez esté en alguna parte, también.

-Podría estar -admitió Olenka-. En tal caso, ella podría tener esperanzas, pero Nadya es el tipo de persona que disfruta hasta el fondo su propia pena, y sólo la suya. La gente así tiene que tener pena en su vida.

Dasha dejó la costura, moviendo vagamente su aguja sobre una hilera y esperó hasta que todas hubieran hablado. Sabía, cuando inició la conversación, cómo las sorprendería.

-Óiganme, chicas -dijo-. Nadya nos está engañando, nos ha mentido. No cree que su marido haya muerto ni espera que esté desaparecido. Sabe que está vivo y también sabe dónde se encuentra.

Las chicas estaban perplejas.

-¿Dónde te enteraste de eso?

Dasha las miró triunfante. A causa de su notable perspicacia y penetración, sus compañeras la habían apodado "El Investigador". Todo lo que hace falta es saber escuchar. ¿Alguna vez habló de él como muerto? No. Incluso, trata de no decir "él era" y se las arregla para no decir ni "era" ni "es". Si hubiera desaparecido, podría hablar de él, aunque más no fuera una vez, como de un muerto.

-¿Pero, entonces, qué ha sido de él?

-¿Qué? -gritó Dasha, apartando su costura-. ¿No está claro? No, no estaba claro para ellas.

-Está vivo, pero la ha abandonado, y ella tiene vergüenza de reconocerlo. ¡Es humillante! Por eso, se le ocurrió la idea de tenerlo por "desaparecido".

-Esto lo creo, ésto lo creo -admitió Lyuda, chapoteando mientras se lavaba detrás de la cortina.

-¡Significa que ella se está sacrificando para su dicha! -exclamó Muza-. Significa que, por algún motivo, siente que debe callar y no casarse.

-¡Exactamente, eres lista, Dasha! -dijo Lyuda, saliendo de atrás de la cortina, sin su "robe de chambre", sólo con su combinación, sus piernas desnudas, que la hacían parecer aun más alta y esbelta. Está desesperada, y por eso asumió el papel de una santa, fiel a un cadáver. No está sacrificando un bledo, está ansiando que alguien la acaricie, ¡pero nadie la desea! Después de todo, una chica puede caminar por la

calle y todos volverse a mirarla -pero puede querer echarse en los brazos de alguno sin que nadie quiera recibirla.

Volvió tras la cortina.

-Pero, por cierto, no es necesario esperar que la gente se dé vuelta a mirarla -objetó Olénka vigorosamente-. Hay que estar por encima de eso.

-¡Ja, ja! -contestó Lyuda--, es fácil para tí porque la gente efectivamente te mira.

--Pero Shchagov la visita -dijo Erzhika, pronunciando con dificultad la-"shch" rusa.

-La visita, pero eso no significa nada todavía -dijo con convicción la invisible Lyuda-. ¡Tiene que morder el anzuelo!

-¿Qué quiere decir "morder"? -dijo Erzhika sin comprender. Todas rieron.

-No, díganme -dijo Dasha insistiendo en su punto de vista-, puede ser que ella espere todavía recuperar a su marido de la otra mujer.

Se sintió el golpe cifrado en la puerta -"No escondan la plancha, soy una amiga".

Todas estaban en silencio. Dasha levantó el cerrojo.

Nadya entró, con paso arrastrado, el rostro agobiado y envejecido, como confirmando las peores burlas de Lyuda. No saludó siquiera a las presentes ni les dijo "Acá estoy" o "Qué hay de nuevo, chicas". Colgó el saco y se fue a su cama.

La cosa más difícil en el mundo hubiera sido para ella decir unas pocas palabras corteses e intrascendentes.

Erzhika leía. Olénka terminaba su planchado ya con la lámpara del techo encendida.

Ninguna supo decir nada. Entonces, deseando romper el silencio embarazoso, Dasha recogió su costura y dijo otra vez: -No, chicas... no, chicas, la vida no es una historia de amor.

LA SOLTERONA

Después de su entrevista con Gleb, Nadya sólo quería estar con gente tan desgraciada como ella y hablar únicamente de prisiones y prisioneros.

De Lefortovo fue directamente a Krasnaya Presnya, a través de todo Moscú, a decir a la esposa de Sologdin las tres palabras sagradas de su marido.

Pero no la encontró en su casa, como era de suponer. El domingo era el único día en que la señora Sologdin podía hacer diligencias para sí y para su hijo. Nadya no pudo ni siquiera dejarle un mensaje a los vecinos, porque la señora Sologdin le había dicho, y podía creerlo, que ellos estaban en su contra y la vigilaban.

Nadya había trepado rápidamente la escalera oscura, entusiasmada con la idea de conversar con esta simpática mujer que compartía su secreta aflicción. Bajó, no solamente desilusionada, sino abrumada. Así como las imágenes aparecen paulatinamente sobre el papel en el cuarto oscuro del fotógrafo, todas las ideas sombrías y los presentimientos vagos que habían arrancado en el presidio comenzaron a pesar sobre el corazón de Nadya, después de su fracasada visita a la casa de Sologdin.

Él había dicho -sí, lo había dicho-. "No te sorprendas si me mandan lejos de aquí, si mis cartas se interrumpen". ¡Podía ser enviado lejos! Entonces, ¿aun esas visitas de una vez al año, terminarían? ¿Qué haría ella?

... Y algo sobre el curso superior del Angara...

... ¿Y no había dicho algo sobre Dios -alguna u otra frase? La prisión estaba paralizando su espíritu, llevándolo al idealismo y al misticismo, enseñándole la sumisión. Estaba cambiando; cuando volviera ya no lo reconocería.

Pero lo peor había sido oírlo decir, casi amenazador. "No debes esperar demasiado el término de mi condena. Un término es algo condicional". En la entrevista Nadya exclamó: "No quiero creerte. Sencillamente, no puede ser". Ahora, horas después, mientras regresaba de Krasnaya Presnya a Sokolniki, a través de todo Moscú, sus densos pensamientos todavía la agobiaban; no podía sacudírselos.

Si el término del encarcelamiento de Gleb nunca tendría fin, ¿qué objeto tenía esperar? ¿Para qué seguir viviendo?

Llegó a Stromynka demasiado tarde para entrar al comedor, y esto era lo único que faltaba para llevarla a la desesperación total. Se acordó de la multa de diez rublos que le habían aplicado dos días atrás, por bajar de la plataforma trasera de un ómnibus. ¡Diez rublos! Era realmente dinero en ese tiempo.

Una nieve ligera y agradable comenzaba a caer. Un chiquillo con una gorra calada hasta los ojos vendía cigarrillos Kazbek sueltos. Nadya se le acercó y compró dos.

-¿Fósforos? -se preguntó en voz alta.

-Aquí tiene fuego, tía. El chico le alcanzó una caja de fósforos. "No cobramos el fuego".

Sin pensar en lo que podía parecer, Nadya se las arregló para encender el cigarrillo, de costado, con el segundo fósforo. Le devolvió la caja al chico y, sin deseos de entrar todavía, empezó a pasearse lentamente. Aunque este no era su primer cigarrillo, no acostumbraba

a fumar. El humo era caliente en su boca y la mareaba; esto calmaba un poco el dolor de su corazón.

Después de fumar la mitad del cigarrillo, Nadya lo tiró y subió a la habitación 418.

Pasó disgustada al lado de la desordenada cama de Lyudá y cayó pesadamente en la suya, deseando más que nunca que la dejaran sola.

Sobre el escritorio estaban las cuatro pilas de papel mecanografiado con su tesis. Le había dado un trabajo interminable los dibujos, las fotocopias, la primera revisión, la segunda y ahora estaba lista para la tercera.

Desesperanzadamente, ilegalmente, la mantenía en suspenso. Ahora mismo podía entregar ese trabajo secreto y especial que le traería tranquilidad y buen sueldo, pero ello implicaría tener que llenar esas terribles ocho páginas del cuestionario de seguridad y llevarlas el martes a la Sección Personal.

Informar las cosas tal cual eran, significaba la expulsión a fin de semana de la Universidad, de la residencia, de Moscú.

De otra manera tenía que obtener el divorcio en el acto.

Y Gleb no le aconsejó nada.

Su cabeza confusa y dolorida no encontraba la salida.

Erzhika arregló su cama como pudo. No lo hacía muy bien; durante toda, su vida los sirvientes habían hecho ese trabajo por ella. Se puso rouge y partió para la Biblioteca Lenín.

Muza trataba de leer, pero no podía concentrarse. Notaba la tristeza de Nadya y la mirada con preocupación, pero no se atrevía a preguntarle qué le pasaba.

Dasha dudaba entre planchar o no. Nunca podía quedarse quieta, -He oído, -dijo-, que nos doblarán la asignación para libros este año. Olenka saltó.

-¡Estás bromeando!

-Es lo que el Decano informó a nuestras compañeras.

-Un momento. ¿Cuánto sería? La cara de Olenka ardía con el placer que el dinero sólo puede traer a la gente que sin estar acostumbrada a él, tampoco es codiciosa. "Trescientos más trescientos son seiscientos. Setenta más setenta son ciento cuarenta. Cinco y cinco son -¡eh!" gritó, palmeteando, "¡setecientos cincuenta! ¡Ahora es algo!"

-Ahora te comprarás por tu cuenta las obras completas de Soloviev, dijo Dasha.

-No sé, no sé, dijo Olenka sonriendo. "Tal vez un vestido granate, hecho con el "crepé" de Georgette. ¿Te lo imaginas?" Levantó el borde de su pollera. "Con doble vuelo".

Existían muchas cosas que Olenka no tenía. Recién este año había empezado a reaccionar, desde la muerte de su madre. Al faltarle esta última, no le quedaba ningún otro pariente vivo. En una sola semana, en 1942, ella y su madre habían recibido subsidios por fallecimiento en acción de guerra de su padre y su hermano. Poco después, su madre se había enfermado de gravedad y Olenka había tenido- que perder el primer año de su curso de historia. Un año después lo recuperó, a través de una escuela por correspondencia. Había trabajado por las noches en un hospital y atendido la Casa durante el día. Había tenido que salir a buscar leña en el bosque y a cambiar su ración de pan por leche.

No quedaba ninguna huella de todo esto en la cara dulce y llena de sus veintiséis años.

Consideraba que uno debía sobrellevar cualquier cosa, sin dejar que sus preocupaciones se convirtieran en una carga para el prójimo.

Por eso estaba molesta con el espectáculo del manifiesto sufrimiento de Nadya, que sólo servía para deprimir a todas Olenka le preguntó: -¿Qué te pasa, Nadya? Estabas bastante contenta esta mañana.

Las palabras eran amables, pero su sentido era irritante. A través de su entonación, la voz humana puede revelar sentimientos que escapaba al análisis.

Nadya se percató del fastidio de Olenka, no sólo por su voz; sus ojos vieron cómo se vestía delante de ella, cómo pinchó el prendedor en forma de flor en la solapa, cómo se perfumaba.

El perfume, que confería a Olenka un invisible ambiente de alegría, llegó hasta Nadya como el aroma de su propia pérdida.

Sin cambiar de expresión y hablando con gran dificultad, dijo Nadya:

"¿Te molesto? ¿Echo a perder tu buen humor?"

Aunque las palabras no contenían ningún reproche en la superficie, existía un reproche latente en la manera de decirlas.

Olenka se enderezó. Sus labios se volvieron angostos y apretados y su mandíbula tomó una forma recta y firme.

Las dos mujeres se miraron a través del abigarrado escritorio.

-Oye, Nadya, -dijo Olenka marcando cada palabra--. No quiero ofenderte, pero como decía nuestro común amigo Aristóteles, el ser humano es un animal sociable. Podemos compartir nuestras alegrías, pero no tenemos derecho a desparramar tristeza.

- Nadya, sentada en su cama, se quedó quieta y encorvada, como una vieja.

-¿Tienes alguna idea, -dijo con una voz suave y apagada--, de lo triste que una puede llegar a estar?

-Lo comprendo perfectamente. Estás triste. Te creo, pero no puedes pensar que eres la única persona que sufre en este mundo. Otros, tal vez, han pasado por cosas peores. Piénsalo.

No quiso seguir diciendo, "Por qué es peor un marido desaparecido, que puede ser reemplazado, que un padre y un hermano muertos y una madre que nunca se podrá sustituir?"

Se quedó muy rígida, mirando severamente a Nadya.

Nadya sabía que Olenka hablaba de sus propias pérdidas. Lo entendió, pero no aceptó este argumento. Sin embargo, pensó, la muerte es irrevocable, pero sólo ocurre una vez. Te conmueve una sola vez, pero después, poco a poco, retrocede hacia el pasado. Gradualmente, la pena te va dejando y te llega el momento de ponerte un broche en forma de flor, perfume, y salir hacia una cita.

Pero la aflicción de Nadya estaba siempre con ella, se aferraba a ella; existía en el pasado, el presente y el futuro. Aunque tratara, aunque quisiera interesarse por otras cosas, no podía escaparle.

Mas para dar una explicación aceptable, hubiera tenido que revelar su secreto y eso era demasiado peligroso.

De modo que se entregó y mintió, señalando su tesis con la cabeza.

-Bueno, perdónenme, estoy completamente agotada. No tengo fuerzas para revisarla otra vez. ¿Cuántas veces es posible repasar algo?

De esta manera, desapareció completamente el enojo de Ólenka, quien dijo en tono amistoso: -¡Oh!, ¿debes depurarla de extranjeros? No eres la única. No te dejes aplastar por eso.

("Depurar de extranjeros" significaba revisar la tesis y reemplazar todas las referencias a autores de otros países. "Lowe demostró", por ejemplo, debía leerse "Los científicos han logrado demostrar". "Como Langmuir lo comprobó", debía convertirse en

"como ha sido comprobado". Y si alguno que no fuera ruso, sino dinamarqués o alemán al servicio de Rusia hubiera hecho algo para distinguirse, entonces había que poner su nombre y patronímico completo y destacar debidamente su alto patriotismo y sus inmortales servicios a la ciencia.)

-Los extranjeros no; ya los eliminé hace tiempo. Ahora debo borrar al Académico B.

-¿Nuestro propio soviético?

-.. .y toda su teoría. He construido mi tesis sobre ella, y ahora resulta..... que él...

El académico B. había caído en el mismo abismo que el marido de Nadya.

-Bueno, no te tomes las cosas tan a pecho-, decía Olenka. -Por lo menos, te dejarán revisarla. Podría ser peor. Muza me decía:

Pero Muza no la oía. Por suerte pudo compenetrarse en la lectura de su libro y el resto del cuarto no existía.

-Muza decía que había una chica en el departamento de literatura que fundó su tesis sobre Zweig hace cuatro años, y fue nombrada profesora ayudante. Súbitamente descubrieron que había dicho tres veces en la tesis que Zweig era "cosmopolita" y que la tesis lo había sostenido. La llamaron por ello a la Máxima Comisión de Credenciales y la degradaron. ¡Qué espanto!

-Uf, Nadya, estás preocupada por tu química. -dijo Dasha-. ¿Qué diríamos nosotros las de economía política? Nuestros cuellos están en la horca, pero de alguna manera conseguimos sobrevivir. Respiramos. Ahora me estoy desenvolviendo bien, gracias a Stuzhaila - Olyátyshkin.

Dasha estaba recomenzando su tesis por tercera vez. Su primer tema había sido "Problemas de la Distribución de Alimentos bajo el

Socialismo". Ese tema había sido clarísimo veinte años atrás, cuando todos los pioneros, y Dasha entre ellos, sabían de memoria que la cocina familiar era algo del pasado y que las mujeres liberadas desayunarían y almorzarían en comedores colectivos. Pero, a través del tiempo, el problema se había vuelto confuso y aun peligroso. Algunos, aun cuando comieran en comedores colectivos -la propia Dasha, por ejemplo- lo hacían sólo por maldita necesidad.

Únicamente prosperaban dos formas de comida colectiva: los restaurantes -donde la expresión del principio socialista no era todo lo que podía esperarse- y los pequeños bares baratos, que sólo vendían vodka. Teóricamente, existían todavía los comedores colectivos, porque el Gran Corifeo había estado demasiado ocupado en los últimos veinte años como para tratar el tema de la distribución de la comida. Por eso era peligroso hablar por cuenta propia. Dasha se preocupó por la tesis durante un largo tiempo, hasta que su padrino le cambió el tema, pero eligió el nuevo de una lista equivocada: "Comercio de Bienes de Consumo bajo el Socialismo". No parecía que hubiera mucho material en este tema. Todos los discursos y las directivas decían que los bienes de consumo podían ser, y aun que debían ser producidos y distribuidos. No obstante, hablando concretamente, esos bienes, comparados con el acero en barras y los productos del petróleo, habían empezado a decaer y ya fuera que la industria ligera se desarrollara o decayera, el consejo ilustrado lo ignoraba. Por ello, a su debido tiempo, desechó también ese tema.

Entonces las buenas gentes le aconsejaron y Dasha pidió el tema: "El economista ruso del siglo XIX Stuzhaila-Olyabishkin".

Olenka preguntó riéndose: -¿Has encontrado ya el retrato de su benefactor?

-¡Cruel ingratitud! -Olenka estaba tratando de estimular a Nadya, sintiéndose ella misma muy eufórica con la perspectiva del programa nocturno. -Yo lo hubiera encontrado y colgado sobre mi cama. Puedo describirlo perfectamente: un tipo muy hermoso de terrateniente, con anhelos espirituales insatisfechos. Después de un fuerte desayuno se sentaría con su bata frente a la ventana, allá, en la provincia de Evgeni Onegin, donde nunca soplan las tormentas de la historia. Allí estaría sentado, mirando cómo Palashka, la muchacha, daba de comer a los cerdos, y meditando soñadoramente:

-Con qué se enriquece el estado, de qué vive...

-Y por la tarde jugaría a las cartas. -Olenka reía y reía.

Lyuda se había puesto el vestido celeste; que estaba sobre su cama.

Nadya suspiró y sacó la vista de la cama desordenada. Lyuda estaba frente al espejo, retocando el maquillaje de sus cejas y pestañas y pintando cuidadosamente sus labios en forma de pétalos.

Repentinamente habló Muza, como si hubiera estado todo el tiempo en la conversación: -¿Han notado lo que hace a los héroes de la literatura rusa diferentes de los héroes de las novelas occidentales? Los protagonistas de la literatura occidental siempre andan atrás de carrera, dinero, fama. Los rusos pueden arreglárselas sin comida ni bebida

-sólo buscan justicia y bondad. ¿No es cierto?

Y se sumergió otra vez en su libro.

Lyuda se había colocado las botas y estaba tomando su abrigo de piel. Nadya le señaló bruscamente su cama y le dijo con disgusto:

-¿Vas a dejar esa porquería para que tengamos que recogerla otra vez?

-¡No la recojas!-, dijo Lyuda llevada por la ira, con los ojos brillantes. -¡No te atrevas a tocar mi cama nunca más!- Su voz subió hasta el grito: -¡Y no me sermonees!

-Es hora de que comprendas, -exclamó Nadya, liberando sus sentimientos reprimidos-. Nos estás insultando. ¿Crees que no tenemos otra cosa en la cabeza que tus correrías nocturnas?

-¿Estás celosa? Nadie está enganchado en tu anzuelo.

Sus rostros estaban distorsionados, feos como siempre lo son los de las mujeres encolerizadas.

Olenka abrió la boca para estallar también contra Lyuda, pero no le gustó el tono de la frase "correrías nocturnas".

(No eran tan enteramente placenteras como podían parecer, tales correrías nocturnas).

-¡No hay motivo para celos!, -dijo sordamente Nadya, con la voz quebrada.

-Si erraste el camino, -gritó aún más fuerte Lyuda, con la sensación de victoria-, y en vez de aterrizar en un convento caíste aquí para trabajar como graduada, muy bien, siéntate en tu rincón, pero no actúes como una madrastra. Me enfermas, solterona!

-¡Lyuda, cómo te atreves! -gritó Olenka.

-¿Entonces, por qué se mete en los asuntos ajenos? ¡Monja! ¡Solterona! ¡Desafortunada!

En este punto intervino Dasha y quiso probar algo muy enérgico. Muza se levantó también y, sacudiendo su libro frente a Lyuda, comenzó a gritar: -¡Mediocridad! ¡Mediocridad triunfante!

Las cinco chillaban a la vez, sin escucharse ni ponerse de acuerdo.

Sin entender nada, avergonzada de su exabrupto y de sus sollozos incontrolables, Nadya, todavía vestida con lo mejor para la

visita a la cárcel, se arrojó boca abajo sobre su cama y se tapó la cabeza con la almohada.

Lyuda se empolvó la cara y cepilló una vez más sus rulos rubios. Dejó caer el velo de su sombrero justo hasta sus ojos y, sin arreglar la cama pero tapándole con la manta como una concesión, salió del cuarto.

Las otras quisieron hablarle a Nadya, pero no se movió. Dasha le quitó los zapatos y tapó sus piernas con las esquinas de la manta.

Se sintió un golpe en la puerta. Olenka saltó al corredor, volvió como el viento, recogió sus rulos bajo el sombrero, se metió en un tapado de piel con cuello amarillo y se dirigió a la puerta con paso ágil.

(Era un paso hacia la felicidad, pero también la batalla).

Así fue como el cuarto 418 envió al mundo dos bonitas y elegantes tentaciones, una atrás de otra.

Pero, al perder con ellas su vitalidad y alegría, la habitación quedó aún más deprimida. Moscú era una ciudad enorme, pero no había dónde ir.

Muza ya no leía; se quitó los anteojos y escondió la cara en sus grandes manos.

Dasha dijo:

-Olenka es tonta. Él sólo jugará con ella y la abandonará. Dicen que tiene otra chica en alguna parte y tal vez también un hijo.

Muza miró detrás de sus manos. -Pero Olenka no está atada a él. Si eso resulta ser cierto, siempre puede dejarlo.

-¿Qué quieres decir, que no está atada?, -Dasha sonrió irónicamente-. ¿A qué clase de atadura te refieres, si...

-¡Oh, siempre sabes todo! ¿Cómo puedes saber eso? -Muza estaba indignada.

-Bueno, ella pasa la noche en la casa de ellos.

--¡Oh, eso no significa nada! Eso no prueba nada, -dijo Muza.

-Es la única manera ahora; de otra forma, no los puedes conservar.

Las dos muchachas quedaron en silencio, cada una con sus distintas opiniones.

La nieve caía afuera más pesadamente. Ya estaba oscuro.

El agua gorgoteaba suavemente en el radiador bajo la ventana.

Era insoportable pensar que iban a matar la noche del domingo en este agujero.

Dasha pensó en el camarero que había rechazado, un hombre fuerte y sano. ¿Por qué lo había dejado? Es cierto que la llevó a un club de suburbio, donde no concurría gente de la Universidad. ¿Y qué?

-¡Muza, vamos al cine te suplico! -dijo Dasha.

-¿Qué dan?

-La tumba india.

-¡Oh, esa tontería! ¡Tontería comercial!

-Pero la dan en este mismo edificio, en la puerta de al lado.

Muza no contestó.

-¡Bueno, esto es realmente aburrido!

-No voy -dijo Muza-. Búscate trabajo para hacer. De repente la luz eléctrica disminuyó. En la lámpara sólo quedó encendido un fino filamento rojo.

-Eso es lo que faltaba -gruñó Dasha-. Uno podría ahorcarse en un lugar así.

Muza se quedó sentada como una estatua.

Nadya yacía inmóvil en su cama.

-Muza, vayamos al cine.

Golpearon la puerta.-

Dasha se asomó y volvió: -¡Nadya! ¡Shchagov está aquí! ¡No te vas a levantar!

EL FUEGO Y EL HENO

Nadya lloró largo rato. Mordía la manta para tratar de calmarse. Su cara estaba salada y mojada y la almohada sobre su cabeza la asfixiaba.

Hubiera deseado marcharse a cualquier parte, salir del cuarto hasta tarde, pero en toda la enorme ciudad de Moscú no había un lugar donde ir.

No era la primera vez que le enrostraban esos nombres: "madrastra", "rezongona", "monja", "solterona". Lo peor es que eran totalmente falsos.

Pero, ¿puede acaso ser fácil el quinto año de una mentira? El rostro se pone tenso y acalambreado bajo la máscara constante, la voz se vuelve chillona, el criterio deshumanizado. ¿Se habría convertido, tal vez, en una solterona insoportable?

Es tan difícil juzgarse uno mismo, en una residencia en la cual uno no puede, como en casa, descargar su malhumor sobre la madre. En una residencia, entre sus iguales, uno se acostumbra a verse bajo el peor aspecto.

Excepto Gleb Nerzhin, nadie, absolutamente nadie, podría comprenderla.

Pero Gleb tampoco la entendía. No le había dicho nada -qué hacer, cómo vivir. Sólo le había dicho que no existía fin para su condena.

Con unas pocas frases rápidas y confidenciales, había derribado todo lo que la venía manteniendo día a día, toda su fe, sus esperanzas, todo lo que la había sostenido en su soledad.

¡No habría fin para su condena!

Eso quería decir que no la necesitaba.

¡Oh, Dios, Dios!

Nadya yacía estirada. Con ojos abiertos y fijos miraba, entre la almohada y la manta, un trocito de pared -y no podía entender, no quería entender qué clase de luz había en el cuarto. Parecía muy oscuro, pero, sin embargo, podía reconocer las ampollas en la conocida pintura ocre.

Repentinamente oyó, a través de la almohada, el especial tamborileo sobre la puerta de madera, doce golpecitos como arvejas cayendo en una cacerola, tres veces cuatro dedos. Aun antes que Dasha le dijera -: ¡Nadya!, Shchagov está aquí. ¿No te vas a levantar? Nadya había arrojada la almohada, alisando su pollera que estaba arrollada hasta la cintura, se había pasado un peine y se ponía los zapatos.

Bajo la luz quieta y apagada del medio voltaje, Muza la vio precipitarse y se apartó bruscamente.

Dasha se apuró a arreglar la cama de Lyuda y recogió las cosas dispersas por el cuarto.

Entonces hicieron entrar al visitante.

Shchagov entró con su viejo capote militar echado sobre los hombros. Era alto, con porte marcial. Podía inclinarse, pero sin doblar la espalda. Sus movimientos eran sobrios y controlados.

-¿Cómo les va?, gentiles señoras, -dijo en tono condescendiente- Vine a ver cómo pasaban su tiempo sin suficiente luz -y a hacer lo propio. Es para morir de aburrimiento.

Qué alivio, pensó Nadya; con tan poca luz no podría darse cuenta de que ella había estado llorando.

-Vale decir que si no fuera por el apagón no habría venido.

-Dasha adoptó el tono de Shchagov, flirteando inconscientemente, como lo hacía con todos los hombres solteros que se le cruzaban.

-De ningún modo. A plena luz el rostro de las mujeres queda desprovisto de todo encanto; revela todas sus expresiones malévolas, sus miradas envidiosas, sus arrugas prematuras, sus pesados cosméticos.

Nadya se estremeció al oír las palabras "miradas envidiosas" - era como si él hubiera estado oyendo su discusión.

Shchagov prosiguió: -Si yo fuera mujer, dictaría una ley para que la luz permaneciera baja. Todas pronto tendrían marido, en ese caso.

Dasha lo miró con desaprobación. Shchagov siempre hablaba así y a ella no le gustaba. Todas sus frases parecían memorizadas, poco sinceras.

-¿Puedo sentarme?

-Por favor, -replicó Nadya, con una voz apacible, que no tenía huellas de la reciente fatiga, de la amargura, de las lágrimas.

A diferencia de Dasha, le gustaba Shchagov por su dominio de sí mismo, -su manera pausada de hablar, su voz firme y baja. La calma parecía emanar de él y sus ocurrencias le eran bastante agradables.

-Pueden ustedes no proponérmelo por segunda vez, de modo que me sentaré inmediatamente. ¿Y qué están ustedes haciendo, mis jóvenes estudiantes graduadas?

Nadya callaba. No podía hablar fácilmente con él; se habían peleado el día anterior y ella, con un movimiento repentino e impulsivo, que implicaba una intimidad que nunca había existido

entre ellos, le había pegado en la espalda con su cartera y había huido corriendo. Fue tonto, infantil y ahora la presencia de terceras personas hacía que las cosas fueran más fáciles para ella.

Dasha contestó: -Vamos al cine. No sabemos con quién.

-¿Y qué dan en el cine?

-"La tumba india".

-¡Oh! Deben ir, por cierto. Como dijo una de las enfermeras, hay muchos tiros, muchas muertes y en todo sentido es una cinta maravillosa.

Shchagov estaba cómodamente sentado frente al escritorio que todas compartían.

-Discúlpenme, gentiles señoras, esperaba encontrarlas bailando tomadas de las manos, pero, en cambio, parece que hubiera un funeral. ¿Problemas con sus padres? ¿Están descontentas con la última decisión del Comité del Partido? Después de todo, no parece referirse a los estudiantes.

-¿Qué decisión, -preguntó Nadya sordamente.

-¿Qué decisión? Sobre la verificación del origen social de los estudiantes, para saber si dicen la verdad cuando dan los datos de sus padres. Bueno, Muza Georgiyevna. ¿Está segura de no haber escondido algo? Hay toda clase de ricas posibilidades -alguien puede haber confiado algo a alguien, o hablado en sueños, o leído correo ajeno, toda clase de cosas.

(El corazón de Nadya se oprimió. ¡Seguían buscando, explorando, excavando! ¡Qué harta estaba de todo eso! ¿Cómo podía alejarse de ello?).

-¿Qué clase de villanía es esa?-exclamó Muza.

-¿Quiere decir que ni esto las divierte tampoco? Bueno, les voy a contar un cuento muy divertido sobre la votación secreta efectuada ayer en el Consejo de la Facultad de Matemática.

Shchagov hablaba a todas, pero sólo miraba a Nadya. Sé había preguntado durante mucho tiempo que es lo que Nadya quiere de él. Cada nuevo incidente lo hacía más claro.

Ella quiso estar junto al tablero mientras él jugaba al ajedrez con alguien y le pidió que jugara con ella para enseñarle los movimientos de apertura (¡Dios mío! Pero, después de todo, el ajedrez ayuda a matar el tiempo).

O ella le invitaba a escuchar su próximo concierto.

(¡Pero eso era natural! Todo el mundo quiere ser elogiado, y por alguien no enteramente indiferente).

O tuvo alguna vez una entrada "extra" para el cine y le había pedido que la acompañara.

(¡Oh!, sólo quería tener la ilusión, por una noche, de que alguien la sacara).

Y en el cumpleaños de él le había dado un regalo, una libreta de anotaciones, pero tan torpemente. Se la había deslizado en el bolsillo y había huido. ¿Por qué actuaba así? ¿Por qué se escapaba?

(¡Oh! Era sólo turbación).

La había alcanzado en el corredor y había forcejeado con ella, haciéndole creer que quería, devolverle la libreta, y en la lucha la había abrazado, y ella se había dejado estrechar; por un instante no había hecho un solo movimiento para desprenderse.

Hacia muchos años que nadie estrechaba a Nadya; el hecho repentino y violento debía haberla anonadado.

Entonces vino el golpe juguetón con la cartera.

Como lo hacía con todas, Shchagov se había mantenido bajo control férreo con Nadya. ¿Podía ser simplemente una mujer solitaria mendigando ayuda? Y si así fuera ¿quién podría ser tan inflexible, tan duro como para negarse?

De modo que esa noche Shchagov había venido desde su cuarto, el 412, hasta el 418, no sólo convencido que encontraría a Nadya allí, sino que lleno de agitación por lo que podría ocurrir entre ellos.

Si las chicas se mostraban divertidas con su historia sobre la curiosa votación efectuada por los matemáticos, era sólo por educación.

-Bueno, ¿se van a prender las luces o no? -gritó impaciente Muza.

-Veo que mis cuentos no las entretienen, y en especial a Nadezhka Ilinichna. Su cara es como una nube de tormenta y yo sé por qué: la multaron en diez rublos días pasados y no puede olvidarlo.

Nadya se enfureció. Tomó su billetera, arrancó el cierre, sacó un papel y lo rompió histéricamente. Tiró los pedazos al escritorio, frente a Shchagov.

-Muza, por última vez ¿vienes?, -preguntó Dasha con una voz tensa, recogiendo su tapado.

-¡Voy! -contestó con aire monótono, yendo a buscar su tapado.

Shchagov y Nadya no se dieron vuelta a mirar cómo salían las chicas.

Pero cuando se cerró la puerta, Nadya sintió miedo.

Shchagov recogió los trozos de papel y los puso a la luz. Otro billete de diez rublos. Shchagov se levantó dejando el capote en la silla, pasó al lado del estante de libros entre la cama de Nadya y la mesa de trabajo y se acercó a ella; era mucho más alto, tomó las pequeñas manos de ella entre sus grandes manos.

-¡Nadya! -Era la primera vez que la llamaba así. Se sintió extrañamente agitado.- ¡Perdóname! Tengo mucho que reprocharme... . Ella permanecía tesa; su corazón saltaba y se sentía débil. Su furia sobre el billete de diez rublos había pasado tan pronto como había venido. Le acudió un extraño pensamiento: no había ningún carcelero allí, inclinando su cabeza bovina hacia ella. Podían hablar lo que quisieran. Podían decidir por sí mismos cuándo habrían de separarse.

La cara de él estaba muy cerca, dura, fuerte, armoniosa.

La tomó por los dos codos, tibios- bajo la blusa de batista.

-¡Nadya!, -dijo nuevamente, muy despacio.

Él era la persona con quien podía conversar sobre el nuevo problema del tema especial y sobre el nuevo cuestionario -podía hablar de todo con él.

Ella misma había empezado y ahora dijo:

--Déjame.

-No la entiendo, Nadya -dijo él, corriendo las manos de sus codos a los hombros, y sintiendo su suavidad y tibieza.

Por tercera vez la había llamado "Nadya" y ella no había reaccionado.

-¿Entender: qué? -preguntó ella, sin moverse.

El la acercó hacia sí.

La media luz disimuló el color que le subió a la cara. Lo empujó.

-¡Déjeme! ¿Cómo pudo pensar?

Enojada, ella sacudió la cabeza, y un mechón le cayó sobre la cara, tapándole un ojo.

-¡Maldito si la comprendo y si sé qué pensar de usted. -La soltó y se arrimó a la ventana.

El agua del radiador seguía agitándose suavemente.

Nadya se arregló el pelo con manos temblorosas.

Shchagov encendió un cigarrillo con manos temblorosas. Respiraba fuerte. ¡Era imposible saber lo que quería esa mujer!

-¿Sabe? -le preguntó, marcando las pausas-, ¿cómo arde el heno seco?

-Sí, lo sé, -contestó ella indiferente-, arde hasta el cielo y queda convertido sólo en una pila de cenizas.

-¡Hasta el cielo! -repitió él.

-Una pila de cenizas, -dijo ella otra vez.

-Dígame, entonces: ¿por qué insiste en tirar fósforos encendidos en la paja seca?

¿Sería posible? ¿Cómo pudo interpretarla tan mal? Al fin y al cabo, todo el mundo quiere gustarle a alguien alguna vez aunque sea de a ratos. -¡Salgamos! -exigió ella-. A alguna parte.

-No vamos a ninguna, parte. Nos quedamos aquí mismo. Él fumaba tranquilamente ahora, sosteniendo su boquilla en una esquina de la boca. A ella le gustaba cómo fumaba.

-¡No, por favor, vayamos a alguna parte! -dijo otra vez.

-Sea aquí o en otra parte -contestó él, interrumpiéndola sin miramientos-, debo decírselo: tengo una novia. No le puedo prometer nada y no podemos ser vistos juntos en el centro.

LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS

Nadya y Shchagov tenían en común el hecho de que ninguno de los dos había nacido en Moscú. Los moscovitas nativos que Nadya conocía en la Escuela para Graduados tenían un aire ponzoñoso de superioridad; "patriotismo moscovita", lo llamaban. Consideraban a Nadya, a pesar de los éxitos en sus estudios, como una persona de segundo orden, con mayor razón que a otros provincianos por su poca facilidad para disimular los sentimientos.

Shchagov era provinciano también, pero se había abierto camino a través del ambiente de Moscú como un rompehielos a través del agua quieta. Una vez ella oyó que un joven estudiante graduado se disponía a humillar a Shchagov preguntándole con un orgulloso ademán de la cabeza viperina: -Y usted, en realidad... ¿de qué región es?

Shchagov, que lo sobrepasaba en estatura, lo miró al estudiante con una especie de lánguida compasión. Meciéndose suavemente sobre los talones, contestó. -Nunca tuvo ocasión de ir allí. De una provincia llamada el Frente bélico, una aldea llamada "Trinchera".

Es bien sabido que la historia de nuestra vida no sigue un camino uniforme a través de los años. En la vida de todo ser humano existe un período durante el cual se manifiesta más plenamente, se siente más profundamente realizado, y actúa con efectos más hondos sobre sí mismo y los demás. De allí en adelante, cualquier cosa que le

ocurra a esa persona, por significativa, que parezca exteriormente, es pura declinación. Recordaremos esa fracción de melodía que alguna vez resonó en nosotros, nos emborracharemos por ella, la tocaremos una y otra vez en diferentes tonos y la cantaremos una y otra vez para nosotros mismos. Para algunos, ese período está en la infancia, y entonces siguen siendo niños toda la vida. Para otros, coincide con el primer amor, y esa es la gente que difunde el mito de que sólo se ama una vez. Aquellos para quienes haya sido el período de su mayor fortuna, honor o poder, seguirán en la vejez rumiando con las encías despobladas su grandeza perdida. Para Nerzhin, ese tiempo fue la prisión. Para Shchagov, la guerra.

Shchagov había entrado en la guerra ansioso y aterrado. Fue llamado en el primer mes y no lo licenciaron hasta 1946. Durante los cuatro años, dudaba cada mañana si viviría hasta la noche. No sirvió en equipos importantes, y sólo dejó el frente para entrar en el hospital. Estuvo en la retirada de Kiev en 1941 y, a lo largo del Don, en la de 1942. Aun cuando la guerra mejoró en 1943 y 1944, estuvo también esos años en retirada -en 1944 bajo Kovel. En zanjas a los costados de los caminos, en trincheras lavadas, entre las ruinas de las casas incendiadas, conoció el valor de una marmita de sopa, el de una hora de reposo, el sentido de la amistad y el de la vida misma.

Los sufrimientos del Capitán de Ingenieros Combatientes Shchagov no podían ser aliviados ahora ni en décadas enteras. Sólo podía pensar en la gente de una manera: si eran o no soldados. Aún en las calles de Moscú, que parecían haber olvidado todo, mantenía esta distinción: de todos los seres humanos, sólo los soldados podían ser sinceros y amistosos. La experiencia le había enseñado a no confiar en nadie que no hubiera probado el fuego de la batalla.

Después de la guerra, Shchagov había quedado sin familia; la casa en que vivía había sido bombardeada. Sus bienes de este mundo se reducían al fardo que llevaba en la espalda y a una valija llena del botín tomado a los alemanes, si bien es cierto que, para suavizar su reingreso a la vida civil, todos los oficiales desmovilizados recibían doce meses de paga según su rango -salarios por no hacer nada.

Cuando volvió del frente, Shchagov, como muchos combatientes, quedó aturdido. Regresaban momentáneamente mejorados como personas, purificados por el contacto con la muerte y, precisamente por eso, era más duro el choque con la transformación ocurrida en su país, lejos de las líneas de fuego. Notaban una especie de amargura y endurecimiento de los corazones, a veces una falta total de conciencia, un abismo entre la pobreza hambrienta y la riqueza gorda e insolente.

¡Al diablo con todo! Ciertamente estos ex-soldados seguían existiendo, caminaban por las calles y andaban en subterráneo, pero estaban vestidos de diferentes maneras y ya no se reconocían entre sí. De alguna forma empezaron a dejar las leyes del frente y adoptaron las reglas comunes.

Era algo como para pensarlo.

Shchagov no hacía preguntas. No era uno de esos infatigables defensores de la justicia universal. Consideraba que las cosas suceden como quieren suceder y que nadie puede detenerlas. Uno sólo puede elegir entre embarcarse o no en ellas. Ahora era evidente que la hija de un General, por la sola virtud de su nacimiento, está predestinada a no ensuciarse jamás las manos; nunca se la encontraría trabajando en una fábrica. Aun si el secretario de una delegación local del Partido quedara cesante, era imposible imaginárselo manejando un torno. Las normas para el trabajo a destajo en las fábricas no eran cumplidas por

aquellos que las creaban, así como los hombres que iban a la batalla no eran los mismos que escribían las órdenes para la batalla.

Todo esto, en realidad, no era cosa nueva en este planeta, pero hería a ciertas personas individualmente. Hería al Capitán Shchagov no tener derecho, después de sus leales servicios, a participar en esa manera de vivir por la cual había luchado. Ahora tenía que luchar otra vez, en una batalla no sangrienta, sin fusil, sin granadas de mano; tenía que elaborar el derecho de vivir aquí a través del despacho del contador, y oficializarlo con un sello.

Y hacerlo alegremente.

Shchagov. había partido a la guerra antes de terminar su quinto año y obtener su diploma, de modo que ahora tenía que retomar y abrirse camino graduándose como Candidato de Ciencias. Su especialidad era la mecánica teórica, y había planeado, antes de la guerra, encararla como materia científica. Las cosas eran más fáciles en esa época. Ahora se encontraba en el medio de una explosión universal de amor por la ciencia -cualquier ciencia, toda ciencia- por la razón de que los salarios habían sido aumentados.

¡Muy bien! Juntó fuerzas para este largo ataque. Poco a poco vendió en el bazar su botín de Alemania.

No tenía ropa de última moda; seguía usando en cambio exactamente aquella con la cual había sido desmovilizado: botines militares, pantalones militares, una camisa de campaña hecha de lana inglesa y decorada con cuatro cintas y dos bandas para heridas. Ellas le hacían recordar a Nadya otro Capitán combatiente de primera línea: Nerzhin.

Sensible al fracaso y a la crítica, Nadya se sintió como una niña ante el férreo sentido común de Shchagov. Había pedido su consejo,

pero le había mentado con terquedad infantil, diciendo que Gleb había desaparecido en el frente.

Nadya misma no sabía cuándo ni cómo se había empezado a dejar llevar por esto -la entrada "extra" para el cine, el abrazo en broma por el regalo de cumpleaños, pero desde el momento en que Shchagov había entrado esa noche, aun mientras discutía con Dasha, sabía que había venido a verla a ella y que lo inevitable tenía que ocurrir.

Un minuto antes había estado llorando inconsolablemente por su vida arruinada, pero después de romper el billete de diez rublos se había sentido renovada, madura, lista para una nueva vida.

No sentía que hubiera nada contradictorio en esto.

Shchagov había recuperado su equilibrio usual y deliberado. Le había informado claramente a la muchacha que no podía tener esperanzas de casarse con él.

Después de enterarse de su noviazgo, Nadya caminó inquieta un momento por el cuarto, después vino y se paró también ante la ventana, dibujando silenciosamente con un dedo sobre el vidrio.

Él le tuvo lástima. Quería romper el silencio y explicar las cosas con simplicidad, con una franqueza que había abandonado hace tiempo: una pobre estudiante graduada, sin relaciones, sin futuro - ¿Qué podía aportarle? Él tenía derecho a un buen pedazo del pastel. Quería explicarle que aunque su novia vivía cómodamente, no era especialmente malcriada. Tenía un espléndido departamento en un edificio selecto, donde sólo vivía gente de lo mejor. Había portero, alfombras- ¿dónde podía verse esto hoy en día? Todo el problema se solucionaría de un golpe. Sería preferible.

Pero sólo pensaba tales cosas, no las decía.

Nadya, apoyando la frente contra el vidrio y mirando hacia la noche, finalmente le contestó sin alegría. -¡Espléndido! Usted tiene novia y yo tengo marido.

Shchagov se volvió, sorprendido. -¡Marido! ¿No desapareció?

-No, no desapareció, -dijo Nadya casi murmurando. (¡Con qué temeridad se estaba entregando!)

-¿Cree que todavía vive?

-Lo he visto hoy.

Se había entregado, pero no se arrojaría a su cuello como una colegiala.

Shchagov no necesitó mucho tiempo para comprender lo que había oído. No pensó, como las mujeres, que Nadya había sido abandonada. Sabía que "desaparecido en acción" significaba siempre una persona desplazada, y si esa persona era desplazada nuevamente, esta vez en dirección al este, quería decir generalmente que estaba entre rejas.

Tomó el codo de Nadya. -¿Gleb?

-Sí, -contestó apagadamente, casi sin emitir sonido.

-¿Qué pasa? ¿Está preso?

-Sí.

-Bueno, bueno, bueno -dijo Shchagov muy aliviado. Pensó un minuto y luego salió rápidamente del cuarto.

Nadya estaba tan abrumada de vergüenza y desesperación que no advirtió el cambio en su voz.

Se ha ido. Bien. Estaba contenta de haberle contado todo. Ahora estaba sola otra vez, con la carga de su honestidad.

El filamento de la lámpara apenas brillaba.

Caminó pesadamente a través del cuarto y encontró el segundo cigarrillo en el bolsillo de su tapado. Tomó un fósforo y lo encendió,

sentía una extraña satisfacción en su sabor amargo, aun cuando el humo lo hiciera toser.

El capote de Shchagov estaba sobre una de las sillas. ¡Qué apuro había tenido! Se había asustado tanto que había olvidado su capote.

Había una gran calma; alguien en el cuarto de al lado tocaba el Estudio en fa menor de Liszt.

Ella lo había tocado cuando era joven, pero ¿lo habría entendido? Sus dedos habían pulsado las notas, pero nada sabía entonces de la palabra "disperato". Desesperado.

Apoyando la frente contra el vidrio del medio, se estiró y tocó los Otros, fríos, con las palmas de las manos.

Quedó como crucificada en la cruz negra de la ventana.

Había existido solamente un minúsculo punto tibio en su vida y acababa de irse. En sólo uno o dos minutos se había resignado a esa pérdida. Era otra vez la mujer de su marido.

Miró la oscuridad, tratando de reconocer la chimenea de la prisión. Descanso para Marineros. "Disperato". ¡Desesperado! Esa impotente desesperación. Tratando de levantarse, cayendo otra vez. Ese insistente y agudo re bemol -una voz de mujer, angustiada, sin encontrar respuesta.

Las hileras de luces en la calle conducían a alguna parte en la oscuridad, algo así como al futuro, un futuro que debía ser vivido sin deseos de vivir.

El estudio finalizó. Una voz anunció la hora: seis de la tarde.

Nadya se había olvidado de Shchagov, y él volvió sin llamar.

Traía una botella y dos vasos.

-Bueno, esposa de soldado, -dijo con una rudeza alentadora- -ino pierda el ánimo! Tome un vaso. Si tiene una buena cabeza sobre

los hombros, habrá felicidad todavía. ¡Brindemos por la resurrección del muerto!

EL ARCA

Los domingos, aun en la *sharashka*, había descanso general después de las seis de la tarde. Era absolutamente imposible evitar esta lamentable interrupción del trabajo de los prisioneros, porque los domingos los empleados libres tenían sólo un turno. Era ésta una reprobable tradición, contra la cual eran impotentes de luchar los mayores y tenientes coroneles, porque ellos mismos no tenían interés en trabajar los domingos por la noche. Sólo Mamurin, Máscara de Hierro, se horrorizaba por estas noches vacías cuando se retiraban los empleados libres y cuando encerraban a todos los zeks, quienes en cierto sentido de la palabra, también eran hombres, y le tocaba caminar solo por los corredores vacíos, frente a las puertas selladas y lacradas o bien languidecer en su celda, entre el lavabo, el armario y el catre. Mamurin trataba de conseguir que el GRUPO SIETE trabajara también los domingos por la noche, pero no pudo superar el espíritu conservador de las autoridades de la prisión especial, que no querían doblar el número de guardias dentro de la zona.

Así ocurría que veintiocho decenas de determinados prisioneros -contra todas las normas razonables y códigos de trabajo carcelario- descansaban descaradamente en las tardes de los domingos.

Dicho período de reposo era tal, que una persona no iniciada en esa vida podía pensar que era una tortura inventada por el demonio. La oscuridad exterior y la vigilancia especial necesaria para los domingos impedían autorizar paseos en el patio o cinematógrafo en el galpón. Después de un año de correspondencia con todas las

jurisdicciones superiores, se había resuelto que aun los instrumentos musicales tales como el acordeón, la guitarra, la "balalaika" y la armónica, para no hablar de instrumentos mayores, no podían ser permitidos en la *sharashka*, "dado que su sonido al unísono podía cubrir los ruidos de la excavación de un túnel a través de los cimientos". Los oficiales de seguridad, a través de sus confidentes, estaban tratando incesantemente de descubrir si los reclusos tenían flautas caseras o silbatos musicales, y, por tocar música con un peine, los "zeks" fueron citados a la oficina y se prepararon informes especiales. Menos aún, por supuesto, podía siquiera hablarse de permitir receptores de radio, o el fonógrafo más primitivo, en el dormitorio de la prisión.

Es verdad que los reclusos estaban autorizados para usar la biblioteca de la cárcel, pero la prisión especial no tenía fondos para comprar libros ni estanterías. Sencillamente designaron bibliotecario a Rubín -(un puesto que él había solicitado pensando conseguir buenos libros)- y le entregaron, sólo una vez, un centenar de volúmenes usados, tales como "Mumu" de Turgenev, "Cartas" de Stasov y la "Historia de Roma" de Mommsen, con instrucciones de distribuirlos entre los prisioneros. Estos últimos o bien los habían leído hacía mucho tiempo o bien no querían leerlos, y les rogaban otros materiales a los empleados libres, abriendo así, a los oficiales de seguridad, un amplio terreno para la investigación.

Para su descanso, los prisioneros tenían asignadas diez habitaciones en dos pisos, dos corredores, uno superior y otro inferior, una angosta escalera de madera que unía los pisos y un baño bajo la escalera. El recreo consistía en que les era permitido, sin restricción, recostarse en las literas y aun dormir, si eran capaces de dormirse en medio del ruido. También podían sentarse en las literas, puesto que

no había sillas, caminar dentro de la habitación y de un cuarto al otro, incluso en paños menores, fumar en los corredores tanto como quisieran, discutir sobre política en presencia de los delatores y hacer uso del baño sin interferencias ni limitación. Incidentalmente, aquellos que estaban reclusos por períodos prolongados y que tenían el permiso de evacuar dos veces al día, dada la orden, apreciaban este último aspecto de la inmortal libertad. La sensación de plenitud de los domingos por la noche provenía del hecho de que el tiempo les pertenecía a ellos, y no al gobierno. Por eso los períodos de descanso eran apreciados como algo real.

Durante los referidos períodos los prisioneros eran encerrados desde afuera con pesadas puertas de hierro, que nadie abría. Nadie entraba, nadie los citaba ni los buscaba. En esas pocas horas el mundo exterior no podía penetrar o molestarlos ni con un sonido, ni con una palabra, ni con una imagen. Este era el sentido del descanso: que todo el mundo exterior -el universo con sus estrellas, el planeta con sus continentes, la capital con su brillo, sus banquetes y el estímulo a la producción- caían en la inexistencia y se convertían en un océano negro, casi indistinguible a través de las ventanas enrejadas, bajo la iluminación pálida y amarillenta de la zona.

Bañado por la permanente luz eléctrica de la MGB, el arco de la ex iglesia de la propiedad, con sus paredes de cuatro ladrillos y medio de espesor, flotaba indiferente y sin objeto, brillando suavemente, a través de ese negro mar de destinos humanos y confusión.

Si el domingo por la noche la luna se partiera en dos, nuevos Alpes surgieran en Ucrania, el océano se tragara el Japón, o comenzara el diluvio universal, los prisioneros, encerrados tras su arco, no se enterarían de nada hasta la revista de la mañana. No

podían llegarles telegramas de parientes ni molestas llamadas telefónicas, ni noticias de la difteria de su hijo, ni un arresto nocturno.

Aquellos que flotaban en el arca eran ingrátidos y tenían pensamientos ingrátidos. No estaban hambrientos ni saciados. No tenían felicidad ni miedo de perderla. Sus mentes no estaban llenas de mezquinos cálculos oficiales, de intrigas, de promociones, y sus hombros no soportaban el peso de preocupaciones sobre vivienda, combustible, pan y ropa para sus hijos. El amor, que desde tiempo inmemorial ha sido la delicia y el tormento de la humanidad, era impotente para comunicarles su vibración o su agonía. Sus condenas eran tan largas que ninguno pensaba siquiera en el día en que saldría en libertad. Hombres con intelecto superior, educación y experiencia, pero demasiado consagrados a sus familias para que les quedara algo que dedicar a los amigos, aquí pertenecían sólo a los amigos.

La luz de las brillantes lamparillas reflejada por los techos blancos, por las paredes lavadas, inundaba con miles de rayos sus lúcidas inteligencias.

Desde aquí, desde el arco, abriéndose paso a través de la oscuridad, podía ser vigilado todo el tortuoso curso de la maldita historia, como desde una altura enorme, pero a la vez uno podía ver cada detalle, cada guijarro en el lecho del río, como si uno estuviese sumergido en la corriente.

En esas horas del atardecer del domingo, la materia y la carne ya no recordaban a la gente su existencia terrenal. El espíritu de la amistad masculina y su filosofía henchían los arcos en forma de velamen.

Tal vez ésta fuera la gloria que todos los filósofos antiguos trataron en vano de definir y de enseñar.

LA PARODIA

En el cuarto semicircular del segundo piso, bajo los altos arcos del techo sobre el altar, la atmósfera era particularmente vital y propicia al pensamiento.

Alrededor de las seis de la tarde, los veinticinco hombres que vivían en el cuarto se habían reunido con espíritu amistoso. Algunos se pusieron en ropa interior tan pronto como pudieron, quitándose "el pellejo" carcelario que ya los tenía hartos, se tiraron en sus literas o treparon como monos a las de arriba. Otros cayeron sobre ellas sin sacarse los mamelucos. Uno estaba parado en la litera de arriba, agitando los brazos y gritándole a un amigo a través del cuarto. Otros sencillamente se sentaban o golpeaban los pies mirando a su alrededor y anticipándose al placer de las próximas horas libres, sin saber qué hacer para pasarlas lo mejor posible.

Entre los últimos estaba Isaac Moiseyevich Kagan, bajo, moreno y velludo, el "director del cuarto de la batería", como se lo llamaba. Estaba particularmente contento desde que había entrado a esta habitación alumbrada y espaciosa, dado que el cuarto de la batería, en el cual permanecía encuevado como un topo durante catorce horas diarias, estaba en un sótano oscuro con escasa ventilación. Aún así, estaba satisfecho con su trabajo en el sótano, pensando que en un campo de concentración se habría muerto hace tiempo. No era de aquellos que se jactaban de que en un campo vivían mejor que en libertad.

En libertad, Isaac Kagan, que nunca completó sus cursos de ingeniería, había sido jefe de un depósito de materiales y repuestos. Había tratado de vivir una existencia oscura y pasar por el costado del camino de la Era de las Grandes Realizaciones. Sabía que era más pacífico y provechoso quedarse tranquilamente a cargo de un depósito. En su fuero interno ocultaba una pasión casi ardiente por el lucro y esto era lo que lo ocupaba. Con todo, al mismo tiempo, dentro de lo posible, aun en el depósito, observaba las leyes del Sabbath. No se sentía atraído hacia ninguna clase de actividad política, pero por algún motivo la Seguridad del Estado lo había elegido precisamente a él para uncirlo a su carro, y lo habían arrastrado a cuartos cerrados y citas conspiratorias, insistiéndole en que se convirtiera en agente secreto. Esa propuesta repugnaba a Kagan. No tenía ni el candor ni la audacia -¿quién los tendría?- para decirles en la cara que lo que le estaban sugiriendo era vil, pero con paciencia inagotable, callaba, gruñía, llevaba las cosas a la larga, vacilaba, se resolvía en la silla y nunca firmó un acuerdo para trabajar para ellos. No era que fuera incapaz de informar. Sin dudar lo se atrevía a denunciar a cualquiera que lo hubiera herido o humillado, pero le hubiera dado náuseas hacerlo con gente que hubiera sido buena o aun indiferente hacia él.

Pero por causa de su terquedad figuraba en los malos registros de la Seguridad Social. Uno no puede protegerse contra todo en este mundo. Existían habladurías entre la gente en su propio depósito. Alguien renegaba contra una herramienta. Alguno protestaba acerca de los materiales y otro respecto de los planos. Isaac callaba y seguía extendiendo facturas con su lápiz indeleble. Pero algo se supo -por cierto que es muy probable que todo estuviera previamente arreglado- y todos hablaron sobre los demás, y cada uno fue condenado a diez años, en virtud del artículo 10. Kagan sufrió cinco careos, pero nadie

pudo probar que hubiera dicho una palabra. Si el artículo 58 hubiera aparecido más tarde, hubieran tenido que dejarlo libre, pero el Juez de Instrucción sabía que tenía como último resorte el inciso 12 del mismo artículo: omisión en informar. Así fue cómo, por omisión en informar, lo condenaron a Kagan a los mismos diez astronómicos años que a los demás.

Kagan entró a la *sharashka* desde el campo de concentración gracias a su notable ingenio. En un momento difícil de su vida, cuando lo acababan de expulsar del puesto de "delegado principal de las barracas", empezaron a mandarlo al trabajo de desmonte; escribió una carta dirigida al Presidente del Consejo de Ministros, Camarada Stalin, a efectos de que el Gobierno le diera la oportunidad de desarrollar un invento de un sistema para barcos torpederos radio-controlados.

Su previsión fue correcta. Nadie en el Gobierno se hubiera inquietado si humanamente Kagan hubiera escrito que las cosas se le presentaban muy mal y que acudía a ellos para que lo salvaran. Pero la perspectiva de un importante invento militar trajo inmediatamente al inventor a Moscú. Kagan fue llevado a Mavrino y varios jefes con insignias celestes y azules se le acercaron y lo apuraron para que pusiera su audaz idea técnica bajo la forma de un diseño de trabajo. De cualquier manera, ahora que había empezado a recibir pan blanco y manteca, Kagan no se precipitó. Con gran frescura contestó que no era experto en torpedos, de modo que, naturalmente, necesitaba uno. En dos meses le consiguieron un especialista en torpedos, un "zek". Pero a esta altura Kagan objetó, muy razonablemente, que él no era un mecánico naval y que, por consiguiente, necesitaría también un especialista de esa rama. En otros dos meses le trajeron un técnico marino, también un "zek". Entonces Kagan suspiró y dijo que la radio

tampoco era su fuerte. Había muchos ingenieros de radio en Mavrino, y uno de ellos fue inmediatamente asignado a Kagan. Este último los congregó a todos, e imperturbable, de tal manera que nadie podría sospechar la burla, declaró: "Bueno, mis amigos, ya que están ustedes reunidos, bien pueden, por su propio esfuerzo; inventar un sistema para dirigir por radio barcos torpederos. No me corresponde meter las narices ni aconsejarlos, puesto que ustedes, como especialistas, saben mejor lo que se puede hacer". Y efectivamente, los tres fueron remitidos a una *sharashka* naval, mientras Kagan conseguía un puesto en la sección baterías, y todo el mundo ya se había acostumbrado a verlo por allí.

Ahora Kagan estaba fastidiando a Rubin, pero a suficiente distancia como para que éste, desde su litera, no pudiera patearlo.

-Lev Grigorich -dijo en su tono lento y meloso-, está usted perdiendo evidentemente su sentido de responsabilidad social. Las masas esperan entretenimiento. Sólo usted puede proporcionárselo y está sumergido en un libro.

-Isaac, vayase al diablo -dijo Rubin-. Estaba recostado boca abajo, leyendo, con su chaqueta acolchada sobre los hombros, encima de su mameluco. La ventana entre él y Sologdin estaba abierta por el grosor de "Maikovsky" y había una agradable corriente de aire fresco.

-¡No, es en serio, Lev Grigorich! -protestó Kagan insistentemente-. Todos estamos deseando oír otra vez su admirable "El cuervo y la zorra"

-¿Y quién me denunció al "policía"? Fue usted, ¿no es cierto?, gruñó Rubin.

El domingo anterior, para divertir al público, Rubin había improvisado una parodia de la fábula de Krylov "El cuervo y la zorra", llena de jerga carcelaria y de insinuaciones inconvenientes para

señoras. Había tenido que conceder cinco repeticiones y fue llevado en hombros por los prisioneros. El lunes, el mayor Myshin lo había llamado y le había iniciado un sumario por corromper la moral de los enemigos del pueblo. Se recogieron declaraciones de testigos y Rubín debió presentar el original de la fábula, junto con una nota aclaratoria.

Hoy, después del almuerzo, Rubin había trabajado dos horas en el nuevo cuarto que le había destinado. Había seleccionado muestras de las palabras y fórmulas típicas del criminal no identificado, las había introducido en el aparato que hacía visibles los sonidos y había colgado las cintas húmedas para que se secaran. Había llegado a algunas presunciones y sospechas, pero no se sentía inspirado en su nuevo trabajo y observaba cómo Smolosidov sellaba la puerta con lacre. Después de esto, había vuelto al cuarto semicircular en medio de una corriente de "zeks", como un rebaño regresando a su querencia.

Como siempre, bajo su almohada, bajo su colchón, bajo su litera, y con la comida en su estante nocturno, yacían media docena de los libros más interesantes que había recibido en paquetes -interesantes sólo para él, razón por la cual no habían desaparecido: diccionarios Chino-Francés, Lituano-Húngaro, Ruso-Sánscrito; la "Guerra con los lagartos" de Capek, una colección de cuentos de escritores japoneses de vanguardia, "Por quién doblan las campanas", de Hemmingway - que habían dejado de traducir en Rusia porque ya no era progresista- dos monografías sobre los enciclopedistas, "Joseph Fouché", por Stephan Zweig en alemán y una novela de Upton Sinclair que nunca fue traducida al ruso. (Los diversos diccionarios de lenguas extranjeras demostraban el hecho de que, por dos años, Rubin había estado trabajando en un proyecto grandioso, en el espíritu de Engels y Marr, de derivar todas las palabras de todos los idiomas de los conceptos de "mano" y "trabajo manual" -sin saber que en la noche

anterior los corifeos de la filología habían levantado la guillotina ideológica sobre la cabeza de Marr).

Hay una cantidad increíble de libros en el mundo, libros esenciales e importantes, y la sed de leerlos nunca le dejó tiempo a Rubin para escribir uno propio. Ahora mismo estaba listo para leer y leer hasta medianoche, sin pensar en el trabajo de mañana. Pero en las tardes sus ansias de discusión y su ingenio y elocuencia eran especialmente intensos, y hacía falta poco para llamarlo al servicio de la sociedad. Algunos prisioneros en la *sharashka* no confiaban en Rubin, considerándolo como delator por sus puntos de vista ortodoxos, que no disimulaba, pero no había ninguno que no se deleitara con sus entretenimientos.

La versión de "El cuervo y la zorra", sazónada con la bien imitada jerga del sub-mundo, había sido tan viva, que ahora, siguiendo el ejemplo de Kagan, muchos en el cuarto empezaron a pedir a voces una nueva parodia de Rubin. Y cuando éste se sentó, sombrío y barbudo, y salió del refugio de la litera superior, casi todos los "zeks" dejaron lo que estaban haciendo y se prepararon a escuchar. Sólo Dvoyetyosov, en su litera alta, seguía cortándose las uñas de los pies, de tal manera, que volaban lejos y Adamson, bajo su manta, continuaba leyendo sin darse vuelta. Los "zeks" de los otros cuartos se agolpaban en las puertas, entre ellos el tártaro Bulatov, con anteojos de carey, gritando ásperamente "¡isí, por favor, por favor!"

Rubín no tenía ganas de divertir a una multitud que incluía hombres que despreciaban todo lo que le era querido. Sabía también que otra actuación de su parte significaría, inevitablemente, nuevos inconvenientes el lunes: interrogatorios por "Shishkin-Myshkin", intimidación. Pero siendo ese héroe proverbial que por un rasgo de ingenio sacrificaría a su propio padre, Rubín fingió enfurruñarse, miró

a su alrededor solemnemente y, en medio del silencio, dijo lo siguiente:

-¡Camaradas! Estoy asombrado por vuestra frivolidad. ¿Cómo puede hablarse de una obra teatral cuando entre nosotros todavía andan sueltos feroces criminales ? Ninguna sociedad puede florecer sin un buen sistema de justicia. Considero necesario empezar nuestra velada con un pequeño juicio. Como un sondeo.

-¡Bien!

-¿A quién vamos a juzgar?

-¡No importa -tiene razón de todas maneras!- resonaron las voces.

-¡Divertido, muy divertido!, Sologdin se acomodó, buscando una mejor posición. Hoy, como nunca, había ganado su descanso, y quería que fuera entretenido.

El cauteloso Kagan, sintiendo que la diversión que había iniciado amenazaba cruzar los límites de lo razonable, retrocedió despacio hacia la pared y se sentó en su litera.

-Descubrirán a quién vamos a juzgar en el curso de las deliberaciones judiciales -explicó Rubín, que en realidad no lo había pensado todavía-. Yo, si no tienen inconveniente, seré el acusador, ya que esa función siempre me ha despertado especiales sentimientos. (Todos sabían, en la *sharashka*, que Rubín había tenido fiscales que lo odiaban personalmente y que durante cinco años había peleado, solo, contra el Procurador General y el Procurador Militar) ¡Gleb! Tu serás el Presidente del Tribunal. Elige un "trío" de jueces objetivos, sin conexiones personales -en una palabra, completamente sometidos a tu voluntad.

Nerzhin, dejando caer los zapatos, se sentó en su litera alta. A medida que pasaban las horas se sentía cada vez más alejado de su

encuentro matinal y más integrado al mundo de los otros prisioneros. El reto de Rubin encontró su apoyo. Se acercó a la baranda de la cama, metió las piernas entre los barrotes de madera y quedó así como en una tribuna alzada sobre el cuarto.

-Bueno, ¿quiénes serán mis asesores?, ¿Suban aquí!

Había muchos prisioneros en el cuarto todos querían oír el juicio, pero ninguno se animaba a ofrecerse como asesor, ya fuera por cautela o por temor al ridículo. En la litera vecina a la de Nerzhin estaba acostado Zemelya, el especialista en vacío, leyendo el diario de la mañana. Nerzhin le manoteó el periódico.

-¡Basta! Ya es suficiente ilustración para tí. Si no te cuidas, te verás envuelto en la dominación del mundo. Siéntate y conviértete en mi asesor.

Abajo hubieron aplausos.

-¡Vamos, Zemelya, vamos!

Zemelya era afable y no se pudo resistir mucho tiempo. Sonriendo embarazado, sacó la cabeza calva entre las barras de la litera: Es un gran honor ser elegido por el pueblo, pero amigos, yo no he estudiado, soy incapaz...

Se produjo una amistosa carcajada. ¡Ninguno de nosotros es capaz! ¡Ninguno ha estudiado para ello! Y esta fue su respuesta y su elección como vocal.

Del otro lado de Nerzhin estaba acostado Ruska Doronin. Se había desvestido y estaba enteramente cubierto por la manta, con una almohada sobre la cabeza por añadidura. Estaba en pleno rapto de felicidad y no quería oír, ver ni ser visto. Sólo estaba allí físicamente; sus pensamientos y su corazón habían partido detrás de Clara, que había vuelto a su casa. En el momento de partir había terminado de

tejer la canastilla para el Árbol de Navidad y se la había dado secretamente a Ruska. Él la tenía ahora bajo la manta y la besaba.

Viendo que era inútil molestar a Ruska, Nerzhin buscó un segundo candidato.

-¡Amantai!; ¡Amantai! -gritó, llamando a Bulatov-, ven a integrar el Tribunal.

Los anteojos de Bulatov brillaron desafiadamente.

-Iría, pero no hay dónde sentarse allí. Seré el alguacil acá en la puerta.

Khorobrov (que ya le había cortado el pelo a Adamson y a otros dos más, atendía a un nuevo cliente, sentado sin camisa en medio del cuarto, para no trabajar luego limpiando el pelo de la ropa), gritó: ¿Para qué quieren otro vocal? Después de todo, el veredicto ya está arreglado, ¿no es cierto? Arréglense con uno solo.

Nerzhin aceptó. ¡Correcto! ¿Para qué mantener un parásito? Pero, ¿dónde está el acusado? ¡Alguacil! ¡Haga entrar al acusado! ¡Silencio!

Golpeó la litera con su larga boquilla. Cesaron las conversaciones.

-¡Que empiece el juicio! -reclamaron a gritos-. Había público sentado y de pie.

Debajo del Presidente del Tribunal, la voz lúgubre de Potapov entonó: ¡"Si asciendo al cielo, estarás allí. Si bajo al Infierno, estarás allí. Y si me hundiera en las profundidades del océano, allí también Tu mano derecha me alcanzaría!" (Potapov había estudiado religión en el colegio y su mente precisa de ingeniero había retenido el texto del catecismo ortodoxo).

Debajo del asesor se oía el tintinear de una cucharita revolviendo azúcar en un vaso.

-¡Valentulya! -Gritó Nerzhin amenazante-. ¿Cuántas veces se te ha dicho que no hagas ruido con la cuchara?

-¡Sométanlo al Tribunal! -bramó Bulatov, y varias manos rápidamente arrastraron a Pryanchikov desde la semioscuridad de su litera baja hasta el centro de la habitación.

-¡Acaben! -dijo Pryanchikov enojado-, ¡estoy harto de los acusadores, estoy harto de sus procesos! ¿Qué derecho tiene una persona para juzgar a otra? ¡Ja, ja! ¡Muy divertido! ¡Te desprecio, amigo! -le gritó al Presidente y a ...a ustedes.

Mientras Nerzhin reunía su Tribunal, Rubín había planeado toda la función. Sus ojos oscuros brillaban ,con la luz del descubrimiento. Mediante un amplio gesto, concedió clemencia a Pryanchikov.

-¡Déjelo en libertad a este pichoncito! Valentulya, con su amor por la justicia universal, puede ser perfectamente el defensor oficial. ¡Que se le dé un asiento!

En toda broma existe un momento fugaz en que, o bien se vuelve banal y ofensiva, o bien se funde con el espíritu que la inspiró. Rubín, que se había echado una manta sobre los hombros, como una capa, subió en calcetines a una mesa de noche y dirigió la palabra al Presidente:

-¡Consejero Oficial de Justicia! El reo ha rehusado comparecer ante el Tribunal, de modo que corresponde juzgarlo "in absentia". Le ruego que comience.

Entre la multitud reunida en las puertas estaba Spiridon, el portero de bigotes rojizos. Su cara inteligente, floja en las mejillas, surcada por muchas arrugas, mostraba, a la vez, severidad y diversión. Miraba torvamente al Tribunal.

Atrás de Spiridon estaba el Profesor Chelnov, con su cara larga, fina y cerúlea, coronada por una gorra de lana.

Nerzhin anunció con una voz forzadamente aguda: "¡Atención, camaradas! Declaro abierta la sesión del Tribunal Militar de la *sharashka* de Mavrino. ¿Juzgamos el caso de...?"

-Olgovich, Igor Svyátoslavich -apuntó el acusador.

Tomando la idea, Nerzhin pretendió leer con monótona voz nasal: "Juzgamos el caso de Olgovich, Igor Svyátoslavich, Príncipe de Novgorod - Seversky y Putivilsk, nacido aproximadamente en el año... -diablo, Secretario, ¿por qué aproximadamente? ¡Atención! En vista de la ausencia de un texto escrito, la acusación será formulada- de viva voz por el Fiscal".

EL PRINCIPE TRAIADOR

Rubín comenzó a hablar con facilidad y fluidez, como si estuviera leyendo realmente una "hoja", de papel. Había sido procesado cuatro veces y las frases jurídicas estaban impresas en su memoria.

"La acusación definitiva en el caso bajo examen, número cinco millones barra tres millones seiscientos cincuenta y un mil novecientos setenta y cuatro, procesado- Olgovich, Igor Svyátoslavich.

"Órganos de Seguridad del Estado han detenido al acusado en el referido expediente, Olgovich, I. S. La investigación ha establecido que Olgovich, que era un líder militar del brillante Ejército Ruso, con rango de Príncipe, en el puesto de Comandante, resultó ser un felón, traidor a su patria. Sus actividades como tal consistieron en la rendición voluntaria y en la aceptación de convertirse en prisionero del maldito enemigo de nuestro pueblo ahora descubierto, el Khan Konchak. Además, rindió a su propio hijo, Vladimir Igoryevich, como así también a su hermano y a su sobrino, y a toda la tropa con su personal, armamentos y materiales inventariados".

Su traición fue manifiesta desde el primer momento, cuando, engañado por un eclipse de sol -una provocación organizada por el clero reaccionario-: omitió dirigir propaganda política masiva a sus propios soldados, que iban a tomar agua del río Don en sus cascos. Para qué hablar del antihigiénico estado del Don en esa época, antes de que fuera introducida la doble cloración. En cambio, el acusado se

limitó, cuando ya estaba a la vista de las tropas enemigas, a propagar este irresponsable llamamiento a su ejército:

"Hermanos, esto es lo que hemos buscado; ¡ataquemos entonces!"

(Acusación, Volumen I, folio 36).

"El fatal significado que para nuestro país tuvo la derrota de las fuerzas unidas de Novgorod-Seversky-Kursk-Putisliv-Rylsk ha sido perfectamente definido en las palabras del Gran Príncipe de Kiev, Svyatoslav:

"Dios me permitió acabar con los paganos, pero no pude refrenar esa juventud".

(Acusación, Volumen I, folio 88).

"El error del ingenuo Svyatoslav, una consecuencia de la ceguera de su clase, fue atribuir la mala organización de toda la campaña y la dispersión de los esfuerzos militares rusos sólo a "esa juventud" a la cual acusaba, sin advertir que estaban envueltos en una traición calculada y de largos alcances".

"El criminal mismo consiguió evadir la investigación y el proceso, pero el testigo Borodin, Aleksandr Porfiryevich y otro testigo que desea permanecer anónimo y que consiguientemente será llamado en adelante "el autor de la epopeya", han demostrado, mediante irrefutable testimonio, el detestable papel del Príncipe I. S. Olgovich, primero en la conducción de la batalla en sí, que fue aceptada en condiciones desfavorables para el comando ruso:

Meteorológicas:

*"Soplan los vientos, llevando flechas,
sembrándolas en los regimientos de Igor..."*

Tácticas:

"por todos lados se acercaba el enemigo

*rodeando nuestras fuerzas desde cualquier
dirección".*

(Ibid. Volumen I, folios 123, 124, testimonio del "autor de la epopeya").

Peor aun fue su conducta y la de su vastago principesco en el cautiverio. Las condiciones de vida dentro de las cuales ambos fueron mantenidos durante el llamado cautiverio, muestran que gozaban de la mayor complacencia del Khan Konchak, hecho que consistía, evidentemente, una recompensa del comando Polovtsiano por la criminal rendición de sus tropas.

"Así, por ejemplo, la declaración del testigo Borodin establece que al Príncipe Igor se le permitió tener su propio caballo e indudablemente otros también.

"Si lo deseas, toma el caballo que quieras".

(Ibid., Volumen I, folio 233.)

Más aun, el Khan Konchak le dijo al Príncipe Igor:

"Os consideráis aquí un cautivo.

*¿Pero, realmente, vivís como un cautivo
o sois más bien mi huésped?"*

Y siguiendo adelante:

"Admitidlo -¿viven así los prisioneros?"

(Ibid. Volumen i, folio 300).

"El Khan Polovtsiano descubre el cinismo de su relación con el Príncipe traidor:

*"Por vuestro coraje y audacia es que os quiero, mi
Príncipe"*

(Ibid. Volumen 3, folio 5).

"Una investigación más cuidadosa ha demostrado que esa cínica relación existía mucho tiempo antes de la batalla del río Kayal:

"Siempre os he querido".

(Ibid, folio 14, declaración del testigo Borodin).

Y más aún:

"No vuestro enemigo, sino vuestro fiel aliado

Y leal amigo y vuestro hermano

Quisiera ser..."

(Ibid).

"Todo esto caracteriza objetivamente al acusado como un cómplice activo del Khan Konchak, como un antiguo agente y espía de Polovtsia.

"En mérito de lo que antecede, Olgovich, Igor Svyatoslavich, nacido en 1151, nativo de la ciudad de Kiev, de nacionalidad rusa, no afiliado al Partido, sin antecedentes, ciudadano de la U.R.S.S., de profesión jefe militar, sirviendo en el grado de comandante con rango de Príncipe, condecorado con la Orden del Varego, el Sol Rojo y la medalla del Escudo Dorado, es acusado de los siguientes cargos:

"Haber cometido intencionadamente vil traición contra su patria, combinada con sabotaje, espionaje y colaboracionismo con el Khanato Polovtsiano, durante un período de muchos años.

"En otras palabras, es culpable de los crímenes previstos en los artículos 58-16, 58-6, 58-9 y 58-11 del Código Penal de la República Federal Socialista Rusa Soviética.

"Las acusaciones precedentes han sido confesadas por Olgovich y confirmadas por la declaración de testigos y también por un poema y una ópera.

"Por aplicación del artículo 268 del Código de Procedimientos en lo Criminal de la República Federal Socialista Rusa Soviética, el

presente caso ha sido remitido al Fiscal para el enjuiciamiento del acusado".

Rubín se tomó un respiro y miró triunfalmente a los "zeks". Arrastrado por el torrente de su imaginación, no había podido detenerse. Las risas corrían por el cuarto y en las puertas, estimulándolo. Ya había hablado demasiado, y había dicho cosas más agudas de lo que hubiera deseado, en presencia de varios soplones y de otros maliciosos individuos.

Spiridon, con el pelo hirsuto gris rojizo sobre la frente, alrededor de las orejas y en la nuca, ni siquiera sonreía. Ceñudo, examinaba al Tribunal. Hombre ruso de cincuenta años, oía por, primera vez la historia de ese Príncipe que había sido tomado prisionero; sin embargo, en el ambiente familiar del Tribunal y en el descaro del acusador, había revivido otra vez todo lo que había sentido en carne propia. Sentía toda la injusticia de las conclusiones del Fiscal y toda la angustia del desdichado Príncipe.

-En vista de la ausencia del acusado y de los inconvenientes en interrogar a los testigos, -interrumpió Nerzhin en su mesurado tono nasal-, consideremos las conclusiones de la parte contraria. El fiscal tiene otra vez la palabra.

Nerzhin miró a Zemelya en busca de confirmación.

-Por supuesto, por supuesto, -asintió el vocal, que estaba dispuesto a aceptar cualquier cosa.

-Camaradas jueces, -entonó Rubín sombríamente-, tengo poco que agregar a esta cadena de horribles acusaciones, a esa sucia mescolanza de crímenes que ha sido revelada ante vuestros ojos. En primer lugar, quisiera rechazar de una buena vez la difundida opinión de que un hombre herido tiene el derecho moral de dejarse tomar prisionero. Esencialmente, ese no es nuestro punto de vista,

camaradas, y con menos razón en el caso del Príncipe Igor. Dicen que fue herido en el campo de batalla. ¿Pero quién puede probarlo ahora, 765 años más tarde? ¿Ha sido conservada alguna prueba oficial de su herida, firmada por el cirujano militar competente? De cualquier forma, no existe tal certificación oficial en los antecedentes de la acusación, camaradas jueces.

Amantai Bulatov se quitó los anteojos, y sin su brillo impetuoso sus ojos quedaron tristes.

Él, Pryyanchikov, Potapov y muchos otros de los presentes habían sido encarcelados por esta misma "traición a la patria" y rendición "voluntaria".

-A mayor abundamiento, -atronó el Fiscal-, quisiera señalar la conducta repulsiva del acusado en la prisión Polovtsiana. El Príncipe Igor, en vez de pensar en su pueblo, se acordaba, de su esposa:

*"Estás sola, mi paloma querida,
Estás sola...."*

-Analizando la situación, ésta es perfectamente comprensible, puesto que su Yaroslavna era una joven esposa, la segunda, y no podía confiar demasiado en ella. De hecho, el Príncipe Igor parece ser un aprovechador inescrupuloso. ¿Para quién bailaron las danzarinas Polovtsianas, pregunto yo a usted? Para él, naturalmente. Y su repulsivo vastago entró pronto en unión sexual con la hija de Konchak, aun cuando el matrimonio con extranjeras ha sido terminantemente prohibido a nuestros ciudadanos por las autoridades competentes. Y ésto es un momento de extrema tensión en las relaciones Soviet-Polovtsianas, cuando...

-Un momento -dijo el hirsuto Kagan desde su cama-. ¿Cómo sabe el Fiscal que existía autoridad Soviética en la Rusia de esa época?

-¡Alguacil! ¡Expulse a ese agente vendido! -ordenó Nerzhin. Pero antes de que Bulatov entrara en acción, Rubín aceptó ligero el desafío.

-Si no hay inconveniente, contestaré. Un análisis dialéctico de los textos lo demuestra categóricamente. Lean lo que dice el "autor de la epopeya": "Rojas banderas ondeaban en Putivl".

-¿Parece bastante claro, no? El noble Príncipe Vladimir Galitzky, Jefe del Comisariato del Distrito Militar de Putivl, estaba reuniendo la guardia popular, encabezada por Skula y Yeroska, para la defensa de su ciudad natal. Mientras que, el Príncipe Igor contemplaba las piernas desnudas de las mujeres Polovtsianas. Aclaro que todos compartimos su interés por este punto, pero después que Konchak le ofreció la elección de "cualquiera de las bellezas", ¿por qué no tomó alguna ese bastardo? ¿Quién de entre nosotros puede creer que un hombre rehuse una mujer?, Y entonces el último cinismo del acusado se revela en su supuesta fuga del cautiverio y el voluntario regreso a su patria. ¿Quién podría creer que un hombre al cual le ha sido ofrecido "el caballo de su preferencia y oro" y asimismo "cualquiera de las bellezas", volvería voluntariamente a su país y dejaría todo eso? ¿Cómo puede ser?

Esta era precisamente la pregunta que se les había formulado a los prisioneros que habían regresado. A Spiridon también se le había preguntado: -¿Por qué volvió a su país si no había sido reclutado por el enemigo?

-Sólo cabe una interpretación: ¡el Príncipe Igor fue reclutado por el servicio de inteligencia Polovtsiano y enviado de regreso para colaborar en la desintegración del Estado de Kiev! ¡Camaradas jueces! En mí, como en ustedes, hierve la noble indignación. Como persona, de sentimientos humanitarios, exijo que este hijo de perra sea ahorcado! Pero como la pena capital ha sido abolida, encajémosle

veinticinco años y démosle cinco más por los cuernos. El Tribunal deberá además retirar la ópera "El Príncipe Igor" de los escenarios, por ser totalmente amoral y por difundir tendencias traidoras entre nuestra juventud. Además, deberá ser juzgado el testigo Borodin, A, P., arrestándolo como medida preventiva. También deberán ser traídos a juicio los siguientes aristócratas: (1) Rimsky y (2) Korsakov, porque si no hubieran completado esta mala ópera, ésta nunca hubiera sido representada. ¡He dicho! -Rubín saltó pesadamente desde la mesa de noche. La burla se había agriado repentinamente.

Nadie rió.

Pryanchikov, sin esperar a que lo invitaran, se levantó de la silla y en el profundo silencio dijo vagamente, -¡"Tant pis", caballeros! "¡Tant pis!" ¿Vivimos en el siglo veinte o en la edad de piedra? ¿Cuál es el sentido de la traición en la era de la desintegración atómica, de los semiconductores, de los cerebros electrónicos? ¿Quién tiene el derecho de juzgar a otro ser humano, caballeros? ¿Quién puede privarlo de su libertad?

-Perdón, ¿esa es la defensa? -dijo con educación el Profesor Chélnov, hacía quien miraron todos-. Quisiera antes agregar a los argumentos del fiscal algunos Hechos que mi estimado colega no ha tenido en vista y...

-Por supuesto, por supuesto. Vladimir Erastoyich, -aceptó Nerzhin-. Siempre estamos a favor de la acusación y contra la defensa, de modo que aceptamos la violación de las normas procesales. ¡Adelante!

Una sonrisa contenida apareció en los labios del Profesor. Habló en voz baja y, sin embargo, pudo ser perfectamente oído porque el público lo escuchaba con respeto. Sus ojos pálidos parecían mirar por encima de los presentes, como si estuvieran contemplando las páginas

de las crónicas antiguas. El pompón de lana de su gorra acentuaba la finura de su rostro y le daba un aire concentrado y alerta.

-Quisiera decir, -expresa el profesor de matemática-, que aun antes de ser designado jefe militar, el Príncipe Igor hubiera quedado en descubierto la primera vez que hubiera llenado nuestro cuestionario especial de seguridad. Su madre era Polovtsiana, hija de un príncipe de ese país. Él tenía, pues, media sangre Polovtsiana. Había estado aliado con los Polovtsianos por muchos años y ya había sido un "fiel aliado y leal amigo" de Konchak antes de su campaña. En 1180, cuando fue derrotado por el ejército del príncipe Monomakh, escapó en el mismo bote que el Khan Konchak. Más tarde, Svyatoslav y Ryurik Rostislavich lo llamaron para unirse en la campaña rusa contra los Polovtsianos, pero Igor no aceptó so pretexto de estar la tierra resbaladiza por el hielo. ¿Sería porque en esa época Svoboda Konchakovna, la hija de Konchakov, ya estaba comprometida con Vladimir Igoryevich? En el año 1185, que ahora estamos considerando, ¿quién ayudó, después de todo, a Igor a escapar del cautiverio? ¡Un Polovtsiano! El Polovtsiano Ovlur, a quien después Igor concedió la nobleza. Y la hija de Konchak, oportunamente, dio un nieto a Igor. Propongo que el "autor de la epopeya", por ocultar estos hechos, sea también sometido a la justicia y asimismo el crítico musical Stasov, que pasó por alto las tendencias traidoras de la ópera de Borodin y, por último, el Conde Musin-Pushkin, dado que fue un cómplice indiscutible al quemar el manuscrito único de la "epopeya". Es evidente que alguien borró las huellas para favorecer a alguno.

Habiendo finalizado, Chelnov retrocedió. La misma débil sonrisa permanecía en sus labios.

Estaban silenciosos.

-¿Pero no hay alguien aquí que defienda al acusado? Después de todo, el hombre ciertamente necesita una defensa, -clamó Isaac Kagan indignado.

-¡No merece defensa ese bastardo!, -gritó Dvoyetyosov.

-Esto cae bajo el artículo iB. ¡Al paredón con él!

Sologdin frunció el ceño. Lo que Rubin había dicho era muy divertido y también respetaba la erudición de Chelnov, pero el Príncipe Igor era el orgullo de la historia rusa, una imagen de la caballería en su período más glorioso; por consiguiente, no debía ser ridiculizado, ni siquiera indirectamente, Sologdin sentía. un desagradable sabor en la boca.

-¡No, no, si no les importa, voy a hablar de cualquier forma en su defensa! -dijo envalentonado Isaac, recorriendo el cuarto con una mirada socarrona-. ¡Camaradas jueces! Como un honorable abogado del Gobierno coincido sin reservas con todas las conclusiones de la acusación. -Arrastraba las palabras.- Mi conciencia me indica que el Príncipe Igor no sólo debe ser ahorcado, sino también descuartizado. Es cierto que desde hace tres años no existe pena de muerte en nuestra humana legislación y estamos obligados a reemplazarla por otra. Aun así, resulta incomprensible que el fiscal sea tan sospechosamente indulgente. Es obvio que el Fiscal debe a su vez ser investigado. ¿Por qué se ha quedado a dos pasos de la pena máxima y establecido veinticinco años de trabajos forzados? Después de todo, existe en nuestro Código Penal un castigo que difiere muy poco de la muerte, un castigo mucho peor que veinticinco años de trabajos forzados.

Isaac marcó una pausa, como para causar la mayor impresión posible.

-¿Cuál es, Isaac? -Le gritaron impacientes. Tranquilamente y con fingida inocencia, respondió:- Artículo 20, inciso a.

Ninguno de los presentes, con toda su experiencia carcelaria, había oído hablar jamás de tal artículo. ¿Cómo lo conoce este leguleyo?

-¿Qué dispone? -Le gritaban sugerencias indecentes de todos lados:- ¿Castrarlo?

-Casi, casi, -confirmó Isaac imperturbable--. De hecho, es una castración espiritual. ¡El artículo 20, inciso a, lo condena a ser declarado enemigo de los trabajadores y a ser expulsado de los límites de la U.R.S.S.! ¡Que reviente en Occidente! No tengo nada más que decir, Modestamente, con la cabeza ladeada, pequeño e hirsuto, volvió a su litera.

Una explosión de risa sacudió el cuarto.

-¿Qué? ¿Qué?, -rugió Khorobrov, ahogándose, mientras su cliente saltaba escapando al tirón de la maquinilla-. ¿Expulsado? ¿Exiliado? ¿Existe realmente tal artículo?

-¡Qué sea más duro el castigo! ¡Qué sea más duro el castigo!, -gritaron.

Spiridon sonrió solapadamente.

Todos hablaron al mismo tiempo y luego se dispersaron. . Rubin se acostó otra vez boca abajo, tratando de concentrarse en un diccionario Mongólico-Finlandés. Maldijo su estúpida manera de convertirse en el centro de la atención y se avergonzó del papel que había jugado.

CONCLUYENDO EL VIGÉSIMO AÑO

Adamson, apoyado en su almohada, seguía devorando "El Conde dé Montecristo". Estaba de espaldas a lo que ocurría en el cuarto.

Ninguna parodia de juicio podía entretenerlo. Sólo dio vuelta la cabeza ligeramente cuando habló Chelnov, porque lo que decía era nuevo para él.

En veinte años de exilio, prisiones para investigación, celdas solitarias, campos de concentración y *sharashkas*, Adamson, que había sido un orador vigoroso y sensible, se volvió indiferente a sus sufrimientos y a los de la gente que lo rodeaba.

El juicio recién representado estaba dedicado al sino de los prisioneros de guerra, soldados soviéticos primeramente conducidos al cautiverio por ineptitud de sus generales y después abandonados fríamente por Stalin, para ser aniquilados por el hambre; los prisioneros integraban la oleada de los años 1945 y 1946. Adamson admitía teóricamente la tragedia que los había sacudido; pero, con todo, era una sola ola de prisioneros, una de tantas y ni siquiera la más notable. Los prisioneros eran interesantes porque habían visto muchos países extranjeros (y por lo tanto quedaban automáticamente convertidos en "falsos testigos vivientes", como los llamaba jocosamente Potapov). Pero, de cualquier manera, su ola era gris, pardusca. Eran víctimas infortunadas de la guerra y no hombres que hubieran elegido la lucha política como objetivo de su vida.

Cada oleada de "zeks" arrestada por el NKVD, como todas las generaciones humanas, tenía su historia y sus héroes.

Era difícil que una generación comprendiera a la otra.

Adamson consideraba que la gente que estaba en ese cuarto no podía compararse con los gigantes que, como él, habían elegido voluntariamente el exilio en el Yemisei, en vez de retractarse de lo dicho en las reuniones del Partido para mantener el confort y la prosperidad. Todos habían tenido esa opción. No habían aceptado la perversión y la desgracia de la Revolución, sino que se ofrecieron al sacrificio por su purificación. En cambio, esta tribu de jóvenes desconocidos, treinta años después de la Revolución de octubre, había entrado en la cárcel con blasfemias campesinas, repetían lo mismo por lo cual hubieran sido fusilados durante la Guerra Civil.

De modo que Adamson, que no era personalmente hostil a ninguno de los ex-prisioneros en general, no aceptaban esta clase de gente.

Además (como él mismo se lo aseguraba), desde hace tiempo había perdido interés en los temas de los prisioneros, en sus confesiones, y en la narración de lo que habían visto. No tenía la curiosidad de la juventud sobre lo que se decía en el otro rincón de la celda. Había perdido también el entusiasmo por el trabajo. No estaba en contacto con su familia porque no era de Moscú, nunca recibía visitas y las cartas censuradas que le llegaban a la *sharashka* involuntariamente habían sido depuradas de toda espontaneidad cuando fueron escritas. No perdía el tiempo leyendo periódicos, ya que su contenido se le hacía evidente con sólo ver los titulares. No podía escuchar radioemisoras musicales más de una hora al día y sus nervios no soportaban la palabra radial, como así tampoco los libros llenos de falsedades. Aunque en su fuero más íntimo en alguna parte detrás de las siete paredes mantenía un vivo y agudo interés por el mundo y por la suerte de la doctrina a la cual había dedicado su vida,

estaba habituado a aparentar una absoluta indiferencia por todo lo que lo rodeaba. Por eso ocurría que Adamson, que no había sido fusilado, apuñalado, o envenenado en el momento oportuno, no gozaba con los libros que quemaban con la verdad, sino con aquellos que lo entretenían y lo ayudaban a acortar su interminable condena.

No había leído "El Conde de Montecristo" en la "taiga" de Yenisei en 1929, veinte años atrás. En Angora, en el perdido pueblo de Doshchany, hacia el cual se llegaba por camino de trineo de 300 km. de largo a través de la "taiga", se reunían de otros lugares aún más recónditos -bajo el pretexto de festejar el Año Nuevo- para una conferencia de deportados donde se discutía la situación interna e internacional del país. La temperatura bajaba más grados bajo cero. Una estufa provisoria que funcionaba en un rincón, porque la habitual estaba descompuesta, no podía de ninguna manera entibiar la espaciosa cabaña siberiana. Las paredes estaban traspasadas de frío. De vez en cuando, los troncos crepitaban como disparos en el silencio de la noche.

La conferencia fue abierta por Satanevich con un informe sobre la política del Partido en las aldeas. Se quitó la gorra, liberando su pelo oscuro y ondulado, pero conservó su abrigo de cuero de oveja con su libro de dicción inglesa eternamente sobresaliendo del bolsillo. - "Uno siempre debe entender al enemigo", -explicaba. Satanevich siempre actuaba como jefe. Después fue muerto a tiros, según parece, en la huelga en el campo de concentración de Vorkuta. Pero cuanto más apasionadamente eran discutidos los informes, más se desintegraba la unidad de este frágil puñado de deportados. No eran dos o tres las opiniones, sino que cada uno tenía la suya. De mañana, fatigosamente, el parte oficial de la conferencia se cerraba sin llegar a una decisión.

Comían y bebían en vajilla estatal y había ramas de pino como decoración, tapando las estrías de la tosca mesa. Las ramitas olían a nieve y brea y pinchaban las manos. Tomaban vodka casero.

Al llegar los brindis hicieron el juramento de que ninguno firmaría jamás una renuncia ni una capitulación.

Corearon gloriosas canciones revolucionarias: "Varshavyanka", "Sobre el mundo flota nuestra bandera" y "El Barón negro".

Siguieron discutiendo sobre todos los temas imaginables.

Rosa, una obrera de la Fábrica de Tabaco Khardhov, estaba sentada sobre un cobertor de plumas. (Lo había traído a Siberia desde Ucrania y estaba muy orgullosa de él). Fumaba un cigarrillo tras otro y se sacudía los rulos desdeñosamente. -"¡No puedo soportar la intelligentsia!" Me disgusta, con todas sus sutilezas y complejidades. La psicología humana es mucho más simple de lo que querían imaginar los escritores prerrevolucionarios. ¡Nuestro problema es librar a la Humanidad de su sobrecarga espiritual!

De alguna manera llegaron al tema de los adornos femeninos. Uno de los deportados, Patrushev, un ex-Fiscal de Odessa, cuya novia había venido recientemente de Rusia, preguntó desafiante: -¿Para qué quieren mantener empobrecida a nuestra futura sociedad? ¿Por qué no debo soñar con un tiempo en que cada chica pueda usar perlas? ¿Cuándo cada hombre podrá adornar la frente de su amada con una Piara?

¡Qué rugido se produjo! ¡Con qué furia lo azotaron con citas de Marx y Plekhanov, de Campanella y Feuerbach.!

¡Nuestra futura sociedad! ¡Con qué facilidad hablaban de ella!

El primer sol del año 1930 se asomó, y todos salieron a admirarlo. Era una mañana fresca y tonificante, con columnas de humo rosado subiendo rectas hacia el cielo rosado. En las amplias

extensiones de Angara las campesinas conducían el ganado a abreviar en un hoyo en el hielo cerca de un grupo de abetos. No habían hombres ni caballos; todos habían sido llevados a trabajar en el bosque.

Pasaron dos décadas. La oportunidad y pertinencia de los brindis de otrora había florecido y después se había marchitado. Habían fusilado a los firmes y a los claudicantes. Sólo en la mente aislada de Adamson, intacta en el invernáculo de la *sharashka*, vivía aún, como un árbol invisible, el recuerdo de aquellos días.

Adamson miraba el libro pero no lo leía.

Nerzhin se sentó entonces en el borde de su litera.

Nerzhin y Adamson se habían conocido tres años antes, en una celda en Butyrskaya, en la cual también estaba encerrado Potapov. Adamson terminaba entonces sus primeros diez años y asombraba a los demás reclusos con su fría autoridad, su profundo escepticismo carcelario, en tanto que secretamente vivía con la loca esperanza de volver pronto con su familia.

Habían seguido diferentes caminos. Adamson, por negligencia, fue liberado, pero sólo por el tiempo suficiente para que su familia se trasladara a Sterlitamak, donde la Policía lo autorizaba a radicarse.

Ni bien se hubo mudado su familia, fue nuevamente arrestado y sometido a un solo interrogante: ¿realmente había estado expatriado desde 1929 hasta 1934 y encarcelado desde entonces? Habiendo quedado establecido que así era en efecto, que había cumplido su condena y aún más de lo que le imponía la sentencia, el Tribunal Especial le aplicó otros diez años. La Jefatura de las *sharashkas* supo que su viejo trabajador había sido nuevamente detenido y lo reintegró de buen agrado a la *sharashka*. Fue traído a Mavrino, donde, como siempre en el mundo de los prisioneros, encontró inmediatamente

viejos amigos, incluyendo a Nerzhin y Potapov. Cuando los tres fumaban parados en la escalera. Adamson sentía que nunca había recuperado la libertad por un año, que no había visto a su familia, que no le había dado una nueva hija a su mujer durante ese período, que todo había sido un sueño cruel y que la única realidad sólida en el mundo era la prisión.

Nerzhin se había sentado al lado de Adamson para invitarlo a la fiesta de su cumpleaños, porque había decidido celebrarlo. Adamson felicitó tardíamente a Nerzhin y mirándolo de costado le preguntó quién estaría. Adamson no estaba contento de tener que vestirse y arruinar un domingo que estaba pasando tan maravillosamente en ropa interior, de dejar su libro, tan entretenido, y concurrir a una fiesta de cumpleaños. Fundamentalmente, no tenía esperanzas de pasar un rato agradable porque estaba casi seguro de que surgiría una discusión política que sería como siempre inútil e inconducente, aunque imposible de eludir. Al mismo tiempo, no podía realmente entrar en ese tema, porque antes mostraría su mujer desnuda ante los "jóvenes" prisioneros que descubrirles sus pensamientos, tan hondamente escondidos y tan frecuentemente ultrajados.

Nerzhin le dijo quién estaría. En la *sharashka*, sólo Rubín era íntimo de Adamson y, sin embargo, éste se proponía reprocharle su farsa de hoy, que consideraba indigna de un verdadero comunista. Por otra parte no le gustaban Sologdin ni Pryanchikov.

Con todo, no había otra salida, y Adamson aceptó. Nerzhin le dijo que la celebración comenzaría entre las literas de Potapov y Pryanchikov dentro de media hora, tan pronto como Potapov terminara de preparar la crema.

Mientras hablaban, Nerzhin advirtió lo que leía Adamson y le dijo: -Yo también tuve oportunidad de leer Montecristo en la prisión,

pero no pude terminarlo. Observé que aun cuando Dumas trata de crear un sentimiento de horror, describe el Castillo de If como una prisión completamente patriarcal. No hablemos de su omisión de algunos lindos detalles, como el acarreo diario del balde de la letrina a la celda, acerca del cual nada dice Dumas, con la ignorancia del hombre libre. Es fácil darse cuenta por qué Dantés pudo escapar. Durante años nadie revisó su celda, siendo que deben ser registradas todas las semanas. Por eso no fue descubierto el túnel. Y nunca cambiaban los destacamentos de guardias, cuando la experiencia enseña que deben ser relevados cada dos horas, para que uno controle al otro. En el Castillo de If no entraban a las celdas y las examinaban días enteros. Ni siquiera tenían mirillas, de modo que If no era de ningún modo una cárcel, sino un lugar de recreo junto al mar. Incluso, dejaban en la celda un tazón de metal, con el cual Dantés podía excavar el suelo. Por último, cosieron confiadamente a un hombre muerto en una bolsa sin quemarlo en la morgue con hierros al rojo ni traspasarlo con bayonetas en la guardia. Dumas debió ajustar los recaudos en vez de oscurecer la atmósfera.

Nerzhin nunca leía un libro por simple entretenimiento. Buscaba aliados y enemigos y extraía de los libros un juicio preciso, que luego trataba de imponer a los demás.

Adamson le conocía esta costumbre molesta y escuchaba sin levantar la cabeza de la almohada, mirándolo con calma a través de sus anteojos rectangulares.

-Bueno, iré, -dijo, y poniéndose más cómodo, volvió a su lectura.

INSIGNIFICANCIAS CARCELARIAS

Nerzhin fue a ayudarlo a Potapov en la preparación de la crema. Durante sus años de hambre como prisionero de los alemanes y en las cárceles sociéticas, Potapov había aprendido que el proceso de masticar no es algo vergonzoso ni despreciable, sino una de las experiencias más deliciosas de la vida, que revela la esencia misma de nuestra existencia.

"Me gusta definir las horas

Por el almuerzo, el té

Y la cena"

recitaba este notable ingeniero ruso, que había dedicado su vida a los transformadores con capacidad de miles de kilovatios.

Cómo Potapov era uno de esos ingenieros cuyas manos son tan rápidas como su inteligencia, se convirtió en seguida en un excelente cocinero: en el "Kriegsgefangelageren", solía preparar torta de naranja sólo con peladuras de patatas, y en la *sharashka* se especializó en postres y confituras.

Precisamente ahora se estaba afanando sobre dos mesas de noche arrimadas, entre su litera y la de Pryanchikov. El colchón de arriba cortaba la luz del techo y creaba una agradable penumbra. A causa de la forma semicircular del cuarto (con las literas colocadas a lo largo de los radios), el pasillo era angosto en el eje y se ensanchaba hacia la ventana. El macizo antepecho de la ventana, de cuatro ladrillos y medio de espesor, también era utilizado por Potapov. Latas, cajas plásticas y tazones estaban colocados por todas partes. Potapov

solemnemente, ritualmente, batía leche condensada, chocolate y dos huevos (algunos de estos ingredientes provenían de Rubin, que frecuentemente recibía paquetes de su casa y siempre los compartía) convirtiéndolos en algo que no tenía nombre en el lenguaje humano. Rezongó a Nerzhin por llegar tarde y le ordenó que improvisara dos copitas, (habiendo ya juntado una tapa de termo y dos pequeños vasos de laboratorio de química, los armó Potapov mismo con el papel manteca a la manera de los envases de helados que se venden en las heladerías). Nerzhin le propuso pedir prestadas dos tazas de afeitarse y enjuagarlas con agua caliente.

Un sereno ambiente de reposo dominical se había instalado en el cuarto semicircular. Algunos "zeks" conversaban, sentados o acostados en sus literas; otros leían, mientras jirones de conversación volaban de un lado a otro. Otros yacían silenciosos con las manos atrás de la cabeza, mirando el techo.

Todo los sonidos se unían en una sola distancia.

El especialista en vacío Zemélya ocupaba complacido su litera superior: descansaba en calzoncillos, frotándose el pecho velludo, con su invariable sonrisa benévola, mientras le contaba una historia a Mishka Mordvin, a dos pasillos de por medio.

-Si quieres saber la verdad, comencé con medio kopeck.

-¿Cómo fue eso? ,

-Bueno, antes, en 1926, en 1928 -cuando era un niño- había un letrero sobre las ventanillas de los cajeros: "Pida su vuelto hasta el medio kopeck". Existía realmente esa moneda, una pieza de medio kopeck. Los cajeros la entregaban sin una palabra. Era en el tiempo del NEP, casi época de paz.

-¿No había guerra?

-Así es, no había guerra. ¿Puedes imaginártelo? Era antes de todas las guerras. Tiempo de paz. Durante el NEP, la gente en las instituciones del Estado trabajaba seis horas, no como ahora, y todo andaba perfectamente. La gente encontraba trabajo. Si te tenían quince minutos de más, debían pagarle tiempo extra. ¿Y qué crees que fue lo primero en desaparecer? ¡El medio kopeck! Así empezó todo. Desaparecieron las monedas de cobre y en 1930 también las de plata. No había más cambio. No te daban cambio por nada en el mundo. Desde entonces nada anduvo bien. No hay cambio chico y empezaron a contar en rublos. Los mendigos ya no piden kopecks en nombre de Cristo, sino que exigen. "Ciudadano, déme un rublo". Y cuando te pagan en una oficina pública, no te molestes en pedir los kopecks que aparecen en la lista de pagos. ¡Se reírían de tí! ¡Ellos son los tontos! Medio kopeck significa respeto por un hombre, y ni siquiera te dan sesenta kopecks de vuelto por un rublo. En otras palabras, se cagan en uno. Nadie salió a la defensa del medio kopeck y ahí tienes: perdimos media vida.

Del otro lado, otro prisionero en su litera alta, que había sido distraído de su libro, dijo al hombre de al lado: -El Gobierno zarista era desastroso. Oye, una mujer revolucionaria, Sasheñka entraba en huelga de hambre por ocho días para obligar al jefe de la prisión a que le pidiera disculpas, y el idiota se disculpaba. ¡Imagínate al director de Krasnaya Presnya disculpándose!

-Hoy le empezarán a alimentar por vía intestinal al tercer día, y le aplicarían una segunda condena por provocación. ¿Dónde leíste eso?

-En Gorky.

Dvoyetyosov, que estaba acostado cerca, se levantó. -¿Quién está leyendo Gorky? --preguntó con voz terrible,.

-Yo.

-¿Para qué diablos?

-Bueno, acá, por ejemplo, hay algunos detalles sobre la prisión de Nizhny Novgorod: podías poner una escalera y subirte a la pared y nadie te atajaba. ¿Puedes imaginarte eso? Y los guardias, según el autor, tenían revólveres tan herrumbrados que sólo podían usarlos para clavar clavos en las paredes. Es muy útil saberlo.

Debajo de ellos, crecía una vieja discusión de presidio: ¿cuándo es mejor estar encarcelado? Por la manera fatal de plantear la pregunta, permitía suponer que nadie podía eludir la prisión. (Los prisioneros tendían a exagerar el número de otros prisioneros). Cuando, en verdad, habían sólo doce a quince millones de personas en cautiverio, los "zeks" creían que eran veinte y hasta treinta millones. Pensaban que casi no existían hombres en libertad. ¿Cuándo es mejor estar encarcelado?, sólo significaba si era preferible en la juventud o en los años declinantes. Algunos "zeks", generalmente los más jóvenes, insistían optimistas en que era mejor ser encarcelado en la juventud. Uno tiene entonces oportunidad de aprender el significado de la vida, lo que realmente cuenta y lo que es despreciable; entonces, a la edad de treinta y cinco habiendo cumplido una condena de diez años, un hombre puede construir su vida sobre fundamentos razonables. Un hombre encarcelado en edad avanzada puede sufrir por haber vivido mal, porque su vida ha sido una cadena de errores y porque esos errores ya no pueden ser corregidos. Otros -generalmente los mayores- mantenían con igual optimismo que ser encarcelado cerca de la vejez era, por el contrario, como ir a una pensión modesta o a un monasterio, después de haberle sacado todo a la vida en los mejores años (En el vocabulario de los reclusos, "todo" se reducía a la posesión de un cuerpo de mujer, buena ropa, buena comida y bebida).

Sostenían que en un campo no le pueden sacar demasiado a un viejo, en tanto que podían convertir a un joven en un tullido que, después, "ni siquiera querría acercarse a una mujer".

Esa era la esencia de la discusión en el cuarto semicircular. Así es como discuten siempre los prisioneros. Algunos se reconfortaban, otros se atormentaban, pero la verdad no quedaba aclarada por la discusión ni por sus conocimientos de la vida. Los domingos por la noche siempre era agradable estar en la prisión, pero cuando se levantaban el lunes por la mañana siempre era malo.

Pero aun eso no era enteramente cierto.

Discutir sobre "cuándo era mejor ser encarcelado" no inflamaba a los participantes, sino más bien los unía en melancólica filosofía. La discusión nunca conducía a estallidos.

Tomás Hobbes dijo en alguna parte que la sangre sólo correría sobre el teorema de "la suma de los ángulos de un triángulo equivale a 180 grados", en el caso de que lesionara los intereses de alguno.

Pero Hobbes no conocía nada sobre presidiarios.

En la última litera, cerca de las puertas, había comenzado una discusión que pudo llevar a una pelea y al derramamiento de sangre, aunque no dañaba los intereses de nadie. El operario del torno se había puesto a conversar con el electricista, y llegaron al tema de Sestroretsk; de allí fueron a las estufas y la calefacción en las casas de Sestroretsk. El operario había vivido allí un invierno y recordaba claramente la clase de estufas que tenían. El electricista nunca había estado, pero su cuñado había sido un instalador de estufas de primera clase y había colocado estufas, particularmente en Sestroretsk. El electricista describía una estufa totalmente opuesta a la que recordaba el operario. Su disputa, que comenzó como una discusión cualquiera, ya había llegado a la etapa de las voces descontroladas y los insultos

personales. Ya tapaba todas las otras conversaciones en el cuarto. Cada uno de los rivales sufría por la imposibilidad de demostrar que tenía razón. Buscaron en vano un tribunal de arbitraje, hasta que, súbitamente, recordaron que el portero Spiridon era entendido en estufas y pensaron que, por lo menos, diría al otro que los absurdos artefactos que él imaginaba no existían en Sestroretsk ni en ninguna otra parte. Casi corriendo salieron a buscar al portero, con el consiguiente alivio del resto del cuarto.

Pero en su apuro olvidaron cerrar la puerta, y otra disputa, no menos violenta, explotó desde el corredor. ¿La mitad del siglo veinte debía ser festejada el 1º de enero de 1950 o el 1º de enero de 1951? La discusión, evidentemente, había durado un rato y partía de esta pregunta: ¿El veinticinco de qué año había nacido Cristo, o al menos se suponía que había nacido?

La puerta fue cerrada de golpe. El ruido ensordecedor desapareció. El cuarto quedó en silencio y se pudo oír a Khorobrov, diciéndole al dibujante calvo de la litera de encima:

-Cuando nuestros hombres zarpen en el primer viaje a la luna, habrá naturalmente una sesión final junto al cohete antes de la partida. La tripulación aceptará economizar combustible, batir el "record" de velocidad cósmica, no detenerse en el espacio para reparaciones en vuelo, y ejecutar el "aterizaje" con un nivel de "bueno" o "excelente". Uno de los tres miembros de la tripulación será un funcionario de conducción política. Durante el vuelo instruirá al piloto y al navegador en los usos políticos de los viajes espaciales y les pedirá declaraciones para los periódicos "murales".

Pryanchikov oyó esta predicción mientras corría a través del cuarto con toalla y jabón. Con un movimiento de ballet saltó hacia

Khorobrov y, frunciendo el ceño le dijo: -¡Ilya Terentich!, déjame asegurarte que no será así.

-¿Y cómo será?

Pryanchikov puso misteriosamente un dedo sobre sus labios, como en una cinta de detectives. "Los americanos estarán antes en la luna".

Estalló en una risa clara e infantil y se fue corriendo.

El grabador estaba sentado cerca de Sologdin, manteniendo una apasionante conversación sobre mujeres. El grabador tenía cuarenta años y, aunque su cara era joven, se le veía el cabello casi completamente gris, lo cual lo favorecía.

Hoy estaba de excelente humor. Es cierto que había cometido un error esa mañana, y se había comido el cuento corto que había escrito, cuando, según resultó después, podía haberlo pasado a través de la revisión y habérselo entregado a su esposa. Pero se había enterado que ésta había mostrado sus primeros cuentos cortos a varias personas de confianza, que estaban encantadas con ellos. Por supuesto, el elogio de parientes y amigos puede ser exagerado, pero ¿dónde es posible encontrar una opinión imparcial? Ya fuera que lo hiciera bien o mal, el grabador estaba preservando para siempre la verdad de lo que hizo Stalin con millones de prisioneros de guerra rusos, el llanto de sus almas. Estaba orgulloso y satisfecho de esto y tenía la firme decisión de seguir escribiendo. La visita en sí había resultado muy buena hoy. Su fiel esposa lo había esperado, había petitionado su liberación y pronto conocerían el resultado favorable de sus gestiones.

Buscando un desahogo para su euforia, le estaba contando una larga historia a Sologdin, a quien consideraba, no como un estúpido,

pero sí como un perfecto mediocre sin un presente ni un pasado tan brillante como los que él mismo disfrutaba.

Sologdin estaba acostado de espaldas, con un libro estropeado abierto sobre su pecho, escuchando al narrador con un ligero centelleo en los ojos. Con su barbita enrulada, ojos claros, frente amplia y los rasgos simétricos de un antiguo paladín ruso, Sologdin era notablemente, casi indeciblemente, buen mozo..

Hoy estaba lleno de alegría. Su corazón cantaba victoria sobre el codificador.

(Era ahora cuestión de un año; podría ser si se decidiera a darle el codificador a Yakonov). Lo esperaba una carrera de largo aliento. Para mejor, hoy su cuerpo no estaba, como de costumbre, languideciendo por una mujer, sino que lo sentía calmo y liberado. Aunque había anotado penalidades en su papel rosa, aunque había hecho el esfuerzo de rechazar a Larisa, esta noche, estirado en su litera. Sologdin admitió que ella le había dado justamente lo que él esperaba.

Ahora se entretenía siguiendo ociosamente las evoluciones de una historia a la cual era indiferente buscando la salida a su triunfo contada por una persona que, aunque no estúpida, era completamente ordinaria, y no tenía perspectivas ni antecedentes tan brillantes como los que gozaba Sologdin.

Sologdin nunca se cansaba de decir a todo el mundo que tenía una memoria débil, capacidad limitada y una falta total de voluntad. Pero era fácil adivinar lo que realmente pensaba sobre sí mismo, por la manera de oír a la gente: condescendentemente, como tratando de disimular que sólo escuchaba por educación.

Primero el grabador le contó lo de sus dos esposas en Rusia; luego empezó a recordar su vida en Alemania y la adorable germana

con la que había mantenido relaciones. Hizo una comparación entre las mujeres rusas y las alemanas, que resultó novedosa para Sologdin: dijo que las rusas son demasiado independientes, que se tienen demasiada confianza, que no se comprometen en el amor; estudian al hombre que quieren, advierten sus debilidades, lo encuentran a veces poco valiente. Uno siempre siente que la rusa que uno quiere es su igual. Por el contrario, la alemana se dobla como un junco en las manos de su amado. Su hombre es su dios. Es el primero y el mejor de la tierra. Se somete enteramente a su voluntad y sólo piensa en agradarle y no se atreve a soñar otra cosa. Consiguientemente, el grabador se sentía más hombre, más señor y dueño, con una mujer alemana.

Rubin había cometido la imprudencia de salir al corredor a fumar, pero ahora no tenía dónde ir en la *sharashka* sin ser molestado.

Para escapar de la inconducente discusión del corredor, cruzó el cuarto, dirigiéndose hacia sus libros, pero alguien desde una litera baja lo tomó de los pantalones y le preguntó: "¡Lev Grigorich! ¿Es cierto que en China las cartas de los delatores son despachadas gratis por correo".

Rubin se escapó, pero el ingeniero en electricidad, que colgaba desde la litera alta, lo tomó por el cuello y quiso volver insistentemente a su discusión anterior: -¡Lev Grigorich! Debemos reconstruir la conciencia del hombre de tal manera, que la gente sólo se enorgullezca del trabajo de sus manos y se avergüence de ser supervisor, comandante, charlatán. Debería ser una desgracia familiar cuando una hija se casa con un empleado. Me gustaría vivir bajo esa clase de socialismo.

Rubín se soltó, se abrió paso hasta su propia litera y se acostó boca abajo, otra vez solo con sus diccionarios.

LA MESA DEL BANQUETE

Siete estaban sentados ante la mesa de cumpleaños, consistente en tres mesas de noche de diferentes alturas, arrimadas y cubiertas con un pedazo de papel verde brillante. Sologdin y Rubin estaban sentados con Pótapov en la litera de este último y Adamson y Kondrashev-Ivanov con Pryanchikov en la de éste, y el agasajado a la cabecera, en el ancho antepecho de la ventana. Sobre ellas, Zemelya ya dormitaba y no había nadie más en los alrededores. Las literas dobles cerraban su compartimento, aislándolo del resto del cuarto.

En el centro de la mesa, en un bol plástico, habían colocado los pastelitos de Nadya, eran delgadas tiras de masa cocidas en grasa hasta quedar secas y crocantes. Esto era algo nunca visto en la *sharashka*. Para siete hombres, el convite parecía absurdamente chico, pero también había bizcochos comunes y bizcochos untados con crema, y llamados por eso "masas". Y había dulce de leche, preparado hirviendo en una lata cerrada de leche condensada. Y escondido detrás de Nerzhin, en una lata oscura de un cuarto, existía un brebaje tentador para el cual estaban destinados las copas: un poco de alcohol que los "zeks" del laboratorio habían permutado por una pieza de material aislante difícil de conseguir. El alcohol había sido rebajado con agua en la proporción de uno a cuatro y luego coloreado con cacao. El resultado era un líquido marrón con muy poco alcohol, pero que, de todos modos, era esperado con impaciencia.

-Bueno, caballeros -declaró Sologdin echándose dramáticamente hacia atrás, los ojos brillando en la semiobscuridad-. Recordemos la última vez que cada uno de nosotros se sentó a una mesa de banquete.

-Yo lo hice ayer, con los alemanes -dijo bruscamente Rubin, que odiaba la emotividad.

En la opinión de Rubin, el hecho de que Sologdin siempre se dirigiera a un grupo como "caballeros" era consecuencia del trauma de doce años de prisión. Como resultado del mismo trauma, las ideas de Sologdin estaban deformadas en muchos otros sentidos y Rubín trataba siempre de tener esto presente para no estallar de ira, aunque a veces tuviera que escuchar cosas insoportables.

-¡No, no! -insistió Sologdin-. Me refiero a una verdadera mesa, caballeros. Sus particularidades son: un mantel pálido y pesado, vino en jarras de cristal y, por supuesto, mujeres bien vestidas.

Quería disfrutar de su visión y demorar el comienzo de la fiesta, pero Pótapov, mirando la mesa y los invitados con el aire posesivo y ansioso de la dueña de casa, interrumpió con su voz malhumorada:

-Comprenderán, muchachos, que antes de que "el trueno de las patrullas de medianoche" nos pesque con esta poción, es preferible llevar adelante las formalidades oficiales.

Hizo una seña a Nerzhin para que sirviera.

Mientras se repartía el licor permanecieron en silencio y cada uno, a pesar de sí mismo, recordó algo del pasado.

-Hace mucho tiempo -suspiró Nerzhin.

-¡Yo no me acuerdo! -dijo impacientemente Pótapov. Hasta la guerra había estado absorbido por la vorágine loca del trabajo, y aunque algo recordaba sobre el festejo de un casamiento, no podía decir si había sido el suyo o el de algún otro.

-¿Por qué no? -dijo Pryanchikov-. "¡Avec plaisir!" Les diré ahora mismo. En París en 1945 yo. . .

-Un minuto, Valentulya -lo detuvo Pótapov-. ¿Un brindis?

-¡A la persona responsable de habernos reunido! Kondrashev-Ivanov habló más fuerte de lo necesario y se irguió, aun cuando ya estaba sentado muy derecho. Y que haya. . .

Pero los invitados no habían alcanzado a tomar sus copones, cuando Nerzhin se paró en el pequeño espacio de la ventana y dijo con calma: "¡Amigos, estoy violando una tradición! Yo. . ."

Estaba emocionado. Los cálidos sentimientos de los siete hombres, asomados a sus siete pares de ojos, habían revuelto algo en su interior. Siguió sin tomar aliento.

-¡ Seamos, leales! Todo en nuestras vidas no es tan negro. La felicidad que gozamos en este momento -un banquete libre, un libre intercambio de pensamientos sin miedo, sin ocultamientos- no la teníamos cuando estábamos en libertad.

-Sí, estando en libertad, muchas veces carecía de ella -dijo Adamson, sonriendo irónicamente. Desde la infancia había pasado menos de la mitad de su vida en libertad.

-Amigos -dijo Nerzhin, estusiasmándose-, tengo treinta y un años. A lo largo de ellos la vida me ha mimado y me ha degradado. Conforme al principio sinusoidal, puedo esperar nuevos picos de vano éxito, de falsa grandeza; pero, les juro, nunca olvidaré la grandeza genuina de los seres humanos en la forma en que los he llegado a conocer en la prisión. Estoy orgulloso de que mi modesto aniversario de hoy haya reunido tan selecta compañía. ¡No nos avergoncemos de las palabras elevadas. Brindemos por la amistad que florece entre los muros de la prisión!

Las copas de papel tocaron silenciosamente el vidrio y el plástico, Potapov sonrió tímidamente, se ajustó los anteojos y marcando las sílabas recitó:

*"Famosos por su aguda elocuencia,
los miembros de esta familia se reunieron
en lo del inquieto Nikita,
en lo del cauto Ilya."*

Bebieron el licor marrón lentamente, tratando de saborear el aroma.

-¡Tiene calidad! -dijo Rubin aprobatorio-. ¡Bravo, Andreich!

-Sí, la tiene -aceptó Sologdin. Estaba hoy en ánimo de elogiar cualquier cosa. Nerzhin rió.

-Es un acontecimiento excepcional cuando Lev y Dimitri se ponen de acuerdo sobre algo. No puedo recordar que haya sucedido antes.

-¿No, Gleb? ¿No te acuerdas que una vez en Año Nuevo, Lev y yo estuvimos de acuerdo en que una esposa infiel no puede ser perdonada pero un marido sí?

Adamson sonrió cansado. "¿Qué hombre no aceptaría eso?"

-Ese individuo -dijo Rubin señalándolo a Nerzhin-, declaró en aquella ocasión que se puede perdonar a una mujer también, que no hay diferencia.

-¿Dijiste eso? -preguntó rápido Kondrashev-Ivanov.

-Fantástico! -Pryanchikov rió sonoramente.- ¿Cómo no hay diferencia ?

-¡La estructura del cuerpo y el modo de unión prueban que existe una enorme diferencia! -exclamó Sologdin.

-No me culpen, amigos -dijo Nerzhin-. Después de todo, cuando yo crecía, una bandera roja con letras doradas flameaba sobre

nuestras cabezas. ¡Igualdad! Desde entonces, por supuesto, la vida ha castigado bastante a este bobo, pero me parece que si las naciones fueran iguales y si la gente fuera igual, entonces los hombres y las mujeres deben ser iguales en todo. -

-Nadie lo culpa -dijo rápidamente Kondrashev-Ivanov-. No se entregue, tan fácilmente.

-Te podemos perdonar esa insensatez sólo por tu juventud -pronunció Sologdin (tenía cinco años más).

-Teóricamente, Glebka tiene razón -dijo Rubin, embarazado-. Yo también estoy dispuesto a romper cien mil lanzas por la igualdad entre hombres y mujeres. Pero, ¿hacerle el amor a mi mujer después que lo ha hecho con otro? ¡Brrr! Biológicamente, no podría.

-Pero caballeros, es ridículo discutir -dijo Pryanchikov, pero, como de costumbre, no lo dejaron concluir.

-Lev-Grigorich, hay una manera simple de lograr la igualdad -dijo Potapov con firmeza-. No haga usted el amor con nadie más que con su mujer.

-Vamos, escucha. . . -protestó Rubin, ahogando la sonrisa en su barba de pirata.

La puerta se abrió ruidosamente y alguien entró. Potapov y Adamson se dieron vuelta. No era un carcelero.

-Es necesario destruir Cartago-dijo Adamson, señalando la lata de un litro.

-Cuanto antes mejor. Nadie quiere sentarse en la celda solitaria. Gleb, sirve el resto.

Nerzhin sirvió lo que quedaba en las copas, dividiéndolo concienzudamente.

-Bueno, ¿esta vez nos dejará beber a la salud del que cumple años? -preguntó Adamson.

-No, hermanos. Renuncio a este tradicional derecho. Hoy vi a mi esposa. Vi que ella está -como todas nuestras mujeres- gastada, asustada, perseguida. Nosotros podemos soportarlo porque no tenemos otra salida, ¿por ellas? Bebamos en honor de ellas, que se han encadenado a...

-¡Sí, ciertamente! ¡Qué hazaña santa es su constancia! -exclamó Kondrashev-Ivanov.

Bebieron y se quedaron un momento en silencio.

-Miren la nieve -señaló Adamson.

Todos miraron, a través de Nerzhin, la ventana empañada. La nieve no podía ser vista, pero las lámparas y los focos de la guardia proyectaban las sombras de los copos sobre los vidrios.

En alguna parte, bajo esa pesada, cortina de nieve, estaba Nadya Nerzhin.

-Hasta la nieve que vemos es negra -dijo Kondrashev-Ivanov. Bebieron a la amistad. Bebieron al amor inmortal y bueno, alabó Rubin: "Nunca he tenido dudas sobre el amor. Pero, para decirles la verdad, hasta el frente y la prisión no creía en la amistad, especialmente la que llega a dar la vida por su prójimo. En la vida ordinaria uno tiene la familia y eso no deja lugar para la amistad. ¿No es cierto?

-Esa es una noción difundida -replicó Adamson-. Después de todo, la canción "En el valle" ha sido popular en Rusia durante ciento cincuenta años y aún hoy la gente pide por la radio, pero si se escucha la letra, es un lamento repugnante, el quejido de un alma mezquina: "todos son amigos, todos son camaradas hasta el primer día malo".

-¡Es inadmisibile -dijo el pintor-. ¿Cómo puede alguien vivir un solo día con ese pensamiento? ¡Sería mejor ahorcarse!

-Sería más veraz ponerla al revés: "recién en los días malos uno empieza a tener amigos.

-¿Quién la escribió?

-Merzlyakov.

-¡Qué nombre! Lev, ¿quién era Merzlyakov?

-Un poeta, veinte años mayor que Pushkin.

-Conoces su biografía, por supuesto.

-Fue profesor en la Universidad de Moscú. Tradujo "Jerusalén libertada".

-Dime, ¿existe algo que Lev no sepa? Sólo altas matemáticas.

-Bajas también.

-Pero siempre está diciendo "simplifiquemos y hallaremos al factor común".

-¡Caballeros! Debo citar un ejemplo que prueba que Merzlyatov estaba en lo cierto -dijo Pryanchikov, ahogándose y atolondrándose como un chico puesto en la mesa de los mayores. No era, en manera alguna, inferior a los otros; comprendía las cosas rápidamente, era talentoso y su franqueza resultaba atractiva. Pero le faltaba el aspecto de autoridad masculina, de dignidad exterior, y por ello parecía quince años menor de lo que era y los otros lo trataban como a un adolescente-. Después de todo, es un hecho comprobado. Aquel que come en nuestro plato es el que nos traiciona. Yo tenía un amigo íntimo con quien había escapado de un campo de concentración nazi. Nos escondimos juntos. Y, ¿se lo imaginan?, fue él quien me traicionó.

-¡Qué cosa indigna! -exclamó el artista.

-Así fue como sucedió. Para ser franco, yo no quería volver. Estaba trabajando, tenía dinero y había chicas.

Casi todos conocían la historia. Para Rubín era perfectamente claro que el alegre y simpático Valentín Pryanchikov, de quien tenía

todo el derecho de ser amigo en la *sharashka*, había sido, objetivamente, en Europa de 1945, un reaccionario, y lo que llamaba la traición de su amigo -esto es, ayudar a que Pryanchikov volviera a su patria contra su voluntad- no había sido traición sino un acto patriótico.

Adamson dormitaba detrás de sus anteojos inmóviles. Sabía que se producirían esas conversaciones vacías, pero reconocía que toda esa multitud debía volver al redil, en tanto que él. . .

Rubín y Nerzhin, en los centros de contraespionaje y en las prisiones del primer año de postguerra, habían participado tanto en la oleada de prisioneros de guerra refluendo de Europa, que era como si ellos mismos hubieran pasado cuatro años como prisioneros de guerra. No estaban interesados en historias de repatriación, de modo que desde el extremo de la mesa indujeron a Kondrashev-Ivanov a conversar sobre arte. En conjunto, Rubin no consideraba a Kondrashev como un artista muy importante, ni siquiera como una persona demasiado seria, y sentía que sus puntos de vista eran ideológicamente infundados. Pero hablando con él, uno aprendía mucho sin darse cuenta.

El arte, para Kondrashev-Ivanov, no era una ocupación, ni una rama del saber. Para él, era la única forma posible de vida. Todo a su alrededor -un paisaje, un objeto, una persona o una mancha de color- tenía la resonancia de una de las veinticuatro tonalidades, y sin vacilar Kondrashev podía identificar el tono en cuestión. Llamaba, por ejemplo, a Rubin "do menor". Cada tonalidad tenía su correspondiente color -- una voz humana, un estado de ánimo, una novela de la misma tonalidad tenía el mismo color, y Kondrashev-Ivanov podía nombrarlo. (Por ejemplo, fa sostenido mayor era azul oscuro y oro).

El único estado que Kondrashev-Ivanov nunca había experimentado era la indiferencia. Era conocido por sus exageradas atracciones y repulsiones, por sus juicios absolutos. Era admirador de Rembrandt y detractor de Rafael, fanático de Valentine Serov y violento enemigo de los Peredvizhniki, artistas populares rusos que precedieron a los realistas soviéticos. No podía aceptar nada a medias, sino que las cosas lo deleitaban o lo repugnaban. No quería oír ni el nombre de Chekhov y rechazaba a Tchaikovsky (declarando "¡me sofoca!, me quita la vida y la esperanza"). En cambio, se sentía tan compenetrado con los corales de Bach y con los conciertos de Beethoven, como si él mismo los hubiera compuesto.

Ahora Kondrashev-Ivanov estaba envuelto en una discusión acerca de si el arte debía o no imitar a la naturaleza.

Por ejemplo, uno quiere pintar una ventana que se abre sobre un jardín en una mañana de verano -decía. Su voz era juvenil y llena de entusiasmo, y si uno cerraba los ojos, podía creer que hablaba un jovencito-. Si una siguiera honestamente a la naturaleza y representara todo tal cual lo ve, ¿sería realmente todo? ¿Qué habría sido del canto de los pájaros? ¿Y de la frescura de la mañana? ¿Y esa claridad y limpieza invisible que a uno lo traspasa? Después de todo, mientras uno pinta, percibe estas cosas; son parte de la percepción de la mañana de verano. ¿Cómo pueden ser captadas en la pintura? ¿Cómo conservarlas para el espectador? Evidentemente, deberían ser incluidas, por composición, por color. . . no existen otros medios.

En otras palabras, el pintor no se limita a copiar.

-¡Por supuesto que no! De hecho, con cada paisaje -siguió Kondrashev-Ivanov excitado-, con cada paisaje y con cada retrato también, uno empieza por recrear sus ojos en la naturaleza, pensando: "¡Qué maravilla! ¡Qué perfección! ¡Si sólo pudiera captarla como es!

Pero al entrar más profundamente en el trabajo, uno nota repentinamente en la naturaleza, una especie de falta de gracia, una tontería, una incongruencia. ¡Allí, y allá también! ¡Debería ser de tal otra manera! ¡Y así hay que pintarla!" Kondrashev-Ivanov miró triunfante a los demás. -Pero, querido amigo --objetó Rubin--, "debería ser", es una pauta muy peligrosa, que puede conducirte a convertir a los seres humanos en ángeles y demonios, haciéndolos usar los coturnos de la tragedia clásica. Después de todo, si pintas un retrato de Andrei Andreich Potapov, debe mostrar a Pótapov como es.

-¿Y qué quiere decir, mostrarlo como es? -preguntó rebelándose el artista-. Externamente sí. Debe haber cierto parecido en las proporciones de la cara, la forma de los ojos, el color del pelo. ¿Pero no es imprudente creer que uno puede ver y conocer la realidad precisamente como es? Particularmente, la realidad espiritual. ¿Quién la ve y la conoce? Si, mirando el modelo, veo algo más noble que lo que ha demostrado en toda su vida, ¿por qué no debo retratarlo? ¿Por qué no puedo ayudar a un hombre a encontrarse y tratar de mejorar?

-Bueno, entonces es usted cien por cien realista socialista -dijo Nerzhin golpeando las manos-. Foma no sabe a quién tiene aquí.

-¿Por, qué debo subestimar su alma? -Kondrashev-Ivanov miró amenazadoramente a través de sus anteojos, que nunca se le movían de la nariz-. Les diré algo más: es una gran responsabilidad, no sólo de los retratistas sino de todo tipo de comunicación humana, ayudar al prójimo a descubrir lo mejor de sí mismo.

-Lo que quieres decir es que no puede existir objetividad en el arte.

-¡Sí, soy no-objetivo y me enorgullezco de ello! -rugió Kondrashev-Ivanov.

-¡Qué! ¿Cómo es eso? -preguntó Rubín asombrado.

-Eso mismo, eso mismo. Estoy orgulloso de mi no-objetividad - declaró Kondrashev-Ivanov, descargando sus palabras como golpes, sólo que la litera de arriba no le daba espacio suficiente-. ¿Y usted Lev Grigorich? Y usted tampoco es objetivo, pero cree que lo es, lo cual es mucho peor. Yo, por lo menos, soy no-objetivo y lo sé. Lo cito como un mérito. ¡Es mi "yo" !

-¿Yo soy no-objetivo? -preguntó Rubín-. ¿Yo? ¿Entonces quién es objetivo?

-¡Nadie, por supuesto! -exultó el artista-. ¡Nadie lo ha sido y nadie lo será jamás! Cada acto de percepción tiene un colorido emocional ¿No es así? Se supone que la verdad es el resultado final de una larga investigación, pero ¿no percibimos una especie de verdad crepuscular antes de comenzar la investigación ? Tomamos un libro y en seguida el autor resulta desagradable. Y antes de leer, desde la primera página sabemos que no nos gustará y, por supuesto, no nos gusta. Usted empieza a establecer la comparación de cien idiomas mundiales, usted recién se rodeó de diccionarios, usted tiene cuarenta años de labor, por delante, pero desde ya está convencido de que probará exitosamente que todas las palabras derivan de "mano". ¿Es eso objetividad?

Nerzhin, encantado, se reía a gritos de Rubín, y éste reía también. ¿Podría alguien enojarse ante este hombre tan puro?

-¿No pasa lo mismo en las ciencias sociales -agregó Nerzhin.

-Hijo mío -razonó Rubín-, sí fuera imposible predecir los sultados, no podría existir el "progreso", ¿no es cierto?

-¡Progreso! -gruñó Nerzhin-. ¡Al diablo con él! Me gusta el arte porque no lo admite.

-¿Qué quieres decir?

-Simplemente eso. En el siglo XVII existió Rembrandt, y todavía estamos en Rembrandt. Trata de superarlo y, sin embargo, la tecnología del siglo XVII ahora nos parece primitiva. Toma los progresos técnicos de 1870. Son juego de niños para nosotros. Pero "Anna Karenina" fue escrito en esa época y ¿puedes mencionarme algo mejor?

-Su argumento, Gleb Vikentich -interrumpió Adamson apartándose de Pryanchikov-, puede tener otra interpretación. Puede significar que los científicos e ingenieros han estado creando grandes obras en estos últimos siglos y han hecho progresos reales, en tanto que los "snobs" del arte evidentemente han andado haciendo payasadas. Los parásitos. . .

-¡Se vendían! -exclamó Sologdin con indescriptible satisfacción. Seres tan opuestos como él y Adamson estaban unidos en la misma idea.

-¡Bravo!, ¡bravo! -se unió Pryanchikov-. Amigos, esto es formidable. Es exactamente lo mismo que les dije anoche en el Laboratorio de Acústica.

(En esa ocasión había estado sosteniendo la superioridad del jazz, pero ahora parecía que Adamson expresaba precisamente su idea).

-Creo que puedo conciliar sus posiciones -dijo Pótapov, sonriendo socarronamente-. En este siglo se dio el caso concreto de que cierto ingeniero en electricidad y cierto matemático, preocupados por el estancamiento de la literatura de su país, colaboraron en un cuento corto que ¡ay! quedó inédito porque ninguno de ellos tenía lápiz.

-¡Andreich! -exclamó Nerzhin-, ¿puede usted recrearlo?

-Bueno, trataré, con tu ayuda. Después de todo fue la única obra de mi vida. Debería poder recordarla.

-Muy divertido, muy divertido, caballeros -dijo Sologdin, animándose y poniéndose más cómodo. Le encantaban estas diversiones carcelarias.

-Pero, por supuesto, comprenderán, como nos enseña Lev Grigorich, que ninguna creación artística puede ser comprendida sin conocer la historia de cómo llegó a ser creada y cuál fue el encargo social.

-Está haciendo progresos, Andreich.

-Queridos invitados, terminen con la pastelería, que fue especialmente preparada para ustedes. La historia de este evento creativo es la siguiente: en el verano de 1946, en una celda atrozmente atiborrada en el sanatorio de BuTyur, así llamado a causa del monograma estampado en las tazas del Butyrshaya-Tyurma. . . Gleb Vickentich y yo fuimos primeros vecinos debajo de los tablones que nos servían de cama, y luego sobre ellos nos sofocábamos, siempre por falta de aire, gemíamos de hambre y no hacíamos otra cosa que charlas interminables y comentarios sobre las costumbres de los que nos rodeaban. Uno de nosotros dijo el primero: ¿Y qué si. . . ?"

-Fue usted, Andreievich, quien dijo primero "¿Y qué si. . . ?" La imagen fundamental, que también servía de título, era, en todo caso, suya.

- "¿Y qué si. . . ?" -dijimos Gleb Vickentich y yo-. ¿Y qué si de repente en nuestra celda- ? . . .

- ¡Oh, no se hagan desear! ¿Cómo era el título?

-Muy bien, isaliendo a entretener a este orgulloso mundo!, vamos a tratar los dos de recordar ese cuento, ¿en? -y la voz cascada y

monótona de Potapov estaba ronca cual la de un constante lector de libros polvorientos-. El título era: "La sonrisa del Buda."

LA SONRISA DEL BUDA

"La acción de nuestra extraordinaria historia tuvo lugar durante la achicharreante ola de calor del año 194. . ., cuando los prisioneros, cuyo número sobrepasaba en mucho al de los legendarios cuarenta ladrones, languidecían medio desnudos en el aire viciado, detrás de las ventanas cerradas por los bozales de una celda en la mundialmente célebre cárcel Butyrsky.

"¿Qué se puede decir de esta útilísima institución? Su origen se remonta hasta la época de Catalina la Grande, cuando no era más que una barraca para las tropas. En esa época de crueldad de la Emperatriz, no escatimaron ladrillos para construir las paredes de las fortificaciones y las bóvedas de los techos.

Construyóse el venerable castillo como todo castillo ha de ser.

"Después de la muerte de la iluminada y epistolar amiga de Voltaire, las cámaras resonantes que el tosco paso de las botas de los carabineros había poblado de marciales ecos, quedaron abandonadas. Pero años después, a medida que el progreso tan deseado por todos nosotros avanzaba en nuestra patria, los coronados descendientes de la susodicha dama autoritaria creyeron conveniente alojar allí, en pie de igualdad, a herejes que hacían tambalear el trono ortodoxo y a oscurantistas refractarios al progreso.

"La cuchara del albañil y la espátula del revocador dividieron esas bóvedas en cientos de celdas espaciosas y acogedoras. La insuperable maestría de los herreros rusos forjó enrejados fortísimos para las ventanas, y estructuras tubulares para apoyar literas que se

colocaban de noche y se retiraban de día. Los mejores artesanos de entre nuestros talentosos siervos contribuyeron enormemente a la gloria inmortal del castillo de Butyrsky: los tejedores tejieron lonetas para tender sobre los sostenes en vez de los duros camastros; los plomeros instalaron un eficiente sistema para la eliminación de aguas servidas; los caldereros hicieron letrinas en dos cómodas medidas, terminadas con manijas y hasta con tapas; los carpinteros practicaron los "agujeros en las puertas", por donde se pasaba la comida y los vidrieros instalaron mirillas; los cerrajeros colocaron cerraduras; y, últimamente, durante la moderna era del comisario del pueblo Yezhov, especialistas en la materia vertieron vidrio opaco derretido sobre las verjas de acero que se colocaron de refuerzo, creando así estos originales bozales para las ventanas, cuya misión consistía en cortar las sediciosas miradas que los aviesos prisioneros podían dirigir hacia el patio de la cárcel, hacia la capilla de los presos (que también solía servir de calabozo), o simplemente hacia un pedazo de cielo azul.

"Consideraciones de orden práctico indujeron a los encargados del sanatorio de Butyrsky a colocar veinticinco armazones para cuchetas en las paredes de cada celda, simplificando así el recuento de los prisioneros (dado que pocos eran los guardias que contaban con estudios superiores completos); cuatro celdas representaban cien cabezas; un pasillo de ocho celdas representaba doscientas cabezas.

Y así, por largas décadas, floreció esta saludable institución, sin despertar ni la censura de la sociedad, ni las quejas de los prisioneros. Podemos deducir que, prácticamente, no había ninguna objeción por parte de la sociedad, del hecho de que muy pocas aparecieron en las páginas del 'Boletín de la Bolsa', y absolutamente ninguna en el *Izvestiya*, el periódico de los diputados, de los trabajadores y los campesinos.

"Pero el paso del tiempo no favorecía al mayor general que regía la cárcel de Butyrsky. En los primeros días de la guerra, hubo que violar la norma establecida referente a los veinticinco habitantes por celda, para admitir nuevos pobladores, para quienes no había cuchetas. Cuando el excedente tomó proporciones alarmantes, las literas fueron definitivamente quitadas, así como las lonetas, y grandes tablones ocuparon su lugar. El triunfante mayor general y sus camaradas pudieron así hacinar hasta cincuenta personas en cada celda y después de la guerra, setenta y cinco. Todo esto, sin embargo, no afectaba en lo más mínimo la situación de los carceleros, que ahora sabían que había seiscientas cabezas en cada pasillo. Además, se les pagaba extra por cada supernumerario.

"En semejantes condiciones de densidad, no tenía sentido el repartir libros, juegos de ajedrez, o dominó, ya que de todas maneras, ni siquiera hubieran cabido en la celda. Con el tiempo, la ración de pan para estos enemigos del pueblo fue reducida; el pescado reemplazado por carne de anfibios e himenópteros; repollo y ortigas suplantados por forraje. La terrorífica torre Pugachev, donde la Emperatriz había mantenido en cadenas al héroe popular, cumplía ahora la pacífica misión de silo.

Más y más gente llegaba a la prisión. Con la gran mayoría de nuevos, las viejas leyendas perdían su forma. Ellos no sabían que sus antecesores se habían mecido sobre lonetas y leído libros prohibidos (que sólo podían encontrarse tras los muros de una prisión). El guiso de ictiosauro ó la sopa de forraje eran traídos en un humeante barril. A causa del amontonamiento, los prisioneros se echaban como perros en los tablones, con las piernas apretadas contra el pecho, usando las manos para las funciones de sostén y desplazamiento. En esta posición de perros mostrando los dientes, vigilaban la igualitaria

distribución del potaje. Las escudillas eran sorteadas siguiendo los clásicos recorridos “de la letrina a la ventana” y “de la ventana al radiador”; entonces, los ocupantes de los tabloncillos-camastros y los de las guaridas que estaban debajo de los tabloncillos casi volcando con las colas y las patas las escudillas vecinas con setenta y cinco bocas, lamían rápidamente el brebaje portador de vida y sólo el ruido de su ansioso chasquear turbaba el silencio filosófico de que gozaba la celda.

"Todos estaban satisfechos. No había ninguna queja en el diario comercial *Trud*, ni en el *Vocero del Patriarcado*, de Moscú”.

Entre las celdas se encontraba la Nc 72, en nada diferente de las demás. Ya había sido señalada y le cabía un destino especial, pero los prisioneros que dormitaban pacíficamente bajo los camastros o juraban desafortunadamente sobre ellos, nada sabían de los horrores que los esperaban. En el día señalado, yacían, como de costumbre, cerca del barril que hacía de letrina, sobre el piso de cemento, cubiertos con taparrabos, tirados sobre los tabloncillos, abanicándose a causa del hediondo calor que debían soportar (la celda no había sido ventilada en años). Mataban moscas o se contaban unos a otros anécdotas sobre lo bien que lo habían pasado durante la guerra, en Noruega, Islandia, o Groenlandia. Su íntimo sentido del tiempo les decía que faltaban menos de cinco minutos para que el carcelero de turno bramara a través de la abertura por la cual pasaba la comida: ¡Vamos, acuéstense!, ¡Apagar las luces!

"Pero, de repente, los corazones de los presos se encogieron al escuchar el sonido de las cerraduras; la puerta se abrió y en el marco apareció la estilizada figura de un nervioso capitán de guantes blancos. Estaba de lo más agitado. Detrás suyo se escuchaba el murmullo de un nutrido lote de tenientes y sargentos. En medio de un silencio sepulcral, hicieron salir a los prisioneros al corredor con todas

sus pertenencias (En seguida corrió por lo bajo el rumor de que los llevaban a ser fusilados). Ya en el pasillo, cincuenta fueron separados del resto en grupos de diez, y repartidos entre las celdas cercanas donde cada uno, como pudo, se las arregló para encontrar un lugar donde dormir.

"Estos afortunados individuos se libraron del aterrador destino que esperaba a los demás veinticinco. Lo último que alcanzaron a ver de su querida celda 72, fue que un tipo de máquina infernal provista de un atomizador, entraba por la puerta de la que hasta entonces había sido su morada. Se les ordenó dar media vuelta a la derecha, y, al son producido por las llaves de los carceleros contra las hebillas de sus cinturones y del castañetear de sus dedos (lo que en Butirsky quería decir estoy llevando un zek), fueron conducidos a través de varias puertas de acero, y se los hizo bajar un buen número de escaleras, hasta llegar a un cuarto que no era ni el sótano de ejecuciones ni la cámara de torturas, sino la archiconocida antecámara de los famosos baños de Butirsky. Esta habitación tenía un aire de decepcionante e inofensiva cotidianidad: las paredes, los bancos y el piso estaban embaldosados en color chocolate, colorado y verde; había poleas que rodaban estrepitosamente mientras accionaban cables que iban y volvían del 'asador' -la sala de esterilización- con ganchos de apariencia infernal para que los prisioneros colgaran de ellos sus piojosas vestiduras. Atropellándose unos a otros, ya que el tercer mandamiento de los zek reza 'si te lo dan, arrebatálo', los reclusos desengancharon las perchas calientes, colocando en ellas sus ropas harapientas, chamuscadas y en ciertos lugares agujereadas por las esterilizaciones a que las sometían cada diez días. Y dos viejas, arrugadas y enrojecidas por el calor, Síervas del Averno, mirando con desprecio la desnudez de los prisioneros, que no les inspiraban más

que repulsión, movían las poleas chirriantes, que conducían los trapos sucios hacia los abismos infernales, al tiempo que cerraban con estrépito tras ellos las puertas de acero.

"Los veinticinco prisioneros estaban encerrados por todas partes. Sólo habían conservado sus pañuelos o los pedazos de camisas rotas que los sustituían. Aquellos que, a pesar de la consunción, poseían una delgada capa de carne en esa modesta parte del organismo sobre la cual la naturaleza nos concede la feliz facultad de sentarnos, estos afortunados sujetos se sentaron en los cálidos bancos, recubiertos de azulejos color esmeralda, frambuesa y marrón. (En el lujo de sus instalaciones los baños de Butyrsky superan en mucho a los de Sandukovsky y algunos sostienen que se ha dado el caso de extranjeros que, movidos por la curiosidad, se entregaron a propósito en manos de la Cheka (policía secreta), sólo para tener el privilegio de bañarse allí".

Los prisioneros que habían enflaquecido a tal punto que les resultaba imposible sentarse sobre algo duro, recorrían lentamente la habitación, sin preocuparse por tapar sus partes íntimas. Trataban, en calurosa discusión, de penetrar el misterio de lo que sucedía. Mucho hacía que su imaginación anhelaba el alimento del saber.

"De todas maneras, se los mantuvo allí tantas horas que las discusiones desembocaron en el silencio. Los cuerpos se habían cubierto de piel de gallina, y los estómagos, acostumbrados a callarse después de las diez de la noche, hacía tiempo que pedían infructuosamente ser llenados. Entre los que habían discutido, la victoria se la habían llevado los pesimistas que sostenían que el gas venenoso ya se estaba colando por las parrillas que había sobre las paredes y en el suelo y que todos morirían inmediatamente. Unos cuantos ya se habían descompuesto a causa del evidente olor a gas.

"Pero la puerta se abrió con estrépido y todo se transformó de repente: no había ni rastros de los dos guardias con uniformes sucios que generalmente aparecían con sus roñosas maquinillas para esquilar ovejas; nadie les tiró las tijeras más desafiladas del mundo para romperse las uñas. ¡No! Cuatro oficiales peluqueros entraron arrastrando cuatro equipos rodantes con grandes espejos, agua de colonia, fijador para cabello, barniz de uñas, etc. . . hasta pelucas teatrales. Y cuatro importantes y venerables maestros peluqueros, dos de ellos armenios, seguían el increíble cortejo. En la peluquería de campaña instalada detrás de la puerta, los prisioneros no sólo tuvieron el privilegio de que les cortaran el pelo puberal con la parte lisa de la maquinilla apretada contra las partes más tiernas, sino que incluso se las empolvaban con talco rosa. Las navajas pasaban suavemente por sobre sus macerados pómulos y sus oídos fueron gratamente sorprendidos por la frase '¿Acaso le molesta?'. No sólo no les esquilaron las cabezas al ras, sino que les ofrecían pelucas. No sólo no les desollaban los mentones, sino que a pedido de los clientes, les dejaban barbas y patillas incipientes. Al mismo tiempo, los oficiales barberos, echados en el suelo, les recortaban cuidadosamente las uñas de los pies. Por último (último en orden cronológico pero no en orden de importancia) nadie estaba parado en la entrada del baño para echar 20 gramos de hediondo y líquido jabón sobre las palmas del solicitante. En su lugar se encontraba un sargento que, contra entrega de un recibo, les daba a cada uno una esponja traída de las islas de Coral y un abundante trozo de un jabón de tocador que hasta se llamaba 'El hada de las lilas'.

"Entonces, como siempre, los encerraban en el baño y los dejaron bañarse a su gusto y paladar. Pero el baño había dejado de ofrecer interés alguno para los prisioneros. Su discusión era más

calurosa que la humeante agua de Butyrsky. Ahora era el partido de los optimistas el que prevalecía. Declaraban que Stalin y Beria habían huido a China, que Molotov y Kaganovich se habían convertido al catolicismo, que había un gobierno socio-democrático en Rusia, con carácter provisional y que ya se estaba llamando a elecciones para la Asamblea Constituyente.

"Justo en ese momento la puerta del baño se abrió con un ruido parecido al de un cañón, y en el salón violeta de al lado las cosas más inverosímiles les estaban reservadas. A cada uno se le dio una afelpada toalla rosada y un cuenco lleno de avena cocida, equivalente a seis días de ración para un prisionero en los campos de trabajo. Los prisioneros tiraron las toallas al suelo y devoraron la sopa de avena a una velocidad sorprendente, sin ni siquiera esperar la llegada de cucharas u otros implementos. Hasta el viejo mayor carcelero que asistía al espectáculo se sorprendió y ordenó una segunda vuelta para todos. También devoraron eso sin chistar. Lo que sucedió después, nadie de ustedes va a adivinarlo. Trajeron papas normales -ni heladas, ni podridas, ni negras-, sino que simplemente comestibles.

"Esto es imposible, protestó la concurrencia. No pertenece a la vida real".

"Pero eso, de hecho, era lo que había sucedido. Ciertamente, las papas eran del tipo de las que se dan a los chanchos; y un zek con el estómago lleno podía no haberlas comido. Pero la astucia diabólica consistía en que no las habían traído en porciones, sino todas en un balde. Con alaridos furiosos, propinando pesados golpes unos a otros y trepando por las espaldas desnudas de los demás, los zeks arremetieron contra el balde, que un minuto después rodaba vacío, sobre las piedras del piso. En ese momento trajeron sal, pero ya no quedaban más que salar.

"En el ínterin, sus cuerpos desnudos se habían secado. El viejo mayor les ordenó que recogieran las toallas del suelo y se dirigió a ellos: 'Amados hermanos', dijo, sois todos honestos ciudadanos soviéticos, que estáis sólo temporalmente apartados de la sociedad, algunos por diez, otros por veinticinco años, a causa de pequeñas irregularidades. Hasta ahora, y a pesar de directivas frecuentes emanadas del mismo camarada Stalin, la dirección de la cárcel de Butyrsky ha incurrido en faltas y extravíos que están a punto de corregirse, (Nos vamos para casa, decidieron no sin una buena dosis de descaro, algunos prisioneros). El mayor prosiguió: De ahora en adelante, nos vamos a preocupar de que gocen de las condiciones propias de un sanatorium." ('Nos quedamos', advirtieron). Además de todo lo que se les ha permitido hacer en el pasado, de ahora en adelante se les autorizará: 1) rezar a su propio Dios; 2) permanecer en sus cuchetas todo el tiempo que deseen, día y noche; 3) abandonar la celda para ir al baño, sin interferencias; 4) escribir sus memorias.

Además de lo que hasta ahora les ha sido prohibido, se les prohibirá también: 1) sonarse la nariz en las sábanas y cortinas que os proporciona el gobierno; 2) pedir una segunda porción de comida; 3) contradecir al cuerpo administrativo de la prisión o quejarse de él cuando visitas de categoría entren en vuestra celda; 4) tomar cigarrillos Kazbeks sin pedir permiso.

El que viole cualquiera de estas normas, se hará acreedor a quince días de encierro y aislamiento y será luego deportado a un remoto campamento de trabajo, sin derecho de correspondencia. ¿Comprendido?

"Apenas había concluido el mayor su pequeño discurso, las ruidosas poleas sacaron los ganchos del asador, pero de éstos no colgaba la raída ropa interior de los prisioneros. El Hades se había

tragado esos harapos, y no los devolvía. En vez, hicieron su aparición cuatro jovencitas encargadas del vestuario. Bajando los ojos y ruborizándose, con sus sonrisas radiantes, reanimaban a los prisioneros, que se sintieron inclinados a pensar que no todas sus posibilidades como hombres estaban perdidas; empezaron en seguida a repartir ropa interior de seda azul, camisas de algodón, corbatas de discreto colorido, lustrosos zapatos de color amarillo procedentes de América gracias al 'Lend-Lease' y trajes de sarga sintética.

"Mudos de terror y alegría, los prisioneros fueron llevados nuevamente, de a dos en fondo, a la celda N° 72". Pero ¡Dios Santo, cómo había cambiado!

"Ya en el corredor sus pies se habían hundido en una gruesa alfombra que conducía en forma estimulante hasta el cuarto de baño. Y cuando entraron nuevamente en su celda, fueron envueltos en agradables corrientes de aire fresco y el sol inmortal les daba de lleno en los ojos. (El ajetreo les había tomado toda la noche y ya era de día). Encontraron los barrotes pintados de celeste, los 'bozales' de las ventanas habían desaparecido. Sobre la ex-iglesia de Butyrsky que estaba en el medio del campo se había montado un espejo móvil. Un guardia se hallaba a su lado, con el fin de regularlo en forma de que siempre la luz solar reflejada entrará a raudales por la ventana de la celda n° 72.

Las paredes de la celda, que hasta la noche anterior habían sido de un color oliva oscuro, ahora eran de un blanco brillante matizado aquí y allá con palomas de la paz de cuyos picos colgaban moños y cintas con los slogans: '¡Queremos la paz!' y '¡Paz en el mundo!'

Ni rastros quedaban de los tablones ni de las chinches que en ellos moraban. Lonas se extendían sobre los armazones de hierro, y sobre ellas se habían colocado colchones y almohadas rellenas de

plumas; las frazadas, coquetamente recogidas, revelaban la blancura de las sábanas. Al costado de cada una de las veinticinco cuchetas había una mesita de luz. De las paredes surgieron unos estantes donde se encontraban obras de Marx, Engels, Santo Tomás de Aquino y San Agustín. En el medio del cuarto había una mesa cubierta con un mantel almidonado. Sobre ella, un cenicero y una caja de 'Kazbeks' sin abrir. (Toda la opulencia creada en una noche fue insertada hábilmente dentro de las cuentas de 'gastos' por los encargados de Contaduría en Butyrsky. Sólo los cigarrillos Kazbeks no pudieron ser ubicados en ninguna parte dentro de los gastos. Sin embargo, el responsable de la prisión había querido dar el toque final con Kazbeks, y lo había hecho de su propio peculio. Esa era la razón por la cual su uso estaba restringido al máximo y había penas tan graves para los infractores).

Pero el rincón más irreconocible, sin lugar a dudas, era aquel donde había sido instalado el balde que oficiaba de letrina. Habían lavado a fondo la pared y luego le habían dado una buena mano de pintura.

En lo alto, un gran candil ardía frente a un icono que representaba a la Virgen y el Niño. La llama se reflejaba sobre otro icono, el del milagroso San Nikolai Mirlikiski. En uno de los estantes había una Madonna, representante de la Religión Católica, y en un nicho hasta entonces vacío, producto de un descuido de los constructores, estaban la Biblia, el Corán y el Talmud. También daba cabida el piadoso nicho a una estatuilla en bronce de Buda. Sus ojos estaban casi cerrados, las comisuras de sus labios aparecían retrotraídas, dando la sensación de que el Buda sonreía.

"Los reclusos, satisfechos por la avena y las papas y algo aturcidos por el aluvión de nuevas impresiones, se desvistieron y se

fueron a dormir inmediatamente. Una suavísima brisa mecía las cortinillas de encaje que impedían la entrada de las moscas. Un guardia permanecía en la puerta, que estaba entreabierta, vigilando para que nadie robara un Kazbeks.

"De esta forma retozaron hasta el mediodía, hora en la cual un capitán agitadísimo, de guante blanco, entró rápidamente y dio la voz de ¡Arriba! Los prisioneros se vistieron de prisa e hicieron sus camas. Una mesita redonda cubierta con una tela blanca, fue colocada dentro de la celda, y sobre ella desparramaron ejemplares de las revistas *Ogonyek*, *La U.R.S.S. en Construcción y Amerika*. Dos viejos y cómodos sillones también fueron introducidos sobre ruedillas. Un silencio siniestro, intolerable, descendió sobre la celda. El capitán se desplazaba con cierta dificultad por entre los catres, y con una fina varilla blanca, daba ligeros golpes en los dedos a quienes demostraban intenciones de apoderarse de la revista *Amerika*.

En medio del enervante silencio, los prisioneros escuchaban. Como habréis apreciado por experiencia propia, el oído es el sentido que más importancia cobra para un preso. Tiene generalmente la visión limitada por paredes y "bozales" en las ventanas. Su sentido del olfato se percude pronto a causa de los malos olores. No tiene muchos objetos que apreciar por el tacto. Pero su oído se desarrolla anormalmente, al punto que al instante capta cualquier sonido, incluso desde el otro extremo del corredor. Los ruidos le informan de lo que sucede en la prisión y del paso del tiempo; están trayendo agua caliente; están sacando a los prisioneros a dar su caminata habitual; están entregando un paquete a alguien.

También esta vez el oído les resolvió la incógnita. Una puerta de acero chirrió del lado de la celda 75 y un crecido número de personas invadió el corredor. Se podía oír una discreta conversación, luego el

ruido de pasos ahogados por las alfombras, luego se destacaron voces femeninas, el fru-fru de las polleras, y ya en la puerta de la celda 72, la voz del jefe de la Prisión de Butyrsky; decía en un tono cordial: "Y ahora a la señora, quizás le resultaría interesante visitar una de nuestras celdas. ¿Pero cuál? Digamos que la primera que se nos presente. ¿La 72, por ejemplo? ¡Ábrala, Sargento!

"Y la señora R. hizo su entrada en la celda, acompañada de un secretario, un intérprete, dos venerables quákeras, el director de la Cárcel, varios personajes de civil y otros con el uniforme de la M.V.D. El capitán de guantes blancos se apartó. La viuda del afamado estadista, una mujer eficaz, que se había destacado en el servicio de varias buenas causas, que había hecho mucho en la defensa de los derechos del hombre, la Sra. R., había tomado a su cargo la misión de visitar al flamante aliado de su país, y de ver con sus propios ojos cómo se empleaba la ayuda de la UNRRA. (Se rumoreaba en América que la comida proporcionada por la UNRRA no se distribuía entre el pueblo). También quería cerciorarse de que la libertad de conciencia no se violaba en la Unión Soviética. Ya le habían mostrado a sencillos ciudadanos soviéticos -oficiales de la N.K.V.D. disfrazados para el caso- que vestidos con su tosca ropa de trabajo, habían agradecido a la O.N.U. su ayuda desinteresada. Ahora la Sra. R. había rogado que se le mostrara una cárcel. Su deseo había sido satisfecho. Ahora se sentó en uno de los sillones rodeada de su séquito y dio comienzo a una conversación a través del intérprete.

"Los rayos del sol reflejados por el espejo, inundaban la celda, acariciaban plácidamente la habitación y el amable soplo de Eolo movía con suavidad los cortinados".

"La Sra. R. estaba muy satisfecha de que la celda donde había entrado al azar, y donde nadie esperaba, estuviera tan

asombrosamente limpia y sin moscas y que el candil del icono estuviera ardiendo, aunque fuese un día de semana”.

"Al principio los prisioneros estaban duros y parecían tímidos, pero cuando la distinguida huésped preguntó por intermedio del intérprete si los presos no fumaban para no contaminar el aire, uno de ellos se levantó y, como al descuido, abrió el paquete de Kazbeks que había sobre la mesa, sacó un cigarrillo, lo encendió y ofreció otro a un compañero”.

La expresión del mayor general se oscureció por un momento.

Lucharemos contra este vicio, dijo con energía, porque el tabaco es un veneno.

Otro recluso se sentó a la mesa y empezó a hojear la revista *Amerika*, muy rápidamente por las dudas.

¿Por qué se ha castigado a estos hombres? 'Por ejemplo, ¿a ese caballero que está leyendo la revista?', preguntó la encumbrada visitante.

(A 'ese caballero' le habían dado diez años por una casual relación con un turista americano).

"El mayor general se apresuró a responder: 'Ese hombre era un activo nazi. Trabajaba para la Gestapo. Personalmente incendió un pueblo ruso y, si me disculpa por tocar estos temas, violó a tres jóvenes campesinas rusas. El número de niños que asesinó probablemente nunca se podrá saber con certeza.

¿Se lo ha condenado a muerte?', preguntó horrorizada la Sra. R.

No, esperamos que se reforme. Se lo ha sentenciado a diez años de trabajo honesto.

La cara del prisionero, denotaba sufrimiento, pero no se interrumpió y siguió leyendo la revista con temblorosa prisa.

En ese momento, un sacerdote de la Iglesia Ortodoxa Rusa, entró, como por accidente, a la celda. Ostentaba una gran cruz de madre perlas sobre el pecho. Era obvio que estaba en una de sus rondas habituales; se sentía muy incómodo por la presencia de las autoridades y sus desconocidos acompañantes en la celda.

Quería irse, pero a la Sra. R. le cayó en gracia su modestia y le encareció que prosiguiera con sus tareas. Inmediatamente el sacerdote le endilgó un evangelio de bolsillo a uno de los alarmados prisioneros. Luego se sentó en un catre al lado de otro, a quien la sorpresa lo había tornado de piedra, y le dijo: "Hijo mío, la última vez me pediste que te hablara de los sufrimientos de Nuestro Señor Jesucristo".

Luego la Sra. R. le pidió al mayor general que ahora, en su presencia, les preguntara a los prisioneros si alguno deseaba quejarse a las Naciones Unidas. El mayor general, dijo en un tono amenazador: ¡Atención! ¿Qué dije de los Kazbeks? ¿Quieren que los confine? ;

Los prisioneros, mudos hasta entonces, contestaron con indignación, hablando todos al mismo tiempo:

Ciudadano mayor general, no hay otra cosa que fumar".

"Dejé mi tabaco en los otros pantalones"

"No sabíamos"

La ilustre dama percibió la genuina indignación de los prisioneros y oyendo sus alaridos, prestó mucha atención a la traducción:

Que, unánimemente, protestan ante la situación de los negros en América y solicitan que el problema negro sea sometido a la O.N.U.

Pasaron así quince minutos de agradable plática. Fue entonces que el oficial de guardia informó en el corredor al director del establecimiento que el almuerzo de los presos estaba listo. Los

invitados les pidieron que no hicieran cumplidos y comieran en su presencia. Abrióse la puerta de par en par y lindas jóvenes (las encargadas del vestuario en el papel de camareras) trajeron una sopa de pollo con fideos de tipo corriente y comenzaron a servirla en cuencos. De golpe, una pasión primitiva se apoderó de los otrora dóciles prisioneros. Saltaron sobre sus literas con los zapatos puestos, agazapándose allí con las piernas contra el pecho y las manos cerca de los pies y, en esta postura casi canina, vigilaron en actitud amenazadora la distribución de la sopa. Las visitantes se sobresaltaron pero el intérprete les explicó que se trataba de una típica costumbre rusa.

No era posible persuadir a los prisioneros de que usaran las cucharas de plata que procedían de Alemania. Ya habían sacado sus veteranas cucharas de madera; y apenas el sacerdote bendijo la comida y las camareras distribuyeron las porciones entre los catres, indicándoles que en la mesa había un plato para los huesos, un impresionante conjunto de ruidos producidos por una desenfrenada, absorción se dejó oír, seguido de un crujir de huesos de pollo y todo lo que se les había puesto en los cuencos había desaparecido. El plato de huesos había resultado totalmente inútil.

“Tal vez tienen hambre, dijo la sorprendida visitante como quien deja sentada una inverosímil posibilidad. Puede que quieran más”. ‘¿Nadie quiere más?’, preguntó el mayor general con una voz ronca. “Nadie contestó. Pero nadie quiso más, porque se acordaban, de la sabia expresión del campo: “el fiscal dará más”.

Con la misma increíble velocidad devoraron unas albóndigas con arroz.

No había frutas en almíbar en el menú ese día. Era día de semana.

Convencida de la falsedad de las calumnias que circulaban en Occidente, la Sra. R. y su séquito salieron al corredor. Allí dijo: ¡Qué defectuosos son sus modales! ¡Y qué bajo es el nivel de desarrollo de estos desgraciados! Claro que uno debe abrigar la esperanza de que diez años aquí los hagan adaptarse a la civilización. Tienen una magnífica prisión.

"El sacerdote sé colocó de un brinco en medio del grupo saliente, temeroso de que cerraran la puerta antes de que él estuviera afuera. "Cuando las visitas hubieron abandonado el corredor, el consabido capitán de los guantes blancos entró corriendo a la celda. "¡Arriba!, vociferó. ¡Alinearse de a dos! ¡Al corredor!" Como notara que algunos tardaban en comprender el significado de sus palabras, les propinó una explicación suplementaria con la suela de sus zapatos.

"Sólo entonces se supo que un prisionero con pretensiones literarias se había tomado en serio el permiso de escribir sus memorias. Esa mañana, mientras todos dormían, se las había arreglado para redactar un par de capítulos que se llamaban: 'Cómo fui torturado' y 'Mis encuentros en Lefortovo', respectivamente".

Las memorias le fueron confiscadas 'ipso facto' y una nueva causa se abrió en contra del ansioso escritor, por bajas calumnias contra los Órganos de Seguridad del Estado.

Y nuevamente, con el castañetear de los dedos (llevó al zek) y el golpearse de las llaves contra los cinturones, fueron llevados a través de puertas de acero hasta la habitación contigua a los baños, la cual todavía brillaba en su eterna gama de malaquita y rubí. Allí se les quitó todo, hasta la ropa interior de color azul cielo que llevaba y cada uno fue objeto de una cuidadosa revisión. En el trascurso de dicha operación, el Sermón de la Montaña, arrancado del evangelio de bolsillo que había circulado por la celda, fue descubierto en un costado

de la boca de un preso. El autor de la hazaña y en concordancia con ella, fue golpeado, primero en la mejilla derecha y luego en la izquierda. También les sacaron las esponjas y el jabón 'El hada de las lilas', y los hicieron firmar nuevamente por ellos.

Dos guardias entraron en sus roñosas vestimentas. Con maquinillas desafiladas y sucias les raparon la zona puberal y luego con el mismo instrumento les cortaron el pelo de la cara y de la cabeza. Finalmente les echaron 20 gramos de jabón líquido y maloliente y los encerraron en el baño. No había nada más que hacer, así que los prisioneros se volvieron a lavar.

Después, con el rugido de un cañón, se abrió la puerta, y salieron al oscuro vestíbulo púrpura. Dos viejas mujeres sirvientas del infierno sacaron por medio del conocido aparejo los ganchos calientes de donde pendían los antiguos harapos de nuestros héroes.

Cabizbajos, volvieron a la Celda 72, donde sus cincuenta compañeros compartían nuevamente los tabloncillos con las chinches - camas, ardientes de curiosidad por saber qué había sucedido. Una vez más, los bozales cubrían las ventanas y las palomas blancas habían desaparecido bajo una mano de pintura verde oliva. En el acostumbrado rincón había una letrina de cuatro baldes.

“Sólo en el nicho, olvidado, el pequeño Buda de bronce sonreía misteriosamente”.

SÓLO TENÉIS UNA CONCIENCIA

En el mismo momento en que se estaba contando este cuento, en otra parte de Moscú, Shchagov les estaba sacando brillo a sus botas, algo viejas pero que todavía conservaban su forma. Luego se puso el uniforme de gala, recién planchado, sus condecoraciones, bien limpias atornilladas, y sus galones otorgados por sus heridas y partió rumbo al otro extremo de la ciudad. Se lo había invitado por medio de Alexei Lanski, con quien había trabado amistad en el frente, a una fiesta en lo del fiscal Makarygin, cerca de los portones de Kaluga. (Por desgracia para Shchagov, la indumentaria militar catastróficamente estaba pasando de moda en Moscú y pronto se vería en la obligación de tomar parte en la incesante puja por trajes y zapatos).

La fiesta era para la gente joven y para la familia Makarygin en general, celebrando la segunda Orden de Lenín que le había sido otorgada al fiscal. Para el caso, los jóvenes que asistirían no eran muy allegados a la familia y nada les importaban las distinciones, con que se honrara al fiscal. Pero papá había sido generoso en cuanto a gastos, y esa sola razón bastaba para asistir a una fiesta. También iba a estar allí Lisa, la chica con quien Shchagov le había dicho a Nadya que se había comprometido, aunque todavía nada estaba decidido y menos publicado oficialmente. Era por Lisa que Shchagov le había pedido a Lanski que le consiguiera una invitación.

Ahora, con unas cuantas frases de iniciación preparadas de antemano, subía la misma escalinata en la que Clara continuaba viendo cómo la mujer fregaba los escalones; subió al mismo

departamento donde el hombre cuya mujer estuvo a punto de seducir hacía poco, se había arrastrado de rodillas para colocar las planchas del "parquet", cuatro años más tarde.

Los edificios también tienen su historia.

Shchagov tocó el timbre, y Clara le abrió la puerta. No se conocían, pero ambos adivinaron quién era el otro.

Clara tenía un vestido de crepé de lana, verde mate, recogido en la cintura, de donde arrancaba una pollera larga. Una franja de brillantes bordados verde claro rodeaba el escote, le cruzaba el pecho y terminaba en los paños a modo de pulseras.

Ya había un buen número de sacos de piel colgados en el vestíbulo pequeño y angosto. Antes de que Clara pudiera invitarlo a sacarse el saco, sonó el teléfono. Ella levantó el tubo y empezó a hablar, al tiempo que indicaba con gestos a Shchagov que se quitara el sobretodo.

-¿"Ink"? ¡Hola! ¿qué? ¿Todavía no has salido? ¡Ven inmediatamente! "Ink", ¿qué es eso de que no te sientes con ganas? ¡Papá se va a ofender! Sí, tu voz suena a cansado, pero haz un esfuerzo. Bueno, un momentito, entonces, voy a llamar a Nara. ¡Nara! -llamó, dirigiéndose al cuarto de al lado-. Tu esposo llama. ¡Ven! ¡Saquése el sobretodo! -Shchagov ya se había despojado de su abrigo militar-. ¡Saquése las galochas! -No llevaba galochas-. Oye, no quiere venir. ¿Cómo puede ser?

La hermana de Clara, Dotnara -la mujer del diplomático tal como Lansky se la describió a Shchagov- entró en el hall y tomó el teléfono. Ella se paró interceptando el paso de Shchagov hacia el otro cuarto y él, por otra parte, no tenía ningún apuro en apartarse de esta criatura perfumada con su traje de color cereza claro. Bajó un poco la vista y la observó. Algo en su vestido lo sorprendió: las mangas no

formaban parte del mismo, sino de una torerita que usaba encima. (Shchagov no entendió que por la ausencia de hombreras sus hombros redondeados se unían con los brazos en una línea natural marcada por la naturaleza e inmejorable). Algo hacía que Dotnara pareciera tremendamente femenina, distinta de todas las demás.

Ninguno de los que se hallaban en la amable sala de recibo podía suponer que en esa inocente conversación telefónica que versaba sobre ir o no ir a una reunión, yacía latente la ruina que puede aguardar a uno hasta en el esqueleto de un caballo muerto, como dice Pushkin en su poema "El Canto del Sabio Oleg"

Desde el día en que Rubín había pedido un suplemento de cintas grabadas con la voz de cada sospechoso, el auricular del teléfono en el departamento de Volodín le fue por primera vez levantado por él mismo. En la central telefónica la cinta magnetofónica giraba registrando la voz de Innokenti Volodin.

La prudencia le aconsejaba a Volodin no usar el teléfono por estos días, pero su mujer había salido dejando una nota en la que le decía que fuera esa noche sin falta a lo de su padre.

Entonces él llamó, para decir que no iría.

Sin duda, todo hubiera sido más fácil para Innokenti si aquel hubiera sido un día cualquiera, y no un domingo. Entonces él podría haber estimado, según varios detalles, si su partida para una misión en París había sido denegada o confirmada. Pero nada podía saberse en domingo, si la paz o el peligro acechaban en la calma del día.

En las últimas veinticuatro horas sintió que su llamada había sido una locura, suicida y, además, probablemente infructuosa. Tuvo un pensamiento sombrío para la estúpida mujer de Dobrovnov; aunque, en realidad, ella no era verdaderamente culpable y la desconfianza no empezaba ni terminaba con ella.

Nada indicaba que hubiera sido descubierto, pero un tipo de premonición interna le auguraba desgracia. Un presentimiento de inminente desastre surgió en él y no quería ir a esa fiesta.

Trataba de explicarle esto a su mujer, buscando las palabras, como hace todo el mundo cuando tiene algo desagradable que decir. Su esposa insistía -y los precisos "determinantes" de su "patrón individual de voz" se registraban en la sinuosa cinta marrón, para luego convertirse en diagramas de voz que se plegarían antes de las nueve de la mañana siguiente frente a Rubín.

Dotty no usaba el tono categórico de los últimos meses; conmovida por el cansancio que trasuntaba la voz de su marido, le pidió suavemente que fuera, por lo menos por una hora.

Innokenty sintió lástima por ella y quedó en ir. Pero cuando colgó, permaneció un momento inmóvil con la mano sobre el tubo, como si no hubiera terminado con lo que tenía que decir.

Se sentía triste, pero no por la esposa con quien había vivido sin convivir estos últimos días, y a quien pronto debería abandonar, sino por la muchacha de bucles dorados cayendo sobre los hombros, la chica que había conocido en el décimo grado, cuando ambos empezaban a comprender lo que es la vida. La pasión que había surgido entre ellos en esos días superaba todo razonamiento; no querían saber nada de postergar su casamiento, ni siquiera por un año. Gracias al sexto sentido que nos hace ver por encima de las ilusiones superficiales y las impresiones falsas, eran conscientes el uno del otro, y no querían dejarse escapar. La madre de Innokenty, gravemente enferma, se oponía al casamiento. (Pero, ¿qué madre no se opone al casamiento de su hijo?) El fiscal tampoco quería dar su consentimiento. (¿Qué padre está dispuesto a ceder de buen grado su linda hija de dieciocho años?) Pero todos tuvieron que darse por

vencidos. Los jóvenes se casaron y su felicidad era leyenda entre sus amigos.

Su vida matrimonial empezó bajo los mejores auspicios. Perteneció a ese círculo de gente que no sabe lo que quiere decir caminar o tomar un subterráneo, ese grupo social que, incluso antes de la guerra, usaba el avión en lugar del tren, que jamás se había preocupado de amueblar un departamento.

Donde quiera que fuesen -Moscú, Teherán, la Costa Siria, Suiza- una casa, villa o departamento, lujosamente amueblados, esperaba a la joven pareja. Además, sus filosofías eran coincidentes: "La vida es una sola". Así que tomemos todo lo que la vida nos puede dar, menos una cosa: el nacimiento de un hijo. Porque un niño es un ídolo que absorbe los jugos del ser y que no da por ese sacrificio siquiera su agradecimiento.

Con semejantes ideas, estaban muy acordes con la circunstancias en que vivían y las circunstancias estaban acordes con ellos. Probaron toda fruta nueva o rara. Aprendieron a diferenciar el gusto de todo cognac fino, el vino del Rhóne, el vino de Córcega, conocieron los productos de todas las viñas de la tierra. Usaron ropas de todas clases. Bailaron todos los bailes posibles. Se bañaron en todos los balnearios de renombre. Jugaron al tenis y navegaron en lujosos yates. Presenciaron un par de actos de toda pieza de teatro que saliera de lo común. Hojearon todos los libros que causaron sensación.

Durante seis años, los mejores de su juventud, gozaron juntos de todo. Esos fueron los años durante los cuales la humanidad sollozaba separaciones, moría en los frentes o bajo las ruinas de las ciudades destrozadas, cuando adultos, enloquecidos arrebatában migajas de pan negro de manos de sus propios hijos. Pero ni la más leve nube

formada con los hedores del dolor del mundo, vino a empañar el límpido cielo bajo el cual vivían Innokenty y Dotnara.

¡Después de todo, la vida es una sola!

Sin embargo, amaban decir los antiguos hombres rusos que los caminos del Señor son inescrutables. Al finalizar su sexto año de matrimonio, cuando los bombarderos se habían detenido y las armas se habían silenciado, cuando las verdes briznas, ahogadas y olvidadas en el humo de la guerra empezaron a dar señales de renovado crecimiento, cuando en todas partes la gente empezaba a recordar que la vida era una sola -precisamente fue en esos meses, cuando Innokenty empezó a sentir el hastío insípido y asqueante hacia todos los frutos materiales de la tierra que era dable oler, olfatear, tomar, comer y palpar.

Esto lo asustó al principio. Se debatió en contra de su nuevo sentimiento, esperó que pasara como una enfermedad; pero no pasó. No podía comprenderlo. Tenía todo al alcance de la mano y, sin embargo, le faltaba algo.

Sus alegres amistades, junto a quienes hasta ese momento se había sentido tan cómodo, de repente comenzaron a gustarle cada vez menos. Uno parecía algo tonto; el otro, algo grosero; el tercero, demasiado pagado de sí mismo.

No sólo se había sentido apartado de sí mismo, sino también de su rubia Dotty, --como hacía tiempo llamaba a Dotnara, a la manera europea- su propia mujer con la que hasta entonces había sido tan unido y de la cual se sentía ahora distanciado y alejado.

A veces sus opiniones le parecían demasiado incisivas. O su voz sonaba demasiado segura. En más de una oportunidad, encontró fallas en su comportamiento, mientras que ella parecía convencerse más y más de que tenía razón en todo.

La vida elegante empezó a resultarle opresiva, pero Dotty no quería ni oír hablar de un cambio. Peor aún; ella, que solía abandonar cada cosa nueva por la próxima, de repente se sintió apegada a todas las cosas que tenían en sus departamentos para siempre. Llevaba ya dos años mandando a Moscú enormes bultos desde París; Innokenty lo encontraba espantoso. Y además, ¿es que siempre había comido de esa forma, masticando así, chasqueando, especialmente al comer fruta?

Pero, en la realidad, el problema era, no un cambio en sus amigos ni en su mujer, pero sí en el propio Innokenty: le faltaba algo y no sabía qué.

Innokenty hacía mucho tiempo que estaba conceptuado como un epicúreo. Así le habían dicho y había aceptado la denominación gustoso, aunque, en realidad, no sabía bien lo que quería decir. Hasta que un día, aburrido en su casa de Moscú, se le ocurrió echarle un vistazo al trabajo del maestro y descubrir que era exactamente lo que había enseñado. Empezó revisando los armarios donde su madre había guardado los libros. En uno de los tres esperaba encontrar un libro sobre Epicuro; tenía un vago recuerdo de haberlo visto allí, cuando era pequeño.

Comenzó la búsqueda con movimientos toscos y difíciles, como si estuviera trasladando pesados objetos de un lado a otro. El aire estaba lleno de polvo. Él no estaba acostumbrado a este tipo de trabajo, y pronto se encontró muy cansado. Sin embargo, proseguía y parecía que una brisa renovadora saliera de las profundidades de los viejos estantes, con su típico olor a moho. Efectivamente, encontró el libro sobre Epicuro, entre otras cosas, y más tarde se puso a leerlo. Pero su gran descubrimiento fueron las cartas de su madre. Nunca la había comprendido y sólo había sido apegado a ella en su niñez. Había

aceptado su muerte con indiferencia, y no había vuelto de Beirut para su funeral.

Desde su temprana niñez la imagen de su padre había estado mezclada con largas trompetas de plata que apuntaban al esculpido cielorraso, y el grito de "¡Alzaos en llamas, oh, noches azules!" Innokenty no se acordaba de la persona de su padre. Había muerto en 1921, en el distrito de Tambov. Pero a todo el mundo le encantaba hablarle de su padre, el célebre héroe de la Guerra Civil, líder de los marineros. A fuerza de escuchar esos cánticos de alabanza en todas partes, Innokenty se había acostumbrado a sentirse orgulloso de su padre y de su lucha a favor del pueblo, contra quienes vivían rodeados de lujo. Al mismo tiempo, era casi condescendiente con su madre, siempre enferma, siempre sufriendo por algo, siempre lamentándose por algo, siempre rodeada de sus libros y sus botellas de agua caliente. Como la mayoría de sus hijos, no podía concebir a su madre como un ente aparte, independiente de él, de su niñez, de sus necesidades; o que su enfermedad era real, o que había muerto a los cuarenta y siete años de edad.

Sus padres rara vez habían vivido juntos. Pero a Innokenty esto nunca le había preocupado y nunca pensó en preguntárselo a su madre.

Y ahora todo estaba abierto delante de él, en las cartas y el diario de su madre. Su matrimonio se había parecido mucho al paso de un huracán, como todo en aquellos días. Circunstancias repentinas los habían unido, y otras circunstancias les habían impedido verse seguido y fueron las circunstancias las que finalmente los habían separado. A través de ese diario, su madre resultó ser más que un mero complemento de su padre, sino todo un mundo aparte.

Innokenty supo que su madre había amado siempre a otro hombre, pero nunca había podido unirse a él.

Encontró, además, paquetes de cartas, atados con moños de distintos colores, de amigos y amigas, incluso de conocidos; actores y actrices, artistas y poetas, cuyos nombres nadie recordaba ya, o lo hacían despectivamente. Su diario, con anotaciones cotidianas en ruso y francés, se componía de varias libretas encuadernadas en tafilete de color azul marino: páginas y páginas cubiertas con su extraña escritura, que más bien parecían las huellas retorcidas de un pájaro herido que hubiera andado sobre el papel. Un gran número de páginas estaban dedicadas a reuniones literarias y obras de teatro. El corazón del hijo se estremeció con la descripción de cómo una noche blanca de junio, ella, acompañada de otros jóvenes, todos llorando de alegría, habían ido a esperar a la troupe del Teatro de Arte de Moscú a la estación de Petersburgo. Un amor desinteresado al arte resplandecía con gozo a través de esas páginas y su frescura llegó a Innokenty. No podía representarse una troupe parecida hoy en día, y no podía imaginar que nadie fuera a pasar la noche en vela para ir a recibirla, a no ser que lo hubiera enviado la Sección Cultural, con ramos pagados por contaduría. Y, por cierto, a nadie se le ocurriría ponerse a llorar.

Siguió avanzando en la lectura del diario, hasta que encontró unas páginas intituladas: "Máximas".

"La misericordia es el primer movimiento de un alma buena".

Innokenty frunció el ceño. ¿Misericordia? Una emoción vergonzosa y, sobre todo, humillante, tanto como para quien la da como para quien la recibe, al menos eso era lo que había aprendido en el colegio.

"Nunca te consideres más en lo cierto que los demás. Respeta las opiniones del prójimo, aunque contradigan las tuyas".

Había que reconocer que eso estaba algo pasado de moda. Si mi punto de vista es correcto, ¿cómo voy a respetar a quien no está de acuerdo conmigo?

Pero el hijo sentía como si no estuviera leyendo, sino escuchando la voz cascada de su madre.

'¿Qué es lo más alto que hay en el mundo? No participar en injusticias, son más fuertes que tú. Han existido y existirán. Pero que no sobrevengan por *tu* intermedio".

Sin embargo, su madre había sido un ser más bien débil. Era imposible imaginarse a mamá luchando, debatiéndose; imposible conciliar la idea de mamá y la idea del combate.

Si Innokenty hubiera abierto el diario seis años antes, ni siquiera se hubiera percatado de estos pasajes. Ahora los leía despacio y estaba estupefacto. Nada había de raro en ellos; simplemente eran conceptos equivocados, pero sorprendentes. Hasta las palabras que su madre y sus amigas empleaban estaban fuera de uso. Escribían, con perimida seriedad y con mayúsculas: "Verdad, Belleza, Bien, Mal: imperativos éticos". En el lenguaje que Innokenty y sus amigos usaban, las palabras eran más concretas y, por lo tanto, más comprensibles: inteligencia moral, humanidad, lealtad, orientación definida.

Pero aunque no había dudas de que Innokenty era moralmente inteligente, humano, leal y definido -era la orientación definida lo que los de su generación más apreciaban en sí mismos y lo que trataban de poseer en mayor grado-. Sin embargo, ahí sentado en un banquillo frente a esos armarios, sintió que había encontrado algo que le faltaba.

Había también allí unos álbumes, con la clara precisión de las fotos antiguas y varios paquetes de programas teatrales de Moscú y Petersburgo. Y el diario teatral "The Spectator". Y el "Noticioso Cinematográfico". ¿Existía cine en esa época? ¿Perteneían todos al

mismo período ? Pilas y pilas de distintas revistas, cuyos nombres nada significaban para él: *Apolo*, *El Vellochino de Oro*, *Las Escalas*, *El Mundo Artístico*, *El Sol de Rusia*, *El Despertar*, *Pegaso*. Reproducciones de pinturas, esculturas y decorados teatrales que le resultaban desconocidos, de los cuales no quedaban ni rastros en la Galería Tretyakov, versos de poetas desconocidos. Innumerables ediciones de suplementos de revistas llenos de nombres de escritores europeos que jamás habían llegado a los oídos de Innokenty. Y docenas de editores que habían desaparecido de la faz de la tierra: Griffon, Rosa de Zarza, Escorpio, Musaget, Halycon, Logos, Prometeo, Bien Social.

Durante varios días permanecía horas sentado en el taburete frente a los armarios abiertos, absorbiéndolo todo, envenenándose con la atmósfera del mundo de su madre, al cual hacía ya mucho tiempo había entrado su padre con un impermeable negro y granadas colgándole del cinturón, con una orden de allanamiento en la mano.

Mientras estaba allí, Dotty entró a invitarlo a una fiesta. Innokenty la miró como a través de un siglo y luego frunció el ceño, imaginándose la presumida reunión donde todos estarían completamente de acuerdo con los demás, donde todos se pondrían prestamente de pie para el brindis inicial en honor del Camarada Stalin, donde luego se dedicarían a comer y beber en abundancia, olvidados por completo del Camarada Stalin, y, donde finalmente, acabarían jugando a las cartas en la forma más estúpida que pueda darse.

Miró largamente a Dotty, sintiéndola muy lejos y le pidió que fuera sola.

Para Dotty no tenía ningún sentido que alguien prefiriera huronear entre viejos álbumes a asistir a una buena fiesta. Para él, las

cosas que encontraba en esos armarios tenían un profundo sentido, porque le refrescaban viejos recuerdos de su niñez, cosa que no ocurría con su mujer.

Su madre había, al fin, logrado su propósito: levantándose de la tumba, había arrancado a su hijo de manos de su novia:

Fue a través de todas estas cosas que Innokenty, por fin, comprendió a su madre. Así, como la esencia de la comida no puede expresarse en calorías, la esencia de toda una vida no puede ser captada ni por las mejores fórmulas.

Habiendo dado los primeros pasos, Innokenty no podía ya detenerse en los últimos años se había tornado perezoso. De su madre aprendió el buen francés que lo había llevado adelante en su carrera. Ahora volvió a dedicarse a la lectura.

Pero surgió de ello que hay que saber leer. No es cuestión de recorrer páginas y páginas con la vista. Desde el momento en que Innokenty, desde su temprana juventud, fue apartado de los libros erróneos o censurados, y leyó sólo lo estipulado, sabiendo que tenía que creer a pie juntillas todo lo que leía, entregándose así atado de pies y manos a la voluntad del autor. Ahora, leyendo autores de opiniones contradictorias, se encontraba imposibilitado para rebelarse contra alguno y podía someterse sucesivamente a un autor, luego a otro y más tarde a un tercero.

Luego había ido a París y trabajado en la UNESCO. Mientras estaba allí, después de su trabajo leyó mucho y había alcanzado un punto donde se sentía menos juguete de las ideas del autor de turno y más dueño de sus propias ideas.

No había descubierto mucho en esos años, pero había descubierto algo.

Hasta entonces, la verdad para Innokenty había sido: la vida es una sola.

Ahora empezó a percibir otra ley en sí mismo y en el mundo: también la conciencia es una sola.

Y de la misma forma en que no podemos recobrar una vida perdida, tampoco podemos recobrar una conciencia descarriada.

Innokenty estaba empezando a evaluar este concepto, cuando ése sábado se enteró, para su desgracia, de la trampa que se le había preparado a ese bobo de Dobraumov. Ya era lo suficientemente experimentado para darse cuenta que lo de Dobraumov era sólo el principio de una larga campaña. Pero a Dobraumov le había tomado especial cariño, como a un personaje de las memorias de su madre.

Durante varias horas se paseó por su oficina, indeciso; el diplomático con quién la compartía se había ausentado en una gira oficial. Se hamacó nerviosamente en un sillón, comenzó a temblar y escondió la cara entre las manos. Finalmente, decidió hacer una llamada de advertencia, aunque bien podía estar intervenido su teléfono y eran pocos los que en el ministerio estaban al tanto del secreto.

Todo esto parecía haber sucedido hacía siglos, y sólo había sido ayer.

Durante todo el día de hoy, Innokenty había sufrido una violenta perturbación. Estuvo fuera de su casa, de modo que no pudieran ir a arrestarlo allí, experimentando sentimientos contradictorios, desde el más amargo de los arrepentimientos al más despreciable de los temores, al indiferente "que sea lo que sea" y vuelta nuevamente al terror. El día anterior no se había imaginado que iba a padecer éste terrible estado de nervios. Nunca supo que pudiera temer tanto por sí mismo.

Ahora el taxi lo conducía por la Bolshaya Kaluzhskaya, con su brillante iluminación. Nevaba copiosamente y los limpiaparabrisas se movían monótonamente.

Pensaba en Dotty. El distanciamiento entre ellos era tan grande en la primavera pasada, que se había arreglado de manera de no llevarla consigo a Roma.

Cuando volvió, en agosto, se supo que la compartía con un oficial del Estado Mayor. Con una tozuda convicción, muy femenina, no había negado su infidelidad, sino que culpaba de ella a Innokenty: ¿por qué la había abandonado?

Pero él ni siquiera había sentido dolor por la pérdida, sino más bien alivio. No se había sentido vengativo ni celoso. Sencillamente, había dejado de ir a su cuarto y se había encerrado en un despreciativo bloqueo durante los últimos cuatro meses. Claro que no se podía ni siquiera hablar de divorcio. En el servicio exterior un divorcio sería fatal para su carrera.

Pero ahora, Unos días antes de su partida, ide su arresto!, quería ser amable con Dotty. Recordaba, no lo malo, sino todo lo bueno que ella tenía.

Si lo arrestaban, bastante la iban a ajetrear y a atemorizar por causa suya.

A mano derecha, a lo largo de la verja de los Jardines Nescuchny, la sucesión de negros troncos y ramas de árboles cubiertos de nieve, pasaba veloz.

La espesa nevada daba la sensación de paz y olvido.

LA CENA DE INVITADOS

El departamento del fiscal, que despertaba la envidia de todo el monoblock N° 2, pero que la familia Makarygin misma encontraba algo estrecho, había sido formado con dos departamentos contiguos, cuyas paredes divisorias se habían echado abajo. Así que contaba con dos puertas principales, una de las cuales se hallaba clausurada, dos baños, dos "toilettes", dos pasillos, dos cocinas y cinco cuartos más, en el más espacioso de los cuales se estaba sirviendo la cena.

En total, se encontraban veinticinco personas, entre invitados y anfitriones, y las dos sirvientas oriundas de Baskir, apenas daban abasto para servir a todos. Una de ellas era la sirvienta de la casa; La otra había sido prestada por unos vecinos para la velada. Ambas eran bastante jóvenes; ambas provenían del mismo pueblo y ambas habían finalizado juntas su ciclo secundario en Chekmagush. Tenían las caras tensas y coloradas por causa del calor de la cocina y su expresión denotaba seriedad y esfuerzo. La esposa del fiscal, una mujer alta y maciza, vigorosa en su edad madura, las observaba con una expresión aprobatoria.

La primera difunta mujer del fiscal, que pasó con su marido la Guerra Civil, que tan bien manejaba la ametralladora automática, que usaba chaquetas de cuero y vivía cumpliendo al pie de la letra las instrucciones de su célula comunista, no sólo nunca habría sido capaz de llevar la casa de Makarygin hasta su abundancia del día de hoy, sino que sería difícil imaginarse cómo hubiera sido su vida ulterior, de no haberse muerto al nacer Clara.

Pero Alevtina Nikanorovna, la actual esposa de Makarygin, sabía muy bien que una buena familia no puede prosperar sin una buena cocina; que alfombras y manteles son un importante signo de prosperidad, y que la cristalería es lo ideal para un banquete. Había estado coleccionando cristalería durante años, y no la cristalería corriente, tosca y desequilibrada, que ha pasado por muchas manos en su proceso de fabricación en serie, sin muestra alguna del corazón de un artesano. Coleccionaba cristalería antigua, de la confiscada en los años veinte y treinta por orden judicial, y vendida en los centros de comercialización, donde sólo los miembros del poder judicial tenían acceso; cada pieza era una muestra del estilo personal de su fabricante. Había aumentado considerablemente su haber durante los dos años de postguerra, cuando el fiscal se había desempeñado en Riga; en las casas de remate y en el mercado público compró muebles, porcelanas y hasta cucharas de plata sueltas.

Ahora, sobre las dos grandes mesas, la luz brillante arrancaba reflejos multicolores de las facetas y los bordes del cristal trabajado. Había tonalidades de rubí (de un rojo oscuro), de cobre (un rojo achocolatado) de silenio (rojo con un sopló amarillento). Los había de verde oscuro, de verde cadmio, con una reminiscencia de dorado y azul cobalto; también había blanco lechoso, cristal iridiscente con tonos de óxido, cristal opaco, que parecía marfil. Había botellones de dos cuellos, con tapas redondas de cristal labrado, recipientes de cristal común adornados con la triple tiara, rebosantes de frutas, nueces y dulces; humildes vasitos, vasos y copas de vidrio color plomo. Todo con una gran variedad; ni un color, ni un monograma se repetía seis ni doce veces.

En medio de todo este fasto, en la mesa de los mayores, se encontraba el objeto responsable de todos los festejos: la flamante

Orden de Lenin del fiscal, sobrepasando en brillo a sus otras condecoraciones, que se veían viejas y deslustradas.

La mesa de los jóvenes estaba puesta a lo largo de la habitación. Las dos mesas estaban unidas, pero formando ángulos rectos, de manera que algunos convidados no podían ver a otros y nadie podía oír mucho de lo que se estaba diciendo; la conversación era llevada adelante por pequeños grupos independientes. La charla se elevaba en un murmullo alegre y vivaz, entre las risas de los jóvenes y el entrecocar de las copas.

Hacía ya mucho que habían terminado con los brindis reglamentarios; a la salud del Camarada Stalin, a la de los miembros del Poder Judicial, y a la del anfitrión, para que esta distinción no fuera la última que recibiera. Cuando se hicieron las diez y media, unos cuantos se habían servido platos salados, salados y dulces, picantes, ácidos, ahumados, desgrasados, grasos, helados, todos llenos de vitaminas. Varios habían sido realmente estupendos, pero nadie comía con la atención concentrada y con placer genuino, como habrían hecho si estuvieran solos. La comida estaba condenada de antemano, como siempre lo está en las reuniones formales; los platos más raros y exquisitos se habían cocinado y distribuido en grandes cantidades. Pero los invitados estaban demasiado cerca uno del otro y molestándose, no se dedicaban a la comida sino a sus obligaciones sociales como charlar, bromear, y demostrar un afectado desinterés por esta comida.

Pero Schagov, que había languidecido en un comedor estudiantil durante años y las dos compañeras de Clara en el instituto, atacaban cada plato con real ansiedad, aunque trataban de parecer elegantemente indiferentes. Otra invitada que comía ávidamente era una protegida de la dueña de casa, que se hallaba instalada a su lado.

Era una amiga de la infancia, una chica de pueblo casada con un instructor del Partido en el remoto Distrito de Zarechensky. No era feliz; nunca podría alternar con la alta sociedad con ese negado de su marido. Estaba de compras en Moscú. En cierta forma, la dueña de casa estaba contenta de que su amiga comiera todo, lo elogiara, pidiera la receta y se mostrara tan abiertamente fascinada con la decoración de la casa y con el ambiente en que vivía la familia del fiscal. Pero también estaba un poco avergonzada de esta mujer, a quien apenas podía llamar amiga, sobre todo frente a su inesperado huésped, el mayor general Slovuta. También se avergonzaba de Dushan Radovich, un viejo amigo del fiscal; él, también, ya casi no era un amigo. Habían invitado a ambos porque en un principio se pensó en hacer una reunión de familia. Ahora Slovuta podía llevarse la impresión de que los Makarygin alternaban con cualquiera (la palabra cualquiera, en el léxico de Alevtina Nikanorovna, designaba a todo aquel incapaz de "acomodarse" y ganar un alto sueldo). Esto fue suficiente como para amargarle la fiesta. Así que había alejado a su amiga de Slovuta lo más posible y trataba de silenciarla cuanto podía.

Dótty se desplazó hacia el otro extremo de la mesa, porque había oído algo que parecía ser una entretenida historia sobre el servicio doméstico. (Todos habían sido liberados de su condición de siervos y educados tan rápidamente, que ahora nadie quería ser pinche de cocina, lavaplatos o lavar la ropa) Parecía que en Zarechensky la gente ayudaba a una muchacha a salir de una granja colectiva a cambio de dos años de servicio, al cabo de los cuales se le proporcionaba un pasaporte que le permitía irse a la ciudad. En el dispensario local había dos ordenanzas ficticias que figuraban en el presupuesto; esos sueldos servían en realidad para pagar a dos muchachas que trabajaban de sirvientas en casa del director de la

institución y en lo del Jefe de la Administración Sanitaria del Distrito. Dotty frunció su frente de raso; en los distritos todo era más sencillo. Pero, ¿aquí en Moscú?

Dinera, una vivaz mujer de pelo oscuro, que muy rara vez redondeaba un pensamiento por sí misma y que jamás dejaba que alguien lo hiciera, se aburrió de la "mesa de honor" y se pasó al grupo de los jóvenes. Vestía toda de negro. Un satén importado la cubría toda como una suave y tersa piel, menos los brazos, que eran blancos como el alabastro.

Saludó con un gesto a Lansky, que se encontraba en el otro extremo de la habitación.

-¡Alosha, vengo a unirme a ustedes! ¿Has asistido al "Inolvidable 1919"?

Con la misma estereotipada sonrisa con que saludaba a todo el mundo, Lansky contestó: "Ayer".

-¿Por qué no a la premiere? ¡Lo estuve buscando por todas partes con mis anteojos; quería seguir su reluciente estela!

Lansky, que estaba sentado cerca de Clara en la espera de una importante contestación por parte de esta última, se preparó, sin mucho entusiasmo, a sostener un debate con Dinera, con quien era imposible no discrepar. Siempre que se encontraban en reuniones literarias, en editoriales, en el restaurante del Club Central de Escritores, surgían discusiones entre ellos. Como ella no estaba ligada a ninguna tendencia partidaria ni en el plano político ni en el literario, atacaba siempre con agudeza, pero sin rebasar nunca los límites. Dramaturgos, libretistas, directores, ninguno se libraba de caer bajo su picota, ni siquiera su propio marido, Nikolai Galakhov. Lo atrevido de sus juicios le sentaba a la perfección, como lo atrevido de su vestimenta y de su vida, que era bien conocida por

todos; sus juicios eran un soplo de aire nuevo en la insípida atmósfera de la crítica literaria, hecha no por hombres cabales, sino por las posiciones oficiales que ocupaban. Ella cargaba sobre la crítica en general y sobre los ensayos de Alexei Lansky en particular. Mesurado y sonriente, Lansky nunca se cansaba de explicarle a Dinera sus errores anárquicos, sus desvarios de pequeña burguesa.

Sin embargo, estaba dispuesta a llevar adelante este diálogo, un poco en broma y un poco en serio, donde la intimidad y el enojo se alternaban sin discriminación, porque su suerte en el mundo de las letras dependía en mucho de Galakhov.

"El Inolvidable 1919", era una pieza de Vichnevsky que se suponía la historia de Petrogrado y los marineros del Báltico durante la revolución, pero, de hecho, sólo hablaba de Stalin: cómo Stalin había salvado a Petrogrado, salvando así a la Revolución y a toda Rusia: La obra, escrita para el septuagésimo cumpleaños del Padre y Maestro, mostraba cómo, gracias a la conducción de Stalin, de alguna manera Lenin había podido hacer frente a la situación.

-Ya ve, -dijo Dinera con un gesto lánguido de la mano, mientras : sentaba en frente de Lansky, a través de la mesa-, debe haber imaginación, una viva imaginación en una pieza de teatro; pillaría, hasta insolencia. ¿Se acuerda de "Una Tragedia Optimista", de Vichnevsky? Allí había un dúo en el cual dos marineros intercambiaban agudezas: ¿No hay demasiada sangre en esta tragedia?. -No más que en las de Shakespeare. ¡Eso era originalidad! Pero ahora uno va a ver su nueva obra, ¿y qué? Es realista, sí; tiene rigor histórico; es una visión impresionante del Líder, pero, nada más.

-¿Qué?, -interrumpió un joven que le había ofrecido a Dinera la silla que estaba a su lado. En su ojal lucía, con algo de estudiada indiferencia, levemente ladeada, la cinta de la Orden de Lenin-. ¿No le

basta con eso? Yo no recuerdo que se nos haya proporcionado un retrato más emocionante de Iosif Vissarionovich.

-¡Estaba lleno de gente llorando!

-¡Yo misma tenía lágrimas en los ojos!, -dijo Dinera, despidiéndolo-. ¡No estamos hablando de eso! -Dirigiéndose exclusivamente a Lansky, continuó-. Pero si casi nadie en la pieza tiene ni siquiera un nombre. Como personajes tenemos tres miembros del Partido sin personalidad ninguna, siete comandantes, cuatro comisarios, como una lista oficial. Y otra vez esos marineros, tan vistos, hermanitos que emigran de las obras de Belotserkovsky a las de Lavrenev, de las de Lavrenev a las de Vichnevsky, de las de Vichnevsky a las de Sobolev. -Dinera sacudía la cabeza mientras nombraba a los comediógrafos; luego entornó los ojos y prosiguió-: Uno sabe por anticipado quiénes son los buenos, quiénes son los malos y cómo va a terminar todo.

-¿Y por qué no le gusta eso?, -preguntó Lansky, haciéndose el sorprendido-. ¿Por qué pretende un entretenimiento superficial y liviano? ¿Y la vida real? ¿Acaso en la vida real nuestros padres dudaron un momento de cómo iba a terminar la Guerra Civil? ¿Dudamos en algún momento del resultado de la Guerra de la Patria, aun cuando los enemigos se hallaban a las puertas de Moscú?

-¿Acaso duda el dramaturgo de la acogida que va a tener sus obras? Dígame, Alosha, ¿por qué nuestros estrenos nunca fracasan?

¿Por qué este miedo -el fracaso del estreno- para nuestros autores?

Te juro; un día no me voy a contener, me voy a poner dos dedos en la boca y voy a dar un silbido.

Y encogió los labios con mucha sofisticación, de lo que resultaba evidente que no sabía silbar.

El joven que se hallaba a su lado, dándose aires de importancia, le sirvió un vaso de vino, pero ella ni lo miró.

-Yo le explicaré, -contestó, imperturbable Lansky-. Las obras nunca fracasan aquí (y no pueden fracasar), porque los autores y el público comparten sus puntos de vista, tanto a nivel artístico, como en su concepción general del mundo.

-¡Oh, Alosha, Alexei!,-Dinera hizo una mueca de reproche-. Deje eso para un artículo. Ya conozco esa tesis: a la gente no le interesan opiniones personales, sino que quiere la verdad, y como la verdad es una sola.

-Claro, -contestó Lansky, sonriendo suavemente-. El crítico está obligado, por su deber, a no dejarse llevar por los impulsos del sentimiento sino a adaptarlos a la labor general.

Siguió con la explicación, pero sin olvidarse de mirar a Clara, de tocarle las puntas de los dedos bajo el borde de su plato, como diciendo que, aunque estuviera hablando, lo único que hacía era esperar su respuesta.

Clara no podía estar celosa de Dinera e, incluso, había sido ella quien había traído por primera vez a Lansky a casa de los Makarygin, sólo para presentarle a Clara. Pero le disgustaba esta conversación literaria que la privaba de Lansky. Al ver a Dinera cruzar sus blancos brazos, se arrepintió de sus mangas largas. Ella también tenía brazos lindos.

Pero, a pesar de ello, estaba realmente satisfecha con su apariencia. Esta inconveniencia pasajera no podía arruinar la alegría que había sentido durante todo el día de hoy, una despreocupación a la que no estaba acostumbrada. No pensaba en ello, pero era así como las cosas le iban saliendo; hoy estaba destinada a estar contenta y el día excepcional estaba terminado con una velada extraordinaria.

Todavía esa mañana, pero no parecía haber sido esta mañana, sino que hace mucho, mucho tiempo, había tenido esa conversación maravillosa con Rostislav. Su tierno beso. La canasta que había entretejido para el Árbol de Año Nuevo. Y luego había tenido que apresurarse de vuelta a casa, ya sobre la hora de la fiesta. Realmente, toda la velada era para ella. ¡Qué placer ponerse su vestido verde nuevo, recamado con su rutilante bordado, para recibir a todos los invitados a medida que iban llegando. Su juventud, que se había extendido por tanto tiempo, florecía por segunda vez a los veinticuatro años. Este era su momento. Solamente ahora. Parecía que, en el éxtasis de esa mañana, había llegado a prometerle a Rostislav que lo esperaría. Ella, que siempre había evitado púdicamente todo contacto físico, ella, su mismísima persona, cuando se encontró con Alexei en el zaguán, le había dejado retener su manó entre las suyas. ¿Era realmente ella misma? Las relaciones entre ambos se habían enfriado un poco durante el mes pasado y ahora, ahí en el vestíbulo, Alexei le había dicho, sin soltar su mano:

-¡Clara! No sé qué vas a pensar de mí. He reservado dos sitios en el Restaurante Aurora para la víspera de Año Nuevo. ¿Vamos? Sé que no está dentro de nuestra línea, pero, ¿por qué no vamos, aunque sólo sea por el placer de ir?

No había dicho que no. Había titubeado y fue entonces cuando Zhenka, un muchachuelo bastante rollizo, había irrumpido en la habitación, pidiendo que le encontrara un disco. Desde ese momento, no los habían dejado solos ni un minuto y la conversación, trunca quedó pendiente durante la primera mitad de la velada.

Zhenka y las chicas, que habían estudiado con Clara en el Instituto de Comunicaciones, todavía se sentían estudiantes y estaban bastante relajadas en su comportamiento. Zhenka tomaba como un

carrero, y obsequiaba a la chica que tenía a su lado con un chiste tras otro, hasta que al final, ruborizada y muerta de risa, exclamó: -¡Oh! ¡No puedo más! Se levantó y abandonó la mesa. Un joven teniente de la MVD, sobrino de la mujer del fiscal, se adelantó hacia donde estaba ella y le dio unas palmadas en la espalda para aliviarle el ahogo producido por la risa. (Todo el mundo le decía "guardia fronterizo", porque su gorra ostentaba una cinta y un vivo de color verde; pero, en realidad, vivía en MOSCÚ y su misión era revisar los documentos de la gente que viajaba en tren).

Shchagov se hallaba en la mesa de los jóvenes, al lado de su Lisa. Le servía de comer y de beber, le hablaba todo el tiempo, pero no prestaba mucha atención a lo que estaba diciendo. Pensaba en lo que veía a su alrededor. Detrás de su expresión calma y cortés, se percataba de todo; de todo lo que estaba colocado, colgado y arreglado en ese cuarto, y de los invitados que lo compartían todo con un aire tan displicente. Paseando su mirada, de las galoneadas charreteras de los juristas, que ostentaban el rango de generales, al escudo diplomático que relucía en el otro extremo de la habitación, a la cinta de la Orden de Lenin que pendía con cierto descuido del ojal de su propio vecino, tan joven (¡y pensar que él había tenido esperanzas de parecer importante con sus modestas órdenes y condecoraciones!). Shchagov no podía encontrar en toda esta elegante concurrencia un sólo militar de línea, un hermano del frente, un compañero de trabajo en las minas, un camarada del trote corto a través del campo arado, ese trotecillo vil tan sonoramente llamado "Ataque". Al principio de la fiesta, evocando las caras de camaradas muertos en los campos de lino, bajo las paredes de los cobertizos, en el curso de ataques, había sentido ganas de arrancar el mantel, gritando: -Ustedes, hijos de puta, ¿dónde estaban?

Pero la fiesta continuaba, Shchagov tomó, no tanto como para emborracharse, apenas lo suficiente para que sus pies, dentro de las botas, no sintieran todo el peso del cuerpo. Y, al tiempo que sentía el piso más blando bajo sus pies, empezó a abrirse al calor y al brillo que tenía en torno suyo. Ya no le repugnaba; ahora Shchagov podía tomar parte en la fiesta, a pesar de sus dolorosas heridas y la ígnea sequedad de su estómago.

¿No era un poco anticuada esa distinción, que él continuaba haciendo entre quienes habían combatido y quienes no ? Hoy en día, la mayoría de la gente sentía un cierto pudor en lucir las condecoraciones ganadas en el frente, que les habían costado tanto y que tanto habían brillado en su oportunidad. No se podía, en estos tiempos, andar sacudiéndole los hombros a la gente, preguntándole: - ¿Dónde estabáis? ¿Quién combatió, quién se escondió?- No se podía saber; ahora todos estaban mezclados. Existe la fatal consecuencia del paso del tiempo: el olvido. La gloria para los muertos, la vida para los vivos.

Sólo él, de todos los allí reunidos, conocía el precio del bienestar, y sólo él era realmente digno de disfrutarlo. Esta era su primera entrada en ese mundo, pero tenía la sensación de haber llegado, de una vez por todas y para siempre. Recorría el cuarto con la vista y pensaba:

-¡Así será mi futuro! ¡Así será futuro!

Su joven vecino, el de la cinta de condecoración, miraba a su alrededor con los ojos entrecerrados. Tenía una corbata azul claro, y su cabello aplastado y descolorido, recién estaba comenzando a ponerse ralo. Tenía veinticuatro años de edad y quería aparentar por lo menos treinta, moviendo sus manos con mucha afectación y llevando su labio inferior en una posición de extremada dignidad. A

pesar de su juventud, ya era uno de los asesores informantes más apreciados de la Oficina de Recepción del Soviet Supremo. Este asesor informante sabía que la mujer del fiscal tenía intenciones de casarlo con Clara, pero ella ya era una presa muy pequeña para él. Tenía mucha razón en no apresurar su matrimonio. Ahora bien Dinera era un asunto muy diferente; exhalaba algo que lo hacía sentirse bien por el sólo hecho de estar a su lado. Aparte de todo lo demás, aumentaba su autoestima el estar flirteando, aunque sólo fuera muy superficialmente, con la mujer de un escritor tan famoso. La cortejaba en este momento tratando de tocarla de vez en cuando y gustosamente se hubiera puesto de su lado en la discusión; pero resultó que era imposible no indicarle sus errores.

-Pero, entonces, ¡discrepas con Gorky! ¡Pones al propio Gorky en tela de juicio!, -protestaba Lansky en ese momento.

-¡Gorky fue el fundador del Realismo Socialista! -le recordó el asesor informante-. Poner en duda a Gorky, después de todo, es casi tan grave como dudar de... (Titubeaba frente a la comparación). Como dudar ¿de...?

Lansky asintió con gravedad, Dinera sonrió. -¡Mamá! -gritó Clara, con evidentes muestras de impaciencia,-. ¿Puede nuestra mesa hacer un intervalo hasta que venga el té?

La esposa del fiscal había estado en la cocina dando órdenes; al volver encontró que su tediosa amiga se había pegado a Dotty y le estaba contando con lujo de detalles, cómo en Zarenchensky los hijos de los miembros efectivos del Partido eran anotados en una lista especial, de modo que siempre tenían la leche necesaria y todas las inyecciones de penicilina que hicieran falta. Esto llevó la conversación a la medicina. Dotty, joven como era, ya era aquejada por varias dolencias y hablar sobre enfermedades le resultaba fascinante.

Alevtina Nikanorovna lo veía así: Quienquiera tenga una buena posición, tiene asegurada la salud. Lo único que tenía que hacer era telefonar a un profesor famoso, mejor si era un Laureado con el Premio "Stalin"; él le confeccionaría una receta y cualquier infarto, desaparecería al instante. Siempre podía pagarse el mejor sanatorio. Ni ella ni su marido le tenían miedo a las enfermedades.

Contestó al clamor de Clara en un tono de reproche: -¡A ver esa anfitriona! ¡Sirva a sus invitados, no los eche de la mesa!

-¡No; queremos bailar! ¡Queremos bailar!, -vociferó el guardia fronterizo.

Zhevka rápidamente se sirvió otro vaso de vino y se lo tomó.

-¡A bailar! ¡A bailar!, -gritaron los demás. Y los jóvenes se disgregaron.

Una música bastante fuerte entró desde el cuarto contiguo. Estaban tocando un tango llamado "Hojas Otoñales".

LOS DOS YERNOS

Dotty también se fue a bailar y la dueña de casa consiguió que su amiga la ayudara a levantar la mesa, dejando así a cinco hombres solos en la mesa de los mayores: el propio Makarygin, un viejo y querido amigo de la época de la Guerra Civil; el Servio Dushan Radovich, que había sido profesor en el Instituto del Profesorado Rojo, abolido hacía mucho tiempo; una amistad más reciente, Slovuta, también fiscal, también general, que había completado sus estudios de Alta Jurisprudencia junto con Makarygin y sus dos yernos: Innokenty Volodin, que se había puesto, a instancias de su suegro, su uniforme gris ratón con las ramas de laurel doradas, y el famoso escritor Nikolai Galakhov, laureado con el Premio "Stalin".

Makarygin ya había ofrecido un banquete a sus colegas para festejar su nueva orden, y esta fiesta era para los jóvenes, en un ambiente más familiar. Pero Slovuta, un colega importante, se había perdido la primera fiesta, pues estaba en el Lejano Oriente, (donde había tomado parte importante en un resonante juicio entablado contra militares japoneses que estaban trabajando con armamento bacteriológico). Como había vuelto el día anterior, Makarygin lo tuvo que invitar esta noche, pero, por otra parte, ya había invitado a Radovich, que era una persona casi "non grata" en círculos oficiales. Resultaba embarazoso para el fiscal tener a su actual colega y a su viejo camarada sentados a su mesa mismo tiempo: había invitado a éste último a la fiesta familiar para deleitarse recordando los viejos tiempos. Podía haberle dicho a Radovich a último momento que no

viniera, pero le repugnaba tener que actuar con tanta cobardía. De modo que decidió contrapesar la presencia sospechosa de Radovich con sus dos yernos: el diplomático con sus "galones de oro y el escritor con su medalla de laureado.

Ahora que habían quedado los cinco solos en la mesa, Makarygin tenía miedo que Radovich saliera con algo inconveniente. Era un hombre inteligente, pero dado a decir insensateces cuando perdía los estribos. Así que Makarygin quería llevar la conversación a un plano seguro, sin implicancias políticas. Bajando el tono vigoroso de su voz, se dedicó a regañar amistosamente a Innokenty por no haber alegrado su vejez con nietos.

-Después de todo, ¿qué son estos dos?, -protestaba-. He aquí a una pareja -un carnero y una oveja sin corderitos. Viven para sí mismos, crían grasa y no tienen preocupaciones. Todo se les da hecho. ¡Despilfarrando su vida! Pueden preguntarle a él, parece que el tipo es un epicúreo. ¿Y qué dices, Innokenty? Debes admitirlo, eres un pseguidor de Epicuro.

Nadie, ni siquiera en broma, podía decirle a un miembro del Partido Comunista Unido, que era un Neo-Hegeliano, un Neo-Kantiano, un |Subjetivista, un Agnóstico y menos un Revisionista. Pero "epicúreo" sonaba tan inocente, que a nadie le pareció posible que pudiera implicar que uno no fuera un Marxista ortodoxo.

En ese momento Radovich, que conocía al detalle las vidas de los Fundadores de la doctrina, acotó: -Bueno, Epicuro era una buena persona, un materialista. El propio Karl Marx hizo una vez una disertación sobre Epicuro.

El apologista de Epicuro, era flaco y seco, con el oscuro pergamino de su piel fuertemente estirado sobre sus huesos.

Innokenty sintió una oleada de entusiasmo.. En este cuarto donde bullían la animada conversación, la risa y los colores brillantes, la idea de que podía ser arrestado de repente le parecía absurda. Los últimos resquemores que abrigaba en el fondo de su corazón desaparecieron. Tomó con rapidez, se caldeó un poco, y miró alegremente la gente a su alrededor, que nada sabía de sus temores. Se sentía nuevamente el favorito de los dioses. Makarygin, y hasta Slovuta, quienes en otra ocasión le podrían haber inspirado un cierto desprecio, le parecían humanos y amables, como si contribuyeran a protegerlo.

-¿Epicuro?, -contestaba la acusación con los ojos brillantes de placer-. Sí, soy un seguidor suyo. No lo niego. Pero quizás se sorprenderán cuando les diga que "epicúreo" es una palabra que generalmente se toma en un sentido erróneo, Cuando la gente quiere decirle a alguien que está demasiado apegado a la vida, que es un voluptuoso, un lascivo, en una palabra, un cerdo, lo llama "epicúreo". No, un minuto, hablo en serio, -dijo para evitar la inminente interrupción de Makarygin; ahora hablaba con excitación, inclinando suavemente de un lado al otro la alta copa de vino, con sus dedos delgados y sensitivos-. En realidad, Epicureo representa algo enteramente opuesto a lo que la gente cree. Incluye los deseos insaciables entre los tres principales males que impiden la felicidad humana. De hecho, sostiene que un ser humano necesita; muy poco, y por lo tanto su felicidad no depende del destino. De ninguna manera nos impulsa hacia las orgías, aunque considera los placeres humanos como el supremo bien. Pero en seguida nos hace notar que no todos los placeres aparecen en cualquier momento. Deben estar precedidos por períodos de deseo insatisfecho; en otras palabras, la ausencia del placer. Así que encuentra que lo más acertado es renunciar a todos los

anhelos, salvo los más humildes e indispensables. Sus enseñanzas nos liberan de nuestro temor al destino y a sus reveses. Y, por lo tanto, es un gran optimista este Epicuro.

-¡No me digas!, -dijo Galakhov, sorprendido, y sacó una libreta de cuero y un pequeño lápiz de marfil. A pesar de su fama sideral, Galakhov no tenía pretensiones; podía bromear y darle palmadas en la espalda a uno, con tanta camaradería como cualquier otro. Algunas hebras de cabello plateado brillaban en forma atractiva sobre su cara, morena y regordeta.

-¡Denle más, -le dijo Slovuta a Makarygin, señalando el vaso vacío de Innokenty-. Si no va a hablar hasta por los todos.

Makarygin le sirvió más vino e Innokenty lo tomó con placer. Solamente ahora, después de su brillante defensa, le parecía que la doctrina de Epicuro, era algo que valía la pena profesar. Radovich sonrió frente a un credo fuera de lo común. El no tomaba alcohol; (se lo habían prohibido). Durante la mayor parte de la velada había estado sentado, inmóvil, sombrío, con su especie de chaqueta militar de campaña, con anteojos severos de marco barato. (Hasta hacía muy poco, durante sus caminatas por Sterlitamak, usaba un casco tipo "Budenny", igual a los que había usado en la Guerra civil, o en tiempos de la NEP. Pero, hoy en día, la gorra hacía reír a los paseantes y ladrar a los perros. Era imposible usarla en Moscú; la policía no lo permitía).

Slovuta, que tenía la cara edematosa, pero no era viejo, adoptó una actitud ligeramente condescendiente con Makarygin. (Su ascenso a teniente general ya estaba firmado). Aunque a pesar de todo, estaba profundamente satisfecho de compartir la mesa con Galakhov, y se imaginaba cómo, cuando abandonara esta fiesta para concurrir a otra que tenía aún más tarde, comentaría casualmente que recién había estado tomando con Galakhov, quien le había contado. . . En realidad,

Galakhov no le había dicho nada, y estaba muy callado, ¿posiblemente pensando en su próxima novela ?. .. De manera que Slovuta, llegando la conclusión de que no tenía nada, más que hacer allí, estaba por partir.

Era en ese momento cuando los jóvenes iban en tropel hacia el salón de baile; Makarygin dijo todo lo que se le ocurrió para convencer a Slovuta de que se quedara un rato más y, por último, insistió en que el huésped visitara su "altar del tabaco". Makarygin guardaba una colección de tabacos en su estudio y estaba muy orgulloso de ella. Él fumaba, como de costumbre un tabaco búlgaro que conseguía por 'intermedio de unos amigos, y por la noche, habiendo fumado su pipa durante todo el día, se dedicaba a los cigarros. Pero le encantaba sorprender a sus huéspedes, convidándoles con todas las variedades, una después de otra.

La puerta del estudio estaba junto a sus espaldas y procedió a abrirla, invitando a Slovuta y a sus dos yernos a seguirlo. Pero Innokenty y Galakhov declinaron la compañía de los ancianos diciendo que debían vigilar un poco a sus esposas. El fiscal se sintió contrariado y temeroso de que Dushan fuera a decir algo inconveniente, dejando pasar primero a Slovuta, se volvió hacia su amigo y le hizo un expresivo y gráfico gesto de advertencia.

Los dos yernos de Makarygin no tenían ningún apuro en encontrarse con sus esposas. Estaban en esa edad afortunada -siendo Galakhov unos años mayor que Innokenty-, en que, aunque todavía se los consideraba jóvenes, a nadie se le ocurría arrastrarlos a bailar. Podían entregarse al placer de una conversación de hombre a hombre, rodeados de botellas sin terminar y del ritmo de la música lejana.

La semana anterior Galakhov había empezado a pensar en escribir algo sobre las maquinaciones de los imperialistas y la lucha

constante de los diplomáticos del Soviet por la paz. No lo concibió como una novela esta vez, sino más bien como una obra de teatro; en esa forma, podía obviar muchas cosas que ignoraba, como los detalles del interior de los edificios y las indumentarias. Así que se apresuró a aprovechar esta entrevista con su concuñado, que le daba la oportunidad de conocer los rasgos típicos del diplomático soviético y detalles característicos de la vida en Occidente. Se suponía que la acción tenía lugar en Occidente, pero Galakhov había estado allí muy poco tiempo, en ocasión de uno de los congresos progresistas. Se daba cuenta que no era una idea del todo lógica, el escribir sobre una forma de vida que no conocía. Pero estos últimos años le había parecido que la vida en el extranjero o la historia antigua y hasta las fantasías sobre los habitantes de la luna, le serían más fáciles de escribir que los cuentos extraídos de la vida, real circundante, donde cada tema venía acompañado por sus propios riesgos.

Conversaban, inclinando las cabezas por encima de la mesa. La sirvienta entrechocaba ruidosamente los platos al levantarlos; se oía la música del cuarto de al lado; del otro resonaba la televisión murmurando en un tono metálico.

-Es uno de los privilegios de un escritor el hacer preguntas, -reconoció Innokenty, mientras sus ojos continuaban brillando como cuando defendía a Epicuro.

-Puede que sea su desgracia, -retrucó Galakhov.

Su lápiz chato de marfil blanco yacía listo sobre el mantel.

-En todo caso, los escritores me hacen recordar a los investigadores que nunca se toman vacaciones, que nunca descansan: en los trenes, en la mesa de té, en un negocio, o en la cama, están siempre investigando crímenes, reales o imaginarios.

-En otras palabras, nos recuerdan que tenemos conciencia.

-Pero no son los crímenes del hombre lo que investigamos, sino su valor, sus cualidades.

-Y en eso vuestro trabajo es justamente el opuesto al que realiza la conciencia. Bueno, supongo que quieres escribir un libro sobre diplomáticos.

Galakhov sonrió. Era una sonrisa bien de hombre, que estaba de acuerdo con sus rasgos grandes, tan distintos a las formas delicadas y finas de su concuñado.

- Lo que uno quiere, Innokenty, y lo que no quiere no se decide de un modo tan simple como aparece en los reportajes de Año Nuevo. Uno trata de juntar material con tiempo; no se puede recurrir a cualquier diplomático. Tengo la suerte de que seas pariente.

-Tienes razón. Un diplomático que no te conociera te contaría toda suerte de mentiras. Después de todo, tenemos bastante que ocultar. Por un instante sus miradas se encontraron.

-Entiendo. Pero no necesito saber esa parte de sus actividades. Para mí, eso. . .

-¡Ah! Así que más bien te interesa la vida en las embajadas, el trabajo cotidiano, las recepciones, las presentaciones de credenciales.

-¡No, quiero algo más profundo! Cómo ese trabajo afecta el alma de un diplomático del Soviet.

--¡Ah! ¡Su alma! Bueno, sí, ya sé. Ya veo. Y antes de que te vayas, te contaré todo. Pero primero me gustaría que me dijeras algo. ¿Por qué has abandonado el tema de la guerra? ¿Lo has agotado?

Galakhov sacudió la cabeza. -Es imposible agotarlo. Tuvieron suerte con esta guerra: choques, tragedias; sino ¿de, dónde las hubieran sacado?

Innokenty lo miró alegremente.

La fisonomía del escritor se oscureció. Y dijo con un suspiro: -El tema de la guerra está grabado en mi corazón.

-Bueno, has hecho obras maestras sobre ese tema.

-Y es eterno para mí. Volveré a él hasta que me muera.

-¿A lo mejor no debieras?, -preguntó Innokenty, muy suavemente, con mucho cuidado.

-¡Tengo que hacerlo!, -dijo Galakhov con convencimiento-. La guerra anima el corazón del hombre.

-¿Su corazón?. -Sí. -Innokenty asintió en seguida, pero mira lo que ha sucedido con la literatura sobre asuntos de guerra y el frente bélico. Los temas más elevados que trata son, cómo tomar posiciones de batalla, cómo dirigir el fuego para que resulte más mortífero; "No olvidaremos, no perdonaremos"; la orden del comandante es ley. Pero eso está todo dicho en los estatutos militares de un modo, más claro y efectivo que en la literatura. Y, por supuesto, has mostrado también lo penoso que resulta a los pobres jefes militares la lectura de sus mapas.

Galakhov frunció nuevamente el ceño.

Innokenty se inclinó rápidamente sobre la mesa y tomó la mano de Galakhov. Le dijo, ahora sin ironía: -Nikolai, ¿es que la literatura debe forzosamente repetir los estatutos militares? ¿O los diarios? ¿O los slogans? Mayakovsky, por ejemplo, consideraba un honor el usar un recorte de un diario como epígrafe para un poema. ¡O sea que consideraba un honor el no elevarse por encima de un diario! Pero entonces, ¿para qué queremos la literatura? Después de todo, un escritor es un educador del pueblo; ¿no es eso lo que siempre se ha entendido? Y un gran escritor, perdóname, quizás no debería decir esto, bajaré la voz, un gran escritor es, por así decirlo, un segundo gobierno. Es por eso que ningún régimen ha simpatizado con sus grandes escritores; sólo ha respaldado a los mediocres.

Los dos concuñados se trataban poco y no se conocían muy bien. Galakhov contestó con cautela: -Lo que estás diciendo es válido sólo para un régimen burgués.

-Bueno, es claro, es claro, -dijo Innokenty con soltura-. Nosotros tenemos leyes completamente diferentes. Estamos ante el magnífico ejemplo de una literatura creada, no para los lectores, sino para los escritores.

-¿Quieres decir que no somos muy leídos? -Galakhov podía escuchar e incluso hacer comentarios bastante amargos sobre literatura en general y también sobre sus propios libros, pero había una creencia que nunca podría abandonar: que se lo leía, y que se lo leía mucho. Del mismo modo, Lansky estaba convencido de que sus ensayos críticos formaban el gusto y hasta el carácter, de un gran número de personas.

-Estás errado en eso. Se nos lee, quizás más de lo que merecemos.

Innokenty hizo un rápido movimiento de negación.

-No, no es eso lo que quería decir. ¡Oh qué insensatez la mía! El padre de Dotty me ha dado demasiado vino y es por eso que me estoy expresando tan mal. Kolya, créeme. No digo esto porque seamos parientes; realmente deseo tu bien. Hay algo en tí que me gusta mucho, así que siento que mi deber es preguntarte de la única manera que puedo hacerlo. -¿Lo has pensado alguna vez? ¿Cómo ves tu propio lugar dentro de la literatura rusa? Después de todo, con tus trabajos a la fecha se podría hacer una edición de seis volúmenes. Tienes treinta y siete años; a ésa edad, Pushkin ya había sido liquidado. Tú no corres un peligro parecido. Pero, igualmente, no puedes evadir la cuestión de determinar quién eres. ¿Qué ideas nuevas has aportado a esta

angustiada época en que vivimos, aparte, por supuesto, de las ideas indiscutibles de que nos provee el Realismo Socialista?

Oleadas producidas por la contracción de pequeños músculos ondulantes, recorrieron la frente y los pómulos de Galakhov.

-Estás tocando un punto débil, -contestó, mirando fijo al mantel-. ¿Qué escritor ruso no se ha medido secretamente para ver si cabía en el traje de Pushkin? ¿O en la camisa de Tolstoi? -Jugueteeó con su famoso lápiz sobre el mantel y miró a Innokenty con una mirada que, ahora, ya no ocultaba nada. Estaba deseando desahogarse, iba a decir lo que no podía decir en círculos literarios.

-Cuando era un muchacho, al principio del Plan Quinquenal, me parecía que iba a morir de felicidad el día que pudiera ver mi nombre impreso al pie de algunos versos. Me parecía haber alcanzado la inmortalidad, pero aquí. . .

Apartando las sillas a su paso, Dotty avanzó hacia ellos.

---¡Kolya! ¿No me van a echar? ¿Están teniendo una conversación muy inteligente?

Tenía los labios en forma de una atractiva O.

Innokenty la miró con fijeza. Su pelo rubio le caía libremente sobre los hombros, exactamente como hacía ya nueve años. Jugaba con las puntas de su cinturón mientras esperaba que le contestaran. Su blusa color guinda resaltaba el rojo de sus mejillas.

Hacía tiempo que Innokenty no la había visto así. Durante los últimos meses ella estuvo insistiendo en su independencia y en la diferencia entre su concepción de la vida y la suya. Pero después parecía que algo se había roto dentro de ella, ¿o era que una premonición de su pronta separación había entrado en su alma? Se tornó tan sumisa, tan afectuosa; y aunque él no podía perdonarle ese largo período de incompreensión y alienación y sabía que ella no podía

volver atrás, la dulzura que de ella emanaba reanimó su espíritu. La hizo sentar a su lado; aunque esto resultara una intempestiva interrupción de la interesante charla que sostenía, con Galakhov. Por toda contestación, Dotty se sentó, estrechándose contra él con su cuerpo aún flexible. Estando allí sentada, tan cerca suyo, era evidente para todos que amaba a su marido y era feliz en su compañía. De pronto se le ocurrió a Innokenty que, en previsión del futuro, no debían hacer gala de una intimidad que, por otra parte, ya no existía. Pero continuaba acariciándole el brazo suavemente.

El lápiz de marfil permanecía allí, sin usarse. Apoyado sobre los codos, Galakhov miraba por la ventana que estaba detrás del matrimonio Volodin, iluminada por las luces de las Puertas de Kaluga. Le resultaba imposible hablar de sí mismo en presencia de una mujer.

Pero es que habían empezado a imprimir sus poemas completos. Cientos de teatros en todo el país, tomando ejemplo de los de la capital, representaban sus obras. Las jovencitas copiaban sus versos a mano y los memorizaban. Durante la guerra, los diarios de más importancia le habían cedido gustosamente espacios. Había incursionado en el ensayo, el cuento corto y la crítica. Por último, su novela había aparecido y tras ella se había convertido en el Laureado con el Premio "Stalin". ¿Y qué? Era extraño: Tenía fama, pero no inmortalidad. Ni siquiera él mismo sabía a ciencia cierta el momento en que el pájaro de su inmortalidad había comenzado a flaquear y finalmente había aterrizado. Quizás los únicos momentos de verdadero vuelo habían sido aquellos en que escribió esos pocos versos que las adolescentes aprendían de memoria. Sus obras teatrales, sus cuentos y su novela ya habían muerto bajo su mirada, antes que él cumpliera sus treinta y siete años de edad.

Pero, ¿por qué debe uno invariablemente aspirar a la inmortalidad? La mayoría de los colegas de Galakhov no lo hacían; su situación actual era lo que importaba.

Al diablo con la inmortalidad, decían; ¿no es acaso más importante tener influencias sobre el curso actual de los acontecimientos? Y su influencia la tenían. Sus libros servían al pueblo; eran publicados en ediciones de gran tirada; tenían a su disposición un sistema de distribución masiva a todas las bibliotecas y se les dedicaban meses de promoción. Claro está, no podían escribir muchas verdades. Pero se consolaban con la idea de que algún día las cosas cambiarían y entonces volverían sobre estos tiempos y estos hechos y los narrarían con veracidad, revisando y reeditando sus viejos libros. Mientras tanto, debían conformarse con esa cuarta, octava, o dieciseisava, ¡oh al diablo!, con esa treinta y dos ava parte de la verdad que se les permitía. Esa pequeña porción de verdad era mejor que nada.

Lo que le resultaba cada vez más deprimente y difícil era escribir cada nueva página. Se imponía a sí mismo la obligación de escribir dentro de un determinado horario y tenía que luchar contra la somnolencia, contra su pereza mental, contra las distracciones, contra su manía de esperar, con el oído atento, la llegada del cartero que a lo mejor traía diarios. Se esforzaba durante meses en no leer a Tolstoi, porque el insistente estilo tolstoiano impregnaba luego lo que salía de su pluma. Cuidaba de que su estudio fuera ventilado, manteniéndolo a una temperatura de 18 grados y de que la mesa estuviera siempre limpia. De otra manera, no podía escribir.

Cada vez que empezaba un trabajo de cierta envergadura, se prometía a sí mismo y a sus amigos que no iba a hacer concesiones a nada ni a nadie; que esta vez escribiría un libro auténtico. Trabajaba

con entusiasmo durante las primeras páginas. Pero pronto se percataba de que no escribía solo; que la persona para quien escribía flotaba ante él en el aire como una eterna sombra; que, sin quererlo, releía cada párrafo con el criterio de esa persona. Esa persona no era el lector, el camarada, o el amigo; ni siquiera era la crítica en general; era siempre, el crítico más importante de Moscú, el celeberrimo Zhabov.

Galakhov se imaginaba a Zhabov leyendo su nueva obra y escribiendo en seguida un largo ensayo en contra de ella, que ocuparía una columna entera de "La Gaceta Literaria" (lo que de hecho había ocurrido).

El título del artículo sería: "¿Por qué Puerta se Cuelan estas Brisas?" o bien "Más Acerca de Ciertas Tendencias en Boga de ir por los Senderos Trillados". No empezaría atacándolo directamente, sino citando un par de frases sacrosantas de Belinsky o Nekrasov, con quienes sólo un villano podía discrepar, Luego procedería a darlas vuelta con suma habilidad, presentándolas desde un punto de vista totalmente distinto, de modo que Belinsky o Herzen le servirían para probar que Galakhov era un sujeto antisocial, enemigo de la humanidad, con una base filosófica tambaleante.

Así que, párrafo tras párrafo, Galakhov se esforzaba por anticiparse a las objeciones de Zhabov y adaptarse a ellas; y el libro iba saliendo más y más insípido, colocándose con sumisión dentro de los cánones establecidos.

Cuando ya había hecho la mitad, Galakhov se daba cuenta de que su libro era totalmente distinto de lo que hubiera debido ser y que había fracasado una vez más.

-Bueno, ¿y las características de nuestro diplomático?. . . -dijo Innokenty con una sonrisa triste, mientras acariciaba el brazo de su mujer.

-Bueno, ¿qué quieres que te diga? Puedes imaginártelo tú mismo. Un alto nivel de orientación ideológica. Principios elevados. Profunda lealtad a la causa. Profunda devoción personal hacia Iosif Vissarionovich. Obediencia al pie de la letra a las instrucciones de Moscú. Algunos, dominan los idiomas extranjeros; otros, no tanto. Y algunos, bueno, unos pocos, tienen una gran afición a los placeres de la carne. Porque, como dicen, vivimos una sola vez. Pero eso ya ha dejado de ser típico.

EL REACCIONARIO

Radovich era un perdedor confirmado, ya cabal. Sus cátedras habían sido abolidas por los años treinta; ni uno solo de sus libros se había publicado; y por sobre todo eso, era víctima de numerosas dolencias. Tenía todavía el trozo de una granada de Kolchak incrustada en el pecho. Una úlcera del duodeno le aquejaba desde hacía quince años, Y durante varios años tuvo que someterse diariamente a una dolorosa operación matinal, sin la cual no podía alimentarse ni vivir, que consistía en irrigar su estómago a través del esófago.

Pero el destino, que sabe administrar con equidad reveses y favores, protegía a Radovich por intermedio de sus mismos males. Aunque era una figura conocida dentro de los círculos del Comintern, Radovich permaneció intacto a través de los años más críticos, por la razón de que nunca asomó fuera del hospital. En una oportunidad, hacía sólo un año, cuando todos los servios que quedaban en la Unión Soviética fueron tomados presos o bien obligados a tomar parte en el movimiento contra Tito, Radovich, fuera de la circulación por razones de salud, fue pasado por alto una vez más.

Como comprendía lo equívoco de su situación, Radovich hacía grandes esfuerzos para contenerse, no permitiéndose hablar, ni dejarse arrastrar por el fanatismo durante una discusión; en una palabra, hacía lo que podía para llevar la vida aburrida de un inválido.

Se estaba conteniendo ahora también, ayudado en esto por la mesa de les tabacos. Era una mesa ovalada de ébano, labrada, que

ocupaba un lugar prominente en el estudio. Largas fundas para llenar con tabaco, un pequeño dispositivo que servía para ello, una colección de pipas colgadas de sus respectivas perchas y un enorme cenicero de madreperla, se hallaban sobre ella. A su lado, un pequeño armario de abedul procedente de Karelia (parecía un botiquín) con muchos cajones, cada uno de los cuales contenía un tipo especial de cigarrillo; o de cigarro, o de tabaco para pipa, hasta de rapé. Ambas, la mesa y el armario, componían lo que Makarygin llamaba "el altar del tabaco".

Mientras escuchaba silencioso el discurso de Slovuta sobre el armamento bacteriológico, completado con sus juicios sobre los atroces crímenes perpetrados contra la humanidad por los oficiales japoneses (basados en el estudio del material oficial recogido durante la investigación anterior al juicio), Radovich revisaba y olía voluptuosamente el contenido de los cajones de tabaco, sin saber por cuál decidirse. Fumar, para él, era un suicidio. Todos los médicos se lo habían prohibido categóricamente. Pero como también le habían prohibido comer y beber y, de hecho, no comió casi nada durante la comida, sus sentidos del gusto y del olfato se le habían hecho particularmente sensibles para percibir las bondades de las distintas clases de tabaco. La vida sin fumar le parecía totalmente vulgar. Para todas las órdenes profesionales que iban en contra de su diversión favorita, tenía una única contestación: "*Fumo, ergo sum*", fumo luego existo; y acto seguido procedía invariablemente a arrollar algunas hojas del más fuerte de los tabacos baratos "majorka" que había en plaza, el único que podía adquirir dadas sus actuales estrecheces económicas. En Sterlitamak, durante la evacuación, les compraba la hoja de tabaco a los ancianos campesinos, la secaba y picaba él mismo. Actualmente, en la inactividad de su soltería, la elaboración del tabaco resultaba beneficiosa para sus procesos mentales.

En realidad, aun en el caso de que Radovich se hubiese dejado llevar por su natural vehemencia, no tenía nada tan terrible que decir. Era marxista, carne de su carne y sangre de su sangre y ostentaba puntos de vista ortodoxos respecto a todos los demás. Pues bien; los que rodeaban a Stalin eran más violentamente alérgicos a pequeñas diferencias de tono y sombra que a los contrastes completos de color y, por esto, Radovich podía ser inmediatamente liquidado a causa de las leves desviaciones que lo diferenciaban ideológicamente de los demás.

Por fortuna, había, logrado permanecer en silencio, y la conversación pasó de los militares japoneses a las apreciaciones sobre las distintas clases de cigarros, de los cuales Slovuta no entendía absolutamente nada. De hecho, casi se ahoga a causa de un pitada poco hábil. Luego de los cigarros, el tema viró nuevamente, esta vez hacia los fiscales. No sólo su trabajo no disminuye con el paso de los años, sino que, a pesar de haber más fiscales, su carga se torna más y más pesada.

-¿Y qué es lo que dicen las estadísticas de crímenes? -preguntó Radovich aparentemente apacible, encerrado en la armadura de su piel apergaminada.

Las estadísticas no decían absolutamente nada. Mudas e invisibles, nadie tenía pruebas concluyentes de su existencia.

Pero Slovuta contestó: -Las estadísticas demuestran que el número de crímenes ha bajado.

No había leído las estadísticas mismas, sino lo que sobre ellas había dicho una revista.

Y agregó en el mismo tono de sinceridad: -A pesar de lo cual todavía hay muchos crímenes. Es una herencia del antiguo régimen. La gente está muy depravada por causa de la ideología burguesa.

Las tres cuartas partes de los que comparecían ante los tribunales hoy en día, habían crecido después de 1917, pero el hecho pasó inadvertido para Slovuta. No había nada de eso en las revistas que él leía.

Makarygin asintió con la cabeza; estaba persuadido de ello.

-Cuando Vladimir Illich nos dijo que la revolución cultural iba a ser mucho más difícil que la Revolución de Octubre, nunca nos pudimos llegar a imaginar lo que nos quiso decir. -Sólo ahora comprendemos la visionario que era.

Makarygin tenía una frente deprimida en sesgo, enmarcada por un par de orejas prominentes.

Pitando todos juntos, llenaron el estudio de humo.

El estudio de Makarygin estaba amueblado con variados y diversos objetos. Estaban la mesa de escribir, una valiosa antigüedad, sostenida por ocho columnas anchas y redondas y el recado de escribir, del más moderno estilo con una reproducción de cuarenta y cinco centímetros de alto de la Torre Spasskaya con el reloj del Kremlin y una Estrella Roja. En los dos macizos tinteros, (que tenían la forma de las torrecillas del Kremlin) no había tinta.

Hacía ya mucho tiempo que el licenciado en ciencias jurídicas Makarygin no escribía en su casa; el tiempo que permanecía en su oficina le alcanzaba para todo y los tinteros, de todos modos, resultaban inútiles, ya que escribía sus cartas con una lapicera fuente. Detrás de los cristales de la biblioteca traída de Riga estaban colocadas obras de derecho, debidamente clasificadas y algunos volúmenes encuadernados de la revista "Estado Soviético y Derecho". También estaba la vieja "Gran Enciclopedia Soviética" (que todavía incluía a enemigos del pueblo) y la edición reducida, la "Enciclopedia Breve" (que también contenía errores y enemigos del pueblo).

Makarygin no consultaba ninguno de estos libros desde hacía mucho tiempo, ni siquiera el anticuado pero todavía válido Código Penal de 1926. Todos habían sido tan eficientemente reemplazados por una serie de instrucciones más o menos secretas, que se conocían por número, 083 ó 005 barra 2742. Estas instrucciones, la quinta esencia de la sabiduría en materia de procedimientos jurídicos, estaban ordenadas en un pequeño archivo que Makarygin guardaba celosamente en su oficina. Los libros que había en su gabinete de trabajo no estaban allí para ser leídos, sino para impresionar favorablemente a los visitantes. Los libros que el fiscal realmente leía, de noche, en el tren o durante las vacaciones, estaban escondidos en un armario y bajo llave. Eran novelas de detectives.

Sobre el escritorio de Makarygin colgaba un gran cuadro de Stalin, con su uniforme de Generalísimo. Un pequeño busto de Lenín descansaba sobre una repisa.

Slovuta, con su gran abdomen, y su cuello grueso que rebasaba los límites del cuello del uniforme, paseó una mirada aprobatoria por el salón.

-¡Vives bien, Makarygin! El mayor de tus yernos ha recibido, el Premio "Stalin" dos veces, si no me equivoco.

-Dos veces, -repitió el fiscal con satisfacción.

-¿Y el menor, es consejero de primer rango?

-Segundo, todavía.

-No te preocupes, es un chico inteligente, y cuando te quieras acordar, ¡será embajador! ¿Y con quién piensas casar a la menor?

-¿La menor? He tratado de hacerlo varias veces, Slovuta, pero es una chica terca y no quiere ni oír hablar del matrimonio. En mi opinión, ya ha esperado demasiado.

-¿Eso quiere decir que es una intelectual? "¿Anda buscando un ingeniero?

Cuando Slovuta se reía, toda su adiposidad se conmocionaba al ritmo de la risa.

-¿Un ingeniero? ¿Con sólo ochocientos rublos por mes? Más bien, cájala con uno de la Cheka, eso es, uno de la Cheka, ¡una inversión segura!

-Bueno, Makarygin, gracias por acordarse de mí, pero debo ponerme en marcha. No debes detenerme, sabes, porque tengo gente esperando y ya van a ser las once. Que sigas con buena salud, Profesor, no te vayas a descomponer.

-Adiós, Camarada general.

Radovich se levantó para despedirse, pero Slovuta no le ofreció la mano. La mirada ofendida y despreciativa al mismo tiempo del humillado Radovich, recorrió la espalda amplia y redonda de Slovuta mientras éste, escoltado por Makarygin, traspuso con él la puerta y juntos bajaron las escaleras hasta el automóvil que lo esperaba.

Solo, con los libros, Radovich se volvió en seguida hacia ellos. Después de recorrer con la vista y con la mano los estantes, eligió, luego de un ligero titubeo, un libro de Plekhanov. Cuando estaba a punto de instalarse en un sillón, le llamó la atención un librito con una vistosa encuadernación en rojo y negro que estaba sobre el escritorio de Makarygin, y lo tomó también. Pero este segundo libro le quemó las manos reseca y apergaminadas. Era una obra recientemente publicada, que se llamaba *"Tito, el Mariscal de los Traidores"*, de un tal Renaud de Juvenel. La primera edición de un millón de ejemplares acababa de aparecer.

En los últimos doce años mucha literatura deshonesta había pasado por las manos de Radovich; libros infames, serviles,

totalmente falsos, pero nunca había tropezado con una cosa tan vil, tan inmunda, como ésta. Con la vista experimentada de un conocedor de libros, hojeó éste y en seguida se dio cuenta de quien era el que lo necesitaba y por qué, qué tipo bastardo era el autor, y cuánta animadversión iba a despertar contra Yugoslavia, que, por supuesto, no la merecía. Se detuvo indignado en una frase; la leyó por segunda vez: "No hay necesidad de detallar los motivos que impulsaron a Lázló Rajk a confesar; *el hecho de que confesó quiere decir que era culpable*". Disgustado, Radovich tiró el libro.

¡Claro, no era necesario detallar sus motivos! Era superfino aclarar que Rajk había sido castigado por sus interrogadores y verdugos. No interesaba el hecho de que se lo hubiera torturado por medio del hambre y la falta de sueño. Total, resulta indiferente que lo hayan estirado sobre el suelo y le hayan pisoteado con sus botas los órganos genitales. En Sterlitamak, el antiguo prisionero Adamson con quien había intimado desde un principio, interiorizó a Radovich de algunos de sus métodos favoritos. Sin embargo, "los detalles carecían de importancia". ¡El hecho de que había confesado quería decir que era culpable!

¡La humma summarum de la justicia Staliniana!

Pero Yugo-eslavia era una herida muy profunda, demasiado dolorosa para tocar el tema con Makarygin. De modo que cuando éste último volvió, acariciando con una mirada amorosa su nueva cinta ("No es la medalla en sí, sino el hecho de que no se hayan olvidado de uno"), encontró a Dushan echado hacia adelante en un sillón, ardiendo por dentro, y mirando sin verlo al libro de Plekhanov.-

-Gracias, Dushan, por no haber soltado nada inconveniente. Tenía miedo de que lo hicieras, -dijo Makarygin, sacando un cigarro y dejándose caer pesadamente sobre un diván.

-¿Y qué crees que podía haber soltado?, -exclamó Radovich un poco sorprendido.

-¿Qué podrías haber dicho? ¡Oh, no sé! -Él fiscal despuntó su cigarro y lo prendió.- Podrías haber sido cualquier cosa. No puedes estar sin que se te escape algo. Cuando hablaba sobre los japoneses, yo me di cuenta por el gesto de tu boca que te morías de ganas de oponerte.

Radovich se enderezó. Porque es un fraude. Eso se huele a millas de distancia.

. -¿Estás en tus cabales, Dushan? ¡Es un asunto del partido! ¿Cómo puedes llamarlo un fraude?

-¡No tiene nada que ver con el partido! ¿Crees que Slovuta es el partido? Dedúcelo tú mismo. Porque justo ahora, recién en el año 1949, ¿descubrimos los preparativos que hacían en 1943? Después de todo, ya hace cuatro años que son nuestros prisioneros. Y si continuas dentro de esa línea de razonamiento, dime qué país en medio de una guerra, no hace cualquier tipo de planes para aumentar su potencia. ¿Cómo puedes ser tan crédulo? ¿Supongo que también te habrás tragado eso de que los americanos andan tirando escarabajos colorados desde los aviones ?

Las orejas prominentes de Makarygin enrojecieron.

-Bueno, podría ser, y si no, ¿qué importa? Es la política del gobierno; uno tiene que actuar como si estuviera sobre un escenario: hay que hablar un poco más fuerte y aumentar el maquillaje, para que el público se enteré de lo que está sucediendo.

Radovich, más tieso que nunca, continuaba hojeando el libro de Plekhanov. Makarygin fumaba en silencio, persiguiendo un pensamiento que se mostraba algo esquivo.

En seguida cayó en la cuenta. Se trataba de su hija Clara. Aparentemente, todo estaba perfectamente para las tres hijas de Makarygin. Pero, en realidad, algo andaba mal con Clara, la menor, la favorita, la que más se parecía a su madre. Desde hacía mucho tiempo, las cosas no andaban del todo bien, pero en los últimos meses la situación se había agravado. Durante las comidas, cuando estaban todos reunidos, ninguno de los tres gozaba de ese calor de hogar, en ese estrecho vínculo de familia que antes los unía, sino que, por el contrario, siempre terminaban peleándose como perros y gatos. Clara rechazaba de plano cualquier tema humano y sencillo, que se podía discutir sin perjuicio para la digestión. En vez de esto siempre desviaba la conversación hacia el tema de los "infortunados" con quienes trabajaba y frente a quienes evidentemente había dejado de tomar precauciones y de ejercer una vigilancia de tipo ideológico. Había sido presa de un absurdo sentimentalismo; sostenía que había inocentes entre los presos; insultaba a su padre y le echaba la culpa de tal situación, ya que era él el directo responsable de que se condenara a gente inocente. Se ponía totalmente fuera de sí, y, en la mitad de la comida, abandonaba ruidosamente la mesa, sin haber terminado de comer.

Hacía unos pocos días, Makirygin había encontrado a su hija en el comedor. Estaba parada junto al aparador, clavando un clavo en su zapato con un candelabro, canturreando unas palabras sin sentido, algo como "toca el tambor", acompañadas de una melodía que su padre reconoció al punto como una vieja canción revolucionaria.

Haciendo lo posible por parecer indiferente, comentó, " 'El ancho mundo está inundado de lágrimas', podrías elegir otra canción para arreglar un zapato. ¡Mucha gente murió con esa canción en los labios, o marchó al exilio o a trabajos forzados!

Por tozudez quién sabe porqué, se erizó con furia: "¡Vean eso! ¡Los abnegados héroes! *Iban* al exilio y a trabajos forzados! Bueno, ¡todavía *van hoy!*

-¿Qué? -El fiscal estaba azorado ante una comparación tan imprudente e injusta. ¿Cómo podía alguien perder la perspectiva histórica en esa forma? Apenas podía contenerse y haciendo un esfuerzo para no pegarle a su hija, le arrancó el zapato de las manos y lo arrojó violentamente sobre el piso.

-¿Cómo osas comparar al partido de la clase trabajadora con esos fascistas infames?

Era muy cabeza dura. Aunque le pegara, no lloraría ni se daría, por vencida. Permanecía allí, parada, con un pie calzado y el otro en medias.

-¡No vengas con discursos, papá! ¿Qué clase de trabajadores? Fuiste un obrero durante dos años, hace siglos, y por los treinta años siguiente, has sido sólo un fiscal. Lindo trabajador eres, que no tienes ni un martillo en toda la casa. ¡Un trabajador que ni se acerca a un auto sin chófer! Nuestra existencia determina nuestra conciencia; eso es lo que se nos ha enseñado, ¿no es así?

-Sí, la existencia *social*, pequeña imbécil. ¡Y la conciencia *social!*

-Bueno, ¿y a qué llamáis ser *socialmente* conscientes, entonces? Unos poseen mansiones y otros viven en covachas. Unos tienen auto y otros van a trabajar caminando con los zapatos agujereados. ¿Quién de los dos es social?

Su padre se ahogaba de rabia e impotencia. Otra vez la eterna imposibilidad de explicarle la sabiduría de la vieja generación a esta estúpida juventud.

-¡Eres una imbécil! ¡No entiendes nada y ,no aprendes nada!

-Bueno, ¡enséñame! Vamos, ¡enséñame! ¿De qué vives? ¡No te estarían pagando miles y miles si no les dieras algo a cambio! Un relámpago de ira iluminó la oscurecida cara de Clara.

-Trabajo acumulado, idiotita. Lee a Marx. Tienes una determinada educación, una profesión. Eso no es trabajo acumulado y te pagan más por ello. ¿Y qué de los mil ochocientos rublos que te dan en el instituto? ¿Qué haces para ganarlos?

Justo en ese momento su mujer irrumpió en la habitación porque había oído el barullo y empezó a reconvenir a Clara por tratar de arreglar un zapato por su cuenta. Debería pagarle a un zapatero para que lo hiciera. Para eso estaban los remendones; no había por qué estropear el candelabro o el aparador.

Ahora, sentado en el diván, Makarygin, con los ojos entrecerrados, volvía a ver a su hija, a su amada y odiosa hija, cubriéndolo hábilmente de insultos; la veía recoger el zapato que él había tirado al suelo y alejarse rengueando rumbo a su cuarto.

-Dushan, Dushan -suspiró blandamente Makarygin-. ¿Qué puedo hacer con mi hija?

-¿Qué hija? -dijo Radovich sorprendido, y siguió hojeando a Plekhanov.

La cara de Makarygin era casi tan ancha en la barbilla como en la frente. Su fisonomía gruesa, rectangular, cuadraba con la severa posición de responsabilidad social de un fiscal. Sus grandes orejas sobresalían del conjunto como las alas de la esfinge. Era un espectáculo lamentable ver la confusión pintada en semejante cara.

-¿Cómo pudo suceder, Dushan? Cuando perseguíamos a Kolchak, ¿quién se hubiera imaginado que recibiríamos semejantes pruebas de ingratitud por parte de nuestros hijos?

Le contó el cuento del zapato.

Radovich sacó un sucio trozo de gamuza del bolsillo y limpió con él los cristales de sus anteojos, empañados por la emoción. Era muy corto de vista, no podía ver sin ellos. Luego dijo:

-Un magnífico joven vive cerca mío. Un oficial dado de baja. A veces viene a conversar conmigo. Una vez me dijo que en el ejército compartía los parapetos con los conscriptos. Cuando alguno de sus superiores pasaba por allí, siempre le decía: "¿Por qué no se hace construir un refugio aparte? ¿Por qué no consigue un ordenanza para que le cocine? ¡Usted no se da su lugar! ¿Por qué cree que recibe ración de oficial?" Ahora bien, este tipo tenía nuestra educación, nuestra instrucción leninista; uno simplemente no podía hacer una cosa así. Sería como ofenderse a uno mismo. De modo que fue necesaria la orden del comandante. "¡No desprestigie su rango de oficial!", para que se volviera hacia sus soldados y les dijera: "¡Construyanme un refugio nuevo! ¡Y coloquen en él mis enseres!" Y sus superiores lo alabaron por este gesto. "Debería haberlo hecho hace mucho tiempo", le dijeron.

-Bueno, ¿y qué quieres ? -le preguntó el fiscal frunciendo el ceño. El viejo Dushan se había tornado desagradable con los años. Estaba celoso porque no había llegado a ninguna parte, así que tenía que recriminar a otros las posiciones que habían sabido hacerse.

-¿Qué es lo que quiero? -repitió Radovich colocándose nuevamente los anteojos y poniéndose de pie, delgado y tieso como era-. La chica tiene toda la razón del mundo, y eso se nos ha avisado ya. Uno tiene que aprender hasta de sus enemigos.

-¿Sugieres que aprendamos de los anarquistas? -preguntó asombrado el fiscal.

-Para nada, Pyotr. ¡Sólo apelo a tu conciencia como miembro del partido! --exclamó Dushan, levantando su mano y apuntando al cie-

lorraso con su largo índice-. El ancho mundo está inundado de lágrimas, ¿y hablas de trabajo acumulado? ¿Y probablemente algunas pagas adicionales? Ganas unos ocho mil rublos, ¿no es así? Y una fregona gana doscientos cincuenta, ¿no?

La cara de Makarygin se convirtió en un perfecto rectángulo. Una de sus mejillas se contraía espasmódicamente.

-¡Te has vuelto loco en esa cueva donde vives! ¡Has perdido todo contacto con la realidad! ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Ir mañana y pedir que me rebajen el sueldo a doscientos cincuenta rublos? ¿De qué viviría? ¡Sin contar con que en una de esas me toman por loco y me echan! Los otros no renunciarán a su sueldo.

Para darle más fuerza a su respuesta, Radovich, apuntando con su dedo como si se tratara de una lanza, acompañaba sus palabras con estocadas imaginarias.

-Lo que necesitamos es purgarnos de la podredumbre burguesa. Una limpieza general; he ahí lo que hace falta. Mira lo que eres y las ideas que tienes incrustadas en la cabeza. ¡Pyotr, mira en lo que te has convertido!

Makarygin se protegió con la mano abierta.

-¿Para qué vivir entonces? ¿Para qué hemos luchado? ¿No te acuerdas de Engels? ¡La igualdad no significa igualar el todo a cero! ¡Vamos hacia el momento histórico en el cual todos podrán triunfar y prosperar!

-¡No te escondas detrás de Engels! El ejemplo que das se parece a Feuerbach: Tu primera responsabilidad es hacia ti mismo. Si eres feliz, ¿harás también felices a los demás?

-¡Mag-ní-fi-co! -rio Makarygin, batiendo palmas en señal de aprobación-. Nunca había leído eso. Muéstrame dónde lo sacaste.

- "Mag-ní-fi-co" -rió Radovich, y toda su persona se conmovió presa de una horripilante risa mezclada con tos-. ¡Esa es la moral del Molinero del cuento de Oscar Wilde! No. Decididamente, alguien que no ha sufrido por veinte años, no está autorizado a meterse en filosofía.

-¡Eres un fanático disecado! ¡Una momia! ¡Un comunista prehistórico!

-¿Y tú no te has vuelto *histórico* con demasiada rapidez? - Radovich tomó con violencia la fotografía enmarcada de una mujer rubia de chaqueta de cuero que sostenía un máuser.- Lena estaba al lado de Shlyapnikov. ¿No te acuerdas? Deberías alegrarte de su muerte. Si hubiera vivido, con toda seguridad no te hubieran puesto en el caso Shaktinsky.

-¡Deja eso! -ordenó Makarygin, palideciendo de repente-. No ofendas su memoria. ¡Reaccionario! ¡Reaccionario!

-No soy un reaccionario. ¡Lo único que pido es que volvamos a la pureza de los tiempos de Lenin! -Radovich bajo la voz.- Nadie escribe una palabra de eso por aquí. En Yugoslavia los obreros controlan la producción. Aquí...

Makarygin sonrió irónica y hostilmente.

-Eres un servio. Es difícil que un servio sea objetivo. Te comprendo y te excuso. ¿Recuerdas lo que dijo Marx acerca del "localismo balcánico" ? Dushan, amigo mío, el mundo no se acaba en los Balcanes.

-¡De todos modos!... -clamó Radovich, pero se contuvo. Este era el límite después del cual una amistad que había comenzado en un destacamento de la guardia Roja hacía treinta años, podía desaparecer. Este era el límite detrás del cual Pyotr Makarygin podía no convertirse en un fiscal.

Radovich se redujo nuevamente a la dimensión de un insignificante hombrecillo de cara apergaminada.

-Bueno, termina con lo que ibas a decir, ireaccionario! -insistió Makarygin con voz hostil-. ¿Quieres decir que un régimen semi-fascista como el de Yugoslavia es un gobierno socialista? ¿Que lo que tenemos aquí es una aberración? ¿El fin de la Revolución? Estas son acusaciones viejas. Y los que osaron pronunciarlas están ahora en el otro mundo. Lo único que te has olvidado de decir es que estamos destinados a perecer en la lucha con el mundo capitalista. ¿Eso es lo que quieres decir?

-¡No, no, por supuesto que no! -dijo Radovich animado por su renovada convicción, con la cara iluminada por una profética visión del futuro--. Eso nunca sucederá. El mundo capitalista está condenado a la ruina a causa de sus tremendas contradicciones. Y como los del Comintern predijeron, creo firmemente que pronto seremos testigos de un conflicto armado entre América e Inglaterra por la posesión de los mercados mundiales.

CÓMO ENTRARON PRIMERO EN LAS CIUDADES

En el "living" estaban bailando al compás de la música que salía de un enorme combinado. Makarygin tenía una nutrida discoteca que ocupaba todo un aparador, en la que se encontraban los discursos del Padre de los Pueblos, con su pronunciación penosa y lenta, sus mugidos y su peculiar acento. (Estos discos se encontraban en todos los hogares socialmente ortodoxos, pero los Makarygin, como cualquiera en su sano juicio, jamás les escuchaban). También había canciones como "El más amado", y otras que versaban sobre los aviones que "están primero" y las chicas "sólo después". (Pero, hubiera sido tan absurdo escuchar estos cantos en esa casa como hablar en serio de los milagros bíblicos en el salón de un aristócrata). Los discos que se tocaban en ese momento venían del exterior, y no se los podía conseguir en los negocios, ni los pasaban por la radio. Entre ellos había hasta unos cuantos del emigrado Leschenko.

En el cuarto contiguo la luz difusa estaba apagada. Clara había prendido el televisor. En esa pieza también había un piano en el que nadie había tocado desde el día en que se lo compró y el brillante pedazo de tela que lo cubría nunca se había quitado. Los aparatos de televisión recién habían aparecido y la pantalla de éste no era mucho más grande que un sobre. La imagen estaba como manchada y se negaba a estarse quieta.

Dado que era ingeniera en radio, Clara debía haber sido capaz de resolver el problema por su cuenta, pero prefirió apelar a Zhenka, el cual, aunque en ese momento se encontraba bastante borracho, conocía bien su oficio. (Su trabajo cotidiano consistía en silenciar con una enorme estación de radio a las emisiones extranjeras). Aunque se tambaleaba un poco, todavía tenía suficiente lucidez como para ajustar el televisor antes de sumirse definitivamente en su progresiva borrachera.

En el "living", una puerta de vidrio se abría sobre el balcón. Las cortinas de seda estaban recogidas, de modo que el cuarto tenía una animada vista sobre las Puertas de Kaluga, los faros de los autos, las luces coloradas y verdes de los semáforos, las señales rojas de "Pare", todo bajo la nieve que continuaba cayendo y cayendo. . .

El cuarto estaba demasiado lleno de muebles para que ocho parejas bailaran al mismo tiempo, de manera que lo hacían por turno. Formaban un interesante contraste las actitudes alegres de las chicas, la expresión deseosa de agradar del teniente de la M.V.D., y la suave sonrisa de Lansky, que parecía pedir disculpas por dedicarse a un pasatiempo tan trivial. El joven asesor informante bailó sólo con Dinera hasta que, al final, deleitándose de su turbación, ésta le ordenó que se fuera a conseguir otra pareja. Durante toda la velada, una joven esbelta y agradable, una de las compañeras de estudio de Clara, no le había sacado la vista de encima al joven oficial del Soviet Supremo. Él generalmente, se apartaba de la juventud intrascendente; sin embargo, halagado por las atenciones de que había sido objeto, decidió premiar a esta flacucha con una pieza. Un paso doble empezó a oírse, y al poco tiempo hubo una moción general a favor de un descanso.

Una de las mucamas bashkirianas empezó a servir helados.

El joven asesor informante condujo a su compañera hacia una ventana que daba al balcón, contra la cuál se habían colocado dos sillones; le trajo helados y la felicitó por lo bien que bailaba. Ella sonrió y parecía ansiosa por decir algo. Él observaba su cuello nervioso y el pecho bastante chato bajo su blusa fina y, aprovechándose de que las cortinas los escondían parcialmente, con un gesto condescendiente, puso su mano sobre la que ella tenía sobre las rodillas. La chica empezó a hablar en una forma nerviosa y agitada.

-Vitaly Yevgenievich, ¡qué suerte encontrarlo aquí! Por favor, no se enoje conmigo por ser tan descarada como para tocar un tema relacionado con su trabajo tan a destiempo, pero es imposible pescarlo en el Soviet Supremo. -Vitaly soltó la mano de la chica.- Por seis meses el expediente de mi padre ha estado inactivo en su secretariado. Él está atacado de parálisis. El certificado, expedido por el campo de concentración donde se halla, está allí, junto con mi demanda de perdón. (El asesor informante hizo una retirada estratégica hasta lo más profundo de su sillón y se dedicó a formar una bolita de helado con su cuchara. La joven ya se había olvidado de su helado y en un descuido, rozó torpemente su mano contra la cuchara. Ésta dio una voltereta, le manchó el vestido y cayó al suelo cerca de la puerta del balcón. Ninguno de los dos se cuidó de levantarla).

¡Ha perdido el uso de su lado derecho! ¡Otro ataque y está listo! Ya está desahuciado. ¿Para qué lo quieren en la cárcel así?

Los labios del oficial sé contrajeron en una mueca de disgusto, Vamos, es una falta de tacto de su parte abordarme aquí. El número de teléfono de nuestra oficina no es ningún secreto. Llámeme al trabajo y le daré cita. Y de paso, ¿por qué articuló fue condenado su padre? ¿Por el 58?

-¡Oh, no, no, de ninguna manera! -exclamó la chica, con un suspiro de alivio-. ¿Cree usted que hubiera osado dirigirme a usted si hubiera sido un preso político? Cae bajo la ley del 7 de agosto.

-En varios casos correspondientes a la ley del 7 de agosto, también se han rechazado peticiones conmutatorias.

-Pero esto es espantoso. Va a morir en un campo de concentración. ¿Cuál es el objeto de tener en un campo a una persona que se sabe va a morir?

El joven oficial la miró largamente, con los ojos muy abiertos.

-Razonando de esa manera, ¿qué queda de la ley? -dijo sonriendo irónicamente-. Después de todo, fue la justicia quien lo condenó. ¿No puede comprenderlo? Y de todas maneras, ¿qué quiere decir eso de "morir en un campo de concentración"? Algunos tienen que morir en los campos de concentración. *Cuando les llega la hora, ¿qué importa dónde sea?*

Se levantó disgustado y se fue.

Había hablado en ese tono de convicción y simplicidad que dejan cortado al más hábil de los oradores.

La chica de poco tacto cruzó silenciosamente el "living", hacia el Comedor, donde se había servido un té con masitas y, sin que Clara la viera, se puso el tapado en el vestíbulo y salió.

Clara trató de sintonizar el aparato de T.V., pero la imagen empeoró todavía más. En cuanto a Zhenka, ya estaba reaccionando en el baño.

Después que la chica delgada y con aire de preocupación hubo pasado a su lado, Galakhov, Innokenty y Dotnara se dirigieron hacia el "living". Lansky salió a su encuentro.

Normalmente simpatizamos con quien tiene un alto concepto de nosotros. Lansky estimaba altamente lo que Galakhov habla escrito y

esperaba más de cada uno de sus libros subsiguientes. Por esto, Galakhov cooperaba con Lansky con el mayor placer y lo hacía avanzar en su carrera.

Alexei Lansky estaba ahora con ese alegre buen humor propio de una fiesta, gracias al cual uno puede hasta decir algo un poco impertinente sin causar una mala impresión.

-¡Nikolai Arkadevich! -exclamó, al tiempo que su fisonomía se iluminaba-. Reconozca que en el fondo de su corazón usted no es un escritor. ¿Sabe lo único que es en realidad? -Esto se parecía mucho a las preguntas de Innokenty, y Galakhov empezaba a sentirse perturbado.- ¡Usted es un soldado! -¡Un soldado, por supuesto! -Y Galakhov esbozó una sonrisa varonil.

También entornó la vista, como quien mira a la distancia. Ni en los días más gloriosos de su carrera literaria se había sentido tan orgulloso y, sobre todo, tan puro, como cuando, bajo un impulso temerario, con la cabeza llena de ideas de Pushkin, se había abierto camino hacia el puesto de comando de un batallón casi rodeado. Allí arrastró a la artillería y al fuego de los morteros y más tarde, ya de noche, en un refugio hamacado y sacudido por los bombardeos, compartió un cacharro de comida con cuatro miembros del cuerpo de oficiales del batallón y se sintió en términos de igualdad con estos esforzados guerreros.

-Entonces, permítame presentarle a un camarada de armas del frente, el capitán Shchagov.

Shchagov se mantenía rígido, sin dignarse asumir una actitud de reverencia. Su nariz, grande y recta y su fisonomía amplia, contribuían a darle una apariencia de franqueza.

El famoso escritor, por otra parte, cuando vio las medallas, las condecoraciones y los brazaletes que atestiguaban que había sido

herido en acción, le ofreció un sincero apretón de manos. "Mayor Galakhov", se' presentó sonriendo. "¿Dónde ha combatido? Venga, siéntese y cuéntenos."

Se sentaron en el sofá, apretujándose junto a Innokenty y a Dotty. Querían que Lansky se sentara también junto a ellos, pero él hizo un gesto misterioso y desapareció; ciertamente, veteranos del frente no podían reunirse sin un trago. Shchagov comenzó a explicar que sé había hecho amigo de Lansky un día de terrible jaleo en Polonia, el 5 de septiembre de 1944, cuando las fuerzas rusas, a marchas forzadas, irrumpieron sobre el Narev y lo atravesaron -Dios sabe cómo-- isobre troncos! Sabían que lo iban a hacer fácilmente el primer día, pero pagarían cara una demora. Después se abrieron camino por entre los *alemanes* como demonios, haciendo una brecha de sólo un kilómetro de ancho; en ese momento, los alemanes se apresuraron a encerrarlos con trescientos tanques por el norte y doscientos tanques por el sur.

Cuando empezaron los cuentos de guerra, Shchagov abandonó el lenguaje que usaba todos los días en la Universidad y Galakhov el idioma de las oficinas editoras en las reuniones y, sobre todo, el lenguaje deliberadamente calculado en que escribía sus libros. Y ambos dejaron de lado la forma de hablar que acababan de usar en la mesa, ya que se tornaba imposible transmitir el espíritu ardoroso del frente por medio de un habla tan pulida y cautelosa. Después de las primeras frases, la corrección de su lenguaje había disminuido, y se oyeron injurias imposibles en aquel lugar.

En ese momento, Lansky apareció con tres copas tornasoladas y una botella de "cognac" a medio tomar. Acercó una silla y se sentó, en una posición desde la cual podía ver a ambos interlocutores. Cada cual tomó una copa y él sirvió la primera vuelta.

-¿Por la amistad entre los soldados? -brindó Galakhov parpadeando. Y todos vaciaron sus copas.

-¡Todavía queda un poco más aquí! -dijo Lansky poniendo la botella, cerca de la luz y agitándola con un gesto de reproche. En seguida repartió el resto.

-¡Por los que no volvieron! -propuso Shchagov, elevando su copa.

Y tomaron la segunda vuelta. Lansky echó una mirada furtiva a su alrededor y habiéndose cerciorado de que nadie lo veía, escondió la botella vacía detrás del sofá.

La nueva dosis de alcohol se mezcló con la anterior.

Lansky llevó la conversación a la parte en que él había intervenido en los acontecimientos. Contó cómo, en esa jornada memorable, él, un joven corresponsal de guerra que había salido de la universidad hacía sólo un par de meses, partió por primera vez para el frente; cómo había pedido que lo llevaran en un camión (un camión que transportaba minas antitanques para Shchagov, cómo habían viajado bajo el fuego de los morteros alemanes desde Dlugosedlo a Kabat, a través de un corredor tan angosto, que el fuego que hacían los alemanes "del norte", producía bajas en los alemanes "del sur"; cómo ese mismo día, en ese mismo lugar, un general ruso que volvía al frente después de gozar de una licencia en su hogar, se metió inadvertidamente con su jeep en medio de las filas alemanas, y nunca se lo volvió a ver.

Innokenty, que había estado escuchando atentamente la conversación, les preguntó cómo dominaban el miedo a la muerte. Lansky ya estaba enardecido y contestó sin titubear que, en momentos tan terribles, la muerte deja de ser problema porque uno se olvida de ella. Shchagov enarcó las cejas y ofreció su punto de vista al respecto.

-Uno no le tiene miedo a la muerte hasta que llega. Al principio uno no le tiene miedo a nada, hasta que te hieren, y entonces, sientes miedo de todo. Pero el consuelo consiste en que la muerte no nos atañe personalmente. Mientras uno existe, la muerte no lo toca, y cuando viene, uno deja de existir.

Alguien había puesto el disco "Que me devuelvan a mi nena".

Para Galakhov los recuerdos de Shchagov y Lansky carecían de interés. En primer lugar, porque no había tenido nada que ver con la operación que comentaban, no conocía Dlugosedlo, Kabat ni Nove-Myasto y, en segundo término, porque él no había sido un insignificante corresponsal como Lansky sino un corresponsal "estratégico". No veía las batallas desde la tabla podrida de un puente o desde los campos de cáñamo que crecían en la vecindad de algún pueblo, sino a grandes rasgos, ayudado por la concepción estratégica de la batalla hecha por un general o un mariscal.

Galakhov interrumpió la conversación.

-¡Sí, eso sí que es la guerra! Entramos como simples habitantes de la ciudad y salimos con corazones de acero.

-Alexei, ¿cantaban ustedes "El canto de los corresponsales del frente" en el lugar donde estaban ?

-Por supuesto que lo hacíamos -dijo Lansky, empezando a tararearlo.

-¡Nera, Nera! -llamó Galakhov-. Ven a darnos una mano. Vamos a cantar "El canto de los corresponsales del frente".

Cuando sus dientes parejos y blancos brillaban, en su cara morena, desaparecía la apariencia flaccida de sus mejillas.

Dinera se apresuró a unirse a ellos.

-¡Claro que sí, amigos! -dijo asintiendo con la cabeza-. ¡Yo también soy una veterana del frente!

Apagaron el tocadiscos y los tres se pusieron a cantar, poniendo mucha sinceridad para llenar el vacío que dejaba su calidad musical:

*"Desde Moscú hasta Brest,
sobre el frente del Oeste,
marchando por el campo, perdidos entre el polvo
armados con una Leica y un cuaderno,
hasta tuvimos rifles en aquel infierno,
y a través de fuego y nieve, ¡la victoria conseguimos!"*

Todos se reunían a escuchar. Los jóvenes miraban con curiosidad al hombre famoso con quien uno no se encontraba todos los días.

*"Los vientos y el vodka curtieron nuestras gargantas,
pero seguimos haciendo esas marchas que espantan.
Si alguno nos critica, que en vez de hacerlo
acepte nuestra invitación de venir a verlo
pasen una noche cerca de nosotros
¡Hagan la guerra como los corresponsales. .. y los otros!"*

Desde que habían empezado a cantar, Shchagov, aunque permanecía con la sonrisa en los labios, se había enfriado por dentro. Un sentimiento de culpabilidad le invadió a causa de su inopinado entusiasmo, culpabilidad frente a aquellos que no estaban aquí, aquellos que en el 41 tragaban el agua del Dniéper, que en el cuarenta y dos se alimentaban royendo hojas de pino, en la selva de Novgorod. Alexei Lansky era un tipo divertido y Nikolai Galakhov era un escritor de renombre, pero, por lo visto, conocían poco aquel frente que

habían convertido en algo sagrado. Aun los corresponsales más atrevidos, aquellos que se habían arrastrado hasta los quintos infiernos (que ciertamente no eran la mayoría), eran tan distintos del grueso de la tropa, como un conde que ara la tierra es distinto de un campesino labrador. Los corresponsales no estaban sujetos a la disciplina militar, ni a las órdenes y reglamentos castrenses. Nadie les podía recriminar una conducta que se castigaba como traición en un soldado: ceder al pánico, huir del campo de batalla; en una palabra, salvar sus vidas. De aquí el abismo existente entre la psicología del soldado raso cuyas botas se aferraban al suelo sin importar lo avanzado de su puesto, que, sin tener donde guarecerse, lo más probable era que en cualquier momento dejara su vida en el campo de batalla, y el corresponsal que, con sólo desplegar sus alitas podía estar dos días después en su departamento de Moscú.

*Allí donde estuvimos
tanque no obtuvimos.
No importa que muera un corresponsal.
Sin pistola siquiera
como primeros entramos
en la ciudad.*

Eso de haber entrado primero en la ciudad, era eco de ciertas anécdotas que corrían sobre unos periodistas que, al leer mal su posición en un mapa, se metieron en la tierra de nadie por un camino en buen estado -un Emka no podía haberlo hecho en otro tipo de camino- y fueron a dar a una ciudad no ocupada, sólo para virar en redondo y volver tan rápido como les fue posible en cuanto comprendieron su error.

Mientras jugueteaba distraídamente con la mano de su esposa, Innokenty escuchaba. El también tenía ideas propias sobre el significado del canto. No tenía experiencia de la guerra, pero conocía a la perfección cuál era la situación del reportero. No tenía nada que ver con el desdichado reportero del cual contaban los padecimientos, un corresponsal cuya vida era poco valiosa, que podía perder su puesto si tardaba en comunicar los hechos sensacionales. En verdad, lo único que debía hacer el corresponsal era mostrar sus credenciales de prensa, y se lo recibía como a un dignatario importante, frente a quien se trata de ocultar las deficiencias y aumentar los méritos de la organización. Dondequiera que hiciera su aparición se lo trataba casi con la misma deferencia como si tuviera el derecho de impartir órdenes. Y el éxito de un corresponsal no dependía de la rapidez y precisión de sus notas, sino de que presentara los hechos correctamente interpretados, según las directivas oficiales. Observando la línea prescripta, el corresponsal, evidentemente, no tenía por qué correr hacia el peligro, ya que los hechos se pueden interpretar con la misma habilidad en la retaguardia, generalmente considerada como una zona más segura y confortable.

Habiendo conseguido, en una forma u otra, ajustar el televisor en forma que anduviera aceptablemente y sintiéndose orgullosa de su hazaña, Clara emergió del cuarto semioscuro para entrar en el "living" y se paró de manera que Lansky la viera en seguida. La miró bien y llegó a la conclusión de que era bonita- sí, tenía una buena figura y, en general, le gustaba bastante-. Le sonrió con sus ojos claros, mientras cantaba la última estrofa, en la cual el trío original era acompañado por la mitad del público.

*"¡Brindemos por nuestras victorias!
¡Brindemos por nuestros periódicos!
Y si no vemos el fin de estas historias,
alguno ya sabrá,
alguien le mostrará
ilo que fue la guerra para estos heroicos!"*

Acababan de oírse las últimas palabras, cuando de algún lugar cercano surgió como un siseo y todo el departamento quedó sumido en tinieblas.

-¡Una explosión! -comentó alguien y toda la concurrencia largó una carcajada. Cuando se calmó un poco la risa, otro hizo el típico chiste de la oscuridad-: "¡Mika! ¿Qué haces? ¡No es Lyusia, soy yo!

Todos volvieron a reír y a charlar como si nada hubiera sucedido. Aquí y allí algunos prendían fósforos. En seguida los apagaban o los dejaban caer al suelo encendidos.

Entraba algo de luz por las ventanas. Desde el zaguán, la mucama informó a su ama: "¡Las luces de las escaleras están prendidas!"

-¿Dónde está Zhenka? ¡Zhenka! ¡Ven a arreglar la luz!

-Zhenka no puede ir a arreglar nada -alguien contestó con voz firme y sombría.

-¡Llamen al electricista! -ordenó la mujer del fiscal desde el comedor-. ¡Clara, llama a los de la electricidad!

-¡Dejen a Clara donde está! ¿Para qué queremos un electricista? Ella lo puede arreglar sola.

-Seguramente es culpa del televisor -señaló Clara.

-¿Qué tontería es esa, jóvenes? -preguntó con severidad la mujer del fiscal desde la oscuridad-. ¿Quieren que mi hija se electrocute? Por

favor, el que quiera arreglar las luces, puede hacerlo. Si no tendremos que llamar al electricista.

Hubo un silencio bastante penoso.

Se dijo que el inconveniente estaba en el televisor. O si no, en los tapones, que cierran algo en el cielorraso. Pero nadie de entre los presentes, estos útiles miembros de la sociedad, estos hijos del siglo veinte, ofreció su ayuda. Ni el diplomático, ni el escritor, ni el crítico literario, ni el joven oficial de la importante institución estatal. Ni el actor, ni el "guardia fronterizo" de la M.V.D., ni el estudiante de derecho. Fue el soldado del frente, el de las rudas botas, cuya presencia parecía superflua a algunos, el que tomó la palabra.

-Permítame ayudarla, Clara Petrovna. Por favor, desenchufe el televisor.

Shchagov se dirigió hacia el pasillo de entrada; las muchachas de Bashkir, tratando de contener la risa producida por la nerviosidad del momento, lo iluminaron con velas. Las chicas habían sido elogiadas por la dueña de casa y se les había prometido diez rublos más de lo convenido. Estaban contentas con su trabajo y tenían esperanzas de que, antes de la primavera, habrían juntado suficiente dinero como para comprarse linda ropa, encontrar maridos en la ciudad y no tener que volver a casa.

Cuando las luces se prendieron nuevamente, Clara ya no estaba entre el grupo de invitados. Aprovechando las ventajas de la oscuridad, Lansky se la había llevado hacia un pasadizo que no conducía a ninguna parte. Allí estuvieron conversando, escondidos detrás de un armario. Lansky ya la había convencido de que aceptara su invitación para recibir el Año Nuevo juntos en el restaurante "Aurora". Se complacía pensando que esta chica burlona e inquieta se convertiría quizás en su esposa. Sería su crítica y compañera, que no le

permitiría decaer ni fracasar. Se inclinó a besarle las manos y los puños bordados de las mangas.

Clara miró hacia abajo, y vio la cabeza inclinada de Lansky; la emoción la ahogaba. No era culpa suya que el otro hombre y éste no fueran una misma y única persona, sino dos seres distintos. Como tampoco era culpa suya el que ya estuviera en el período de completa madurez y que estaba destinada, por las implacables leyes de la naturaleza, a caer, como una manzana en septiembre, en las manos del primero que quisiera tomarla.

UN DUELO ANTIRREGLAMENTARIO

Solo en su alto camastro, con el cielorraso por encima de él como la bóveda celeste, Ruska ardía de felicidad. Medio día había transcurrido desde que recibiera el beso que lo conmoviera inmensamente, y todavía se sentía reacio a borrar las huellas de esa sensación en su boca dichosa con la comida o la charla insulsa.

-Después de todo, tú no serías capaz de esperarme, -le había dicho.

Y ella había contestado: -¿Por qué no? Yo podría.

-Ahí estás de vuelta, evitando un honesto debate de hombre a hombre -dijo una voz joven y vigorosa justo abajo suyo-. ¡Como de costumbre, sólo te interesa el andar echando al viento palabras de pájaro, sin sentido!

-¡Y como siempre no estás diciendo nada, sólo proponiendo adivinanzas! ¡El Oráculo! ¡El Oráculo de Mavrino! ¿Qué es lo que te hace pensar que me interesa discutir contigo? Probablemente me resulta tan inútil como tratar de meterle en la cabeza a un viejo campesino la idea de que el sol no gira alrededor de la tierra. Que siga viviendo con las ideas que tiene.

-¡La cárcel es el lugar indicado para discutir! ¿Dónde si no? Del lado de afuera te encerrarían inmediatamente si lo hicieras. ¡Pero aquí se encuentran verdaderos cultores del arte del debate! Y tú declinas la oportunidad, -¿no es así?

Sologdin y Rubín, absortes en sus eternos desacuerdos, cada cual reacio a retirarse del campo de batalla con miedo de aparecer

dándole la razón al otro, estaban todavía en el escenario de lo que había sido la fiesta de cumpleaños que los demás habían abandonado hacía tiempo. Adámson estaba leyendo *"El Conde de Monte Cristo"*. Pryanchikov se había ido a hojear un número viejo de *Ogonyek* que apareció por alguna parte. Nerzhin acompañó a Kondrashev. Ivanov fue a ver al conserje Spiridon. Potapov, fiel a sus deberes de ama de casa hasta las últimas consecuencias, lavó todos los platos, volvió a colocar las mesitas de luz donde estaban antes, y se había tirado en su cama, tapándose la cara con la almohada para defenderse de la luz y del ruido. Varios ya dormían. Otros leían o charlaban en voz baja. Había llegado la hora en que uno llegaba a dudar si el oficial de guardia no se había olvidado de apagar la luz blanca y encender la azul. Sologdin y Rubín estaban sentados en el catre vacío de Pryanchikov.

Sologdin hablaba con suavidad. Te digo por experiencia que un verdadero debate debe realizarse como un duelo: Se nombra un arbitro, por ejemplo, Gleb Tomamos un hoja de papel y trazamos una vertical por el medio. Arriba, en forma horizontal, se escribe el contenido del debate. Después, cada cual expresa sus puntos de vista sobre la cuestión en forma clara y concisa dentro de su mitad de la hoja. El tiempo que se da para escribir es ilimitado, para evitar los errores accidentales.

-Me estás tomando el pelo, -protestó Rubín con tono somnoliento, bajando los párpados arrugados. Por encima de la barba su cara daba muestras de un gran cansancio-. ¿Qué vamos a hacer, discutir hasta la madrugada?

-¡Muy por el contrario!, -exclamó Sologdin con los ojos brillantes de entusiasmo-. Esa es, en realidad, la característica más sorprendente que posee un verdadero debate hombre a hombre. El

peloteo verbal puede durar años. Pero un debate hecho *sobre el papel* es una cosa finiquitada en diez minutos: en seguida uno se da cuenta de que los contrincantes están hablando de cosas totalmente distintas, o bien que sostienen lo mismo. Si por casualidad, se encuentra que tiene algún sentido proseguir el debate, entonces se procede por turno a escribir los nuevos argumentos en las respectivas mitades de la página. Igualito a un duelo. ¡Una estocada! ¡Se la devuelve! ¡Un tiro! ¡Otro tiro por parte del contricante! Sin evasiones, sin posibilidad de negar lo dicho, o de cambiar las palabras. Al tercer o cuarto turno, la victoria de uno y la derrota del otro surgen con claridad.

-¿No hay límite de tiempo?

-¿Para sostener la verdad? ¡No!

-Y no nos vamos a batir con floretes.

La refulgente expresión de Sologdin se oscureció. -Ya sabía que iba a ser así. Me estás atacando el primero.

-En mi opinión, si alguien está atacando primero, iese alguien eres tú!

-Me endilgas todo tipo de motes, y conoces bastantes, por cierto: ioscurantista! ireincidente! iadulador profesional! (lo que quería decir lacayo diplomado) iclerical! Tienes más palabras injuriosas en tu coleteo, que conceptos científicos. Y siempre que yo propongo una discusión honesta, isiempre estás desgano, cansado, ocupado!

Sologdin se sentía atraído por la discusión como siempre en las tardes y noches dominicales, que en su horario figuraban como horas de esparcimiento. Más aún, el día de hoy, había sido, en varios aspectos, un día de triunfo.

Rubín, en realidad, estaba muy cansado. Un trabajo nuevo, difícil y muy agradable le esperaba para el día siguiente. Mañana por la mañana, solo, sin ayuda, debía empezar a crear todo un nuevo

campo dentro de la ciencia, y quería conservar sus energías. También tenía cartas que escribir. Sus diccionarios mongol-finlandés, español-árabe, y varios otros le esperaban allí sobre la mesa. Y con ellos, Chapek, Hemingway, Upton Sinclair. Además de todo eso, y gracias a la parodia de juicio, a las pullas molestas de sus vecinos y a la fiestas de cumpleaños, no había podido terminar un proyecto de gran importancia cívica.

Pero estaba obligado por las leyes que sobre las discusiones existían en la prisión. Rubín no podía darse el lujo de perder una sola polémica, porque era el paladín de la ideología progresista dentro de la *sharashka*.

-Pero, ¿sobre qué vamos a discutir?, -preguntó Rubín, extendiendo las manos-. Ya hemos dicho todo que se puede decir.

-¿Sobre qué vamos a discutir? ¡Te dejo la elección!, -replicó Sologdin con un gesto magnánimo, como quien deja que su adversario elija las armas y el lugar para un duelo.

-Muy bien, elijo: *sobre nada*.

-Esto no está dentro de las reglas.

Rubin se tiró irritablemente de la barba negra. -¿Qué reglas? ¿Dónde están? ¿Qué tipo de inquisición es ésta? Entiende primero algo. Para discutir con provecho, tiene que haber una base en común. Tiene que haber, en líneas generales, por lo menos una especie de acuerdo.

-¡Así que de eso se trata! Eso es lo que tú estás acostumbrado a hacer. Sólo puedes defender tus ideas frente a quien las comparte. No sabes discutir como un hombre.

-¿Y para qué quieres discutir conmigo, entonces? Después de todo, no importa en dónde hagamos hincapié, aunque empecemos con

cualquier tópico. . . Por ejemplo, ¿crees que los duelos son lo mejor que se ha inventado hasta ahora, para zanjar, disputas?

-¡Trata de probarme lo contrario!, -respondió Sologdin, resplandeciente de gozo.

-¿Quién osaría calumniar a alguien si los duelos siguieran siendo cosa común? ¿Quién se llevaría por delante al más débil?

Pero los mismos peleadores: ¡Ya sales de vuelta con tus ridículos caballeros andantes! La oscurantista Edad Media, con su estúpida arrogante caballería, con las Cruzadas, ¡esos son los momentos mejores de la historia de la humanidad!

-Fue cuando el espíritu humano transitó por las cumbres más altas, -insistió Sologdin enderezándose-. ¡Un ejemplo magnífico del triunfo del espíritu sobre la materia! ¡Un incesante combate, espada en mano, siempre tendiendo hacia ideales sagrados!

¿Y el pillaje y las caravanas enteras cargadas con riquezas robadas? No eres más que un conquistador cualquiera, ¿te das cuenta?

¡Me halagas!, -contestó Sologdin con aire satisfecho.

-¿Yo halagarte? ¡Qué espanto! -Y Rubin, para evidenciar su horror ante semejante posibilidad, se mesó los cabellos, algo ralos, que le crecían en la mismísima coronilla-. Eres un hartante *hidalgo*! -
-¡Y tú eres un fanático, en la acepción bíblica del término, es decir, alguien que está poseído!, -retrucó Sologdin.

-Bueno, ya has visto por tus propios medios cómo son las cosas: ahora dime, ¿sobre qué podemos discutir? ¿Sobre las características del alma eslava, según Khonyakov? ¿Sobre la restauración de los iconos ?

-Muy bien, -consintió Sologdin-. Ya es tarde y no voy a insistir en que elijamos un tema importante. Pero vamos a ensayar el

procedimiento del duelo con alguna cuestión de poca monta y, al mismo tiempo, agradable. Te daré varias posibilidades para que, de entre ellas, elijas una. ¿Te gustaría tratar algún tema de literatura? Es tu especialidad, no la mía..

-¿Por ejemplo?

-Bueno, por ejemplo cómo debe interpretarse a Stavrogin.

-Hay decenas de ensayos hechos por críticos que . . .

--Que no valen un kopeck todos juntos. Los he leído. Stavrogin! ¡Svidrigailov! ¡Kirilov! ¿Podrá alguien realmente entenderlos? ¡Son casi tan complejos e incomprensibles como la gente en la vida real! ¡Qué pocas veces nos es dado conocer a un ser humano a primera vista y cuan pocas llegamos a conocerlo totalmente! Siempre surge algo inesperado. Es por eso que Dostoyevsky es tan grande. Y los estudiantes de literatura creen poder abarcar al ser humano en su totalidad. Es ridículo.

Pero de pronto observó que Rubin estaba por retirarse, pues era un momento en el cual uno de los contricantes podía abandonar el campo sin que eso supusiera haber aceptado una derrota y dijo en seguida:

-Muy bien. Un tema moral: El significado del orgullo en la vida del hombre.

Rubín se encogió de hombros. Con cara de aburrido, preguntó:

-¿Estamos de vuelta en el colegio secundario?

Se levantó. Era el momento en que uno podía irse con su honor intacto.

-Muy bien. Ahora, bien, un nuevo tema. Por ejemplo..., -le dijo Sologdin tomándolo por los hombros.

--Oh, dale, -contestó Rubín, desembarazándose de él, aunque sin enojo-. No tengo tiempo para chanzas. ¡Y no se puede discutir

seriamente contigo! ¡Eres un salvaje! ¡Un hombre de las cavernas! ¡Todo lo que tienes en la cabeza está patas para arriba! Eres el único ser que queda en el planeta que no reconoce las tres leyes de la dialéctica. ¡Y todo lo demás depende de ellas!

Sologdin ignoró la acusación con un gesto de su mano rosada. -- ¿Yo, no aceptarlas? Bueno, las acepto ahora.

-¿Qué? ¿Aceptas la dialéctica? -Rubin frunció sus labios gruesos y carnosos, se puso a hacer puchones y le dijo a Sologdin balbuceando intencionalmente:- ¡Mi pollito amoroso! ¡Venga a que le de un beso! ¿Aceptó las leyes de la dialéctica? ¿Sí?

-¡No sólo las he aceptado, sino que he meditado sobre ellas! He estado pensando durante dos meses todas las mañanas. ¡Y tú nunca has hecho una cosa parecida!

-¿Has estado *pensando*? ¡Mi querido amigo! ¡Mi monadita de muchacho!, -Rubin seguía con los labios como una trompeta-. Y quizás, ni me animo a preguntarte, también hayas aceptado la gnoseología.

Sologdin frunció el estrecejo. -¿La habilidad para aplicar conclusiones teóricas a la práctica? Bueno, eso es lo que es el más material de los conocimientos.

¡Ah, así que también eres un materialista elemental!, -dijo Rubin-. Es un tanto primitivo, pero pasa. Pero, ¿entonces no tenemos de qué discutir?

-¿Cómo? ¿Cómo no tenemos de qué? -preguntó Sologdin indignado-. Si no estamos de acuerdo en algo, no podemos discutir; y si estamos de acuerdo, ¿para que vamos a discutir? ¡Mira! Si no te importa, ¡el que de ahora en adelante sostendrá las discusiones serás tú!

-¿Qué obligación tengo? ¿Y sobre qué discutimos? Sologdin también se puso de pie y empezó a mover los brazos con energía.

-¡Escucha! Acepto la batalla en las condiciones menos ventajosas. Te tendré que vencer con el arma que deberé arrancar de tus garras, vamos a discutir que tú mismo ino entiendes esas tres leyes fundamentales! Las has aprendido de memoria, como un loro y nunca has reflexionado sobre su verdadero significado. ¡Te puedo dar diez vueltas en ese asunto, hijo mío!

-Bueno, muy bien, ¡trata de hacerlo!, -gritó Rubin sin querer. Estaba enojado consigo mismo, por haberse dejado envolver en la discusión, pero ya había engranado en ella, así que su único deseo era continuar.

-Por favor, -dijo Sologdin-, toma asiento.

Rubin permaneció de pie, como si todavía abrigara la esperanza de poder irse.

-Bueno, daremos comienzo con algo sencillo, Sologdin hablaba en un tono de satisfacción-. ¿Las leyes de la dialéctica nos muestran la dirección del proceso o no?

-¿La dirección?

-Sí. ¿Hacia dónde nos lleva nuestra dialéctica? -dijo-. Su evolución.

-Sí, claro.

-¿Y en qué lugar, en especial, encuentras esta característica más evidente?, -preguntó fríamente Sologdin.

-Bueno en las leyes mismas. Incluyen el movimiento. Rubin se sentó a su vez. Empezó a hablar con más seriedad y cuidado.

-¿Qué ley en particular incluye al movimiento?

-Bueno, a ver. La primera, no. ¿La segunda?. .. tampoco. Digamos que la tercera.

-Aja. La tercera. ¿Y cómo podríamos definirla?

-¿Definir qué?

-La dirección del movimiento, por supuesto.

Rubin frunció el ceño. -Oye, ¿a qué viene todo este escolasticismo, después de todo?

-¿Lo llamas escolasticismo? Eso es no tener idea de lo que es una ciencia exacta. Si una ley no nos da correlaciones numéricas y si no sabemos la dirección que lleva el desarrollo, no sabemos nada. Muy bien; empecemos ahora desde el otro extremo. Usas seguido la frase: "Una negación de una negación". ¿Qué entiendes por ello? Por ejemplo, ¿puedes decirme si la negación de una negación ocurre *siempre* en el transcurso del proceso, o puede que no ocurra?

Rubin se detuvo un momento a reflexionar sobre este punto. La pregunta era inesperada. Generalmente no se planteaba el problema en esos términos. Pero, como se hace de costumbre en el transcurso de un debate, ocultó su desconcierto apurándose a responder. -En principio, sí. La mayoría de las veces así sucede.

-¡Ahí está!, -rugió Sologdin satisfecho-. Conoces al dedillo toda esa jerga: "en principio", "la mayoría de las veces". Confundes las cosas de modo que resulta imposible ver el principio y el fin. Si alguien dice "la negación de una negación", a uno se le representa la imagen de una semilla, de la cual sale una planta, de la cual salen diez semillas nuevas. ¡Qué lío! ¡Marea a cualquiera! -Le parecía como si estuviera manejando una espada, atacando a una turba de sarracenos.- Contéstame en forma directa: cuándo "una negación de una negación" ocurre y cuándo no ocurre. ¿Cuándo es inevitable y cuándo es imposible?

No quedaban ni rastros del cansancio de Rubín. Concentró todas las ideas vagas que tenía al respecto, para utilizarlas en la discusión;

ésta no servía para nada, y sin embargo, tenía la sensación de que era importante.

-¿Qué sentido tiene el preguntarse, "cuándo sucede tal cosa" y "cuándo no sucede tal cosa"?

-Bueno, bueno. Con ese criterio, ¿qué sentido tiene una ley fundamental de la cual se derivan las otras dos? ¿Cómo puede uno mantener un diálogo con un sujeto como tú?

-¡Empiezas a construir la casa por el tejado!, -dijo Rubín, indignado.

¡Palabrerío, puro palabrerío! En otras palabras. . .

-Trastocas los elementos, -insistió Rubín--. Consideraríamos vergonzoso que alguien pretendiera deducir el análisis de un fenómeno concreto de las ya enunciadas leyes de la dialéctica. Y, por lo tanto, no tenemos ninguna necesidad de saber "cuándo sucede" o "cuándo no sucede" dicho fenómeno.

-¡Bueno, te diré cómo es! Pero en seguida saldrás con que ya sabías, que lo dabas por sentado, que resultaba obvio. Escucha: Si la vuelta a un anterior estado cualitativo puede lograrse invirtiendo la dirección de la evolución cuantitativa, no estamos frente a la "negación de una negación". Por ejemplo, si atornillamos una tuerca y debemos destornillarla, la destornillamos. Es el reverso del proceso anterior; un caso en que un cambio cuantitativo da origen a un cambio cualitativo y no estamos frente a ninguna negación de una negación! Si, en algún, caso, no es posible volver a un estado cualitativo anterior por la simple revisión del proceso cuantitativo, entonces el desarrollo es posible sólo gracias a la negación de una negación, pero sólo si es lícito repetir esa negación. Luego, los cambios irreversibles serían una negación sólo en los casos en que nuevas negaciones de aquellas mismas negaciones fueran posibles.

-Juegos de lógica, -masculló Rubín-. Acrobacias intelectuales.

-Sigamos con la tuerca. Si estropeamos la tuerca al atornillarla, ya no la podemos volver a su estado anterior al destornillarla. Para volver a esa situación anterior, habría que fundirla, moldear el metal y hacer una nueva tuerca.

- Escucha, Dimitri, -lo interrumpió Rubín buscando que se aplacara-, no puedes pretender exponer seriamente sobre dialéctica tomando como base una tuerca.

-¿-Por qué no? ¿En qué es inferior una tuerca a una semilla? Ninguna máquina podría existir sin tuercas. Volviendo a lo nuestro, ahí tienes cómo cada estado sucesivo es irreversible y niega al anterior. Con relación a la primera tuerca, que arruinamos al atornillar la nueva, es la negación de una negación. ¿Me explico? -Y extendió su mentón barbudo hacia adelante, en un gesto expectante.

-¡Un minuto!, -dijo Rubín-. ¿En qué me has refutado? Sólo has probado- cómo la tercera ley efectivamente nos da la dirección del proceso.

Con la mano en el corazón, Sologdin saludó.

-¡Si no fueras tan despierto, Leo, yo no estaría tan ansioso por tener el honor de conversar contigo! ¡Sí, la tercera ley da la dirección! Pero uno debe saber trabajar sobre la base -que nos proporciona una ley, no sólo reverenciarla. Has deducido que nos da la dirección. Pero veamos: ¿lo hace siempre? En la naturaleza, en el plano orgánico, sí, siempre: nacimiento, crecimiento, muerte. ¿Pero en el mundo inanimado? No, no siempre; de ninguna manera.

-Pero a nosotros nos interesa fundamentalmente la sociedad.

-¿Qué quieres decir con eso de "nosotros"? La sociedad no es objeto de mi estudio. Soy un ingeniero. ¿Sociedad? No; la única

sociedad que, reconozco, es la de las mujeres hermosas. -Se alisó el bigote en forma exagerada, y largó una carcajada.

-Bueno, -declaró Rubin pensativo-. Probablemente haya una médula racional en todo esto. Pero, en general, huele a pura hojarasca, a palabrerío vacío. No se enriquece la dialéctica en absoluto con esto.

-¡El palabrerío sin sentido es todo tuyo!, -dijo Sologdin, presa de un nuevo acceso de vehemencia-. Si deduces todo de esas tres leyes...

-Pero si ya te he dicho: *no es así*.

-¿No lo haces?, -preguntó sorprendido Sologdin,

-¡No!

-Pues, entonces, ¿para qué sirven las leyes ?

-Escucha, -y Rubin empezó a aporrear intensamente a Sologdin, con un argumento tras otro, hablando con esa cadencia de quien repite algo que ha aprendido de memoria-. ¿Qué eres, un pedazo de roble o un ser humano? Nosotros decidimos todo sobre la base de un análisis concreto de información específica; ¿entiendes? Toda doctrina económica deriva de las cifras de producción, y la solución a cualquier problema social se busca a partir de un análisis de la situación de clases.

-Entonces, ¿para qué quieren las famosas leyes?, -bramó Sologdin olvidándose del silencio que reinaba en la pieza y debía respetar-. ¿Quieres decir que, después de todo, no las necesitan?

-Oh, sí, las necesitamos muchísimo, -se apresuró a contestar Rubín.

-¿Pero para qué? ¿Si no deducen nada de ellas? Si ni siquiera la dirección del proceso puede averiguarse en base a estas leyes, si sólo se las puede enseñar, aprender y comentar, no sirven para nada. Si todo lo que se puede hacer a su respecto es repetir como un loro "la negación de una negación", entonces, ¿para qué diablos están?

Potapov, que hasta entonces había estado esforzándose en vano por ahogar con su almohada el creciente alboroto, se enderezó furioso en la cama y dijo a los desconsiderados charlatanes:

-Escuchen, amigos, si ustedes no quieren dormir, al menos respeten el sueño de los demás. -Señalando de un modo bastante explícito a Ruska, que estaba tirado diagonalmente en su catre, agregó:- Eso, si no pueden encontrar un lugar mejor.

Cualquier persona normalmente dotada de sentido común, se habría calmado ante la indignada advertencia de Potapov, hombre muy amante del orden, y en vista del silencio que se había apoderado de la habitación, del que recién se percataban Rubin y Sologdin, y por la presencia de delatores entre ellos (aunque Rubin, por supuesto, no tenía ninguna razón para ocultar *sus convicciones*),

Pero estos dos continuaron hablando como hasta ese momento. Su larga discusión, que por cierto no era la primera, ni la décima, no había hecho más que empezar. Se dieron cuenta de que tendrían que abandonar el cuarto, dada la imposibilidad de bajar el dispasón o interrumpir el diálogo. De modo que salieron juntos, tirándose con argumentos en el camino hasta que la puerta que daba al pasillo los tragó.

Casi inmediatamente después que salieron, apagaron la luz blanca y encendieron la azulada luz nocturna.

Ruska Doronin, que había seguido atentamente su debate, era en realidad la última persona que estaría en tren de recoger "material" para delatarlos. Había entendido el significado de las últimas palabras de Potapov, y las entendió, a pesar de no haber visto el dedo acusador que lo señalaba; era víctima del intolerable dolor que sentimos frente a una acusación proveniente de alguien a quien respetamos.

Cuando inició su doble juego con el oficial de seguridad, lo previo todo; consiguió engañar a Shikin; estaba en vísperas de desenmascarar a los soplones que recibirían 147 rublos. Pero se encontraba indefenso frente a las sospechas de sus amigos. Su plan solitario, precisamente por ser tan original y tan secreto, lo condenaba a la ignominia y al desprecio. Lo sorprendía cómo estos hombres maduros y experimentados, no fueran lo suficientemente generosos para tratar de comprenderlo y creer en él o lo suficientemente hábiles como para darse cuenta de que no era un traidor.

Y, como sucede siempre cuando perdemos el aprecio de nuestros amigos, la única persona que nos continúa brindando su amor, nos resulta doblemente preciosa.

Y cuando esa persona, además, ¡es mujer!. . .

Clara, ¡ella comprenderá! Le contará todo sobre su arriesgada empresa mañana mismo; ¡ella lo comprenderá!

Sin esperanzas de conciliar el sueño, y sin deseos particularmente fuertes de hacerlo, daba vueltas en su catre calenturiento, recordando las miradas interrogantes de Clara, y concibiendo al mismo tiempo con más confianza un plan para escapar por debajo de los alambres de púa, a lo largo de los escollos, hasta la ruta, y de allí en ómnibus hasta el corazón de la gran ciudad.

Clara lo ayudaría de allí en adelante.

Era más difícil encontrar a una persona entre los siete millones de habitantes de Moscú, que en una zona desértica como la de Vorkuta. Sí, decididamente, Moscú era el lugar hacia donde había de escapar.

IDENTIFICARSE CON EL PUEBLO

La amistad de Nerzhin con Spiridon, el conserje, había sido bautizada por Rubin y Sologdin como la "identificación con el pueblo". Para ellos, Nerzhin estaba buscando la misma gran verdad primitiva que antes de él fue buscada en vano por Gogol, Nekrasov, Herzen, los Eslavófilos, los revolucionarios del grupo "La Voluntad del Pueblo", Dostoievsky, Lev Tolstoi, y finalmente, no hacía mucho, por Vasisualy Lokhankin.

Rubin y Sologdin no se preocupaban por buscar la verdad primitiva, porque ellos creían firmemente que poseían la verdad absoluta.

Rubín, además, sabía que el concepto "pueblo" es una cosa artificial, producto de una generalización ilícita; que todo pueblo está dividido en clases, y que hasta las clases cambian con el tiempo. Buscar el sentido más elevado de la vida en el seno de la clase campesina era una ocupación pobre e infructuosa, ya que sólo el proletariado revolucionario se empeñaba con consistencia en el logro de sus propósitos, y sólo a él le pertenecía el futuro. Sólo gracias a la generosidad y colectivización del proletariado podía la vida alcanzar su máximo grado de significación.

Sologdin, por su parte, también sabía que "el pueblo" era un término general y englobaba a una totalidad de personas muy poco interesantes, monótonas, incultas, que vivían preocupadas por mil diligencias necesarias para poder mantener su opaca vida cotidiana. Sus multitudes no constituían la base del coloso del espíritu humano.

Sólo personalidades únicas, claras y distintas como estrellas brillantes dispersas a través del cielo oscuro de la existencia, traen consigo el supremo entendimiento.

Ambos estaban seguros de que el interés de Nerzhin sería pasajero, que éste maduraría, recapacitaría y volvería a recuperar su nivel.

Nerzhin, en realidad, había pasado por las dos posiciones extremistas que sostenían Rubin y Sologdin.

La literatura rusa del siglo diecinueve, que desfallecía de pura compasión por el "hermano que sufre", había creado en Nerzhin y en todos los que la leían por primera vez, la imagen de un pueblo con aureola y cabellos plateados, que encarnaba toda la sabiduría, la pureza moral y la grandeza de alma.

Pero eso estaba lejos, en las estanterías de las bibliotecas; o más lejos aún, en los pueblitos y campos en las encrucijadas del siglo diecinueve. Pero los cielos se abrieron, vino el siglo veinte, y esos lugares dejaron de existir en Rusia. No existía ninguna Rusia sino que la U.R.S.S.

La Unión Soviética ocupaba su lugar. En su interior tenía una gran ciudad. Allí había crecido el joven Gleb. De la cornucopia de la ciencia el éxito le había llovido. Descubrió que su mente trabajaba con rapidez, pero que las mentes de otros trabajaban más rápido aun, y esta opulencia intelectual lo oprimía. El pueblo quedó definitivamente archivado en la biblioteca, se convenció de que los únicos que eran realmente importantes eran aquellos que llevan en la cabeza el peso de la cultura que la humanidad acumulara durante siglos, enciclopedistas, conocedores de la antigüedad, hombres que saben apreciar la belleza; gente muy bien educada, individuos multifacéticos.

Uno debe pertenecer a esa élite. Y abandonar a los fracasados a su propia suerte.

Pero vino la guerra y a Nerzhin lo mandaron a conducir carros de transporte. Inhábil, muerto de vergüenza, agarró caballos en las praderas, y los montó. No sabía andar a caballo, ensillarlo, emparvar heno, y todo clavo que intentaba clavar se torcía inevitablemente, como burlándose del inexperto trabajador. Y cuando más amarga era su suerte, más fuerte se hacía oír la risa del pueblo, desafeitado, despiadado, injurioso y profundamente desagradable que se hallaba a su alrededor.

Luego Nerzhin ascendió a oficial de artillería. Gracias a su nuevo puesto, volvió a ser joven y capaz; se paseaba luciendo un cinturón ajustado y con la mano blandía una varilla que había recogido en el camino, por el hecho de tener las manos ocupadas con algo. Viajó incansablemente sobre los tablones corredizos de veloces camiones, profirió todos los juramentos e imprecaciones de práctica durante el cruce de los ríos, estaba siempre listo para atacar a media noche o en la lluvia y guiaba a este pueblo, que ahora era obediente, leal, industrioso y, por consecuencia, muy agradable. Y ellos, su pequeña porción de pueblo propio y personal suyo, escuchaban atentamente cuando les daba conferencias políticas sobre aquel pueblo grande que se había levantado como un solo hombre.

Después lo arrestaron. Durante su primer interrogatorio, en su primera prisión provisoria, en su primer campo de concentración, enmudecido a fuerza de espanto y de golpes, se había horrorizado al contemplar la otra cara de ciertos miembros de la "élite" en circunstancias en que la integridad de carácter, la fuerza de voluntad, y la lealtad hacia los amigos eran fundamentales para un prisionero y podían decidir la suerte de sus camaradas, estos individuos educados,

sensibles, delicados, que apreciaban la belleza, se revelaban como cobardes, que cedían rápidamente ante viles proposiciones y se transformaban en delatores, adulones e hipócritas. Y Nerzhin apenas se había librado de convertirse en uno de ellos. Abandonó a gente que antes había considerado honroso frecuentar. Empezó a ridiculizar y a burlarse de lo que antes había reverenciado. Buscaba la simplicidad, luchó para deshacerse de los hábitos de la "intelligentzia" como la extrema finura y la extravagancia intelectual. En un momento de fracaso sin esperanzas, entre los despojos de su vida destrozada, Nerzhin adquirió la creencia de que los únicos que contaban eran aquellos que trabajaban la madera y los metales, araban la tierra, y fundían el hierro con sus manos. Trató de adquirir la sabiduría práctica y la filosofía sana de los trabajadores sencillos y honestos. Y así completó su círculo, volviendo al punto de donde había partido, tan de moda en el siglo diecinueve: uno debe "ir, bajar al pueblo".

Pero, en realidad, el círculo no llegaba tan lejos. Nerzhin, el "Zek" educado, tenía una ventaja sobre nuestros abuelos. A diferencia de aquellos cultos aristócratas del siglo pasado, no tuvo que cambiar de piel y bajar tanteando por la escala social hasta llegar al pueblo. A él lo tiraron en medio de la gente, con sus pantalones de algodón remendados y su camisa ordinaria, y le ordenaron que compartiera sus trabajos. No tomaba parte en la vida del pueblo como un condescendiente caballero, que nunca deja de ser un extraño, sino como uno de ellos, un igual entre sus iguales.

Aprendió a clavar un clavo con maestría, a agregar una tabla a la otra, no con el fin de congraciarse con la gente de pueblo, pero para ganarse su semicrudo pan diario. Y después del duro aprendizaje del campo de trabajo, otra de sus ilusiones desapareció. Nerzhin no tenía para qué bajar, ni hasta quién bajar; el pueblo no tenía ninguna

superioridad moral primitiva con respecto suyo. Sentado junto a ellos en la nieve por las órdenes de un guardia, escondiéndose con ellos del capataz, en los oscuros rincones de una obra en construcción, empujando carretillas en la helada a su lado, secando sus peales en las barracas en su sociedad, Nerzhin pudo percibir claramente que esta gente no lo sobrepasaba un ápice en cuanto a estatura moral. No resistían el hambre ni la sed con más estoicismo. No tenían mayor coraje cuando consideraban la perspectiva de pasar diez años detrás de una pared de piedra. No eran más hábiles ni previsores en las circunstancias difíciles del transporte o durante las requisas. Eran más ciegos y confiados frente a los delatores. Estaban más predispuestos a creer en los burdos engaños de los jefes. Esperaban la amnistía que a Stalin le hubiera resultado más fácil reventar que darla. Si algún mandón local de la prisión se sentía de buenas y les sonreía, se apresuraban a contestar su sonrisa. También eran más angurrientos por las cosas pequeñas: las raciones "suplementarias" de 100 gramos de sopa aguada de trigo, los horribles pantalones de la cárcel (siempre que fueran algo más nuevos o de colores chillones,), los hacían tremendamente felices.

Lo que le faltaba a la mayoría de ellos, eso que se torna más precioso que la vida misma, era el *punto de vista propio*. A Nerzhin le quedaba una sola cosa por hacer: ser él mismo.

Habiendo dominado un nuevo acceso de entusiasmo, Nerzhin - definitivamente o no-, vio en el pueblo algo nuevo, completamente distinto de lo que había conocido a través de sus lecturas: el pueblo no son todos los que hablan un mismo idioma, ni tampoco aquellos elegidos que llevan estampa en sus frentes la marca del genio. Ni por nacimiento, ni por el trabajo manual, ni siquiera por medio de la cultura, se gana el derecho a formar parte del pueblo.

Es por nuestro yo interior.

Cada uno forja su propio yo interior, año tras año.

Debe esforzarse por temparlo, recortarlo y pulirlo para *llegar a ser un ser humano*.

En esa forma se habrá convertido en una partícula integrante de su pueblo.

SPIRIDON

En cuanto llegó a la *sharashka*, Nerzhin individualizó a un pelirrojo llamado Spiridon. Era imposible distinguir si su cara redonda expresaba respeto o burla, a no ser que uno lo conociera muy bien. Había muchos otros carpinteros, torneros y operarios, pero el sorprendente vigor de Spiridon lo aislaba de los demás y no había duda de que era muy representativo de ese pueblo en el cual Nerzhin quería inspirarse.

Como fuera, éste no podía encontrar el pretexto adecuado para trabar relación con Spiridon; no tenía nada que decirle, no se encontraban durante el trabajo; vivían en lugares distintos. El pequeño núcleo de trabajadores ocupaba un cuarto aparte en la *sharashka* y ambos empleaban hasta sus horas de descanso en lugares distintos. De modo que, cuando Nerzhin empezó a visitar a Spiridon, tanto éste como sus compañeros llegaron a la conclusión de que se trataba de un soplón en busca de una presa para el policía.

Spiridon se consideraba uno de los menos conspicuos habitantes de la *sharashka* y no se explicaba por qué el oficial de seguridad estaría tratando de atraparlo, pero como las autoridades no se mostraban generalmente delicadas en la elección de la materia prima para los verdugos y torturadores, él debía tomar todas las precauciones necesarias. Cuando Nerzhin entraba al cuarto, lo saludaba falsamente complacido, lo hacía sentar a su lado en el catre y se ponía a hablar con cara de tonto de algo que estuviera bien lejos de la política: cómo a los peces que estaban por desovar se los ensartaba

por las branquias con un palo para recién después meterlos dentro de una red; cómo se cazaba el oso pardo y el alce y cómo uno tiene que guardarse de un oso negro con una mancha blanca alrededor del cuello. Cómo el trébol espanta a las víboras. Cómo el trébol rojo es lo mejor para forraje. Y también le contó un cuento largo de cómo había cortejado a Marfa Ustinovna allá por los años veinte. Ella actuaba en el pequeño teatro del pueblo y debía casarse con un rico molinero. Pero de puro enamorada huyó con Spiridon y se casaron en secreto el día de San Pedro.

Durante todo el tiempo, los ojos enfermos de Spiridon, inmóviles bajo sus espesas cejas coloradas, decían: -¿Para qué has venido, soplón? Aquí no tienes nada que hacer.

El caso era que cualquier delator hubiera abandonado la impenetrable víctima hacía ya mucho tiempo. Nadie hubiera sido tan oficioso como para seguir yendo a escuchar cuentos de caza, domingo tras domingo, durante tanto tiempo. Para Nerzhin, ansioso por solucionar durante su estada en la cárcel todos los problemas que no había solucionado en libertad, Nerzhin, quien al principio iba a ver a Spiridon con una cierta timidez, nunca se cansaba de oír los cuentos de éste. Le refrescaban la imaginación, lo hacían volver a este período de los siete años únicos en la historia de Rusia, los siete años de la NEP., sin parangón en la historia de la Rusia rural, desde los días de Ryurik el Vikingo, hasta la última parcelación de las granjas colectivas. Nerzhin había vivido este período de siete años siendo todavía un niño que no entiende nada de nada y lamentaba haber nacido tan tarde.

Encantado por el tono espeso de la voz de Spiridon, Nerzhin nunca había intentado llevar la conversación al plano político. Y Spiridon empezó lentamente a tenerle más confianza. Él también se

complacía en la reconstrucción del pasado. Se distendía. Las profundas arrugas de su frente disminuían. Su cara coloradota se iluminaba.

Su vista arruinada le impedía leer libros en la *sharashka*. Adaptándose al vocabulario de Nerzhin, introducía vocablos cultos en su conversación que muchas veces estaban fuera de lugar, como "princip", "piriodo", "analógico". En los días en que Marfa Ustinovna había actuado sobre las tablas había oído nombrar en el escenario a un tal Esenin.

-¿Esenin?, -dijo Nerzhin, que esa sí que no se la esperaba-. ¡Magnífico! Tengo un libro suyo en la *sharashka*. Hoy en día ya es una cosa rara.

Y trajo el librito, que tenía forrado con un papel adornado con hojas otoñales de arce pintadas sobre él. Estaba profundamente intrigado. ¿Ocurriría el milagro? ¿Entendería el semianalfabeto de Spiridon la poesía profunda de Esenin?

El milagro no ocurrió. Spiridon no recordaba una sola línea de lo que había escuchado hacía ya tanto tiempo, aunque le gustaron "Tanyusha Era Linda" y "La Siega".

Dos días después, el mayor Shikin llamó a Nerzhin y ordenó que presentara su ejemplar de Esenin para la aprobación del censor. Nerzhin no sabía quién podía haberlo delatado. Pero habiendo sufrido públicamente a manos del "policía" y habiendo perdido su librito de Esenin por causa indirecta de Spiridon, Nerzhin, finalmente, se ganó su confianza y Spiridon empezó a tutearlo. Para entonces ya se reunían para conversar bajo el arco de la escalera donde nadie los podía oír.

Desde ese momento, durante los últimos cinco o seis domingos, las narraciones de Spiridon, empezaron a brillar con esa profundidad

popular que Nerzhin tenía tantos deseos de escuchar. Domingo tras domingo, pasaba revista a aquel campesino que tenía diez y siete años en la época de la Revolución, y más de cuarenta cuando empezó la guerra contra Hitler.

¡Los cambios que había presenciado! ¡Qué olas lo habían azotado! A los catorce se convirtió en el jefe de la familia. Su padre había muerto en la Primera Guerra. Y él tuvo que salir a segar con los viejos. -Aprendí a segar en medio día, -dijo-. A los dieciséis fue a trabajar en una fábrica de vidrios y ya allí asistió a los mítines bajo la bandera roja. Cuando el gobierno declaró que la tierra pertenecía a los campesinos, se apresuró a ir al pueblo y conseguir un lote. Ese año él, su madre y sus hermanas trabajaron la tierra y para octubre, el día de Pokrov "fiesta del Manto de la Virgen", recogieron un poco de trigo. Pero después de Navidad, las autoridades empezaron a requisar trigo para la ciudad: "contribuyan con algo"; "entreguen nomás". Después de Pascua, Spiridon, quien ya había cumplido los dieciocho años, fue enganchado en el Ejército Rojo. Pero él no tenía ningunas ganas de irse al ejército y abandonar el pedacito de tierra que tantos desvelos le había costado, así que huyó a los bosques y se unió a los "Verdes", cuyo slogan era: "No nos molestéis y no os molestaremos". Pero eran tantos, que pronto resultaron demasiados aun en el bosque; luego se encontraron en medio de los Blancos. Éstos les preguntaron si había Comisarios entre ellos y como no había, fusilaron al que les pareció que era el líder -que resultó serlo-; y a los soldados les ordenaron que se pusieran cocardas tricolores y les repartieron fusiles. En general, los Blancos conservaban el antiguo orden, como había sido bajo el Zar, Pelearon un tiempito del lado de los Blancos y fueron tomados prisioneros por los Rojos -se rindieron sin ofrecer resistencia-, y hubo un nuevo fusilamiento de la plana mayor y un nuevo cambio de

distintivos. Esta vez les tocó en suerte un brazalete rojo. Y así, Spiridon unió su destino al de los Rojos hasta el fin de la Guerra Civil. Marcharon a Polonia y después el Ejército se convirtió en una unidad de trabajo y no se los autorizó a volver a sus casas. Después se los llevó a Petrogrado durante la primera semana del Ayuno Cuaresmal, y fueron enviados a través del hielo a tomar una especie de fortaleza y recién entonces Spiridon obtuvo licencia, para volver a su casa.

Llegó al pueblo en plena primavera y se dedicó de lleno a trabajar la tierra que había conseguido. No volvió de la guerra como algunos, desechos, inservibles. Se estableció inmediatamente, se casó, adquirió algunos caballos. Como dice el proverbio, "Donde hay una buena ama de casa, cruza el patio y hallarás un rublo".

Aunque la autoridad buscaba apoyo de los pobres, en esa época nadie quería serlo; estaban muy ocupados tratando de enriquecerse. Los campesinos pobres, como Spiridon, también adquirirían cuanto podían y no tardaban en mejorar su condición. Existía un término corriente en ese momento: "granjero intensivo". Se refería a quien quería tener una buena granja y hacerla prosperar, sin estar dependiendo de la mano de obra paga que le prestaban los campesinos que habían llegado tarde al reparto de las tierras. Estos trabajadores estaban llenos de ciencia, de técnica y sistemas para hacer las cosas. (Con trabajadores pagos, no tenía gracia hacerse rico). Así que Spiridon Yegorov y su mujer se convirtieron en "granjeros intensivos".

-Casarse bien es como ganar la mitad de nuestra vida, -decía siempre Spiridon. Marfa Ustinovna fue su mayor felicidad y su éxito más rotundo. Por ella no se dio a la bebida ni a las malas compañías. Le daba un hijo todos los años; dos varones y luego una mujer y, sin embargo, estos nacimientos jamás la separaron de su marido.

Controlaba su peso. Llevaba la casa adelante. Además, era letrada y leía la revista "Sea su propio Agrónomo". Así fue cómo Spiridon se convirtió en un "granjero intensivo".

Los granjeros intensivos eran favorecidos; se les daban préstamos y semilla. Los éxitos se sucedían y empezaron a tener dinero en abundancia. El matrimonio se preparaba a hacerse construir una casa de ladrillos, sin saber que la buena racha estaba tocando a su fin. Spiridon era un hombre respetado en su medio. Integraba el Presidium local, era un héroe de la Guerra Civil y miembro del Partido Comunista.

Pero en ese momento se les incendió la granja. Apenas pudieron salvar a los niños de las llamas. Quedaron hambrientos y sin nada.

Pero tuvieron poco tiempo para lamentarlo. Estaban en las primeras etapas de reconstrucción de todo lo que el fuego había destruido, cuando desde Moscú tronaban con el slogan "Colectivización forzosa".

Y a todos aquellos granjeros intensivos que un tiempo fueron estimulados, se los clasificó como "kulaks" y se los exterminó sin ninguna razón justificada. Marfa y Spiridon tuvieron la suerte de no haber podido reconstruir su casa de ladrillos.

Por millonésima vez, el destino les presentaba enigmas a resolver y la fatalidad se convirtió en suerte.

En vez de formar parte de la multitud que bajo la escolta de la G.P.U. iba a morir a la tundra, Spiridon Yegorov fue designado con el cargo de "Comisario de Colectivización", siendo su misión el arrear a la gente hasta su respectiva granja colectiva. Usaba un aterrador revólver en la cintura. Personalmente echaba a la gente de sus casas y las despojaba de sus posesiones, unos tras otros, "kulaks" o no "kulaks", lo que viniera.

Spiridon no contaba con ninguna explicación fácil ni un análisis de las clases sociales que lo ayudaran a comprender éste y otros cambios en su vida. Nerzhin no le preguntó nada, pero dedujo que la conciencia de Spiridon no estaba tranquila, del hecho de que fue ese el momento en que empezó a beber. Aunque una vez había sido dueño de toda la aldea, comenzó a beber de una manera tan desenfrenada, que todo se arruinó en poco tiempo.

Ostentaba el rango de Comisario, pero era incapaz de dar una orden. No se dio cuenta que los paisanos mataban su ganado y se incorporaban a las granjas colectivas sin siquiera una pezuña o cuerno de vaca.

Todo esto le costó su puesto de Comisario. Pero la cosa no paró ahí. Inmediatamente se le ordenó poner las manos tras la espalda y con un policía delante y otro atrás, con los revólveres amartillados, se lo llevaron preso. En seguida lo juzgaron y como dijo él mismo "donde estábamos, nunca perdían mucho tiempo en condenar a la gente". Le dieron diez años por "contrarrevolución económica" y lo mandaron a trabajar en el Canal del Mar Blanco y, cuando lo terminaron, al Canal Moscú (Volga). Allí Spiridon hacía de carpintero y excavaba fosas. Recibía comida abundante y lo único que oprimía su corazón era pensar en la suerte de Marfa, que había quedado sola con tres hijos.

Le concedieron un segundo juicio, donde cambiaron el cargo de "contrarrevolución económica" por el de "abuso de autoridad". Eso hizo que, de la categoría de los "socialmente hostiles", pasara a la de los "socialmente amigables". Luego lo citaron y le dijeron que le confiarían un rifle y lo harían guardia de prisioneros. Y aunque el día anterior Spiridon, como cualquier "Zek" que se respete, obsequiaba a los guardias con los peores insultos, en los que hacía especial referencia a los guardias de prisioneros, tomó el rifle que le ofrecían e

hizo de guardia de sus camaradas de ayer, porque así acortaba su estadía en la prisión y conseguía cuarenta rublos por mes para mandar a su casa.

Poco después, el jefe del campamento, que lucía las insignias de Comisario de Seguridad del Estado, lo felicitaba por su libertad recuperada. Se le dieron sus papeles y su designación para trabajar en una fábrica; no en una granja colectiva. Se llevó a Marfa y a los chicos y, al poco tiempo, figuraba en el cuadro de honor de la cartelera de la fábrica como uno de los mejores sopladores de vidrio. Trabajaba horas extras para tratar de recuperar lo perdido desde el incendio. Ya estaba, pensando en la adquisición de una cabaña con una huerta, y en la futura educación de sus hijos, cuando estalló la guerra. Los chicos tenían quince, catorce y trece años de edad, respectivamente. Pronto el frente había llegado casi hasta su pueblo.

En cada momento crucial de la vida de Spiridon, Nerzhin esperaba en silencio, tratando de imaginar lo que habría hecho después. En este punto creyó que, por resentimiento de haber sido encarcelado, Spiridon esperaba para darles la bienvenida a los alemanes. Pero se equivocaba de medio a medio. En un primer momento Spiridon se comportó como el héroe de una novela patriótica. Lo poco de valor que poseía, lo enterró en el suelo. En cuanto el equipo de la fábrica, fue fletado en automotores hacia el interior y se habían puesto carros a disposición de los trabajadores, colocó a su mujer y a sus hijos en un carro y avanzando "con un caballo ajeno, que gracias a la acción de un látigo ajeno, arrastraba un carro ajeno", sin interrumpir jamás la marcha, se retiró desde Pochep a Kaluga, con miles de Otros que estaban en su misma situación.

Pero pasando Kaluga, algo alteró la marcha de la caravana, y de repente ya no eran miles, sino sólo cientos y los hombres eran

enganchados en el ejército, mientras que las familias debían proseguir la marcha.

En cuanto supo a ciencia cierta que debía separarse de su familia, Spiridon, sin la menor duda acerca de la corrección de lo que hacía, se escondió en los bosques hasta que el frente lo dejó atrás. Después, en ese mismo carronato y con ese mismo caballo -que ya no eran objetos proporcionados por el gobierno para su uso y abuso sino cosas de su propiedad que le convenía atender con esmero- desandó con su familia todo el camino desde Kaluga hasta Pochep, volvió a su propio pueblo y se instaló en una pequeña choza abandonada. Allí le dijeron que se apropiara de lo más que pudiera de la ex tierra de la granja colectiva para trabajar. Spiridon tomó todo lo que pudo y empezó a ararlo y cosecharlo sin el más leve cargo de conciencia, prestando poca atención a los comunicados bélicos, trabajando duro y parejo, como en aquellos días lejanos en que no había ni granjas colectivas ni guerra.

Los guerrilleros vinieron a él y le dijeron que se dejara de arar, recogiera sus cosas y se uniera a ellos. -Alguien tiene que arar, -dijo Spiridon filosóficamente y se negó a abandonar la tierra.

Entonces, los guerrilleros se las arreglaron para matar a un motociclista alemán, no a campo abierto, sino en medio del pueblo. Conocían el sistema de represalias de los alemanes. Evacuaron a todo el mundo y redujeron el pueblo entero a cenizas.

Spiridon ya no dudó que había llegado el momento en que debía saldar sus cuentas pendientes con los alemanes. Llevó a Marfa y los chicos a lo de su suegra, y se dirigió directamente a los bosques, donde estaban los guerrilleros. Le facilitaron una pistola automática y un cinturón lleno de granadas. Y él, a conciencia, de todo corazón, con el mismo tesón con que había trabajado en la fábrica y en su granja, tiraba

contra las patrullas alemanas, se apoderaba de los carros de logística y ayudaba a volar los puentes. Durante los días de fiesta iba a visitar a su mujer y a sus hijos. De este modo le parecía que, de una u otra manera, seguía estando con su familia. El frente los alcanzó de nuevo. Los guerrilleros habían andado jactándose de que a uno de ellos, Spiridon, le sería otorgada una medalla en cuanto llegaran las fuerzas soviéticas. Y también se rumoreaba que era posible que los incorporaran al Ejército Soviético, que su vida oculta entre los bosques tocaba a su fin. Mientras tanto, los alemanes arrearon hacia el oeste a los habitantes del pueblo donde vivía Marfa. Un muchacho fue corriendo hacia donde estaba Spiridon a comunicarle la noticia.

Entonces éste, sin esperar la llegada de nuestras fuerzas, sin esperar ni un minuto, sin avisar a nadie, dejó caer su pistola automática y dos cargadores llenos a su lado y salió corriendo tras su familia. Consiguió introducirse en la columna como un civil cualquiera y, azotando una vez más a aquel caballo desde el pescante de aquel carro, marchó nuevamente hacia el oeste, desde Pochet a Slutsk, muy convencido de lo acertado de su nueva decisión.

Cuando Nerzhin oyó esto, tomó su cabeza con ambas manos y se hamacó hacia adelante y hacia atrás, asombrado. Ya no entendía más nada. Pero como no le correspondía educar a Spiridon sino que efectuar un experimento de carácter social, no le reprochó nada. En vez, le preguntó: "¿Y después, Danilich?"

¿Después qué? Podía, por supuesto, haber vuelto a los bosques y lo hizo una vez, pero tuvo un encuentro desagradable con unos bandidos y apenas pudo salvar a su hija de sus manos. De modo que se dejó llevar por el impulso del torrente humano. Empezó a sospechar de que nuestros hombres no le creerían, que más bien

recordarían su negativa de un principio a combatir al lado de los guerrilleros y su reciente deserción.

Además, no tenía otra alternativa que seguir avanzando hasta llegar a Slutsk. Allí se los colocó a bordo de un tren para la región del Rhin y se les dio cupones para conseguir comida. Al principio corrió el rumor de que no llevarían a los menores de edad y Spiridon ya estaba pensando de qué manera podía escabullirse, pero después que los llevaran a todos, así que, abandonando él caballo y el carro, partieron. Cerca de Maguncia, él y sus hijos fueron destinados a una fábrica y a su mujer y a su hija se las alojó en granjas alemanas donde debían trabajar.

Una vez un capataz alemán golpeó al hijo menor de Spiridon. Éste, sin reflexionar, le saltó encima, hacha en mano. Las leyes del Tercer Reich, las leyes ordinarias, en época de paz, castigaban ese delito con el fusilamiento. Pero el capataz, en guardia, se acercó al rebelde y le dijo: "Yo también soy padre, lo comprendo perfectamente." . No pasó informe sobre el incidente. Spiridon se enteró más tarde que, esa misma mañana, el capataz había recibido la noticia de la muerte de su hijo en el frente ruso.

Spiridon, que ahora estaba enfermo y medio ciego, enjugó una lágrima furtiva recordando a aquel capataz renano. "Después de eso ya no les guardé más rencor a los alemanes. Ni siquiera por haber incendiado nuestra casa y todo lo demás; ese padre borró todo el mal que me habían hecho sus compatriotas. Después de todo, lo que yo tenía delante en ese momento era un ser humano, alemán o no."

Esa había sido una de las veces, una de las poquísimas veces en que había cambiado de opinión respecto a algo. A través del resto de los años difíciles, durante todos los saltibajos de su accidentada existencia, nunca pensó las cosas dos veces, jamás la duda vino a

debilitarlo en momentos de crisis. Sus acciones instintivas desafiaban abiertamente las páginas racionalistas de Montaigne y Charron.

A pesar de su ignorancia respecto a los grandes logros del hombre y de la sociedad, Spiridon hacía gala de una sensatez sistemática. Si se enteraba de que los alemanes estaban dando caza a los perros del pueblo, dejaba una cabeza de vaca sobre la nieve fresca para posibles sobrevivientes.

- Pese á no haber estudiado jamás ni la geografía ni el alemán, cuando la mala suerte lo llevó a Alsacia, para construir trincheras, mientras los americanos bombardeaban desde el aire, él y su hijo escaparon y, sin preguntar ni una sola dirección, sin poder leer los carteles indicadores en alemán, escondiéndose durante el día y viajando de noche, por zonas desconocidas, sin caminos, derecho, como vuela un pájaro, cubrieron cincuenta millas y llegaron sin inconvenientes a la granja cercana a Maguncia, donde estaban trabajando su mujer y su hija. Llegados allí, se quedaron en el refugio antiaéreo del jardín hasta la llegada de los americanos.

Ni una sola de las eternas preguntas sobre la validez de nuestros datos sensoriales o la imperfección del conocimiento que tenemos sobre nosotros mismos, jamás turbó la tranquilidad de Spiridon. Creía, firmemente, en todo lo que podía ver, oír, oler y entender.

Del mismo modo, todas sus ideas sobre la virtud encajaban unas con otras sin mayor esfuerzo, formando su claro concepto del bien. No calumniaba a nadie. No mentía. Decía groserías sólo cuando era estrictamente necesario. Sólo mataba en guerra. Peleaba sólo por su novia. Era incapaz de robarle un trapo o una migaja a nadie. Y si antes de casarse, había, según él mismo decía, "jugado un poquito con las polleras", bueno, ¿acaso la autoridad suprema, el reverendísimo

Aleksandr Pushkin, no había confesado que eso de "no desear la mujer de tu prójimo" era el precepto que más le costaba cumplir?

A los cincuenta, casi ciego, preso y evidentemente condenado a morir en la cárcel, no daba señales de haber evolucionado ni hacia la santidad, ni hacia la desesperación, ni hacia el arrepentimiento, ni siquiera hacia la rectificación. Por supuesto, mucho menos parecía tener intenciones de reformarse, como estaba implícito en el nombre de "Campos de Corrección", que solía darse a este tipo de instituciones siniestras.

Todos los días, de la mañana a la noche, barría el patio con su activa escoba y así se defendía del comandante y de los oficiales de seguridad.

Lo que Spiridon amaba era la tierra.

Lo que Spiridon tenía era la familia.

Los conceptos de "patria", "religión" y "socialismo", que no surgen con frecuencia en la conversación diaria, le eran evidentemente desconocidos. Sus oídos estaban cerrados a ellos. Su voz se negaba a pronunciarlos.

Su patria era *su familia*.

Su religión era *su familia*.

Su socialismo era *su familia*.

Por eso estaba obligado a decirles a todos los reyes, a los sacerdotes, a los predicadores del bien, a los hombres razonables, a los metafísicos, a todos los escritores y oradores, a todos los tinterillos y críticos, a los presidentes y gritones, a todos los fiscales y jueces que se metían con él:

-¿Por qué no se van a la mierda?

EL CRITERIO DE SPIRIDON

Miles de pies caminaban o se arrastraban por la escalinata que crujía y retumbaba sobre las cabezas de los dos interlocutores. De tiempo en tiempo, finas lluvias de tierra y escombros caían sobre ellos, que apenas se daban cuenta.

Estaban sentados sobre el suelo, que jamás se barría, con los fundillos de sus mamelucos roñosos y gastados, que ya estaban tiésos de la mugre que tenían. Era de lo más incómodo, no había ningún tronco en el cual sentarse. Con las manos tomadas alrededor de las rodillas, se respaldaban en las tablas que estaban más clavadas debajo de la escalera. Y miraban hacia adelante, la vista fija en la pared del retrete, que se estaba descascarando.

Nerzhin estaba fumando mucho, como hacía siempre que tenía que pensar alguna cosa. Alineaba las colillas apagadas a lo largo del zócalo medio podrido de la pared de la escalera, un triángulo de yeso que amenazaba con derrumbarse.

Como todo el mundo, Spiridon recibía los cigarrillos de Belomar-kanal, que le recordaban un trabajo terrible en una región mortal donde casi había dejado sus huesos. Pero se mantenía firme en no fumar, obediente al mandato de los médicos alemanes que le habían devuelto el 30 por ciento de la vista de un ojo, que le habían devuelto la luz.

Spiridon sentía gratitud y estima hacia estos médicos alemanes. Ya estaba completamente ciego, cuando le introdujeron una enorme aguja en la médula espinal, lo mantuvieron por mucho tiempo con un

ungüento sobre los ojos vendados y, finalmente, le sacaron la venda y le dijeron "¡Mire!" Y el mundo recobró su luminosidad. En la penumbra nocturna, que a Spiridon le parecía brillante como el sol, había sido capaz de percibir, con un ojo, una forma oscura, que era la cabeza de quién le había devuelto la vista y, apretando la suya contra la mano del médico, la besó con lágrimas en los ojos.

Nerzhin siempre trató de imaginarse el atento y, en ese momento, gentil rostro del oftalmólogo del Rhin, observando al hombre recién desvendado cuya voz cálida y profunda gratitud contrastaban tanto con la absurda locura que lo había puesto en ese estado; a aquel doctor le habrá parecido un salvaje de hirsuta cabellera colorada.

Eso le había ocurrido al terminar la guerra. Spiridon y su familia estaban viviendo en un campo americano para personas desplazadas. Encontró un compañero de su mismo pueblo, un pariente político a quien Spiridon llamaba "mi cochino pariente", a causa de ciertos incidentes que databan del período de la colectivización. Habían viajado hasta Slutsk con este "cochino pariente" y lo separaron de él en Alemania. Por supuesto, tenían que festejar el feliz encuentro con un trago y, a falta de otra cosa, el pariente sacó un frasco que contenía un licor desconocido. No estaba lacrado y tenía la etiqueta escrita en alemán. Pero lo había conseguido gratis. El cauteloso, el suspicaz Spiridón que había escapado a mil peligros, no era inmune al fatalismo ruso; "a lo mejor no pasa nada". "Bueno, descorcha nomás, amigo", y se tomó un buen vaso, mientras su pariente vaciaba la botella. Afortunadamente, sus hijos no estaban allí, ya que también habrían bebido el brebaje fatal. Cuando se despertó, después del medio día, Spiridón se sorprendió de que hubiera oscurecido tan temprano y se asomó por la ventana. Pero poco era lo que se veía

desde allí y no pudo comprender por qué la parte de arriba del puesto de guardia de los americanos no existía, mientras que la parte de abajo sí. Quiso ocultarle su desgracia a María, pero le fue imposible, ya que esa misma tarde el manto de oscuridad cubrió completamente sus ojos.

Su "cochino pariente" había muerto.

Después de la primera operación, los oftalmólogos le dijeron que si hacía una vida tranquila por el término de un año y luego ellos practicaban una segunda operación, su ojo izquierdo recuperaría totalmente la vista y el derecho un cincuenta por ciento. Se lo aseguraron y debió haber esperado, pero la familia Yegorov decidió volver a casa.

Nerzhin- miró atentamente a Spiridón.

-Pero Danilich, ¿no te dabas cuenta de lo que te esperaba aquí? Todo lo que rodeaba los ojos de Spiridón, los párpados, las sienes y las ojeras aparecía surcado con pequeñas arrugas; sonrió.

-¿Yo? Sí, sabía que nos las harían pagar, aunque los panfletos que recibíamos nosotros decían lo contrario... y costaba no creerles: "todo les será perdonado, sus hermanos y hermanas los están esperando, las campanas serán echadas a vuelo el día en que regresen, habrá libertad hasta en las granjas colectivas y sólo los que lo deseen irán allí. Vuelvan lo más rápido que puedan". Pues yo no creía en esos panfletos y sabía que no iba a librarme de la cárcel.

Sus rojizos bigotes, ásperos y cortos, se estremecieron con este recuerdo.

-Yo le dije a Marfa Ustinovna en seguida: "Querida, nos ofrecen beber de un hermoso lago, pero quién sabe si lograremos tragar algo de un charco de barro inmundo." Y ella me acariciaba la cabeza, diciéndome: "Viejo, si hubieras recobrado la vista y verías qué es lo

que hay que hacer. Ahora, espera a que te hagan la segunda operación." Pero los tres chicos decían: "Papá, mamá, vamos a casa. ¡Volvamos a nuestra patria! ¿Por qué debemos esperar aquí una segunda operación? ¿Acaso no tenemos oculistas en Rusia? Después de todo, cuando derrotábamos a los alemanes, ¿quién curaba a nuestros heridos? Queremos terminar el colegio en Rusia." Al mayor sólo le faltaban dos años. Mi hija, Vera, no dejaba de sollozar, diciendo: "¿Quieres que me case con un alemán?" Creía que nunca encontraría un marido conveniente. Bueno, yo me rascaba la cabeza y les decía: "Chicos, chicos, ya sé que hay médicos en Rusia, pero ¿qué los hace pensar que yo pueda llegar a esos médicos?" Pero luego temí que me culparan a mí del fracaso de sus vidas; ¿por qué debía yo entorpecer la vida de mis hijos? Me pondrían preso; y bueno, dejemos que vivan los jóvenes!

De modo que partieron. En la primera estación después de la frontera, los hombres fueron separados de las mujeres; éstas prosiguieron en otro tren. La familia Yegorov, que se había mantenido unida durante toda la guerra, fue definitivamente disgregada. Sin ningún tipo de juicio, sin ni siquiera saber de dónde venían, mandaron a la mujer y a la hija de Spiridón a la región de Perm, donde a la chica se la puso a trabajar en un aserradero, manejando una sierra mecánica movida a nafta. A Spiridón y sus hijos los pusieron detrás de las alambradas de un campo de concentración y les dieron diez años a cada uno, por traición, Spiridón y su hijo menor fueron a dar juntos al campo de Solikamk, lo que significó que, por lo menos, iba a poder seguir educando al muchacho durante un par de años. El hijo mayor fue destinado al campo de Kolyma.

Este era el hogar. Este era el marido para la hija y la educación para los hijos que habían venido a buscar a Rusia.

La tensión del interrogatorio y los años de hambre -mientras estuvo con su hijo, Spiridón le daba la mitad de su ración-- no mejoraron la vista de Spiridón; con su ojo izquierdo, que era el que le quedaba sano, veía ahora bastante borroso. En medio de la inacabable y difícil lucha por la vida, en ese lejano agujero perdido entre los bosques, pedirles a los médicos que le devolvieran la vista, era como rezar para ir al cielo en vida. En la destartalada clínica del campo no hubieran sabido ni siquiera decirle dónde debía dirigirse para que lo curasen; mucho menos, curarlo.

Con la cabeza entre las manos, Nerzhin reflexionó sobre el enigma de su amigo. No admiraba ni despreciaba a este paisano presa de su destino, sino que se identificaba con él. Desde hace un tiempo sus conversaciones habían llevado a Nerzhin hacia una cuestión que se hacía más y más urgente. Toda la trama de la vida de Spiridón estaba ligada a esta pregunta y hoy parecía que había llegado el momento de formularla.

Su tan compleja vida, ese cruzar y recruzar de un bando combatiente a otro, ¿no sería, acaso, más que mero instinto de conservación? ¿No tendría algo que ver con la enseñanza de Tolstoi que nadie en este mundo es justo ni culpable? ¿No habría todo un sistema de escepticismo filosófico detrás de los actos casi instintivos del paisano de cabellos rojos ?

Hoy, bajo esa escalera, el experimento social emprendido por Nerzhin, iba a producir un resultado tan inesperado como brillante.

-Me siento mal, Gleb -estaba diciendo Spiridon, mientras con cierta violencia frotaba su palma callosa contra la cara sin afeitar, como si quisiera quedarse sin piel No he recibido carta en cuatro meses.

-¿Dices que la Víbora tiene una carta?-

Spiridon lo miró con reproche (sus ojos estaban ciegos, sí, pero no tenían esa apariencia vidriosa de los ciegos de nacimiento y estaban llenos de expresión).

-¿Qué puede decir una carta después de cuatro meses?

-Mañana, cuando te la den, tráela y te la leeré.

-Seguro que la traeré.

-Es posible que algunas cartas se hayan extraviado en el correo. Puede que los policías las hayan guardado; no vale la pena que te preocupes, Danilich.

-¿Qué quieres decir con eso, "que no te preocupes", cuando tengo el corazón oprimido? Me preocupa Vera; la chica sólo tiene veintiún años, no tiene padre ni hermanos y su madre no está con ella.

Nerzhin había visto una fotografía de Vera Yegorova, tomada durante la última primavera. Era un chica grandota, rolliza, con grandes ojos que tenían una expresión de confianza. Su padre se las había arreglado para mantenerla intacta a través de toda una guerra mundial. Una vez usó granadas de mano para rechazar a unos hombres malos que querían violarla, cuando tenía quince años. Pero ahora, desde la cárcel, ¿qué podía hacer por ella?

Nerzhin se imaginaba la densa selva de Perm, el ruido metálico de la sierra a motor, el abominable rugir de los tractores arrastrando los troncos, los camiones con la parte de atrás sumergida en los pantanos y los radiadores apuntando al cielo en actitud de súplica. Los toscos conductores de tractores, siempre furiosos, que ya no hacían diferencia alguna entre la más obscena de las malas palabras y una galantería y, en medio de todo eso, una chica, en ropa de trabajo, en pantalones, con su figura femenina que la distinguía, en forma incitante, de todos los demás. Duerme en los fogones con ellos. Nadie

que pasa a su lado pierde su oportunidad de manosearla. Efectivamente, Spiridon tenía sus razones para no estar tranquilo.

Tratar de tranquilizarlo hubiera sido lamentable e inútil. A Nerzhin le pareció mucho más acertado procurar distraerlo, al tiempo que trataba de descubrir una disyuntiva interesante para sus amigos intelectuales. Creyó estar a punto de oír una confirmación popular de escepticismo ético que, más tarde, él mismo podría utilizar. Apoyando su mano en el hombro de Spiridon, de espaldas contra la escalera, con cierta dificultad y desde abajo, Nerzhin comenzó a formular su pregunta.

-Hace mucho tiempo que quería preguntarte algo, Spiridon Danilich, mientras escuchaba el relato de tus aventuras. Tu vida fue destrozada, sí, y también lo han sido la de muchos otros, no sólo la tuya. Has ido hacia adelante y hacia atrás, buscando algo, un imposible. ¿Por qué?

"Quiero decir ¿qué normas (casi dijo criterio), que guía debemos usar para tratar de entender la vida? Por ejemplo, ¿tú crees que realmente exista en el mundo gente que desee conscientemente hacer el mal? Que dicen: Voy a hacerle a estos hombres el mayor mal que pueda. Los voy a oprimir hasta que no les quede una sola posibilidad de sobrevivirme. Es poco probable, ¿no te parece? Probablemente, todos quieren hacer el bien o por lo menos creen quererlo, pero no todos están libres de culpas o errores y algunos son totalmente inconscientes de lo que hacen, y es por eso que los hombres se hacen tanto daño los unos a, los otros. Creen hacer el bien y, de hecho, están haciendo el mal. Como podrías decirlo tú, siembran centeno y les salen yuyos.

Evidentemente, no se había expresado con claridad. Spiridon lo miró atentamente, sospechando una trampa.

-Digamos que tú cometes un error y yo trato de corregirlo. Te hablo del asunto y no me escuchas o, incluso, me haces callar. Bueno, ¿qué es lo que debo hacer yo? ¿Darte un golpe? Todo está muy bien si tengo razón, pero, ¿qué pasa si sólo creo tener razón, si sólo me he autoconvencido de que tengo razón? ¿O que a lo mejor tenía razón antes, pero ya no? Después de todo, las cosas cambian, ¿no es así? Quiero decir, si una persona no está segura de que tiene razón, ¿cómo puede actuar? ¿Es concebible que cualquier ser humano pueda determinar quién está errado y quién no lo está? ¿Quién puede estar seguro sobre eso?

-Bueno, ¡yo te lo puedo decir! -replicó instantáneamente Spiridon, iluminado por la repentina comprensión del problema, como si le hubieran preguntado el nombre del oficial que estaría de guardia por la mañana-. Te diré: el lobo está en su derecho; el caníbal, no.

-¿Cómo? ¿Cómo? -preguntó Nerzhin, sorprendido por la simplicidad y la fuerza de la respuesta.

-Así es -dijo Spiridon y repitió con una dura convicción, volviéndose directamente hacia Nerzhin y echándole el aliento en la cara; "El lobo está en su derecho; el caníbal, no."

APRETANDO LOS PUÑOS

Después del cambio de luces, el teniente, un joven delgado con grandes bigotes cuadrados, que estaba de servicio los domingos por la noche, recorrió personalmente los corredores y salas de estar de la prisión especial, persiguiendo a los prisioneros hasta sus cuartos. (Los domingos se acostaban a desgano). Hubiera hecho una segunda ronda, pero le resultaba difícil separarse de la joven y abundante asistente médica del dispensario. La asistente tenía a su marido en Moscú, pero éste no podía visitarla en la zona prohibida en sus largos días de guardia. Por lo tanto, el teniente creía poder conseguir algo de ella esa noche. Ella se apartaba de él con una risa grosera, repitiendo siempre lo mismo: "¡Deje de portarse así!"

Por eso mandó a su sargento a hacer la segunda recorrida. El sargento se dio cuenta de que el teniente permanecería en el consultorio del médico hasta la mañana siguiente y que no comprobaría si él había cumplido sus órdenes, así que no hizo ningún esfuerzo considerable destinado a mandar a todo el mundo a la cama. No se molestó en mandarlos a dormir, porque por los muchos años de ser un perro, dedujo que, hombres que mañana debían trabajar, no olvidarían dormir.

Las luces de la escalera y de los zaguanes de la prisión especial nunca se apagaban por la noche, porque se suponía que la oscuridad podía facilitar fugas o rebeliones.

Esos eran las razones por las cuales Rubín y Sologdin no habían sido interrumpidos en el curso de ninguna de las dos inspecciones. Eran más de las doce de la noche, pero se olvidaron del sueño.

Esta era una de las interminables y furiosas discusiones en las cuales, como también en verdaderas peleas, concluyen frecuentemente las fiestas rusas.

El debate escrito no había dado resultado. En las últimas dos horas, Rubín y Sologdin habían considerado las otras dos leyes de la dialéctica, perturbando las sombras de Hegel y Feuerbach. Pero la discusión no podía mantenerse en pie en ese nivel tan elevado, tan teórico, y con cada golpe que se atizaba el uno al otro, caía más y más dentro del abismo.

-¡Eres un fósil, un dinosaurio! -tronaba Rubín-. ¿Cómo pretendes vivir en libertad con esas ideas salvajes? ¿Crees realmente que la sociedad podría aceptarte?

-¿Qué sociedad? -preguntó Sologdin, poniendo cara asombrada- He estado en la cárcel desde que tengo memoria, en compañía de guardias y alambrados de púa. Estoy completamente desconectado de esa *sociedad* que hay de las alambradas afuera. Desconectado, además, para siempre. Así que, ¿para qué debo prepararme para vivir en ella?

Habían discutido antes sobre la manera en que los jóvenes crecían y se transformaban actualmente en adultos.

-¿Cómo osas abrir juicio sobre los jóvenes? -volvió a bramar Rubín-. Yo combatí con jóvenes en el frente, crucé con ellos en misiones de exploración las líneas del frente y todo lo que tú sabes de ellos lo oíste gota a gota en algún campo transitorio. Durante doce años no has hecho nada más que fermentar en un campo. ¿Qué has visto del

país? ¿Los Estanques del Patriarca o la aldea de Kolomenskoye los días domingos?

-¿El país? ¿Tú, hablando del país? -exclamó Sologdin con un grito ahogado, como si se lo estuviera estrangulando-. ¡Vergüenza debería darte! ¡Sí, vergüenza! ¿Cuántos pasaron por Butyrskaya? ¿Recuerdas a Gromov, Ivanteyev, Yashin, Blokhin? Ellos cantaban cosas ciertas sobre el país. Contaban sus vidas. ¿Me vas a decir ahora que no los escuchabas? Y acá Vartapetov, y ese que no recuerdo, ¿cómo se llamaba?

-¿Quién? ¿Por qué debería escucharlos? Todos ciegos, chillando como una fiera con la garra en la trampa. Hablan como si el fracaso de sus vidas significara el fin del mundo. Su observatorio es el balde de la letrina. Ven el mundo desde el tocón de un árbol caído; no tienen un verdadero punto de vista.

Siguieron y siguieron, perdiéndoles la pista a sus propios argumentos, incapaces de seguir el hilo de sus propios pensamientos, ignorantes del cuarto en que se hallaban, donde, a su lado, dos ajedrecistas medio locos estaban todavía detrás del tablero. Un viejo herrero, fumador empedernido, tosiendo ininterrumpidamente, completaba el cuadro que tenían ante los ojos y no veían. Sólo eran conscientes de sus gestos de enojo, de sus caras inflamadas, una barba negra e hirsuta contra una refinada perilla rubia.

Los dos trataban de hacer lo mismo: darle al otro en un punto sensible que lo hiciera saltar.

Sologdin le dirigió a Rubín una mirada tan cargada de pasión, que si los ojos pudieran derretirse en el fuego de su sentimiento, sus ojos lo hubieran hecho.

-¿Cómo puede uno hablar contigo? ¡Eres inaccesible a la razón! No te cuesta absolutamente nada pasar de una posición extrema a la

otra. Pero lo que me resulta más repugnante, es que en su interior, crees en el "motto" -en su frenesí había utilizado una palabra que no era de origen ruso, pero que, por lo menos, pertenecía a la época de los caballeros andantes- que el fin justifica los medios. Pero si cualquiera te lo pregunta en la cara, eres capaz de negárselo, isí, de negárselo! Estoy seguro de que lo negarías.

-¿No, por qué? -De repente, Rubín habló con una frescura sedante.- No lo creo, para aplicarlo yo mismo. Pero es distinto cuando nos colocamos en el plano social. Nuestros fines son los primeros en la historia, tan elevados que podemos decir que justifican los medios por los cuales se los ha alcanzado.

-¡Ah!, así que todo se reduce a eso -dijo Sologdin, viendo un blanco descubierto para su espadín y se lanzó a fondo en una formidable y tremenda estocada-. ¡Deberías recordar que cuanto más altos son los fines, más altos deben ser los medios! Los medios deshonestos destruyen los fines mismos.

-¿Qué consideras medios deshonestos? ¿Quién emplea medios deshonestos ? ¿Puede que te atrevas a negar la moralidad de los medios revolucionarios? ¿Quizá también niegues la necesidad de la dictadura?

-¡No me arrastres a la política! -dijo Sologdin, agitando su dedo rápidamente a una distancia peligrosa de la nariz de Rubín-. Fui preso por el art. 58, pero nunca tuve nada que ver con la política; no la conozco. El herrero que ves allí sentado está también por el art. 58 y es analfabeto.

-¡Contesta a la pregunta! -insistió Rubin-. ¿Reconoces la dictadura del proletariado?

-No he dicho una palabra respecto al gobierno de los trabajadores. Sólo te hice una pregunta puramente ética. ¿Los fines

justifican o no justifican los medios? ¡Y me has contestado! ¡Te has descubierto! . . .

-¡No dije que lo hiciera a nivel personal!

-¿Y qué tiene? -dijo Sologdin, apenas capaz de sofocar un grito-. ¡La moralidad no debe perder su fuerza a medida que aumenta su extensión! Eso querría decir que sería una villanía el matar o traicionar a una persona, pero cuando el Único e Inefable liquida de un plumazo de cinco a diez millones, entonces eso está de acuerdo con la ley natural y debe ser elogiado por su sentido progresista.

-¡No se pueden comparar las dos cosas! Son cualitativamente distintas.

-¡Basta de sostener algo con lo que no estás de acuerdo! ¡Eres demasiado inteligente como para creer esa porquería! ¡Nadie que sea razonable puede pensar eso! ¡Estás mintiendo descaradamente!

-¡Tú eres quien está mintiendo! Todo en ti es sólo una comedia.

¡Tu aburrido "Lenguaje de Máxima Claridad"! ¡Cuando te haces el caballero andante! ¡Cuando quieres ponerte a la altura de Alexandr Nevsky! Todo es una representación teatral en ti, porque eres un fracasado. ¡Hasta cuando serruchas la madera, allí también estás representando tu papel!

-¡Por alguna razón has dejado de ir allí! Tendrías que trabajar con las manos, no con la lengua en este lugar.

-¿Quieres decir que faltar tres días es dejar de ir? La discusión siguió sin detenerse, atravesando sin cesar los lugares iluminados y los oscuros de sus memorias, como un expreso nocturno avanza a toda velocidad a través de las estepas vacías y las brillantes ciudades; del mundo exterior sólo se percibía el fugitivo resplandor de una luz, o un sonido pasajero, que no tenía efecto alguno sobre la desenfrenada carrera de sus pensamientos acoplados.

-¡Podrías empezar a aplicar tu moralidad a ti mismo! -dijo Rubin con indignación-. ¿Qué tal andaban los fines y los medios en tu caso? *¡En la vida personal de uno!* Recuerda lo que soñabas cuando te recibiste de ingeniero. Estabas decidido a ganar un millón.

-¡Tú también podrías acordarte de que les enseñaste a los niños campesinos a delatar a sus padres!

Se conocían desde hacía dos años. Ahora estaban tratando de echarse en cara mutuamente, de la manera más destructora y dolorosa posible, todo lo que habían aprendido sobre el otro durante sus conversaciones más íntimas. Todo lo que recordaban se convertía en un arma, en una acusación. En vez de ascender al plano de lo abstracto, su duelo descendía cada vez más hasta los más dolorosos detalles personales de cada uno.

-¡Ahí tienes a tus partidarios! ¡Ahí tienes a tus mejores amigos!

-Sologdin estaba que ardía.- ¡Shishkin-Myshkin! No entiendo; ¿cómo te mantienes tan alejado de ellos? ¿Qué hipocresía es ésta?

-¿Qué? ¿Qué es lo que dices? -Rubin se ahogaba-. ¿Lo dices en serio?

No. Sologdin sabía muy bien que Rubin no era un delator, que nunca podría serlo. Pero la tentación de echarlo por maldad con la banda de oficiales de seguridad, era demasiado fuerte.

-Después de todo -insistió Sologdin-, serías más consecuente con tus puntos de vista. Desde el momento que nuestros carceleros tienen razón, es tu deber el ayudarlos en todo lo que puedas. ¿Y por qué no hacer un poco de delator? Shikin escribiría un informe favorable y tu caso sería reconsiderado.

-¡Eso me huele a sangre! -dijo Rubin apretando sus enormes puños y levantándolos como quien se dispone a pelear-. Hay caras que quedan estropeadas por decir cosas así.

-Yo sólo dije -contestó Sologdin, tratando de parar la estocada con el mayor freno posible- que mostraría mayor consistencia de tu parte. Si los fines justifican los medios.

Rubin abrió los puños y miró con desprecio a su rival.

-¡Uno debe tener *principios*! Tú no tienes ni uno. Todo ese parloteo abstracto sobre el Bien y el Mal. . . .Sologdin aclaró su tesis:

-¡Qué puedes pretender! Razónalo tú mismo. Desde el momento en que todos hemos sido encarcelados justamente y tú constituyes la única excepción, debemos reconocer que la razón está de parte de nuestros carceleros. Cada año escribes una carta solicitando un indulto.

-¡Mentira! No pido un indulto sino que se revea mi caso.

-¿Dónde está la diferencia?

-Hay una gran diferencia, ya lo creo.

No te dan calce y tú sigues rogando. ¡Tú eras el que no quería discutir acerca de lo que significa el orgullo en la vida de un hombre, pero deberías pensar más en el orgullo! Estás pronto a rebajarte sólo por conseguir una mísera libertad material. Eres como un perrito atado a una cadena. Quienquiera tenga la cadena en la mano, tiene dominio sobre ti.

-¿Y tú no estás acaso en poder de nadie? -dijo Rubín furioso-. ¿No suplicarías si pudieras?

-¡No!

-¡Bueno, es que no tienes la menor posibilidad de obtener tu libertad! Si la tuvieras, no te limitarías a rogar sino que...

-¡Jamás! -dijo Sologdin.

-¡Qué noble de tu parte! Te burlas de todo el lío que hay en el GRUPO SIETE, pero si pudieras hacer algo espectacular para poner las cosas en su lugar, te arrastrarías de panza.

-¡Jamás! -repitió Sologdin temblando.

-¡Pero yo te digo! -alardeó Rubin-. Sólo te falta el talento. ¡Las uvas están verdes! ¡Pero si sólo pudieras producir algo, si te llamaran para algo, te arrastrarías sobre tu barriga como un sucio reptil!

-¡Pruébalo! -Ahora era Solodgin el de los puños apretados.-
¡Veremos aquí quién le estropea la cara a quién!

-¡Dame tiempo y te lo probaré! ¡Dame.. . un año! ¿Te animas a darme un año?

-Tómate diez.

-¡Pero te conozco! Te esconderás detrás de la dialéctica, dirás que "todo pasa, todo cambia".

-¡Es para la gente como tú que "todo pasa, todo cambia"! No juzgues a otros por tus defectos.

DOTTY

Las relaciones entre un hombre y una mujer siempre son extrañas: nada puede preverse; no tienen una dirección preestablecida; no se ajustan a ninguna ley. A veces uno llega a un punto muerto en el cual no queda nada por hacer más que sentarse y aullar; todas las palabras han sido dichas, sin ningún resultado; todos los argumentos han sido expresados y deshechos. Pero de pronto, a veces, a causa de unas miradas que se encuentran, la pared que parecía infranqueable no es que estalle, sino que se derrite y allí donde había plena oscuridad brilla una luz clara sobre un sencillo y comprensible sendero para dos.

Sólo un sendero, que quizá aparezca sólo por un minuto.

Hacía tiempo que Innokenty había decidido que entre Dotty y él todo estaba terminado. No podía ser de otra forma, dada su superficialidad, la pequeñez de su estatura moral y el distanciamiento entre ambos. Pero ella estuvo tan afable en la fiesta de su padre, que él se sintió invadido por una ola de cariño hacia ella. Todavía lo sentía cuando volvían en auto a su casa, charlando sobre la fiesta. Mientras Dotty comentaba el inminente casamiento de Clara, la rodeó sin quererlo con su brazo y le tomó la mano. De repente pensó: ¿Si esta mujer nunca hubiera sido su esposa ni su amante, sino que perteneciera a otro y él la hubiera rodeado con su brazo de ese modo, ¿qué estaría sintiendo en ese momento? Era bastante claro: no ahorraría esfuerzos para conseguirla.

Entonces, ¿por qué siendo ella su legítima esposa, le parecía tan vergonzoso desear ese mismo cuerpo?

Era degradante, despreciable, pero exactamente como estaba ahora -arruinada, manchada por otras manos-, ahora, en el mismo instante, lo excitaba tremendamente. .. tremendamente. Como si tuviera que pasar por una prueba. ¿Qué prueba? ¿Ante quién?

Cuando estuvieron de vuelta en su propio "living", al despedirse, Dotty apoyó de una manera culpable la cabeza, sobre su pecho, le dio un beso torpe en el cuello y se fue sin atreverse a mirarlo. Innokenty se fue a su propio cuarto y se desvistió para irse a dormir. De repente sintió que no podía sin ir al cuarto de Dotty.

En parte era que se había sentido a salvo del arresto en la fiesta; la gente bebiendo, conversando y riendo, le había hecho las veces de una armadura; pero ahora, en la soledad de su estudio, el miedo se apoderó nuevamente de él.

Estaba ante la puerta de su mujer en salida de baño y pantuflas. Todavía indeciso entre golpear o no, empujó suavemente, la puerta con la mano. Dotty siempre había cerrado su puerta con llave por la noche, pero esta vez se abrió en cuanto la tocó. Sin golpear, Innokenty entró. Dotty estaba en la cama, con una colcha de suavísima seda plateada violácea. Hubiera tenido que asustarse pero no se movió. La luz de la pequeña lámpara de la mesita de luz, le daba sobre la cara, el pelo rubio y el camisón del color oro de su cuerpo, donde cada pliegue, cada apertura y las transparencias del encaje, diseñado por un gran artista, tornaban a la mujer mucho más seductora que si estuviera desnuda.

Hacía bastante calor en el dormitorio, pero éste le resultó agradable a Innokenty; parecía tener escalofríos. Había un débil perfume.

Fue hasta su mesita, cubierta con una tela de color gris humo. Recogiendo una concha marítima, dándole mil y una vueltas entre sus manos, dijo en un tono poco amistoso, sin mirarla: No sé lo que estoy haciendo aquí. No puedo imaginar que pueda haber algo entre nosotros otra vez. (No se le ocurrió hablar y ni siquiera pensar en sus propias infidelidades en Roma). "Pero de repente pensé: ¿Y qué será si voy

Nerviosamente jugueteaba con el caracol y se dio vuelta sólo con la cabeza. Se despreciaba.

Ella deslizó su mejilla y su sien de la almohada y levantó su vista para mirarlo, atenta y tiernamente, aunque apenas lo distinguía en la semioscuridad. Sus brazos parecían desnudos y desvalidos bajo los encantadores pliegues de su camisón. Sostenía levemente un libro en una mano.

--Sólo tírate un minuto aquí, a mi lado, aunque sea -dijo enternecedoramente.

¿Recostarse un ratito? ¿Por qué no? Perdonarle todo lo sucedido era otra cosa.

Era mucho más fácil hablar acostado; por alguna razón podía decir mucho más, podía decir cosas mucho más íntimas, si estaban tirados, con los brazos entrelazados, bajo la misma colcha, que si estaban sentados uno frente a otro, en sillones.

Dio un par de pasos hacia la cama; luego titubeó.

Ella levantó el borde de la frazada y lo sostuvo, descubriendo la caliente profundidad.

Sin darse cuenta de que estaba pisoteando el libro que había caído de entre los dedos de ella, Innokenty se acostó en esa profundidad y la manta lo cubrió.

LA ESPADA AFILADA DE ACERO DE DAMASCO

Al fin dormía toda la *sharashka*.

Doscientos ochenta "zeks" dormían bajo las lamparillas azules, con las cabezas arriba o abajo de las almohadas, respirando silenciosamente, roncando repugnantemente o gritando desaforadamente, encogidos para tener más calor o despatarrados para refrescarse. Dormían en los dos pisos del edificio, sobre dos hileras de catres por piso, viendo distintas cosas en sus sueños: los viejos veían a sus seres queridos; los jóvenes veían mujeres; alguno veían lo que habían perdido; otros un tren; otros una iglesia; unos pocos veían a sus jueces. Pero, a pesar de todas las diferencias que había entre sus sueños, en todos ellos, los durmientes pesadamente soñaban que estaban presos; si estaban vagando por las verdes praderas ó por la ciudad, eso quería decir que se habían escapado, engañando a sus carceleros, que había habido un malentendido y se los perseguía. Ese feliz estado del olvido de sus cadenas que imaginó Lonfellow en el "Sueño del esclavo", no les era dado.

El impacto de su inmerecido arresto, la sentencia a diez o veinticinco años, los ladridos de los perros de policía, el taconeo de las botas de los guardias de la escolta y el desgarrante ruido del despertar del campo, habían penetrado en cada uno de los resquicios de sus seres, todos los instintos secundarios y hasta los primarios, llegando hasta los mismos huesos. De producirse un incendio, el prisionero

despertado de improviso hubiera recordado, primero, que estaba en la prisión, y sólo entonces advertido las llamas y el humo.

Mamurin, el dirigente depuesto, dormía en su celda solitaria. Los guardias que no estaban de turno, dormían. Los guardias que estaban de turno, dormían. La ayudante del médico, después de haberse resistido también gran parte de la noche al teniente de los bigotes cuadrados, había cedido recientemente, y ahora, ellos también, dormían en el estrecho diván del dispensario. Y hasta el pequeño guardia canoso apostado en las puertas de hierro aseguradas con cerrojos que conducían a la prisión desde el descanso de la escalera principal, viendo que nadie venía a controlarlo, y no habiendo recibido respuesta cuando hizo zumbir su teléfono de campaña, también se había dormido con la cabeza apoyada en la pared, sin vigilar ya el corredor de la prisión a través de la ventanilla, como era su cometido.

Y eligiendo resueltamente esa hora en las profundidades de la noche, cuando las normas de la prisión de Mavrino habían cesado de funcionar, el prisionero N° 281, sin hacer ruido, abandonó la habitación semicircular, entrecerrando los ojos por la luz brillante, pisoteando con sus botas las abundantes colillas de cigarrillos esparcidas en el piso. Se había calzado las botas de cualquier manera, sin colocarse los peales y puesto su gastado capote militar sobre la ropa interior. Su barba negra estaba enmarañada. El cabello ralo colgaba a cada lado de su cabeza y su rostro evidenciaba sufrimiento.

Había tratado en vano de dormir. Ahora se levantaba para caminar por el corredor. Había hecho esto más de una vez. Aliviaba su irritación, el agudo dolor de la nuca y el punzante dolor cerca del hígado.

Pero aun cuando abandonara la habitación a fin de caminar, llevaba como siempre, una par de libros, en uno de los cuales guardaba doblado un borrador manuscrito de un "Proyecto para templos cívicos". También llevaba un lápiz con la punta mal sacada. Habiendo colocado los libros, el lápiz, una caja de tabaco rubio y una pipa en una mesa larga y sucia, Rubín comenzó a caminar de arriba a abajo por el corredor, manteniendo su capote cerrado.

Admitía que las cosas eran difíciles para todos los prisioneros, tanto para los que habían sido encarcelados sin motivo alguno, como para aquellos que lo habían sido porque eran enemigos del Estado. Pero su situación acá la consideraba trágica en el sentido aristotélico. Había recibido el golpe de las manos de aquellos que más amaba. Había sido encarcelado por burócratas insensibles, porque amaba la causa común hasta un grado inconveniente. Y como resultado de esa trágica contradicción, a fin de defender su propia dignidad y la de sus camaradas, Rubin se vio compelido a alzarse diariamente contra los oficiales y guardias de la prisión, cuyas acciones, de acuerdo a su punto de vista del mundo, estaban determinadas por una ley totalmente verdadera, correcta y progresista. Por otra parte, la mayoría de sus camaradas, no eran camaradas en ningún sentido. En todas partes de la prisión, lo rechazaban, lo maldecían, casi lo atacaban, porque eran incapaces de mirar más allá de sus propias aflicciones y de ver la gran conformidad a la Ley Natural detrás de todo ello. En cada celda, en cada nuevo encuentro, en cada discusión, se vio forzado a probarles -incansablemente, desdeñando, prescindiendo de sus insultos- que, de acuerdo a amplias estadísticas y en el programa general, todo marchaba como debía: la industria estaba floreciendo, la agricultura producía excedentes, la ciencia

progresaba a pasos agigantados y la cultura resplandecía como un arco iris.

Sus oponentes, siendo la mayoría, actuaban como si fueran el pueblo y como si él, Rubin, hablara por una pequeña minoría. Pero él sabía que esto era mentira. El *pueblo* estaba fuera de la prisión, del otro lado de las alambradas de púas. El pueblo había tomado Berlín, había encontrado a los americanos en el Elba, se había derramado hacia el este en los trenes de desmovilización, había ido a reconstruir Dneproges, llevado vida a Donbass, reconstruido Stalingrado. El sentirse unido a millones de seres lo salvaba de sentirse solo en su batalla contra algunas docenas.

A menudo lo vilipendiaban, no en aras de la verdad, sino para vengar sus propios errores, por no poder hacerlo con sus carceleros. Lo perseguían sin importarles que cada uno de esos conflictos lo destruyeran y lo acercaran cada vez más a la tumba.

Pero él tenía que discutir. En el sector del frente de la *sharashka* de Mavrino, había pocos que pudieran defender el socialismo como él.

Rubin golpeó la ventanilla de vidrio de la puerta de hierro una, dos veces, la tercera con más fuerza. La tercera vez la cabeza canosa del guardia somnoliento apareció en la ventanilla.

-Me siento enfermo -dijo Rubín-. Necesito remedios. Lléveme a la ayudante del médico.

El guardia pensó un momento.

-Está bien. La llamaré. Rubin continuó paseándose.

Era, en conjunto, una figura trágica.

Había sido encarcelado en este lugar antes que nadie.

Su primo, ya adulto, a quien Lev de dieciséis años veneraba, le había pedido que ocultara algún material de fundición de imprenta. Lev cumplió la orden con entusiasmo. Pero descuidó eludir al

muchacho vecino que lo había espiado y delatado. Lev no delató a su primo; inventó una historia diciendo que había encontrado el material de fundición debajo de una escalera.

Mientras caminaba por el corredor, desde un extremo al otro, con su paso medido y pesado, Rubin recordaba su confinamiento solitario en la prisión interior de Kharkov, veinte años atrás.

La prisión interior había sido construida según los lineamientos americanos: un pozo abierto, de varios pisos, con escaleras y descansos de hierro, y un guardia dirigiendo el tráfico desde el fondo, con banderas de señales. Cada sonido retumbaba por la cárcel. Lev podía oír el ruido sordo mientras arrastraban a alguien por la escalera de hierro y, de pronto, un alarido estremecedor sacudía la prisión.

-¡Camaradas! ¡Saludos desde la helada celda de confinamiento! ¡Abajo con los verdugos stalinistas!"

Lo estaban castigando; se oía ese sonido especial de los golpes sobre la carne blanda. Luego debieron taponarle la boca; el alarido se hizo intermitente hasta que cesó por completo. Pero trescientos prisioneros, en trescientas celdas solitarias, se abalanzaron a sus puertas, golpeándolas y rugiendo:

-¡Abajo con los perros sanguinarios!

-¡Están bebiendo-la sangre de los trabajadores!

-¡Tenemos otro zar sobre nuestras espaldas!

-¡Viva el leninismo!

Y de pronto, en algunas de las celdas se levantaron voces enloquecidas:

"Levantaos, marcados por la maldición. . .

Y la masa invisible de prisioneros, olvidando su propia condición, tronó:

*"Esta es nuestra última
y decisiva batalla. . ."*

No se les veía, pero como Lev, muchos de los que cantaban tenían sin duda lágrimas de éxtasis en sus ojos.

La prisión zumbaba como un colmenar alarmado. Aferrando sus llaves, los carceleros se amontonaban en las calderas, aterrorizados por el himno inmortal del proletariado.

-¡Qué oleada de dolor en su nuca! ¡Qué presión sentía en la parte baja del lado derecho!

Rubín tamborileó de nuevo con los dedos en la ventanilla. Al segundo llamado apareció el rostro somnoliente del mismo guardia. Corriendo el vidrio, murmuró:

-Llamé, pero no contestan.

Quiso cerrar la ventanilla. Pero Rubín la detuvo con la mano y no lo dejó.

-Bien. ¡Entonces vaya hasta allá! -gritó con la irritación que le provocaba el dolor-. Estoy enfermo, ¿comprende? ¡No puedo dormir! Llame a la ayudante del médico.

-Está bien -asintió el guardia. Cerró la ventanilla.

Una vez más, Rubín comenzó a pasear de uno a otro extremo, midiendo con desesperación el pedazo de corredor salpicado, de restos de colillas de cigarrillos. El tiempo parecía deslizarse con tanta lentitud como sus pasos.

Y más allá de la imagen de la prisión interior de Kharkov --que siempre recordaba con orgullo, aun cuando aquellas dos semanas de

confinamiento solitario eran un borrón en sus interrogatorios policiales y en toda su vida, y habían contribuido a su sentencia actual- otros recuerdos ocultos volvían a su mente, llenándolo de vergüenza.

Un día lo habían llamado a la Oficina del Partido, en la fábrica de tractores. Lev se consideraba una de las piedras angulares de la fábrica. Trabajaba con el personal editorial del diario, recorría las tiendas para inspirar a los trabajadores jóvenes e insuflar energía en los más viejos y colocaba boletines referentes a los triunfos de las brigadas elegidas y ejemplos de iniciativas especiales o de trabajos descuidados.

El muchacho de veinte años, vistiendo su camisa de campesino, entró a la Oficina del Partido tan desprevenido como cierto día llegara a la oficina de Pavel Petrovich Postyshév, Secretario del Comité Central de Ucrania. Y ;como en aquella ocasión, había dicho simplemente: -¡Hola, Camarada Postyshév! y había sido el primero en extender la mano; esta vez dijo a la mujer de cuarenta años, cuyo cabello cortó estaba cubierto por un pañuelo rojo triangular:

-¡Hola, Camarada Bakhtina! ¿Me llamaste?

-Hola, Camarada Rubín -apretó su mano-, siéntate.

Se sentó.

Había una tercera persona en la habitación, pero no era un trabajador. Llevaba corbata, traje y zapatos amarillos. Estaba sentado hacia un lado, mirando unas notas, pero sin prestarles atención.

La oficina del Partido era severa como un confesionario, decorada en rojo refulgente y sobrio negro.

En cierta forma constreñida y carente de vitalidad, la mujer habló con Lev sobre asuntos de la fábrica que, antes, siempre

discutieran con fervor. De pronto, echándose hacia atrás, dijo con firmeza:

-¡Camarada Rubín! Debe usted confesar sus negligencias para con el partido!

Lev quedó atónito. ¿Qué andaba mal? ¿No le había dado al Partido toda su fuerza, toda su salud, noche y día?

-No. ¡Eso no es bastante!

-Pero, ¿qué más puedo dar?

Ahora intervino el extraño. Se dirigió a Rubín tratándolo de usted, lo que hirió su oído proletario: Expresó que Rubín debía declarar al Partido con sinceridad todo lo que supiera acerca de su primo casado. . . la historia íntegra. ¿Era verdad que su primo había sido miembro activo de una organización opositora y que él había ocultado esto al Partido?

Tenía que decir algo instantáneamente. Ambos lo miraban con fijeza.

A través de los ojos de este mismo primo. Lev había aprendido a ver la Revolución. Había aprendido de él, también, que no todo era tan hermoso y sin problemas como parecía en las demostraciones del 1º de Mayo. En realidad, la Revolución era una primavera. . . por eso es que había mucho barro que chapotear antes de encontrar una senda firme.

Pero cuatro años habían pasado y las disputas dentro del Partido cesaron. Comenzaban a olvidar la oposición. Habían construido, para bien o para mal, el trasatlántico de la colectivización con los miles de las frágiles y pequeñas embarcaciones campesinas. Los altos hornos de Magnitogorsk estaban vomitando humo y los tractores de las primeras cuatro fábricas de los mismos, estaban abriendo surcos en los campos de las granjas colectivas. Y el "518" y el "1040" estaban

detrás de ellos. Objetivamente, todo se estaba haciendo para la mayor gloria de la revolución mundial.. . ¿Tenía, entonces, sentido, batallar ahora porque se le diera a todos estos grandes hechos el nombre de una persona en particular? (Lev se había obligado a amar hasta ese nombre. Sí, había llegado a amarlo). ¿Por qué, entonces, arrestar a la gente ahora? ¿Por qué vengarse de aquellos que una vez estuvieron en desacuerdo?

-No lo sé. Nunca fue miembro de la oposición -Lev se encontró contestando. Sin embargo, comprendía que si hablaba como hombre adulto, sin romanticismo juvenil, las negativas ya no tenían sentido.

Los gestos de la Camarada Bakhtina eran bruscos y enérgicos. El Partido: ¿puede haber algo superior al Partido? ¿Cómo se puede responder al Partido con negativas? ¿Cómo se puede titubear en confesar al Partido? El Partido no castiga; es nuestra conciencia. Recuerde lo que dijo Lenin.

Diez pistolas apuntando a su cabeza no hubieran asustado a Rubin. Tampoco le hubiera arrancado la verdad el confinamiento en la celda fría, ni el exilio a Solovki. Pero no podía, en ese confesionario rojo y negro, mentirle al Partido.

Les dijo cuándo y dónde su primo había pertenecido a la organización de la oposición y lo que había hecho.

La mujer predicadora guardó silencio.

El cortés huésped con zapatos amarillos dijo:

-De manera que, si lo ha entendido bien. . . -y leyó lo que había escrito en una hoja de papel-. Y ahora, ¡firme aquí! Rubín retrocedió.

-¿Quién es usted? ¡Usted no es el Partido!

-¿Por qué no? -preguntó el huésped ofendido-. También soy un miembro del Partido. Soy un investigador del GPU.

Una vez más Rubín tamborileó en la ventanilla. El guarda, que obviamente había vuelto a despertar, dijo malhumorado:

-Oye ¿para qué golpeas? ¡He llamado qué sé yo cuántas veces, y no contestan!

Los ojos de Rubín ardían de indignación.

-¡Le he pedido que fuera hasta allá, no que llame! ¡Tengo mal el corazón! Quizás muera. . .

-No morirás -el guardia arrastraba las palabras, conciliador, casi con benevolencia-. Durarás hasta la mañana. Ahora, juzga tú mismo. ¿Cómo puedo marcharme y abandonar mi puesto?

-¿Qué idiota le va a usurpar su puesto? -exclamó Rubin.

-No se trata de que alguien lo usurpe, sino de que las reglamentaciones lo prohíben. ¿No has servido tú en el ejército?

La cabeza de Rubin palpitaba con tanta violencia, que casi llegó a creer que, en verdad, moriría en ese minuto. Viendo su cara contorsionada, el guarda decidió:

-¡Está bien! Retírate de la ventanilla y no llames. Iré hasta allá. Aparentemente se había ido. A Rubin le pareció que su dolor disminuía un poco.

Una vez más comenzó a pasearse pausadamente por el corredor.

Y a través de su mente revivían otros recuerdos que no tenía deseo alguno de despertar. Olvidarlos significaba librarse de ellos.

En seguida de haber dejado la prisión, deseoso de expiar su culpa, a los ojos de los Komsomols y de probar ante sí mismo y la clase revolucionaria que era un elemento útil, Rubin, con un Máuser a la cadera, había partido para colectivizar una aldea.

Cuando hubo corrido descalzo dos millas, intercambiando disparos con campesinos encolerizados, ¿qué pensaba que estaba

haciendo? -Por lo menos, ¡estoy luchando en la Guerra Civil! Nada más que eso.

Todo parecía tan perfectamente natural: destapar hoyos llenos de grano enterrado; no permitir a los dueños moler los granos u hornear su pan; no dejarles que extrajeran el agua de los pozos. Y si el hijo de un campesino moría. . . ¡que muera! Ustedes, demonios hambrientos y sus hijos con ustedes. . . ¡pero no hornearán pan! Eso no despertaba ninguna piedad en él sino que se hizo tan común como un tranvía en la ciudad, como el solitario carretón que al amanecer, tirado por un caballo exhausto, cruzaba la aterida y letárgica aldea. Un latigazo en una persiana:

-¿Hay muertos? ¡Sáquenlos! Y en la ventana siguiente:

-¿Hay muertos? ¡Sáquenlos!

Y pronto fue

-¡Eh! ¿Vive alguien todavía?

Sintió una presión abrasadora en la cabeza. Como quemado con una marca al rojo vivo. Le quemaba y algunas veces tenía la sensación de que sus heridas eran una expiación, la prisión una expiación, sus enfermedades una expiación.

En consecuencia, su encarcelamiento era justo. Pero desde que ahora comprendía que lo que había hecho era terrible, y que nunca más volvería a hacerlo, y había expiado por ello. . . ¿cómo podría purificarse de eso? ¿A quién podría decirle que eso no había ocurrido jamás? De ahora en adelante, ¡consideremos que eso no sucedió! ¡Actuaremos como si jamás hubiera sucedido!

¿Qué cosas no drenará una noche de insomnio del alma miserable de un hombre que ha errado?

Esta vez el guardia corrió el vidrio. Había decidido, después de todo, abandonar su puesto. y dirigirse a la jefatura. Sucedió que todo

el mundo estaba dormido y no había nadie que levantara el auricular cuando llamaba el teléfono. El sargento a quien había despertado escuchó su informe y lo reprendió por abandonar su puesto; y sabiendo que la ayudante del médico estaba durmiendo con el teniente, no, se atrevió a despertarlos.

-Es imposible -dijo el guardia a través de la ventanilla-. Yo mismo fui e informé. Dicen que es imposible. Tendrá que esperar hasta mañana.

-¡Me estoy muriendo! ¡Me estoy muriendo! -Rubin resolló con dificultad a través de la abertura-. ¡Voy a romper la ventana! ¡Llame al oficial de guardia ahora mismo! ¡Declaro una huelga de hambre!

-¿Qué huelga de hambre? ¿Es que te están alimentando? -objetó con razón el guardia-. En la mañana, a la hora del desayuno, puedes declararla. ¡Vamos, márchate! Llamaré una vez más al sargento.

Rubin tuvo que controlarse. Dominando su náusea y su dolor, trató de caminar otra vez pausadamente por el corredor. Recordó la fábula de Krylov, "La Espada de Damasco". Cuando, estaba en libertad, en alguna forma, se le había escapado el sentido de la fábula, pero en la prisión lo captó:

*La espada afilada de acero de damasco
fue arrojada a un montón de chatarra
y llevada al mercado, vendida a un campesino por nada.. .*

El campesino utilizó la espada para descortezar los árboles y cortar astillas de madera para su tea. La espada casi no era más que un filo mellado y oxidado. Y un erizo le preguntó a la espada que estaba bajo un banco de la cabaña:

*Díme ¿qué clase de vida estás llevando?
¿No es vergonzoso partir astillas
y estacas?*

Y la espada le respondió al erizo, lo mismo que Rubín se había respondido cientos de veces:

*¡En las manos de un guerrero vencería al enemigo!
Pero aquí mi temple está desperdiciado.
Sin embargo, yo no soy el culpable,
Sino el que no sabe utilizarme.*

TEMPLOS CÍVICOS

Rubin sintió las piernas débiles y se sentó a la mesa, con el codo apoyado sobre ella.

Por muy violentamente que refutara los argumentos de Sologdin, le lastimaban porque sabía que había alguna justicia en ellos. Sí, los cimientos de la virtud habían sido conmovidos; especialmente, entre la generación más joven; la gente había perdido la sensibilidad para las acciones morales hermosas.

En las antiguas sociedades sabían que para mantener la moralidad era necesario una iglesia y un sacerdote con autoridad. Aún ahora, ¿qué campesina polaca daría un paso serio en la vida sin el consejo de su sacerdote ?

Quizás en el presente era más importante para la Unión Soviética mejorar la moralidad pública que construir el Canal Volga-Don o el Angarastroi.

¿Cómo podría lograrse? Ese era el tema del "Proyecto para Templos Cívicos" de Rubin, ya en borrador. Esta noche, mientras durara el insomnio, debía agregarle los toques finales. Luego, cuando se le concediera el derecho de visita, trataría de enviarlo al exterior. Podría ser escrito a máquina y remitido al Comité Central. No podría enviarlo bajo su propio nombre -el Comité Central se sentiría ofendido si tal consejo proviniera de un prisionero político- pero tampoco podía hacerse anónimamente. Dejaría que lo firmara alguno

de sus amigos de la misma ideología; por el bien de una buena causa, Rubin sacrificaría con placer la gloria de haberle dado origen.

Esforzándose por olvidar las oleadas de dolor en su cabeza, Rubín llenó su pipa con tabaco "Vellochino de oro" -por simple hábito; no tenía deseos verdaderos de fumar en ese momento y, en realidad, lo encontró nauseoso. Sin embargo, fumó y comenzó a examinar el proyecto.

Sentado con su capote y ropa interior a la rústica mesa llena de migas de pan y ceniza, respirando el sofocante aire del sucio corredor a través del cual, de tanto en tanto, corrían hacia el baño zeks somnolientos, el autor anónimo estudió la desinteresada propuesta que había escrito en muchas hojas de papel.

El preámbulo planteaba la necesidad de elevar más aún la ya alta moralidad de la población; de dar un mayor significado a los feriados revolucionarios y estatales, y prestar mayor dignidad ceremonial a los actos de casamientos; de otorgar solemnemente nombre a los recién nacidos; la entrada a la mayoría de edad y funerales cívicos. (El autor haría notar suavemente que el nacimiento, matrimonio y muerte, se observan entre nosotros en forma rutinaria, de manera tal, que el ciudadano siente que sus vínculos familiares y sociales son los más débiles).

Como una solución, la propuesta propiciaba el establecimiento de Templos Cívicos, tan majestuosamente diseñados como para que dominaran sus alrededores.

Luego, en secciones separadas, que a su vez estaban divididas en párrafos, el plan de organización estaba cuidadosamente delineado: en qué centros de población, de qué magnitud, o sobre las bases de qué unidad territorial debían construirse los Templos Cívicos. Qué fechas particulares habían de celebrarse con la presencia de todos los

habitantes de la zona. La duración aproximada de los rituales individuales: Los casamientos serían precedidos por esponsales y el anuncio del casamiento con dos semanas de anticipación. Aquellos que entraran a la mayoría de edad serían presentados en grupos y, en presencia de toda la comunidad reunida en el Templo, prestarían un juramento especial de cumplir con sus obligaciones para con el país y sus padres y también pronunciarían un juramento de naturaleza ética general.

La propuesta destacaba que el aspecto ritual de todas estas observaciones no era para ser tomado a la ligera. Las vestiduras de los que servían al Templo debían apartarse de lo común, distinguirse por sus adornos y destacando la pureza blanca como la nieve de aquellos que las vestían.- Los rituales debían desarrollarse rítmica y emocionalmente. No debía descuidarse ninguna oportunidad de llegar a todos los sentidos físicos del auditorio; un perfume especial en el aire del templo, cánticos de música melodiosa, el uso de vidrios de color, candilejas y pinturas murales, todo debía perseguir el desarrollo del gusto estético del pueblo. En verdad, todo el conjunto arquitectónico del Templo debía respirar majestad y eternidad.

Cada una de las palabras del proyecto tenía que ser esmerada, delicadamente escogida entre muchas palabras posibles. De lo contrario, los lectores poco profundos, superficiales, podrían sacar en conclusión, por algún ligero descuido, que el autor proponía simplemente revivir los templos cristianos, sin Cristo. ¡Pero en el sentido más profundo esto no era verdad! Algunos querían trazar analogías históricas, podrían acusar al autor de copiar el culto de Robespierre, del Ser Supremo. Pero, desde luego, iese también era algo muy distinto!

El autor consideraba la parte más original del proyecto, la sección de los nuevos -ino, no sacerdotes!- sino servidores del Templo, como los llamaba. Consideraba que la llave del éxito de todo el proyecto residía en establecer en toda la nación un cuerpo de servidores con autoridad, que gozaran del amor y confianza del pueblo porque sus propias vidas eran irreprochables, generosas y dignas. Proponía al Partido que la selección de candidatos para los cursos que los prepararían para convertirse en servidores del Templo, deberían de hacerse de acuerdo a los principios de moralidad, y que debían ser removidos de cualquier otro trabajo que pudieran estar realizando. Después de haber sido satisfecha la pesada demanda inicial, este programa de cursos podría, con los años, hacerse mucho más extenso y más profundo y podría suministrar a los servidores una amplia y brillante educación, incluyendo -en particular- la retórica. (La declaración proclamaba audazmente que el arte de la oratoria había declinado en el país, tal vez porque no había necesidad de ser persuasivo donde la población entera, incondicionalmente, apoyaba a su amado Estado, sin ella).

La revisión de esta declaración absorbió en tal forma su espíritu laborioso que, si no podía olvidar del todo su dolor, por lo menos ya lo trataba como algo extraño.

El hecho de que nadie viniera a echar un vistazo a un prisionero que podía estar muriendo en una hora inoportuna, no sorprendió a Rubín. Había visto bastantes ejemplos como este en las prisiones de contraespionaje y en campamentos de tránsito.

Así, cuando la llave sonó en la puerta, Rubín, con el primer latido de su corazón, tuvo miedo de ser descubierto en medio de la noche realizando una actividad que estaba contra los reglamentos y tener que soportar algún castigo fastidioso y estúpido. Recogió sus

papeles, el libro, el tabaco, y se volvió a la habitación semicircular; pero era demasiado tarde. El rudo y corpulento Sargento principal lo vio a través de la ventanilla y lo llamó desde el otro lado de las puertas cerradas.

Inmediatamente Rubin recapacitó nuevamente; sintió que lo recorría otra vez su soledad, su penoso desamparo, su dignidad herida.

-¡Sargento! -dijo despacio, acercándose al ayudante del oficial de guardia-. He estado pidiendo que llamaran a la ayudante del médico durante más de dos horas. Voy a elevar una queja a la administración de MGB, contra la ayudante del médico y contra usted.

Pero el Sargento mayor respondió en tono conciliatorio:

-Rubin, no pude hacer nada antes. No fue culpa mía. ¡Vamos. . .!

Lo que pasó fue que, tan pronto como supo que no se trataba de alguien que provocara un alboroto menor, sino de uno de los prisioneros más molestos, intentó hacer levantar al Teniente. No había obtenido respuesta durante largo rato; luego la ayudante del médico miró hacia afuera por un momento y desapareció. Por fin, el teniente dejó el dispensario malhumorado y dio permiso al sargento principal para hacer entrar a Rubin.

De manera que Rubin metió sus brazos en las mangas del capote y lo abotonó encima de su ropa interior. El sargento mayor lo llevó por el corredor del sótano y subieron al patio de la prisión por las escaleras, en donde se asentaba una capa de nieve. La noche estaba inmóvil como una pintura, la nieve se amontonaba en blancos pilares contra la oscuridad, mientras el sargento mayor y Rubin cruzaban el patio, dejando profundas huellas en la esponjosa nieve.

Aquí, bajo el hermoso cielo nublado de la noche, ahumado por las luces, sintiendo el inocente contacto de las frías y pequeñas

estrellas hexagonales sobre su cara ardorosas y en su barba, Rubin se detuvo y cerró los ojos. Se sintió lleno de una sensación de paz que era tanto más profunda por ser tan breve. . . todo el poder de la existencia, todo el encanto de no ir a ninguna parte, de no pedir nada, de no desear nada, de permanecer solamente allí toda la noche, feliz bienaventuradamente, como se yerguen los árboles acogiendo copos de nieve.

Y en ese preciso momento oyó un largo y penetrante silbato de locomotora que procedía de las vías que pasaban a menos de un kilómetro de Mavrino, ese especial silbato, solitario en la noche, sobrecogedor, que en nuestros últimos años nos recuerda nuestra infancia, porque en la infancia prometía tanto.

Si uno pudiera quedarse aquí durante media hora, todo desaparecería, cuerpo y alma volverían a ser un todo otra vez, y podría componer versos tiernos sobre los silbatos de locomotras en las noches.

¡Si tan sólo no tuviera que seguir tras el guardia!

Pero el guardia ya estaba mirando hacia atrás con desconfianza.. ¿quizás planeara una fuga nocturna?

Las piernas de Rubin lo llevaron a donde tenía que ir.

La joven ayudante del médico estaba rosada de sueño juvenil, la sangre jugando en sus mejillas. Vestía un delantal blanco, obviamente no sobre su camisa y falda de campaña, sino sobre muy poca ropa. En cualquier otro momento, Rubín, como cualquier otro prisionero, hubiera advertido esto y tratado de mirar su cuerpo, pero en este momento sus pensamientos no se interesaban en esta vulgar criatura que había sido la causa de su tormento durante toda la noche.

-Necesito una pildora "Tres en Una" y también algo para el insomnio, pero que no sea luminal. Tengo que dormir en seguida.

-No hay nada para el insomnio -respondió ella, rehusando automáticamente.

-¡Lo necesito! -repitió con insistencia Rubín-. Tengo un trabajo importante que hacer para el ministro desde la mañana temprano. Y no puedo conciliar el sueño.

La mención del ministro, y la consideración de que Rubín pudiera continuar parado allí, insistiendo en que le diera pildoras, así como el hecho de que algo le decía que el teniente volvería en seguida, la convencieron de que debía darle el remedio.

Sacó las pildoras del botiquín e hizo que Rubín las tragara en su presencia, (porque, de acuerdo a la normas de la prisión, toda medicación estaba considerada como un arma y debía ser depositada, no en las manos de un prisionero, sino directamente en su boca).

Rubín preguntó la hora y se enteró de que ya eran las tres y media; salió. Volvió al patio y miró con simpatía los tilos nocturnos que estaban iluminados desde abajo por los rayos de los reflectores de 200 y 500 vatios de la zona; respiró muy hondamente el aire que olía a nieve, se inclinó y tomó un puñado de centelleantes copos de nieve y se frotó con ellos el rostro y el cuello y se llenó la boca con la helada sustancia incorpórea y leve.

Y su alma estaba acorde con la frescura del mundo.

LA COSMOPOLITA SIN RAICES

La puerta que daba del comedor al dormitorio no estaba cerrada por completo y se pudo oír con claridad un único y fuerte tañido del reloj de pared repercutiendo en ondas armónicas antes de desvanecerse.

Eran las "y media" ¿de qué hora? Adam Roitman quería mirar su reloj pulsera que dejaba oír su suave tic-tac desde la mesa de noche, pero temía que el repentino resplandor de la luz pudiera molestar a su esposa. Su mujer dormía en una posición particularmente graciosa, de costado, curvada hacia él, el rostro pegado al hombre de su marido, y Adam sentía el pecho de ella en su codo.

Hacía cinco años que estaban casados, pero hasta medio dormido sentía una oleada de tierna gratitud de que ella estuviera a su lado, por la forma graciosa en que dormía, calentando sus pequeños pies, siempre fríos entre las piernas de él.

Recién se había despertado de un sueño incoherente. Quería Volver a dormirse, pero comenzó a recordar los boletines de noticias de la tarde y los problemas en la *sharáshka*, y a medida que los pensamientos se apilaban sobre los pensamientos, sus ojos se abrieron y se quedó mirando fijamente. Se sintió víctima de esa lucidez nocturna que hace imposible e inútil todo esfuerzo por conciliar el sueño.

En el departamento de arriba de los Makarygin hacía tiempo que había cesado el andar de un lado a otro moviendo muebles, que había durado casi toda la tarde.

A través de un estrecho espacio entre las cortinas corridas, llegaba el débil y grisáceo resplandor de la noche.

Insomne, acostado allí en pijama, Adam Veniáminovich Roitman no sentía nada de la seguridad en sí mismo y superioridad que le daban durante el día los galones de sus charreteras de Mayor de la MGB, y su medalla del Premio Stalin. Estaba de espaldas en la cama, como otros mortales, y sentía que el mundo estaba lleno de gente, que era cruel, que no era un lugar fácil para vivir.

Esa tarde, mientras en lo de Makarygin bullía la alegría, uno de sus más antiguos amigos vino a verlo. También era judío. Llegó sin su esposa; estaba preocupado y lo que le dijo a Roitman era deprimente. No era nada nuevo. Había empezado la primavera anterior en el campo de la crítica teatral. Al principio pareció bastante inocente imprimir los verdaderos nombres de los críticos que entre paréntesis eran judíos. Luego se trasladó al mundo literario. En cierto periódico de menor importancia, que se ocupaba de todo lo que existe bajo el sol menos de sus asuntos, alguien deslizó la venenosa palabra "cosmopolita". Así se descubrió la palabra. La hermosa y orgullosa palabra que une a todos los mundos del universo, que había coronado los genios más nobles de todas las edades -Dante, Goethe, Byron- esa palabra había sido distorsionada y afeada en las páginas de ese despreciable pasquín, y empezó a significar judío.

Luego se arrastró aún más escondiéndose vergonzantemente en archivos de documentos guardados detrás de puertas cerradas.

Y ahora, el soplo escalofriante y admonitorio estaba llegando hasta la esfera técnica. Roitman que avanzaba sin cesar y brillantemente hacia la fama, había sentido el mes anterior que su propia posición estaba siendo socavada, ¿Podría su memoria estar jugándole una mala pasada? Durante la Revolución, y por mucho

tiempo después, la palabra hebreo había tenido una connotación de mayor confianza que la palabra "ruso". Un ruso tenía que ser más investigado que un judío: ¿Quiénes eran sus padres? ¿Cuál había sido su fuente de ingresos antes de 1917? Esto no era necesario con un judío. Para cualquiera, los judíos estaban en favor de la Revolución que los había librado de los pogroms, y de las restricciones de residencia.

Y ahora, imperceptiblemente, Iosif Stalin, ocultándose detrás de una pantalla de figuras de segundo rango, estaba empuñando el látigo del perseguidor de los israelitas.

Cuando un grupo de personas es perseguido porque ha explotado a otros, o han sido miembros de una casta dominante, o profesado ciertos puntos de vista políticos, o tienen ciertas relaciones, siempre hay motivos razonables (o pseudo-razonables) para iniciar una acción contra ellos. Por lo menos, sabría que uno mismo ha elegido su suerte, que podía haber elegido de otra manera.

Pero, ¿la nacionalidad ?

(El yo íntimo de Roitman, su yo nocturno, objetaba: la gente no elige su origen social, tampoco. Sin embargo, era indudable que los perseguían por ello).

Pero en el caso de Roitman, lo que verdaderamente lastimaba, residía en el hecho de que en el fondo quería pertenecer, quería ser lo mismo que todos los demás. Pero ellos no lo querían, lo rechazaban, decían que era un extraño. Que no tenía raíces. Que era un judío.

Lentamente, con gran solemnidad, el reloj de pared en el comedor dio cuatro campanadas y se detuvo. Roitman esperó la quinta campanada; se alegró de oír sólo cuatro. Todavía tenía tiempo para volver a dormirse.

Se movió ligeramente. Su esposa murmuró algo en el sueño, dándose vuelta y apoyando la espalda contra su marido. Él cambió de posición, ajustándose al contorno del cuerpo de ella y le pasó un brazo por encima. Agradecida, quedó en silencio.

En el comedor su hijo dormía tranquilo, tranquilo como siempre. Nunca se despertaba durante la noche, nunca lloraba ni llamaba.

Este vivaracho chiquillo de tres años era el orgullo de sus jóvenes padres. Adam Veniaminovich describía todos sus hábitos y sus progresos con delicia, hasta a los zeks en el Laboratorio de Acústica. Con la insensibilidad habitual de las personas felices, no comprendía cuan doloroso era esto para hombres privados de la paternidad. Su hijo podía charlar con fluidez, pero su pronunciación todavía era incierta. Durante el día imitaba a su madre (se adivinaba que ella era del Volga por la forma en que pronunciaba una "o" con acento). Por la tarde hablaba como su padre -Adam no sólo hacía sonar las "r" en el fondo de su garganta, sino que también tenía otros desgraciados defectos de pronunciación.

En la vida sucede que si llega y cuando por fin llega la felicidad, no tiene límites. Amor y matrimonio, seguido del nacimiento de su hijo, coincidieron en la historia de Roitman con la terminación de la guerra y con su Premio Stalin. Y no era que le hubiera ido mal durante la guerra. En la tranquila Bashkir, con generosas raciones de alimentos, él y sus actuales colegas en el Instituto Mavrino, habían diseñado el primer sistema para la codificación telefónica. Ese sistema parecía completamente primitivo ahora, pero en aquellos días los convirtió en personajes laureados.

¡Qué febrilmente habían trabajado en eso! ¿Qué había sido de su entusiasmo, de su decidido espíritu de investigación, de la llama que se encendiera dentro de ellos?

Con la penetración que da el yacer despierto en la oscuridad, cuando la propia visión no está distraída y se vuelve para adentro, Roitman comprendió de pronto lo que había echado de menos estos últimos años. Sin duda, era el hecho de que todo lo que estaba haciendo, no lo hacía él mismo.

No había advertido, siquiera, cuándo y cómo había dejado de ser un creador para deslizarse al papel de jefe de otros creadores.

Retiró el brazo que oprimía a su mujer como si se lo hubieran quemado, arregló la almohada y volvió a ponerse de espaldas.

¡Sí, sí, sí! Era engañoso. Era fácil decir, cuando volvía el sábado a la tarde a su casa y se sentía ya tomado por lo acogedor del hogar y los planes de la familia para el domingo: "¡Valentiné Martynich! ¡Debe resolver mañana cómo podemos librarnos de las distorsiones no lineales! Lev Grigorich, ¿quiere leer este artículo de *Proceedings* y anotar las ideas básicas?" Y el lunes a la mañana, al volver al trabajo sintiéndose fresco y descansado, encontrar sobre su escritorio -como en un cuento de hadas- un resumen del artículo de *Proceedings* y Pryanchikov lo explicaba cómo eliminar las distorsiones no lineales. . . si él mismo no lo hubiera logrado ya el domingo.

¡Muy conveniente!

Y los zeks nunca estaban resentidos con Roitman. Por el contrario, lo estimaban porque no actuaba como un carcelero sino como un ser humano decente.

Pero la creatividad -el júbilo de una locura existosa y la amargura de la derrota inesperada- lo habían abandonado.

Librándose de la frazada se sentó en la cama, abrazó sus rodillas y apoyó en ellas su mentón.

¿Qué lo había mantenido tan ocupado, todos estos años? La intriga. La lucha por la prioridad dentro del Instituto. Él y sus amigos hicieron todo lo posible para desacreditar y hacer caer a Yakonov, porque les hacía sombra con su antigüedad y aplomo. Tuvieron miedo de que, personalmente, obtuviera el Premio Stalin sólo para sí. Aprovechando el hecho de que, a pesar de todos sus esfuerzos, Yakonov no había sido admitido en el Partido a causa de las marcas negras en sus antecedentes, los "jóvenes" habían utilizado las reuniones del Partido para urdir su ataque contra él. Introducían en la agenda un informe que él había preparado, y le pedían que se ausentara, mientras lo discutían, o sino lo discutían en su presencia (votando solamente los miembros del Partido) y aprobaban una resolución. De acuerdo a estas resoluciones del Partido, Yakonov estaba siempre equivocado. A veces Roitman tenía lástima de él. Pero no había otra salida.

Ahora todo se había invertido. En su persecución de Yakonov, los "Jóvenes" habían olvidado el hecho de que entre los cinco que formaban el grupo, cuatro eran judíos. Y en estos momentos Yakonov no se cansaba de proclamar desde todas las plataformas, que el cosmopolitismo era él peor enemigo de la patria Socialista.

Ayer, después de la cólera ministerial, un día crucial para el Instituto Mavrino, el prisionero Markushev había propuesto combinar el regulador y el amplificador. Semejante idea era, probablemente, una acabada tontería, pero podría ser presentada al ministerio como una mejora fundamental. De manera que Yakonov ordenó la construcción del amplificador que se le transfiriera al GRUPO SIETE, en seguida y ordenó que Pryanchikov fuera trasferido con él. En

presencia de Sevastyanov, Roitman, impetuosamente, elevó varias objeciones y comenzó a discutir. Pero Yakonov, con un gesto condescendiente como demasiado entusiasta, lo palmeó en la espalda.

¡Adam Veniaminovich! No obligue al ayudante del ministro a pensar que usted pone sus intereses personales por encima de aquellos de la Sección Técnica Especial.

Allí residía la tragedia de su actual situación: lo golpeaban a uno en la cara, y no se podía llorar siquiera! ¡Lo estrangulaban a plena luz del día y uno debía permanecer de pie y aplaudir!

Dieron las cinco, no había oído dar la media hora.

Ya no quería dormir y la cama empezaba a molestarle.

Despacio y con cuidado se deslizó fuera del lecho y metió los pies en las zapatillas. Sin hacer ruido, evitó la silla que se hallaba en su paso, y se dirigió a la ventana, separando los cortinados de seda.

Cuánta nieve había caído!

Del otro lado del patio estaba el más lejano y olvidado rincón de los Jardines Neskuchny, una empinada barranca llena de nieve y cubierta con solemnes pinos blancos. El antepecho de la ventana estaba oculto bajo el esponjoso montón de nieve que el viento adhería a los vidrios.

La nieve casi había dejado de caer.

Los radiadores debajo de la ventana calentaban sus rodillas.

Otra de las razones por la cual casi no había llegado a nada en su especialidad durante los últimos años, era que estaba agobiado de reuniones y papeleo. Había instrucción política todos los lunes, e instrucción técnica todos los viernes. Reuniones del Partido dos veces por mes; también reuniones del Bureau del Partido para el Instituto dos veces por mes; y dos o tres veces por mes lo llamaban del ministerio; una vez al mes había una sesión especial sobre seguridad y

vigilancia; todos los meses tenía que elaborar un plan para nuevos proyectos específicos, y cada tres meses tenía que enviar un informe de su trabajo; luego, por alguna razón, también cada tres meses tenía que redactar informes individuales sobre cada prisionero... un día entero de trabajo. Y además de todo eso, sus subordinados lo interrumpían cada media hora con pedidos: cada condensador, aunque fuera del tamaño de una pastilla de goma, cada metro de alambre y cada tubo electrónico, tenía que ser requerido en un formulario de solicitud firmado por el jefe del laboratorio; si no el depósito no los entregaba.

¡Ah, si sólo pudiera liberarse de todas esas exigencias y de la lucha asesina para salir a la superficie! Si pudiera él solo estudiar escrupulosamente los diagramas, tomar la herramienta de soldar en su propia mano, sentarse frente a la ventanilla verde del osciloscopio y tratar de conseguir una curva determinada. . . entonces él, como Pryanchikov, podría tararear un alegre *Boogie-woogie*. Qué bendición había sido cuando tenía treinta y un años, sin el peso de esas opresivas charreteras, indiferente a las apariencias externas y, como un muchacho, soñando con construir algo.

Se había dicho "como un muchacho", y como a través de una jugarreta de la memoria, recordó cuando era niño. En su mente nocturna, un episodio profundamente enterrado, olvidado durante muchos años, subió a la superficie con despiadada claridad. Adam, de doce años, con su corbata roja de Pionero, con la voz temblorosa de agravio y dignidad, estaba de pie delante de la Asamblea General de los Pioneros, en la escuela, pidiendo que se expulsara y exigía la expulsión, del núcleo de Pioneros y del sistema de la escuela soviética a un agente de la clase enemiga. Mítka Shtitelman había hablado antes que él y Mishka Lyuksemburg después que él, y todos habían

denunciado a su compañero estudiante, Oleg Rozhdestensky sobre la base de antisemitismo, que concurría a la iglesia y que tenía un origen de clase extraño. Mientras hablaban, echaban miradas aniquiladoras al tembloroso niño que estaba siendo juzgado.

El año 20 estaba llegando a su fin, y los muchachos de esa época todavía estaban viviendo de la política, periódicos fijados en las paredes y ventanas, gobierno propio y debates. Era una ciudad sureña y los judíos constituían la mitad del grupo. Aun cuando los muchachos eran hijos de abogados, dentistas y hasta de pequeños comerciantes, todos ellos se consideraban, con frenética convicción, miembros del proletariado.

Oleg era pálido, delgado, el mejor estudiante de la clase. Evitaba los temas políticos y se había unido a los Pioneros con una evidente falta de fervor. Los jóvenes entusiastas sospechaban en él, un elemento extraño. Lo observaban, esperando sorprenderlo en un paso en falso. Un día Oleg dijo:

-Cada persona tiene el derecho de decir todo lo que piensa. Shtitelman dio un respingo:

-¿Qué quieres decir con... "todo"? Nikola me ha llamado cara de judío; ¿también está bien eso?

-*Decirlo*. . . ? -Oleg estiró su cuello fino y no se retractó-. Todos tienen el derecho a *decir* lo que quieran.

El caso contra Oleg estaba lanzado. Se encontraron amigos que informaron de sus movimientos; Shurik Burikov y Shurik Vorozhbit vieron al acusado entrar a una iglesia con su madre, y lo vieron llegar cierto día a la escuela con una cruz pendiendo de su cuello. Se llevaron a cabo reuniones, sesiones del comité de los alumnos, de comité del grupo, juntas de los Pioneros, desfiles de los Pioneros; y en todos ellos, los Robespierre de doce años, denunciaron a las masas de

estudiantes la complicidad de los antisemitas y al conductor del opio de la religión, que no había comido durante dos semanas a causa del terror y había ocultado a su familia el hecho de que ya había sido expulsado de los Pioneros y que pronto sería expulsado de la escuela.

Adam Roitman no había sido el instigador. Había sido arrastrado a ello. Pero aun ahora, vergüenza por la vileza de todo aquéllo lo hacía ruborizarse de vergüenza.

¡Un anillo de ofensas!, ¡un anillo de ofensas! Y no había manera de quebrar el círculo vicioso. No había salida. De la misma manera que no había salida para su litigio con Yakonov.

¿Por dónde debería empezar uno para arreglar el mundo? ¿Por los otros? ¿O por uno mismo?

Ahora sentía la pesadez en la cabeza y la vaciedad en el pecho, preliminares indispensables para quedarse dormido.

Se llegó hasta la cama y se tendió calladamente debajo de la frazada. Tenía que dormir algo, antes de que dieran las seis.

A la mañana seguiría adelante con la fonoscopia. ¡Esa era la carta de triunfo que reservaba en la manga! En caso de éxito, la empresa podría convertirse en una empresa científica separada. . .

LUNES AL AMANECER

La diana en la *sharashka* era a las siete de la mañana.

Pero el lunes, mucho antes de la diana, un guardia entró a la habitación en que vivían los trabajadores, y sacudió el hombro del portero. Spiridon resopló, se despertó y miró al guardia a la luz de la lamparilla azul.

-¡Vístete, Yegorov! El teniente te necesita,..-dijo en voz baja el guardia.

Pero Spiridon permaneció tendido con los ojos abiertos, sin moverse.

-¿No me oyes? Te he dicho que el teniente te necesita.

-¿Para qué? ¿Se ensució en los pantalones? -preguntó Spiridon, sin moverse aún.

-¡Levántate!, levántate! -persistió el guardia-. No sé para qué.

-¡Bah! -Spiridon suspiró profundamente, poniendo sus brazos cubiertos de vello rojo detrás de su cabeza .y bostezando-. Llegará el día en que no tenga que levantarme. ¿Qué hora es ?

-Casi las seis.

-¿Todavía no son las seis? Bien, puede marcharse. ¡Está bien!

Y continuó tendido donde estaba.

El guardia lo miró de reojo y salió.

A medias iluminado por la luz azul y a medias en la sombra proyectada por la litera de arriba, yacía Spiridon sobre su almohada y con las manos cruzadas detrás de la cabeza, sin moverse.

Lamentaba no haber terminado su sueño.

Había estado viajando en una carreta donde se apilaban ramas secas (y debajo de las ramas secas había algunos troncos ocultos al guardia forestal). Parecía dirigirse desde el bosque que conocía, hacia su casa en la aldea, pero por un camino desconocido. Pero aun cuando el camino le era desconocido, Spiridon veía claramente cada detalle con sus dos ojos.. . ique en el sueño eran ambos buenos! Las raíces protuberantes cruzando el camino, árboles partidos por antiguos rayos, bosques de pinos, y la arena profunda donde se hundían las ruedas. En su sueño, Spiridon percibía todos los olores del bosque a principios del otoño, y los aspiraba con ansiedad. Los aspiraba con ansiedad porque, en su sueño, recordaba con nitidez que él era un zek, y que su condena era de diez años más cinco, que había escapado de la *sharashka*, que para entonces habrían notado su ausencia y que tenía que darse prisa para llevar esa madera a su esposa e hija antes de que echaran los perros tras él.

Pero el mayor placer de su sueño era que el caballo no era un caballo cualquiera, sino el favorito de cuantos había tenido, la yegua Grivna de tres años, el primer caballo que había comprado para su granja, después de la Guerra Civil. Era tordilla; el pelo gris tenía un reflejo rojizo, y llamaban "rosado" a su color. Con la ayuda de Grivna había conseguido afianzar sus pies en la granja, y la yegua estaba en las varas cuando él raptó a su novia para casarse con ella. Y ahora Spiridon andaba en la carreta, felizmente sorprendido de que Grivna todavía estuviera viva y joven, y de que todavía tirara colina arriba y a través de la arena sin necesidad de que le hicieran sentir el látigo. Toda la inteligencia de Grivna se reflejaba en sus grandes orejas grises y sensibles, cuyos movimientos le advertían a su propietario que comprendía lo que se le pedía y que lo lograría. Amenazar a Grivna

con el látigo, aun desde lejos, hubiera sido insultarla. Cuando salía con Grivna, Spiridon jamás llevaba un látigo.

Estaba tan contento de que Grivna fuera joven y de que, aparentemente, todavía estaría allí cuando él cumpliera su condena, que -en sueños- quería bajarse y besarla en el morro. Pero en la pendiente que llevaba al arroyo, Spiridon de pronto advirtió que su carreta estaba mal cargada y que las ramas se estaban deslizando, y que podrían caer todas en el vado.

En ese momento un gran sacudón lo tiró de la carreta a la tierra era el golpe del guardia despertándolo.

Spiridon tendido allí recordó, no sólo a Grivna, sino a docenas de caballos que había conducido y con los que había trabajado, (cada uno grabado en su memoria como si fuera una persona). Recordó también miles de otros caballos que había visto y se entristeció al pensar que estos primeros servidores del hombre habían sido eliminados de la existencia sin ninguna razón, algunos muriendo de hambre, otros agotados hasta morir, otros vendidos a los Tártaros como carne. Spiridon podía entender las resoluciones razonables. Pero era imposible comprender por qué habían exterminado los caballos. En un principio habían sostenido que los tractores los reemplazarían. Pero lo que había sucedido era que el trabajo había caído sobre los hombros de las mujeres.

-¿Y eran sólo los caballos? ¿Acaso el mismo Spiridon no había destruido las huertas en las granjas individuales, de manera que a la gente no le quedara nada para perder, y se sometiera más fácilmente a integrar el rebaño?

-¡Yegorov! -gritó el guardia desde la puerta, despertando a los otros dos zeks.

-¡Ya voy, qué diablos! -respondió Spiridon con rapidez, poniendo sus pies desnudos, en el piso. Se dirigió al radiador para recoger los peales.

La puerta se cerró del guardia. Su vecino, el herrero, preguntó:

-¿Dónde vas, Spiridon?

-Los señores me llaman. Tengo, que trabajar para ganar mis raciones -respondió el portero en un arranque de cólera.

En su propio hogar Spiridon era un campesino que no se quedaba hasta tarde en la cama, pero en la prisión odiaba levantarse en la oscuridad. Levantarse antes del amanecer con un garrote sobre la cabeza era la peor parte de ser un prisionero.

En SevUrallag los hacían levantar a las cinco.

En la *sharashka* valía la pena ceder. Enrollando los extremos de sus pantalones de algodón forrados, sobre la parte de arriba de sus zapatos y atando sus polainas como de soldado encima, Spiridon se puso una tricota gruesa azul, un capote negro, y luego el gorro de piel con orejeras. Se ajustó el cinturón de lona, muy usado y salió. Lo escoltaban a través de las puertas cerradas de la prisión, pero a partir de ese punto nadie lo acompañó. Spiridon bajó a un corredor subterráneo, andando con lentitud por el piso de cemento con sus zapatones claveteados y subió por la escalera hasta el patio.

Sin ver nada en la semioscuridad nevada, Spiridon sintió con sus pies que la nieve tenía como cuarenta centímetros de espesor. Eso significa que había estado nevando durante toda la noche, que era una nevada grande. Esforzándose a través de la nieve, se dirigió hacia la luz en la puerta de la jefatura.

En ese momento el oficial de guardia, el teniente de los insignificantes bigotes, salió de la puerta. Recién había dejado a la

enfermera y advirtiéndole que todo estaba desordenado y que había caído mucha nieve, hizo llamar al portero.

Poniendo ambas manos en su cinturón, el teniente dijo:

-¡Vamos, Yegorov, acabe con esto! Limpie desde la entrada principal hasta la guardia y desde la jefatura hasta la cocina. También el patio de ejercicios. ¡Acabe con esto!

-¡Acabe! ¡Acabe! Si sigue acabando no quedará nada para su esposa -musitó Spiridon, marchándose por la nieve recién caída, en busca de una pala.

-¿Qué? ¿Qué dijo usted? -preguntó el teniente amenazadoramente. Spiridon lo miró de frente:

-¡Dije *jawohl*, jefe, *Jawohl!* -Los alemanes también solían decir cosas, y Spiridon también les respondía *¡Jawohl!* -Díales en la cocina que me guarden algunas papas. . .

-Muy bien. ¡Andando!

Spiridon siempre se había comportado con sensatez, nunca había discutido con las autoridades. Pero hoy estaba amargado. . . porque era lunes a la mañana, porque tenía que comenzar a trabajar sin haber tenido la oportunidad de restregarse los ojos, siquiera, porque creía que pronto recibiría una carta de su casa y tenía la premonición de un desastre. La amargura de todos estos cincuenta años de marchar por la tierra, se hizo algo quemante en su pecho.

Ya no caía nieve. Los tilos estaban inmóviles. Estaban blancos, no por la nevada de ayer, sino por la nieve recién caída. El cielo oscuro, la quietud, le decían a Spiridón que esta nieve no duraría mucho.

Spiridon se puso a trabajar ceñudo, pero una vez que empezó, después de las cincuenta paladas, trabajaba tranquilo y hasta con alegría.

Tanto él como su esposa eran de ese tipo de personas que encuentra alivio en el trabajo a todo lo que oprime sus corazones. Y así las cosas se hacían más fáciles.

Spiridon no comenzó su tarea limpiando el sendero desde la guardia, para los jefes, como le habían dicho, sino de acuerdo a su propio discernimiento: primero, el sendero a la cocina; y luego un sendero circular en el área de ejercicios, de tres paladas de ancho, para sus hermanos zeks.

Entre tanto, sus pensamientos se detenían en su hija. Su esposa y él ya habían vivido su parte. Sus hijos, aun cuando también estaban detrás de alambradas de púas, eran hombres después de todo. Para el hombre que aguanta se forja el futuro. ¿Pero la hija?

Aun cuando Spiridon no veía nada con un ojo, y sólo tenía una visión parcial con el otro, recorrió todo el patio de ejercicios haciendo un óvalo perfecto. Todavía no había luz; eran sólo las siete, cuando los primeros entusiastas del aire puro, Potapov y Khorobrov, quienes se habían levantado y lavado antes de diana, trepaban por la escalera al patio.

El aire estaba racionado y tenía gran valor.

-¿Qué ha sucedido, Danilich? -preguntó Khorobrov, levantando él el cuello de su gastado sobretodo civil negro, con el que había sido arrestado-. ¿No se acostó ?

-¿Cree usted que estas víboras dejarían dormir a una persona? -respondió Spiridon. Pero su cólera de la mañana temprano ya lo había abandonado. Durante la hora de trabajo silencioso, todos los negros pensamientos sobre sus carceleros se habían desvanecido, y se quedó con la viva determinación de un hombre acostumbrado al sufrimiento. Sin ponerlo en palabras en su mente, Spiridon había decidido en su corazón que su hija había caído en falta, en una u otra forma, las cosas

ya serían bastantes difíciles para ella; la acogería con dulzura, sin maldecirla.

Pero hasta este importante pensamiento con respecto a su hija, que le había llegado desde los inmóviles tilos antes del amanecer, se veía ahora retrocediendo por los pequeños problemas del día: dos tablones que estaban enterrados en alguna parte bajo la nieve; la escoba, a la que había que a justar más el cabo.

También había limpiado el camino de la guardia para los automóviles y para los empleados libres. Spiridon puso la pala sobre su hombro, dio vuelta por el edificio de la *sharashka*, y desapareció.

Sologdin salió a cortar madera, ligero, delgado, con su chaqueta forrada que lo defendía bien del frío puesta descuidadamente sobre sus hombros. Después de la discusión sin objeto sostenida con Rubín el día anterior, y de todas las irritantes acusaciones, había dormido mal por primera vez en sus dos años en la *sharashka*. Ahora necesitaba aire, soledad y espacio para pensar las cosas. Había leña aserrada; todo lo que tenía que hacer era partirla.

Potapov estaba caminando con lentitud con Khorobrov cuya pierna lastimada le hacía renguear un poco. Vestía el abrigo del Ejército Rojo, que le habían entregado cuando lo mandaron en un tanque como tropa de asalto en la toma de Berlín. (Había sido un oficial, pero ellos no reconocían rangos de oficiales entre los prisioneros).

Khorobrov apenas pudo sacudir su somnolencia y lavarse, pero su mente siempre alerta ya estaba vigilante. Las palabras que brotaban de él parecían describir un arco sin rumbo en el aire oscuro, y volvían hasta él para desgarrarlo:

-¿Recuerdas que hace mucho tiempo leímos que la línea de montaje en la fábrica Ford convertía al trabajador en una máquina,

que la línea de montaje es el aspecto más inhumano de la explotación capitalista? Pero han pasado quince años, y ahora nosotros aclamamos esa misma línea de montaje, rebautizándola "Línea de la Abundancia", como la mejor y más nueva forma de producción. Si se hiciera necesario bautizar a toda Rusia, Stalin la enlazaría con el ateísmo.

Potapov siempre estaba melancólico por las mañanas. Era el único momento en que podía pensar en su vida arruinada, en su hijo creciendo sin él, en su esposa desperdiciándose sin él. Avanzando el día, el trabajo lo absorbía y no había tiempo para pensar.

Potapov aquilataba el excesivo descontento que traslucían las palabras de Khorobrov y que podrían conducirle a sus propios errores. En consecuencia, caminó en silencio, desmañadamente, tirando hacia adelante su pierna lastimada y trató de respirar con más profundidad y regularidad.

Completaban un círculo después de otro.

Otros se les reunieron. Caminaban solos o en parejas o de a tres. Por distintas razones reservaban las conversaciones para sí, y evitaban acercarse demasiado y no alcanzar a los otros innecesariamente.

Recién amanecía. Oscurecido por nubes de nieve, el cielo estaba retrasado en sus rayos matutinos. Los faroles todavía formaban círculos amarillos en la nieve.

El aire estaba fresco; la nieve recién caída no crujía bajo los pies, sino que se aplastaba suavemente.

Erguido y alto, con un sombrero de fieltro (nunca había estado en un campo de prisioneros) Kondrashev-Ivanov caminaba con su compañero de litera, el pequeño y delgado Gerasimonovich. Éste, que llevaba una gorra con visera, no llegaba al hombro de Kondrashev.

Gerasimonovich, abrumado por su visita, había permanecido en cama, como, un inválido, durante todo el domingo, El grito de su mujer al despedirse, lo había conmovido. Esta mañana había reunido toda su energía para salir a caminar. Arropado y temblando, inmediatamente había querido volver a entrar en la prisión. Pero tropezó con Kondrashev-Ivanov y después de haber dado una vuelta en círculo por el patio, se olvidó de sus problemas por el resto de la hora.

-¿Qué? ¿No conoce a Pavel Dmitrievich Korin? -preguntó sorprendido Kondrashev-Ivanov, como si hasta el último de los escolares hubiera oído hablar de él-. ¡Oh! Según dicen. . . aun cuando yo nunca la vi... tiene una sorprendente pintura llamada "La Rusia que desaparece". Algunos dicen que tiene seis metros de largo. . . otros, doce. Y esa pintura...

Se estaba poniendo gris.

El guardia caminó por el patio, gritando que la hora de ejercicio había terminado.

Volviendo por el corredor subterráneo, los zeks, refrescados, se encontraron con un Rubin triste, barbudo, pálido y exhausto, que iba saliendo de prisa. No sólo había dormido durante la hora de cortar leña -que en todo caso, no podía ni pensar en hacer después de su disputa con Sologdin- sino que había perdido la caminata de la mañana. Después de su sueño breve y drogado, su cuerpo se sentía pesado y torpe. También estaba experimentando falta de oxígeno, cosa desconocida por todos los que pueden respirar el aire puro cada vez que lo desean. Trataba de abrirse paso hasta el patio para tomar una bocanada, de aire y un puñado de nieve con que frotarse.

Pero el guardia que estaba en la parte superior de la escalera no lo dejó salir.

Rubín se quedó frente al agujero de cemento, en el fondo de la escalera, donde se había colado un poco de nieve y respiró aire puro. Hizo tres movimientos circulares lentos con los brazos, respirando profundamente, luego recogió un poco de nieve y se frotó la cara con ella y volvió a entrar en la prisión.

Con energía y hambre, Spiridon también entró, después de haber limpiado el camino de automóviles desde los portones hasta la guardia.

En la jefatura de la prisión, dos tenientes -el de los cuadrados bigotes que había cumplido su guardia, y el oficial que se hacía cargo de ella, Zhavkun-, estaban estudiando las órdenes dejadas por el mayor Myslyn.

El teniente Zhavkun era un individuo rudo, de cara ancha e impenetrable. Durante la guerra había servido con el rango de sargento principal, como "verdugo agregado a un tribunal militar divisional", y se había desempeñado en esa actividad durante toda su permanencia en el servicio. Estaba muy satisfecho con su cargo en la prisión especial, y no siendo la lectura su fuerte, siempre leía dos veces las órdenes de Myshin para no equivocarse.

A las nueve menos diez recorrieron las habitaciones para realizar un control y leer en alta voz un anuncio, tal como se les había ordenado:

En el curso de los próximos tres días, todos los prisioneros tienen que entregar al mayor Myshin una lista de sus parientes cercanos, en la siguiente forma: apellido, nombre de pila, patronímico, parentesco, lugar de trabajo y domicilio.

"Se consideran pacientes cercanos los siguientes: madre, padre, esposa en matrimonio registrado. Todos los demás -hermanos,

hermanas, tíos, sobrinos, primos, nietos y abuelos- no se consideran parientes cercanos.

Desde el 1º de enero, se permitirá solamente la correspondencia y visitas de los parientes cercanos, mencionados por el prisionero.

Además, desde el 1º de enero, el tamaño de la carta mensual estará limitado a no más de una hoja de cuaderno.

Esto era tan cruel y tan implacable que la mente no podía comprenderlo. Por lo tanto, al principio no hubo ni desesperación ni rebeldía; sólo algunas exclamaciones irónicas siguieron a las palabras de Zhavkun:

-¡Feliz Año Nuevo!

-¡Le deseamos felicidad!

-¡Cu, Cu!

-¡Denuncie por escrito a sus propios parientes!

-¿Es que los sabuesos no los pueden descubrir ellos mismos?

-¿Por qué no nos dicen de qué tamaño tiene que ser la letra?

Zhavkun estaba contando los prisioneros y simultáneamente trataba de memorizar quién y qué gritaba, a fin de informárselo más tarde al mayor.

De cualquier manera, los prisioneros siempre estaban descontentos, recibieran un beneficio o un perjuicio.

Los zeks salieron abatidos a realizar su trabajo.

Aun aquellos que habían estado en prisión durante largo tiempo, estaban sorprendidos ante la crueldad de la nueva medida. La crueldad tenía doble filo. Por un lado, significaba que el débil hilo de comunicación con una esposa o un hijo o un padre sólo sería, mantenido a costa de una denuncia policial formulada por ellos. Después de todo, muchos de los que estaban afuera se las arreglaban para mantener oculto el hecho de que tenían parientes entre rejas, y

sólo este secreto les aseguraba empleo y vivienda. Por otra parte, significaba que las esposas y los hijos no registrados eran separados de todo contacto también los hermanos, las hermanas y primos hermanos. Sin embargo, después de la guerra, después de los bombardeos, la evacuación y el hambre, muchos zeks no tenían otros parientes. Y como a la gente no le dan tiempo para prepararse para la reclusión, ni comulgar, ni confesarse, ni saldar sus cuentas con la vida, muchos fueron los que dejaron en la libertad amigas fieles que no poseían el sello negro de la Oficina de Registro de Matrimonios, ZAGS, en su pasaporte. De manera que ahora estas muchachas leales habrían de convertirse en extrañas.

Aun aquellos que generalmente se sentían impacientes por empezar trabajar, se sentían desconsolados. Cuando sonó la campana, los zeks salieron con lentitud, con los brazos caídos a sus costados, arremolinándose por los corredores, fumando y hablando; sentados en sus mesas de trabajo volvían a encender cigarrillos y continuaban hablando. Lo que más los preocupaba era: ¿cómo podía ser que la información referente a sus parientes, no estuviera ya recogida y correlacionada en la ficha respectiva del catálogo central? Los recién llegados y los candidos dudaban de esto, pero los zeks antiguos y endurecidos solamente movían la cabeza. Explicaban que las fichas archivadas de los parientes estaban desordenadas, que detrás de la puertas de cuero negro, a menudo, "no cazaban la laucha" no recogían la información de los innumerables interrogatorios; los oficiales de la prisión no consiguen actualizar sus informes con los datos que pueden obtener de los libros, en los cuales se registran las visitas y los paquetes; y la lista de parientes que Klimentiev y Myshin exigían, representaba un certero golpe mortal dirigido a los familiares de los presos.

Eso era lo que estaban diciendo los zeks, y nadie quería trabajar.

Pero la última semana del año comenzaba esa misma mañana, y de acuerdo a los proyectos de la administración del instituto, había que cumplir un heroico esfuerzo de arranque a fin de completar el plan anual para 1949, el plan de diciembre, desarrollar y aceptar el plan anual 1950; separadamente, el plan de enero, el de la primera década y el plan trimestral de enero a marzo. Todo lo que concernía al papelerío, tenía que llevarlo a cabo la administración misma. Todo lo que concernía al trabajo, tenía que ser ejecutado por los zeks. En consecuencia, hoy era particularmente esencial que los prisioneros demostraran entusiasmo.

La administración del instituto no sabía nada acerca del aniquilador anuncio de la mañana, que la administración de la prisión había hecho de acuerdo con su propio plan anual.

Nadie podía acusar al Ministerio de Seguridad del Estado de comportarse evangélicamente. Pero había un rasgo evangélico: la mano derecha no sabía lo que hacía la mano izquierda.

El mayor Roitman, en cuyo rostro recién afeitado no quedaba el menor vestigio de su ansiedad nocturna, había reunido a todos los zeks y empleados libres del Laboratorio de Acústica para informarles acerca del programa. De su rostro alargado e inteligente, sobresalían sus labios, como los de un negro. Sobre su camisa de campaña, a través de su enjuto pecho, se veía una correa cruzándolo desde el hombro, que, en realidad, no necesitaba y que evidentemente era inadecuada para él. Necesitaba cobrar valor e infundir energía a sus subordinados, pero el aliento del fracaso ya había penetrado bajo los arcos del laboratorio, la mitad de la habitación parecía desierta, despojada del aparato de "vo-en-cla". Pryanchicov, perla de la corona de Acústicas, faltaba; Rubín, faltaba, encerrado en el tercer piso con

Smolodosidov; y por fin el mismo Roitman estaba deseando acabar su cometido aquí, e irse arriba.

Simochka tampoco estaba allí. Iba a reemplazar a alguien después de almorzar. "¡Alabado sea!", pensó Nerzhin; ella no estaba. Eso era algo que lo aliviaba en ese momento. No tendría que tratar de explicarle los asuntos mediante señas y notas.

En el círculo formado, Nerzhin, sentado, se recostaba contra el respaldo de la silla, con los pies en el travesaño inferior de otra. La mayor parte del tiempo miraba por la ventana.

Afuera se estaba levantando un viento húmedo del oeste, y el cielo nublado estaba plomizo. La nieve caída acumulada comenzaba a deshacerse. ¡Otro maldito deshielo sin sentido!

Nerzhin, que no había dormido bastante, sentía laxitud, sus arrugas se hacían más pronunciadas a la luz grisácea, las comisuras de su boca caían. Estaba experimentando la sensación de los lunes a la mañana, familiar a muchos prisioneros, cuando parece que no se tienen fuerzas para moverse o vivir. Sus ojos entrecerrados miraban sin ver la oscura valla, y la torre de vigía con el guardia, que quedaban frente a su propia ventana.

¿Qué era una sola visita al año? Recién ayer fue la visita. Parecía que todas las cosas más urgentes, más necesarias, habían sido dichas. ¿Y ya hoy...?

¿Cuándo podría volver a hablar con ella? ¿Cuándo podría escribirle? ¿Cómo podría escribirle? ¿Podría comunicarle su nuevo lugar de trabajo? Después de ayer resultaba claro que eso era imposible.

Para no denunciarla, ¿tendría que cortar la correspondencia? La dirección en el sobre sería una denuncia por sí misma.

¿Y si sólo dejara de escribirle? ¿Qué pensaría su mujer? "Hasta ayer yo sonreía; desde hoy ¿guardaré silencio para siempre?"

La sensación de estar apresado en una morsa de carpintero -no en una morsa figurada, poética, sino en una enorme morsa de cerrajero con dientes estriados, con mandíbulas para estrujar el cuello de un hombre, la sensación de tener esa morsa oprimiéndolo, le quitaba, el aliento a Nerzhin.

Era imposible encontrarle una salida. Todos los caminos eran fatales.

Cortés y miope, Roitman espiaba a través de sus anteojos anastigmáticos, con ojos suaves; y hablaba de planes, de planes, planes, planes. . . con una voz que no era la voz de un jefe, sino que tenía un dejo de fatiga y súplica.

De todas maneras, estaba sembrando su semilla en terreno pétreo.

EL BARRIL EN EL PATIO

El lunes a la mañana también tenía lugar una reunión en la Oficina de Diseño. Los empleados libres y los zeks se sentaban juntos en diversas mesas.

Aun cuando la habitación estaba en el piso superior y las ventanas miraban al sur, la mañana gris proporcionaba poca luz, y aquí y allá se encendían lámparas eléctricas sobre los tableros de dibujo.

El jefe de la oficina, un teniente coronel, no se puso de pie para dirigirse a ellos, sino que habló sin mucha insistencia del cumplimiento del plan, de "los nuevos planes", y de las "obligaciones socialistas" en respuesta a los desafíos. Decía que aun cuando personalmente casi no podía creerlo, para fines del año próximo entregaría una solución técnica del proyecto de codificación integral. Fraseaba sus declaraciones comó para dejar a sus dibujantes una puerta de escape.

Sologdin, sentado en la última fila, miraba por encima de la cabeza de los otros a la pared. La piel de su rostro suave y fresco; era imposible suponer que estaba tramando algo o que estuviese preocupado. Más bien podría imaginarse que estaba aprovechando la reunión para descansar.

Pero no era así. Pensaba intensamente. Disponía de algunas horas, o tal vez de algunos minutos, no sabía de cuántos y debía resolver el problema de toda su vida sin cometer un error. Toda la mañana, mientras partía madera, no había tenido conciencia de un

solo tronco ni de un solo golpe. Había estado pensando. Y como en esas ruedas multifacetadas con espejos de algunos aparatos ópticos, cuyas facetas toman y reflejan mil rayos de luz, así durante todo ese tiempo, en rayos que no eran paralelos y que no se interceptaban, destellos de ideas giraban y chispeaban dentro de él.

Había escuchado el anuncio matinal con una sonrisa irónica. Había previsto esa medida desde hacía mucho tiempo, Fue el primero en prepararse para ello: había interrumpido voluntariamente su correspondencia. El anuncio sólo confirmó su juicio de que el régimen de la prisión se volvería más y más áspero, que el camino de regreso a la libertad llamado "el final del plazo" sería cerrado.

Su mayor amargura y pena surgía del absurdo giro que había tomado la discusión de la noche anterior, y el hecho de que Rubin parecía haber asumido el derecho de juzgar sus acciones. Levka pedía eliminar a Rubin de su lista de amigos y tratar de olvidarlo, pero no podía olvidar el desafío que había lanzado. Permanecía. Lo punzaba.

La reunión terminó y todos se dirigieron a sus hogares.

El escritorio de Larisa estaba vacío. Tenía el día libre a cambio del domingo que había trabajado.

Así era mejor. Después de todo, una mujer conquistada ayer podría estorbar hoy.

Poniéndose de pie, Sologdin desabrochó una hoja de papel vieja y sucia de su plancheta de trabajo, y debajo de ella apareció la entrada del código.

Apoyándose en el respaldo de la silla, permaneció durante largo tiempo frente al dibujo.

Cuanto más estudiaba y absorbía su creación, tanto más se tranquilizaba. Los espejos dentro de él, giraban con más y más

lentitud. Los ejes de luz parecían caer paralelos con cada uno de los otros.

Una vez a la semana, dos de las mujeres dibujantes, tal como lo requerían las disposiciones, circulaban entre los diseñadores para recoger las hojas viejas e inútiles que debían ser destruidas. No podían rasgarse y tirarse al canasto de los papeles; había que contarlas, registrar su total, y luego quemarlas en el patio.

Sologdin tomó un lápiz grueso y blando, y como al descuido trazó diversas líneas a través de su dibujo; luego lo manchó y borroneó.

Desprendiéndolo, lo sacó de la plancheta, puso una hoja sucia sobre ella, puso otra hoja debajo, las enrolló juntas y se las dio a una de las mujeres.

-Tres hojas, por favor.

Luego se sentó, abrió un libro de referencias y levantó los ojos para ver qué le sucedía a su dibujo.

Las dos mujeres contaban las que habían recogido y anotaron el total de hojas.

Nadie se acercó a la mujer que había tomado la suya.

Esto era un descuido de parte de Shishkin-Myshkin: eran demasiado confiados. ¿Por qué no habían creado en la Oficina de Diseños una Oficina de Seguridad de la Oficina de Diseños que inspeccionara todos los dibujos que debían ser destruidos por la Oficina de Diseños?

No había nadie a quién comunicar su idea y Sologdin se rió para sí.

Por fin, habiendo reunido todas las hojas inútiles en varios rollos y tomado una caja de fósforos de uno de los fumadores habituales, las mujeres salieron.

Rítmicamente Sologdin hizo algunos trazos sobre un pedazo de papel, contando los segundos: debían estar bajando las escaleras. ahora estarían poniéndose los abrigos... ahora saldrían al patio...

Permaneció de pie detrás de su plancheta de dibujo, levantada en tal forma que casi nadie de la habitación podía verlo. Pero él podía ver la parte del patio donde estaba un tiznado barril hasta el cual, el expeditivo Spiridon aquella mañana había abierto un camino con la pala. La nieve, aparentemente, se había endurecido algo y ambas mujeres, calzando botas, llegaron hasta el barril sin dificultad.

Pero tardaron mucho tiempo en quemar la primera hoja. Encendieron un fósforo tras otro, luego varios a la vez, pero el viento los apagaba; o los fósforos se rompían o las cabezas encendidas de los fósforos saltaban sobre las mujeres, y éstas, temerosas, se los sacudían de encima. Ya casi no les quedaban fósforos en la caja, y parecía que tendrían que volver para buscar más.

El tiempo corría -Sologdin podría ser llamado por Yakonov en cualquier momento.

Pero las mujeres gritaron algo moviendo los brazos, y Spiridon con su gorro de piel con orejeras, se les acercó, llevando la escoba.

Se quitó la gorra para que no se chamuscara, la puso a su lado sobre la nieve, metió la hoja de papel y su cabeza roja dentro del barril, revolvió algo allí, luego sacó la cabeza, y la hoja de papel estaba roja.. . Había prendido la llama. Spiridon la dejó en el barril y comenzó a echar las otras hojas adentro. Las llamas surgieron del barril y las hojas se quemaron hasta convertirse en cenizas negras.

Recién entonces, alguien en el escritorio del jefe de la Oficina de Diseños llamó a Sologdin por su nombre.

El teniente coronel quería verlo.

Alguien del Laboratorio de Filtración se quejaba de no haber recibido el dibujo de dos soportes que habían ordenado.

El teniente coronel no era un hombre rudo. Sólo dijo, con una ceja levantada:

-Vamos, Dmitri Aleksandrovich, ¿qué tiene eso de tan complicado? Lo pidieron el jueves. Sologdin se enderezó:

-Excúseme. Estoy terminándolo ahora. Estará listo dentro de una hora.

Todavía no lo había empezado, pero no podía admitir que todo el trabajo le llevaría sólo una hora.

SU PROFESIÓN FAVORITA

El sector operativo de la Cheka (seguridad y contraespionaje) en Mavrino estaba dividido entre el mayor Myshin, policía de la prisión, y el mayor Shikin, policía del instituto. Actuaban en diferentes departamentos y, como recibían su paga de diferentes cajas, no estaban en competencia. Sin embargo, una cierta inercia impedía que cooperaran juntos; sus oficinas estaban en distintos edificios y en pisos diferentes. Los asuntos de contraespionaje y los de seguridad no podían ser discutidos por teléfono; y como eran, de igual rango, cada uno de ellos consideraba humillante ir a ver al otro, como si hacerlo tradujera servilismo. De manera que trabajaban uno con las almas nocturnas, el otro con las diurnas, sin encontrarse durante meses enteros, aun cuando ambos subrayaban en sus informes trimestrales la necesidad de estrecha cooperación y coordinación de todas las funciones de seguridad y contraespionaje en Mavrino.

Cierta vez, leyendo un artículo en el *Pravda*, el mayor Shikin quedó pensativo por el título; "Su profesión favorita." (El artículo se refería a un propagandista a quien le gustaba explicar cosas, más que nada en el mundo. Explicaba a los trabajadores la importancia de aumentar la productividad; a los soldados la necesidad de sacrificarse uno mismo; a los votantes, la corrección de la política del bloque "Comunista sin Partido).

A Shikin le gustó el título. Sacó la conclusión de que él tampoco había cometido un error al escoger su trabajo. Nunca se había sentido

atraído, por ninguna otra profesión. Le gustaba la suya, y a ésta le gustaba él.

En el momento, Shikin terminó, la escuela de la GPU y siguió cursos de perfeccionamiento de jueces de instrucción. Pero había pasado poco tiempo trabajando como tal y en consecuencia, no podía considerarse juez de instrucción. Trabajo como oficial de seguridad en la sección Transportes de la GPU; durante la guerra fue jefe de un departamento de censura del ejército; luego estuvo en la Comisión para Repatriación; después, en un campo de verificación y clasificación, más tarde, fue instructor especial en las técnicas para deportar griegos desde Kuban a Kazakshtan, y finalmente, oficial de seguridad del Instituto de Investigaciones de Mavrino.

Habían muchos aspectos positivos en la profesión de Shikin. En primer lugar, después de la Guerra Civil, dejó de ser una profesión peligrosa. En cada operación había una abrumadora superioridad de fuerzas; dos o tres hombres armados contra un enemigo desprevenido y desarmado que, a menudo, recién se despertaba.

Además, también estaba bien remunerada; le daba acceso a uno a lo mejor de los centros de distribución especiales; a los mejores departamentos Confiscados a los condenados; a pensiones más altas que las que se pagaban a los militares y a sanatorios de primera clase.

No era un trabajo que agotara; no habían normas. Es verdad que los amigos, le habían dicho a Shikin que en 1937 y 1945 los oficiales de seguridad tenían que trabajar como caballos, pero Shikin jamás se había encontrado en ese tipo de situación, y en realidad no lo creía mucho. En los buenos tiempos uno podía adormilarse durante meses en el escritorio. El trabajo se caracterizaba por la falta de apuro; a la natural falta de apuro de toda persona bien alimentada, se agregaba la lentitud deliberada para trabajar en la psiquis del prisionero y

sonsacar declaraciones sacar la punta al lápiz con parsimonia, elegir una lapicera, una determinada hoja de papel, el paciente registro de todo tipo de trámites tontos y datos circunstanciales. Esta deliberación penetrante era excelente para los nervios y contribuía a una larga vida.

No menos precioso para Shikin era el sistema básico de su trabajo. Consistía esencialmente en conservar el registro de todo lo que abarcaba la conservación del registro. Ninguna conversación podía terminar sólo como una conversación: tenía que terminar en la redacción de una denuncia, o en la firma de una declaración o un acuerdo, o bien en una constancia de no haber dado falsos testimonios ni para revelar secretos ni para dejar el área, o sobre la información o la entrega. Lo que se requería, en especial, era la paciente atención y esa prolijidad que distinguía la personalidad de Shikin; no dejaba que los papeles se convirtieran en un caos, sino que les daba salida, los registraba, y siempre pedía encontrar cualquier papel. (Como oficial, Shikin no podía, por sí mismo, realizar el trabajo físico de archivar; esto lo hacía la ayudante que trabajaba sólo unas horas, una muchacha desmañada y delgada, con mala vista y una especial aptitud y seguridad, que le fue enviada con ese objeto desde el personal de secretaría).

Sobre todo, el trabajo de seguridad y contraespionaje era placentero para Shikin, porque le daba poder sobre las personas, una sensación de omnipotencia, y lo aureolaba de misterio.

Shikin se sentía halagado por esa estima, esa timidez en su presencia que encontraba hasta en sus compañeros de trabajo que también pertenecían a la Cheka, aun cuando no "operaban" como personal de la Cheka en seguridad y contraespionaje. Todos ellos - incluyendo el coronel de ingenieros Yokanov- eran llamados en el

momento en que Shikin lo solicitaba, para informarlo de sus actividades. Shikin, por otra parte, no tenía que presentarse a ninguno de ellos para informarles nada. Cuando con su cara morena y el pelo canoso muy corto, subía por la amplia y alfombrada escalera, con su gran portafolio debajo del brazo, y las jóvenes tenientes del MGB, tímidamente, le cedían el paso apresurándose a ser las primeras en saludarlo; Shikin se sentía orgulloso, consciente de su valor y dignidad.

Si alguno le hubiera dicho a Shikin (cosa que jamás sucedió) que inspiraba odio, que torturaba a otra gente, se hubiera sentido sinceramente indignado. Para él, torturar a la gente nunca había sido una satisfacción o fin en sí mismo. Era verdad que esa gente existía: la había visto en el teatro, en las películas; eran sádicos, los apasionados devotos de la tortura, gente que no tenía en sí nada de humano. . . pero siempre eran guardias blancos o fascistas. Shikin sólo llevaba a cabo su obligación, y su único propósito era que nadie pensara o hiciera nada perjudicial.

Cierta vez, en la escalera principal de la *sharashka*, usada, tanto por los empleados libres como los zeks, se había encontrado un paquete conteniendo ciento cincuenta rublos. Los dos tenientes que lo encontraron no pudieron ocultarlo ni localizar secretamente al propietario, porque lo encontraron juntos. En consecuencia, entregaron el paquete al mayor Shikin. Dinero, en la escalera que utilizaban los prisioneros. . . dinero a los pies de hombres a quienes les estaba prohibido estrictamente tenerlo. . . iesto era, después de todo, un suceso extraordinario que afectaba a todo el estado! Sin embargo, Shikin no trató en hacer mucho alboroto sobre esto: se limitó a colgar un anuncio en la pared de la escalera:

Quienquiera que haya perdido 150 rublos en efectivo

en la escalera, puede reclamarlo al mayor Shikin en cualquier momento.

Esta no era una pequeña cantidad de dinero. Pero era tal la estima universal que se tenía por Shikin y la cortedad frente a él, que pasaron los días y las semanas, y nadie reclamó la maldita pérdida. La tinta del anuncio comenzó a desvanecerse, se llenó de tierra, y se rompió un ángulo de arriba. Finalmente, alguien escribió sobre él, con lápiz azul:

¡Comételo tú mismo, perro!

El oficial de guardia arrancó el anuncio y se lo llevó al mayor. Después de esto, Shikin anduvo durante mucho tiempo por los laboratorios comparando los tonos de azul de todos los lápices azules. La cruda y gratuita blasfemia lo ofendía. Él no tenía la intención de apropiarse del dinero de otro. Hubiera preferido que el propietario se lo reclamara; entonces podría haber formulado un caso contra él, analizarlo en las reuniones de seguridad, y desde luego, devolverle su dinero.

Por supuesto, tampoco tenía la menor intención de tirarlo. Después de dos meses se lo entregó como regalo a la larguirucha muchacha de vista deficiente que venía una vez por semana a archivar sus papeles.

Shikin, que hasta entonces había sido un modelo como hombre de hogar, se enredó endiabladamente con esa secretaria, de piernas toscas y gruesas, desdeñada durante todos sus treinta y ocho años. Él apenas le llegaba al hombro, pero descubrió en ella algo todavía no experimentado. Casi no podía esperar los días en que la muchacha venía a trabajar, y abandonó las precauciones, a tal extremo, que lo

descubrieron mientras le reparan la oficina y estaba en un alojamiento temporario. Dos prisioneros, un carpintero y un yesero, no sólo los oyeron, sino que los observaron por un resquicio. La historia se difundió con rapidez, los zeks hicieron un hazmereír de su pastor espiritual y querían escribirle una carta a su esposa, pero no sabían su dirección. De manera que, en cambio, lo informaron a los jefes del instituto.

A pesar de ello, no pudieron destruir al oficial de seguridad. En esta ocasión, el mayor general Oskolupov reprendió a Shikin, no por sus relaciones con la empleada del archivo -desde que eso era cuestión de los principios morales de ella-, y tampoco por el hecho de que sus relaciones con ella tuvieran lugar durante las horas de trabajo -desde el momento que Shikin no tenía un horario fijo-, sino sólo porque los prisioneros los habían descubierto.

El lunes 26 de diciembre, habiéndose permitido tomar un día libre el domingo, el mayor Shikin llegó a trabajar poco después de las nueve de la mañana, aun cuando, si no hubiera llegado hasta la hora del almuerzo, no había nadie que pudiera censurárselo.

En el tercer piso, frente a la oficina de Yakonov, había un corredor corto y cerrado que jamás estaba iluminado por una lamparilla eléctrica; en ese corredor habían dos puertas: una que daba a la oficina de Shikin y la otra a la sala del Comité del Partido. Las dos puertas estaban recubiertas de cuero negro y no tenían inscripción o señal alguna. La proximidad de las dos puertas en el corredor oscuro le convenía a Shikin. Era imposible ver desde el vestíbulo exactamente en qué oficina entraba la gente.

Hoy, en camino a su oficina, Shikin encontró a Stepanov, el secretario del Comité del Partido, un hombre delgado, enfermizo, que

usaba brillantes anteojos ahumados. Se estrecharon la mano. Stepanov propuso con tranquilidad.

-Camarada Shikin -jamás llamaba a nadie por su nombre patro-
rímico--, entre y jugaremos un poco al billar.

Sé refería, a la mesa de billar del Comité del Partido. Shikin solía hacerlo a veces, pero hoy tenía muchos asuntos importantes que atender, y meneó su plateada cabeza con dignidad.

Stepanov suspiró y se dirigió a jugar solo.

Entrando en su oficina, Shikin puso su portafolio con cuidado sobre el escritorio.

(Todos los papeles de Shikin eran secretos y super secretos, se guardaban en la caja fuerte y nunca se llevaban a ninguna parte, pero si Shikin saliera sin su portafolio, no causaría impresión. Por eso llevaba a su casa en el portafolio a *Ogonyek*, *Krokodil*, *Vokrug y Sveta*, cuando sólo le hubiera costado pocos kopeks suscribirse a ellos).

Atravesó el piso alfombrado hacia la ventana, se detuvo allí, y volvió a la puerta. Los asuntos importantes parecían haber estado acechando en la oficina, esperándolo.. . detrás de la caja fuerte, detrás de un armario, debajo de la cama. Ahora, de pronto, se amontonaban a su alrededor reclamando su atención.

Tenía cosas que hacer.

Frotó sus manos sobre el cabello canoso y corto.

En primer lugar, tenía que verificar un importante proyecto que había elaborado durante muchos meses y que recientemente había sido autorizado por Yakonov, adoptado por la administración, explicado a los laboratorios, pero que todavía no había sido puesto en ejecución. Era un nuevo sistema de usar libros diarios secretos. Analizando con cuidado la situación de seguridad del Instituto

Mavrino, el mayor Shikin había descubierto -y se sentía orgulloso de haberlo hecho- que todavía no existía verdadera seguridad. Era cierto que las cajas fuertes de acero a prueba de incendio, de la altura de un hombre, estaban en cada habitación, cincuenta de las cuales habían sido secuestradas a una firma alemana, en alguna incautación. También era cierto que todos los papeles que eran secretos, semisecretos, o que estaban vinculados a cualquiera que fuera secreto, se guardaban en estas cajas fuertes en presencia de oficiales especiales de guardia durante el intervalo del almuerzo o de la comida y durante la noche. Pero el trágico descuido consistía en que sólo se guardaban allí los proyectos terminados y los trabajos en proceso. El primer esbozo de una idea, los primeros conceptos, las hipótesis vagas -en realidad, todo lo que sugería proyectos para el siguiente año, en otras palabras, el material más promisorio- no se guardaba en las cajas fuertes de acero. Un espía hábil que supiera algo de tecnología, podría abrirse paso por entre las alambradas de púa, encontrar un pedazo de secante con un dibujo o un diagrama en algún canasto de papeles, y luego volverse por el mismo camino por donde había venido. . . y en seguida el servicio de inteligencia norteamericano comprendería lo que perseguía el instituto.

Siendo un oficial consciente, el mayor Shikin había hecho que Spiridon sacara en su presencia todo el contenido de los cajones de basura del patio. Cuando hizo esto, encontró dos pedazos de papel, pegados con nieve y venizas, en los que era evidente que se habían dibujado diagramas. Shikin no sintió repugnancia al recoger esas inmundicias, sosteniéndolas cuidadosamente por las esquinas, y las puso en el escritorio de Yakonov. Y Yakonov no pudo decir nada. Así, el proyecto de Shikin para identificar individualmente los diarios secretos, fue adoptado. Se adquirieron en seguida diarios adecuados,

del depósito de librería del MGB. Contenían doscientas hojas grandes cada uno, estaban numerados y encuadernados, y podían ser sellados. El plan era distribuir los diarios a todos, excepto a los torneros y al portero. Anotar cualquier cosa en cualquier parte que no fuera en las páginas del diario de cada uno, estaba estrictamente prohibido. Además de evitar que los bocetos cayeran en manos enemigas, este plan tenía la intención adicional de proporcionar un medio para controlar el pensamiento de los prisioneros. Desde que había que anotar la fecha en el libro diario todos los días, el Mayor Shikin podría verificar cuánto había pensado el miércoles cada zek, y si había inventado algo nuevo o no el viernes. Doscientos cincuenta de esos libros diarios, significarían doscientos cincuenta Shikins, pendiendo sobre la cabeza de cada uno de los prisioneros. Los prisioneros eran siempre taimados y perezosos. Trataban de evitar el trabajar siempre que les fuera posible. Era rutina verificar el cumplimiento de un trabajo ordinario. Ahora tendrían los medios para controlar a un ingeniero, a un científico.. . Eso era lo que significaba el invento del Mayor Shikin.

(Y era una lástima que a los oficiales de seguridad y de contraespionaje no les dieran Premios Stalin).

Hoy tendría que constatar si ya se habían entregado los libros diarios a los zeks que debían tenerlos y también si habían comenzado a utilizarlos.

Otra tarea de Shikin ese día era completar la lista de prisioneros para el programa de transporte a llevarse pronto a cabo, y saber precisamente para cuándo se había prometido efectuarlo.

Además, Shikin estaba absorbido por el asunto que había empezado con tanto aparato, pero que no se había llevado adelante; el "Caso del Torno Roto".

Mientras diez prisioneros trasladaban un torno desde el Laboratorio Número Tres hasta el taller de reparaciones, el torno había sufrido una rajadura en su base. Después de una semana de investigaciones, se había escrito un informe de ochenta páginas, pero la verdad no había salido a luz: ninguno de los prisioneros involucrados era un neófito ingenuo.

También tenía que descubrir cómo había aparecido y de dónde un libro de Dickens. Doronin había informado que era leído en la sala semicircular, especialmente por Adamson. Llamar a un reincidente como Adamson para interrogarlo hubiera sido una pérdida de tiempo. Eso significaba que tenía que citar a los empleados libres que trabajaban cerca de Adamson y atemorizarlos, anunciándoles que todo había sido descubierto.

¡Shikin tenía tanto que hacer hoy... !

("Y aún no conocía las cosas nuevas que le referirían sus informantes. No sabía todavía que tendría que investigar una burla a la justicia soviética; la actuación de algo llamado "El Juicio del Príncipe Igor".)

En su desesperación, se frotaba , las sienes y la frente, tratando de aquietar el enjambre de sus problemas.

Sin saber por dónde empezar, Shikin decidió mezclarse con las masas; en otras palabras, bajar al pasillo en la esperanza de encontrar algún informante que le indicara, levantando las cejas, que tenía una denuncia urgente que hacerle, que no podía ser postergada hasta la hora de las entrevistas.

Pero tan pronto llegó a la mesa del oficial de guardia, oyó que éste estaba hablando por teléfono sobre un nuevo grupo que se había creado.

¿Qué era eso? ¿Cómo podía haberse creado un nuevo grupo en el instituto, el domingo, cuando Shikin no había estado allí? ¿Cómo podían moverse las cosas tan de prisa?

El oficial de guardia se lo refirió.

¡Fue un rudo golpe! Había venido el delegado del ministro y también los generales. Shikin había estado ausente. El enfado lo estremecía. Le habría dado al delegado del ministro amplias razones para que supiera qué él estaba alerta en asuntos de seguridad. Y no le habían avisado ni pedido su consejo con tiempo; era imposible incluir al abominable Rubín en un grupo tan responsable. .. ¡el traicionero, falso de pies a cabeza! Juraba que creía en la victoria del comunismo, pero rehusaba convertirse en informante. Y, además, usaba esa provocativa barba, ¡el canalla!, ¡Vasco de Gama! ¡Afeitarlo!

Con sus pies pequeños calzados con zapatos para adolescentes, dando cuidadosos pasitos y con prisa deliberada, el cabeza redonda de Shikin se dirigió hacia el cuarto 21.

Había una forma de ponerse a mano con Rubín. Recientemente había elevado una petición al Tribunal Supremo para la reconsideración de su caso (la elevaba dos veces por año). Shikin podía decidir si mandar la petición con una recomendación favorable, o -como otras veces- con un comentario desagradable y negativo.

La puerta del N° 21 era sólida, sin paneles de vidrio. El mayor la empujó! Estaba cerrada con llave. Golpeó. No oyó pasos. Entonces, de pronto, la puerta se abrió ligeramente. En el intersticio de la puerta estaba Smolosidov con su amenazador copete de pelo negro. Viéndolo a Shikin, no se movió ni abrió más la puerta.

-Buenos días -dijo Shikin inseguro, poco acostumbrado a este tipo de recepción. Smolosidov era "un miembro de la Cheka" más importante que el mismo Shikin.

Smolosidov permaneció sereno como un boxeador, sus brazos inclinados y ligeramene echados hacia atras. No dijo nada.

-Soy yo.. . -explicó Shikin confundido-. Déjeme entrar. Tengo que conocer su grupo.

Smolosidov retrocedió medio paso y, cubriendo todavía la habitación con su cuerpo, hizo un ademán con la cabeza a Shikin. Éste pasó a través de la estrecha abertura de la puerta y siguió el dedo de Smolosidov con los ojos. En la parte interior de la puerta pendía una hoja de papel:

Lista de personas admitidas en el cuarto N° 21:

1. Delegado del Ministro MGB - Sevastyanov
2. Jefe de Sección - Mayor General Bulbanyuk
3. Jefe de Sección - Mayor General Oskolupov
4. Jefe de Grupo - Mayor de Ingenieros Roitrnan
5. Teniente Smolosidov
6. Prisionero Rubín

Confirmado por el Ministro de Estado de Seguridad, Abakumov.

-Quisiera que llamen a Rubín -dijo en un susurro.

-¡No puede hacerlo! -respondió Smolosidov también en un susurro. Y cerró la puerta con llave.

UN SECRETARIO LIBERADO DE DUDAS

En un momento dado el sindicato había desempeñado un papel grande y significativo en la vida de los empleados libres de Mavrino. Pero entonces un camarada colocado muy alto -tan alto que era difícil llamarlo "camarada"- se había enterado de ello. Había preguntado -¿de qué se trata? -y no agregó la palabra "camarada", creyendo que no debía consentir a sus subordinados-. Después de todo, Mavrino es una unidad militar. ¿Para qué quieren un sindicato? ¿Sabe usted a qué huele eso?

Ese día se abolió el sindicato en Mavrino. Su desaparición no causó ningún trastorno.

Luego aumentó en forma extraordinaria la importancia de la organización del Partido en el instituto, que ya antes había sido considerablemente importante. El Comité de Distrito del Partido consideró necesario para la organización del Partido en Mavrino tener un secretario pagado "permanente" que no realizara ningún otro trabajo. Después de examinar algunas encuestas elevadas por la sección de personal, el Comité de Distrito del Partido recomendó para ocupar esa posición a: Stepanov, Boris Sergeyevich; nacido en 1900; nativo de la aldea de Lupachi, Distrito de Bobrovsk. Origen social: granjero sin tierra; después de la Revolución, policía rural; sin profesión. Situación social: empleado. Educación: cuarto grado de la

escuela elemental; dos años en la escuela del Partido. Miembro del Partido desde 1921 hasta ahora. Activo en el trabajo del Partido desde 1923. No vacila en llevar a cabo la línea del Partido. Nunca participó en la oposición. Nunca sirvió en los ejércitos o instituciones de los gobiernos Blancos. Nunca estuvo en territorio ocupado. Nunca ha estado en el extranjero. No posee idiomas foráneos; no conoce ninguna de las lenguas nacionales de la U.R.S.S. Neurosis de guerra; se le premió con la orden de la "Estrella Roja" y la medalla "De la Victoria en la Guerra patria contra Alemania"

En el momento en que el Comité de Distrito del Partido recomendaba a Stepanov, éste estaba trabajando como propagandista en la cosecha del Distrito de Volokolamsk. Utilizaba todos los minutos cuando los labradores de la granja colectiva no estaban trabajando en los campos. Ya estuvieran sentados almorzando o simplemente disponiendo de un momento para fumar, en seguida los reunía en el campo o los citaba de noche en el edificio de la administración. Implacablemente explicaba la importancia de sembrar el campo cada año con semilla de buena calidad. Les decía que el remordimiento excedería la cantidad de semilla sembrada; que debía ser cosechada sin desperdicio ni despilfarro y tan ligero como fuera posible debía ser entregada al Estado. Sin descansar, se dirigía luego a los conductores de los tractores para explicarles la importancia de economizar nafta y no maltratar su equipo; y la absoluta inadmisibilidad de tener un momento de ocio. También respondía con reticencia a las preguntas que le hacían relativas a las reparaciones deficientes y a la escasez de ropa de trabajo.

Para entonces, la asamblea general de la organización del Partido de Mavrino había aceptado con fervor la recomendación del Comité de Distrito y elegido por unanimidad a Stepanov como su

secretario a sueldo -sin haberlo visto jamás. Se eligió un nuevo propagandista y fue enviado al Distrito de Volokolamsk un oficial que había sido retirado de su puesto en las cooperativas del distrito de Yogoryevsk, porque desaparecían grandes cantidades de artículos. En Mavrino, se le dio a Stepanov una oficina vecina a la del oficial de seguridad y se hizo cargo de la dirección de los asuntos del Partido.

Comenzó por verificar dentro del partido, el trabajo realizado por el anterior secretario, que *no* había sido asalariado ni excusado de otro trabajo.

El ex-secretario era el Teniente Klykachev. Era delgado, sin duda a causa de su gran actividad y de que nunca descansaba. Se ingeniaba para dirigir el Laboratorio de Desciframiento de Códigos, y los grupos criptográficos y estadísticos, y también conducir un seminario en un Komsomol; era el alma del grupo de los "Jóvenes". Además de todo esto, había sido el secretario del Comité del Partido. Y mientras la administración consideraba al Teniente Klykachev demasiado exigente, y sus subordinados lo consideraban terco, el nuevo secretario sospechó enseguida que los asuntos del Partido en el Instituto Mavrino, habían sido descuidados.

Y esa fue la conclusión a que se llegó.

Las investigaciones de Stepanov en los asuntos del Partido continuaron durante una semana. Sin salir una sola vez de su oficina, examinó hasta el último papel y llegó a conocer a cada miembro del Partido por su ficha personal y su fotografía antes de conocerlos en carne y hueso. Klykachev sintió la pesada mano del nuevo secretario sobre él.

Salió a relucir una deficiencia tras otra. Dejando de lado los datos incompletos en interrogatorios, las inadecuadas certificaciones y recomendaciones en las fichas personales, la ausencia de

características detalladas de cada miembro y candidato para miembro, aparecía una tendencia general viciosa con respecto a todos los procedimientos, una tendencia a llevarlos a cabo de hecho, pero a descuidar documentarlos, de tal manera, que los procedimientos se hacían, por así decirlo, ilusorios.

-Pero, ¿quién va a creer en ello? ¿Quién va a creer que esas medidas fueron en verdad llevadas a cabo? -preguntaba Stepanov, con la palma de la mano presionando su cabeza calva, y con un cigarrillo encendido entre los dedos.

Y pacientemente le explicaba a Klykachev que todo había sido hecho sólo en el papel (porque sólo el testimonio verbal lo confirmaba, y no en *realidad* y de *hecho*, porque no estaba registrado en el papel).

Por ejemplo, ¿de qué servía a los atletas del instituto -sin incluirlos prisioneros, obviamente- jugar al volleyball en todos los períodos del almuerzo (hasta quitando un poco de tiempo al trabajo a causa de ello?). Quizás fuera cierto. Tal vez, en verdad, jugaron. Por su puesto que no había objeto en que Stepanov o Klykachev o ningún otro verificara esto saliendo al patio para ver si la pelota saltaba de un lado al otro. Pero, ¿por qué estos jugadores de volleyball, después de haber jugado tantos partidos y adquirido tanta experiencia, por qué no habían transmitido esta experiencia y producido un diario especial atlético para el pizarrón del boletín: "El volleyball Rojo" o "El Honor del Miembro del Equipo Dínamo"? Y si después Klykachev hubiera quitado con cuidado ese periódico del tablero y lo hubiera guardado en el archivo de documentos del Partido, entonces ninguna inspección hubiera dudado que la tarea "Juego de Volleyball", fue realizada y que el Partido lo había supervisado. Pero, ¿quién creería ahora la palabra de Klykachev?

Así era con todo. -¡Las palabras no pueden ser archivadas en la ficha! -y con esa profunda declaración Stepanov asumió sus funciones.

Así como un sacerdote jamás creería que nadie puede mentir en el confesionario, Stepanov jamás imaginaba que la documentación escrita pudiera mentir.

Klykachev, con su cabeza estrecha y su cuello largo, no trató de discutir con Stepanov; con franca gratitud en los ojos estuvo de acuerdo con él y aprendió de él y Stepanov pronto se suavizó con respecto a Klykachev, mostrando con ello que no era una persona mal intencionada. Escuchó con atención el recelo que tenía Klykachev con respecto al ingeniero Coronel Yakonov, que no sólo tenía un prontuario dudoso sino que era un antiguo enemigo del pueblo y ahora dirigía un instituto tan importante y secreto como Mavrino. Stepanov mismo se hizo en extremo vigilante. Hizo de Klykachev su mano derecha, le dijo que visitara más a menudo el Comité del Partido, y lo instruyó con bondad dándole el tesoro de su propia experiencia.

Así Klykachev llegó a conocer al nuevo organizador del Partido antes y con más intimidad que cualquier otro. Klykachev lo había bautizado "El Pastor" y los "Jóvenes" tomaron este nombre ponzoñoso. Y precisamente a causa de la relación de Klykachev con "El Pastor", las cosas anduvieron bastante bien para los "Jóvenes". Pronto comprendieron que era muy ventajoso para ellos tener un organizador del Partido que no estaba abiertamente en su campo, un hombre objetivo y legalista, que se mantendría al margen.

Stepanov era un hombre legalista. Ante cualquier sugerencia de que alguien merecía misericordia, de que no debía descargarse sobre él toda la severidad de la ley, que se debía mostrar piedad, arrugas de pena se marcaban en la frente de Stepanov (que era alta porque no

tenía pelo en las sienes), e inclinaba los hombros como si soportara un nuevo peso. Pero, con llameante convicción, encontraría la fuerza para erguirse, y volverse abruptamente a un miembro tras otro, los pequeños reflejos blancos y cuadrados de las ventanas reproduciéndose en sus anteojos.

-¡Camaradas! ¡Camaradas! ¿Qué es lo que oigo? ¿Cómo pueden, decir esas cosas? Recuerden, ¡siempre hay que apoyar la ley! ¡Apoyen la ley con todas sus fuerzas! Esa es la única forma real de ayudar a esta persona por quien ustedes quieren violar la ley. Porque la ley se ha establecido sólo para servir a la sociedad y al hombre. Sin embargo, con mucha frecuencia no comprendemos eso y, en nuestra ceguera, queremos eludir la ley.

Por su parte, Stepanov estaba satisfecho con los "Jóvenes" y su ansiedad por las reuniones del Partido y la crítica del Partido. Veía en ellos al núcleo de la *colectividad saludable* que trataba de crear en cada lugar nuevo en que trabajaba. Si la colectividad no descubría antes los líderes infractores de la ley que había en su medio, si la colectividad guardaba silencio en las reuniones, Stepanov, con todo derecho, consideraba que la colectividad *no era saludable*. Si la colectividad como un solo hombre atacaba a uno de sus miembros, especialmente a uno que era necesario atacar, esa actividad de acuerdo con la idea compartida por gente colocada aún más arriba que Stepanov era *saludable*.

Stepanov tenía muchas ideas fijas que le era imposible abandonar. Por ejemplo, no podía imaginar una reunión que no terminara con la adopción de una estruendosa resolución, castigando a miembros individuales, y movilizándolo toda la colectividad para nuevas victorias de la producción. En especial, le agradaban este tipo de cosas en las reuniones "abiertas" del Partido donde aparecían todas

las personas que no pertenecían al Partido, y donde se podía despedazarlas. No tenían derecho a votar ni a defenderse. Algunas veces, antes de votar, se oían voces indignadas u ofendidas:

-¿Qué es esto? ¿Una reunión o un tribunal?

-¡Por favor, camaradas, por favor! –Stepanov utilizaba en tales casos su autoridad para interrumpir a cualquier orador, hasta al presidente de la reunión. Llevándose de prisa una pildora a la boca con mano temblorosa (después de su contusión de guerra le dolía mucho la cabeza por cualquier tensión nerviosa,-y siempre- lo ponía nervioso el que atacaran la verdad) se adelantaba hasta la mitad del salón y se colocaba exactamente debajo de las luces, por lo que grandes gotas de transpiración brillaban en su cabeza calva-. ¿Qué es esto? ¿Están, después de todo, contra la crítica y la autocrítica? -Y martillando el aire con su puño, como si estuviera clavando ideas en las cabezas de los oyentes, explicaba:- ¡La autocrítica es la primera fuerza motivadora de nuestra sociedad, el primer poder detrás de su progreso! Es tiempo de que entiendan que cuando criticamos a los miembros de nuestra colectividad no es para someterlos a juicio, sino para mantener a cada trabajador, en todo momento, en constante tensión creadora. ¡Y no puede haber dos opiniones en cuanto a esto, camarada! Por supuesto, no queremos cualquier tipo de crítica, éso es verdad. Necesitamos una *crítica sistemática*, una crítica que no impugne a nuestros líderes experimentados. No debemos confundir libertad de crítica con una libertad anárquica de pequeños burgueses.

Entonces, se volvía a la garrafa de agua y tragaba otra pildora.

Siempre resultaba que toda la colectividad saludable votaba por la resolución en forma unánime, incluyendo aquellos miembros a quienes la resolución fustigaba y destruía con cargos de "una actitud

de descuido criminal hacia el trabajo" o de "incumplimiento del plan, lindando en sabotaje"

Algunas veces sucedía que Stepanov, a quien le agradaban las resoluciones elaboradas, ampulosas, Stepanov, quien en la forma más oportuna conocía siempre de, antemano los discursos que se pronunciarían y el consenso final de la reunión, no lograba redactar la resolución íntegra *antes* de la reunión. Entonces, cuando el presidente declaraba:

-¡El camarada Stepanov tiene la palabra para fundar la resolución! Stepanov se enjugaba la transpiración de la frente y de la calva, y decía:

-¡Camaradas! He estado muy ocupado y, por lo tanto, no he podido descubrir por completo y con certeza, antes de proyectar la resolución, ciertas circunstancias, ciertos nombres y hechos.

O sino:

-¡Camaradas! Hoy me han llamado a la administración y todavía no he preparado el borrador de la resolución. Luego en ambos casos:

-De manera que les pido que voten la resolución *como un todo*, y cuando tenga tiempo, mañana, completaré los detalles.

Y la colectividad de Mavrino resultaba tan saludable, que se levantaban todas las manos sin un murmullo, aun cuando nadie sabía (ni llegaría a saber), ni podía descubrir, quién sería denigrado ni quién exaltado en esa resolución.

La posición del nuevo organizador del Partido estaba muy reforzada por el hecho de que no se permitía a sí mismo la debilidad de intimar con nadie. Todo el mundo respetuosamente lo llamaba "Boris Sergeyich". Aceptando esto como algo que se le debía, a su vez tampoco se dirigía a nadie por el nombre de pila y patronímico. Hasta

en la exaltación de la mesa de billar, cuyo tapete brillaba verde en la sala del Comité del Partido, exclamaba:

-¡ Saque la bola, Camarada Shikin. . . !

-¡Apártese, Camarada Klykachev!

En general, a Stepanov le desagradaba la gente que apelaba a sus sentimientos más nobles. Él mismo no apelaba a esos sentimientos en los otros. En consecuencia, tan pronto como sentía cualquier tipo de desagrado o resistencia a sus medidas, sin mucho hablar o intención de persuadir, tomaba una hoja grande y limpia de papel y escribía en grandes letras arriba: "Se propone que los Camaradas nombrados más abajo cumplan..." tal o cual cosa por esta persona o aquella y en tal fecha. Dividía el papel en un número de columnas: "Apellido", "Nombre", "Firma", notificándose de haber recibido el Aviso". Ordenaba a su secretaria que hiciera llegar la hoja a todos. Los camaradas designados la leían, desahogaban su amargura como les placía contra la indiferente hoja de papel, pero tenían que firmar. Habiendo firmado, no podían dejar de llevar a cabo los trabajos extra.

Stepanov era un secretario de Partido liberado también de dudas y de cualquier vagabundeo mental en la oscuridad.

Le bastaba oír en la radio que ya no había una Yugoslavia heroica, sino la camarilla de Tito. A los cinco minutos estaría explicando esta decisión con tal firmeza, tal convicción, que podría creerse que él personalmente había estado trabajando en ello durante años. Si alguien con cautela dirigía la atención de Stepanov a una discrepancia entre las instrucciones de hoy y las de ayer, al mal estado del abastecimiento en el Instituto, a la mala calidad de los equipos fabricados por los Soviet, o a la vivienda, el secretario liberado sonreía como anticipando las palabras que iba a pronunciar:

-Y bien, ¿qué es lo que pretenden, camaradas? Eso no es más que confusión departamental. Pero no cabe duda que estamos progresando en esa área; confío en que estarán de acuerdo conmigo.

Sin embargo, Stepanov tenía ciertos sentimientos humanos, aun cuando en una escala muy limitada. Por ejemplo, le gustaba que las autoridades lo ponderaran, y le agradaba impresionar con su experiencia a los miembros ordinarios del Partido. Se complacía en estas reacciones porque las consideraba muy justificadas.

También bebía vodka, pero sólo si alguien lo convidaba o si la ponían en la mesa, y siempre se quejaba de que el vodka era malo para su salud. Por esa razón, jamás lo compraba o invitaba a nadie con vodka. Y esas eran sus únicas debilidades.

Los "Jóvenes" algunas veces discutían entre ellos acerca de "El Pastor" Roitman decía:

-¡Amigos míos! Es el profeta de un tintero profundo. Tiene el alma de un papel impreso. Es inevitable tener personas así en un período de transición.

Pero Klykachev, sonriendo con expresión torcida, respondía:

-Ingenuos, él nos tiene agarrados, nos va a hundir las caras en m.. .-No crean que es un tonto. En cincuenta años ha aprendido cómo seguir adelante. ¿Creen ustedes que es por nada que en todas las reuniones hay una resolución aniquiladora? Él está escribiendo la historia de Mavrino con ellas. Está acumulando datos con anticipación: suceda lo que suceda, una inspección demostrará que el secretario previno a cada uno, de antemano, acerca de la situación.

Desde el punto de vista de Klykachev, lleno de prejuicios, Stepanov era un difamador furtivo que llegaría a cualquier extremo con tal de arreglar las cosas para sus tres hijos.

Stepanov, en verdad, tenía tres hijos, y éstos siempre estaban pidiéndole dinero a su padre. Los había colocado a los tres en el departamento de historia de la Universidad. Su cálculo había parecido acertado en su momento, pero no había tenido en cuenta que se llegaba a la saturación con los historiadores egresados de las escuelas, institutos técnicos, y cursos de corta duración, primero en la ciudad de Moscú, luego en el distrito de Moscú y más tarde hasta en los Urales. El primer hijo terminó la escuela, pero en lugar de quedarse en casa para alimentar a sus padres, se había marchado a Khanty-Mansiysk en Siberia occidental. Al segundo hijo le ordenaron que fuera a Ulan Ude, al este del Lago Baikal, y cuando el tercero terminó sus estudios, parecía improbable que encontrara un empleo en un lugar más próximo que la isla de Borneo.

Su padre se aferraba cada vez con mayor tenacidad a su propio empleo y a la pequeña casa en las afueras de Moscú que tenía una pequeña huerta, cascos de coles fermentadas, y tres cerdos engordando. Para su mujer, una mujer sobria, que estaba quizás hasta un poco atrasada en materia de ideologías, el engordar los cerdos era su interés básico, y lo consideraba el rubro más importante del presupuesto familiar. Había dispuesto del domingo pasado para un viaje obligatorio al campo a comprar lechón. A causa de esa empresa - exitosa, como resultó- Stepanov no había ido a trabajar ayer, aun cuando cierta conversación del sábado lo había alarmado y se sentía ansioso por estar en Mavrino. El sábado, en la Sección Política, Stepanov había sufrido, un golpe. Cierta oficial colocado muy arriba, pero muy alimentado a pesar de sus preocupaciones y responsabilidades, pues en realidad pesaba alrededor de 120 kilos, mirando la fina nariz de Stepanov, más marcada por los anteojos que usaba, preguntó con su lenta voz de barítono:

-Y, Stepanov, ¿qué me dice de los hebreos que tiene usted ? ¿Los he. . . qué? -preguntó Stepanov, inclinando la cabeza para oír mejor.

-Los hebreos. -Y advirtiendo la total falta de comprensión del secretario, el oficial se hizo entender con claridad.- Está bien, me refiero a los "judíos".

Tomado de sorpresa y temeroso de repetir la palabra de doble filo, cuyo uso se había ganado recientemente una sentencia inmediata de diez años por propaganda antisoviética, Stepanov murmuró con vaguedad. -Sí, hay algunos.

-Bien, y ¿qué se propone hacer con ellos?

En ese momento sonó el teléfono y el camarada que ocupaba un cargo tan alto tomó el receptor y no dijo nada más a Stepanov.

Perplejo, Stepanov leyó toda la pila de instrucciones, y directivas de la administración, pero las letras negras sobre el papel blanco soslayaban hábilmente la cuestión judía.

Durante todo el día del domingo, en su excursión en busca del lechón, pensó y pensó y se arañó el pecho desesperado. ¡Era obvio que su intuición se hacía lerda con la vejez! Pero ¿cómo haberlo imaginado? Durante sus años de trabajo Stepanov había llegado a creer que los camaradas judíos estaban particularmente dedicados a la causa. Y ahora... ¡qué vergüenza! Stepanov, el oficial experimentado, no había detectado una nueva e importante orientación y hasta había estado indirectamente implicado en las intrigas de los enemigos. Después de todo, aquella camarilla íntegra Roitman-Klykachev. . .

El lunes por la mañana Stepanov llegó a trabajar en un estado de ánimo confuso. Después de que Shikin rehusara jugar una partida de billar... durante la cual Stepanov había esperado enterarse de algo por él. .. y respirando con dificultad porque no había recibido instrucciones, el secretario liberado del Partido se encerró en la

oficina del Comité y durante dos horas castigó las bolas con furia, enviándolas algunas veces al suelo por sobre la baranda de la mesa. Los gigantescos bronceos en bajo relieve de la pared fueron testigos de algunas brillantes jugadas donde dos o tres bolas entraban en sus troneras simultáneamente. Pero los perfiles de los bajorelieves no le dieron a Stepanov ni siquiera una sugerencia de cómo evitar destruir su saludable colectividad, dejándolo que se debatiera solo en la nueva situación.

Agotado, al fin oyó sonar el teléfono y corrió a levantar el auricular.

Dijeron que ya había salido en automóvil para Mavrino con dos camaradas que les darían todas las instrucciones necesarias con respecto a la lucha contra la adulación.

El secretario liberado en seguida se animó, hasta se puso alegre, hizo una carambola desde el borde y la introdujo en la tronera; luego guardó el taco de billar y las bolas en un armario.

También lo puso de buen humor recordar que el lechón de orejas rosadas que habían comprado ayer, comió toda su ración tanto a la mañana como a la tarde, sin causar problema. Esto era una promesa de que podría ser engordado en forma barata y fácil.

DOS INGENIEROS

El Mayor Shikin estaba en la oficina del Coronel de Ingenieros Yakonov.

Estaban sentados y conversaban como iguales, amigablemente, aun cuando cada uno despreciaba y aborrecía al otro.

A Yakonov le gustaba decir en las reuniones "Nosotros los de la Cheka". Pero en cuanto concernía a Shikin, Yakonov seguía siendo aquel enemigo del pueblo que había ido al extranjero, cumplido una condena, que fue condenado y llevado al seno de la Seguridad de Estado, pero que no era inocente. Inevitablemente, inevitablemente, llegaría el día en que las organizaciones de seguridad desenmascararían a Yakonov y lo arrestarían otra vez. ¡Cómo gozaría Shikin al arrancarle las charreteras de los hombros! La espléndida condescendencia del Coronel de Ingenieros, la caballeresca seguridad con que ejercía su autoridad irritaban al diligente y pequeño Mayor de cabeza grande. En consecuencia, Shikin trataba siempre de destacar su propia importancia y la del trabajo "operacional", cuyo valor subestimaba siempre el Coronel de Ingenieros.

Ahora estaba proponiendo colocar en la agenda de la próxima reunión de seguridad un informe de Yakonov sobre seguridad en el instituto, que criticaría duramente todas las negligencias. Esa reunión bien podía ser vinculada a un traslado de zeks no cooperativos y a la introducción de los nuevos libros diarios secretos.

El Coronel de Ingenieros Yakonov, agotado después del ataque de ayer, con círculos azulados debajo de los ojos retenía en su cara, sin

embargo, una expresión agradable y asentía a las palabras del Mayor. Para sus adentros, detrás de los muros y los fosos donde ningún ojo podía penetrar, excepto quizás el de su esposa, estaba pensando ¡qué piojo miserable era este Mayor Shikin, fomentando la filtración gris a través de las denuncias.. . qué tontería absurda su ocupación. . . qué idiotez sus proposiciones!

A Yakonov le habían dado un mes de plazo. Dentro de un mes su cabeza podría yacer en el cepo del verdugo. Debía quitarse la armadura, abandonar su alto cargo, sentarse frente a los diagramas y pensar en soledad.

Pero el majestuoso sillón tapizado de cuero en el que se sentaba el Coronel de Ingenieros llevaba en sí la plena negación: responsable de todo, el Coronel no podía tocar nada él mismo, sólo podía levantar el teléfono y firmar papeles.

Además, esa pequeña guerra con la camarilla de Roitman todavía estaba minando sus energías mentales. Tenía que sobrellevarlo como antes. No estaba en posición de forzarlos a abandonar el instituto, y todo lo que quería era su rendición incondicional. Después de todo, ellos querían echarlo a él, y eran capaces de destruirlo.

Shikin todavía seguía hablando. Yakonov miró por encima de él. Sus ojos permanecían abiertos, pero dejando el cuerpo lánguido, volvió en pensamiento a su hogar.

"¡Mi hogar! ¡Mi hogar es mi fortaleza!" Como los sabios ingleses que fueron los primeros en comprender esa verdad. En tu pequeño territorio propio sólo existen tus leyes. Cuatro paredes y un techo te separan de un mundo que está constantemente oprimiéndote, poniéndote de cabeza, exprimiendo algo de tí. Ojos atentos con un resplandor tranquilo te esperan en el dintel de la puerta de tu hogar.

Niños traviesos, siempre buscando algo nuevo (¡qué suerte que todavía no vayan a la escuela!) te confortan y refrescan, por muy fatigado que estés de la persecución, de ser llevado de un lado al otro. Tu esposa ya les ha enseñado a ambos a hablar en inglés. Sentada al piano, toca un hermoso vals de Waldteufel. Las horas del almuerzo son breves y cuando has terminado tu trabajo de la tarde, ya es casi noche, pero en tu propio hogar no hay tontos, pomposos ni jóvenes sanguijuelas.

En el trabajo de Yakonov había tantos tormentos; tantas situaciones humillantes, tantas frustraciones violentas, tanto ajeteo administrativo, y Yakonov se sentía tan viejo, que con gusto habría dejado el trabajo si hubiera podido, y permanecido en su propio hogar, en su propio y placentero mundo acogedor.

Esto no significaba que el mundo externo no le interesara... le interesaba profundamente. Sería difícil encontrar una época más apasionante en toda la historia. Veía la política del mundo como múltiples juegos de ajedrez. Pero Yakonov no pretendía jugar él ni siquiera ser un peón en el juego... o parte de un peón... ni el fieltro de la base del peón. Yakonov quería observarlo desde afuera, gozar de él como cuando se repantigaba en cómodos pijamas en su viejo sillón de hamaca, entre sus muchos estantes de libros.

Yakonov tenía todas las calificaciones y los medios para esta pretensión. Había dominado dos idiomas, y las estaciones de radio foráneas rivalizaban entre sí ofreciéndole información. El ministerio recibía periódicos técnicos y militares extranjeros y los enviaba en seguida a sus cerrados institutos. A los editores de esos periódicos le gustaba incluir de cuando en cuando un ensayo sobre política, o la futura guerra global, o la futura estructura política del planeta. También, moviéndose como lo hacía en altos círculos, Yakonov, de

tiempo en tiempo, se enteraba de detalles no asequibles a la prensa. Tampoco desdeñaba la traducción de libros sobre diplomacia e inteligencia. Y, más allá de toda esa información, tenía sus propios y penetrantes pensamientos. Su juego de ajedrez consistía en que desde su sillón de hamaca, él observaba el partido del Este versus Oeste, y trataba de imaginar el resultado por los movimientos que hacían.

¿De qué lado estaba él? Cuando las cosas en el trabajo andaban bien, estaba, por supuesto, a favor del Este. Cuando lo apretaban demasiado, estaba más bien por el Oeste. Su propia visión superior era que, el que fuera el más fuerte y el más cruel ganaría. En esto, desgraciadamente, toda la historia y sus profetas coincidían.

En su temprana juventud había adoptado la frase popular: "¡Toda la gente es canalla!" Y cuanto más vivía, tanto más se afirmaba y confirmaba esta verdad. Encontraba más pruebas de ello cuanto más profundamente indagaba; de esta manera le fue más fácil vivir. Porque si toda la gente era canalla, pues no había que hacer nada "para la gente" sino para uno mismo. No hay un "altar social" y nadie necesita perder tiempo pidiéndole a uno sacrificios. Hace mucho tiempo todo esto fue expresado con mucha sencillez por un dicho popular: "Tu propia camisa es lo que está más próximo a tu cuerpo".

Los guardianes de los interrogatorios y de las almas no tenían por lo tanto que preocuparse de su pasado. Pensando en su vida, Yakonov comprendió que las únicas personas que van a prisión son aquellas a quienes en algún momento de sus vidas les fracasa la inteligencia. La gente realmente inteligente mira hacia adelante; pueden contorsionarse y escabullirse, pero siempre permanecen en una sola pieza y en libertad.. ¿Por qué malgastar detrás de las rejas la existencia que es sólo nuestra y mientras podemos respirar? No, Yakonov había renunciado al mundo de los zeks, no únicamente en

apariencia sino por una convicción íntima. ¿De qué manos hubiera recibido de otra manera cuatro habitaciones espaciosas con un balcón y siete mil al mes? Por lo menos no las habría recibido tan pronto. Lo injuriaban, lo trataban caprichosamente, con frecuencia con estupidez, siempre con crueldad... pero en la crueldad, después de todo, estaba la fuerza, su manifestación más auténtica.

Ahora Shikin le tendía la lista de zeks condenados a ser trasladados al día siguiente. La lista ya acordada tenía diez y seis nombres, y ahora Shikin agregó con aprobación los dos nombres en el anotador del escritorio de Yakonov. Veinte había sido el total fijado por la administración de la prisión, de manera que tenía que "encontrar" dos víctimas más, e informar al Teniente Coronel Klimentiev antes de las cinco de la tarde.

Sin embargo, ningún candidato se le ocurrió al momento. De alguna manera siempre sucedía que los mejores especialistas y trabajadores de Yakonov eran indignos de confianza en el área de seguridad, mientras que los favoritos de los oficiales de seguridad eran inservibles y cobardes. Esto hacía difícil coincidir en los nombres para completar los traslados.

Yakonov puso la lista sobre su escritorio e hizo un gesto tranquilizador con las manos.

-Déjeme la lista. Lo pensaré. Usted también piénselo. Hablaremos por teléfono.

Shikin se puso lentamente de pie y -no debió haber dicho nada pero lo hizo- se quejó con esta persona que no merecía oír su queja, sobre la acción del ministro admitiendo a Rubin y a Roitman en el cuarto 21, mientras a él, Shikin, y al Coronel Yakonov no se les permitía el acceso. ¡Su propia dependencia! ¿Cómo pudo suceder eso?

Yakonov levantó las cejas y dejó sus párpados cerrados de manera, que su rostro pareció por un momento el de un ciego. Era como si estuviera diciendo: "sí Mayor, sí amigo mío, es doloroso para mí, muy doloroso, pero no puedo levantar los ojos y mirar el sol!"

Yakonov consideraba el cuarto 21 un asunto dudoso, y a Roitmart un muchacho demasiado ansioso que podría quebrarse el cuello en cualquier momento.

Shikin se marchó, y Yakonov recordó el más placentero de los deberes que le aguardaban hoy, porque ayer no había tenido tiempo para ello. Si pudiera realizar un progreso definitivo en el codificador integral, lo salvaría de Abakumov cuando terminara su mes de plazo.

Telefonó a la Oficina de Diseños y ordenó a Sólogdin que trajera su nuevo proyecto.

Dos minutos después Sólogdin golpeó y entró, esbelto, con su barba rizada, con las manos vacías, vistiendo un guardapolvo sucio.

Yakonov y Sólogdin casi, nunca se habían hablado porque no había habido ninguna razón para citar a Sólogdin a su oficina. En la Oficina de Diseño o cuando se encontraban accidentalmente, el Coronel de Ingenieros no prestaba atención a esta insignificante persona. Pero ahora, observando la lista de nombres y patronímicos debajo del cristal, Yakonov, con toda la cordialidad de un señor hospitalario, miró con aprobación al que entraba y, hablándole en forma expansiva, le dijo:

-Tome asiento, Dimitri Aleksandrovich, me alegra verlo. Manteniendo los brazos rígidos a sus costados, Sólogdin se acercó, inclinándose en silencio y permaneció de pie, erguido e inmóvil.

-Parece que usted nos ha preparado una secreta sorpresa murmuró

Yakonov-. Hace pocos días... fue el sábado, ¿verdad?, vi su dibujo de la sección principal del codificador integral en la oficina de Vladimir Erastovich. ¿Por qué no toma asiento? Le eché una rápida ojeada, y estoy muy ansioso por hablar de eso en forma más detallada.

Sin desviar sus ojos de la mirada de Yakonov, que estaba llena de un sentimiento de comprensión, Sólogdin continuó de pie, medio dado vuelta e inmóvil, como si hubiera comenzado un duelo y estuviera esperando él disparo. Replicó con mucha precisión:

-Usted está equivocado, Antón Nikolayevich. Trabajé cuando pude en el codificador. Pero todo lo que logré hacer y lo que usted vio, fue una creación grotesca e imperfecta de acuerdo a mis muy mediocres aptitudes.

Yakonov se reclinó en su silla y protestó con cordialidad:

-¡Vamos, mi amigo, por favor, prescindamos de la falsa modestia! Aun cuando ojeé su proyecto rápidamente, me formé una opinión muy favorable de él. Y Vladimir Erastovich, quien puede juzgar mejor que ninguno de nosotros lo elogió mucho. Ahora mismo voy a dar orden de que no dejen entrar a nadie. Vaya y busque su dibujo y sus cálculos y los veremos. ¿Le gustaría que llamara a Vladimir Erastovich?

Yakonov no era un administrador torpe o interesado sólo en los resultados del proceso productivo. Era ingeniero y en un tiempo había sido un ingeniero audaz, y ahora sentía algo de esa delicada satisfacción que la inventiva humana en prolongado desarrollo puede proporcionarnos. Esta era la única y verdadera satisfacción que todavía le proporcionaba su trabajo. Lo miró con expresión interrogante, sonriendo con amabilidad.

Sologdin también era ingeniero, desde hacía catorce años. Había estado preso durante doce años.

La sequedad de la garganta dificultaba su expresión.

-Antón Nikolayevich, usted está equivocado por completo. Eso no era más que un bosquejo indigno de su atención. Yakonov frunció el seño un poco molesto.

-Está bien, veremos... veremos. Vaya y búsquelo.

Sobre sus charreteras se veían tres estrellas doradas con ribetes azules, tres grandes o imponentes estrellas colocadas en triángulo. El Teniente Principal Kamyashan, el oficial de seguridad en Gornaya Zakrytka también había conseguido un triángulo de tres estrellas doradas, con ribetes azul claro, durante los meses que había estado ensañándose a muerte con Sologdin. Pero las suyas era más pequeñas.

-El boceto ya no existe --dijo Sologdin con voz insegura-. Encontré en él errores serios e irreparables... y lo quemé.

El Coronel se puso pálido. En el siniestro silencio se oía su pesada respiración. Sologdin trató de respirar sin hacer ruido.

-¿Qué quiere decir? ¿Lo quemó usted mismo?

-No. Lo di para que lo quemaran. De acuerdo a las reglamentaciones -su voz era apagada y poco clara. No quedaba rastros de su anterior seguridad.

-¿De manera que quizás todavía esté intacto? -preguntó Yakonov, adelantándose con repentina esperanza.

-Se quemó. Lo observé desde la ventana -aseguró Sologdin con pesada insistencia.

Aferrando una mano al brazo del sillón y con la otra un pisapapel de mármol, como si tuviera la intención de romper el cráneo de Sologdin, el Coronel incorporó su gran cuerpo y se puso de pie inclinándose hacia adelante sobre el escritorio.

Tirando la cabeza ligeramente para atrás, Sologdin estaba parado como una estatua en su guardapolvo azul.

Entre los dos ingenieros ya no eran necesarias más preguntas ni explicaciones. A través de sus miradas enganchadas pasaba una insoportable corriente de loca frecuencia.

-Lo destruiré -declaraban los ojos del Coronel.

-Adelante y écheme encima una tercera condena, miserable, decían los ojos del prisionero.

Tenía que producirse una explosión estrepitosa.

Pero Yakonov, cubriendo sus ojos con una mano como si la luz los lastimara, se dio vuelta y se dirigió a la ventana.

Tomando el respaldo de la silla más próxima, Sologdin, exhausto, bajó los ojos.

¡Un mes! ¡Un mes! ¿Estoy realmente acabado? Todo, hasta los más pequeños detalles, aparecieron claros para el Coronel.

Una tercera condena. . . No podría sobreviviría, se dijo Sologdin lleno de horror.

Nuevamente Yakonov se volvió a Sologdin:

-Ingeniero, ¿cómo pudo hacer eso? -decían sus ojos.

Los ojos de Sologdin relampaguearon por toda respuesta. Recluso, recluso, ¿es que te olvidaste de todo?

Con fascinante aversión y viendo cada uno lo que podría sobrevenirle, se miraban mutuamente y no podían desviar los ojos.

Ahora Yakonov podría comenzar a gritar, golpear, tocar el timbre, encarcelarlo. Sologdin estaba preparado para que pasara eso.

Pero Yakonov sacó un pañuelo blanco, suave y limpio y se enjugó los ojos con él. Miró fijamente a Sologdin.

Sologdin trató de conservar su compostura.

Con una mano el Coronel de Ingenieros se inclinó sobre el antepecho de la ventana y con la otra hizo un rápido movimiento al prisionero para que se acercara.

En tres pasos seguros, Sologdin estuvo junto a él.

Ligeramente inclinado, como un hombre viejo, Yakonov preguntó:

-¿Sologdin, es usted un moscovita?

-Sí -respondió Sologdin manteniendo sus ojos fijos en él.

-Mire allá abajo -continuó Yakonov-. ¿Ve la parada de ómnibus allí en la carretera?

La parada del ómnibus se podía ver con claridad desde la ventana. Sologdin la miró.

-Desde aquí no hay más que media hora de viaje hasta el centro de Moscú -continuaba suavemente Yakonov.

Sologdin se volvió otra vez para mirarlo.

Y de pronto, como si se estuviera cayendo. Yakonov colocó las dos manos en los hombros de Sologdin.

-¡Sologdin! -exclamó con un tono de voz urgente y suplicante-.

Usted podría estar subiendo a ese ómnibus cualquier día del próximo junio o julio. Y usted no quiere hacerlo. ¿Ha pensado que en agosto podría haber gozado de sus primeras vacaciones... ir al Mar Negro? ¡Bañarse en el mar...! ¿se imagina eso? ¿Cuántos años hace que no se ha metido en el agua, Sologdin? ¡Después de todo a los prisioneros jamás se les permite eso!

-¿Quién dice que no? En los trabajos de talar los bosques. protestó Sologdin.

¡Lindo baño! -Yakonov todavía sujetaba a Sologdin por los hombros-. Pero usted va a ir hacia el norte, Sologdin, donde los ríos no se deshielan... Escuche, no puedo creer que haya un ser humano en la tierra que no desee las cosas buenas de la vida. Explíqueme porqué quemó su dibujo.

Los ojos azules de Dimitri Sologdin permanecieron imperturbables, incorruptibles, inmaculados. En el negro de esos ojos Yakonov vio su propia cabeza reflejada. Círculos azul cielo con agujeros en el centro y detrás de ellos todo el sorprendente mundo de un ser humano.

-¿Por qué cree usted que lo hice ? -Sologdin respondió a una pregunta con otra. Entre su bigote y su pequeña barba las comisuras de los labios húmedos se levantaron ligeramente, como con sorna.

-No lo comprendo -Yakonov retiró las manos y comenzó a caminar alejándose- no comprendo a los suicidas.

Y detrás de él oyó una voz resonante y segura:

-¡Ciudadano Coronel! Soy muy poco importante, nadie me conoce. No quería renunciar a mi libertad por nada. Yakonov se volvió con presteza.

-Si no hubiera quemado mi dibujo, si lo hubiera puesto frente a usted terminado, entonces nuestro Teniente Coronel, o usted, o Oskolupov, o cualquiera que hubiera querido hacerlo me habrían arrojado mañana sobre un transporte y firmado mi diseño con cualquier nombre. Estas cosas ya han sucedido. Y puedo decirle que es muy poco conveniente quejarse desde un campó de tránsito; le quitan el lápiz, no leudan papel, no se envían las peticiones. El recluso confinado no tiene derecho a nada.

Yakonov oía a Sologdin casi con deleite. (Le había gustado este hombre desde el momento en que entró).

-¿De manera que va a comprometerse a reconstruir el dibujo? - El que hablaba no era el Coronel de Ingenieros, sino un ser desesperado, agotado, indefenso.

-Exactamente lo que había en mi hoja... ien tres días! -dijo Sologdin, con los ojos brillantes- y en cinco semanas le daré un

bosquejo completo de todo el proyecto, con cálculos detallados de sus aspectos técnicos. ¿Eso lo satisface?

-¡En un mes! ¡Un mes! ¡Lo necesitamos dentro de un mes! –Las manos de Yakonov sobre el escritorio se dirigían hacia ese diabólico ingeniero.

-Está bien, lo tendrá dentro de un mes -acordó con frialdad Sologdin.

Pero Yakonov entró en sospecha.

-Un minuto -dijo-. Acaba de decirme que su bosquejo no tenía valor, que había encontrado en él errores grandes e irreparables.

-¡Oh, no! -Sologdin rió abiertamente-. Algunas veces la falta de fósforo y oxígeno y la falta de nuevas impresiones de la vida real me juegan malas pasadas y sufro un especie de apagón mental. Pero ahora estoy de acuerdo con el Profesor Chelnov: todo en el dibujo estaba bien.

Yakonov sonrió, bostezando de alivio, y se sentó en el sillón. Estaba fascinado por la forma en que Sologdin se controlaba, por la forma en que había manejado la entrevista.

-Ha jugado usted un juego peligroso, amigo mío. Después de todo, podía haber terminado de otra manera. Sologdin extendió un poco las manos.

-Difícilmente, Antón Nikolayevich. Al parecer estimó la posición del instituto y la suya con bastante acierto. Por supuesto, usted sabe francés. *¡Sa Majesté le Cas!* ¡Su Majestad la Oportunidad! ¡La oportunidad rara vez pasa cerca de nosotros; hay que saltarle a las espaldas a tiempo, y justamente en la mitad de la espalda!

Sologdin hablaba y actuaba con tanta sencillez como si estuviera cortando madera con Nerzhin. Ahora, él también tomó asiento, y continuó observando a Yakonov divertido.

-¿Y cómo lo haremos? -preguntó el Coronel de Ingenieros amigablemente.

Sologdin replicó como si estuviera leyendo un papel impreso, como si desde hace mucho tiempo estuviera decidido:

-Como primer paso, me gustaría evitar trabajar con Oskolupov. Sucede que es el tipo de persona a quien le gusta ser coinventor. No espero esa jugarreta de usted. No me equivoco, ¿verdad ?

Yakonov asintió con alegría. ¡Oh, cuan aliviado estaba, y había estado aun antes de las últimas palabras de Sologdin!...

-También debo recordarle que el dibujo todavía... hasta ahora... está quemado. Si en realidad quiere continuar con mi proyecto, encontrará la manera de informar al ministro de mi persona en forma directa. Si eso es imposible, al delegado del ministro. Haga que él, personalmente, firme una orden nombrándome jefe de diseños. Esa será mi garantía y me pondré a trabajar. Necesitaré la firma del ministro porque voy a establecer un sistema sin precedentes con mi grupo. No apruebo el trabajo nocturno ni los domingos heroicos, ni la transformación del personal científico en muertos que caminan. Los expertos deberían llegar a su trabajo con tanto entusiasmo como si fueran a encontrarse con sus amantes. -Sologdin hablaba cada vez con más entusiasmo y libertad, como si Yakonov y él se hubieran conocido desde la niñez-. Así es que hay que dejarlos dormir bien, dejarlos descansar.

Hay que permitir que el que quiera aserrar leña para la cocina lo haga.

También tenemos que pensar en la cocina, ¿no está usted de acuerdo?

De pronto la puerta de la oficina se abrió. El calvo y delgado Stepanov entró sin llamar, los cristales de sus anteojos brillaban siniestros.

-Antón Nikolayevich -dijo con solemnidad-. Tengo algo importante que decirle.

¡Stepanov se había dirigido a alguien por su nombre y patronímico! ¡Era increíble!

-¿De manera que esperaré la orden? -preguntó Sologdin, levantándose.

El Coronel de Ingenieros asintió. Sologdin salió con un paso ligero y firme.

Yakonov no comprendió al principio de qué estaba hablando el organizador del Partido con tanta animación.

-¡Camarada Yakonov! Algunos camaradas de la Sección Política acaban de venir a verme, y me endilgaron una buena reprimenda. He permitido que se cometan serios errores. He permitido a un grupo, digamos de cosmopolitas sin raíces, construir su nido en la organización de nuestro partido. Y he demostrado miopía política. No lo ayudé a usted cuando trataron de perseguirlo. Pero no debemos tener miedo de reconocer nuestros errores. Y en este mismo momento usted y yo elaboraremos una resolución juntos, y luego citaremos a una reunión abierta de Partido. . . y le daremos un pesado golpe a los parásitos serviles.

Los asuntos de Yakonov, que hasta ayer eran tan desesperados, habían virado ahora a su favor.

CIENTO CUARENTA Y SIETE RUBLOS

Antes del receso para el almuerzo, el oficial de guardia Zhvakun colocó en el pasillo una lista de los zeks que el Mayor Myshin deseaba ver en su oficina durante el intervalo. Se sabía que esos zeks eran llamados para recibir cartas y ser notificados, de órdenes de pago depositadas en sus cuentas personales.

El procedimiento de entregar cartas al zek se llevaba a cabo en secreto en las prisiones especiales. Por supuesto, no podía hacerse en una forma rutinaria como cuando se está en libertad -confiando la carta a cualquier cartero vagabundo. El "policía", que ya había leído la carta y decidido que no era criminal ni incendiaria, se la daba al prisionero detrás de una gruesa puerta, acompañando la acción con un sermón. Se entregaba la carta sin intentar ocultar el hecho de que había sido abierta, destruyendo con ello el último vestigio de intimidad entre dos personas que se aman. Para entonces la carta había pasado por varias manos, algunos pasajes habían sido extractados y luego incluidos en el prontuario del prisionero, había sido sellada con el sello negro y sucio del censor, y había perdido hasta el menor significado personal y adquirido la importancia más grande de documento de estado. En verdad, en algunas *sharashkas* se entendía tan bien esta importancia, que las cartas rara vez se entregaban al prisionero; sólo le permitían que las leyera, raramente dos veces, y en presencia del "policía" tenía que firmar al final de la carta como prueba de que la había leído. Si al leer la carta de su esposa o de su madre, el zek trataba de hacer anotaciones a fin de recordarla,

esto hacía surgir sospechas como si hubiera tratado de copiar un documento del Estado Mayor. (El zek en esas *sharashkas* también firmaba cualquier fotografía que le enviaran de su hogar, y después de haberlas visto, las incluían en su legajo en la prisión).

De manera que se colocó la lista, y los zeks esperaban en fila sus cartas. Aquellos que deseaban enviar sus propias cartas del mes de diciembre estaban en la misma fila; las cartas que salían también tenían que ser sometidas personalmente al "policía". Esta operación le daba al Mayor Myshin la oportunidad de hablar libremente con sus informantes, y de llamarlos a su oficina fuera de sus horarios regulares. Pero para proteger la identidad de cualquier informante que pasaba mucho tiempo con él, el "policía" también retenía en su oficina a zeks honestos.

En consecuencia, los zeks puesto en fila sospechaban uno de otro. Algunas veces sabían con exactitud cuál de ellos tenía su vida en sus manos, pero, a pesar de ello, les sonreían tratando de congraciarse a fin de no despertar su antagonismo.

Cuando sonó la campana del almuerzo, los zeks salieron corriendo del sótano hasta el patio, cruzándolo sin chaquetas ni gorras contra el viento húmedo y entraron como unas flechas por la puerta de la jefatura de la prisión. A causa de las nuevas normas sobre correspondencia que habían sido promulgadas esta mañana, la fila era particularmente larga... Cuarenta hombres. No había bastante lugar en el corredor para todos. El ayudante del oficial de guardia, un oficioso Sargento Mayor, con celo, consagraba todas sus fuerzas a impartir órdenes. Contó veinticinco hombres y ordenó al resto que saliera a caminar y volviera durante el intervalo de la cena. Colocó a aquellos que habían sido admitidos en el corredor, contra la pared, a cierta distancia de la oficina del jefe, y se pasaba de un extremo a otro

encargándose de que se cumplieran las reglamentaciones. El zek a quien le había llegado el turno pasaba por varias puertas, golpeaba la de la oficina de Myshin, y, al recibir permiso, entraba. Cuando se marchaba, se admitía al siguiente. Durante todo el intervalo del almuerzo, al fastidioso Sargento Mayor dirigió el tráfico.

A pesar de que Spiridon había insistido toda la mañana para que le dieran su carta, Mhysin le había dicho con firmeza que no se la entregaría antes del intervalo, cuando todo el resto las recibieran. Pero media hora antes del almuerzo el Mayor Shikin llamó a Spiridon para interrogarlo. Si Spiridon hubiera dado la evidencia que le exigían, si hubiera admitido todo, probablemente le hubieran entregado la carta. Pero negó todo, fue terco, y el Mayor Shikin no podía dejarlo marchar en un estado tan impenitente. En consecuencia, sacrificando su propio intervalo del almuerzo (aun cuando para evitar los empujones, nunca iba al comedor de los empleados libres, por lo menos a esa hora), Shikin continuó interrogando a Spiridon.

El primero en la fila para recibir las cartas resultó Dyrsin, un ingeniero del GRUPO SIETE, extenuado, gastado, uno de los trabajadores regulares de ese grupo. No había recibido ninguna carta durante más de tres meses. En vano le había preguntado a Myshin. La respuesta siempre era "No" ó "No escriben". En vano le había pedido a Mamurin que ordenara una investigación. No se hizo ninguna investigación. Hoy vio su nombre en la lista, y a pesar del dolor del pecho, se arregló para estar el primero en la fila. De toda su familia, sólo le quedaba su esposa, gastada cómo él por diez años de espera.

El Sargento Mayor hizo un gesto a Dyrsin para que entrara. El que le seguía en la fila era el travieso y alegre Ruska Doronin, con su pelo claro suelto y ondeado. El letón Hugo, uno de aquellos en quienes

él confiaba, le seguía, y Ruska inclinó la cabeza y susurró con un guiño:

-Voy a buscar el dinero. Lo que he ganado.

-¡Vamos, entre! -ordenó el sargento mayor.

Doronin se apresuró, encontrándose frente a frente con Dyrsin que parecía agotado.

Afuera, en el patio, Amantai Bulatov le preguntó a su amigo Dyrsin, qué había sucedido.

La cara de Dyrsin, siempre sin afeitar, siempre fatigado, parecía mas triste que nunca:

-No lo sé. Dicen que hay una carta, pero que debo volver después del intervalo, que tenemos que discutirla.

-¡Son unos cretinos! -respondió Bulatov con energía. Luego agregó con sus ojos relampagueando detrás de sus anteojos de carey-. Te he estado diciendo desde hace mucho tiempo. . . que están utilizando esa carta para oprimirte hasta secarte. ¡Rehústate a trabajar!

-Me darían una segunda condena -respondió Dyrsin con un suspiro. Siempre había sido un poco agobiado, y su cabeza se hundió entre sus hombros como si alguna vez lo hubieran castigado con dureza con algo pesado.

Bulatov también suspiró. Era tan beligerente porque tenía que cumplir una condena larga, muy larga todavía. Sin embargo, la combatividad de los zeks declina cuando se aproxima la liberación. Dyrsin estaba cumpliendo el último año.

Él cielo era de un color gris parejo; no se veían rayos de luz o de sombra, no era una bóveda grandiosa... sino que parecía una colcha sucia de lienzo encerado tendida sobre la tierra. Llevada por el cortante y húmedo viento, la nieve se había instalado, esponjosa. Poco a poco su blancura de la mañana se había vuelto marrón rojizo. Bajo

los pies, de los que se paseaban se compactaba en montones resbaladizos.

El período de ejercicios proseguía como siempre. Era imposible imaginar qué clase de tiempo tendría que hacer para que los zeks de la *sharashka*, debilitados por la falta de aire, se negaran a salir. Después de largas horas de confinamiento, hasta las cortantes ráfagas de viento eran agradables; disipaban el aire estancado y los pensamientos estancados de un hombre.

Entre los que caminaban afuera estaba el grabador. Tomaba a un zek tras otro por el brazo y paseaban juntos alrededor del círculo un par de veces. Necesitaba consejo. Su situación era especialmente, espantosa, según su criterio. Estando en la prisión, no podía casarse legalmente con la mujer con quien había vivido, y porque no era su esposa legal, ya no tenía el derecho de escribirse con ella. Desde que ya había utilizado su cuota de cartas de diciembre, no podía siquiera escribirle para decirle que no le escribiría. Los otros se mostraban comprensivos. Su situación era, en realidad, difícil. Pero las propias penas de uno borrarían las de cualquier otro.

Inclinado en todo momento a sensaciones extremas, Kondrashev-Ivanov, tan alto y erguido como si hubiera tenido un poste dentro de su chaqueta, miraba por encima de la cabeza de los caminantes. Se fue a ver al Profesor Chelnov y anunció en un raptó de tristeza que era humillante seguir viviendo, cuando se pisoteaba de tal modo la dignidad humana. Todo hombre valiente tenía una manera sencilla de acabar con esta interminable sucesión de escarnios.

El Profesor Chelnov con su gorra tejida, y su chal a cuadros sobre los hombros, respondió en forma reservada citando el *Consuelo de la Filosofía* de Boethius.

Cerca de la puerta de la jefatura se había reunido un grupo de "cazadores voluntarios" de espías: Bulatov, cuya voz resonaba por todo el patio; Khorobrov; Zemelya, de buena índole, especialista en vacío; Dvoyetyosov, que usaba por principio su capoté roto del campo de concentración; el vivaracho Pryanchikov, que se metía en todo; el alemán Max y uno de los letones.

-El país debe saber quiénes son sus delatores -repetía Bulatov, para reforzar su intención de permanecer unidos.

-Después de todo, en esencia ya los conocemos -respondió Khorobrov parándose en el umbral de la puerta y examinando la rezagada fila de los que esperaban correspondencia. Podría afirmar, sin temor a equivocarse, que algunos de la fila estaban allí por su pago de Judas. Pero aquellos de los cuales sospechaban los zeks, eran desde luego, los menos hábiles de los informantes.

Ruska salió de la oficina radiante; casi no podía reprimir el deseo de enarbolar la orden de pago por encima de su cabeza. Acercando las cabezas, todos inspeccionaban la orden de pago que la mística Klava Kudryvaseva atendiera a favor de Rostislav Doronin por la cantidad de 147 rublos.

Habiendo terminado el almuerzo, el superinformante, el rey de los espías, Arthur Siromakha, se unió al extremo de la fila del correo. Observó el círculo alrededor de Ruska con una mirada sinestra. Lo observó porque era un hábito suyo advertir todo, pero no advirtió todavía la importancia que tenía.

Ruska volvió a tomar su orden de pago, y como habían acordado antes, se apartó del grupo.

El tercero en ir a ver al "policía" fue un ingeniero electricista, un hombre de cuarenta años que había exasperado a Rubin la noche anterior en el "arca" cerrada con sus nuevos proyectos para el

socialismo y que luego, infantilmente, se había enredado en una lucha de almohadas en las literas de arriba.

El cuarto en entrar, con un paso suave y ágil, fue Víctor Lyubimichiev, conocido como "un individuo cabal". Cuando sonreía mostraba los dientes grandes y parejos y se dirigía a todos los prisioneros, viejos o jóvenes, con el simpático saludo de "hermano". La pureza de su alma brillaba a través de esta simple manera de dirigirse a las personas.

El ingeniero electricista salió al umbral leyendo su carta. Profundamente absorbido, no advirtió el borde del escalón y bajó al lado sin que los "cazadores de informantes" se ocuparan de él. Sin chaqueta de abrigo ni gorra, bajo el viento que despeinaba sus cabellos, todavía era joven de todo lo sufrido. Leía la primera carta de su hija Ariadna, después de ocho años de separación. Cuando había partido en 1941 para el frente, donde fue hecho prisionero por los alemanes.. ., pasando de allí a una prisión soviética. . . era ella una niña rubia de seis años que se había abrazado a su cuello. Y cuando él y sus compañeros caminaban por las barracas de prisioneros de guerra, aplastando bajo sus pies una capa de piojos infectada de tifus, y cuando estuvo de pie en fila durante cuatro horas para lograr un cazo de avena, floja y mal oliente, se aferraba al recuerdo de la cabecita rubia de su amada Ariadna como si hubiera sido el hilo de la Ariadna cretense, y de alguna manera lo habilitara para sobrevivir todo aquello y volver. Pero cuando volvió a su patria, fue directamente a la prisión y no vio a su hija. Ella y su madre permanecieron en Chelyabinsk, adonde habían sido evacuadas. Y la madre de Ariadna, que aparentemente encontró otro hombre, no quiso durante mucho tiempo decirle a su hija que su padre todavía estaba vivo.

Con una cuidadosa letra inclinada de colegiala sin tachaduras ni correcciones, Ariadna había escrito:

¡Hola, querido papá!

No respondí porque, no sabía cómo empezar la carta ni qué escribir. Esto es disculpable, desde que no te he visto durante mucho tiempo y me había acostumbrado a que mi padre estuviera muerto. Hasta me parece extraño ahora, de pronto, tener un padre.

Me preguntas cómo me va. Me va como a todo el mundo. Puedes felicitarme. Ingresé al Komsomol. Me dices que te escriba diciendo lo que necesito; por supuesto, necesito muchas cosas. En este momento ahorro dinero para comprar botas y para hacerme hacer un tapado de primavera. ¡Papá! Me pides que vaya a verte. Pero, en verdad, ¿hay tanta prisa? Convendrías en que hacer un viaje tan largo para encontrarme contigo no sería muy placentero. Cuando puedas, vendrás tú. Te deseo éxito en tu trabajo. Por ahora, adiós. Te beso.

Ariadna,

P.S.: Papá, ¿viste la película *"El primer guante de box"*? Es muy buena! No pierdo una sola película.

-¿Vamos a controlar a Lyubimichev ?, --preguntó Khorobrov mientras esperaban a que saliera.

-¡Escucha, Terentich! ¡Lyubimichev es uno de los nuestros! respondieron.

Pero Khorobrov, con su aguda percepción, había sospechado algo equívoco en el hombre. Y Lyubimichev permaneció allí adentro con el "policía" mucho tiempo.

Víctor Lyubimichev tenía los ojos candidos de un ciervo. La naturaleza lo había dotado con el cuerpo ágil de un atleta, de un

soldado, de un amante. De pronto la vida lo había arrebatado del estadium juvenil y arrojado a un campo de concentración en Bavaria. En esta congestionada trampa mortal, a la que el enemigo envió los soldados rusos y Stalin no permitió la entrada de la Cruz Roja, a este pequeño pozo de horror superpoblado, los únicos que sobrevivieron fueron aquellos que iban más lejos en el abandono de las ideas relativas al bien y las obligaciones de la conciencia; aquellos que, actuando como intérpretes, podían vender a sus compañeros; aquellos que, como guardias del campamento, podían golpear a sus paisanos en la cara con un garrote; aquellos que, como cortadores de pan y cocineros, podía comer el pan de otros que morían de hambre. Había otros dos caminos para sobrevivir: trabajar como sepultureros o como buscadores de oro; en otras palabras, limpiadores de letrinas. Los nazis daban un cazo extra de avena por abrir sepulturas y por limpiar letrinas. Dos hombres podían hacerse cargo de las letrinas, pero todos los días cincuenta hombres salían para cavar. Todos los días se cargaban doce carros con cadáveres que serían arrojados en los fosos. Pero en el verano de 1942 se aproximaba el turno de ser sepultados a los sepultureros.

Con todo el anhelo de su cuerpo joven, Víctor Lyubimichev deseaba vivir. Resolvió que si debía morir sería el último. Ya había aceptado convertirse en guardia cuando se le presentó una feliz oportunidad. Apareció en el campo un individuo con un tonillo nasal. Había sido oficial político en el Ejército Rojo, pero ahora instaba a los prisioneros a luchar contra los soviéticos. Se alistaron. Hasta los Komsomols. Afuera de los portones del campo había una cocina militar alemana, y los voluntarios llenaron sus estómagos al punto. Después de eso, Lyubimichev luchó en Francia como miembro de la legión Vlasov; dio caza a los luchadores de la resistencia en los Vosgos,

y más tarde se defendió contra los aliados en el Muro del Atlántico. En 1945, durante la época de la gran "redada", se ingenió de alguna manera para abrirse paso a través de la red, llegó a su patria y se casó con una muchacha con los ojos tan brillantes y límpidos, y un cuerpo tan joven y flexible como el suyo. Pocas semanas después lo arrestaron y partió dejando a su mujer embarazada. Los rusos que habían luchado en el movimiento de resistencia en los Vosgos -antigua presa de Lyubimichev- estaban pasando por las mismas prisiones en el mismo tiempo. En Butyrskaya todos jugaban al dominó, mientras esperaban los paquetes que les enviaban de sus casas, y los rusos de la "resistencia" y Lyubimichev recordaban juntos los días de las batallas en Francia. Luego todos ellos, indiscriminadamente, recibieron una sentencia de diez años. De esta, manera, toda su vida, Lyubimichev tuvo la oportunidad de aprender que nadie había tenido o podría tener algunas "convicciones" incluyendo, por supuesto, sus jueces.

Sin despertar sospechas, con los ojos llenos de inocencia, sosteniendo un pedazo de papel que parecía una orden de pago, Víctor no hizo esfuerzo alguno para eludir el grupo de "cazadores". En realidad, se llegó hasta ellos y preguntó:

-¡Hermanos! ¿Quién ha almorzado ya?

¿Qué había de segundo plato ? ¿Valía la pena estar allí ?

Khorobrov, señalando con la cabeza la orden de pago en la mano de Lyubimichev, respondió:

-Acabas de recibir una buena cantidad de dinero, ¿no es así? Puedes pagarte el almuerzo.

-¿Qué quieres decir con una buena cantidad? -preguntó Lyubimichev con naturalidad, y estaba a punto de guardar la orden de pago en el bolsillo. No se había preocupado de ocultarla porque pensó

que nadie se atrevería a pedir que se la mostrara, desde que todos tenían buen respeto de su fuerza.

Pero mientras estaba hablando con Khorobrov, Bulatov, como chacoteando, se inclinó y leyó:

-¡Oh! ¡Mil cuatrocientos setenta rublos! ¡Puedes escupir la comida de Antón de ahora en adelante!

Si se hubiera tratado de otro zek, Lyubimichev bromeando lo hubiera golpeado en la cabeza y se hubiera rehusado a mostrar su orden de pago. Pero no podía hacerlo con Bulatov, porque éste le había prometido, estaba tratando de hacer entrar a Lyubimichev en el GRUPO SIETE. Hubiera sido dar un golpe contra el destino y la oportunidad de obtener la libertad. De manera que Lyubimichev respondió:

-¿Dónde ves los miles? ¡Mira! .Y todo el mundo vio 147.000 rublos.

-¡Vaya, qué cosa extraña! ¿Por qué no enviarían 150? -observó Bulatov imperturbable-. Bien, apresúrate; hay chuletas de segundo plato.

Pero antes de que Bulatov hubiera terminado de hablar y antes de Lyubimichev pudiera alejarse, Khorobrov comenzó a temblar. Ya no podía seguir desempeñando su papel. Olvidó que debía controlarse, sonreír, y luego seguir "pescando". Olvidó que la única cosa importante era identificar a los informantes. No podían ser destruidos. Pero, habiendo sufrido él mismo de sus manos, y habiendo visto muchas vidas arruinadas por ellos, odiaba a esos delatores rastreros más que a nada en el mundo. ¡Lyubimichev era bastante joven como para haber sido hijo de Khorobrov, era lo bastante apuesto como para posar para una estatua, y había resultado ser semejante rata!

-¡Hijo de perra! -explotó Khorobrov con labios temblorosos-. ¡Tratando de salir antes de tiempo a costa de nuestra sangre! ¿Qué te faltaba?...

Camorrero, siempre listo para una pelea, Lyubimichev dio un salto hacia atrás y lanzó su puño.

-¡Tú... Vyatka... carroña! -amenazó.

-¡Cuidado, Terentich!, -dijo Bulatov, saltando aún más rápido para apartar a Khorobrov.

El corpulento y desmañado Dvoyetyosov, en su astroso chaquetón marino, tomó el puño de Lyubimichev y lo retuvo.

-¡Despacio, muchacho! -dijo con una sonrisa desdeñosa, con esa calma casi acariciadora que resultaba de la elástica tensión de todo su cuerpo.

Lyubimichev se volvió con presteza, y sus ojos abiertos como los de un ciervo, se encontraron con la mirada miope y saltona de Dvoyetyosov.

Lyubimichev no echó atrás su otro brazo para golpear. Comprendió por la mirada del campesino y por la forma en que retenía su brazo, que uno de los dos resultaría muerto.

-¡Tranquilo, muchacho! -repetía insistentemente Dvoyetyosov-, el segundo plato es una chuleta. Apresúrate y come tu chuleta.

Lyubimichev, liberándose de un tirón, se alejó. Con una sacudida orgullosa de la cabeza subió las escaleras. Sus mejillas llenas y satinadas estaban ardiendo. Quería encontrar la forma de arreglar cuentas con Khorobrov. Todavía no tenía plena conciencia de cómo lo había herido la acusación. Estaba dispuesto a asegurar a cualquiera que él entendía la vida, pero había resultado que no era así. , ¿Cómo pudieron adivinarlo ? ¿Dónde pudieron enterarse ?

Bulatov lo observó marcharse; entonces, se llevó las manos a la cabeza.

-¡Señor! ¿En quién podremos confiar ahora?

Toda la escena se había desarrollado sin movimientos bruscos, por eso nadie en el patio la advirtió, ni los zeks que estaban caminando, ni los dos guardias que permanecían inmóviles en el límite del área de ejercicios. Sólo Siromakha, con sus ojos pesados, cansados y a medio cerrar, había visto todo desde adentro de la puerta. Recordando el grupo reunido alrededor de Ruska un poco antes, comprendió exactamente lo que había pasado.

Corrió a ocupar el primer puesto en la fila.

-¡Escuchen, muchachos! -les dijo a los que estaban al frente-. He dejado mi circuito en marcha. ¿Qué les parece dejarme entrar antes de mi turno ? No tomaré más que unos segundos.

-Todos hemos dejado en marcha nuestros circuitos.

-Todos tenemos una criatura -respondieron y rieron.

-No lo dejaban adelantarse.

-¡Iré a desconectarlo! -exclamó Siromakha preocupado, y corriendo pasó a los "cazadores" y desapareció en el edificio principal. Sin detenerse para tornar aliento, corrió hasta el tercer piso. La oficina del Mayor Shikin estaba cerrada con llave desde adentro, y la llave estaba en la cerradura. Podía estar en un interrogatorio. O tener una cita con su alta y delgada secretaria. Siromakha no tuvo más remedio que bajar las escaleras.

Con cada minuto que pasaba se hacía más peligrosa la situación para la red de informantes y él no podía hacer nada.

Sabía que debía volver a ponerse en fila otra vez, pero la sensación de ser un animal acosado era más fuerte que su deseo de buscar favores. Era terrible pensar en atravesar de nuevo por esa

colérica y malvada turba. Hasta podrían atraparlo. Todos lo conocían demasiado bien en la *sharashka*.

Entre tanto en el patio salía de una entrevista con Mushin, el doctor de ciencias químicas, Orobintsev, que era un hombre pequeño con anteojos, llevando el hermoso abrigo y gorro de piel que usaba cuando era libre, porque no había sido llevado a una prisión de tránsito, y aún no le habían quitado sus pertenencias-; había reunido a su alrededor otros ingenuos como él, incluyendo el diseñador calvo, y estaba acordándole una entrevista. Es bien sabido que una persona cree, en general, sólo lo que quiere creer. Aquellos zeks que querían creer que la lista de parientes que recién habían elevado no era una denuncia sino una medida inteligente y reguladora, se apiñaban ahora alrededor de Orobintsev. Éste acababa de entregar su lista, prolijamente dividida en columnas. Había hablado en persona con el Mayor Myshin y ahora estaba repitiendo con autoridad las explicaciones del oficial de seguridad: dónde debían ponerse los nombres de los niños menores, y qué hacer si el padre de uno no es su verdadero padre. Sólo una vez el Mayor Myshin molestó a Orobintsev ultrajando sus buenos modales. Éste había dicho que no recordaba el lugar del nacimiento de su esposa y Myshin abrió la boca grande y comenzó a reír. "¿Qué significa eso de que no lo recuerda? ¿La encontró en un prostíbulo?"

Ahora las confiadas ovejas estaban escuchando a Orobintsev. Otro grupo permanecía al reparo de tres troncos de tilos, mientras Adamson les hablaba.

Adamson,- después de una comida succulenta, fumaba perezosamente e informaba a su auditorio que todas esas restricciones relativas a la correspondencia no eran nuevas, que las cosas hasta habían sido peores y que esta prohibición no duraría para siempre

sino hasta que algún ministro o general fuera reemplazado, y que, en consecuencia, no debían desesperarse. Lo que tenían que hacer era demorar lo más posible en entregar sus listas y todo se arreglaría. Los ojos de Adamson eran grandes y rasgados y cuando se quitaba los anteojos la impresión de que contemplaba el mundo de los prisioneros con aburrimiento se hacía más evidente. Todo se repetía; el archipiélago de GULAG no podía sorprenderlo con nada nuevo, Adamson estaba recluido desde tanto tiempo que, al parecer, se había olvidado de sentir. Lo que a otros golpeaba como una tragedia él lo consideraba como una noticia sin importancia sobre asuntos de rutina.

Entre tanto los "cazadores", más numerosos que antes, habían atrapado a otro informante. Como jugando, habían sacado del bolsillo de Isaak Kagan una orden de pago de 147 rublos. Primero le preguntaron qué había recibido del "policía". Respondió que no había recibido nada, y que estaba sorprendido de que lo hubieran llamado por error. Cuando le sacaron la orden de pago por fuerza, Kagan no se sonrojó, no se apresuró a marcharse. Tomándolos de las ropas juró a todos sus atormentadores por turno, una y otra vez hasta cansarlos, que se trataba de un mal entendido, que les mostraría una carta de su esposa diciendo que no había tenido los tres rublos para pagar la orden de pago y tuvo que enviarle exactamente la cantidad de ciento cuarenta y siete rublos. Los urgió a que fueran con él en seguida al laboratorio de Batería; buscaría la carta y se las mostraría. Y luego, sacudiendo su hirsuta cabeza, sin advertir que su bufanda se le había resbalado del cuello y estaba arrastrándose por el piso, explicó en forma muy convincente por qué había negado al principio haber recibido una orden de pago. Kagan había nacido con una sorprendente tenacidad. Una vez que empezaba a hablar, era

imposible separarse de él sin admitir que tenía razón y dejarlo a él sin decir la última palabra.

Khorobrov, su compañero de litera, que sabía que había sido hecho prisionero por rehusarse a informar, ya no podía encontrar fuerzas para seguir irritado con él. No dijo más que:

-¡Oh, Isaak, eres un cerdo, sólo un cerdo! Estando en libertad no aceptaste su oferta de miles de rublos, y ahora te unes a ellos sólo por unos centenares.

¿O sería que lo habían atemorizado amenazándolo con la perspectiva de un campo de concentración?

Pero Isaak Kagan, sin perder en lo más mínimo su ánimo, continuó explicando y hubiera terminado por convencerlos a todos si no hubieran atrapado a otro informante, esta vez un letón. La atención de todos se desvió y Kagan se marchó.

El segundo turno fue llamado a almorzar y el primero salió a caminar al patio. Nerzhin subió, la rampa. En seguida vio a Ruska Doronin, cerca del patio de ejercicios. Con una mirada triunfante Ruska estaba observando la "cacería" que él había organizado. Luego se volvió a mirar el sendero que conduce al patio de los empleados libres y más allá a la carretera donde Clara de servicio esa noche pronto bajaría del ómnibus.

-¿Y? -sonrió a Nerzhin e hizo señas con la cabeza en dirección a la, "cacería". ¿Ha sabido lo de Lyubimichev?

Nerzhin se le acercó y lo tomó ligeramente por los hombros.

-Tú deberías ser llevado en andas. Tengo miedo por tí.

-¡Oh! ¡Recién comienzo; espere y verá, esto no es nada!

Nerzhin meneó la cabeza, rió y siguió su camino. Se encontró con Pryanchikov que se apresuraba a ir a almorzar, todo encendido después de haber gritado a sus anchas entre los "cazadores".

-¡Hola, amigo! -saludó Pryanchikov-. Se ha perdido toda la función! ¿Dónde está Lev?

-Tenía un trabajo urgente: No ha salido para almorzar.

-¿Qué? ¿Más urgente que el GRUPO SIETE? ¡Ha, ha! No hay tal cosa. ¡Usted está loco! ¡Todos ustedes están locos! -Y se fue de prisa.

Más lejos, en el patio, Nerzhin encontró a Gerasimovich, con una pequeña gorra sucia en la cabeza y una chaqueta corta con el cuello levantado. Se saludaron con una triste inclinación de cabeza. Gerasimovich estaba con las manos en los bolsillos, encorvado contra el viento; parecía pequeño como un gorrión.

Como el gorrión de la leyenda diciendo quién tenía el corazón tan valiente como el del gato.

ADOCTRINAMIENTO EN EL OPTIMISMO

En comparación con el trabajo del Mayor Shikin el trabajo del Mayor Myshin tenía su lado específico, sus pro y sus contras. El principal punto en pro era leer las cartas y decidir si se les permitía a los prisioneros enviarlas o no. Los puntos en contra eran: por ejemplo, el hecho de que Myshin no era el que decidía sobre cosas tales como el traslado de los prisioneros, retención de salarios, determinación de categorías de comidas, fechas de las visitas de los parientes, y otras persecuciones diversas. El Mayor encontraba mucho que envidiar en la organización rival del Mayor Shikin, que se enteraba de los asuntos de la prisión antes que él. Por lo tanto, confiaba mucho en aquello de atisbar a través de la transparente cortina de su oficina para ver qué sucedía en el patio de ejercicios. (Shikin se veía privado de esa conveniencia a causa de la mala ubicación de su ventana).

Observar á los prisioneros en su vida diaria también le proporcionaba a Myshin cierta cantidad de material. Observando emboscado quién caminaba con quién, si hablaban con vehemencia o con naturalidad, podía complementar la información recibida de los informantes. Luego, más tarde, al entregar una carta o al aceptar otra para ser enviada, de pronto preguntaba: -Incidentalmente, ¿de qué estaban hablando usted y Petrov ayer durante el intervalo del almuerzo?

Algunas veces sonsacaba una información útil del confundido prisionero.

Hoy, durante el intervalo del almuerzo, Myshin le dijo al zek que seguía en la fila del correo, que esperara, mientras él observaba el patio. Pero no vio la "cacería" de informantes. Se llevaba a cabo en el otro extremo del edificio.

A las tres en punto, cuando terminó el intervalo del almuerzo y el oficioso Sargento Mayor había despedido a todos los zeks que todavía estaban esperando entrar a la oficina de Myshin, el Mayor dio orden de admitir a Dyrsin.

Ivan Selivanovich Dyrsin había sido dotado por la naturaleza con una cara hundida, pómulos prominentes y hablar confuso. Hasta su apellido sugiriendo "agujero"... parecía haberle sido dado con espíritu de burla. En un tiempo había sido llevado a un instituto de entrenamiento, sacándolo directamente de su turno a una escuela nocturna de trabajadores, donde había estudiado duro y sin destacarse. Tenía cierto talento, pero nunca fue capaz de usarlo para su conveniencia, y toda su vida había sido dejado de lado y maltratado. En el Laboratorio Siete, cualquiera lo explotaba. Y porque su condena de diez años, apenas reducida, estaba tocando a su fin, en este período se sentía particularmente tímido frente a las autoridades. Su mayor temor era recibir una segunda condena. Había visto a muchos prisioneros recibirla durante los años de la guerra.

Hasta la forma en que fue sentenciado la primera vez era absurda. Lo apresaron al comienzo de la guerra por "propaganda antisoviética", resultado de una denuncia urdida por algunos vecinos que deseaban su departamento (y que lo obtuvieron luego). Se aclaró más tarde que no había estado envuelto en tal propaganda, aun cuando podía haber estado, desde que oía la radio alemana. Luego

resultó que no escuchaba radio alemana, pero podía haberla escuchado, desde que tenía un receptor de radio prohibido en su casa. Y cuando se supo que no tenía tal receptor de radio, seguía siendo verdad que podía haberlo tenido desde que su profesión era ingeniero en radio. Según la denuncia, también habían encontrado en su apartamento dos lámparas de radio en una caja.

Dyrsin había agotado su cuota completa en los campos de concentración durante la guerra, en aquellos donde les zeks comían granos crudos, robados a los caballos y donde mezclaban la harina con nieve debajo de un letrero que decía "campamento", el letrero había sido clavado años atrás en un pino en el extremo de la taiga. En los ocho años que Dyrsin había pasado en la tierra de GULAG, su esposa se había convertido en una mujer vieja y huesuda y sus dos hijos habían muerto. Entonces recordaron que él era ingeniero y lo trajeron a la *sharashka* y le dieron manteca. . . sí, y hasta le pudo enviar a su esposa 100 rublos por mes.

De pronto, inexplicablemente, dejaron de llegar cartas de su mujer. Quizás se hubiera muerto.

El Mayor Myshin estaba sentado con las manos cruzadas sobre el escritorio. El escritorio no tenía papeles, el tintero estaba cerrado, la pluma seca, y no había expresión alguna (como jamás la había habido), en su cara regordeta, que era lila con un toque de rojo. Su frente era tan carnosa que ni las arrugas de los años ni los surcos de la meditación podían marcarse en ella. Sus mejillas también eran regordetas. El rostro de Myshin era como el de un ídolo hecho de arcilla refractaria a la cual se le ha agregado al barro tintes rosados y violetas. Sus ojos sin vida, con una peculiar vacuidad arrogante.

Nunca había sucedido antes: Myshin le dijo que se sentara. Dyrsin trató de imaginar en qué desgracia había caído, -qué cosa diría

el informe en contra de él. El Mayor guardó silencio, de acuerdo a las instrucciones.

Al fin, dijo:

-De manera que usted se ha estado quejando, al venir acá, de no recibir cartas hace dos meses.

-¡Más de tres, Ciudadano Jefe! -interpuso con timidez Dyrsin.

-Bien, tres... ¿cuál es la diferencia? ¿Y ha pensado usted qué tipo de persona es su esposa?

Myshin hablaba sin prisa, pronunciando las palabras distintamente y guardando una larga pausa entre las frases.

--Qué tipo de persona es su esposa, ¿eh? -apremió.

-No comprendo -murmuró Dyrsin.

-¿Qué es lo que no comprende? ¿Cuáles son las ideas políticas de su esposa?

Dyrsin se puso pálido. Era increíble, pero no se había acostumbrado a todo. Su esposa debía haber escrito algo en una carta y precisamente ahora antes de su liberación ella...

Y, secretamente, rezó por su esposa. (Había aprendido a rezar en el campo).

-Es una plañidera, y no necesitamos plañideras -exclamó el Mayor con firmeza- y tiene una extraña ceguera, no ve el lado bueno de nuestra vida, sólo el malo.

-Por el amor de Dios, ¿qué le ha sucedido a ella? -exclamó Dyrsin suplicante, bamboleando la cabeza en su angustia.

-¿A ella? -y Myshin se detuvo aún más tiempo-. ¿A ella? Nada -Dyrsin suspira-. Hasta ahora...

Procediendo con mucha deliberación, el Mayor sacó una carta de una caja y se la tendió a Dyrsin.

-¡Gracias! -dijo Dyrsin, ahogándose-. ¿Puedo retirarme ya?

-No. Léala aquí. No puedo dejarle llevar una carta como esa al dormitorio. ¿Qué pensarán los otros prisioneros de la libertad tomando como base tales cartas? Léala.

Y guardó silencio, como un ídolo liláceo, preparado para aceptar todo el peso de sus responsabilidades.

Dyrsin sacó la carta del sobre. El no se daba cuenta pero una persona de afuera hubiera recibido muy mala impresión de su apariencia. Parecía reflejar la imagen de la mujer que la había escrito: estaba redactada en un papel ordinario, casi un papel de envolver, y ni una sola línea era horizontal. Cada línea bajaba hacia el margen derecho. La carta estaba fechada en septiembre 18:

¡Querido Vanya!:

Acabo de sentarme a escribir pero en verdad quiero dormir. No puedo. Vuelvo a casa del empleo y salgo a la huerta en seguida. Mamyushka y yo estamos cosechando papas. No hay más que papas muy menudas. En las vacaciones no fui a ninguna parte, no tenía nada que ponerme, todo estaba hecho pedazos. Quería ahorrar un poco de dinero para ir a verte, sí.. . ¡para ir a verte! pero nada sale bien.

Entonces Nika fue a visitarte y le dijeron que no había nadie de ese nombre allí, y su madre y su padre la reprendieron. .. "¿Por qué fuiste? ¡Ahora anotarán tu nombre, y te vigilarán!" En general, nuestras relaciones con ellos son tensas y ellos y L. V. no se hablan.

Vivimos mal. Abuela ha estado enferma desde hace tres años; no se levanta; se secó; no se muere ni se mejora, y nos está agotando a todos. Huele muy mal y hay discusiones todo el tiempo. Yo no le hablo a L. V.. . ., Mamyushka se ha separado de su marido para siempre; su salud es mala; sus hijos no la obedecen. Cuando volvemos del trabajo

es terrible; lo único que se oye son maldiciones. ¿Adonde se puede huir? ¿Cuándo terminará?

"Te beso. Cuida tu salud."

No tenía firma ni siquiera la palabra "tuya".

Esperando pacientemente hasta que Dyrsin hubiera leído y releído su carta, el Mayor Myshin retorció sus cejas canosas y humedeciéndose los labios violetas, dijo:

-No le entregué esa carta cuando llegó. Pensé que sería un estado de ánimo pasajero de ella, y usted tiene que mantener alto su espíritu para trabajar. Esperé que enviara una carta mejor. Pero ésta es la que envió el mes pasado.

En silencio Dyrsin miró al mayor, pero su cara desmañada no expresaba reproche, sólo pena. Tomó el segundo sobre abierto y extrajo la carta con dedos temblorosos; habían las mismas líneas desaparejas y deprimentes. Esta vez estaba escrita en una hoja arrancada de un cuaderno:

30 de octubre.

"¡Querido Vanya!

"Estás ofendido porque escribo rara vez. Pero vuelvo del trabajo tarde y casi todos los días voy al bosque en busca de leña, y entonces ya es de noche y estoy tan cansada que simplemente me tiro en la cama. De noche duermo mal. Abuela no me deja dormir. Me levanto temprano, a las cinco de la mañana, y a las ocho tengo que estar en el trabajo. Todavía, gracias a Dios, el otoño está templado, ¡pero el invierno se está acercando! No se puede conseguir carbón en el depósito; sólo lo consiguen los jefes o la gente con conexiones. No hace mucho una pila de leña se cayó de mi espalda, la arrastré sobre la

tierra detrás de mí, no tenía fuerzas para levantarla y pensé: '¡Una vieja arrastrando una carga de leña! Me hernié a causa del peso. Nika vino para las vacaciones; se está convirtiendo en una mujer atractiva, y ni siquiera me visitó. No puedo pensar en ti sin pena. No cuento con nadie. Trabajaré mientras tenga fuerzas, pero tengo miedo de caer enferma como abuela. Abuela ha perdido por completo el uso de las piernas. Está toda hinchada; no puede acostarse ni levantarse sola. Y no admiten personas tan enfermas en el hospital porque, según ellos, no vale la pena. L. V. y yo tenemos que levantarla todas las veces; se hace de todo en la cama; hay muy mal olor, esta no es vida sino trabajo de presidiario. Por supuesto, ella no tiene la culpa, pero no tengo fuerzas para soportarlo más. A pesar de tu consejo de no maldecir, maldecimos el día entero. De L. V. lo único que oigo es: miserable, ramera... y lo mismo les dice Mamyushka y sus hijos ¿Los nuestros hubieran crecido así también? Sabes, con frecuencia me alegra que no estén aquí. Valerik entró a la escuela este año; necesita muchas cosas pero no hay dinero. Es verdad que por decreto le pasan a Mamyushka dinero para alimentos del salario de Pavel. Bien, no hay nada más que escribir. Deseo que estés bien de salud; Te beso.

"Si hubiera una oportunidad para dormir los días feriados. .. pero tenemos que arrastrarnos a la demostración...!"

Dyrsin se iba helando a medida que leía esta carta. Puso la palma de su mano en la frente y la frotó como si estuviera tratando de levantarse.

-Bien. ¿La leyó? No parece estar leyendo. Usted es una persona adulta, alfabeta. Ya ha estado preso, usted comprende qué tipo de carta es esa. Durante la guerra se aplicaban sentencias por cartas semejantes. Una demostración... es una alegría para todo el mundo...

¿Y para ella? ¿Carbón? El carbón no es sólo para los jefes sino para todos los ciudadanos; hacen "cola" para obtenerlo, ¡por supuesto! Considerando todo eso, no sabía si darle esa carta o no, pero luego llegó una tercera del mismo, tenor. Y decidí que todo debe terminar. Tiene que terminarlo usted mismo. Escríbale algo en tono optimista... usted sabe... dándole ánimos, préstele alguna ayuda a esta mujer. Dígale que no debe quejarse, que todo saldrá bien. Verá, se han hecho ricos, han recibido una herencia. Léala.

Las cartas estaban en orden cronológico. La última tenía fecha 8 de diciembre:

"¡Querido Vanya!

"Voy a darte una noticia triste. El 26 de noviembre de 1949 a las 12.5 murió abuela. Murió y no teníamos un kopeck. Felizmente, Misha nos dio 200 rublos, y todo era barato, pero, por supuesto, el funeral fue muy pobre. Sin sacerdote. Sin música. Al féretro lo llevaron en una carreta al cementerio y lo pusieron en la sepultura. Ahora las cosas están un poco más tranquilas en casa, pero hay un especie de vacío. Yo estoy enferma, traspairo mucho de noche, y empapo las almohadas y las sábanas. Una gitana predijo que moriría este invierno, y me alegrará liberarme de semejante vida. Parece que L.V. está tuberculosa. Tose y tiene sangre en la garganta. Cuando vuelve del trabajo empiezan las maldiciones. .. es malévola como una bruja. Ella y Mamyushka me están volviendo loca. Soy una persona arruinada... otros cuatro dientes se me han estropeado y dos se me han caído. Tendría que hacerme poner postizos pero no tengo dinero y además hay que hacer cola también para eso.

"Tu salario de tres meses, 300 rublos, llegó justamente cuando lo necesitábamos; conmenzábamos a helarnos. Nos estaba llegando el

turno en el depósito. .. yo era N° 4.576, y sólo dieron polvo de carbón. Bien, ¿para qué llevarlo? Mamyushka agregó, 200 rublos de ella a los 300 tuyos y le pagamos a un hombre que nos trajo algo de carbón en grandes trozos. Pero nuestras papas no durarán hasta la primavera. Dos huertas, ¿puedes imaginarlo.... y no cosechamos nada. Sin lluvia. Sin cosecha.

"Hay constantes disputas con los niños. Valery sigue fracasando en la escuela. .. saca 2 y 1. .. y después de la escuela pierde tiempo sabe Dios dónde. El director la citó a Mamyushka. . . ¿qué clase de madre es usted que no puede manejar a sus hijos? Y Zhenka, de seis años... los dos blasfeman como carreteros; en una palabra, son un desastre. ¡Todo mi dinero va a parar a ellos, y Valery hace poco me maldijo llamándome perra, ¡y tengo que oír eso de un niño tan inservible!. ¿Qué será cuando crezcan? Dicen que en mayo recibiremos la herencia, y que nos costará 2.000 rublos. ¿Dónde lo conseguiremos? Yelena y Misha están yendo a los tribunales... quieren quitarle la habitación de la abuela a L. V. ¡Cuántas veces en la vida abuela les dijo que no quería decidir quién recibiría qué! Misha y Yelena también están enfermas.

"Te escribí en el otoño, sí creo que hasta dos veces, ¿será que no te llegan las cartas? ¿Se habrán perdido?

Te adjunto una estampilla de 40 kopecks. ¿Qué es lo que se dice por allá? ¿Te van a libertar o no?

"En la tienda se vende una batería de cocina muy bonita, sartenes y tazones de aluminio.

"Te beso y te deseo salud."

Una gota que se derramó sobre la carta disolvió la tinta.

Nuevamente era imposible decir si Dyrsin todavía estaba leyendo o si había terminado.

-Así que. .. -preguntó Myshin-, ¿está todo claro? Dyrsin no se movió.

-Contéstele. Una respuesta alegre. Le permitiré más de cuatro páginas. Usted le escribió cierta vez que debía creer en Dios. Bien, será mejor que crea en Dios... ¿por qué no ? De otra manera ¿qué es todo esto? ¿Adonde lleva? tranquilícela, dígale que usted volverá pronto. Que va a recibir buenos salarios.

-¿Pero en verdad me dejarán volver a casa? ¿No me exiliarán?

-Eso depende de las autoridades. Su obligación es ayudar a su esposa. Después de todo, es la compañera de toda su vida. –El Mayor guardó silencio durante un momento.- O, quizás usted desee ahora una mujer joven -sugirió con comprensión.

El Mayor no hubiera permanecido sentado allí tan tranquilo si hubiera sabido que afuera en el corredor, loco de impaciencia por verlo, saltando de un pie a otro, estaba su informante favorito, Siromakha.

EL REY DE LOS INFORMANTES

En esos raros momentos en que Arthur Siromakha no estaba absorbido por la lucha por la existencia, cuando no estaba haciendo un esfuerzo por complacer a las autoridades o por trabajar, cuando se relajaba de su constante tensión parecida a la del leopardo, se convertía en un joven marchito, con un cuerpo bastante esbelto, el rostro de un actor agotado, y los ojos azul grisáceos empañados, humedecidos con un velo de tristeza.

Cierta vez dos hombres perdieron el control y llamaron "informante" a Siromakha. Pronto los dos habían sido trasladados al campo de concentración y nadie volvió a decírselo en voz alta. Los zeks le temían. Después de todo, a ninguno se le permitió jamás confrontar y desafiar al informante que lo acusaba, quizá de preparar una huida... de terrorismo. .. o de revuelta. El prisionero no se entera. Le dicen que reúna sus cosas. ¿Lo envían a un campo de concentración? ¿Lo llevan a una prisión especial para ser investigado... ? .

Es una característica humana, ampliamente explotada en todo tiempo, que cualquier hombre, mientras tiene esperanza de sobrevivir, mientras cree que sus problemas tendrán una solución favorable y mientras todavía tiene la oportunidad de desenmascarar la traición o de salvar a alguien sacrificándose, continúa aferrado a los lastimosos restos de consuelo y permanece silencioso y sumiso. Cuando ha sido encarcelado y destruido, cuando ya no tiene nada más que perder, y

está, en consecuencia, preparado, ansioso para una acción heroica, su cólera tardía sólo puede golpearse contra las paredes de piedra de la celda de confinamiento solitario. Entonces, también el hálito de la sentencia de muerte lo deja indiferente a los asuntos terrenos.

Así ciertos zeks, sin dudar de que Siromakha era un informante, consideraban menos peligroso ser amigo de él, jugar al volleyball, hablar con él de mujeres que tratar de desenmascararlo en público, o de atraparlo mientras hacía una denuncia. Esa era la forma en que también se manejaban con los otros informantes. Como resultado de todo esto, la vida en la *sharashka* parecía pacífica cuando, en realidad, en todo momento, se desarrollaba una mortal lucha subterránea.

Pero Arthur podía hablar de otras cosas además de mujeres. *The Forsyte Saga* (La Saga de los Forsyte) era uno de sus libros favoritos, y lo analizaba con mucha agudeza. También podía sin el menor embarazo cambiar de Gaslworthy a esa vieja historia de detectives, *The House Without a Key* (La casa sin una llave). Arthur también tenía oído para la música, y le gustaban las melodías españolas e italianas. Podía silbar trozos de Verdi y de Rossini con mucha afinación, y cuando estuvo en libertad sentía que algo le faltaba en la vida si no asistía a un concierto en el conservatorio, por lo menos una vez al año.

Los Siromakhas habían sido una familia noble aunque pobre. A principios de siglo uno de los Siromakha había sido compositor; otro, enviado a trabajos forzados por una acusación criminal, mientras que un tercero abrazó francamente la Revolución y sirvió en la Checa.

Cuando Arthur llegó a su mayoría de edad, sus inclinaciones y exigencias no dejaron dudas de que necesitaba disponer de recursos propios permanentes. No había sido hecha para él la vida sencilla, sucia, ni sudar el día entero de la mañana a la noche, ni contar con

cuidado dos veces por mes cuánto queda del sueldo después de pagar impuestos y préstamos. Cuando iba al cinematógrafo, seriamente se medía con todos los artistas más famosos del cine y se imaginaba huyendo a la Argentina con Diana Durbin.

Por supuesto, ninguna carrera, ya fuera en un instituto o en otra rama de la enseñanza lo conduciría a tamaña vida. Arthur buscó en la otra área del servicio de gobierno, un empleo con posibilidades de correr de aquí para allá, y este trabajo lo buscaba a él; así se encontraron y aun cuando el empleo no le daba los fondos que hubiera deseado, lo salvó del servicio militar durante la guerra; es decir, le salvó la vida. Mientras los tontos estaban pudriéndose en los trincheras llenas de barro, Arthur, con sus lisas mejillas color crema en la cara alargada entraba desenvueltamente al restaurante Savoy. (¡Oh. . . ! ese momento en que se entraba al restaurante y lo envolvía a uno el aire tibio saturado con los aromas de la cocina y la música, y se veía la sala brillante, y la sala podía verlo a uno. . . ¡y uno podía elegir su mesa. ..!) ¡Todo en el interior de Arthur le decía que estaba en la buena senda! Se indignaba cuando la gente consideraba que su ocupación era vil. Sólo podía deberse a falta de comprensión y envidia. Su rama de servicio necesitaba personas bien dotadas. Se requería poder de observación, memoria, recursos, un talento para simular, actuar... había que ser artista. Y también tenía que mantenerse en secreto. No podía existir sin secreto . . . por razones técnicas, lo mismo que un soldador necesita una máscara protectora cuando trabaja. De otra manera, Arthur jamás hubiera ocultado lo que hacía para ganarse la vida... no había nada vergonzoso en ello.

Cierta vez, no habiendo podido mantenerse en los límites de su presupuesto, Arthur se enredó con un grupo tentado por la propiedad estatal. Lo atraparon y lo encarcelaron. Pero de ninguna manera se

sentía ofendido. Sólo se culpaba a sí mismo; nunca debió dejarse atrapar. Desde los primeros días, detrás de las alambradas de púa, sintió con toda naturalidad que estaba ejerciendo su anterior profesión, y que el tiempo de su condena era una nueva fase de ella.

Los oficiales de seguridad no lo abandonaron; no lo enviaron al norte, a los bosques, ni a las minas, sino que fue asignado a una sección cultural-educacional. Éste era el único punto luminoso en el campo, el único rincón a donde los prisioneros podían acudir durante media hora antes que se apagaran los luces y sentirse humanos otra vez. . . hojear un diario, tomar una guitarra entre las manos, recordar poemas o sus propias vidas tan irreales. . . "Aneto Pamidorovich", como llamaban los ladrones a los intelectuales incorregibles, se congregaban allí, y Arthur se sentía muy a gusto, con su alma artística, sus ojos comprensivos, sus recuerdos de la capital, y su capacidad de hablar en forma ligera y natural de cualquier tema.

Arthur elaboró sus casos con rapidez contra algunos individuos *propagandistas*; un *grupo* con orientación antisoviética; dos inexistentes *complots* para escapar; y el *caso de los médicos*, en el que los médicos del campamento eran acusados de tardar en curar a sus pacientes con fines de sabotaje. . . en otras palabras, permitiendo a los prisioneros que descansaran en el hospital. Todas estas ovejas recibieron segundas condenas y Arthur, a través de los canales de la Tercera Sección, vio disminuida la suya en dos años.

Cuando llegó á Mavrino, Arthur no descuidó sus probadas y verdaderas actividades. Se convirtió en el favorito de los dos Mayores "policías", y en el informante más temido de la *sharashka*.

Pero, en tanto que los Mayores hacían uso de sus denuncias, no le revelaban sus secretos a él, y ahora Siromakha no sabía a cuál de los

dos debía darle las noticias sobre Doronin; no sabía de cuál de los dos era informante Doronin.

Se ha escrito mucho para probar que la gente, en general, es ingrata y desleal. Pero también suele ocurrir lo contrario. Con una absurda falta de precaución, una prodigiosa falta de tino, Ruska Doronin había confiado su intención de convertirse en un agente doble no sólo a uno, dos o tres zeks, sino a más de veinte. Cada uno que lo supo se lo dijo a algunos otros, y el secreto de Doronin se había convertido en propiedad de casi la mitad de la población de la *sharashka*. Poco faltaba para que se hablara abiertamente de ellos en las habitaciones; y aun cuando uno de cada cinco o seis de la *sharashka* era un informante, ninguno de esos zeks lo supo; o si lo supo no lo informó. Hasta el más observador, el más sensible, el rey de los informantes, Arthur Siromakha, no lo había sabido hasta hoy.

Era una afrenta para su honor como informante, ¿qué importaba si los oficiales de seguridad se habían perdido toda la escena. . . cómo pudo perdersela él? ¿Y qué pasaba con su seguridad personal? ¡Podían haberlo atrapado con la orden de pago lo mismo que atraparon a los otros! Para Siromakha, la traición de Doronin era un disparo que por casualidad no había dado en su cabeza. Doronin había resultado ser un poderoso enemigo; en consecuencia, tenía que ser golpeado con fuerza a su vez. Arthur todavía no comprendía la extensión del desastre.

(Pensaba que Doronin recién hoy o ayer se había revelado a los otros informantes).

Siromakha no podía abrirse paso hacia las oficinas. No debía perder la cabeza; no debía golpear la puerta cerrada de Shikin, ni siquiera, subir las escaleras con demasiada frecuencia. ¡Y para la de Myshin había una fila! Había sido disuelta al dar las campanadas de

las tres, pero durante un tiempo los más tenaces y porfiados de los zeks se quedaron discutiendo con el oficial de guardia en el corredor. Siromakha, tomándose el estómago con una expresión de sufrimiento, se acercó a ellos como, si se encaminara a ver a la ayudante del médico, quedándose allí en la esperanza de que el grupo se diseminara. Ya habían llamado a Dyrsin para ver a Myshin. De acuerdo a los términos de referencia de Siromakha, no había razón para que Dyrsin se demorara en la oficina del mayor, y él se demoró, se demoró y se demoró! Arriesgando el desagrado de Mámurin por su prolongada ausencia del Laboratorio Siete, de los humeantes hierros y resina para soldadura, Siromakha esperó en vano que Myshin despidiera a Dyrsin.

Pero no podía permitirse aclarar su situación a los guardias que vigilaban el corredor. Perdiendo la paciencia, Siromakha subió otra vez hasta el tercer piso buscando a Shikin. Por fin tuvo suerte. Ocultándose en el oscuro retrete próximo a la puerta de Shikin, oyó a través de la madera la peculiar voz aguda del portero, única en la *sharashka*.

Hizo un llamado especial. La puerta se abrió y Shikin apareció en la estrecha abertura.

-¡Muy urgente! -dijo Siromakha en un susurro.

-Un minuto -respondió Shikin.

Con un paso ligero Siromakha se alejó por el largo corredor lo bastante como para no encontrar al portero cuando éste saliera. Luego volvió con aire formal y abrió la puerta de Shikin sin golpear.

EN CUANTO A FUSILAR

Después de una semana de investigación del "Caso del Torno Roto", la esencia del accidente permaneció siendo un enigma para el Mayor Shikin. Todo lo, que había podido establecerse era que este torno, fabricado durante la primera guerra mundial en 1916 con su polea dentada y de sistema manual, había sido desconectado de su motor eléctrico por orden de Yakonov, y trasladado desde el Laboratorio Número Tres al taller de reparaciones. Desde que no había acuerdo en cuanto a quién había de trasladarlo, el personal del laboratorio recibió la orden de llevar el torno hasta el corredor del sótano, y desde allí el personal del taller de reparaciones tendría que arrastrarlo a mano, empujándolo por la rampa, y entregarlo al taller de reparaciones del otro lado del patio. (En verdad, había una ruta más corta, con lo que se hubiera evitado bajarlo al sótano, pero en ese caso los zeks hubieran tenido que cruzar el patio principal, visible desde la carretera y del parque, y eso, por supuesto, no podía permitirse desde el punto de vista de la seguridad).

Como ya había pasado lo irreparable, Shikin también podía reprocharse no haber reconocido la importancia de este eslabón vital en la cadena de la producción y, en consecuencia, el no haberlo supervisado personalmente. Pero, después de todo, con perspectiva histórica, los errores de las figuras públicas son siempre lo más aparentes... ¿y cómo pueden eliminarse?

El Laboratorio Número Tres -cuyo personal consistía en un jefe, un hombre, un inválido y una muchacha- estaba incapacitado para

trasladar el torno por sí mismo. Por lo tanto, con una total falta de responsabilidad, fueron reunidos al azar, dé varias secciones, diez zeks auxiliares.

(y nadie hizo una lista de quiénes eran. El resultado fue que, más tarde, pasados quince días, el Mayor Shikin tuvo que consagrar muchos esfuerzos a comparar los testimonios con el fin de reconstruir la nómina completa de los que estaban bajo la sospecha).

Los diez zeks habían bajado el pesado torno por la escalera, desde el primer piso hasta el sótano. Sin embargo (desde que el jefe del taller de reparaciones no quería tomar en custodia este torno por razones técnicas) su personal no sólo no llegó a tiempo al sótano para hacerse cargo del torno, sino que hasta omitió enviar a alguien a ese lugar para que se hiciera cargo formal del torno. Nadie estuvo dirigiendo a los diez zeks que arrastraron el torno hasta el sótano y éstos se diseminaron. De manera que el torno quedó en el corredor del sótano durante varios días obstruyendo el pasillo. (En realidad, el mismo Shikin tropezaba con él). La gente, del taller de reparaciones vino a buscarlo por fin, pero encontraron una rajadura en la base, se quejaron de ello y rehusaron llevarse el torno hasta que los obligaron a hacerlo tres días después.

Ahora la funesta rajadura de la base, provocó la iniciación del "caso".

Quizá la tajadura no era la razón por la cual no se usaba el torno. (Shikin había oído expresar esa opinión). El significado de la rajadura era mucho más amplio que la misma rajadura. La rajadura significaba que fuerzas hostiles ocultas estaban operando dentro del instituto. La rajadura también significaba que los jefes del instituto eran ciegamente crédulos y criminalmente negligentes. Una investigación exitosa, que diera por resultado descubrir el criminal y los verdaderos

motivos detrás del crimen, haría posible que se castigara a alguien, se advirtiera a otro, y hasta encarar un adoctrinamiento en gran escala dentro de la colectividad. Por último, pero no por ello menos importante, el honor profesional del Mayor Shikin exigía que esta detestable red fuera desenmarañada.

Pero no era fácil. Había pasado demasiado tiempo. Los prisioneros que transportaron el torno, desarrollaron la exitosa técnica de encubrirse unos a otros... ¡confabulación criminal! Ni uno solo de los empleados libres (horrible ejemplo de negligencia) había estado presente mientras se lo trasladaba. Entre los diez que llevaban el torno, sólo había habido un informante, el que, por añadidura, era incompetente, siendo su mayor hazaña el informe sobre una sábana que fuera cortada para la confección de pecheras. En este caso, el único aspecto en que sirvió de ayuda fue en la reconstrucción de la lista completa de los diez hombres. En todo lo demás, todos los zeks comprometidos, insolentemente confiados en que eran inmunes al castigo, juraban que habían entregado el torno en el subsuelo, intacto y sin daño alguno y que no lo habían dejado caer ni golpeado al bajar las escaleras. De acuerdo con su testimonio, nadie había estado sosteniendo el torno por donde se produjo la rajadura, en la parte de atrás de la base debajo del mandril posterior. Todo el mundo lo había sostenido desde debajo de las poleas y del eje. En persecución de la verdad, el Mayor había dibujado algunos diaframas del torno y la posición de cada uno de los zeks que lo llevaban. Pero hubiera sido más fácil convertirse en un calificado operario de torno que encontrar la persona culpable de la rajadura. La única persona que podía ser acusada, sino de sabotaje, por lo menos de intención de cometer sabotaje, era el ingeniero Potapov. Colérico por las tres horas de interrogatorio, había dicho:

-Vamos, si hubiera deseado perjudicar este tacho, simplemente hubiera colocado un puñado de arena en los cojinetes ¡y ya estaba! ¿Cuál es el objeto de rajar la base?

Shikin, inmediatamente, apuntó esta declaración típica del inveterado saboteador, pero Potapov se rehusó a firmarla .

Lo que hacía tan difícil la presente investigación era que Shikin no disponía de los métodos ordinarios para lograr la verdad: celdas solitarias, celdas de castigo, bofetadas, raciones restringidas para celdas de castigo, interrogatorios nocturnos, ni siquiera la precaución elemental de aislar en celdas diferentes a los investigados. Aquí había que hacer las cosas, en forma tal, que los presuntos criminales pudieran seguir trabajando a plena capacidad y para ello tenían que comer y dormir en forma normal.

A pesar de todo, el sábado Shikin se había ingeniado para enterarse por un zek que cuando estaban bajando el torno los últimos peldaños, se había atascado en la estrecha abertura de la puerta y que el portero Spiridón llegó hasta ellos gritando: ¡Esperen, amigos, les ayudaré!" y se unió a los que lo sujetaban y ayudó a transportarlo hasta donde lo dejaron. Del diagrama resultaba que el único lugar de que pudo tomarlo era la base, debajo del mandril.

Shikin había decidido devanar este rico y nuevo hilo, hoy, lunes, descuidando las dos denuncias que habían sido formuladas esa mañana sobre el "El juicio del príncipe Igor". Llamó al portero pelirrojo antes del almuerzo y Spiridón llegó desde el patio tal como estaba, con su capote y su cinturón de tela gastado. Se había quitado la gorra con grandes orejeras y la apretaba con aire culpable entre sus manos, como el clásico campesino ruso que viene a pedir un pedazo de tierra a su señor. Tuvo cuidado de no ensuciar la alfombra, restregando sus pies en el felpudo de goma. Echando una ojeada de

desaprobación sobre las botas húmedas del portero y mirándolo con severidad, Shikin dejó que permaneciera de pie mientras él se sentaba en el sillón y, silenciosamente, miraba algunos papeles. De tiempo en tiempo, como si estuviera asombrado por lo que estaba leyendo acerca de la naturaleza criminal de Yegorov, lo miraba atónito, como se podría mirar a una bestia sanguinaria que al fin hubiera sido enjaulada. (Todo esto lo hacía de acuerdo al sistema, y tenía la intención de producir un impacto aniquilador en la psiquis del prisionero). Una media hora pasó en el despacho cerrado en absoluto silencio. La campana del almuerzo sonó con claridad. Spiridón esperaba recibir la carta de su casa, pero Shikin ni siquiera oyó la campana; revisaba con rapidez y en silencio los gruesos legajos, sacó algo de una caja y la puso en otra, ojeó ceñudo otros papeles y otra vez, brevemente, miró sorprendido al desalentado y culpable Spiridón.

Toda el agua de las botas de Spiridón había goteado sobre el felpudo de goma, y se había secado, cuando por fin Shikin habló:

-Bien, ¡acerquese! -Spiridón se acercó.- Deténgase. ¿Lo conoce?
-Y empujó hacia él la fotografía de un joven vistiendo uniforme alemán, sin gorra.

Spiridón se inclinó, miró furtivamente, lo examinó y dijo disculpándose:

-Como usted sabe, ciudadano Mayor, soy un poco ciego. Déjeme verlo más de cerca.

Shikin lo dejó mirar. Todavía sosteniendo su astrosa gorra de piel en una mano, Spiridón tomó la fotografía por los bordes, con todos sus cinco dedos y llevándola hacia la luz de la ventana, la puso frente a su ojo izquierdo, como para examinarla en todos sus detalles.

-No -dijo con un suspiro de alivio-. Nunca lo he visto. Shikin volvió a tomar la fotografía.

-Muy malo, Yegorov -dijo en forma aplastante-. Negarlo sólo hará que las cosas resulten peor para usted. Bien, qué diablos, tome, asiento -y señaló una silla más distante-. Tenemos que conversar mucho; se le cansarían los pies.

Otra vez guardó silencio, afanándose con los papeles.

Spiridón retrocedió y se sentó. Puso su gorra en una silla próxima, pero observando cuán limpia estaba la silla de cuero suave, la sacó y la puso sobre sus rodillas. Metió la cabeza redando entre los hombros y se inclinó hacia adelante; toda su apariencia expresaba arrepentimiento y sumisión.

Con completa calma pensó. "¡Víbora! ¡Perro! ¿Cuándo recibiré la carta? ¿No la tendrás tú?"

Spiridon había soportado en su vida dos investigaciones y una reinvestigación, y conocido a miles de prisioneros que sufrieron investigaciones. Conocía perfectamente el juego de Shikin, pero sabía qué tenía que simular creer en él.

-Ha llegado nuevo material contra usted -dijo Shikin, suspirando con pesadez-. ¡Parece que ha hecho sus jugarretas en Alemania!

-¡Quizás no se trate de mí! -lo tranquilizó Spiridon-. Los Yegorovs eran como moscas en Alemania. ¡Decían que hasta había un general Yegorov!

-¿Qué quiere decir que no era usted? ¡Que no era usted...! Spiridon Danilovich es el nombre que tengo, aquí -dijo Shikin y señaló con el dedo uno de los legajos-. Y el año de nacimiento, y todo lo demás, -¿Año de nacimiento? ¡Entonces no era yo! -respondió Spiridon con convicción-. Porque, para hacer las cosas más fáciles con los alemanes, me agregué tres años.

-¡Ah, si Shikin recordó. Entonces su rostro se encendió y la fatigosa necesidad de conducir una investigación se desvaneció de su voz. Dejó a un lado los papeles.-- Antes que me olvide. ¿Recuerda, Yegorov, hace diez días, cuando ayudó a llevar el torno? Bajando la escaleta hasta el sótano... ?

-¡Sí! .

--¿Dónde ocurrió el golpe? ¿Fue en la escalera o cuando ya estaban en el corredor?

--¿Golpearon a quién? -respondió sorprendido Spiridon-. No nos hemos peleado.

-¡El torno!

-Buen Dios, ciudadano Mayor, ¿por qué había de golpear el torno? ¿Es que nos hizo algún daño? ¿Por qué?

--Eso es lo que me sorprende, también... ¿por qué lo rompieron? ¿Quizás se les cayó?

-¿Qué quiere decir con eso de que se nos cayó? Lo teníamos por los pies, con cuidado, como a un niño.

-Y tú, personalmente, ¿de dónde lo supiste?

-¿De dónde? De aquí.

-¿De dónde?

-De mi lado.

-¿Sí, pero de dónde lo tomaste, de debajo del mandril posterior o de abajo del eje? .

-Ciudadano Mayor, no entiendo de mandriles, ni de ejes

¡Le mostraré cómo lo hice! -Puso la gorra en la silla próxima, se levantó y dio vuelta como si estuviera tratando de hacer pasar un torno a través de la puerta a la oficina. Yo venía hacia acá, en esta forma. Hacia atrás. Y dos de ellos se atascaron en la puerta... ¿comprende?

-¿Cuáles dos?

-¿Cómo puedo saberlo? No bauticé chicos con ellos. Yo estaba resoplando. "¡Deténganse!", grité. "Déjenme ver de dónde puedo agarrarlo". ¡Allí estaba él coso!

-¿Qué coso?

-¿Cómo, no lo entiende? -preguntó Spiridon por encima de su hombro, poniéndose colérico-. Eso que estábamos cargando.

--¿El torno?

-Por supuesto, ¡el torno! Y pronto lo sostenía de otra parte. (Así lo demostraba esforzándose, y agachándose). Entonces, uno de ellos, se adelantó por un costado, otro empujó y un tercero... ¿por qué se nos iba a caer? ¡Qué demonios! -Se enderezó-. En el campo hemos transportado cargas más pesadas que esa. Seis mujeres podrían bien llevar tu torno.. .seis kilómetros... ¿Dónde está ese tornó? ¡Vamos a levantarlo ahora mismo y acabemos con eso!

-¿Quiere decir que no le dejaron caer? -preguntó el Mayor amenazador.

-Eso es lo que estoy diciéndole, ¿no?

-¿Entonces, quién lo rompió?

- -¿Pero... alguien lo dejó caer? -preguntó Spiridon sorprendido- Comprendo. -Dejó de hacer la demostración de cómo había acarreado el torno y volvió a sentarse en la silla, todo lleno de atención.

-¿Estaba completamente bien cuando lo levantaron?

-Eso es lo que no vi. No podría decirle, tal vez estuviera roto.

-Bien, cuando lo pusieron en el suelo, ¿en qué condiciones estaba?

-¡Oh, entonces estaba muy bien!

-¿Pero tenía una rajadura en la base?

-No había rajadura -respondió Spiridon con convicción.

-¿Cómo podías haberla visto, diablo ciego? ¿Eres ciego?

-Ciudadano Mayor, soy ciego cuando se trata de papeles, es verdad... pero en cuanto a las cosas del lugar, vea todo. Usted, por ejemplo, usted y los otros ciudadanos oficiales, arrojan las colillas cuando caminan por el patio, y yo las levanto, hasta de la nieve blanca. Pregúnteselo al jefe.

-¿Y ahora qué es lo que estás queriendo decir, que pusieron el torno en el piso y tuvieron cuidado de inspeccionarlo?

-¿Por supuesto, qué es lo que cree usted? Después de terminar el trabajo fumamos, no podíamos dejar de hacer eso. Entonces palmeamos el torno.

-¿Lo *palmearon*? ¿Con qué?

-Bien; con las manos, así, en un costado, como a un caballo-caliente.

Un mecánico dijo: -¡Qué buen torno! Mi abuelo era tornero... solía trabajar en uno como éste.

Shikin suspiró y tomó una hoja de papel limpia.

--Lamentó que no quieras confesar, Yegorov. Escribiremos un informe. Está claro que fuiste tú quién rompió el torno. Si no hubieras sido tú, habrías dicho el nombre del que lo hizo..

Dijo esto con convicción, pero interiormente ya no sentía ninguna. Era el dueño de la situación; había conducido el interrogatorio, el portero había respondido con buena voluntad y había aportado mayores detalles. Sin embargo, todo lo que se había hecho con tanto cuidado no servía para nada: el largo silencio, la fotografía, el juego de la voz y la rápida conversación sobre el torno, todo había sido una pérdida de tiempo. Desde que este prisionero pelirrojo, cuyo rostro aún conservaba una obsequiosa sonrisa, cuyos

hombros estaban inclinados hacia adelante, no había cedido, no quedaban probabilidades de que cediera ahora.

Cuando Spiridon mencionó a un General Yegorov, ya imaginaba que no lo había llamado a causa de ninguna jugarreta alemana, que la fotografía era sólo una pantalla, que el "policía" estaba tratando de engatusarlo y que el torno era la verdadera razón por la cual estaba allí. Hubiera sido sorprendente que no lo hubiera interrogado sobre ello, desde que los otros diez zeks habían sido vapuleados como perales durante toda la semana. Con el hábito de toda su vida de engañar a las autoridades, entró con facilidad en el desagradable juego. Pero ésta esgrima sin objeto lo irritaba. Estaba disgustado porque otra vez había dejado de recibir su carta. También, aun cuando estaba sentado, en la oficina de Shikin, templada y seca, su trabajo en el patio estaba paralizado y se acumulaba para el día siguiente.

Pasó algún tiempo y la campana dando fin al intervalo del almuerzo hacía rato que había sonado. Shikin escribió sus preguntas, distorsionó las respuestas de Spiridon lo mejor que pudo y le ordenó a éste que firmara, como estipulaba la Cláusula 95, por haber dado un falso testimonio.

En ese preciso momento llamaron a la puerta.

Shikin se liberó de Yegorov, cuya estupidez lo había encolerizado y admitió al solapado y formal Siromakha, que siempre alcanzaba las cosas más importantes de la manera más expeditiva.

Siromakha entró con pasos suaves y rápidos. La sorprendente novedad que traía, agregada a su preminencia entre los informantes de la *sharashka*, lo ponían al nivel del Mayor. Cerró la puerta tras de sí y sin darle tiempo a Shikin a echarle llave, retrocedió dramáticamente. Estaba actuando.

Con claridad, pero en voz tan baja que no era posible que se le oyera a través de la puerta, informó:

-Doronin anda mostrando una orden de pago de 147 rublos.

Lyubimichev, Kagan y otros cinco han sido atrapados. Se reunieron y los agarraron en el patio. ¿Doronin es suyo?

Shikin se tomó el cuello y tiró de él como para aflojarlo. Sus ojos parecían querer salirse de las órbitas. Su grueso cuello se congestionó. Saltó al teléfono. Su rostro, que siempre trasuntaba superioridad y petulancia, parecía enloquecido.

Con paso ágil Siromakha cruzó la habitación llegando antes de que Shikin pudiera tomar el teléfono.

-¡Camarada Mayor! -le recordó. (Como prisionero no se atrevía a decirle "camarada", pero tenía que decirlo como amigo).- ¡No lo haga directamente! ¡No le dé tiempo a prepararse!

Era una norma elemental de la prisión, pero hubo que recordársela a Shikin.

Retrocediendo con tanta habilidad como si pudiera ver los muebles que había detrás de él, Siromakha llegó hasta la puerta. No le quitaba los ojos al Mayor.

Shikin bebió agua.

-¿Puedo retirarme, Camarada Mayor? -preguntó Siromakha rutinario-. Cuando descubra algo más, volveré. . . esta tarde o mañana por la mañana.

La razón volvía con lentitud á los ojos de Shikin; ahora parecían casi normales otra vez.

-¡Nueve gramos de plomo para él, la víbora! -Sus palabras surgían con un silbido-. ¡Me ocuparé de eso!

Siromakha se marchó en silencio como si estuviera abandonando el cuarto de un enfermo. Había hecho lo que se esperaba de él, de acuerdo a sus propias convicciones y no tenía prisa por pedir una recompensa.

No estaba del todo convencido de que Shikin fuera a continuar siendo un Mayor en MGB por mucho más tiempo.

Este era un caso extraordinario, no sólo en la *sharashka* de Mavrino, sino en toda la historia del Ministerio.

-El llamado al jefe del Laboratorio de Vacío no fue hecho por Shikin personalmente, sino por el oficial de guardia cuya mesa estaba en el corredor. Se le ordenó a Doronin que se presentara en seguida a la oficina del Coronel de Ingenieros Yakonov.

Aun cuando eran las 4 de la tarde, la luz superior en el Laboratorio de Vacío, siempre oscuro, estaba encendida desde hacia algún tiempo. El Jefe del Laboratorio estaba ausente y Clara tomó el teléfono. Había entrado al laboratorio recién y un poco más tarde que de costumbre para cumplir su turno... se detuvo para hablar con Támara y todavía no se había quitado el gorro ni el tapado de piel... Ruska no había apartado sus ardientes ojos de ella ni por un instante, pero ella no lo miró. Levantó el auricular, sin sacarse los guantes escarlata y respondió con los ojos bajos. Ruska se quedó de pie al lado de su aparato de bombeo a tres pasos de distancia de ella, mirándola insistentemente a la cara. Pensaba que esa noche, cuando el resto estuviera comiendo, tomaría esa querida cabeza entre sus manos. La proximidad de Clara lo hacía olvidar dónde estaba.

Ella levantó los ojos, sintiendo que él estaba, allí, y dijo:

-¡Róstilav Vadimovich! Un llamado urgente de Antón Nikolayevich.

La gente los podía ver y oír; era imposible que ella le hablara de otra manera... pero sus ojos ya no eran los mismos. ¡Fueron cambiados! ¡Estaban apagados, sin vida!

Obedeciendo mecánicamente, sin tratar siquiera de imaginar qué podría significar el sorprendente llamado del Ingeniero Coronel, Ruska salió. No podía pensar en nada más que en la expresión de Clara. Al llegar a la puerta se volvió para mirarla, y vio que ella lo observaba marcharse. Inmediatamente la muchacha desvió los ojos.

Ojos desleales. Ella los había apartado como si estuviera asustada.

¿Qué podía haber sucedido?

Pensando sólo en ella, subió las escaleras hasta el oficial de guardia, sin su cautela ordinaria, olvidando por completo prepararse para, preguntas imprevistas, para un ataque, como debe hacer un prisionero hábil. El oficial de guardia, bloqueando la puerta de Yakonov, le indicó hacia la parte de atrás del oscuro retrete, la oficina del Mayor Shikin.

A no mediar el consejo de Siromakha, y sí Shikin hubiera llamado al Laboratorio de Vacío personalmente, Ruska habría esperado lo peor en seguida. Hubiera corrido a hablar con una docena de amigos para prevenirles. Y luego, a último momento, de alguna manera habría encontrado la oportunidad para hablar con Clara y saber qué le pasaba y se llevaría consigo una triunfante fe en ella, o sino se liberaría de su lealtad para con ella. Ahora, frente a la puerta del "policía", pensó demasiado tarde de qué se trataba. En presencia del oficial de guardia era imposible dudar, volverse; era una locura levantar sospechas si todavía no había ninguna. Sin embargo, Ruska, se volvió con la idea de correr escaleras abajo. En ese momento

apareció el oficial de guardia de la prisión, el Teniente Zhvakun, el antiguo verdugo, que había sido llamado por teléfono.

Ruska entró a la oficina de Shikin.

Había dado sólo unos pocos pasos, cuando ya había recobrado su control y cambió la expresión de su rostro. Con la experiencia adquirida por haber sido perseguido durante dos años y con su especial talento de jugador, instantáneamente reprimió la tormenta dentro de él, se obligó a concentrarse en toda una nueva gama de consideraciones y peligros, y con una expresión de franqueza juvenil y despreocupación, dijo:

-¿Puedo entrar? Estoy a su servicio, Ciudadano Mayor.

Shikin estaba sentado en una curiosa posición, el pecho apoyado contra el escritorio, una mano colgando, balanceándose como un lazo.

Se puso de pie frente a Doronin, levantó esa mano como lazo y lo golpeó en la cara.

Luego revoleó la otra. Pero Doronin corrió de nuevo hacia la puerta y se quedó allí de pie, dispuesto a defenderse. La sangre corría de su boca y un mechón de pelo rubio le caía sobre la frente.

Como ya no podía llegar hasta su rostro, el Mayor, de corta estatura, se quedó frente a él y mostrando los dientes, amenazaba salpicando saliva.

-¡Miserable! ¡Vendiéndonos! ¡Despídase de la vida, Judas! ¡Te mataremos como a un perro! ¡Te fusilaremos en el sótano! . . .

Habían pasado dos años y medio desde que el Más Humano de los Estadistas había abolido la pena capital para toda la eternidad. Pero ni el Mayor ni su anterior informante se hacían ninguna ilusión: ¿qué podía hacerse con una persona repudiable sino ejecutarla?

Los ojos de Ruska relampaguearon salvajemente; la sangre corría por su cara; el labio se estaba hinchando.

Sin embargo, se enderezó y respondió con audacia:

-En cuanto a fusilarme. . . ¡tendremos que verlo, Ciudadano Mayor! *¡Todavía lo haré meter a usted preso!*

Desde hace cuatro meses todo el mundo se ríe de usted y usted ha estado sentado allí cobrando su salario. ¡Le arrancarán sus pequeñas charreteras!

En cuanto a fusilarme, ¡tendremos que verlo!

EL ALUMNO DE EPICURO

Nuestra capacidad para realizar una hazaña, es decir un hecho sobresaliente para las fuerzas de un solo hombre, es en parte un asunto de nuestra voluntad, y en parte, parece que es dado o no nos es dado al nacer. La hazaña más ardua es la que necesita un esfuerzo de voluntad cuando la voluntad no está acostumbrada al esfuerzo. Es mucho más fácil si el acto es la consecuencia de años de constante disciplina. Y el acto más fácil de todos es aquel que se produce tan naturalmente como respirar.

Así era como Ruska Doronin había vivido a la sombra del arresto con simplicidad y sonrisa infantil. Parecía nacido para correr riesgos; llevaba el juego y el espíritu de la aventura en la sangre.

Pero para el limpito y próspero Innokenty, la idea de vivir bajo un nombre falso, de correr de un escondite a otro por todo el país, era inaceptable. No se le pasaría por la mente tratar de evitar el arresto, si se ordenaba su arresto.

Efectuó su hazaña con un vuelo rápido de sus sentimientos y estos mismos sentimientos ahora lo habían dejado exhausto y devastado. Cuando hizo aquel llamado, nunca imaginó cómo crecería el temor dentro de él, cómo lo consumiría. (De haberlo sabido, nunca lo hubiera hecho).

Sólo en la fiesta de Makarygin había encontrado un poco de reposo. De pronto, allí, se sintió liberado, casi listo para gozar del peligroso juego.

Había pasado la noche con su esposa, olvidado de todo. El miedo era mucho peor cuando volvía. Tuvo que apelar a todas sus fuerzas para empezar de nuevo, el lunes a la mañana, a vivir, volver al trabajo, alerta a cualquier señal de cambio en las voces que lo rodeaban.

Soportaba su preocupación con dignidad, pero interiormente se sentía ya destruido, y toda su resistencia, toda su voluntad de salvarse se habían esfumado.

Un poco antes de las once, Innokenty fue a ver a su jefe, pero el secretario no quiso dejarlo entrar. Dijo que sabía que la asignación de Volodin a París había sido retenida por el Ministro Delegado.

La noticia lo sacudió tanto que no tuvo valor para pedir una entrevista y enterarse de la verdad. ¡No podía haber otra cosa detrás de esta demora! ¡Había sido descubierto!

Sintiéndose mareado y agotado, se dirigió a su oficina; no tuvo fuerzas más que para cerrar la puerta con llave y retirarla para hacer creer a la gente que había salido. Pudo hacerlo, porque su vecino que ocupaba el segundo escritorio no había vuelto todavía de su misión.

Sentía náuseas. Esperaba que llamaran a la puerta. Era espantoso, desesperante, pensar que en cualquier minuto podrían venir a arrestarlo. La idea de que no debía abrir la puerta cruzó por su mente. .. los dejaría que la derribaran.

¿O tendría que ahorcarse antes de que llegaran? ¿O saltar por la ventana? Desde el tercer piso hasta la calle. Dos segundos en el aire. . . y todo acabaría. . . y la conciencia apagada... Sobre su escritorio había una gruesa pila de papeles de la oficina de contabilidad... los gastos de oficina de Innokenty. Tenían que ser revisados ante de partir. Pero, sólo mirarlos lo enfermaban. La oficina calefaccionada parecía

terriblemente fría. Estaba enfermo de su propia importancia mental. Quedarse ahí sentado esperando morir. . .

Innokenty se estiró en el sofá de cuero y se quedó inmóvil. Era como si esperara extraer ayuda del sofá; alguna especie de tranquilidad a todo lo largo de su cuerpo.

¿Estaba, en verdad, sucediendo todo esto? ¿Sería él? ¿Era él realmente quién habló por teléfono a Dobroumov anteayer? ¿Cómo se atrevió? ¿Dónde había encontrado semejante coraje?

¿Y por qué lo había hecho? Esa mujer estúpida. *¿Y quién es usted? ¿Cómo puede probar que está diciendo la verdad?*

No debió haber telefoneado. Estaba muerto de pena por sí mismo. ¡Terminar la vida a los treinta años!

No, no lamentaba haber telefoneado. Tuvo que hacerlo. Era como si alguien hubiera guiado su mano.

No, no era eso... No le quedaba bastante voluntad para arrepentirse ni dejar de hacerlo. Estaba tendido allí, respirando apenas, esperando que todo terminara pronto.

Nadie llamó a la puerta; nadie quiso entrar. El teléfono no sonó.

Innokenty se durmió. Entonces, sueños pesados y absurdos, le dilataban la cabeza para que despertara. Despertaba aún más oprimido que antes, torturado por la sensación de que habían venido a arrestarlo, o que ya estaba arrestado. No tenía fuerzas para levantarse, para sacudir sus pesadillas, ni siquiera para moverse. La terrible impotencia somnolienta lo embargó otra vez y por último se quedó dormido como una piedra. Lo despertaron los ruidos de la hora del té en el corredor, y advirtió que de su boca abierta e insensible caía la saliva sobre el sofá.

Se levantó, abrió la puerta de la oficina y salió a lavarse.

Le trajeron té y sandwiches.

Nadie vino a arrestarlo. Sus colegas lo saludaron en el corredor como siempre lo hacían. Nadie cambió su actitud para con él.

Eso no probaba nada. Ninguno de ellos podía estar enterado.

Pero se sintió reconfortado por sus rostros y voces familiares. Le pidió a la muchacha té más fuerte y más caliente y bebió dos vasos, lo que lo hizo sentirse aún mejor.

Sin embargo, todavía no se decidía a entrevistar al jefe y enterarse de la verdad.

Por un simple sentido de autopreservación, por compasión hacia sí mismo, el camino más acertado hubiera sido ponerle fin a su vida. Pero tenía que asegurarse definitivamente de que iban a arrestarlo.

¿Y si no era así?

De pronto sonó el teléfono. Innokenty comenzó a temblar y podía oír los latidos de su corazón.

Llamaba Dotty. Su voz afectuosa lo hizo volver a la normalidad, recuperarse. Ella preguntó cómo iban las cosas y le propuso salir, esa noche a alguna parte.

Otra vez Innokenty sintió una oleada de calor y gratitud hacia ella. Fuera una buena o una mala esposa, estaba más cerca de él que ninguna otra persona en la tierra.

No le dijo nada acerca del aplazamiento de su designación. Se imaginaba descansando en la seguridad del teatro esa noche... después de todo, no arrestaban a nadie en sala llena de gente.

-Bien, compra las entradas para algo alegre -respondió.

-¿Una opereta? -preguntó Dotty-. Hay algo llamado Akulina, nada más. En el teatro del Ejército Rojo hay una *premier*: "La Ley de Licurgo" en la sala pequeña y "La voz de América" en la sala grande. En el Teatro del Arte, "El Inolvidable 1919".

"La Ley de Licurgo" suena demasiado atractivo. Las peores piezas tienen los mejores nombres. Supongo que será preferible que compres localidades para ver Akulina. Después iremos a un restaurante.

-¡Muy bien! -asintió Dotty riendo.

Pasaría toda la noche afuera para que no lo encontraran en su casa.

Siempre llegaban de noche.

Lentamente volvía la voluntad de Innokenty. Bien, suponiendo que yo estuviera bajo sospecha, ¿qué pasaba con Shchevronck y Zavarzin? Ellos estaban directamente involucrados en todos los detalles; las sospechas debían haber recaído en ellos aun con anterioridad. Sospechar no es probar.

Suponiendo que se hubiera ordenado su arresto, ¿no había manera de eludirlo o ocultar algo? No tengo nada que ocultar, ¿para qué preocuparme?

Ya se sentía bastante recuperado como para razonar otra vez.

¿Y qué sucedería si lo arrestaban? Podría no ser hoy, ni siquiera esta semana. En consecuencia, ¿debía quitarse la vida o vivir sus últimos días con toda la intensidad que pudiera?

¿Por qué estar tan aterrado? ¡Al diablo con ello! Había defendido con tanto fervor a Epicuro anoche. .. ¿Por qué no poner en práctica algunas de sus enseñanzas? Había dicho cosas bastante sabias.. ..

Recordando haber copiado algunas cosas de Epicuro cierta vez y pensando que debía revisar su viejo cuaderno de todas maneras, para ver si había algo que debiera destruir, comenzó a hojearlo. Lo primero que encontró fue: "Los sentimientos interiores de satisfacción o insatisfacción constituyen el criterio más alto del bien y del mal.

La mente aturdida de Innokenty no podía comprenderlo y siguió: -Temen a la muerte sólo porque temen los sufrimientos más allá de la tumba.

¡Qué tontería! La gente teme a la muerte porque detesta despedirse de la vida. ¡Una interpretación muy elaborada, Maestro!

Innokenty se imaginó en un parque en Atenas: Epicuro de setenta años, moreno, en una túnica, hablando desde los peldaños de mármol; el mismo Innokenty se vio a sí mismo en su traje ordinario, reclinado naturalmente contra un pedestal, como un norteamericano, escuchándolo.

"Pero uno debería saber", siguió leyendo, "que no hay inmortalidad. No hay inmortalidad y, por lo tanto, la muerte no es un mal para nosotros; simplemente no nos debe inquietar: mientras existimos no hay muerte y cuando llega la muerte nos hemos ido".

¡Qué bueno es eso!, -pensó Innokenty reclinándose-. ¿Quién fue el que dijo lo mismo hace poco? ¡Ah, sí!, en la reunión de ayer ese individuo ex militar!

"La fe en la inmortalidad nace del ansia de la gente insatisfecha que hace mal uso del tiempo que la naturaleza nos ha otorgado. Pero el hombre sabio encuentra el lapso de su vida suficiente para completar todo el círculo de placeres accesibles y cuando llega el momento de la muerte, abandonará la mesa de la vida, satisfecho, dejando un lugar para otros invitados. Para el hombre sabio, una vida humana es suficiente y el hombre necio no sabría qué hacer con la eternidad".

¡Hermosamente dicho! El único problema es: ¿Qué pasa si no es la Naturaleza la que retira a uno de la mesa a la edad de setenta años, sino gente con pistolas, a los treinta años... ? .

"No debe temerse a los sufrimientos físicos. Quien quiera que conozca el límite del sufrimiento es inmune al miedo. El sufrimiento prolongado es insignificante; el sufrimiento que importa es siempre breve. El hombre sabio no perderá su calma espiritual ni siquiera durante la tortura. La memoria le recordará sus anteriores sentimientos, satisfacciones espirituales y, sensuales, en contraste con el sufrimiento corporal de hoy; restablecerá el equilibrio del alma.

Innokenty, ceñudo, comenzó a dar vueltas a su oficina.

Sí, eso es lo que temía: no la muerte en sí, sino la tortura.

Epicuro dijo que era posible vencer a la tortura. ¡Ah, si él tuviera esa fuerza!

Pero no la sentía en su interior.

¿Y morir? Quizá no le importara tanto si la gente lo supiera: si conocieran el motivo, y si su muerte pudiera servirles de inspiración;

Pero no, nadie lo sabría. Nadie vería su muerte. Lo fusilarían en el sótano como a un perro, y su "caso" sería archivado en alguna parte, tras mil cerrojos.

Con todo, sus pensamientos le trajeron una especie de calma. La parte más cruel de su desesperación pareció quedar atrás. Antes de cerrar su cuaderno, leyó la última anotación: "Epicuro influyó en sus discípulos para que no participasen en la vida pública".

Sí, muy fácil: ser filósofo en medio de jardines. . .

Innokenty echó la cabeza hacia atrás, con un movimiento de pájaro que deja correr el agua por su buche.

¡No! ¡No!...

Las agujasafiligranadas del reloj de bronce, marcaban las cuatro menos cinco.

Afuera oscurecía.

ESA NO ES MI ESPECIALIDAD

Al anochecer el automóvil Zim, largo y negro, franqueó los portones que se abrieron para darle paso. Aceleró en las curvas de asfalto de Mavríno, limpiadas por la ancha pala de Spiridon y tomó contacto con el oscuro pavimento. Pasó el Pobeda de Yakonov, estacionó junto al edificio y paró abruptamente en la pretenciosa entrada de piedra.

El edecán del teniente general saltó afuera y abrió la puerta posterior con rapidez. El corpulento Foma Oskolupov, de abrigo gris que le quedaba chico y alto gorro de astrakán gris, salió del auto y se enderezó. El edecán abrió las dos puertas sucesivas que daban acceso al edificio y subió las escaleras, abstraído. En el primer descansillo, más allá de dos anticuadas lámparas de pie, había un vestuario. El encargado vino corriendo a buscar el abrigo del general, aunque sabía que era inútil. El general no se quitó el abrigo ni el gorro y siguió subiendo por una rama de la escalera dividida. Unos zeks y libres subalternos huían a su paso. El general, con su gorro de astrakán, subía los escalones con dignidad pero -las circunstancias lo exigían- a prisa. El edecán, que había dejado sus cosas en el vestuario, lo alcanzó.

-Busque a Roitman -le dijo Oskolupov por encima del hombro-. Avísele que dentro de media hora voy a visitar el nuevo grupo para comprobar los resultados.

Ya en el descanso del tercer piso, no se dirigió a la oficina de Yakonov, sino que tomó la dirección opuesta, hacia el Laboratorio Número Siete. El oficial de guardia vio su espalda que desaparecía y de inmediato empezó a buscar a Yakonov, para darle aviso.

En el GRUPO SIETE reinaba la desorganización. No hacía falta ser especialista -y Oskolupov no lo era- para comprender que nada funcionaba bien, que todos los sistemas instalados durante largos meses estaban ahora desconectados, destrozados, en pedazos. El matrimonio de "vo-en-cla" con la tarea Siete había comenzado mal: ambos recién casados sometidos a una minuciosa disección, unidad por unidad, parte por parte, casi condensador por condensador. Aquí y allá se elevaba el humo de soldadores y de cigarrillos, se oía- el chillido de un torno manual, las maldiciones de los trabajadores y a Mamurin que, histérico, gritaba al teléfono.

Pero el humo y el ruido no impidieron a Siromakha notar de inmediato la presencia del teniente general. Su mirada vigilante nunca abandonaba la puerta de entrada. Arrojó su soldador y corrió a avisar a Mamurin, que seguía en el teléfono; levantó la silla tapizada de Mamurin y se la llevó al general, esperando que le dijese dónde ponerla. En cualquier otro todo aquello hubiera parecido servilismo, pero Siromakha le dio el aspecto de un servicio honorable prestado por un joven a una persona mayor y respetada. Quedó rígido, esperando instrucciones.

Siromakha no era ingeniero ni técnico: se convirtió nada más que en un obrero electricista en GRUPO SIETE, pero con su rapidez, su lealtad, su prontitud para trabajar veinticuatro horas diarias y para escuchar con paciencia todas, las deliberaciones y dudas de sus superiores, gozaba de excelente reputación y se le permitía asistir a las conferencias de los jefes. Él estaba convencido de que, a la larga, todo

eso le sería más útil que su trabajo de delator, y le permitiría ganarse la libertad.

Foma Gurianovich Oskolupov se sentó sin quitarse el gorro y desabrochando sólo algunos botones de su abrigo.

El laboratorio quedó en silencio. El torno eléctrico dejó de torner. Los cigarrillos se apagaron y las voces se aquietaron. Sólo Bóbinin, sin dejar su rincón apartado, siguió dando instrucciones a los obreros con su voz de bajo; y Prianchikov, irresponsable, siguió dando vueltas alrededor de su puesto en ruinas con un soldador caliente en la mano. El resto miró y esperó la palabra del jefe.

Tras su difícil conversación telefónica -durante la cual se había peleado con el jefe de reparaciones, culpable de arruinar los paneles armados- Mamurin, exhausto, se limpió el sudor de la cara y fue a saludar a su ex-colega, ahora gran jefe casi inaccesible. (Oskolupov le tendió tres dedos), Mamurin había llegado al punto de palidez y debilidad en que parece criminal dejar a una persona que salga de la cama. Los golpes de los últimos días le habían hecho mucho más daño que a sus colegas de alta graduación: la cólera del ministro y el desmantelamiento de la máquina. Si hubiese sido posible que los tendones, visibles a través de la piel, se parecieran aún más a cuerdas, eso habría ocurrido. Si los huesos humanos pudieran perder peso, los suyos lo habrían perdido. Durante más de un año Mamurin había vivido para la máquina, seguro de que ésta, como el caballito jorobado del cuento infantil ruso, lo sacaría de penas, Ninguna compensación, ni siquiera la transferencia de Pryanchikov al Siete, con el Vo-en-cla, podía mitigar la catástrofe que se avecinaba.

Foma Gurinovieh Oskolupov era un director capaz, aunque nunca había llegado a dominar los conocimientos y habilidades inherentes a lo que dirigía. Pero sabía desde antiguo que lo único que

debe hacer un jefe es reunir las opiniones de subordinados inteligentes y dirigir a éstos. Y eso hacía ahora.

-Bueno, ¿qué pasa? -preguntó ceñudo-. ¿Cómo van las cosas?

Los estaba obligando a hablar.

Comenzó una conversación aburrida, fútil y que sólo servía para alejar a la gente de su trabajo. Hablaban sin ganas, suspirando; si dos empezaban a decir algo al mismo tiempo, ambos cedían al instante.

Había dos temas dominantes: "Es esencial que..." y "Es difícil que..." "Es esencial", correspondía al frenético Markushev, apoyado por Siromakha. Markushev, pequeño, granujiento e inquieto, trataba febrilmente, día y noche, de descubrir el camino de la gloria, para quedar libre antes de tiempo. Había propuesto combinar la máquina y el "Vo-en-cla", no porque estuviese seguro de que la combinación era buena técnicamente, sino porque serviría para quitar importancia a Bobinin y Prianchikov y para dársela a él. Y aunque no le gustaba trabajar "para otros" (o sea, sin disfrutar del resultado de su trabajo), estaba furioso porque sus camaradas del Siete habían perdido él valor. En presencia de Oskolupov se quejó, con medias palabras, de la falta de interés de sus ingenieros.

Él era un hombre, es decir, pertenecía a aquella difundida especie de seres que los opresores crean a su imagen y semejanza. El rostro de Siromakha reflejaba resignación y fe. Mamurin, la cara de limón oculta por sus manos descarnadas, callaba por primera vez desde que estaba a cargo del Siete.

Jorobrov apenas podía ocultar la chispa de placer malicioso que le brillaba en los ojos. Él, más que nadie, había combatido la propuesta de Markushev, haciendo hincapié en las dificultades que suponía.

Oskolupov fue particularmente duro con Dyrsin, acusándolo de falta de celo. Cuando Dyrsin se sentía excitado o herido por alguna injusticia, casi perdía la voz. Por ese rasgo poco favorable, siempre resultaba el culpable.

En plena discusión, sin sentido para Oskolupov, entró Yakonov quien, por cortesía, tomó parte en lo que se hablaba. Al fin llamó a Markushev, éste se sentó a su lado y juntos comenzaron a bosquejar una nueva variante del diagrama.

Oskolupov hubiera preferido arreglar las cosas con reprimendas y recriminaciones, técnica que le era familiar y que, durante sus años de poder, había perfeccionado hasta los últimos detalles. Era lo que le daba mejores resultados. Pero vio que en este caso no conseguiría nada de ese modo.

Ya sea porque Oskolupov pensó que no podía contribuir nada importante a la conversación, o porque quiso respirar un aire diferente y menos tenso antes de terminar el fatídico mes de gracia, se levantó sin escuchar las palabras finales de Bulatov y salió sombrío del cuarto, dejando que todo el personal del Siete quedara sufriendo por las dificultades que sus deficiencias ocasionaban al jefe de sección.

Como lo exigía el protocolo, Yakonov estuvo obligado a levantarse pesadamente y llevó su corpulencia tras el hombre del gorro, que apenas le llegaba al hombro.

Caminaron por el pasillo, juntos y callados. El jefe de sección no veía con buenos ojos que su ingeniero principal caminara junto a él, debido al físico poderoso de Yakonov y al hecho de que éste le llevaba al menos una cabeza.

Yakonov podría haber aprovechado el momento para anunciar el progreso, sorprendente e inesperado, ocurrido con el codificador, lo cual hubiese tenido sus ventajas, suprimiendo de inmediato el

resentimiento que Oskolupov le había demostrado desde la conferencia nocturna de Abakumov.

Pero no tenía el dibujo. El increíble dominio de sí de Sologdin, demostrado al preferir la muerte antes que entregar su dibujo a cambio de nada, lo había convencido de que debía cumplir su promesa, informando esta noche a Sevastianov sin hacer caso de Oskolupov. Claro que éste se pondría furioso, pero no tendría más remedio que calmarse.

Y más tarde Yakonov le diría que no había tenido seguridad acerca del éxito del experimento de Sologdin.

Este ingenuo cálculo no era el único elucubrado por Yakonov. Había visto a Oskolupov triste, preocupado por su destino, y se complacía en dejarlo sufrir unos días más. Antón Nikolaievich Yakonov sentía una furia de ingeniero concienzudo por el proyecto, como si él lo hubiese creado. Sologdin había tenido razón al pronosticar que sin duda Oskolupov haría todo lo posible para aparecer como coinventor. Y cuando lo descubriera ni siquiera miraría el dibujo de la sección central, sino que lo primero que haría sería aislar a Sologdin en cuarto aparte, trataría de impedir que sus colegas se pusieran en contacto con él para trabajar, llamaría a Sologdin para amenazarlo y darle plazos drásticos, y telefonaría desde el ministerio cada dos horas para mortificar a Yakonov para terminar dándose humos y diciendo que, sólo gracias a su supervisión, el experimento fue encaminado.

Cómo todo eso le era familiar hasta las náuseas, Yakonov prefería no decir nada por ahora. Pero, al entrar a su oficina, hizo algo que nunca hubiera hecho delante de extraños: ayudó a Oskolupov a quitarse el abrigo.

-¿Qué hace aquí Gerasimovich ? -preguntó Foma Gurianovich, sentándose en el sillón de Yakonov sin quitarse el gorro. Yakonov se sentó a un costado.

-¿Gerasimovich? Vamos a ver, ¿cuándo vino de Stresnevka? Creo que en octubre. Bueno, desde entonces armó el televisor del camarada Stalin.

-Llámalo aquí.

Yakonov telefoneó.

Stresnevka era otra de las *sharashkas* de Moscú. Poco antes, bajo la dirección del ingeniero Bobier, se había inventada allí ;jin dispositivo muy ingenioso y útil: una extensión para teléfonos urbanos comunes. Lo especial del aparato consistía en que comenzaba a funcionar cuando el teléfono no se usaba y estaba colgado y quieto. El dispositivo fue aprobado, y empezó a fabricarse.

Las ideas revolucionarias de las autoridades (y por definición todas sus ideas lo eran) sé aplicaban ahora a otros dispositivos.

El oficial de guardia asomó la cabeza en la puerta.

--El prisionero Gerasimovich.

-Que pase -dijo Yakonov, sentado en una sillita bastante alejada de su escritorio, con su corpachón desbordando a ambos lados. Entró Gerasimovich arreglándose los lentes y tropezando en la alfombra. Comparado con los dos gordos jefes, parecían muy estrechos sus hombros y muy pequeña su estatura.

-¿Me hizo llamar ? -preguntó con sequedad mientras avanzaba, la vista fija en la pared entre Oskolupov y Yakonov..

-Aja -replicó Oskolupov-. Siéntese. Gerasimovich obedeció. Ocupaba media silla.

-Usted. .. este. . . -trató de recordar Oskolupov-. Usted es especialista en óptica, ¿no? No sabe de oídos, sino de ojos, ¿verdad?

-Sí.

-Y este... -Oskolupov parecía limpiarse los dientes con la lengua-. Goza de buena opinión, ¿no? Calló y con un ojo entrecerrado clavó el otro en el prisionero.

-¿Conoce los últimos trabajos de Bobier?

-Oí hablar de eso.

-Aja. ¿Y sabe que recomendamos que lo dejen libre antes de tiempo?

-No lo sabía.

-Ahora lo sabe; ¿cuánto le queda a usted?

-Tres años.

- ¡Ah, cuánto tiempo! -dijo Oskolupov como sorprendido, como si todas las sentencias de sus prisioneros se contasen por meses-. ¡Ah, cuánto tiempo!

(Poco antes, tratando de animar a un recién llegado, había dicho: "¿Diez años? ¡Qué tontería! A otros les tocan veinticinco"). Ahora prosiguió:

-¿No le parecería mal salir también usted antes de tiempo, eh?

-Era extraña la coincidencia entre la pregunta y el pedido de Natasha, ayer.

Tratando de dominarse para cumplir con su propósito de no mostrar buen humor ni hacer concesiones al hablar con los jefes, Gerasimovich sonrió con ironía.

-¿Cómo podría ser eso? No regalan libertad condicional por aquí. Oskolupov se movió en su sillón.

-¡Ja, ja! Claro que no lo conseguirá armando televisores, pero dentro de unos días lo voy a pasar a Stresnevka y lo pondré al frente de un proyecto. Si puede terminarlo en seis meses, estará en su casa para el otoño.

-¿Puedo preguntar de qué trabajo se trata?

-Bueno, trabajo no falta. Le diré con franqueza: el asunto viene derecho del mismo Beria. Hay una idea, por ejemplo: poner micrófonos en los bancos de las plazas y parques. Allá la gente habla sin desconfianza y uno podría enterarse de muchas cosas. Pero supongo que no es esa su especialidad...

-No, no es mi especialidad.

-Bueno, ya verá que también hay algo para usted. Hay dos proyectos: uno bastante importante y el otro urgente. Y los dos son de su especialidad. ¿No es cierto, Antón Nikolaievitch ? -Yakonov asintió con la cabeza-. Uno de ellos es una cámara que pueda usarse de noche. Funciona con esos... ¿cómo se llaman?... rayos ultrarrojos. Uno toma una foto de alguien de noche, en la calle, ve con quién está y el otro no sé entera en toda su vida. En el extranjero ya hay versiones primitivas del asunto, y no hace falta más que imitarlas con espíritu creativo. La cámara tiene que ser fácil de manejar. Nuestros agentes no son tan vivos como usted. Y la segunda cosa: estoy seguro que para que usted resuelva eso, será tan fácil como escupir, pero nos hace mucha falta. Una simple cámara, pero tan pequeña que se pueda instalar en el marco de una puerta, y cuando ésta se abra, tome una foto automática de cualquiera que la atraviese, por lo menos de día o con luces encendidas. No se preocupe de que funcione en la oscuridad. Queremos fabricar un aparato así en serie. Bueno, ¿qué le parece? ¿Quiere hacerlo?

Gerasimovich había vuelto su cara delgada y seca hacia las ventanas y no miraba al teniente general.

En el vocabulario de Oskolupov no existía la palabra "luctuoso", y por eso no pudo identificar la expresión del rostro de Gerasimovich,

ni le preocupó poder hacerlo o no. Esperaba una respuesta y nada más.

Aquí estaba la respuesta al ruego de Natasha.

Gerasimovich vio su cara arrugada, sus lágrimas heladas y vidriosas.

Por primera vez en muchos años la posibilidad real, la inminencia, la calidez de un retorno a su hogar se agitaron en su corazón.

Bastaba con hacer lo mismo que Bobier: arreglárselas para que unos centenares de personas confiadas y estúpidas quedaran entre rejas, en lugar suyo.

-¿Y no podría seguir. . . con la televisión? -preguntó vacilante y dificultosamente.

-¿Rehusa? -preguntó Oskolupov, indignado y ceñudo. La cólera era una expresión que le resultaba fácil-. ¿Y por qué?

Todas las leyes de la cruel tierra de los zeks le decían a Gerasimovich que sería tan extraño sentir lástima con los prósperos, trabajadores, miopes, y no castigados, libres, como negarse a matar un cerdo para convertirlo en tocino. Los que estaban libres carecían del alma inmortal ganada por los prisioneros en su interminable cárcel. Usaban con estupidez, con mezquindad la libertad que se les concedía. Se ensuciaban con intrigas menudas, con actos viles.

Natasha era la única compañera de toda su vida, y esperaba que terminara su segunda sentencia. Estaba a punto de extinguirse y cuando la vida de ella se apagara la suya también terminaría.

-¿Mis razones? ¿Por qué me pregunta eso? No puedo hacerlo. No sería capaz de ocuparme del asunto -contestó a media voz, casi inaudible.

Yakonov, indiferente hasta ese momento, miró ahora a Gerasimovich con curiosidad. Otro caso a punto de volverse loco, sin duda. Pero también ahora debía prevalecer la ley universal: "lo más cerca de tu cuerpo es tu camisa".

-Se ha desacostumbrado del trabajo importante y por eso se siente tímido-trató de persuadirlo Oskolupov-. ¿Quién más podría hacerlo? Muy bien le daré tiempo para pensarlo.

Gerasimovich no contestó y apretó su manecilla contra la frente.

-Aunque no sé qué tiene que pensar. Es su especialidad.

Podría haber seguido callado. Podría haberlos engañado. Podría haber aceptado y luego fallar, según la regla de los prisioneros. Pero se puso de pie. Miró con desprecio al patán gordo, de doble papada, estúpido, que llevaba el gorro de astrakán de un general.

-¡No, no es mi especialidad! .--dijo con voz clara y aguda-. ¡Mandar gente a la cárcel no es mi especialidad! ¡Yo no armo trampas para seres humanos! Basta con que nos hayan puesto presos a *nosotros...*

EN LA FUENTE DE LA CIENCIA

Por la mañana Rubín seguía obsesionado por la disputa con Sologdin. Se le ocurrían nuevos argumentos que no había empleado la noche anterior. Pero al transcurrir el día tuvo la suerte de poder sumergirse en su magna tarea y la controversia se borró de su mente.

Estaba trabajando en el tercer piso, en el tranquilo cuartito, supersecreto, provisto de pesadas cortinas en puerta y ventana, un viejo sofá y una gastada alfombra, todo hecho con materiales que absorbían los sonidos, aunque de todos modos casi no había ruidos. Rubín escuchaba las cintas magnetofónicas con los audífonos puestos, y Smolosidov no había hablado en todo el día, su cara grosera y picada de viruelas vuelta hosca hacia éste, tal como si se tratara de un enemigo y no de un camarada dedicado al mismo trabajo. A su vez, Rubín no prestaba atención a Smolosidov, excepto como a una máquina que servía para cambiar los cartuchos del grabador.

Por los audífonos Rubín escuchó una y otra vez la fatídica conversación, y luego las cinco muestras de voces de sospechosos, compiladas para él. A veces confiaba en sus oídos; otras, no les tenía fe y consultaba las líneas violetas de las huellas vocales. Los metros de papel excedían hasta la longitud del vasto escritorio y caían al suelo en tiras blancas, a izquierda y derecha. De vez en cuando tomaba su álbum de muestras de voces, algunas clasificadas por sonidos-fonemas- otras por "tono básico" de diversas voces masculinas. Con un lápiz rojo y azul, ya gastado en ambos extremos -le costaba

decidirse a sacar punta a los lápices-, fue marcando en los trazados los puntos que le llamaban la atención.

Rubin estaba absorto en su trabajo. Sus ojos pardos y oscuros parecían de fuego. Su barba negra, larga y descuidada caía en mechones revueltos, y la ceniza gris de su pipa y cigarrillos yacía por doquier, incluso en las mangas de su guardapolvo manchado, con botones de menos, en la mesa, en los trazados de voces, en el álbum y en el sillón.

Estaba en pleno vuelo del alma, misterioso y nunca explicado por los fisiólogos. Olvidando su hígado, sus dolores de hipertenso, sintiéndose bien a pesar de la terrible noche pasada, sin hambre aunque desde anoche no había comido más que unas masitas en la fiesta de cumpleaños, sé remontaba muy alto en alas del espíritu y su aguda visión distinguía cada grano de arena, su memoria podía rescatar todo lo que había acumulado en ella.

Ni una vez preguntó la hora. Al llegar quiso abrir la ventana para compensar la falta de aire puro sufrida antes, pero Smolosidov objetó, ceñudo:

-No; estoy resfriado.

Rubin cedió. Ni una vez se había levantado de su silla en todo el día, ni siquiera para mirar por la ventana cómo la nieve se había ablandado, tornándose grisácea bajo el húmedo viento del oeste. No había oído llamar a Shikin, ni notado que Smolosidov no lo dejó entrar. Había visto ir y venir a Roitman como rodeado de niebla; aunque no se había dado vuelta, tuvo vaga conciencia del hecho. Ignoraba que hubiese sonado la campana del almuerzo y luego la del trabajo. El instinto del prisionero, que convierte al ritual de las comidas en algo sagrado, apenas vibró en él cuando Roitman lo sacudió por el hombro y le mostró una tortilla, ravioles y una

compota, colocados en otra mesa. Sus fosas nasales se estremecieron y la sorpresa le alargó el rostro, pero ni aun entonces recobró plena conciencia de lo que lo rodeaba. Miró atónito esos manjares dignos de los dioses, cómo tratando de comprender qué hacían allí, cambió de asiento y empezó a comer con rapidez, sin gustar realmente lo que comía, preocupado sólo por volver al trabajo.

Aunque Rubin no diera todo su valor a lo que estaba comiendo, a Roitman le había costado mucho más que si lo hubiera pagado de su bolsillo. Había estado telefoneando durante dos horas, llamando a un lugar y a otro, para coordinar ese almuerzo: primero habló con la Sección de Equipos Técnicos Especiales, luego con el General Bulbaniuk, después con la administración de la cárcel, más tarde con la Sección de Suministros y, por fin, con el Teniente Coronel Klimentiev. Los funcionarios con quienes habló a su vez dieron su permiso a la oficina de contaduría y a otros funcionarios. La dificultad consistía en que las raciones habituales de Rubín eran de "tercera categoría" de los zeks, pero en vista de la importancia especial de su trabajo, Roitman trató de conseguirle comida de "primera categoría" durante unos días, así como una dieta especial. Terminado todo el trabajo de coordinación, las autoridades de la prisión empezaron a presentar objeciones de organización: la comida pedida no estaba en el depósito de la prisión; necesitaban una autorización para la paga suplementaria del cocinero, que, de otro modo, no prepararía un menú aparte.

Ahora Roitman, sentado frente a Rubín, lo observaba, no como un amo que espera el fruto del trabajo de su esclavo, sino con sonrisa acariciante, como mirando un niño grande, admirándolo y envidiando la inspiración de Rubin y esperando ansioso el momento de poder comprender el significado del trabajo, para ser capaz de compartirlo.

Mientras comía, Rubin volvió a darse cuenta de las cosas y su expresión, se suavizó. Por primera vez en el día sonrió.

-Hizo mal en darme todo esto, Adaán Veniaminovich. "*Satur venter non studet libenter*". El viajero debe llegar a destino antes de pensar en comer.

-¡Pero si hace horas que trabaja, Lev Grigorich! Después de todo, ya son las tres y cuarto.

-¿Qué? Yo creí que no eran ni las doce.

-¡Lev Grigorich! Me muero de curiosidad: ¿qué ha descubierto?

No era la orden de un superior. Habló con humildad, como temiendo que Rubin rehusara compartir sus hallazgos. Cuando Roitman desnudaba su alma podía volverse muy simpático, a pesar de su ingrato aspecto; sus gruesos labios nunca se cerraban del todo porque sus pólipos nasales le impedían respirar.

-Estoy en el principio, haciendo las primeras deducciones nada más, Adaan Veniaminovich.

-¿Qué deducciones?

-Son discutibles, pero hay algo segurísimo. La ciencia de la fonoscopia, nacida hoy, 26 de diciembre de 1949, posee un origen racional.

-¿No estará exagerando un poco? -advirtió Roitman. Deseaba tanto como Rubin que todo eso fuese cierto, pero con su experiencia en ciencias exactas sabía que el especialista en humanidades era capaz de permitir que su objetividad científica quedara sumergida por el entusiasmo.

-¿He exagerado alguna vez? -preguntó Rubín, casi ofendido, alisándose la revuelta barba- Casi dos años reuniendo material, tantos análisis del idioma ruso hablado por sonidos y sílabas, nuestro estudio de las huellas vocales, la clasificación de voces y de modas de hablar

nacionales, regionales, individuales, todo lo que para Antón Nikolaievich era perder el tiempo -y usted mismo tuvo dudas más de una vez-, todo eso está dando frutos reales. Nerzhin también tendría que entrar en esto. ¿Qué le parece?

-Si la operación va bien, ¿por qué no? Pero por ahora tenemos que probar nuestra eficacia y triunfar en el primer trabajo que nos han dado.

--¡Nuestro primer trabajo! Eso cubre la mitad de toda esta ciencia. Vamos más despacio.

-Pero. .. ¿qué quiere decir con eso? ¿No entiende la urgente necesidad? . . .

-¡Como si pudiera evitar entenderlo! "Necesario" y "urgente" eran palabras que Levka Rubin, miembro del Komsomol, había oído toda su vida. En la década del treinta eran los supremos lugares comunes. No había acero, ni electricidad, ni pan, ni ropa. . . pero había "necesario" y "urgente". Se construyeron hornos, empezaron a funcionar plantas metalúrgicas y poco antes de la guerra, cómodo en su trabajo científico y literario, absorto en el lento siglo dieciocho, Rubin perdió contacto con la realidad. Pero el grito "urgente y necesario", quedó en su alma y malograba sus esfuerzos para terminar bien, aunque fuera un sólo trabajo, alguna vez.

La escasa luz diurna estaba desapareciendo. Encendieron la luz del cielorraso, se sentaron a la mesa de trabajo, examinaron las muestras vocales y subrayaron en azul y rojo los sonidos característicos, las uniones entre consonantes, las líneas de entonación. Todo lo hicieron juntos, sin prestar atención a Smolosidov, que tampoco había dejado el cuarto ni una sola vez y que ahora, sentado junto a la cinta magnética, la vigilaba como un ceñudo perro negro, la mirada fija en la nuca de los otros dos. Esa mirada

pesada, implacable, les perforaba el cráneo como un clavo y les presionaba el cerebro. Así conseguía privarlos de ese factor tan difícil de definir, pero esencial: libertad, ausencia de presiones; era testigo de sus vacilaciones y seguiría presente cuando entregaran al jefe su entusiasta informe.

Como por turno, uno tendía a dudar y el otro a estar seguro; luego el primero se convencía y su colega empezaba a sentir dudas. Para Roitman sus conocimientos matemáticos eran un freno, pero su posición oficial lo espoleaba. El deseo desinteresado de ayuda al nacimiento de una ciencia nueva, y genuina obraba como fuerza moderadora, pero las lecciones de las Planes Quinquenales lo urgían a seguir adelante.

Ambos pensaban que les bastaba con las conversaciones de los cinco sospechosos. No pidieron cintas de los cuatro detenidos en la estación Arbat del subterráneo. De todos modos los habían apresado demasiado tarde. Tampoco pidieron escuchar las voces grabadas de los otros empleados del ministerio, prometidas por Bulbaniuk en caso de extrema necesidad. Rechazaron la hipótesis de que el hombre del teléfono no tuviese acceso a información de primera mano sobre Dobrumov: no podía ser un extraño contratado para hacer esa llamada.

¡Bastante difícil era ocuparse de esos cinco! Compararon con el oído las cinco voces con la del criminal. Compararon las cinco huellas con la del criminal, una línea violeta tras otra.

-¡Mire cuánto sacamos del análisis! -señaló Rubín con entusiasmo-. En la cinta oímos que al principio el criminal hablaba con voz fingida. ¿Pero qué cambio muestra el trazado? Sólo la intensidad de frecuencia: el modo de hablar individual no cambia en lo más mínimo! Ese es nuestro principal descubrimiento: que existen

modos, pautas o diseños vocales. Aunque el criminal cambiara de voz varias veces, no podría ocultar sus características específicas.

-Pero todavía sabemos poco sobre límites de modificación vocal --objeto Roitman-. Contando por microentonaciones, quizá. Los límites son muy amplios.

Era fácil dudar si la voz, oída era o no la misma, pero en los trazados las variaciones de frecuencia y amplitud mostraban diferencias claras y precisas. (La máquina que usaban era muy primitiva, capaz de discriminar sólo pocas frecuencias, y su índice de amplitud consistía en borrones ilegibles. Pero no había, sido pensada para un trabajo de tan vital importancia).

De los cinco sospechosos se podía eliminar a Zavarzin y Siagovity sin vacilar (siempre que la futura ciencia permitiese sacar conclusiones de una sola conversación). Tras algunas dudas, decidieron eliminar también a Petrov --Rubín, en su entusiasmo, ya lo había descartado desde el principio-. Pero las voces de Volodin y Shevronov se parecían a la del criminal en frecuencia básica de tono y tenían ciertos fonemas en común con ella: a, r, l y sh, siendo asimismo similares en el modo general de expresarse.

Ahí mismo, con esas voces similares, es cómo la ciencia de la fonoscopia debía haber sido perfeccionada, mejorando sus técnicas. Únicamente basándose en esas pequeñas diferencias podía llegarse alguna vez a un equipo más sensible. Rubín y Roitman se apoyaron en los respaldos de sus sillas con la satisfacción de inventores triunfantes. Imaginaron el sistema que algún día se adoptaría, similar a las huellas digitales: una completa audio-biblioteca, con la voz de toda persona que alguna vez hubiese estado bajo sospecha. Toda conversación criminal sería grabada, comparada y en seguida atraparían al

culpable, como un ladrón que deja huellas en la puerta de la caja fuerte.

Pero en ese momento el edecán de Oskolupov abrió la puerta unos centímetros y les avisó que su jefe se acercaba.

Dejaron de soñar despiertos. La ciencia era la ciencia, pero ahora era necesario formular conclusiones generales y defenderlas ante el jefe de sección.

En realidad, Roitman creía que ya habían logrado mucho y, sabiendo que a los jefes no les gustan las hipótesis sino las certidumbres, cedió al deseo de Rubín y consintió en eliminar toda sospecha de la voz de Petrov, y en informar con firmeza al teniente general que sólo Shevronok y Volodin seguían en estudio, y que al día siguiente era necesario obtener más grabaciones de sus voces.

-En conjunto -dijo Roitman, pensativo- nosotros dos no debemos descuidar la psicología. Tenemos que imaginarnos qué clase de persona decidiría hacer una llamada así. ¿Qué motivos tendría? Y luego comparamos nuestras conclusiones con lo que sabemos de los sospechosos, haciendo las preguntas debidas para que en adelante a los fonoscopistas nos den, no sólo la voz y el apellido del sospechoso, sino datos concisos de su ambiente, ocupación, modo de vida y quizá toda una biografía. Me parece que, incluso, ahora podría hacer una especie de retrato psicológico de nuestro criminal.

Pero Rubín, que anoche mismo insistía ante Kondrashev-Ivanov en que el conocimiento objetivo no tiene contenido emocional, ya se inclinaba hacia uno de los dos sospechosos, y por ello protestó:

-Ya tomé en cuenta los factores psicológicos y parecerían indicar que el criminal es Volodin. En su conversación con su mujer se lo oye apagado, oprimido, incluso apático, todo lo cual sería típico de un criminal que teme ser descubierto. Y en las alegres tonterías

dominicales de Shevronok no hay nada por el estilo. Pero no valdríamos nada si al principio basáramos nuestra opinión, no en los materiales objetivos de nuestra ciencia, sino en consideraciones exteriores. Ya tengo bastante experiencia en trabajos con huellas vocales, y tiene que creerme cuando le digo que innumerables signos indefinibles me dan la convicción absoluta de que Shevronok es el criminal. No tuvo tiempo de medir todas esas indicaciones en el trazado y traducirlas a términos numéricos por falta de tiempo -el filólogo nunca tenía tiempo para eso-. Pero si ahora me agarraran del cuello y me intimaran a mencionar un nombre, seguro de que es el criminal, nombraría a Shevronok casi sin vacilar.

-Pero no vamos a hacerle eso -objetó Roitman con suavidad-. Veamos las medidas, traduzcámoslas a términos numéricos y entonces hablaremos de nombres.

-¡Pero piense cuanto tiempo llevará eso; después de todo, *esto es urgente!*

¿Y la verdad ?

-¡Mire usted mismo, mire aquí! -y levantando los trazados, al mismo tiempo que dejaba caer sobre ellos más y más ceniza, Rubin trató de demostrar la culpabilidad de Shevronok.

Así los encontró Oskolupov, quien se acercó dando pasos lentos y poderosos con sus cortas piernas. Lo conocían bastante para saber, por el ángulo del gorro y la mueca del labio superior, que estaba enormemente disgustado.

Se levantaron de un salto; él se sentó en un extremo del sofá y se metió las manos en los bolsillos, hasta el fondo.

-¡Bueno! -ladró como si fuera una orden.

Rubín mantuvo un silencio cortés, dejando a Roitman hacer el informe.

Mientras hablaba Roitman, la cara de mejillas flaccidas de Oskolupov expresaba profunda absorción, sus párpados cayeron somnolientos y ni se dignó examinar las muestras que le ofrecían.

Rubín sentía turbación. A pesar de las palabras exactas del inteligente Roitman, pensó que había perdido la obsesión, la inspiración que lo llevaran a investigar. Roitman terminó diciendo que Shevronok y Volodin estaban bajo sospecha, pero eran necesarias nuevas grabaciones de sus voces antes de llegar a una opinión definitiva. Miró a Rubin y agregó:

-Pero parece que Lev Grigorich quiere agregar o corregir algo.-

-Para- Rubín, Foma Oskolupov no era más que un imbécil. Pero también era un alto funcionario del gobierno y como tal representaba las fuerzas progresistas a las que él estaba dedicado. Por eso habló con energía, blandiendo los trazados y el álbum. Rogó al general su comprensión: aunque subsistía una doble posibilidad, tal ambigüedad no era en absoluto típica de la ciencia fonoscópica y se debía a la falta de tiempo para formar juicio definitivo, hacían falta más grabaciones, pero hablando de la impresión personal de Rubin, entonces.

El jefe ya no parecía dormido. Frunció el ceño con desdén -y, sin esperar a que Rubin terminara, dijo:

-¡Las viejas adivinan el porvenir con porotos! ¿Para qué quiero su "ciencia"? Lo que necesito es agarrar al criminal; Quiero una respuesta sensata: ¿el criminal está aquí, sobre la mesa, lo tienen es algo definido, están seguros de que no camina libre por ahí, hay alguien más aparte de estos cinco?

Los miró con los ojos entrecerrados, rígidos frente a él, con los brazos pegados al cuerpo. Las tiras de papel escapaban hasta el suelo de las manos pendientes de Rubin. A sus espaldas, Smolosidov se inclinaba sobre el grabador como un dragón negro.

Rubín se desplomó por dentro. Había hablado en general, no en particular.

Roitman, más acostumbrado a los modales de los jefes, habló con todo el valor que le fue posible.

-Sí, Foma Guríanovich. Yo, claro, nosotros seguramente. .. estamos convencidos de que está entre esos cinco. (¿Qué otra cosa podía decir?) Oskolupov bizqueó con un ojo.

-¿Son *responsables* de lo que dicen ?

-Sí. . . nosotros. . . somos responsables. Oskolupov se levantó pesadamente del sofá.

-Escuchen bien: yo no los obligué a hablar. Ahora voy a informar al ministro. ¡Arrestaremos a los dos hijos de perra!

Lo dijo de tal modo, con mirada tan hostil, que bien pudieron imaginarse que iban a ser ellos los arrestados.

-Un momento -objetó Rubin-. Dénos un día más para tener pruebas completas.

-Cuando empiece el interrogatorio ya podrán poner un micrófono en el escritorio y pasarse tres horas grabando, si quieren.

-¡Pero uno de ellos no es culpable! -exclamó Rubin.

-¿Cómo qué no es culpable ? -preguntó Oskolupov atónito, abriendo mucho sus ojos verdes-. ¿No es culpable de nada, en absoluto? Las organizaciones de seguridad ya encontrarán algo, como siempre.

Se fue sin una sola palabra de aliento para los pioneros de la nueva ciencia. Era su forma de gobernar: para que sus subordinados rindieran más, nunca los elogiaba. Ni siquiera era un estilo personal sino que descendía en línea directa de *El*.

Pero, con todo, resultaba penoso.

Volvieron a sentarse en las mismas sillas donde acababan de soñar con el gran futuro de la ciencia recién nacida. Y no hablaron.

Como si estuviera pisoteada la delicada estructura que habían levantado, como si la fonoscopía no fuera una ciencia. Si era posible arrestar a dos en lugar de uno, ¿por qué no arrestar a los cinco, para estar completamente seguro ?

Roitman tuvo aguda conciencia de lo precario que era el futuro del nuevo grupo y, recordando que la mitad del Laboratorio de Acústica había sido dispersada, volvió a sentir, como anoche, la fría hostilidad del mundo y su propia soledad. Rubin, libre del ímpetu creador, sintió alivio indirecto: lo rápido de la decisión de Oskolupov probaba que todos los hombres habrían sido arrestados sin la complicidad de Rubin ni de la fonoscopía: por lo menos, había salvado a tres hombres.

La pasión de servir que lo consumiera durante tantas horas estaba extinguida. Recordó que le dolían el hígado y la cabeza, que se le caía el pelo, que su esposa envejecía, que le quedaban más de cinco años de sentencia y que "ellos" seguían cometiendo errores. Ahora habían difamado a Yugoslavia.

Pero ninguno dijo lo que pensaba; siguieron sentados sin hablar.

Tras sus nuca, Smolosidov tampoco hablaba.

El mapa de China de Rubin estaba prendido en la pared, con las áreas comunistas coloreadas a lápiz rojo.

Era lo único que lo alegraba. A pesar de todo, a pesar de todo, triunfaremos. . .

Un golpe en la puerta; llamaban a Roitman para ver que los empleados libres del Laboratorio de Acústica concurrieran a la conferencia de un visitante. Después de todo, era lunes: el único día dedicado a doctrina política.

NO, TU NO

Todos los asistentes a la conferencia se aferraban a la esperanza de que terminase pronto. Todos habían salido de casa a las siete u ocho de la mañana en tranvías, ómnibus o trenes. Pero ya era casi imposible que volvieran antes de las nueve y media de la noche.

Simochka deseaba todavía más que los otros que la conferencia terminase, aunque debía quedarse como funcionaria de guardia y no le importaba llegar a casa. Cálidas oleadas de miedo y esperanzada alegría la atravesaban por turno, y tenía las rodillas tan débiles como si hubiera bebido champán. Hoy era aquella misma noche de lunes que ella citó a Nerzhin. No podía dejar que este eminente y solemne momento de su vida la tomara desprevenida y, por eso, había vacilado dos días antes. Pero ayer y hoy los había pasado como en vísperas de una gran fiesta. Urgió a la modista para que terminara un vestido, que le quedaba muy bien. Se había bañado a fondo en una bañera de estaño, aislada en su cuarto de Moscú. Por la noche se colocó rulos y por la mañana los desenrolló y peinó largamente; se había contemplado sin cesar frente al espejo, volviendo la cabeza a un lado y otro, tratando de convencerse de que vista desde cierto ángulo era de veras atrayente.

Debía verse con Nerzhin a las tres de la tarde, en seguida después de la hora libre, pero Gleb volvió tarde de almorzar, desafiando las órdenes (tenía que hablarle de eso hoy; ¡que tuviera cuidado!), y, mientras tanto Simochka fue enviada con otro grupo a la interminable tarea de contar y recoger repuestos. Volvió a Acústica

muy poco antes de las seis y otra vez no pudo ver a Gleb, aunque su escritorio estaba cubierto de revistas y carpetas y la luz encendida. Tuvo que ir a la conferencia sin verlo, pero también sin enterarse de la horrible noticia: ayer le habían permitido una entrevista con su esposa, que llevaba un año sin verla.

Gracias a su escasa estatura, le fue fácil encontrar asiento en una de las filas repletas; rodeada por los otros resultaba invisible. Las mejillas se le ponían cada vez más rojas mientras miraba las agujas del gran reloj eléctrico. Poco después de las ocho estaría sola con Gleb.

Cuando la conferencia terminó y todos pasaron corriendo por el vestuario del segundo piso, Simochka acompañó a sus amigos para despedirse. Todo era ruido y confusión, los hombres se ponían a prisa sus abrigos y encendían cigarrillos para el camino de vuelta, las muchachas, se apoyaban en la pared, haciendo equilibrio primero sobre un pie y luego sobre el otro mientras se calzaban los chanclos. Pero, a pesar de su ansiedad por irse, todas encontraron tiempo para examinar el vestido nuevo de Simochka, admirarlo y hablar de todos sus detalles. Era un vestido marrón, diseñado y ejecutado con pleno conocimiento de lo malo y lo bueno que tenía su silueta; la parte superior, cortada como una chaqueta, se ajustaba a la angosta cintura y formaba tablas amplias sobre el busto. Bajo la cintura, para hacerle caderas más anchas, la falda tenía dos volados, uno brillante y uno opaco, que se movían al caminar. Los brazos delgados se volvían casi etéreos en las mangas transparentes, llenas en los hombros y ajustadas en las muñecas. Y en la garganta un detalle encantador e ingenuo: una ancha franja de la misma tela, cosida como una larga corbata, con las puntas atadas en moño de graciosas vueltas, como alas de una mariposa parda y plateada.

En este medio, llevar un vestido flamante de Año Nuevo al trabajo podía despertar sospechas; les dijo a las chicas que iba directamente a un cumpleaños en casa de su tío; una fiesta con mucha gente joven.

Todas expresaron su cálida aprobación del vestido, le dijeron que le quedaba "sencillamente hermoso" y le preguntaron dónde había conseguido la tela.

En el último instante Simochka perdió su decisión y no volvió al laboratorio.

Pero a las ocho menos dos minutos, el corazón latiendo a prisa - aunque los cumplidos le habían dado valor- entró en Acústica. Los prisioneros ya entregaban los materiales que se guardaban en la caja fuerte de acero. Más allá del espacio del centro que aparecía medio desnudo, por haber sido quitado el "vo-en-cla", vio el escritorio de Nerzhin.

Se había ido (¿no podía haber esperado?). La luz estaba apagada, el escritorio cerrado con llave, los materiales entregados. Una cosa era insólita: la parte central del escritorio no estaba ordenada, como ocurría en general cuando Gleb se ausentaba pensando volver. En ella había, abiertos, un diccionario y una revista americana de gran formato: podía ser una señal secreta para ella "vuelvo pronto".

El asistente de Roitman le dio las llaves del laboratorio y los sellos (los laboratorios se sellaban, toda las noches). Simochka temió que Roitman deseara ver de nuevo a Rubín y entrara en Acústica en cualquier momento. Pero no, allí estaba, con el sombrero puesto, colocándose los guantes de cuero y urgiendo a su asistente para irse. Parecía de mal humor.

-Bueno, Serafina Vitalievna, usted queda a cargo -le dijo al salir.

El prolongado clamor de la campana eléctrica resonó en todos los pasillos y salas del instituto. Los prisioneros iban a cenar. Simochka, seria, caminó por el laboratorio mientras los últimos pasaban. Cuando no sonreía tenía un aspecto severo y poco atrayente, debido, en especial, a su nariz puntiaguda y un poco larga.

Estaba sola.

¡Ahora él podía venir!

Pero siguió caminando y estrujándose los dedos. ¡Qué horrible coincidencia! Las cortinas de seda que siempre cubrían las ventanas habían sido quitadas para lavarlas y tres ventanas quedaban desnudas e indefensas. Todo el cuarto -excepto muy al fondo- podía ser visto por cualquiera escondido en la oscuridad del patio. Y la pared que limitaba a éste no estaba lejos y en línea recta con la ventana junto a la cual trabajaban ella y Gleb, estaba la torre de guardia, cuyo centinela podía mirar y ver todo.

¿Apararía todas las luces? La puerta estaba cerrada con llave, de modo que todos creerían que el oficial de guardia se había ido.

¿Y si trataban de abrir la puerta a la fuerza, o encontraban una llave?

Fue hasta la cabina acústica, sin relacionar claramente su acción con el hecho de que la mirada del centinela no podía llegar allá. A la entrada del pequeño cubículo se apoyó en la puerta sólida y pesada y cerró los ojos. No entraría sin él. Quería que la trajera, que la arrastrara, que la llevara en brazos. Sabía de oídas todo lo que debía suceder, pero no tenía ideas claras. Cada vez estaba más nerviosa y le ardían más las mejillas.

Lo que había conservado tanto tiempo ya era una carga.

¡Sí! Deseaba fervientemente tener un hijo y criarlo sola hasta que Gleb estuviera en libertad. No eran más que cinco años.

Se llegó a su silla giratoria amarilla con el respaldo cóncavo y la abrazó como a una persona.

Miró por la ventana y presintió la presencia de la torre de guardia en la oscuridad, coronada por el centinela y su rifle, oscuro símbolo de todo lo que se oponía al amor.

Los pasos firmes y rápidos de Gleb resonaron en el pasillo. Simochka corrió hasta su escritorio, se sentó, dio vuelta un amplificador de tres etapas con las válvulas a la vista y lo estudió, destornillador en mano. El corazón parecía latirle dentro de la cabeza.

Nerzhin cerró la puerta sin ruido, para que en el pasillo no oyeran nada. A través del espacio que había ocupado la instalación de Prianchikov vio desde lejos a Simochka, acurrucada tras el escritorio como una codorniz tras una mata. Era el nombre que prefería darle: "pequeña codorniz".

Se le acercó a prisa para decirle lo que tenía que decirle y rematarla de un solo tiro: el golpe de gracia. Ella lo miró con ojos radiantes.. . para quedar paralizada casi al instante. Su expresión era sombría y lejana.

Hasta que entró, había estado segura de que lo primero que haría era besarla, contra su voluntad: después de todo las ventanas estaban descubiertas y el centinela alerta. Pero no vino corriendo al escritorio sino que fue él quien dijo, triste y severo:

-No hay cortinas; no puedo acercarme más. ¿Cómo estás? -y no se apartó de su propio escritorio, en el que apoyaba las manos, mirándola como un fiscal-: Si nadie viene a molestarnos, tenemos que hablar de algo importante.

Ella dice: -¿hablar? H-a-b-l-a-r..

Abrió el escritorio; las tablas crujieron al ir subiendo. Sin mirarla sacó varios libros, revistas y archivos: el camuflaje que ella conocía tan bien. Sus movimientos eran rápidos y precisos.

Ella no se movió ni abandonó el destornillador, sin dejar de mirarlo a la cara, desprovista de expresión. Decidió que cuando Gleb fue llamado para ver a Yakonov el sábado habría ocurrido algo malo, que lo molestaban o lo trasladarían pronto. Pero si era eso ¿por qué no se acercaba a besarla?

-¿Ha pasado algo? ¿Qué sucede? -le preguntó con voz ahogada.

El se sentó, los codos sobre una revista abierta, la cabeza entre las manos, los dedos extendidos formando un segundo cráneo. La miró, directo y duro.

El silencio era mortal. Ningún ruido les llegaba desde afuera.

Los separaban dos escritorios iluminados por cuatro lámparas grandes y dos chicas, y en línea directa con el centinela curioso de la torre. Su mirada era una cerca de alambre tejido que caía entre los dos.

-Simochka -dijo Gleb- sería terrible que yo no te confesara algo.

--No supe lo que hacía. No pensé.

-Ayer vi. . . a mi mujer. Tuvimos una entrevista.

-¿Entrevista?

Simochka se hundió en la silla. Se hizo todavía más pequeña. Las alas de mariposa de su vestido- cayeron sin vida sobre el chasis de aluminio del amplificador y preguntó con voz quebrada:

-¿Por qué no me lo dijo usted el sábado?

-¡Qué piensas, Simochka! -Gleb se horrorizó-. ¿Crees de veras que iba a ocultártelo?

(¡Y por qué no! -pensó ella.)

-Lo supe ayer de mañana. Fue algo inesperado. Hacía un año que no nos veíamos. .. como tú sabes. Pero ahora que nos hemos visto de nuevo... después de nuestro encuentro. . . -la voz sonaba atormentada: comprendió lo que ella sentía al escucharlo- ... yo la quiero sólo a ella, la seguiré queriendo; sabes que en el campo de prisioneros me salvó la vida. Sacrificó toda su juventud por mí. Dijiste que me esperarías, pero es imposible. debo volver con ella. No podría causarle ...

Debió callar entonces El disparo contenido en su voz ronca de esfuerzo ya había dado en el blanco. Simochka no lo miraba más. Se desplomó por completo; su cabeza golpeó las válvulas y condensadores del amplificador. El dejó de hablar y escuchó sollozos tan callados como respiraciones.

-¡Por favor, Simochka, no llores, mi pequeña codorniz! -le pidió con ternura, a una distancia de dos escritorios y sin moverse de su lugar.

El llanto de ella casi no se oía; su cabeza caída y la raya del pelo estaban frente a él. Si hubiese tenido que vencer una resistencia, enojo, una acusación, le habría contestado con firmeza, partiendo aliviado. Pero su aire indefenso le atravesó el corazón de remordimientos.

-Mi pequeña codorniz -murmuró inclinándose-. No llores, por favor, por favor Es culpa mía, te hice mucho daño, ¿pero qué podía hacer? ¿Qué puedo hacer?

Él también estaba a punto de llorar al ver las lágrimas de la que abandonaba para que sufriera sola. Pero la posibilidad de hacer llorar así a Nadia le resultaba del todo inconcebible.

Tenía los labios y las manos después de la cita de ayer y no podía ni siquiera pensar en aproximarse a Simochka, en tomarla en sus

brazos, en besarla. ¡Por suerte habían sacado las cortinas! Siguió pidiéndole que no llorara, pero ella también siguió llorando.

Por fin dejó de intentar calmarla y encendió un cigarrillo: el último recurso de un hombre en situación intolerablemente estúpida. En su interior se impuso la agradable convicción de que nada de esto importaba de veras; todo pasaría.

Se volvió y fue hacia la ventana, apoyando la frente y la nariz en el vidrio y mirando en dirección al centinela. Cegado por las luces del patio no pudo distinguir la torre, pero aquí y allá, en la distancia, brillaban lucecitas que parecían convertirse en vagas estrellas al alejarse y ascender; el reflejo blancuzco de la capital ocupaba un tercio del cielo.

Abajo, en el patio, comenzaba el deshielo.

Simochka levantó la cabeza y Gleb la miró, pronto a moverse.

Las lágrimas, habían dejado surcos en sus mejillas; no se las enjugó. Los ojos muy abiertos, irradiaban sufrimiento, y eran hermosos: Miró a Gleb, una sola pregunta insistente reflejada en ellos, pero no dijo nada. Él, incómodo, explicó:

-¡Me ha dado toda su vida! ¿Quién mas lo hubiera hecho? ¿Estás segura de que *tu*...?

-¿No están divorciados? -preguntó ella con claridad. Por instinto había dicho lo esencial, pero no quiso decirle lo que había sabido ayer.

-No.

-¿Es hermosa? -no dijo más; las lágrimas todavía mojaban su rostro insensible.

-Sí, para mí, sí. . .

Ella suspiró y se lo confirmó a si misma con un ademán; la superficie de los tubos de radio, pulida como espejo, la veía como unas manchas.

-Bueno, si es hermosa no va a esperarte declaró con voz triste y clara.

Esa mujer -que ya no era un espectro ni un nombre vacío- ¿por qué había insistido en la visita? ¿Qué insaciable codicia la hacía desear a quien nunca podría pertenecerle ?

Ella no podía concederle a esa mujer invisible ninguna prerrogativa de esposa. Una vez, hace mucho, había vivido con Gleb por poco tiempo, pero de eso hacía ocho años. Desde entonces Gleb, había hecho la guerra, estado en la cárcel y ella, claro, vivió con otros hombres. Ninguna mujer joven, hermosa y sin hijos iba a esperar ocho años. Y después de todo, ni en la visita de ayer, ni después de un año, ni de dos, él podía ser de ella. Pero sí podía pertenecer a Simochka, que hoy estuvo a punto de ser su esposa...

-No lo va a esperar -repitió. La predicción lo irritó.

-Ya me esperó ocho años -objetó, pero su tendencia al análisis lo obligó a añadir-: Claro que estos últimos años serán más difíciles.

-No lo va a esperar -reiteró ella en un murmullo y se secó las lágrimas, ya casi secas de todos modos, con el dorso de la mano.

Nerzhin se encogió de hombros y mirando por la ventana las luces esparcidas respondió:

-¡Bueno, no me esperará! ¿Y qué? Suceda lo que suceda, no quiero darle ningún motivo para hacerme reproches.

Apagó el cigarrillo; Simochka suspiró otra vez, profundamente. Ya no lloraba. Tampoco sentía el menor deseo de seguir viviendo. Obsesionado por su idea, él continuó:

-Simochka, yo no me considero una buena persona. Cuando pienso en las cosas que hice -como todos- en el frente alemán, comprendo que no soy bueno. Y ahora contigo. . . Pero así aprendí a portarme en lo que llaman la Vida normal. No tenía idea de lo que

eran el bien y el mal; lo que me dejaban hacer me parecía perfecto. Pero cuanto más me hundo en este mundo inhumano, cruel, más me acerco a los que, aun en un mundo así, le hablan a mi conciencia. ¿No me esperará? ¡Muy bien, qué así sea! Que yo muera sin sentido en la taiga de Krasnoiarsk. Pero si cuando uno muere sabe que no fue del todo un canalla, por lo menos tiene esa satisfacción.

Se había embarcado en uno de sus temas favoritos y podría haber seguido mucho tiempo, máxime no teniendo otra cosa que decir.

Pero ella apenas escuchaba el sermón. Le parecía que él seguía hablando únicamente de sí mismo. ¿Y qué le sucedería a ella? Imaginó con horror su vuelta a casa: unas palabras murmuradas a su madre, siempre inoportuna; luego arrojarse en la cama... esa cama donde se había dormido cada noche, durante meses, pensando en él. ¡Qué vergüenza, qué humillación: y pensar cómo se había preparado para esta noche, bañado y perfumado!

Pero si una visita en la prisión, media hora bajo vigilancia contaba más que la proximidad de meses, ¿qué podía hacer ella?

La conversación terminó. Todo había sido tan repentino, sin aviso, y nada podía amortiguar el choque. No le quedaba esperanza. Sólo podía meterse en la cabina, llorar un poco más y tratar de sobreponerse.

Pero no tenía fuerzas para despedirlo ni para irse. Era la última vez que estarían juntos, aunque no los uniese nada más fuerte que una tela de araña.

Nerzhin dejó de hablar cuando vio que no lo escuchaba, que no necesitaba sus explicaciones sublimes. Siguieron sentados un rato, en silencio. Luego el silencio y la inmovilidad empezaron a fastidiarlo.

Hacía ya muchos años que vivía entre hombres y cuando ellos tenían que decir algo, lo decían sin perder tiempo. Una vez dicho todo, agotado el tema, ¿a qué venía quedarse allí sin abrir la boca? ¡Estúpida terquedad de mujer! Para que ella no se diera cuenta de que miraba al reloj de pared, lo hizo sin mover la cabeza. No eran más que las nueve menos veinticinco.

Pero sería de una dureza terrible levantarse y utilizar el resto del descanso en dar un paseo. Tenía que seguir aquí hasta que sonará la campana.

¿Quién estaría de guardia esta noche? Shusterman, sin duda. Y por la mañana el teniente primero.

Simochka se doblaba sobre el amplificador, sacaba tubos de su lugar y volvía á colocarlos, sin saber lo que hacía. Nunca había entendido nada de este amplificador y ahora entendía todavía menos.

La mente de Nerzhin necesitaba actividad, movimiento. Todas las mañanas anotaba los programas de radio en un trocito de papel que colocaba bajo el tintero. Ahora leyó:

20:30 - C. y b.r. (Obj.)

Lo que significaba canciones y baladas rusas interpretadas por Obujova. ¡Un acontecimiento poco frecuente! Y a una hora sin canciones, de Padres, de Conductores más sensibles, de los Hombres más sensibles. ..

A su izquierda y a su alcance había una radio con el dial limitado a los tres programas de Moscú, regalo de Valentulia. ¿La encendería? El concierto ya había empezado. A fines de este siglo Obujova sería recordada como ahora se recuerda a Chaliapin. Y somos sus contemporáneos. Miró de reojo a la muchacha inmóvil y con un movimiento furtivo conectó el aparato en el mínimo de volumen.

En cuanto las lámparas se calentaron, se escuchó música en instrumentos de cuerdas y luego la voz grave y apasionada de Obujova inundó el cuarto:

*"No, no es a ti que amo apasionadamente,
No es para mí tu belleza radiante. . ."*

¡Tenía que ser esa canción. . . como adrede! Buscó la perilla para apagar la radio sin ser notado. Simochka tembló y miró atónita el aparato.

".. .¡y la juventud, mi juventud perdida!"

Las inimitables notas graves de Obujova temblaron ardientes.

-No lo apague -dijo ella de repente-. Ponga más fuerte.

Obujova cantaba "juven-tuuud" con modulación larga y sostenida. Luego su voz se quebró y las cuerdas sonaron desesperadas. La voz resurgió en luctuoso vals:

"Cuando a veces te miro..."

Nerzhin hubiera dado cualquier cosa por no aumentar el volumen, pero no lo disminuyó a tiempo. ¡Qué cosa más patética! ¿Qué ley de probabilidades hizo que esas palabras salieran de la radio en esa ocasión ?

Simochka descansó las manos en el amplificador y mirando la radio empezó a llorar otra vez, con llanto fácil y abundante, sin sollozar ni temblar.

Cuando la canción terminó, Nerzhin aumentó el volumen. Pero la siguiente no era mejor:

"Me olvidarás pronto. . ."

Y Simochka lloraba. Ese era el castigo de Nerzhin: tenía que oír a Obujova cantar todos los reproches no expresados por Simochka. Cuando la canción terminó, la voz fatídica, misteriosa, regresó una vez más, ensañándose en la herida abierta:

*"Cuando me digas adiós
Envuélveme fuerte en mi chal".*

-Perdóname -dijo Gleb, deshecho.

-Ya me pasará -respondió ella tratando de sonreír, pero sin dejar de llorar.

Era extraño: el canto de Obujova los iba aliviando. Diez minutos antes estaban tan separados que ni siquiera podían decirse adiós. Ahora los acompañaba algo suave y balsámico.

En ese momento Simochka se presentaba a la vista, de tal modo, con la luz brillando sobre ella, que -como toda mujer en algún instante- parecía bonita de veras.

Nueve hombres de cada diez se hubieran burlado de él por renunciar. . . después de tantos años de privaciones. ¿Quién podía obligarlo después a casarse con ella? ¿Qué podía impedirle seducirla ahora, mismo?

Pero se sentía feliz de no haberlo hecho. Estaba conmovido. ... como si la gran decisión fuera de otro.

Obujova seguía cantando, atormentando el corazón:

*"Todo es feo, todo es horrible,
Sigo sufriendo por él. . ."*

¡Nada tenía que ver la ley de probabilidades! Era que todas las canciones -hace mil años, hace cien años, o dentro de trescientos- giraban y girarían siempre alrededor de lo mismo. Las despedidas necesitan canciones. ¡Los encuentros no las necesitan; hay cosas mejores para hacer!

Se levantó, se acercó a ella y, sin pensar en el centinela, le tomó la cabeza con las manos, se inclinó y le besó la frente.

El minuterero dio otro salto.

-¡ A lavarte la cara, querida! En seguida llegarán los prisioneros. Ella se sobresaltó y miró su reloj. Luego alzó las cejas leves, como si acabara de comprender por primera vez lo ocurrido, y obedeció triste, encaminándose a la pileta del rincón.

Otra vez Nerzhin apretó la frente contra el vidrio y trató de ver algo en la oscuridad de la noche. Y, como ocurre a menudo cuando uno mira largo rato luces diseminadas en el cielo nocturno, pensando en sus cosas, ya no vio las luces suburbanas de Moscú sino significados y formas que nada tenían que ver con ellas.

ABANDONAD TODA ESPERANZA LOS QUE AQUÍ ENTRAIS

El día transcurrió sin novedades. Aunque Innokenty todavía sentía un poco de ansiedad -que sería más por la noche, lo sabía- se aferraba al equilibrio conquistado después del mediodía. Pero tenía que esconderse en el teatro esta noche, para que cada llamada a la puerta no lo hiciera temblar de miedo.

Sonó el teléfono poco antes de salir para el teatro; Dotty, acalorada y encantadora, salía del baño con su gorra de goma, bata y zapatillas.

Innokenty, de pie, miraba el teléfono con la misma, desconfianza que un perro mira a un erizo.

-¡Contesta, Dotty! Yo no estoy y no sabes cuándo vuelvo. Que se vayan al diablo: quieren arruinarnos la noche.

Sosteniendo la bata con una mano, Dotty fue a contestar.

-Hola..., no está en casa... ¿quién, quién? -y de repente su expresión se hizo cordial-. hola, Camarada General. . . sí, voy a ver - tapó el auricular y agregó-: Es el general. Parece de buen humor.

Innokenty dudó. Un jefe amable llamando personalmente de noche.. .

Su esposa notó la vacilación.

-Un momento. . . abren la puerta y quizás sea él. . . sí, ¡Inno! No te saques el abrigo y ven pronto que el general quiere hablarte.

Aunque Dotnara nunca había estudiado arte dramático, como decía su hermana Dinera, era una actriz nata en la vida real. Por más desconfiada y recalcitrante que fuese la persona al otro lado de la línea, la voz de Dotnara le presentó el cuadro indudable de Innokenty parado en la puerta, pensando si sacarse o no los chanclos, después decidido, atravesando la alfombra y levantando el teléfono.

La voz del general era benévola al informar que por fin habían aprobado el plan de trabajo de Innokenty: volaría a París el miércoles; mañana debería delegar sus obligaciones; y ahora mismo lo necesitaban por media horita para coordinar ciertos detalles. Ya habían mandado un auto a buscarlo.

Innokenty colgó. Respiró profundamente, contento, y cuando el aire salió de sus pulmones pareció llevarse consigo su carga de dudas y temores.

-¡Qué te parece, Dotty, vuelo el miércoles! Y ahora mismo voy a...

Pero Dotty ya se había enterado de todo, escuchando.

-¿Crees que yo soy uno de esos "ciertos detalles"? -preguntó.

-Puede ser. . .

-¿Pero qué les dijiste de mí? -hizo un mohín-. ¿De veras iría Innokenty a París sin su cabrita ? La cabrita tiene tantas ganas de ir, también.

--Claro que irás, pero no ahora. Primero me presentaré, veré cómo están las cosas; me iré acostumbrando.

--¡Pero la cabrita quiere ir ahora mismo! Innokenty sonrió y le apretó los hombros.

-Bueno, trataré. Todavía no se habló de eso y ya veré qué puedo hacer. Pero mientras tanto, no te apures para vestirte. Ya no podremos

ver el primer acto, ni tenemos por qué ver toda Akulina. ¿no? A lo mejor llegamos al segundo. Te llamaré desde el ministerio.

Apenas se había puesto el uniforme, el chófer tocó el timbre. No era Víctor, que lo llevaba casi siempre, ni tampoco Kostia. Este chófer era delgado, de movimientos rápidos y rostro agradable y culto. Bajó la escalera muy contento, al parecer, caminando junto a Innokenty y dando vueltas a la llave del auto pendiente de su llavero.

-No creo recordarlo -le dijo abrochándose el abrigo.

-Pero yo recuerdo hasta su escalera; Vino a buscarlo dos veces

-la sonrisa del chófer era candida y burlona al mismo tiempo.

Sería agradable que un tipo tan vivaracho manejara el auto de uno.

Arrancaron y se acomodó en el asiento trasero. Dos veces el chófer trató de bromear con él por encima del hombro, pero no lo escuchó.

De repente el auto se acercó a una acera y paró junto a ella. Un muchacho de sombrero blando y abrigo ajustado en la cintura, parado en la vereda, levantaba un dedo.

-Es nuestro mecánico del garaje -explicó el amistoso chófer, y empezó a abrir la puerta delantera derecha para que entrara. Pero no se abría; la cerradura parecía trabada. El chófer maldijo hasta los límites convenientes sin muchas ganas y preguntó:

-Camarada Consejero: ¿le permitiría viajar con usted atrás? Es mi jefe estoy en un aprieto.

-Sí, claro -accedió Innokenty. Estaba muy contento; pronto recibiría sus documentos de viaje y su visa, y el peligro quedaría atrás.

El mecánico, un largo cigarrillo en el ángulo de la boca, entró al auto y preguntó, mitad respetuoso y mitad familiar, mientras se dejaba caer el lado de Innokenty:

-¿No tiene inconveniente? -el auto siguió a mayor velocidad.

Por un momento, Innokenty tembló de desprecio mientras pensaba "patán", pero pronto volvió a sus pensamientos sin prestar atención al camino que recorrían.

El mecánico ya había llenado a medias el auto con el humo de su cigarrillo.

-Por lo menos podría abrir la ventana -le dijo Innokenty, alzando una ceja.

Pero el mecánico no entendía de ironías ni abrió la ventana. En cambio, desplomado en su asiento, sacó una hoja de papel de un bolsillo interior, la desdobló y se la entregó a Innokenty.-

-Léame esto, Camarada Jefe. Le daré luz.

El auto subía una calle oscura y empinada, quizás Puscheschnaya.

El mecánico encendió su linterna de bolsillo, enfocando el papel verde.

Innokenty se encogió de hombros, tomó el papel disgustado y empezó a leer descuidado, casi para sí: .

-Yo, Fiscal Asistente General de la U.R.S.S., confirmo.. .

Como todavía seguía en el mundo de sus pensamientos, no comprendía qué le sucedía al mecánico. ¿Era analfabeto, no entendía lo que leía o estaba borracho y quería conversar de hombre a hombre?

-.....orden de arresto -leyó, todavía sin comprender- de Volodin Innokenty Artemievich, nacido en 1919...

Y sólo entonces sintió como si una enorme aguja le traspasara todo su cuerpo a lo largo y un calor abrasara todo su cuerpo, abrió la boca pero ningún sonido salió de ella. Las manos, sin soltar el papel verde, cayeron en su regazo, y el "mecánico" le agarró el hombro cerca de la nuca y tronó amenazadoramente:

-¡Bueno, tranquilo, tranquilo, no se mueva o lo ahogo aquí mismo! Cegó a Innokenty con la linterna y le arrojó humo a la cara.

Aunque acababa de leer que estaba arrestado, y aunque eso significaba la destrucción y fin de su vida, lo que ahora no podía soportar era la insolencia, las garras, el humo y la luz en la cara.

-¡Suélteme! -gritó, tratando en vano de separar los dedos de su hombro. Ahora ya comprendía que se trataba de una auténtica orden de arresto, pero seguía pensando que si lograba vencer la circunstancia adversa de encontrarse en ese auto, junto a este "mecánico", si conseguía huir y llegar a su jefe en el ministerio, el arresto quedaría anulado.

Movió temblando la perilla de la puerta a la izquierda, pero tampoco se abrió; otra cerradura trabada.

--¡Chófer!--exclamó enojado-. ¡Usted va a responder por esto! ¿Qué provocación es ésta?,-gritó enojado.

-Yo sirvo a la Unión Soviética, Consejero -saltó agresivo el chófer.

Obedeciendo las reglas de tránsito, el auto dio toda la vuelta a la bien iluminada Plaza Lubianka, como en una despedida de Innokenty al mundo que dejaba, una última mirada a las Lubiankas nueva y vieja, de cinco pisos, donde su vida debía terminar.

Filas de automóviles se detenían y volvían a andar sujetos a las luces. Trolebuses oscilaban a un lado y otro. Ómnibus tocaban bocinas. Pasaba gente en densos grupos, ignorantes de la víctima arrastrada que iba a su fin ante sus ojos.

Una bandera roja iluminada por un reflector oculto, flameaba en un hueco de la torre con pilares que coronaba el viejo edificio de la Lubianka. Dos náyades de piedra, semi-acostadas, miraban con desprecio a los minúsculos ciudadanos. El auto pasó por la fachada del

mundialmente famoso edificio y entró en la Gran Calle Lubianka. ¡Déjeme! -dijo Innokenty tratando de librarse del "mecánico" otra vez.

Al acercarse el auto se abrieron portones de hierro negro y en cuanto pasó volvieron a cerrarse; el vehículo cruzó bajo un arco negro y se detuvo en un patio.

- Al pasar el arco, el "mecánico" aflojó. En el patio lo dejó libre del todo, abrió la puerta de su lado y dijo sin énfasis:

-Vamos, afuera.

Nadie podía pensar ahora que estaba borracho. El chófer también salió; ahora la cerradura de su puerta funcionaba bien otra vez.

-¡Fuera! ¡Manos a la espalda! -ordenó. ¿Quién hubiera reconocido al reciente bromista en esa frígida orden?

Innokenty salió por la puerta de la derecha del auto-trampa, se enderezó y obedeció, sin saber por qué: puso las manos a la espalda.

Lo habían tratado mal, pero ser arrestado no resultaba tan terrible como se lo imaginara mientras esperaba que sucediera. Incluso sentía cierto alivio. Ya no quedaba nada que temer, nada que pelear, nada que fingir. Sí, un alivio soñoliento y agradable como el que invade el cuerpo de un soldado herido.

Echó un vistazo al patiecito, mal iluminado por una o dos lámparas y alguna ventana con luz. Era el fondo de un pozo, rodeado de paredes.

-¡No darse vuelta!-gritó el chófer-. ¡Marche!

Siguieron en fila, Innokenty al medio; pasaron frente a hombres impasibles de uniforme, luego un arco bajo, unos escalones a otro patio pequeño, oscuro y techado, y doblaron a la izquierda. El chófer abrió una puerta bastante elegante, como la del salón de espera de un doctor eminente. Al otro lado había un vestíbulo chico y limpio,

inundado de luz eléctrica. El piso muy pulido y parejo, atravesado por un camino de alfombra en toda su longitud.

El chófer chasqueó la lengua como llamando a un perro, pero no sé veía ninguno.

El vestíbulo terminaba en una puerta de vidrio, con cortinas desteñidas al otro lado. La puerta estaba reforzada con rejas diagonales, como las verjas cercanas a estaciones de ferrocarril. En la puerta no se leía el nombre de un doctor sino las palabras: *RECEPCIÓN DE ARRESTADOS*.

Hicieron girar la manija de una antigua campanilla. Un momento después un guardia carilargo, con charreteras celestes y franjas blancas de sargento, miró impasible tras la cortina y abrió la puerta. El "chófer" tomó la orden verde del "mecánico" y se la pasó al guardia, quién la miró aburrido, como un farmacéutico soñoliento descifrando una receta y los dos entraron y cerraron la puerta, Innokenty y el mecánico quedaron frente a la puerta cerrada, en profundo silencio.

RECEPCIÓN DE ARRESTADOS; era una chapa parecida a las que decían MORGUE, y ambas significaban lo mismo. A Innokenty no le quedaban ánimos ni siquiera para examinar al insolente de abrigo ajustado que le había hecho toda la comedia. Debía haber protestado, gritado, exigido justicia. Pero ni siquiera recordaba que tenía las manos a la espalda. No podía pensar; sólo mirar, hipnotizado: *RECEPCIÓN DE ARRESTADOS*.

La cerradura se movía un poco. El guardia carilargo les dijo que entraran y los precedió, repitiendo el chasquear del "chófer" para llamar a un perro, pero tampoco aquí los había, y también este vestíbulo estaba tan limpio y bien iluminado como en un hospital.

Había dos puertas pintadas de color aceituna. El sargento abrió una de ellas y volvió a decirles que entraran.

Innokenty entró. Apenas tuvo tiempo de ver que el cuarto no tenía ventanas y contenía sólo una gran mesa sin pulir y un par de taburetes antes de que el "chófer" y el "mecánico" lo inmovilizaron para registrarle los bolsillos.

-¿Qué clase de pistoleros son ustedes? -protestó con voz débil-. ¿Qué derecho tienen? -trató de pelear, sin fuerzas, pero como sabía que no eran pistoleros y que los dos hombres cumplían con su deber, sus músculos perdieron ímpetu y su voz convicción.

Le sacaron el reloj de oro, dos libretas de apuntes, una lapicera de oro y un pañuelo. En sus manos vio unas charreteras, angostas y plateadas como las del servicio diplomático, sin comprender que eran suyas. Siguieron los abrazos de oso. El "mecánico" le entregó su pañuelo.

--Tómelo. No lo quiero con la marca de sus manos sucias -gritó estridente, echándose atrás. El pañuelo cayó al suelo.

--Le darán un recibo por los artículos de valor -aseguró el chófer, y ambos salieron apresurados del cuarto.

El sargento carilargo, en cambio, no tenía prisa. Miró al suelo y dijo: -Yo levantaré ese pañuelo.

Pero Innokenty no se agachó a recogerlo.

-¿Qué han hecho? ¡Me arrancaron las charretas! -estaba furioso. Recién comprendía lo ocurrido, al tocarse los hombros bajo el abrigo.

-Manos a la espalda -dijo el sargento, aburrido-. ¡Muévase! -Y empezó a chasquear la lengua, pero no había ningún perro.

Tras una curva, el corredor desembocaba en otro, flanqueado a ambos lados por muchas puertas color aceituna y muy estrechas, cada una con una chapa ovalada y un número. Cuando doblaron el codo,

una mujer de edad, gastada, con falda y camisas militares, charreteras celestes y franjas azules como las del sargento, espiaba por la mirilla de una puerta. Cuando se acercaron dejó caer sin prisa el metal que cubría la abertura y miró a Innokenty como si ya lo hubiese visto cien veces ese día, y nada tuviera de particular verlo una vez más. Tenía una expresión sombría. Puso una larga llave en la cerradura de la puerta marcada "8", abrió la puerta ruidosamente y le hizo signo de entrar.

Innokenty atravesó el umbral. Antes de que pudiera volverse a pedir explicaciones, la puerta ya estaba cerrada con llave

Aquí tenía que vivir. ¿Un día, un mes, años ? Esto no era un cuarto ni una celda, porque los libros nos han enseñado que una celda debe tener una ventana, aunque sea muy pequeña, y espacio para caminar de un lado a otro. Aquí, no sólo era imposible caminar o acostarse, sino que apenas había espacio para sentarse. Una mesita y un taburete ocupaban casi todo el lugar. Una vez sentado no se podía extender las piernas.

Nada más había en el cubículo. Hasta la altura de su pecho las paredes tenían color y viscosidad de aceite; más arriba todo era muy blanco, paredes y cielorraso, iluminado hasta la ceguera por una lámpara de doscientos wattios que colgaba del cielorraso, metida en una jaula de alambre.

Innokenty se sentó. Veinte minutos antes se imaginaba su llegada a París, su nuevo puesto. Veinte minutos antes toda su vida era un conjunto armonioso, cada evento iluminado con luz pareja por los otros, en orden perfecto, unidos por brillantes éxitos. Pero esos veinte minutos habían pasado, y aquí, en la angosta trampa, toda su vida era un racimo de errores, un negro montón de basura.

Ningún sonido venía del corredor, excepto una puerta o dos cerradas y abiertas cerca. A intervalos de un minuto un ojo indagador lo observaba por el vidrio de la mirilla. La puerta tenía unos siete centímetros de espesor y la mirilla era un cono que abría en el círculo. El prisionero no podía sustraerse a las miradas.

Empezó a sentir un calor sofocante. Se quitó el pesado abrigo de invierno, con una mirada triste a los hilos arrancados que habían sostenido las charreteras del uniforme. La pared, lisa, no tenía clavos y colocó abrigo y gorra en la mesita.

Era curioso que, con su vida destruida por el rayo, no tuviese el miedo paralizante de otros momentos. Empezaba a pensar de nuevo, en sus errores.

¿Por qué no había leído toda la orden? ¿Era legal? ¿Llevaba sello oficial? ¿Estaba firmada por un fiscal? Sí, la firma del fiscal estaba en la parte superior. ¿Firmada en qué fecha? ¿Cuál era la acusación? ¿Sabía todo el jefe cuando lo llamó? Claro que debía hacerlo. Entonces, ¿la llamada era parte del truco? ¿Y por qué toda la comedia con el "chófer" y el "mecánico" ?

Sintió algo pequeño y duro en uno de sus bolsillos y lo sacó. Era un lapicito, caído de la libreta de apuntes. Se alegró de encontrarlo; podría serle muy útil. ¡Qué mal lo registraron! ¡Ni siquiera en la Lubianka había buenos profesionales! ¡No sabían su oficio! Pensando en el mejor lugar para esconder el lápiz, lo rompió en dos y se metió las mitades en sus zapatos, bajo el arco plantar.

¡Qué estúpido había sido al no leer de qué lo acusaban! Posiblemente su arresto nada tuviera que ver con esa condenada llamada telefónica. Podía ser un error, una coincidencia. ¿Qué debía hacer?

Había pasado poco tiempo, pero más de una vez pudo escuchar un ruido de máquina, tras la pared que enfrentaba la puerta. La máquina empezaba, funcionaba y paraba. Se obsesionó tratando de descubrir qué clase de máquina era. Esto era una cárcel, no una fábrica. ¿Qué tenía que hacer aquí una máquina? Para una persona del año 1940, oyendo hablar siempre de métodos mecánicos para matar gente, la idea de una máquina se asociaba de inmediato a imágenes horribles. Le cruzó por la mente el pensamiento --absurdo pero al mismo tiempo con algo de probable- de que oía una máquina para pulverizar los huesos de prisioneros ya muertos. El miedo lo dominó.

Otro pensamiento lo atacó como una mordedura: su peor error, el más espantoso, había sido, no omitir la lectura total de la orden de arresto, sino algo mucho peor: no haber protestado, insistido en su inocencia. Se había sometido al arresto con tal pasividad, que seguramente estarían convencidos de su culpabilidad, ¿Cómo pudo suceder eso?

¿Cómo los dejó arrastrarlo sin declarar su inocencia? Debió parecerles evidente que esperaba el arresto, que estaba preparado para sufrirlo.

Su fatal omisión lo abrumó. Su primer pensamiento fue ponerse de pie de un salto, golpear con los puños en la puerta, patearla y gritar con toda la fuerza de sus pulmones que era inocente, que debían abrirle la puerta. Pero otra idea más sensata prevaleció: esa conducta no sorprendería a nadie aquí, donde muchos otros antes que él habían golpeado y gritado así y que el silencio de los primeros minutos ya había hecho su irreparable daño.

¿Cómo se puso entre las manos de ellos con tanta facilidad? Sin rastro de resistencia, sin decir una palabra, un diplomático de alta jerarquía se había dejado sacar de su propio departamento, de las

calles de Moscú, para eso es ¿qué está insinuando ahí? ser encerrado en esta cámara de torturas.

No había escape. De aquí no se podía escapar.

A lo mejor, su jefe lo esperaba de veras en el ministerio. ¿Cómo llegar hasta él, aunque fuera escoltado; cómo aclarar las cosas? No. Las cosas no iban a aclararse sino a complicarse más y más.

Al otro lado de la pared, la máquina volvió a zumbiar y a detenerse.

Los ojos le dolían por la Luz, demasiado intensa para el cuartucho alto y estrecho, menos de tres metros cúbicos; los descansó fijándolos en la única parte oscura del cielorraso. El cuadradito enrejado era una claraboya, aunque no se imaginaba dónde pudiera dar.

De repente imaginó que no era ninguna claraboya, sino que servía para dar paso a gas venenoso, producido quizás en la máquina zumbadora; que el gas no había dejado de filtrarse desde el momento de su entrada y que un cubículo tan remoto y cerrado, con la puerta tan encajada en el marco, no podía tener otro propósito.

Por eso lo miraban: para ver si todavía estaba consciente o si ya había sucumbido.

¡Con razón eran confusos sus pensamientos! ¡Estaba perdiendo el conocimiento y por eso le faltaba el aire, por eso sentía esos latidos en la cabeza! El gas seguía entrando, sin color ni olor.

Un terror sin mezcla, animal, como el que hace huir a las bestias de presa y a sus víctimas de un incendio en la selva, se apoderó de él; sin ideas ni cálculos, golpeó la puerta con los puños, pateó y gritó a quien fuese: -¡Abrán, abran, me asfixio, aire!

Otra razón para que la mirilla tuviera forma de cono: el puño no podía llegar a romper el vidrio.

Un ojo salvaje, inmóvil, apretado contra el agujerito del otro lado, observaba el fin de Innokemy con malicioso placer.

¡Qué horrible escena! El ojo arrancado, el ojo sin cara, el ojo que resumía todas las expresiones posibles, contemplando su muerte.

No había escapatoria; Innokenty se dejó caer sobre el banquillo; el gas lo ahogaba.

PARA SIEMPRE

De repente y en silencio -aunque se había cerrado con estrépido- la puerta se abrió.

El guardia carilargo entró por el estrecho umbral. Una vez adentro preguntó con voz baja y amenazadora:

-¿Por qué golpea?

Innokenty se sintió aliviado. Si el guardia no tenía miedo de entrar, es que todavía no había gas.

-Me siento enfermo -dijo, inseguro-. Déme un poco de agua.

-Recuerde esto: no debe golpear, por ninguna razón -le advirtió el otro, severo- Si no lo castigarán.

-¿Pero si me siento enfermo, si tengo que llamar a alguien?

-Y no grite. Si tiene que llamar a alguien -explicó con la misma impavidez- espere a que se abra la mirilla y levante un dedo.

Salió y cerró con llave. La máquina funcionó un poco y se paró. La puerta se abrió, esta vez con ruido. Empezó a comprender que los guardias abrían de ésas dos maneras, según lo pidiese la ocasión.

El guardia le alcanzó una taza con agua.

-Escuche -le dijo mientras la tomaba-. Me siento enfermo. Tengo que acostarme.

-Eso no se permite en un "box".

-¿Dónde, en un qué? -quería hablar con alguien, incluso con esta cara de madera, pero ya no había nadie.

-¡Escuche, llame al jefe de la cárcel! ¿Por qué me arrestaron? - se acordó de preguntar en ese momento.

El cerrojo sonó.

Había dicho: en un "box". Esa palabra inglesa significaba "caja": una descripción exacta de la minúscula celda.

Bebió un poco de agua y en seguida dejó de querer beber más. Era una taza no muy grande, de esmalte verde y con un dibujo curioso: un gato con anteojos fingía leer un libro, pero miraba de reojo a un pajarito que, audaz, saltaba cerca. Aunque no había sido elegida para usar en la Lubianka, la decoración resultaba muy apropiada.

El librito era la ley escrita, y el minúsculo gorrión, seguro, de sí mismo, era Innokenty. . . ayer.

Hasta sonrió, y esa misma sonrisa forzada le descubrió en toda su extensión la abismal catástrofe. Pero esa sonrisa también contenía una extraña especie de júbilo: el júbilo de sentir que todavía le quedaba una vibración de vida. Nunca hubiera creído que nadie pudiera sonreír durante su primera media hora en la Lubianka.

(En el "box" contiguo, Schevronok estaba peor que él: en ese momento no podría haberse sonreído del gato).

Innokenty movió su abrigo sobre la mesita y puso la taza al lado.

El cerrojo se movió. La puerta se abrió. Entró un teniente con un papel en la mano. Detrás, la cara lúgubre del sargento.

Vestido con su uniforme gris de diplomático, bordado con palmas doradas, Innokenty se levantó con desenvoltura hacia su encuentro.

-Vea, teniente -dijo con tono familiar-: ¿de qué se trata, qué malentendido hay aquí? Quiero ver ésa orden. Ni la leí.

-¿Apellido? -preguntó el teniente, sin inflexión y mirándolo con ojos de vidrio.

-Volodin -contestó dispuesto a aclarar la situación.

-¿Nombre y patronímico?

-Innokenty Artemievich.

-¿Año de nacimiento? -verificaba las respuestas en la hoja de papel.

-Mil novecientos diecinueve.

-¿Lugar de nacimiento?

-Leningrado.

Llegado el momento de aclarar las cosas, cuando el consejero de segunda clase esperaba una explicación, el teniente salió y le cerraron la puerta al consejero en las narices.

Volvió a sentarse, cerrando los ojos. Empezaba a sentir el inmenso poder del sistema, cuyas mandíbulas mecánicas se cerraban sobre él.

La máquina zumbó y se calló, detrás de la pared.

Pensó en varias cosas que debía hacer, importantes o no; hace una hora eran tan urgentes que todavía quería correr para hacerlas.

Pero en el "box" no había lugar para dar un paso completo, así que correr.

La tapa de la mirilla se movió. Levantó un dedo. La vieja de charreteras celestes, de cara estúpida y pesada, abrió la puerta.

-Tengo que.

-Manos a la espalda, muévase! -le ordenó; obedeciéndola pasó al corredor; comparado con el "box", era un paraíso de frescura. Unos pasos más allá la mujer le indicó una puerta con la cabeza-. Allí. Entró. La puerta se cerró. Salvo el agujero en el piso y los orinales de hierro, el piso y paredes del cuartito estaban cubiertos de tejas rójizas. En el agujero corría el agua.

Contento de escapar por lo menos aquí a la constante vigilancia, se puso en cuclillas, pero algo rozó el otro lado de la puerta. Alzó la vista y vio la mirilla cónica y el ojo implacable observándolo sin

interrupción. Muy molesto, se levantó. Ni siquiera había levantado el dedo para indicar que había terminado, cuando la puerta se abrió.

-¡Manos a la espalda, muévase! -dijo la mujer, imperturbable.

De vuelta en el "box" quiso saber la hora y sin pensar levantó el puño de la camisa, pero el tiempo no estaba más.

Suspiró y empezó a estudiar al gato de la taza, pero no pudo llegar a la meditación. La puerta se abrió. Un nuevo personaje, hombre de grandes facciones y anchos hombros, con guardapolvo gris sobre camisa militar, preguntó:

-¿Apellido?

-¡Ya lo dije! -gritó indignado.

-¿Apellido? -repitió el recién llegado sin expresión en la voz, como un operador de radio llamando a otra estación.

-Bueno. . . Volodin.

-Tome sus cosas y muévase -dijo Guardapolvo Gris, impasible.

Tomó su abrigo y gorra de la mesa y salió. Lo llevaron al mismo cuarto donde le habían arrancado las charreteras, sacándole el reloj y las libretas.

Su pañuelo ya no estaba en el piso.

-¡Mire, se llevaron mis cosas! -se quejó.

-Desvístase -dijo el guardia de guardapolvo gris.

-¿Por qué? -preguntó estupefacto.

El guardia lo miró fijo a los ojos, con una mirada sencilla y dura.

-¿Usted es ruso? -le preguntó con severidad.

-Sí, -Innokenty, siempre lleno de recursos, no supo contestar otra cosa.

-¡Desvístase!

-¿Por qué: los que no son rusos no tienen que desvestirse? - bromeó.

El guardia guardó un silencio pétreo y esperó.

Sonriendo con una mezcla de ironía y desprecio y encogiéndose de hombros, Innokenty se sentó en el taburete, quitándose primero los zapatos, luego su uniforme, que alargó al guardia. Aunque para él su uniforme estaba desprovisto de significados rituales, respetaba la tela bordada de oro.

Tírelo al suelo -dijo Guardapolvo Gris.

Innokenty vaciló. El guardia le arrancó el uniforme de las manos, lo tiró al piso y le gritó otra vez que se desnudara.

-¿Qué quiere decir?

-¡Que se saque todo!

-Eso es imposible, camarada: aquí hace frío.

-Lo desvestirán a la fuerza -le advirtió el guardia.

Lo pensó. Una vez lo habían manoseado y lo harían otra vez. Temblando de frío y repulsión, se quitó la ropa interior de seda y la arrojó dócilmente a la pila.

-¡Saquése las medias!

Sin medias, pisó el piso de madera; sus piernas blancas y lampiñas; tan desnudas como el resto de su sometido cuerpo.

-Abra la boca. Más. Diga "ah". Otra vez. Seguido: "ahhhhh". Ahora levante la lengua.

Separándole las mejillas con sus manos sucias como a un caballo en venta, mirándole bajo los párpados, llegó a la conclusión de que no llevaba nada escondido bajo la lengua, en las mejillas ni en los ojos. Le llevó con fuerza la cabeza hacia atrás para verle el interior de las fosas nasales, le examinó ambas orejas tirando de los lóbulos, le ordenó abrir los dedos para ver si escondía algo entre ellos y agitar los brazos para cerciorarse de que no había nada en las axilas. Luego ordenó con la misma voz mecánica, incontestable.

-Tome el pene con las manos. Dé vuelta el prepucio. Más. Basta. Muévelo derecha arriba, izquierda arriba. Bien. Suéltelo. Póngase de espaldas a mí. Separe bien los pies. Más. Inclínese hasta el piso. Aparte más los pies. Sepárese las nalgas con las manos. Eso es. Bien. Ahora siéntese sobre los talones. Rápido. Otra vez.

Cuando había pensado en la posibilidad de ser arrestado, se imaginó una violenta lucha psicológica, con tensión interna y defensa elevada de sus convicciones y hábitos. Nunca se imaginó que sería tan simple, tan estúpido, tan inevitable. La gente que había visto en la Lubianka, subordinados sin inteligencia, eran indiferentes a su existencia como individuo y a las acciones que lo habían traído aquí. Al mismo tiempo, vigilaban con atención detalles nimios que él no había previsto y contra los cuales no podía luchar. Y aunque pudiera ¿qué significado tendría esa resistencia, para qué le serviría? Cada vez por razones diferentes le pedían que hiciera algo que parecía sin importancia comparado con la gran batalla por venir, y cada vez pensaba que no valía la pena oponerse a algo tan trivial. Pero el efecto total del método era privar por completo al prisionero de su voluntad.

Desanimado, soportó en silencio todas las humillaciones.

El guardia de guardapolvo gris le ordenó sentarse en un taburete cerca de la puerta. No creyó resistir el contacto de su cuerpo con ese objeto frío, pero se sentó y comprobó agradecido que el contacto de la madera era tibio.

Había conocido muchas variedades de intensa satisfacción en su vida, pero ésta era nueva. Cruzó los brazos, juntó las rodillas y se sintió mejor aún.

Siguió sentado mientras el guardia se acercaba a la pila de ropa y comenzaba a sacudir cada prenda, examinándola a fondo y mirándola a la luz. Considerado, dedicó poco tiempo a los calzoncillos y medias; y

un poco más a la camiseta. Arrojó todo a los pies de Innokenty, no sin antes desabrochar las medias de las ligas elásticas y darlas vuelta. Ahora podía empezar a vestirse y entrar en calor.

El guardia sacó un cortaplumas grande con rudo mango de madera, lo abrió y empezó a trabajar en los zapatos. Tirando a un lado con desprecio las dos mitades del lápiz, separó a los zapatos de los chanclos de goma que les cubrían y empezó a doblarlos a un lado y otro, con aspecto de profunda concentración, para descubrir si ocultaban algo duro. Cortando el forro con el cuchillito, extrajo una especie de banda de acero de cada zapato y las puso a un lado sobre la mesa. Con un punzón perforó uno de los tacos.

Mientras lo miraba trabajar, pensó cómo debía aburrirse, año tras año, manoseando ropa interior de otros, cortando zapatos y examinando orificios anales. Con razón tenía una expresión tan lúgubre y desagradable.

Pero la ironía de Innokenty pronto cedió a una melancólica expresión. El guardia quitó todos los bordados de oro de su uniforme, los botones y el forro del fieltro. Dedicó el mismo tiempo a todos los repliegues y costuras del pantalón. Fue aun más diligente con el abrigo porque escuchó un crujido en lo profundo de las hombreras. Había una nota cosida allí, una lista de direcciones, un frasco de veneno? Abriendo el forro registró largo rato sin variar nunca su expresión de profunda concentración, como si estuviera realizando una operación de corazón humano.

Aquello duró mucho, más de media hora. Por fin, ya probado que los chanclos consistían de veras en una capa de goma sin nada en ella -cuando los doblaba, ellos, obedientes, se movían en ambas direcciones- el guardia los arrojó a los pies de Innokenty y reunió sus trofeos: tirantes y ligas. Ambos artículos, como ya le había dicho a

Innokenty, estaban prohibidos en la prisión, lo mismo que la corbata, su traba, los gemelos, las bandas de acero, los trozos de lápiz, los bordados de oro, todas las insignias de rango, las decoraciones del uniforme y casi todos los botones. Eso le permitió entender y respetar el trabajo de destrucción realizado por el guardia. Ni los zapatos cortados, ni el forro arrancado, ni las hombreras asomando a pedazos por las mangas del abrigo, sino verse privado de tirantes y casi todos los botones: eso fue lo que lo afectó más que todas las otras humillaciones de la noche.

--¿Por qué cortó Los botones?

-Están prohibidos:

-¿Y cómo sostengo la ropa?

-Átela con piolín -contestó aquél ceñudo cerca de la puerta.

-¿Qué tontería es ésta? ¿Qué piolín? ¿Dónde voy a conseguirlo?

Cerró con un portazo, sin contestar, y echó la llave..

El no golpeó la puerta ni habló. Comprobó que en la túnica le habían dejado unos cuantos botones, lo que ya era motivo de gratitud. Aprendía pronto.

Sosteniendo los pantalones, acababa de dar la primera vuelta a su nuevo cuarto, contento de su amplitud que le permitía estirar las piernas, cuando la llave volvió a girar en la cerradura y entró un nuevo guardia, de guardapolvo blanco pero sucio. Miró a Innokenty como un objeto familiar, parte del cuarto, y le ordenó abruptamente que se desnudase.

Buscó una respuesta indignada, amenazante, pero todo lo que salió de su garganta atenaceada por la ofensa fue una queja chillona, inconvincente:

--Pero si acabo de... ¿por qué no me dijeron ?

Por alguna razón, ya que el nuevo guardia esperó aburrido e inexpresivo que su orden se cumpliera. Lo que más impresionaba a Innokenty de toda esa gente, era su capacidad para callarse cuando cualquier persona normal tenía que haber dicho algo.

Se adaptó al ritmo de complacencia a toda costa, se desvistió y se quitó los zapatos.

-Siéntese - dijo el guardia, señalando el mismo banquillo de antes.

El prisionero desnudo obedeció, sin pensar por qué. (Iba perdiendo el hábito, propio de seres libres, de pensar sus acciones antes de realizarlas: los otros pensaban por él). El guardia lo tomó rudamente de la nuca y le aplicó la máquina de pelar con mano dura contra el cráneo.

-¿Qué hace? -se estremeció y trató sin lograrlo de apartar la cabeza--. ¿Con qué derecho? Todavía no me han arrestado -quería decir que todavía no lo habían condenado.

Pero el peluquero no lo soltó y siguió pelándolo, Innokenty sintió apagarse su conato de resistencia. Él joven y orgulloso diplomático, tan desaprensivo e independiente, tan acostumbrado a subir escaleras de aviones trascontinentales, tan indiferente al brillo y movimiento de las capitales europeas, era ahora un hombrecito frágil, desnudo y huesudo, con el cráneo a medio pelar.

Su cabello castaño caía blando como la nieve, en puñados tristes y quietos. Tomó un poco y lo frotó con ternura entre los dedos. Se amaba y amaba la vida que iba alejándose de él.

Recordó su convicción de que capitular equivalía a admitir su culpabilidad. Recordó su decisión de resistir, objetar, discutir, pedir una entrevista con su fiscal; pero contra su razón, iban destruyéndole

la voluntad. Experimentaba la dulce indiferencia de un hombre que va helándose hasta morir en la nieve.

Ya pelado, el peluquero le ordenó pararse y levantar primero un brazo y después el otro mientras le afeitaba las axilas. Luego se puso en cuclillas y con la misma máquina le afeitó el pubis. Esto lo tomó de sorpresa y las cosquillas produjeron un estremecimiento involuntario, con la consiguiente reprimenda del barbero. -¿Puedo vestirme? -preguntó, cuando todo había terminado. El peluquero no le contestó, salió y cerró con llave. Esta vez la experiencia le indicó que no se apresurara a vestirse de nuevo. Sintió una desagradable picazón. Se pasó la mano por la cabeza y por primera vez en su vida sintió las extrañas cerdas y los desniveles del cuero cabelludo. Nunca había llevado el pelo tan corto, ni de niño.

Se puso la ropa interior. Cuando comenzaba a enfundarse los pantalones, la cerradura se movió. Otro guardia entró, éste de nariz carnosa y morada y una gran tarjeta en la mano.

-¿Apellido?

-Volodin -respondió el prisionero, sumiso, aunque las interminables repeticiones lo enfermaban.

-¿Nombre?

-Innokenty Artemievich.

-¿Año de nacimiento?

-Mil novecientos diecinueve.

-¿Lugar de nacimiento?

-Leningrado.

-Desvístase.

Comprendiendo sólo vagamente lo que ocurría, Innokenty volvió a desnudarse. La camiseta cayó de la mesa al suelo sucio, pero la vio caer sin disgusto y no se inclinó a recogerla.

El guardia de nariz morada empezó a mirarlo con cuidado por todos los costados y anotó sus observaciones en la tarjeta. Por la atención que prestaba a los detalles de cara y cuerpo, dedujo que compilaba una descripción física completa para el archivo de identificación. Terminado su trabajo, se fue.

Innokenty sentado pasivamente en el taburete, no volvió a Vestirse.

Otra vez la puerta. Entró una mujer gorda, de pelo negro y guardapolvo blanco como la nieve y su rostro era brutal y arrogante y sus modales cultos, de intelectual.

Alarmado, buscó sus calzoncillos para cubrirse, pero la mujer lo fulminó con una mirada nada femenina y, llena de desprecio, avanzó el labio inferior y preguntó:

-¿Tiene piojos?

-Soy diplomático -dijo Innokenty, ofendido, mirando con firmeza a los negros ojos armenios y sosteniendo, los calzoncillos.

-¿Y qué? ¿Tiene alguna queja?

-¿Por qué me arrestaron? Quiero leer la orden. ¿Dónde está el fiscal? -Innokenty resucitado, hablaba a torrentes.

-Nadie le preguntó eso -dijo la mujer, ceñuda y cansada-. ¿Niega sufrir de enfermedades venéreas?

-¿Qué?

-¿Nunca tuvo sífilis, gonorrea, chancro blando? ¿Lepra? ¿Tuberculosis? ¿Otras quejas?

Se fue sin esperar su respuesta.

El primer guardia, el de cara larga, entró. Innokenty se alegró de verlo, porque éste no lo había herido ni molestado.

-¿Por qué no se viste? -le dijo con dureza-. Vístase pronto.

No era tan fácil. El guardia lo dejó en el cuarto cerrado con llave y él trató de resolver el problema de ponerse los pantalones e impedir que se le cayeran sin tirantes y casi sin botones. Sin poder aprovechar la experiencia de docenas de prisioneros en generaciones anteriores, pensó un rato y resolvió el problema solo, como millones de sus predecesores lo habían resuelto antes que él. Descubrió un cinturón: se ató los pantalones con los cordones de sus zapatos y notó que les habían arrancado las puntas de metal. (No sabía que las leyes de Lubianka presumían que un prisionero podía fabricar una lima con esas puntas, capaz de cortar los barrotes). Todavía no había descubierto cómo mantener cerrada la túnica del uniforme.

El guardia, sabiendo por la mirilla que el prisionero estaba vestido, abrió la puerta, le dio la orden cansabida de manos a la espalda y lo llevó a otro cuarto. Allí esperaba el guardia de nariz morada, que él ya conocía.

-Saquíese los zapatos -le dijo a manera de saludo.

Esto no ofrecía dificultad porque no tenían cordones y salieron solos. Y las medias, sin ligas, le cayeron hasta los tobillos.

Contra la pared había un aparato con una vara vertical blanca para medir la estatura. Nariz Morada lo empujó hasta quedar de espaldas a ella, bajó la barra transversal y escribió su altura.

-Puede ponerse los zapatos -dijo.

Cara Larga, en la puerta, no dejó de advertirle "manos a la espalda". No importaba que el "box" N° 8 estuviese a dos pasos cruzando el corredor. Otra vez lo encerraron en su "box" original. Al otro lado de la pared, la máquina zumbaba y se detenía.

Con la túnica cerrada se sentó exhausto en el taburete. Desde su llegada a la Lubianka no había visto más que luces enceguecedoras, paredes que se le venían encima y carceleros callados e inexpresivos.

Los procedimientos seguidos, uno más absurdo que el otro, le parecían burlas. No comprendió que en conjunto constituían una cadena lógica y significativa de sucesos: búsqueda preliminar por los agentes que lo habían arrestado; el establecimiento de la identidad del prisionero; el registro del arrestado en la administración de la prisión, con recibo; registro básico al llegar; primer procesado higiénico; anotación de marcás identificatorias; inspección médica.

Todo destinado a privar al prisionero de su equilibrio, de su capacidad para razonar y para resistir. Ahora su único, torturante deseo, era dormir. Suponiendo que lo dejarían en paz por un momento, y no sabiendo cómo arreglarse de otro modo, puso el taburete encima de la mesa, extendió en el piso su buen abrigo de lana con cuello de astrakán gris y se tendió en diagonal sobre él. En sus primeras tres horas de Lubianka había formado un nuevo concepto de la vida. Tenía la espalda sobre el piso, el cuello en brusco ángulo hacia arriba en un rincón; las piernas, con las rodillas torcidas, se amontonaban en otro rincón. Por un ratito, antes de que se le acalambrasen los miembros, sintió un maravilloso alivio.

Pero todavía no dormía, cuando la puerta se abrió con más ruido que nunca.

-¡Levántese!--ordenó la mujer.

El. movió apenas los párpados,

-¡Levántese, levántese! -era el conjuro de una bruja. ---Quiero dormir.

-¡Levántese! -gritó ella, inclinada sobre él como Medusa en una pesadilla.

Con dificultad pudo salir de su incómoda posición y ponerse de pie.

-Entonces lléveme a alguna parte donde pueda acostarme y dormir -dijo débilmente.

-Eso está prohibido -dijo la Medusa de charreteras celestes, golpeando la puerta.

Innokenty se apoyó en la pared y esperó mientras ella lo estudiaba largo rato por la mirilla; se iba, volvía y se iba otra vez.

De nuevo se desplomó sobre la túnica, aprovechando su ausencia y otra vez estaba a punto de dormirse cuando la puerta se abrió de golpe.

Un hombre nuevo, alto y fuerte como un herrero o un picapedrero, estaba en el umbral, con guardapolvo blanco.

-¿Apellido?-preguntó.

-Volodin.

-Traiga sus cosas.

Tomó el abrigo y sombrero y con ojos apagados se arrastró tras él guardia. Estaba tan extenuado, que no sabía si caminaba al mismo nivel, si subía o bajaba. Apenas tenía fuerzas para moverse y se hubiera tirado allí mismo, en el corredor.

Lo llevaron por una especie de pasaje angosto excavado en el espesor de un muro; luego por otro corredor, menos cuidado, con una puerta que se abría a un vestíbulo y baño. Allí el guardia le dio un trozo de jabón para lavar más pequeño que una caja de fósforos y le ordenó que se diera una ducha.

Su reacción fue lenta. Estaba acostumbrado a baños con azulejos, limpios como espejos. Y este baño de madera, que para una persona común estaba limpio, para él era de una suciedad repugnante. Se las arregló para encontrar un lugar seco en el banco y se desvistió allí; caminó con precauciones sobre el enrejado de madera mojada, lleno de marcas de pies desnudos y de zapatos. Hubiera preferido con

mucho no tener que desvestirse ni bañarse, pero la puerta se abrió y el herrero de guardapolvo blanco le ordenó ponerse bajo la ducha.

La sala de duchas quedaba tras una puerta delgada y lisa con dos aberturas sin vidrios, cosa no típica de esta prisión. Por encima de cuatro enrejados, también sucios según el concepto de Innokenty, había cuatro duchas que manaban agua caliente y fría de primera categoría.

Pero Innokenty no se sintió feliz por eso ¿Cuatro duchas para una persona: hecho que tampoco le produjo alegría.

(Si hubiera sabido que en ese mundo lo acostumbrado era que cuatro se lavaran bajo una ducha, puede ser que sintiera agradecimiento por su ventaja multiplicada por dieciséis). Ya había arrojado con asco el jabón inmundo, maloliente.

(En sus treinta años de vida nunca había tocado un trozo de jabón como ese; ni sabía que pudiera existir). En dos minutos se lavó, en especial los restos del vello púbico que le picaba, irritado por la máquina de pelar; luego, con la impresión de haber quedado más sucio y no más limpio que antes, volvió a ponerse la ropa.

Pero en vano. Los bancos del vestíbulo estaban vacíos: se habían llevado toda su ropa, magnífica aunque mutilada y lo único que todavía estaba bajo el banco eran los chanclos y los zapatos metidos en ellos. La puerta cerrada, la mirilla tapada. No le quedaba más que sentarse en el banco como una estatua desnuda, como el "Pensador" de Rodin, y pensar en el asunto mientras se secaba.

Luego le entregaron ropa interior, de prisionero, áspera y muy lavada, con las palabras "Prisión Interna" en letras negras en el pecho y espalda, y un harapo cuadrado doblado en cuatro que al principio no reconoció como toalla. Los botones eran de cartón y algunos faltaban.

Había cuerdas pero también estaban arrancadas en algunos lugares. Los calzoncillos eran demasiado cortos y ajustados para él, y le irritaban la entrepierna. La camiseta, en cambio, era enorme y las mangas le colgaban hasta los dedos. No quisieron cambiarlos porque al ponérselos los había ensuciado.

Vestido con su absurda ropa interior, estuvo sentado mucho tiempo en el vestíbulo. Le dijeron que su otra ropa estaba en el "horno".

La palabra era nueva para él. Durante toda la guerra, cuando todo el país estaba invadido por "hornos", nunca había encontrado uno. Pero las estúpidas burlas de esta noche hacían muy apropiada la presencia de un "horno" para la ropa. (La palabra le evocó una imagen de sartén enorme, diabólica).

Hizo un esfuerzo para pensar con tranquilidad en su situación y decidir qué podía hacer, pero al perder claridad mental pensó en temas tan triviales como los calzoncillos ajustados o la sartén donde se estaba friendo su chaqueta, o el ojo avizor tras la mirilla, cuando movían la tapa.

El baño le había quitado el sueño, pero la debilidad que pesaba sobre él lo dominaba por completo. Quería tenderse sobre algo seco y caliente, no moverse y recobrar sus fuerzas perdidas. Pero no quería de ningún modo tenderse sobre las tablas húmedas y puntiagudas del banco.

La puerta se abrió, pero no para traerle su ropa del "horno". Una muchacha rubicunda y cariancha, vestida de civil, estaba junto al guardia del baño. Tratando de cubrir avergonzado las brechas de su ropa interior, Innokenty caminó hasta el umbral. La chica le dio un recibo rosado, ordenándole firmar una copia del mismo, atestiguando que hoy, 26 de diciembre, la Prisión Interna del MGB de la U.R.S.S,

había, recibido de Volodin, para guardar a salvo: un reloj de metal amarillo con tapa, número del reloj, número del mecanismo; una lapicera fuente con decoraciones de metal amarillo y punta del mismo metal; un alfiler de corbata con piedra roja montada; un par de gemelos de piedra azul. Otra vez esperó, la cabeza cayéndosele de cansancio. Por fin le trajeron su ropa. El sobretodo volvió frío y en buen estado. La túnica, pantalones y camisa estaban arrugados, desteñidos y calientes.

-¿Por qué no cuidaron el resto del uniforme tan bien como el sobretodo? -protestó indignado.

-El sobretodo tiene piel: entienda las cosas -contestó el herrero en tono sentencioso.

Su propia ropa le parecía ajena y repulsiva después de pasar por él "horno" y con este atuendo, que ahora era extraño e incómodo, Innokenty fue llevado de nuevo al "box" N° 8.

Pidió dos tazas de agua y las bebió con avidez. Las tazas con el mismo gato.

Llegó otra muchacha y, cuando firmó una copia, le dio un recibo celeste atestiguando que hoy, 27 de diciembre, la Prisión Interna del MGB de la U.R.S.S. había recibido de Volodin, I. A., una camiseta de seda, un par de calzoncillos de seda, tirantes y una corbata, ¿Ya era el 27?

La máquina seguía zumbando, siniestra.

Encerrado de nuevo, dobló los brazos sobre la mesita, reclinó la cabeza y trató de dormirse sentado.

-Esto está prohibido -dijo un nuevo guardia que había abierto la puerta.

-¿Qué está prohibido?

-Está prohibido reclinar la cabeza.

Innokenty esperó, la mente en blanco.

Volvieron a traerle un recibo, esta vez en blanco, atestiguando que la Prisión Interna del MGB de U.R.S.S. había recibido de Vodolin, I. A., 123 rublos.

Vino alguien más, una persona nueva, un hombre con guardapolvo azul oscuro sobre un traje marrón, caro.

Cada vez que le traían un recibo le preguntaban su apellido. Y ahora volvían a preguntárselo: ¿apellido?, ¿nombre?, ¿año de nacimiento?, ¿lugar de nacimiento?

-Tranquilo ahora -ordenó el recién llegado.

--¿Qué? -preguntó Innokenty, sorprendido.

--Venga tranquilo; deje sus cosas aquí; manos a la espalda -en el corredor todas las órdenes se daban en voz baja para que los otros "boxes" no pudieran oír.

Chasqueando la lengua para llamar al mismo perro invisible, el hombre del traje marrón llevó a Innokenty por la salida principal a un corredor que a su vez llevaba a un cuarto grande, diferente de los otros de la prisión: ventanas con celosías bajadas, muebles tapizados, escritorios. Lo sentaron en una silla en medio de la habitación. Estaba seguro de que iban a interrogarlo de nuevo.

Pero, en cambio, sacaron de algún lado una cámara de madera parda lustrada y lo enfocaron de ambos lados con fuertes luces. Lo fotografiaron de frente y de perfil.

El hombre del guardapolvo azul que lo había traído tomó cada dedo de su mano derecha y lo pasó por un cilindro negro y pegajoso untado al parecer de tinta; las puntas de los cinco dedos quedaron ennegrecidas. Sosteniéndole firmemente la mano apretó los dedos sobre una hoja de papel y los levantó con rapidez. Cinco huellas

negras con remolinos blancos quedaron en el papel. Luego hizo lo mismo con la mano izquierda.

Sobre las huellas se leía: "Volodin, Inocencio Artemievich, 1919, Leningrado", y sobre eso, en grandes y gruesas letras negras:

GUARDAR PARA SIEMPRE

Al leer esas dos palabras se estremeció. Había algo místico en ellas, algo suprahumano, sobrenatural.

Lo dejaron lavarse los dedos con jabón, cepillo y agua fría. La tinta pegajosa era difícil de quitar y el agua fría no la tocaba. Se frotó las yemas con el cepillo jabonoso sin analizar la lógica de tener que bañarse antes.

Su mente pasiva y atormentada estaba hipnotizada por esta fórmula aplastante, cósmica:

GUARDAR PARA SIEMPRE

EL SEGUNDO ALIENTO

Nunca en su vida había pasado una noche tan interminable. No había dormido en absoluto y más pensamientos se habían agolpado en su cabeza que en un mes de vida normal. Le había sobrado tiempo para pensar mientras arrancaban el oro de su uniforme diplomático, y mientras esperaba semidesnudo después de la ducha, y en los muchos "boxes" donde lo habían encerrado en el curso de la noche.

-Otra vez lo asaltó el significado de las palabras "Guardar para siempre". Pudieran o no probar que él había telefoneado -y por lo menos era seguro que habían oído la conversación- una vez arrestado no lo dejarían ya en libertad. Conocía bien la garra de Stalin: ella no devolvía a la vida. Tendría suerte si lo sentenciaban solamente a un campo; en su situación podían mandarlo a uno de los monasterios convertidos, donde se prohibía sentarse todo el día y pasaban años sin hablar. Nadie sabría nada de él, ni él del mundo, aunque continentes enteros cambiaran de bandera o la gente aterrizara en la luna. Y los prisioneros indefensos podían ser fusilados en celdas solitarias. Ya había sucedido...

¿Pero tenía, de veras miedo a la muerte?

Al principio esperaba con agrado cualquier incidente trivial, cada vez que se abría la puerta; cualquier cosa que interrumpiera la soledad, su nueva y extraña existencia en la trampa. Pero ahora, al contrario, quería pensar hasta llegar a una idea importante pero todavía vaga; y estaba contento de volver a su primer "box" y de

quedar solo allí mucho tiempo, aunque alguien siempre le observara por la mirilla.

De repente su cerebro se vio libre de una capa adventicia y lo que había leído y pensado durante el día de la oficina emergió con toda claridad:

"La fe en la inmortalidad nació de la codicia de seres insatisfechos.. El hombre sabio cree que la duración de su vida es suficiente para completar el círculo de los placeres alcanzables...."

¿Pero se trataba en verdad de placeres? Él había tenido dinero, buena ropa, estima, mujeres, vino, viajes, pero en este momento hubiera mandado al infierno a todos esos placeres a cambio de justicia y verdad;..

iy nada más!. . .

¿Y cuantos más como él, desconocidos de cara y nombre, estaban encerrados en los compartimientos de ladrillo de este edificio? ¡Qué insoportable morir sin ningún intercambio mental y espiritual con ellos!

No era difícil inventar una filosofía bajo ramas umbrosas en períodos estáticos de paz y orden, cuando nada sucedía.

Ahora, sin lápiz ni papel, todo lo que venía desde las sombras de su memoria adquiriría un valor mágico. Siguió recordando:

"No debemos temer el sufrimiento físico. El sufrimiento prolongado nunca importa: el que sí importa, es siempre breve."

Ahora, por ejemplo: sentarse sin poder dormir, sin aire, durante días en un "box" donde era imposible estirar las piernas, ¿qué clase de sufrimiento era ése: prolongado o breve? ¿Importaba o no? ¿Y diez años en el solitario sin oír una sola palabra?

En el cuarto de fotografía y huellas dactilares Innokenty había visto que eran más de la una de la madrugada. Ahora serían más de las

dos. Se obcecó en un pensamiento sin sentido, que ahuyento a otros mis serios: su reloj estaba donde se lo habían quitado, y seguiría marchando hasta que la cuerda se le acabase. Nadie volvería jamás a darle cuerda, y hasta que su dueño muriese o confiscaran sus propiedades seguiría marcando la hora -y el minuto- en que sus manecillas se habían detenido. ¿Qué hora sería esa?

¿Lo esperaría Dotty para ir a ver la opereta? ¿Había telefoneado al ministerio? Probablemente no; habrían ido a registrar el apartamento. Era enorme: cinco personas tendrían que pasarse buscando la noche entera. ¿Qué encontrarían esos idiotas?

Dotty podría divorciarse y casarse de nuevo.

La carrera de su suegro quedaría arruinada: una mancha en su reputación. Y era capaz de contar todo y denunciar a Innokenty.

Todos los que habían conocido al consejero Volodin lo borrarían, por lealtad, de sus memorias. El monstruo silencioso lo aplastaría, y nadie en el mundo sabría jamás qué habría sido de él. ¡Y él tenía ganas de vivir para ver en qué se convertía el mundo! Eventualmente, toda la humanidad se uniría. Cesarían las "hostilidades de tribus". Las fronteras entre países desaparecerían y los ejércitos también. Se reuniría un parlamento mundial. Elegirían un presidente del planeta, que se descubriría ante la humanidad y diría...

-Venga con sus cosas.

-¿Qué?

-¿Qué cosas?

-Esos trapos suyos, por supuesto.

Se levantó sosteniendo chaqueta y gorra, más valiosos que nunca porque el "horno" no los había arruinado. En el umbral, junto al guardia del corredor, apareció un sargento insolente y moreno con

charreteras celestes. ¿Dónde encontrarían tipos así? ¿Y qué trabajos les encomendaban?

-¿Apellido? -preguntó el sargento, consultando su hoja de papel.

-Volodin.

--¿Nombre ?

-Cuántas veces tienen que preguntármelo?

-¿Nombre y patronímico?

-Innokenty Artemievich.

-¿Año de nacimiento?

-Mil novecientos diecinueve.

-¿Lugar de nacimiento?

-Leningrado.

-Venga con sus cosas; muévase.

Y siguió caminando, chasqueando la lengua.

Esta vez salieron a un patio y bajando unos escalones, llegaron a la oscuridad de ese otro patio cubierto. Pensó si estarían llevándolo a fusilar. Decían que las ejecuciones siempre se hacían de noche, en sótanos.

Y en ese difícil momento se preguntó: ¿para qué iban a darle recibos de sus posesiones si querían fusilarlo? No, no era eso.

(Todavía creía que todos los tentáculos del monstruo se coordinaban en forma racional é inteligente).

Sin dejar de chasquear la lengua, el sargento moreno lo llevó a otro edificio, con un vestíbulo oscuro y un ascensor. A un costado había una mujer cargada de ropa de un gris amarillento, recién planchada; lo miró cuando subieron al ascensor. La planchadora era joven, no bonita, ocupaba un bajo nivel social y lo miró con los mismos ojos de piedra indiferente que todos los demás muñecos mecánicos de la Lubianka; a pesar de todo, él se sintió apenado en su

presencia, como cuando las otras muchachas le habían traído recibos rosados, azules y blancos. Ella lo veía tan disminuido y caído, que podría mirarlo con una piedad humillante.

También ese pensamiento desapareció como había venido. ¿Qué importaba todo eso frente a "Guardar Para siempre"?

El sargento cerró la puerta del ascensor y apretó un botón sin número. En cuanto el motor del ascensor comenzó a zumbiar, Innokenty reconoció el sonido de la máquina secreta que se imaginara pulverizando huesos tras la pared de su "box". Sonrió sin alegría; el agradable error lo reanimó.

El ascensor se detuvo. El sargento lo llevó a un amplio vestíbulo con muchos guardias de charreteras celestes y franjas blancas. Uno de ellos, lo encerró en un "box" sin número, más grande que los otros, con unos diez metros cuadrados de piso, mal iluminado, paredes color aceituna del piso al cielorraso. El "box" estaba vacío, pero no parecía muy limpio. El piso era de gastado cemento y había un banco estrecho de madera empotrado en una pared, largo, para dar asiento a tres personas al mismo tiempo. Hacía frío y eso le daba al lugar un aspecto más severo. También tenía su mirilla pero la tapa no se levantaba a menudo.

De afuera llegaban sonidos sofocados de botas. Los guardias entraban y salían a cada momento. La vida nocturna de la Prisión Interna era activa.

Al principio pensó que lo dejarían en el "box" N° 8, caluroso, incómodo y enceguecedor, atormentado por la falta de espacio para estirar las piernas, porque la luz le hacía doler los ojos, porque se hacía difícil respirar. Ahora comprendía su error: viviría aquí, en este "box" espacioso, inhóspito y sin número. Sufrió sabiendo por anticipado que el piso de cemento le helaría las piernas, que el ruido

constante de ir y venir lo molestaría, y que la falta de luz resultaría oprimente. ¡Cuánto necesitaba una ventana! Aunque fuese muy pequeña, como la ventana de una prisión en los decorados de ópera, pero no había ni siquiera eso.

Era posible escuchar innumerables relatos y leer innumerables memorias sobre el tema, pero no era posible imaginárselo como era: corredores, escaleras, innumerables puertas, oficiales que iban y venían, sargentos, personal de servicio. La Gran Lubianka plena de actividad nocturna, pero ningún otro prisionero a la vista. Era imposible incluso entrever a un semejante; imposible oír una sola palabra no oficial y muy pocas oficiales. Parecía que todo el enorme ministerio estaba despierto esa noche por causa suya, ocupado sólo con él y con su crimen.

La intención destructora de las primeras horas de prisión es aislar al nuevo prisionero de los otros, para que nadie pueda ofrecerle consuelo y todo el peso del elaborado mecanismo caiga sobre él sin alivio.

Las ideas de Innokenty tomaron un cariz erróneo. La llamada telefónica que el día anterior le pareciera un gesto noble, ahora era impulsiva y fútil como el suicidio.

Ya contaba con espacio para caminar, pero estaba exhausto, agotado por el proceso sufrido y no tenía fuerzas para caminar. Tras un par de vueltas se sentó en el banco y dejó caer los brazos junto a las piernas.

¿Cuántas nobles intenciones habría enterradas en estas paredes, selladas en estos "boxes" sin que la posteridad supiera nada de ellas?

Esa maldita, remaldita sensibilidad. Hoy o mañana hubiera volado a París, donde era posible olvidar todo lo relativo a ese pobre

tipo que había querido salvar. . . y al cual, a pesar de sus esfuerzos, no había salvado.

Pensando en ese viaje a París, especialmente los primeros días allí, la libertad se volvía algo tan deslumbrante como inalcanzable. Quería arañar las paredes para desahogar su frustración.

Pero la puerta se abrió, evitándole cometer tal infracción a los reglamentos. Volvieron a verificar su identidad; él respondía como alguien profundamente dormido. Le ordenaron que saliera "con sus cosas". Como en el "box" hacía bastante frío llevaba puesta la gorra, y el abrigo sobre los hombros. Quiso caminar así, sin comprender que le era posible llevar un par de puñales o pistolas cargadas bajo la chaqueta. Le ordenaron que pasara los brazos por las mangas y luego que colocara las manos desnudas a la espalda.

Con nuevos chasquidos de lengua lo llevaron a la escalera próxima al ascensor, y bajaron por ella. Habría sido interesante recordar cuántas vueltas dio, cuántos escalones bajó, y en los momentos de ocio reconstruir el plano de la prisión. Pero sus percepciones del mundo estaban tan alteradas, que se movía insensible, sin saber cuánto habían bajado, cuando de repente, desde algún otro corredor, otro guardia alto se acercó a ellos, chasqueando la lengua en forma tan concienzuda como el que conducía a Innokenty que abrió de pronto la puerta de una cabina de madera verde que obstruía un estrecho descansillo, lo empujó adentro y se apoyó en la puerta para mantenerla cerrada. Adentro había apenas espacio para estar de pie; la luz refleja venía de arriba. La cabina no tenía cielorraso: la luz venía del descansillo.

Hubiera sido humano protestar a gritos, pero Innokenty, ya acostumbrado a incomprensibles pruebas y al silencio de la Lubianka, se sometió; hizo lo que la prisión requería de él.

¡Por fin entendía por qué los guardias chasqueaban la lengua! Así avisaban a los colegas que venían escoltados a un prisionero. Se les prohibía dar a éstos la oportunidad de cruzarse; podían comunicarse aliento mutuo con los ojos. Cuando pasó el otro prisionero, a Innokenty lo dejaron salir de la cabina y seguir más lejos.

Ya en la última etapa de la marcha hacia abajo, observó qué gastados estaban los escalones. Nunca había visto cosa igual. El desgaste formaba huecos ovalados de profundidad equivalente a medio escalón, de los lados al centro.

En el descanso había una puerta cerrada con una ventanita enrejada, también cerrada. Era una nueva experiencia: lo hicieron ponerse de pie cara a la pared, lo que no le impidió ver de reojo que su guardia tocaba un timbre eléctrico, que la ventana enrejada se abría con precaución y se cerraba. De pronto, con el ruido de matraca de una llave en la cerradura, la puerta se abrió. Alguien, invisible para él, salió y preguntó:

-¿Apellido?

El instinto lo hizo volverse para mirar a su interlocutor, y vio un rostro ni masculino ni femenino, hinchado, flaccido, con la gran cicatriz roja de una quemadura, y más abajo las charreteras doradas de un teniente.

-¡No se dé vuelta! -gritó el teniente; y siguió con sus monótonas preguntas, que él contestó hablándole a un parche de yeso blanco.

Convencido de que el prisionero pretende ser la persona que figura en la ficha, y de que seguía recordando el año y lugar de su nacimiento, el teniente flaccido tocó el timbre de la puerta que había tenido cuidado de cerrar tras de sí. Otra vez se descorrió con cuidado la barra de la ventana enrejada, y alguien miró por la abertura; la

ventana se cerró y la llave hizo otra vez su ruido de matraca para abrir la puerta.

-¡Adelante! -dijo bruscamente el teniente flaccido de cara quemada. Entraron y la puerta se cerró con ruido.

Tuvo apenas tiempo de distinguir a los integrantes de su escolta -uno adelante, uno a la derecha, uno a la izquierda- y de observar el oscuro corredor con sus muchas puertas, un escritorio, un casillero, más guardias a la entrada; el silencio se quebró con la orden, dada por el teniente en voz baja, pero clara.

-¡Cara a la pared; no se mueva!

Era una situación estúpida: mirar el punto donde se unían la pintura aceituna y la blanca, con varios pares de ojos hostiles fijos en su nuca.

Debían estar examinando su tarjeta; el teniente ordenó algo casi en un susurro, pero en el profundo silencio sonó claro:

-Al tercer "box".

El carcelero se apartó de la mesa y, sin mover sus llaves, tomó por el corredor alfombrado de la derecha.

-¡Manos a la espalda; muévase! -dijo muy despacio.

Más allá el corredor hacía un recodo y luego dos más. A un lado la pared conservaba su color neutro de aceituna y al otro había varias puertas con números ovalados, de vidrio:

47 48 49

Bajo los números, las mirillas. Reanimado por la presencia cercana de amigos, Innokenty quería levantar una de las tapas que cubrían las mirillas y pegar un ojo al agujero por un segundo, para mirar la vida, secuestrada de la celda. Pero el guardia lo urgía a seguir y además ya sufría la infección de la pasividad carcelaria; aunque, pensándolo bien ¿qué le quedaba por temer a un hombre perdido?

Desgraciadamente para la gente -y por suerte para sus gobernantes- un ser humano está constituido de modo tal que, mientras viva, siempre se le puedé quitar algo más. Hasta el preso de por vida, privado de movimiento, de cielo, de familia, de propiedad puede, por ejemplo, ser trasferido a una húmeda celda de castigo, privado de comida caliente, golpeado con palos, y estos míseros últimos castigos adicionales los sentirá con tanta intensidad, como antes sintió su caída desde las alturas de la libertad y de la riqueza. Para evitar estos tormentos finales, el prisionero sigue obediente el régimen carcelario, humillante y odioso, que poco a poco va matando en él al ser humano.

Más allá del último recodo las puertas estaban juntas y los óvalos de vidrio decían :

1 2 3

El guardia abrió la puerta del tercer "box" con ademán amplio, dé bienvenida, más bien cómico en este lugar. Innokenty percibió la ironía y lo miró de cerca. Era un muchacho bajo, de hombros anchos, pelo negro y liso y ojos rasgados como cortados por un sablazo. Parecía bastante malvado, no sonreía con los ojos ni con los labios, pero después de docenas de indiferentes empleados de Lubianka vistos esa noche, la cara maligna de este último le pareció agradable.

Encerrado en su "box" miró alrededor. Ya podía considerarse experto en "boxes" por haber tenido oportunidad de comparar varios de ellos. El nuevo era soberbio: un metro de ancho, más de dos de largo, piso de parquet, y casi todo el negocio ocupado por un banco de madera largo y no demasiado angosto, empotrado en la pared. Junto a la puerta, una mesita de madera, hexagonal, no empotrada. Claro que el "box" estaba compleamente cerrado y no tenía ventanas; sólo una claraboya negra y enrejada, arriba. El cielorraso era muy alto: tres metros. Las paredes, encaladas, reverberaban por la lámpara de

doscientos wattios que irradiaban su luz desde la caja de alambre encima de la puerta.

La luz tan poderosa calentaba el ambiente pero también irritaba los ojos.

La ciencia de ser prisionero se aprende en forma rápida y definitiva.

Esta vez no se permitió falsas esperanzas de que el cómodo "box" nuevo sería suyo por mucho tiempo. Cuando vio el largo banco desnudo, el consentimiento de que hora en hora dejaba de serlo, supo que su problema inmediato era dormir un poco. Como el animalito de la selva que ha quedado huérfano aprende a vivir solo, así se aplicó en seguida a hacer de su chaqueta un colchón, con la almohada formada por el cuello de astrakán y las mangas. De inmediato se tendió en el banco; parecía muy cómodo; cerró los ojos y se preparó para dormir.

Pero el sueño huía de él. Dos veces había podido dormitar sin que lo dejaran dormir. Había recorrido todos los grados de la fatiga, Pero aquí, cuando podía dormir, estaba bien despierto. La excitación continua lo tenía en vilo, y no parecía disminuir. Tratando de evitar remordimientos y especulaciones, procuró respirar con regularidad y contar hasta... Es terrible, espantoso no poder dormir cuando todo el cuerpo está caliente, se puede estirar las piernas por completo y por alguna razón el guardia no abre la puerta haciendo todo el ruido que puede.

Estuvo tendido media hora y por fin comenzó a perder el hilo de sus pensamientos y una viscosa pesadez se extendió, por todo su cuerpo.

Pero en ese momento supo que no podía dormirse con esa luz de locos. No sólo tenía la penumbra detrás de sus párpados cerrados, con una llama anaranjada, sino que parecía pesarle en los ojos mismos con

intolerable fuerza. Esa presión de la luz, nunca experimentada antes, estaba volviéndolo loco. Dio mil vueltas, tratando en vano de hallar una posición para huir de esa enorme presión y abandonó desesperado su intento, incorporándose y tocando el suelo con los pies.

La mirilla era usada a menudo; oyendo ruido levantó un dedo con presteza.

La puerta se abrió sin ruido. El guardia de ojos oblicuos lo miró en silencio.

-Por favor, se lo ruego: apague la luz, -dijo suplicante Innokenty.

-Eso está prohibido -la imperturbable respuesta de siempre.

-Bueno, entonces ponga una lámpara más chica. ¿Para qué necesitan una tan grande para un... "box" tan chico?

-No hable tan fuerte -susurró el guardia. Y tanto el vestíbulo como toda la prisión estaban quietos como una tumba-. La lámpara que está allí es la que tiene que estar allí.

Con todo, había algo vivo en la cara muerta. Agotado el tema y sabiendo que la puerta iba a cerrarse, le pidió un poco de agua.

El guardia de ojos oblicuos asintió con la cabeza y cerró la puerta sin ruido. Sus pasos eran inaudibles sobre la alfombra de arpillera. Cuando volvió apenas movió la llave, y quedó en el umbral con una taza de agua en las manos. La jarra, como la del primer piso, tenía el dibujo de un gato, pero sin anteojos, ni libro, ni pajarito.

"Bebió el agua con placer. Entre sorbos miraba al guardia, que sin irse cerró la puerta un poco, todo lo que permitían sus hombros y, contra todos los reglamentos, guiñó un ojo y preguntó despacio:

-¿Quién eras tú?

¡Qué extraño parecía escuchar la palabra de un ser humano por primera vez en toda la noche! Atónito por el tono vivaz de la pregunta,

que el murmullo furtivo no disimulaba, y fascinado por el implacable, aunque no deliberado "eras", entró en la conspiración que se le ofrecía y le dijo con un hilo de voz:

-Diplomático, consejero del estado. El guardia movió la cabeza con simpatía y contestó: -Y yo era marinero en la flota del Báltico - agregando más lentamente-: ¿Por qué estás aquí?

--No lo sé-respondió Innokenty ya desconfiado-. Por nada especial. Otra vez el guardia movió la cabeza con simpatía.

-Todos dicen-eso al principio -declaró y añadió con expresión indecente-

-¿No quieres....?

-Ahora no -contestó con la ceguera de un novato, sin saber que la oferta era el máximo favor que un guardia podía conceder, y uno de los privilegios más grandes sobre la tierra, inalcanzable para los prisioneros, salvo a horas fijas.

Tras la fructífera conversación, la puerta se cerró y volvió a estirarse el banco, luchando contra la presión de la luz sobre sus indefensos párpados. Trató de taparse los ojos con la mano, pero se le durmió. Podía haber doblado el pañuelo tapándose los ojos con él, pero ¿dónde estaba su pañuelo? ¡Por qué no lo habría levantado del suelo; qué estúpido había sido anoche!

Nimiedades: un pañuelo, una caja de fósforos vacía, un trozo de hiló grueso, un botón de plástico; -son los tesoros más queridos del prisionero. Siempre llega un momento en que alguno de ellos es indispensable y salva la situación.

La puerta se abrió de golpe. El guardia de ojos oblicuos le encajó en los brazos un colchón a rayas rojas, ¡Qué milagro! La Lubianka no sólo no impedía dormir a los prisioneros, sino que se ocupaba de su comodidad. Dentro del colchón venían enrolladas una almohadita de

plumas, su funda y sábana todo marcado "Prisión Interna"- y una manta gris.

¡Sublime alegría: ahora iba a dormir! Sus primeras impresiones de la prisión habían sido demasiado lúgubres. Con anticipación de placer, colocó por primera vez en su vida la funda sobre la almohada con sus propias manos y estiró la sábana; el colchón sobrepasaba un poco el bordé del banco y quedaba colgando. Se desvistió, se acostó y se cubrió los ojos con la manga de la túnica: ahora la luz no lo molestaba para nada. Empezó a caer en un sueño profundo, muy profundo, aquel llamado abrazo de Morfeo.

Pero la puerta se abrió estruendosamente y el guardia dijo:

-Sáquelas de debajo de la frazada.

-¿Qué dice? -gritó casi llorando-. ¿Por qué me despertó? Me costó tanto dormirme.

-Saque las manos -repitió el otro, frío-.Las manos tienen que estar a la vista.

Obedeció. Pero no era tan sencillo volver a dormirse con las manos sobre la manta. La regla era diabólica. El hábito humano, natural, profundo y que nadie nota, es esconder las manos cuando se duerme, tenerlas contra el cuerpo.

Estuvo dando vueltas mucho tiempo, adaptándose a una humillación más. Pero al final empezó a ganarlo el sueño. La dulce droga de la inconsciencia empezaba a invadirlo.

De repente percibió un ruido en el vestíbulo, que se acercaba más y más. Golpeaban las puertas. Repetían algo muchas veces. Ya estaban al lado. Ya se abría su puerta.

-¡A despertar! -rugió inexorable el marinero del Báltico.

-¿Cómo, por qué? -rugió Innokenty-. No he dormido en toda la noche.

-¡A las seis hay que despertarse! -dijo y siguió su camino. En ese instante necesitaba dormir con más intensidad que nunca; Volvió a acostarse y de inmediato quedó profundamente dormido, pero casi en seguida el guardia de ojos oblicuos abrió la puerta de golpe y repitió:

-¡Levantarse, levántese! Arrolle el colchón.

Se incorporó en un codo y miró vagamente a su verdugo, qué una hora antes le había parecido un ser humano.

-¿No entiende que no he dormido?

-No sé nada de eso.

-¿Qué hago si doblo el colchón y me levanto?

-Nada. Se sienta.

Pero por qué?

-Porque son las seis de la mañana, ya le dije.

-Dormiré sentado.

-De día no; yo lo despertaré.

Se tomó la cabeza en las manos y se meció. Un rastro de piedad pareció reflejarse en la cara del otro.

--¿Le gustaría lavarse?

-Bueno. . . yo. . . si -dijo, cambiándole idea y buscando su ropa.

-Manos a la espalda, muévase.

El lavatorio estaba a la vuelta. Ya sin esperanza alguna de dormir en las próximas horas, se quitó la camisa y se lavó con agua fría hasta la cintura, salpicando sin consideración el piso de cemento del lavatorio grande y frío; la puerta estaba cerrada y el guardia no lo molestó.

Quizá fuera de veras un ser humano, pero entonces, ¿cómo, pudo tener la malicia de no avisarle que despertaban a las seis?

El agua fría arrastró la venenosa debilidad del sueño interrumpido. En el corredor trató de averiguar algo del desayuno. El guardia no lo dejó hablar, pero en el "box" contestó:

-No hay desayuno.

-¿Cómo que no ? ¿Y qué hay entonces ?

-A las ocho hay ración, azúcar y té.

-¿Qué son raciones? -Quiere decir pan.

-¿Y cuándo es el desayuno?

--No hay. Después viene el almuerzo.

-¿Y todo ese tiempo tengo que estar sentado?

-Basta de hablar.

La puerta, ya estaba casi cerrada cuando Innokenty levantó el dedo.

-¿Qué más quiere ahora? -preguntó el marinero, volviendo a abrirla.

--Me cortaron los botones y me arrancaron el forro de la túnica. ¿Quién coserá todo eso?

-¿Cuántos botones? Contaron los que faltaban.

La puerta se cerró para volver a abrirse pronto. El guardia le entregó una aguja, una docena de sueltos trozos de hilos y varios botones de hueso plástico y madera, de tamaños diversos.

--¿Para qué me sirven? No son éstos los -que me sacaron.

-¡Tómelos! ¡Ni de estos hay! -gritó el guardia.

Y por primera vez en su vida Innokenty se puso a coser. Al principio no se daba cuenta cómo anudar el extremo del hilo, cómo hacer las puntadas y cómo terminar de coser los botones. Sin poder aprovechar la experiencia milenaria de la humanidad, inventó la costura por cuenta propia. Se pinchó a menudo y sus yemas sensibles empezaron a dolerle. Le tardó mucho volver a coser el forro del

uniforme, y arreglar la entretela del abrigo. Algunos botones los cosió donde no debía, y el uniforme se desviaba cuando quiso abrocharlo.

Pero el trabajo deliberado, concentrado, no sólo sirvió para matar el tiempo sino para tranquilizarlo por completo. Sus emociones se normalizaron y dejó de sentirse temeroso y desanimado. Comprendió que la Gran Prisión Lubianka, legendario pozo de horrores, no era tan terrible, que también aquí había gente de carne y hueso. (¡Cómo le gustaría conocerlos!)

En el hombre que no había dormido en toda la noche, no había : comido con la vida destruida en diez horas, se abría esa comprensión superior, ese segundo aliento que devuelve al cuerpo entumecido del atleta, la frescura y le quita la fatiga.

Un nuevo carcelero le sacó la aguja.

Luego le trajeron un pan negro y húmedo de medio kilo -con otra pieza en forma de cuña para completar la ración- y dos terrones rotos de azúcar duro.

Echaron té caliente en el jarro del gato y le prometieron más, luego.

Todo eso significaba que eran las ocho de la mañana del 27 de diciembre.

Innokenty, echó la ración de azúcar de todo el día en el jarro, quiso vulgarmente revolver con el dedo, pero el dedo no resistió el agua caliente. La mezcló moviendo la taza, bebió con deleite y levantó la mano para pedir más. (No tenía ganas).

Con un estremecimiento de felicidad bebió la segunda jarra sin azúcar, pero sintiendo con intensidad el aroma del mismo té.

Sus pensamientos tenían una claridad que nunca había conocido.

Siempre enganchándose en el colchón arrollado, empezó a recorrer el estrecho pasaje entre el banco y la pared opuesta, esperando la batalla: tres cortos pasos adelante y tres cortos pasos atrás.

Otro de los pensamientos de Epicuro -ayer, libre, difícil de entender y de refutar- le flotó-en la mente:

"Los sentimientos interiores de satisfacción y de insatisfacción son los criterios más elevados del bien y del mal".

La filosofía de un salvaje.

A Stalin le gustaba matar; entonces, ¿para él matar era una virtud?-Y como estar encarcelado por tratar de salvar a alguien no le producía, después de todo, ninguna satisfacción, ¿era algo malo?

¡No! El bien y el mal tenían ahora para Innokenty una definición sustantiva y se distinguían visiblemente uno del otro: obra de la brillante puerta gris, las paredes verde aceituna, la primera noche de prisión.

Desde la cima de lucha y sufrimiento a la que lo habían elevado, la sabiduría del filósofo antiguo parecía el balbuceo de una criatura.

La puerta se abrió con estrépito.

-¿Apellido? -preguntó abrupto un nuevo guardia, de cara asiática.

-Volodin.

-¡Al interrogatorio! ¡Manos a la espalda!

Puso las manos a la espalda y con la cabeza bien alta, como un pájaro que bebe agua, salió del "box".

LA MAÑANA DE LA EJECUCIÓN DE LOS "STRELTZI"

En la *sharashka* también era hora del desayuno y té matutino.

El día, cuyas horas matinales no presagiaban nada especial, comenzó con la única nota destacada del Teniente Mayor Shusterman, encontrando todo mal; a punto de retirarse hizo todo lo posible para que los prisioneros no durmieran. Afuera el tiempo estaba horrible; tras el deshielo de ayer había helado durante la noche, y el sendero estaba cubierto de escarcha dura. Muchos prisioneros salieron, dieron una resbaladiza vuelta y volvieron a la prisión. En los cuartos, algunos estaban sentados en las literas bajas; otros en las altas, con las piernas colgando o dobladas. No tenían prisa en levantarse; se rascaban el pecho, bostezaban y empezaban antes que de costumbre a burlarse lúgubrementemente unos de otros y de su desdichado destino. Contaban sus sueños: pasatiempo favorito de encarcelados.

Pero aunque esos sueños incluían los acostumbrados de cruzar un puentecito sobre un turbio torrente, poniéndose botas altas, ningún sueño predijo claramente que un grupo de ellos sería transportado.

Esa mañana Sologdin salió a cortar madera como de costumbre. Durante la noche había tenido la ventana entreabierta, y antes de salir la abrió más.

Rubin, cuyo catre se apoyaba en la misma ventana, seguía sin hablar con Sologdin. Acostado tarde, sufrió de insomnio y de la fría

corriente de la ventana, pero no protestó contra la acción de su antagonista. En cambio, se puso la chaqueta de abrigo y la gorra de piel con las orejeras bajas y, así vestido, se cubrió la cabeza con la manta y se acurrucó, sin levantarse a desayunar ni prestar atención a las admoniciones de Shusterman ni al ruido general del cuarto, y tratando, por todos los medios, de aumentar las horas de sueño que le estaban permitidas.

Potápov, levantado y dado su paseo, fue uno de los primeros en desayunar. Ya había tomado su té, hecho su cama en un apretado paralelepípedo, y sentado en ella leía su diario. Pero lo que deseaba con ansiedad era trabajar. (Hoy debía calibrar un aparato interesante, construido por él mismo.)

El cereal caliente era mijo, por lo que muchos no desayunaron. Pero Gerasímovich se quedó sentado en el comedor mucho tiempo, llevándose a la boca cucharadas de cereal con movimientos cuidadosos y deliberados. Desde el ángulo opuesto del comedor semivacío, Nerzhin le hizo una inclinación de cabeza, se sentó solo a una mesa y comió sin ganas.

Terminado el desayuno, Nerzhin volvió a su litera alta durante el cuarto de hora restante de tiempo libre, se acostó y miró el cielorráso en forma de cúpula. El cuarto vibraba con los comentarios sobre la suerte de Ruska, Anoché no había vuelto, y sabían con seguridad que había sido arrestado y encerrado en la jaulita oscura del edificio principal. No hablaban abiertamente, pero todos comprendían que era un doble agente, aunque nadie lo dijese en voz alta. Teniendo en cuenta que no podían aumentarle la sentencia ni agregarle una nueva, debatieron si sus veinticinco años de Campos de Trabajo Correctivo podían o no ser modificados por veinticinco años de reclusión solitaria.

(Ese año se construían prisiones especiales consistentes sólo en celdas solitarias, y ese tipo de prisión estaba cada vez más de moda). Claro que Shikin no basaba sus acusaciones contra Ruska en el hecho de fuese un doble agente, pero lo que alguien había hecho realidad y lo que se le acusaba de haber hecho no tenía por qué ser lo mismo; A un rubio, por ejemplo, se lo podía acusar de ser moreno, aplicándole así la misma sentencia que se suponía reservada a estos últimos.

Nerzhin ignoraba hasta dónde llegaba la intimidad de Ruska con Clara y, por ende, no estaba seguro de que debía tratar de hablarle y tranquilizarla y, por otra parte, no era fácil lograr tal cosa.

Entre risas generales, Rubin arrojó su manta y quedó a la vista con su gorra de piel y chaqueta de abrigo (nunca se molestaba cuando se reían de él). Sacándose la gorra pero no la chaqueta, y sin levantarse para vestirse -cosa que no tenía sentido ahora que ya habían pasado los períodos para caminar, lavarse y desayunar-, pidió que le alcanzaran un vaso de té. Sentado allí con su revuelta barba se metió pan blanco con manteca en la boca y luego tragó el líquido caliente sin saber lo que hacía. Cuando todavía el sueño nublabá sus ojos, estaba absorto en una novela de Upton Sinclair, sostenida en la mano que no sostenía el vaso. Estaba del humor más sombrío posible.

En toda la *sharashka* habían empezado las inspecciones matutinas. El teniente primero había entrado; contaba cabezas y Shusterman anunciaba las novedades. Su voz resonó en el cuarto semicircular:

-¡Atención: se notifica a los prisioneros que después de la cena nadie podrá buscar agua caliente en la cocina. Por lo tanto, no molesten al oficial de servicio para ese propósito!

-¿Quién ordenó eso? -chilló Prianchikov enloquecido, saltando entre las literas dobles.

-El jefe -respondió Shusterman con voz solemne.

-¿Cuándo?

-Ayer.

Prianchikov apretó los puños y sacudió los brazos delgados sobre la cabeza, como tomando por testigos a todo el cielo y la tierra.

-¡No es posible! --protestó rabioso-. El sábado por la noche el Ministro Abakumov en persona me prometió que tendríamos agua hirviendo para el té de la noche. Ni siquiera es lógico: después de todo, trabajamos hasta medianoche. Le respondió una risa unánime.

-No trabajes hasta medianoche; estúpido -tronó Dvoietiosov.

-No podemos pagar a un cocinero nocturno -explicó Shusterman, -grave. El teniente primero pasó una lista escrita a máquina y él anunció con voz de ultratumba, que hizo callar a todos:

-Atención: no deben presentarse esta mañana los siguientes, que debería alistarse para ser transportados: Jorobrov, Mijailov, Nefzhin, Siemushkin! ¡Entreguen todo lo que sea propiedad del gobierno! Y los dos oficiales salieron.

Los cuatro apellidos desencadenaron un torbellino en la habitación. Todos dejaron el té, los sandwiches y se reunieron. Cuatro de veinticinco era una cosecha de víctimas mayor que lo habitual. Todos hablaban al mismo tiempo; voces animadas y desanimadas se mezclaban con voces ruidosas y agresivas. Algunos, de pie en las literas altas, movían los brazos; otros se sostenían la cabeza; otros discutían, golpeándose el pecho; otros sacudían las almohadas para sacarles sus fundas, propiedad del gobierno. Y todo el cuarto se convirtió en tal manicomio de pena, pasividad, enojo, desafío, quejas y cálculos, que Rubin se levantó de su litera como estaba, con chaqueta de abrigo y calzoncillos, y rugió con voz estentórea, que dominó el pandemonio:

-¡Un día histórico en la *sharashkai* ¡La mañana que ejecutaron a los *Streltzi*!

Y extendió los brazos por sobre todo el cuadro.

Su conducta no significaba en modo alguno que lo alegrase el transporte de los prisioneros. Si lo hubieran transportado a él habría hecho la misma broma. Ninguna cosa sagrada se salvaba de sus comentarios.

El cambio de prisión es un momento capital en la vida de un prisionero como ser herido para un soldado. La herida puede ser grave o no, curar o matar; el punto final del transporte puede ser cerca o lejos, vida o muerte.

Leyendo a Dostoievski, cuando describe la horrible existencia de los prisioneros condenados a trabajos forzados, sorprende la tranquilidad de esas sentencias. ¡Ni un transporte en diez años!

El prisionero vive en un lugar; se acostumbra a sus camaradas, a su trabajo, a sus autoridades. Por más ajeno que le sea el concepto de posesión, no puede evitar acumular cosas: una valija que viene desde la libertad, otra de madera fabricada en el campo; un marco para la fotografía de su esposa o hija; zapatillas que usa para caminar por barracas y esconde durante el día; un par adicional de pantalones de algodón; unos zapatos viejos no entregados a tiempo; y se arregla para ocultar todo eso, para conservarlo detrás de otra cosa de un inventario a otro. Hasta posee su propia aguja, sus propios botones que él mismo cosió con cuidado; incluso, puede tener uno o dos de más. En la bolsita hay un poco de tabaco.

Si es exigente en cuanto a higiene, puede ser que guarde un poco de polvo dentífrico y que se lave los dientes de vez en cuando. Se acumula un montón de cartas de su familiares, adquiere un libro y, cambiándolo, llega a leer todos los libros que hay en la prisión.

Pero el transporte golpea la frágil estructura de su vida como un rayo: siempre sin aviso, siempre encontrándolo indefenso, porque el anuncio se demora hasta el último minuto posible. Se apresura a romper las cartas de su familia ya arrojar los trozos de papel al baño. Si el transporte se hace en vagones rojos para ganado, el guardia del convoy le corta todos los botones y le tira el tabaco y el dentífrico, porque podrían servir para cegarlo en un intento de fuga. Si se usan vagones Stolipin, el guardia furioso aplasta la valija, que no entra en el estrecho espacio para equipajes, y al mismo tiempo rompe el marco de la fotografía. De todos modos le quitan los libros, prohibidos en transportes, la aguja, que podría usarse para limar los barrotes y matar al guardia y las zapatillas, que son basura, y el par adicional de pantalones, que pueden servirle al guardia.

Limpio así del pecado de propiedad, de toda inclinación por una vida tranquila, de todo deseo por las comodidades burguesas (condenadas con justicia hasta por Chejov), de amigos y pasado, el prisionero junta las manos detrás de la espalda y en grupos de a cuatro (un paso a derecha o izquierda y el guardia abre el fuego sin aviso), rodeado de perros y guardias, va a tomar el tren.

Todos ustedes lo han visto en ese momento en la estación ferroviaria, pero en su cobarde sumisión miraron a otro lado, para que el teniente de la escolta no se ponga a sospechar de ustedes y los detenga.

El zek entra en el vagón, que se engancha detrás del coche correo.

Enrejado a ambos lados, impenetrable a quien quisiera ver algo desde la plataforma de la estación, se mueve según horarios comunes, cerrado y sofocante, con su apretada carga y cientos de recuerdos, esperanzas y temores.

¿Adonde los llevan? No se lo dicen. ¿Qué le espera al zek al llegar: una mina de cobre, talar bosques o alguna remota operación agrícola donde a veces puede ser posible cocinar papas y llenarse la barriga de zapallos que come el ganado? ¿Contraerá escorbuto y distrofia en los primeros meses de "trabajos generales", o tendrá la suerte necesaria para que algún conocido le dé una mano y conseguir trabajo como ayudante de barraca, ordenanza de hospital o incluso ayudante de encargado de depósito? ¿Podrá recibir y enviar correspondencia, o quedará su familia privada de cartas durante largos años, creyéndolo muerto?

Quizás no llegue a su destino. En un vagón de ganado se puede morir de disentería o de hambre, porque los zeks se arrastran durante seis días sin pan. O el guardia puede golpearlo con un martillo porque alguien trató de huir. O, al final del viaje en un vagón frío, tiran afuera los cadáveres helados como si fueran troncos.

Los trasportes rojos tardan un mes en llegar a Sovetskaia Gavan.
¡Que descansen en paz, Señor, los que no llegaron!

Aunque las autoridades de la *sharashka* los tratarían bien al partir, dejándoles hasta conservar sus navajas hasta llegar a la primera prisión, todas esas preguntas oprimían con un peso de eternidad los corazones de los veinte zeks que debían alistarse para partir ese martes por la mañana.

Para ellos la vida semilibre y sin persecuciones de los zeks de *sharashka* había terminado.

¡ADIÓS, SHARASHKA!

Aunque Nerzhin estaba absorbido por los problemas inmediatos de su partida, surgió en él la convicción -más intensa a cada minuto que pasaba- de que al irse debía tratar lo peor posible al Mayor Shikin.

Cuando la campana llamó al trabajo, a pesar de la orden de permanecer en el dormitorio, él y los diecinueve que no debían partir, atravesaron corriendo las puertas de la *sharashka*. Voló al tercer piso y golpeó a la puerta de Shikin. Le dijeron que pasara.

Shikin estaba sentado en su escritorio, lúgubre y oscuro. Desde ayer se había roto en él. Un pie ya estaba sobre el abismo y empezaba a saber qué significaba no tener en qué apoyarse.

Su odio por aquel muchacho no podía encontrar una salida directa o rápida. Lo más que Shikin podía hacer -y lo menos peligroso para él -era llevar a Daronin de una celda de castigo, a otra; arruinarle la foja y mandarlo de vuelta a Vorkuta. Allí, con los antecedentes que tendría cuando Shikin terminara con él, iría a parar a una brigada de régimen especial y pronto reventaría. El resultado sería el mismo que con un juicio y fusilamiento de por medio. Ahora, al comenzar la mañana, no llamó a Daronin para interrogarlo porque esperaba protestas y dificultades de los hombres marcados para transporte. Y no se equivocaba. Quien entró fue Nerzhin.

Él Mayor Shikin nunca había podido soportar a este zek flaco y desagradable con sus modales rígidos y meticoloso conocimiento de todas las leyes. Hacía mucho que estaba urgiendo a Yakonov para que lo mandara a otro lado, y ahora observó con maliciosa satisfacción la

expresión hostil de Nerzhin, suponiendo que venía a exigir razones para su traslado.

Nerzhin tenía el don natural de expresar sus quejas en pocas y apropiadas palabras y en tono ferviente, en el breve segundo que permanecía abierta la ranura para pasar comida en la puerta de la celda, o de escribirlas en el blando papel higiénico que se entregaba en las prisiones para declaraciones escritas. Después de cinco años, de cárcel había perfeccionado el mejor modo de hablar con las autoridades, decidido y firme: el pinchazo indiscutible, en jerga de zeks. Sus palabras eran corteses, pero su tono lejano e irónico; el de una persona mayor conversando con un jovencito. Ninguna objeción era posible.

-Ciudadano Mayor -dijo desde el umbral- he venido a recobrar el libro que me quitaron en forma ilegal. Tengo motivos para suponer que seis semanas son suficientes, considerando el estado de las comunicaciones en Moscú, para averiguar que no es un libro prohibido por la censura.

-¿Libro? -exclamó Shikin porque al principio no se le ocurrió nada más inteligente que decir-. ¿Qué libro? -

--Estoy también seguro -prosiguió Nerzhin- de que usted sabe qué libro hablo: obras escogidas de Sergei Esenin en la "biblioteca de poetas: edición de bolsillo".

-¿E-se-nin? -exclamó el Mayor casi saltando en su silla, si acabara de recordar que el nombre era escandaloso y chocante.

Su cuero cabelludo, gris y casi pelado, expresaba indignación y repulsion-¿Cómo se atreve a preguntar por E-se-nin?

-¿Y por qué no? Fue publicado aquí, en la Unión Soviética.

-Esa no es una razón.

-Además, fue publicado en 1940: en otras palabras, fuera de período prohibido de 1917 a 1938.

-¿Dónde oyó hablar de ese período? -preguntó Shikin, ceñudo.

-Uno de los censores del campo tuvo la bondad de explicarme lo- replicó Nerzhin sin palabras inútiles, como si tuviera la respuesta aprendida de memoria-: durante una inspección pre-feriado me sacaron el "Diccionario" de Dahl, so pretexto de que había sido publicado en 1935 y, por lo tanto, estaba sujeto a las más cuidadosas verificaciones.

Pero cuando le mostré al censor que mi ejemplar era facsimil de la edición de 1881, me devolvió el libro de buena gana y me explico que no había objeciones para las ediciones pré-revolucionarias "los enemigos del pueblo no estaban en actividad en esa época". Desgraciadamente para usted, este Esenin fue publicado en 1940.

Shikin mantuvo un digno silencio que rompió para insistir:

-Muy bien. -¿Pero usted ha leído el libro? ¿Lo conoce?

Puede afirmar eso por escrito?

-Bajo la Sección 95 del Código Penal de la U.R.S.S., usted no tiene motivos jurídicos para requerir mi firma en el presente caso.

Lo confirmo oralmente: tengo el desdichado hábito de *leer* los libros que son de mi propiedad, y viceversa, de conservar solamente aquellos libros que he leído.

-¡Peor para usted! -Shikin abrió las manos en un ademán de advertencia. Tenía la intención de hacer una pausa significativa, pero Nerzhin no le dio tiempo. Y para resumir, repito mi pedido: según el artículo siete de la Sección B de reglamentos carcelarios, sírvase devolverme el libro que me fue quitado ilegalmente.

Retorciéndose bajo el aluvión de palabras, Shikin se puso de pie.

Sentado, su gran cabeza hacía esperar un hombre grande, pero al levantarse, parecía encogerse pues tenía brazos y piernas muy cortos. Amenazante se acercó al armario, lo abrió y sacó el hermoso librito de Esenin, con hojas amarillas de alerce en la sobrecubierta.

había marcado varios lugares. Cómodamente sentado en su sillón y de brazos como antes, y sin invitar a Nerzhin a tomar asiento, empezó a leer despacio esas partes. Nerzhin se sentó con calma, manos sobre las rodillas y lo miró con fijeza, sin parpadear.

-Buéno, aquí tiene, escuche esto -dijo el mayor con un suspiro, y empezó a leer sin entonación, amasando el ritmo poético como si fuera pasta:

*"Las palmas extrañas y sin vida
Mis poemas también morirán.
Sólo el trigo que se mece
Llorará por su antiguo dueño".*

-¿De qué dueño habla, y de qué palmas?

El zek miró las palmas blancas y gordas del oficial de seguridad.

-En cierto modo Esenin era un hombre limitado y había muchas cosas que no comprendía del todo -dijo Nerzhin con voz conciliadora, apretando los labios- Como Pushkin y como Gogol. . .

-Había algo distinto en la voz de Nerzhin que provocó una mirada aprensiva de Shikin. En presencia de zeks que no le temían, Shikin sentía a su vez un secreto temor: el miedo habitual de la gente bien vestida y con dinero cuando se ven frente a gente mal vestida y sin dinero. En este momento su autoridad no le servía de defensa. Por si acaso, se levantó y entreabrió la puerta.

-¿Y qué dice de esto? -preguntó, volviendo al sillón y leyendo.

*"A una rosa blanca con un sapo negro
Quería yo unir en esta tierra. ."*

- Eso es ¿qué está insinuando ahí?

Un leve espasmo recorrió la tensa garganta del prisionero.

-Muy sencillo -replicó--. No debemos tratar de reconciliar la rosa blanca de la verdad con el sapo negro de la maldad.

Como un sapo negro, el policía de cortos brazos, gran cabeza y oscuro rostro lo miraba, sentado.

-Pero yo, Ciudadano Mayor -las palabras de Nerzhin surgían rápidas- no tengo tiempo para hablar con usted de interpretaciones literarias. El guardia me espera. Hace seis semanas me dijo que averiguaría con la censura. ¿Lo hizo?

Los hombros de Shikin temblaron y cerro de golpe el libro amarillo

-¡No tengo que darle cuentas! No voy a devolverle el libro. En todo caso, no le permitirían llevárselo.

Nerzhin, colérico, se puso de pie sin quitar los ojos de Esenin, Recordaba cómo las manos bondadosas de su mujer lo habían sostenido una vez y cómo había escrito en él.

¡Ya verás cómo lo que has perdido vuelve a ti!

Las palabras saltaron de sus labios sin el menor esfuerzo:"

-¡Ciudadano Mayor! Espero que no habrá olvidado que durante dos años yo exigí del Ministerio de Seguridad del Estado las monedas polacas que me habían quitado; veinte veces cortaron la suma por la mitad hasta reducirla a centavos, que me devolvió el Soviet Supremo.

Espero que no haya olvidado mi pedido de que los cinco granos de la poca harina limpia que la ley nos permita, figuran de veras en

mi ración. ¡Se rieron de mí, pero lo conseguí! Y hay otros casos. Le advierto: no abandonaré ese libro en sus manos. Estará moribundo en la Kolima, pero se lo arrancaré. Llenaré todos los buzones del Central y del Consejo de Ministros con quejas contra usted. Devuélmelo y ahórrese todos esos inconvenientes.

Y el mayor de Seguridad del Estado cedió al zek condenado a indefenso, a punto de ser enviado a una muerte lenta. En había averiguado con la censura y recibido la sorprendente respuesta de que el libro no estaba formalmente prohibido. ¡Formalmente! Su agudo olfato le decía que se trataba de un descuido y que el debía, sin la menor duda, estar prohibido. Pero ahora tenía que proteger su buen nombre de las acusaciones de este infatigable perseguidor.

-Muy bien --asintió el Mayor-. Se lo devolveré. Pero no lo dejaremos llevárselo consigo.

Nerzhin se dirigió triunfante a la escalera, sosteniendo el libro con su brillante sobrecubierta amarilla: era un símbolo de cuando todo estaba en ruinas.

En el descanso se cruzó con un grupo de prisioneros que hablaban sobre las últimas novedades. Entre ellos estaba Siromaka, perorando, pero a media voz, para que sus palabras no llegaran a las autoridades:

-¿Qué están haciendo, trasladando a gente así: -por qué ? ¿Y quien es la rata que delató a Ruska Doronin ?

Apretando el libro junto a sí. Nerzhin corrió al Laboratorio de Acústica. Pensaba cómo podría destruir sus notas de historia antes de que el guardia viniera a buscarlo. Los trasladados no debían correr sueltos por la *sharashka*.

Nerzhin debía sus últimos instantes de libertad al gran número de zeks trasladados y también, quizás, a la bondad del teniente Primero, siempre lleno de fallas profesionales.

Abrió la puerta del Laboratorio de Acústica. Ante él se abrían a su vez las puertas del armario de acero y, entré ellas, Simochka, vestida otra vez con un feo traje a rayas y un chal gris alrededor de los hombros. Desde la cruel escena de ayer no se habían hablado ni mirado. Mas que verlo entrar, ella lo presintió y quedó confusa; no pudo moverse y trató de hacer ver que dudaba qué sacar del armario.

El no pensó ni calculó nada; fue a las puertas de acero y murmuró: -Serafina Vitalievna: después de ayer serial cruel pedirle ayuda. Pero mi trabajo de muchos años va a ser destruido! ¿Debo quemarlo o lo guardara usted?

Ella ya sabía su partida y no se inmutó al oír sus palabras. Pero, en respuesta a su pregunta, alzó los ojos tristes, insomnes, y dijo:

-Demelo.

Alguien se acercaba, y Nerzhin corrió a su escritorio para toparse allí con el Mayor Roitman. Este tenía una expresión apenada; Con una sonrisa forzada le dijo:

-Gleb Vikentich, ¡qué pena, no me han prevenido!... Yo no tenía idea. Y ahora es demasiado tarde para arreglar las cosas.

-Nerzhin miró con fría piedad a esta persona, que hasta ahora había creído sincera.

-Vamos Adán Veniáminovich! Después de todo no es el primer día que estoy aquí. Estas cosas no se hacen sin consultar al jefe del laboratorio -y empezó sin más a limpiar los cajones de su escritorio.

-En la cara de Roitman se leía el dolor:

-Pero créame, Gleb Vikentich, *no* me preguntaron, *no* me avisaron.

-Lo dijo en voz alta, frente a todo el personal. No le importó perder categoría ante ellos con tal de no aparecer como un canalla a los ojos del hombre que se iba. El sudor cubrió su frente. Observaba aplastado a Nerzhin.

Era cierto: no le habían pedido su opinión; un golpe más del coronel de ingenieros.

-¿Le entrego mis materiales sobre articulación a Serafina Vitalievna? -Pregunto Nerzhin, indiferente.

Roitman desesperado, no contestó y salió a pasos lentos del cuarto.

-Tome mis materiales de trabajo, Serafina Vitalievna -dijo Nerzhin llevándole sus archivos, papeles abrochados, gráficos, tablas.

-Había puesto sus tres libros de notas en una de las carpetas. Pero una especie de espíritu consejero interior le aconsejó no hacerlo.

Estudió con atención la cara larga, impenetrable de Simochka y de repente pensó ¿sera una trampa, una venganza de mujer, la obligación de la teniente MGB?

Aunque sus manos esperaran cálidas, ¿duraría mucho su lealtad virginal? Las flores duran hasta que llega el primer viento; una virgen dura hasta que llega el primer nombre. "Esto es algo que me dejaron querido" -le diría a su esposo.

Se guardó los libritos en el bolsillo y le dio el resto a ella.

La gran biblioteca de Alejandría se quemó. En los monasterios no entregaban las crónicas! las quemaban. Y el hollín de las chimeneas de la Lubianka -hollín de papeles quemados, más y más papeles quemados- caía sobre los zeks que daban su paseo en la cajita de que disponían sobre el techo de la prisión.

Quizás los grandes pensamientos quemados sean más que los publicados. Si lograba sobrevivir, probablemente pudiera reconstruir

todo de memoria. Tomó su cajita de fósforos, salió corriendo y se encerro con llave en el baño. Diez minutos después volvió, pálido e indiferente.

Prianchikov había llegado ya al laboratorio.

-¿Cómo es posible una cosa así? Se indignaba.

¿No estamos enojados sino aplastados! ¡Embarcar a prisioneros! Se puede embarcar equipaje, pero, ¿quién tiene derecho a embarcar gente?

El agitado sermón de Valentulia encontró eco en los corazones de los zeks. Perturbados por el traslado, todos los del laboratorio dejaron de trabajar. Cada vez que ocurrían los traslados provocaban momentos de remembranza, en que todos se decían: "También nos tocara a nosotros". El traslado obligaba a todos ellos, hasta los que no se veían afectados, a reflexionar sobre lo inestable de su destino: toda su existencia estaba a merced del hacha oficial.

Hasta el zek de conducta más ejemplar sabía que iban a sacarlo de la *sharashka* un par de años antes de terminar su sentencia, de modo que todo lo que sabía, estaría anticuado u olvidado.

De todos ellos, solamente los condenados a veinticinco años estaban seguros de quedarse.

Abatidos, los prisioneros rodearon a Nerzhin. Algunos se sentaron en los escritorios y no en sillas, para subrayar la seriedad del. Estaban pensativos y melancólicos.

Así como los entierros todos recuerdan lo bueno nada más, ahora recordaban cómo Nérzhin defendía los derechos de todos, los intereses de sus compañeros. Por ejemplo la famosa historia de la harina limpia, cuando había inundado la administración y el Ministerio de Asuntos Internos con sus quejas porque no le daban sus cinco gramos de harina cada día, *en persona*.

(Según los reglamentos estaban prohibidas, tanto las quejas colectivas, como las quejas en nombre de otros. Aunque se suponía que el prisionero debía retomar la dirección del socialismo, se le prohibía interesarse en la causa común)

En esos días los *zeks* de la *sharashka* no comían lo suficiente y la lucha por la ración de harina despertó mucho más interés que los asuntos internacionales. La fascinante saga terminó con la victoria de

Nerzhín: el "capitán a cargo de los calzoncillos", como lo llamaban entonces -en realidad asistente del oficial encargado de los víveres- fue despedido. Con la harina limpia que cada uno recibió diariamente hacían fideos dos veces por semana. También recordaron la lucha de Nerzhin para ampliar los períodos de ejercicio de los domingos. Eso en cambio, terminó en derrota: si dejaban que los prisioneros se pasearan el domingo, ¿quién iba a trabajar?

Nerzhin apenas escuchaba todos estos epitafios. Para él había llegado el momento de actuar y se sentía lleno de energía. Ahora que había sucedido lo peor, cualquier mejora dependía sólo de él. Entregados a Simschka los materiales sobre articulación, todo lo secreto al ayudante de Roitman, quemados o rotos sus papeles personales, guardados los libros y revistas pertenecientes a la biblioteca, extrajo sus últimas posesiones de los cajones y las entregó a sus amigos.

Ya estaba decidido para quien sería su silla giratoria amarilla, su escritorio alemán, el tintero, el papel importado. El moribundo en persona distribuyó sus legados con una sonrisa alegre, y cada uno de sus herederos le trajo dos o tres paquetes de cigarrillos. Era la costumbre de la *sharashka*: en este mundo los cigarrillos abundaban; en el otro, eran más valiosos que el pan.

Llego Rubin desde el grupo Secreto Cumbre. Tenía los ojos tristes y con bolsas por debajo.

-Si hubiera querido a Esenin -le dijo Nérzhin- te habría regalado el libro.

-¿Es que lo recuperaste? --se asombró Rubín.

-Pero se que prefieres a Bagristky y no puedo hacer nada.

-No tienes brocha de afeitar -dijo Rubin y sacó del bolsillo una con mango de plástico pulido: en ese lugar, un lujo-Después de todo, prometi no afeitarme hasta que me exoneren... tómala.

Rubin nunca decía "el día en que me dejen libre", porque eso implicaba el término natural de su sentencia. Decía siempre "el día que me exoneren" y pedía sin cesar una revisión de su caso.

-Gracias viejo, pero tú te has acostumbrado tanto a la *sharashka*, que te olvidaste de las reglas del campo. ¿Quién me dejaría afeitarme allí? ¿ Me ayudas a devolver los libros?

Empezaron a reunir y ordenar libros y revistas. Los otros fueron a lo suyo. Cargados ambos subieron la escalera principal. En el vestíbulo se detuvieron a tomar aliento y arreglar las pilas que se estaban cayendo.

Los ojos de Nerzhin, ardientes de morbosa excitación mientras hacía sus preparativos, estaban ahora opacos y letárgicos.

-Escucha amigo--dijo-- durante tres años no estuvimos de acuerdo ni una vez, siempre discutiendo y burlándonos uno del otro, pero ahora que te pierdo, quizá para siempre, pienso que tú eres uno de mis más... mas...

Su voz se quebró.

Los grandes ojos negros de Rubín, tan a menudo chispeantes de ira estaban ahora llenos de ternura y timidez.

-Todo eso pasó. Ahora un beso, bestia.

Y acercó la cara de Nerzhin a su barba negra de pirata. Un momento después, cuando entraban a la biblioteca, Sologdin los alcanzó. Parecía preocupado. Sin pensar golpeó demasiado la puerta de vidrio y la bibliotecaria lo miró descontenta.

--Bueno, Gleb, ya sucedió: te vas -dijo Sologdin.

Sin prestar la menor atención al "fanático bíblico" Sologdin solo miraba a Nerzhin. Tampoco Rubín tenía ganas de reconciliarse; con el "hidalgo aburrido" y no lo miró.

-Sí, te vas; es una lástima, una gran lástima. .,

No importaba cuánto habían hablado mientras cortaban madera ni cuánto habían discutido mientras caminaban. No había tiempo ni era éste el lugar para que Sologdin compartiera con Nerzhin, como deseaba, sus reglas de pensamiento y de vida.

-Escucha -dijo-. El tiempo es oro. Todavía no es tarde. Si aceptas quedarte como especialista computador, consigas mantenerte aquí. . . en cierto grupo. . . Pero el trabajo es muy duro, te lo digo con franqueza.

Rubin miró sorprendido a Sologdin.

-Gracias, Dimitri -suspiró Nerzhin-. Ya tuve esa oportunidad pero no sé por qué quiero hacer un experimento conmigo.

El proverbio dice: "Lo que te ahoga no es el mar, sino el charco". Quiero ver si puedo echarme al mar.

-¿Sí ? Bueno, es cosa tuya, cosa tuya -dijo Sologdin con tono rápido, de hombre de negocios-. Lo siento mucho, mucho, Gleb.

La preocupación se le veía en la cara. Trataba de contener su impaciencia.

Los tres prisioneros esperaban que la bibliotecaria, téniente sin uniforme, teñida, pintada y empolvada con exceso, dominara su pereza hasta el punto de controlar la lista de Nerzhin.

Turbado por la mala voluntad que sentía entre sus compañeros dijo con suavidad en el silencio total de la biblioteca:

-Amigos: hagan las paces.

Ni Rubín ni Sologdin se movieron.

-Dimitri -insistió Gleb.

Sologdin le dirigió la fría llama azul de su mirada:

-¿Por qué diriges tus observaciones a *mí*? -fingió sorpresa.

-¡Lev! -repitió Gleb.

-¿Sabes por qué viven tanto los caballos?; -Rubín contesto como un autómatas-. Porque nunca tratan de aclarar sus relaciones personales.

Ya desprovisto de propiedades oficiales y de asuntos oficiales, el guardia le ordenó volver a la prisión para recoger sus cosas. Con las manos llenas de paquetes de cigarrillos, encontró en el vestíbulo a Potapov, corriendo con una caja bajo el brazo. Potapov camino del trabajo no era lo mismo, que Potapov caminando en el patio: a pesar de su cojera, caminaba á buen paso, avanzando y retrocediendo la cabeza, bizqueando con firmeza algo muy lejano, como si cabeza y ojos pudieran servirle de compensación por sus no muy jóvenes piernas.

Potapov quería despedirse de Nerzhin y los demás que se iban, pero entró al laboratorio esa mañana la lógica interna del trabajo se apoderó de él suprimiendo todo otro sentimiento y pensamiento. Esta capacidad de entregarse por completo al trabajo olvidando la vida era la base de sus triunfos "afuera" como ingeniero; en la prisión eso lo ayudaba a soportar sus calamidades.

-Esto es todo, Andreich -dijo Nerzhin deteniéndolo-. El cadáver alegre y sonreía feliz, Potapov hizo un esfuerzo por recobrase, la comprensión volvió a sus ojos. Llevó el brazo libre a la nuca como como si intentara rascarse.

-Hola -dijo.

-Le daría mi Esenin pero para usted no hay nadie más que Pushkin.

-Ya nos tocará a nosotros -respondió Potapov, triste.

-¿Dónde volveremos a vernos? -suspiró Nerzhin. ¿En la prisión de tránsito de Kotlas ? ¿En las minas de Indigirka ? No creo que sea paseando por las calles de la ciudad, ¿eh?

Bisqueando levemente en el ángulo de los ojos, Potapov recitó:

*"He cerrado mis ojos a los espectros;
Sólo muy lejanas esperanzas
Agitan a veces mi corazón".*

En la puerta del Siete apareció la cabeza de Markushev, sonrojada por el trabajo.

-¡Bueno Andreich! ¿Dónde están los filtros? ¡El trabajo espera!

-Grito irritado.

Los coautores de "La sonrisa de Buda" se abrazaron torpemente. Los paquetes de cigarrillos Belomor se desparramaron por el suelo.

-Tienes que entender -dijo Potapov-. Estamos desovando y no hay tiempo.

“Desovar” era la expresión de Potapov para indicar el modo de trabajar que prevalecía en el Instituto Mavrino. . . y en otras partes: hecho de gritos, de órdenes, de ineficiencia; descrito por los diarios como “emprender el ataque” o “trajín”.

-Escríbame! -añadió Potapov y los dos rieron. Era lo más natural que se podía decir al despedirse, pero en la cárcel las palabras eran una burla. No existía correspondencia entre las islas de GULAG.

Con la caja de filtros bajo el brazo y la cabeza echada atrás, Potapov corrió por el corredor, casi libre de cojera.

Nerzhin se apresuró hacia el cuarto semicircular donde comenzó a juntar sus cosas, consciente de las penosas inspecciones que le esperaban primero en Mavrino y luego en Butirkaya.

El guardia había entrado dos veces a urgirlo. Los otros y se habían ido o los habían llevado al cuartel general de la prisión. Cuando Nerzhin terminaba de empacar entró Spiridon, llenó de aire fresco con su chaqueta negra y sus dos vueltas de cinturón. Se quitó su gran gorra roja, arregló con cuidado la cama más próxima para no manchar la sábana blanca y se sentó sobre los resortes de acero con sus pantalones de algodón, sucios y remendados.

-Mire, Spiridon Danilich -Nerzhin le mostró el libro-aquí está Esenin.

-¿Se lo devolvió esa rata? -un rayo de luz atravesó fugaz la cara lúgubre de Spiridon, hoy más arrugada que nunca.

-No es tanto el libro. -explicó Nerzhin-- como la idea: no deben abofetearnos-

-Es cierto--

-Tómelo, tome el libro. Un recuerdo mío.

-¿No se lo lleva? -preguntó el otro, abstraído.

--Un momento-Nerzhin tomó de nuevo el libro y lo abrió, buscando una página. Se lo encontraré, aquí mismo puede leer...

-Bueno, vaya, Gleb -fue el fúnebre saludo final de Spiridon-

Ya sabe como es la vida del campo: el corazón pide trabajo y las piernas piden puesto sanitario.

-Ya no soy un novicio: no se preocupe por mí. Trataré de trabajar.

Ya sabe lo que dicen: No te ahoga el mar, sino el charco.

Una mirada más atenta a Spiridon lo convenció de que estaba por completo fuera de sí, y de que, su estado no podía atribuirse a la despedida de su amigo.

Recordó que ayer, tras el anuncio de las nuevas restricciones, la denuncia de los delatores, el arresto de Ruska y la conversación con Simochka, había olvidado totalmente que Spiridon debía recibir una carta de su casa. Apartó el libro.

-La carta. ¿Recibió su carta, Danilich?. La mano de Spiridon apretaba la carta en el bolsillo, la saco, el sobre, doblado en dos, ya estaba gastado en el doblez.

-Aquí. .. pero no tiene tiempo -sus labios temblaban.

El sobre había sido doblado y desdoblado muchas veces desde ayer. La dirección mostraba la escritura grande, redonda y confiada de la hija de Spiridon, letra de quinto grado límite de sus estadios.

Según la costumbre de ambos, Nerzhin leyó en voz alta:

Querido padre:

No es justo escribirte esto, pero no me atrevo a seguir viviendo. ¡Qué gente mala hay en el mundo! Lo que prometen, y cómo engañan...

La voz de Nerzhin se apagó. Miró a Spiridon y se enfrentó con sus ojos grandes, casi ciegos tras las cejas rojizas y revueltas. Pero no le quedo ni un segundo para darle una palabra de verdadero consuelo porque la puerta se abrió de golpe y Nadelashin entró enojado. ¡Nerzhin! -gritó-. Uno lo trata bien y usted lo paga así. Todos están afuera, usted es el último.

Los guardias se apresuraban a meter a todos los trasladados en el edificio principal antes del almuerzo, para que no se vieran con nadie mas.

Nerzhin abrazó a Spiridon, apretando con una mano el pelo crecido de la nuca.

-Muévase, muévase, ni un minuto más! -gritó el teniente primero.-Danilich, Danilich! -dijo Nerzhin abrazado al portero pelirrojo, Este suspiró, con un resoplido del pecho y agitó la mano.

-Adios, Gleb.

-Adios para siempre, Spiridon Danilich.

Se besaron en las mejillas. Nerzhin recogió sus cosas y salió impetuosamente acompañado por el oficial de servicio.

Spiridon tomó el libro abierto con sus manos sin lavar, cubiertas por años de suciedad, guardó la carta de su hija bajo la sobrecubierta con hojas de alerce, y se fue a su cuarto sin notar que con la rodilla había echado a rodar su gorra de piel. De la cama rodó al piso y allí quedó.

CARNE

Cuando los trasladados llegaban al edificio principal se los registraba. Terminada la inspección los llevaron a una habitación con dos mesas desnudas y un tosco banco. El Mayor Mishin asistió al registro y de vez en cuando también entraba el Teniente Coronel Klimentiev. Al mayor gordito y color lila, le resultaba difícil inclinarse hasta las bolsas y valijas-No hubiera estado bien en alguien de su jerarquía- pero su presencia debía servir de inspiración a los guardias que eran quienes en realidad registraban. Con todo celo abrieron la ropa, los paquetes y los trapos de los prisioneros, poniendo énfasis especial en todo lo que fuese escrito. Los que dejaban la prisión especial no podían llevarse ni una letra escrita, dibujada ni impresa. Por eso casi todos ya habían quemado cartas, destruido sus notas de trabajo y regalado sus libros.

Un prisionero, el ingeniero Romashev, que sólo debía cumplir seis meses más de sentencia pues ya había estado encerrado diecinueve años y medio, se llevaba abiertamente una gran carpeta de recortes que cubría un largo período, notas y cálculos para la instalación de estaciones hidroeléctricas. Esperaba ir a la provincia de Krasnoiarsk y seguir trabajando en su profesión. Aunque la carpeta ya había sido personalmente por el coronel de ingenieros Yakonov y aprobada por éste para sacarla de la *sharashka*, y aunque el Mayor Shikin la había pasado a esta sección, con un segundo sello de

aprobación agregado, todos los meses de frenéticos planes de Romashev fueron en vano.

El Mayor Mishin declaró que él no sabía nada de la carpeta y ordeno que se la llevaran. Así se hizo y el ingeniero Romashev, con ojos acostumbrados a todo, la vio alejarse. Había sobrevivido una muerte y el traslado en vagón de ganado de Moscú a Sovetskaya Gavan.

En una mina de la Kolinma había puesto la pierna bajo un vagón de mineral para romperse el hueso y en el hospital pudo escapar a la horrible muerte que significaban los "trabajos generales" en el artículo: de modo que no valía la pena llorar, ni siquiera ante la destrucción de diez años de trabajo.

Otro trasladado era el diseñador Siemushkin, bajo y calvo, quien tanto se había esforzado el domingo por zurcir sus medias.

En comparación, era un novato con dos años de prisión en la *sharashka*. Tenía mucho miedo de ir a un campo, pero miedo e impedían no impedían tratar de quedarse con un pequeño volumen – dé Lermontov, a quien él y su esposa rendían verdadero culto. Rogó a Mishkin le devolviera el libro y se apretó las manos como un niño. Ofendiendo la sensibilidad de los zeks veteranos, trató de meterse en la oficina del teniente coronel, pero no fue admitido. De repente arrancó de manos del "policia", que saltó alarmado a la puerta, considerando el acto como una señal de rebelión. Siemushkin, con insospechada fuerza, arrancó las tapas verdes del libro, las arrojó a un lado y arranco las páginas, llorando y gritando mientras las tiraba a todos lados:

-¡Tómelas, devórelas, tragúelas todas!

La inspección continuó

Cuando había terminado, los zeks apenas se reconocieron mutuamente.

Obedeciendo órdenes, habían tirado sus mamelucos azules en una pila, su ropa interior con sello oficial en otra, y sus abrigos –a menos que estuviesen completamente inservibles- en una tercera.

Ahora todos llevaban su propia ropa, o harapos que las reemplazaban, estan estaban bajo la mirada del contador.

Algunos quedaron sin ropa interior, a pesar de estar en pleno invierno se pusieron los calzoncillos y camisetas que llevaban el día en que llegaron desde el campo, y que, no lavados durante años, habían estado juntando moho en las bolsas del depósito. Otros usaban rudos zapatones de campamento, porque si al llegar su equipaje los contenía, se les quitaban sus propios zapatos y chanclos. Otros usaban botas de zuela dura, y los más afortunados, botas de fieltro.

Las botas de fieltro son el alma de repuesto del prisionero. El zek que es el animal más privado de todo en la tierra, menos consciente de su futuro que una rana, un topo o un ratón campesino, no tiene defensa contra los virajes del destino. Aunque haya encontrado el refugio más cálido y profundo, nunca lo abandona el miedo de que a la noche siguiente lo arrojarán a los horrores del invierno, de que un brazo de franja celeste se apodere de él y lo arrastre al Polo Norte. Por eso sufren los pies que no calzan botas de fieltro; Kolima va a bajar su pies del camión, como dos barras de hielo. Un zek sin botas de propias vive todo el invierno escondiéndose, miente, disimula, soporta cualquier insulto o persigue a quien sea, con tal de que no lo trasladen en invierno. ¡Pero el que las tiene no conoce temores!

Mira audaz a los ojos de las autoridades y recibe sus órdenes de viaje con la sonrisa de Marco Aurelio.

Aunque afuera había deshielo, todos los poseedores de botas de fieltro, entre ellos Jórobrov y Nerzhin, se las pusieron y caminaron orgullosos por el cuarto. En parte lo hacían para cargar menos cosas, pero sobre todo por sentir su agradable calor, aunque hoy no iban más que a la prision de Butirskaia, donde no hacía más frío que en la *sharashka*. Sólo el intrepido Gerasimovich, que no quiso ayudar á meter gente en la trampa, carecía de toda propiedad, y el vestuario le entregó, "como reemplazo" un capote color arveja, de mangas largas, que no se le abrochaba al frente y que "era usado", y zapatos de tela, incómodos, que también "eran usados".

Gracias a sus lentes, esa ropa le daba un aspecto, más cómico que nunca. La inspeccion había terminado. Los veinte fueron empujados a una sala vacía con las cosas que podían llevar. La puerta se cerró tras ellos y al otro lado se apostó un guardia, mientras esperaban al vagon negro. A otro guardia lo enviaron a patrullar el hielo resbaladizo bajo las ventanas, para echar a quien pretendiera acercarse para verlos durante la hora del almuerzo. Así se rompía todo contacto entre los se iban y los doscientos sesenta y uno que se quedaban, Los que esperaban el traslado estaban todavía en la *sharashka*, pero, en cierto modo ya no estaban allí. Se sentaron donde pudieron, sobre sobre los paquetes o sobre los bancos y al principio nadie habló.

Cada uno hizo inventario: qué le habían sacado, qué le habían dejado, y penso en la *sharashka*: las ventajas que perdía al irse, cuánto había pasado de su sentencia, y cuánto le quedaba. Como hacen los prisioneros, contaban una y otra vez los meses y los años: el tiempo ya perdido y el que les quedaba por perder. Pensaron en sus familias, de las que estarían separados quién sabe por cuánto tiempo, y en que tendrían que volver a pedirles ayuda. En la tierra de

GULAG un adulto que trabaja doce horas por día no es capaz de mantenerse.

Pensaron en sus errores involuntarios o en las decisiones deliberadas que los habían traído a esta situación. Pensaron en dónde los mandarían, en lo que los esperaba allá y en cómo se arreglarían para vivir.

Cada uno se guardaba sus pensamientos, pero todos pensaban en algo fúnebre. Todos necesitaban esperanza, una palabra que les diera tranquilidad.

Por eso, cuando empezaron a hablar y alguien dijo que a lo mejor no los mandaban a ningún campo sino a otra *sharashka*, hasta los que no lo creían escucharon.

Hasta Cristo en el Jardín de Getsemaní; conociendo su amargo destino, rezó y tuvo esperanza.

Jorobrov trataba de arreglar la manija de su maleta, que se desprendía. Maldijo en voz alta:

-¡Qué perros, reptiles! Ni siquiera saben hacer una simple valija

Algún desgraciado quiso hacer economías; que Dios lo maldiga; Así que doblaron los extremos de un arco de acero y lo encajaron en los agujeros del mango. Mientras la valija esté vacía se mantiene pero en cuánto uno quiere poner algo adentro...

Se habían caído unos ladrillos de una pared de la estufa (colocados sin duda, según el mismo principio de economía), y Jorobrov, furioso quiso usar parte de uno de ellos para volver a meter el arco de acero en los agujeros.

Nerzhin lo comprendía. Cada vez que se topaba con la humillación, el descuido, la burla, la inutilidad, Jorobrov se sentía ultrajado. ¿Y como, era posible, en realidad, sentirse tranquilo ante tales cosas? ¿Acaso un lenguaje refinado podía expresar el grito de

bestia de quien se siente herido? A punto de hundirse otra vez en la vida del camp, Nerzhin percibió el retorno de ese elemento tan importante en la libertad masculina: en cada cinco palabras que dijera habia una blasfemia.

Romashev, en voz baja, informaba a los nuevos que ferrocarriles se usaban por lo general para llevar prisioneros a Siberia, y cuales eran las ventajas del sistema carcelario de tránsito de Kuibishev sobre los de Gorki y Kirov.

Jorobrov dejó de golpear; furioso, arrojó el ladrillo al suelo donde se deshizo en fragmentos rojos.

Nerzhin, como si su ropa de campamento le comunicara energia se levantó, exigió al guardia que llamara a Nadelashin y declaró a gritos:

-¡Teniente primero! Por la ventana vemos que están almorzando hace media hora. ¿Por qué no nos traen comida? . El teniente movió los pies con torpeza y replicó en tono de disculpa:

--Desde hoy ustedes no reciben raciones.

--¿Cómo que no las recibimos? -y alentado por el zumbido de descontento a sus espaldas, insistió-: digale al jefe de la carcel que no vamos a ninguna parte sin almorzar y nada de embarcarnos a la fuerza, tampoco.

-Muy bien, lo informaré - el teniente cedió en seguida y corrió, Culpable, hacia las autoridades.

Nadie se calló por cortesía; todos protestaron a voces. Los buenos meticulosos y gratuitos de la gente, libre, les parecía cosa de locos.

-¡Tiene razón!

! A hacerlos sudar!

-¡Esas ratas nos explotan!

-Miséables ! Tres años de trabajo y nos quitan un almuerzo.

-¡No nos vamos y ya está! ¿Qué pueden hacernos ahora?

Hasta los que en la rutina diaria se habían mostrado tranquilos y sumisos a la autoridad, ahora eran audaces. El viento libre de la prisión de tránsito les azotaba la cara. Esta última oportunidad de comer carne significaba, no sólo el último estómago lleno antes de los meses y años de caldos sin sustancia, sino también el equivalente de su dignidad humana.

Y hasta los que sentían sus gargantas contraerse de aprensión y que no hubieran podido comer nada en ese momento, hasta ellos, olvidando su angustia, exigían el almuerzo.

Desde la ventana veían el caminito desde el cuartel general hasta la cocina. Y un camión apoyado en la pila de leña, con el fondo de un gran abeto, ramas y copa asomando por encima del camión. El oficial de víveres bajó por adelante y un guardia por atrás.

El teniente coronel había cumplido su palabra. Mañana o pasado colocarían el árbol de Navidad en el cuarto semicircular y los zeks -padres privados de sus hijos - se convertirían a su vez en niños, colgarían adornos (no ahorrarían el tiempo de trabajo para hacerlo) que ellos mismos habían fabricado. Colgarían el cestito de Clara y la brillante luna en su jaula de vidrio; los hombres con sus bigotes y barbas formarían círculo y aullando como lobos contra su destino, bailarían alrededor del árbol con amargas risas:

“en la selva creció un abeto

Sí, en la selva creció...”

Vieron al guardia bajó la ventana, alejando a Prianchikov que trataba a los zeks sitiados y que gritaba algo, elevando los brazos al cielo.

Vieron a Nadelashin corriendo ansioso hacia la cocina y luego hacia el cuartel general, de vuelta a una y otro.

Y vieron también que habían sacado a Spiridon del almuerzo para descargar el abeto del camión. Iba limpiándose embigote y ajustándose el cinturón.

Por fin el teniente corrió a la cocina por última vez y trajo consigo cocineras cargadas con un tarro y un cucharón. Otra cocinera iba detrás con una pila de cuencos. Temerosa de resbalar, se detuvo cerca de la puerta. El teniente volvió y cargó algunos cuencos.

La victoria hizo estremecer el cuarto.

El almuerzo apareció en el umbral. Empezaron a servir la sopa en la mesa y los zeks tomaron sus cuencos y los llevaron a sus rincones sentándose en los marcos de las ventanas y en las valijas. Algunos pudieron comer de pie, apoyados en la mesa alta, que no tenía bancos.

El teniente y los cocineros se fueron. En la habitación se hizo el silencio auténtico que siempre debería acompañar a las comidas.

Pensaban: "Esta es una rica sopa gorda, no muy espesa, claro, pero se siente el gusto a carne; me estoy llevando a la boca esta cucharada, y esta y ésta, con el ojo de grasa y fibras blancas de carne; el líquido caliente pasará por mi esófago hasta mi estómago; mi sangre y mis músculos ya están celebrando por anticipado los nuevos refuerzos y la fuerza que van a recibir".

Nerzhin recordó el proverbio: "Por el buen estofado y el plato de sopa uno se casa". Interpreto, el significado: el hombre provee la carne, pero la mujer la cocina.

La gente común nunca se atribuye motivos sublimes en sus proverbios. En los miles de proverbios del pueblo ruso hay más franqueza y sinceridad que en las confesiones de Tolstoi y Dostoievski.

Cuando casi no quedaba sopa y las cucharas de aluminio rsacaban el fondo, alguien murmuró: "Sí, sí".

-Prepárense a ayunar, hermanos -vino la respuesta desde el rincón.

-Rascaron el fondo de la olla y no era bastante espeso-Comento algún crítico-A lo mejor pescaron la carne para ellos.

-Sí, pero no será pronto cuando tomemos sopa cómo esta-dijo otra voz, cansada.

Entonces, Jorobrov plantó su cuchara en el cuenco vacío y dijo con claridad, en tono de incontenible protesta:

-¡No, mis amigos! "Mejor pan con agua que torta con problemas".

Nadie le contestó.

Nerzhih empezó a golpear la mesa exigiendo el plato principal.

El teniente primero ofreció de inmediato.

--¿Han comido? --los miró sonriendo cordialmente. Al descubrir en sus rostros el buen humor que traía la saciedad, dijo lo que su experiencia le había enseñado a no decir nunca-; No queda más del plato principal; están lavando la olla: lo siento.

Nerzhin miró a los otros para ver si harían escándalo, pero con su modo ruso de alejarse del enojo con facilidad, todos se habían calmado.

-¿Qué era el plato principal -tronó una voz debajo.

-Estofado -contestó el teniente con una tímida sonrisa.

Suspiraron.

No se les ocurrió pensar en el postre.

Se oyó un motor. Llamaron al teniente, que así pudo escapar.

En el corredor escucharon la áspera voz del Teniente Coronel Klimentiev.

Los llamaron uno a la vez.

No confrontaron sus nombres con ninguna lista; porque el guardia de la *sharashka* iba a acompañarlos hasta Butirskaia y entregarlos allí.

Los contaron mientras daban el paso tan sencillo pero tan irrevocable, que los separaba de la tierra y los metía en el vagón negro, Cada zek inclino la cabeza para no golpeársela en la puerta de acero, vacilando bajo el peso de sus bultos y golpeándolos torpemente contra el vano.

Nadie los despidió. La hora del almuerzo había pasado y los otros no podían estar en el patio de ejercicios, porque los habían corrido al edificio

El vagón negro tocaba a la puerta misma por su fondo. Mientras cargaban a los zeks, aunque faltaba el ladrido salvaje de los perros de policía, había el amontonamiento y la tensión propias de un grupo en que todos querían ayudarse y no lo lograban; los prisioneros, alterados, no pensaban en darse cuenta de lo que los rodeaba.

Dieciocho se embarcaron así y ni uno levantó la cabeza para saludar a los tilos elevados y tranquilos que les habían dado sombra en los momentos felices y trágicos de sus largos años aquí.

Los dos -Jorobrov y Nerzhin- que sí pensaron en mirar, tampoco dirigieron sus ojos hacia los tilos, sino hacia el costado del vagón, para ver de que color estaba pintado.

Su curiosidad fue recompensada.

Ya hacia mucho que los vagones gris plomo o negros no recorrían las calles sembrando el horror entre los ciudadanos. Después de la guerra algún genio había concebido la idea de construir vagones exactamente iguales a camiones de reparto de alimentos y aunque seguían llamandose “negros”, en realidad estaban pintados de anaranjado y celeste, con letras en cuatro idiomas:

PAN PAIN BROT BREAD
CARNE VIANDE FLEISCH MEAT

Antes de entrar, Nerzhin pudo leer a un costado: "Meat".

Empujo la estrecha puerta de entrada, la otra que la seguía, más estrecha aun, piso los pies de alguien y arrastrando su valija y bolsa del mismo -o de otro- pudo al fin sentarse.

El interior del vagón no estaba "boxeado": dividido en diez "boxes" de acero como otros. Era de la variedad "general", no para conducir prisioneros de investigación sino los ya sentenciados; por ello, las tres toneladas que pesaba se aprovechaban mucho más en términos de carga humana. Al fondo, dos puertas de acero con pequeños enrejados, que servían como ventilación, limitaban un incómodo espacio donde los dos guardias que escoltaban a los prisioneros, una vez cerrada la puerta interior desde afuera, y la exterior desde adentro, y una vez dadas las órdenes por un tubo especial al chófer y al guardia que lo acompañaba, se sentaron pegados uno a otro con las piernas bajo el asiento. El espacio contenía un pequeño "box" para un posible rebelde. El resto del espacio tras el asiento del chófer era una trampa de ratones comunal y única, una caja de metal enana en la cual-asi decían las normas- podían caber ni más ni menos que veinte personas. Pero si la puerta de acero se

cerraba a fondo con alguna palanca, cabían más de veinte, aunque no muy cómodos que digamos...

Un banco rodeaba tres de las paredes del caza-ratones, dejando muy poco lugar en el medio. Los que podían se sentaban, pero no eran los más afortunados. Cuando el vagón estaba lleno, los otros y sus posesiones les apretaban las rodillas, ya incómodas de por sí, y los pies que pronto se dormían, y en el apretón no tenía sentido ofenderse ni disculparse: durante una hora iba a ser imposible hacer el menor movimiento y mucho menos cambiar de lugar. Una vez encajado dentro el último prisionero, los guardias se apoyaron en la puerta y el cerrojo funcionó.

Pero no cerraron bien la puerta exterior del fondo y de pronto alguien golpeaba el escalón posterior y una nueva sombra bloqueaba el enrejado de las puertitas anteriores.

-¡Hermanos! -resonó la voz de Ruska-. Voy a Butirskaia para que me interroguen. ¿Quién está allí? ¿A quiénes trasladan?

Una babel de voces explotó al instante. Los veinte gritaron su respuesta. Ambos guardias, a gritos, ordenaron a Ruska que se callara, y desde el umbral de su cuartel general Kilimentiev gritó a los guardias que no fueran flojos dejando comunicarse a los prisioneros.

-¡Cállate, -rugió blasfemando alguien en el vagón.

Las cosas se fueron calmando y los zeks oyeron la lucha de los guardias, que se pisaban a sí mismo al tratar de meter a Ruska al "box".

-¿Quién te entregó, Ruska? -gritó Nerzhin,

-Siromaka.

-Esa porquería. ...

-¡Esa porquería! otra vez -pulularon las voces.

-¿Cuántos hay allí? -gritó Ruska.

-Veinte.

-¿Quiénes son?

Pero los guardias lo habían metido en el "box".

-¿No tengas miedo, Ruska! Nos veremos en el campo.

Mientras la puerta de atrás seguía abierta, un poco de luz se filtraba en el vagón, pero ahora la cerraron y las cabezas de los guardias bloquearon los últimos rayos inciertos que venían de los dobles enrejados.

El motor rugió, el coche se estremeció, se movió y ahora, al mecerse sólo una chispa ocasional de luz reflejada cruzaba la cara de los zeks.

Los gritos de celda a celda, la chispa vital corriendo a través de la piedra y del hierro, siempre excita a los zeks.

Al rato el vagón paró. Habían llegado a los portones.

-¡Ruska!,-gritó un zek- ¿Te están pegando? La respuesta no vino en seguida; cuando llegó pareció muy lejana: -Sí me están pegando.

-¡Maldito sea Shiskin-Mishkin.' -gritó Nerzhin-. ¡No cedas, Ruska! Otras voces gritaron y volvió la confusión.

Pasaron los portones y la carga se volcó de pronto a la derecha cuando el vagón dobló a la izquierda en la carretera.

El golpe hizo chocar con fuerza entre sí a Nerzhin y Gerasimovich. Se miraron tratando en vano de reconocerse en la oscuridad. Pero, sin duda, algo más que el apretón del vagón los unía estrechamente.

Ilia Joróbrov, más animado, habló:

-No se preocupen, muchachos, no sientan que nos vayamos. ¿Acaso era vida lo de la *sharashka*? Hay Siromakas por todas partes; uno de cada cinco es un delator. Ni hay tiempo de tirarse un pedo en

el baño y el "policía" ya lo sabe. Hace dos años que no teníamos domingos libres por culpa de esos canallas. Doce horas diarias de trabajo. Uno les da todo su cerebro y a cambio recibe veinte gramos de manteca!

Ahora ni siquiera podíamos escribir a casa. ¡Que se vayan al diablo! Y el trabajo: otro infierno!

Jorobrov, ahogado por su propia indignación, dejó de hablar. En el silencio que siguió, por encima del motor que ahora corría por el asfalto de la carretera, se oyó la respuesta tajante de Nerzhin:

-No Ilia Terentich, no es un infierno. ¡Nada de eso! Ahora vamos al infierno. Volvemos al infierno. La *sharashka* es el círculo más alto, el mejor, el primer círculo del infierno casi el paraíso.

No dijo nada más, porque no lo creyó necesario. Todos sabían que les esperaba era muchísimo peor que la *sharashka*, que en el campo sería recordada como un sueño dorado. Pero en este momento para mantener el coraje y el sentido de que tenían razón al seguir su causa, tenían que maldecir a la *sharashka*, para que nadie se lamentase, para que nadie se reprochara por haber cometido un error.

-No muchachos -insistió Joróbrov-, "Mejor pan con agua que torta con problemas"

Los Zeks callaron prestaban atención a las vueltas que daba el vagón.

Si los esperaba la taiga y la tundra, el frío intensísimo de Oímiakon y las excavaciones de cobre de Yezkazgan; pico y pala: raciones de hambre de pan húmedo, el hospital; la muerte. Lo peor del mundo.

Pero en sus corazones había paz.

Estaban plenos de valentía; la de quienes lo han perdido *todo*; el valor que no es fácil adquirir, pero que perdura siempre.

Sacudiendo su carga de cuerpos hacinados, el alegre coche anaranjado y celeste pasó por calles de ciudades, por una estación de ferrocarril; se detuvo en una intersección. Un brillante automóvil marron esperaba a que cambiara la misma luz roja. En él iba el corresponsal del progresista diario *Liberation*, camino de un partido de hodkey en el estadio Dynamo. El corresponsal observó la leyenda al costado del vagón:

CARNE VIANDE FLEISCH MEAT

Recordó que hoy ya había visto más de un camión igual, en diversas partes de Moscú. Y sacó, su libreta de apuntes, escribiendo con la lapicera roja oscura:

"En las calles de Moscú se ven a menudo camiones de alimentos muy limpios, higiénicos, impecables. La única conclusión posible es ésta: el aprovisionamiento de la capital es excelente".

FIN